LUCÍA CEREZO



IMPERIO DE FUEGO AZUL

B

Imperio de fuego azul

Lucía Cerezo

La ira más peligrosa es la que se oculta detrás de un buen corazón. Es una furia silenciosa, latente, que espera pacientemente el momento en que la bondad ya no pueda contenerla. Y, cuando al final estalla, es capaz de arrasar con todo.


NOVADIA
ARCADIA
VALLE ESPEJO
AURIK
PRAMVERA
IMPERIO DE FUEGO AZUL
TIERRA DE BANKAI
VALDEMAR
BOSQUE LAVENDER



1

Eda

El arte de la guerra se basa en el engaño.

En los días lluviosos, encontraba el consuelo perfecto en la calma de no tener que ir a la biblioteca, disfrutando de lo que todos pensaban que era mi descanso semanal. Mientras el pueblo entero parecía detenerse, yo supuestamente me dedicaba a mi santuario personal: la cocina.

Sin embargo, mi padre y mi hermano estaban muy equivocados. Empleaba mis días libres de maneras que ellos ni siquiera podían imaginar.

Me posicioné con cuidado, los pies plantados con firmeza en el suelo y el peso equilibrado. Mis ojos se fijaron en el blanco buscando el punto exacto donde quería que impactara la daga. La respiración se volvió controlada y lenta, y retuve el aire justo antes del lanzamiento. Entonces, con un movimiento fluido y preciso, mi brazo

se extendió hacia atrás y, en un instante, lancé la daga con todas mis fuerzas.

La hoja cortó el aire zumbando con una precisión letal y se clavó con un golpe sordo en el centro del árbol que había elegido esa vez, justo al lado del otro puñal que había lanzado anteriormente.

El metal brilló al sol antes de quedar incrustado en la corteza marcando con exactitud el punto que había visualizado.

Cada domingo, mientras mi hermano Nolan y mi padre se adentraban en el bosque para cazar, yo aprovechaba su ausencia para perfeccionar mis habilidades con las dagas. Esta práctica se había convertido en mi ritual secreto a lo largo de los últimos diez años. En la tranquilidad de nuestro entorno, dedicaba horas a lanzarlas una y otra vez contra el tronco de un viejo roble en el vasto bosque detrás de nuestra granja.

Aunque había ido a cazar con ellos un par de veces, nunca me complació la idea de matar animales. Prefería decirles que me quedaba en casa para practicar en la cocina, y ellos, sin sospechar la verdad, nunca se habían opuesto. Mientras creían que mejoraba mis habilidades culinarias, yo afilaba mi precisión y agilidad con las armas entre los árboles del bosque Lavender.

Nuestra casa se alzaba solitaria, alejada del bullicio del pueblo, envuelta por la espesura del bosque, que nos regalaba su sombra en los días más tórridos del verano.

Desde pequeña, mi infancia transcurrió entre los árboles y senderos que se extendían justo más allá del umbral de nuestra vivienda. Esta ubicación nos brindaba la ventaja de acceder con facilidad a recursos vitales: carne, leña, agua fresca. Poseíamos un establo sencillo, hogar de nuestros fieles caballos, y un gallinero

cuyo cotidiano bullicio nos prometía huevos frescos. El huerto, mi dominio y orgullo, se desplegaba en un vibrante tapiz de verduras y hortalizas.

Las finas gotas de lluvia empezaron a mojarme el cabello anunciando la llegada de una tormenta. Arranqué las dagas incrustadas en el árbol y guardé cada una en una bota. Luego me dirigí de regreso a casa. En menos de veinte minutos, mi padre y Nolan estarían de vuelta, lo cual era perfecto.

Al entrar, me fui directamente a la cocina, adyacente al salón. Tomé el delantal que colgaba al lado del horno y me lo puse, atándomelo detrás de la cintura.

Abrí uno de los armarios para sacar la harina y con la mano esparcí un poco sobre mí y luego sobre la encimera para simular que había estado cocinando. Extraje una caja de galletas que había comprado el día anterior en la pastelería, las dispuse en una bandeja y las coloqué en el horno para calentarlas. Dos minutos era todo lo que necesitaba para que el olor de estas se esparciera por toda la casa.

Perfecto.

Al abrir la puerta del horno, el aroma embriagador de las galletas que no había horneado llenó el ambiente. Antes de agacharme, recogí mi cabello blanco en una trenza, y con extremo cuidado para evitar quemaduras, retiré la bandeja del pequeño horno de leña y la deposité sobre la encimera.

El sonido de la puerta de madera al abrirse me arrancó una sonrisa. Siempre tan predecibles y puntuales, igual que yo.

Mi padre, con su habitual aire de serenidad, entró en la habitación, seguido de cerca por mi hermano, que se dirigía a la

chimenea cargando un montón de troncos.

El ruido de sus botas al pisar el suelo resonaba en el salón, mientras los pequeños charcos que dejaban tras de sí evidenciaban la fuerza de la lluvia que azotaba el exterior.

—Buenos días, cariño —me saludó mi padre acercándose a mí mientras mis ojos se desviaban hacia sus pies embarrados. Un suspiro escapó de mis labios—. Te prometo limpiar este desastre, pero antes permíteme probar esas galletas que has preparado —dijo, y besó mi mejilla derecha.

Puse los ojos en blanco como respuesta.

—Acabo de limpiar el suelo. Si tú no lo haces, lo hará él —le advertí lanzando una mirada amenazante a mi hermano—. De lo contrario, hoy no habrá galletas para nadie.

Asumir el papel de única mujer en el hogar venía con un abanico de responsabilidades que iban más allá de la simple supervivencia; se trataba también de tejer la felicidad en el día a día de nuestra familia.

Mi determinación era el pilar que mantenía el equilibrio en nuestro hogar, y no estaba dispuesta a ceder ante la menor señal de caos.

Mi padre, consciente de este límite tácito, se despojó de sus botas cubiertas de barro apenas cruzó el umbral y las dejó cuidadosamente en el suelo, siguiendo el protocolo no escrito de la casa. Mi hermano replicó el gesto y ambos avanzaron con cautela.

Desde mi posición, con los brazos cruzados y una ceja elevada en un gesto de autoridad, supervisaba sus movimientos.

Tras erradicar el caos, coloqué las galletas, ahora doradas, en un plato de cristal sobre la mesa del comedor. Mientras tanto, Nolan se

dedicó a avivar el fuego de la chimenea, organizando meticulosamente los troncos que ambos habían acarreado.

—Las mujeres con carácter fuerte a menudo encuentran resistencia para conocer a un hombre —observó mi padre mientras se acomodaba en su sillón con un suspiro—. La idea de ser dominados por una mujer no es precisamente atractiva para muchos.

Se sirvió una galleta y su tono se suavizó un poco.

—Sin embargo, todos en esta casa somos conscientes de que tu madre tenía una visión diferente de las cosas. Ella desafiaba esas expectativas, y yo nunca pretendí adherirme a lo que la sociedad dicta sobre el papel de la mujer.

La muerte, ese inevitable destino, siempre llega demasiado pronto, en especial cuando se lleva al amor de tu vida. «Nunca hay un momento adecuado para decir adiós», me confesó en una ocasión, su mirada perdida en recuerdos.

No puedo imaginar el abismo que se abre al perder a tu alma gemela, pero conozco el dolor desgarrador de no ver más a una madre; la persona que te dio la vida, que te enseñó a encontrar la belleza en lo cotidiano.

Algunas pérdidas dejan un vacío profundo, otras nos roban el aliento. La sombra de su ausencia nos acompaña siempre; aprender a convivir con ella es la única forma de seguir adelante.

—Tengo principios, papá, y jamás los abandonaré —afirmé con convicción—. Mamá estaría orgullosa de ver que la casa no se cae a trozos gracias a mí —añadí lanzando una mirada cómplice y un guiño a Nolan.

—No tengo dudas, hermanita, aunque a veces seas insufrible —replicó mi hermano mientras se acomodaba a mi lado. Una sonrisa pícara iluminó su rostro mientras jugueteaba con mi trenza blanca, haciendo que mi cabeza se inclinara hacia atrás con un gesto teatral —. Estas galletas son tu obra maestra.

«Pobre, mi iluso hermano, como si yo supiera hacer galletas», pensé.

La lluvia persistía fuera, sus gotas acariciaban las ventanas, y en ese momento, aunque simple, se destilaba una felicidad pura y genuina. Estar en casa, en compañía de mi familia, me brindaba una sensación de plenitud difícil de describir.

Sin embargo, en el fondo de mi corazón sabía que aquella tranquilidad podía ser efímera.

Un relámpago rasgó el cielo y capturó al instante mi atención. Me lancé hacia la ventana cautivada por el resplandor.

—Cada vez que los veo, me fascinan más. Iluminan hasta el rincón más oscuro, ¿no es así, papá?

Él respondió con un gruñido y añadió:

—Asustan a los caballos y a las gallinas. El mal tiempo siempre trae complicaciones. —Estiró las piernas y las colocó sobre la mesa —. Nolan, revisa a los animales. No quiero sorpresas mañana.

Mi hermano y yo intercambiamos una mirada cómplice; él conocía mi pensamiento y yo anticipaba su reacción.

Me apresuré hacia la entrada e introduje los pies en las botas con agilidad; Nolan siguió mi ejemplo.

A diferencia de mi cabello blanco, Nolan lucía una melena rubia, herencia de nuestra madre, y unos ojos azules tan claros como los míos, que parecían reflejar el cielo de un día despejado.

No era solo el lazo fraternal lo que me hacía verlo con buenos ojos; era innegable que su atractivo causaba revuelo entre las jóvenes del pueblo.

Cada semana, como si fuera una tradición no escrita, alguna muchacha se acercaba a nuestro hogar para dejarle muestras de afecto: desde flores frescas dispuestas con esmero en nuestro porche hasta dulces caseros envueltos con delicadeza. Y, en ocasiones, cartas impregnadas de deseos y propuestas, deslizadas con sigilo bajo la puerta, en las que confesaban sentimientos profundos e insinuaban promesas de amor eterno o encuentros clandestinos.

Nolan, sin embargo, mantenía una distancia cortés, sin dar respuesta a esas cartas, sin mostrar interés alguno, lo que para mí siempre fue un misterio en el que, por alguna razón, nunca me atreví a indagar.

—Tu turno, princesa. —Nolan me cedió el paso con una reverencia fingida mientras abría la puerta para que yo avanzara primero—. Prepárate para la paliza de tu vida.

—Definitivamente, lo tuyo no es intimidar. No intentes copiarme.

Desde el porche de nuestra granja, hecho para soportar todas las temporadas, podíamos ver más allá de lo que considerábamos nuestro hogar en Valdemar. Nuestra vista pasaba por encima del pueblo, llegando hasta el mar que nos separaba de las misteriosas y prohibidas tierras de Pramvera.

Las normas, inquebrantables y respetadas por todos, dictaban que el mar solo debía ser surcado hasta donde la niebla lo consentía, esa espesa cortina que trazaba el fin de nuestro mundo conocido y que custodiaba secretos aún por descubrir, un lugar de leyendas.

Tomé una de las espadas de entrenamiento talladas en madera resistente que reposaba en la pared y la lancé hacia Nolan.

Aunque la tormenta había cesado, el cielo aún lloraba, dejando caer finas gotas que se entrelazaban con el aire fresco de la tarde.

—No te confíes demasiado; los dos sabemos que tengo la ventaja en este juego —afirmé con confianza empuñando otra espada.

Con un movimiento fluido apunté directamente hacia su pecho marcando el inicio del duelo.

—El hecho de que te haya permitido ganar algunas veces no te convierte en la campeona, hermanita.

Nolan, siempre listo para el reto, hizo chocar su espada contra la mía en un ataque oportuno.

No me pilló desprevenida, y mucho menos logró desarmarme. Mi mirada estaba fijada en su torso, planeando un golpe decisivo en la zona torácica superior.

Mi reacción fue veloz y retrocedí un paso con agilidad.

Conocía bien las intenciones de Nolan; su objetivo era asestarme un golpe en la costilla derecha.

Sujetando con firmeza la espada de madera, esquivé su ataque con un movimiento ágil y preciso. Luego canalicé toda mi fuerza y dirigí mi espada hacia arriba, golpeándole en el blanco que me había propuesto. Derrotado, Nolan cayó al suelo, lo que añadió un toque de dramatismo a nuestra contienda.

—Parece que has estado practicando más de lo que pensaba —comentó sacudiéndose las gotas de lluvia de su cabello.

No tenía ni idea.

—O tal vez simplemente te estás haciendo viejo —repliqué.

—Solo nos llevamos dos años, no soy tan viejo, Eda. Y la próxima vez, no esperes que te deje ganar tan fácilmente —aseguró mirándome desde el suelo.

—Promesas, promesas —dije, y giré mi espada en una floritura antes de devolverla a su lugar contra la pared—. Pero no te preocupes, siempre estoy lista para otro asalto.

—Admito que eres mejor que yo en esto, pero que no se te suba a la cabeza —añadió estirando los brazos y las piernas en forma de estrella sobre la hierba. Le di una patada suave en el costado derecho como señal de protesta—. ¡Eso ha dolido!

—¿Ahora quién es el bebé de la casa? —Adopté una expresión de tristeza para burlarme un poco más.

—Tú siempre has sido el bebé de la casa.

Me acomodé a su lado sobre la hierba mojada. Mi pelo estaba completamente empapado y el agua me calaba la ropa, pero eso era lo de menos en ese momento.

—No soportaría la idea de que te fueras, Nolan —hablé con voz temblorosa, llena de miedo—. No deberías irte, incluso si te reclutan. Podríamos huir, marcharnos lejos con papá, cruzar el bosque, buscar un refugio al otro lado de las montañas…

Mis palabras se ahogaron en un sollozo, incapaz de enfrentarme al pensamiento de perder a mi hermano.

—Si me eligen, debo aceptarlo, Eda, es por el bien de nuestra familia, por mi honor —Nolan se enderezó—, pero ¿y si te eligen a ti? ¿Lo has considerado?

La posibilidad había cruzado mi mente más veces de las que podía contar. Podía ser él o podía ser yo.

—Tengo la sensación, Nolan, de que este año tú eres su objetivo… Podríamos huir juntos, deberíamos…

—Nos encontrarían, Eda. No podemos escapar de ellos. —Su mirada se perdió en el horizonte del mar.

—No necesitan humanos; son lo bastante poderosos para enfrentarse a cualquier amenaza por sí mismos —repliqué con la frustración burbujeando dentro de mí—. La fuerza de uno de esos demonios supera con creces la nuestra. No entiendo qué es lo que realmente quieren de nosotros.

Me incorporé y comencé a arrancar uno por uno los manojos de hierba canalizando mi frustración en ese simple acto.

La incertidumbre envolvía la verdadera esencia de esos entes denominados demonios. En Valdemar, las leyendas describían a esos seres como criaturas sin alma, monstruos hambrientos de carne humana. Pero su verdadera naturaleza seguía siendo un enigma para todos.

Cinco mortales de nuestras tierras, elegidos con un propósito aún más velado por secretos, partían hacia un destino envuelto en profundas incógnitas. Con despedidas cargadas de pesar, dejaban atrás hogares y seres queridos, conscientes de que su partida marcaba un adiós sin retorno, un camino hacia lo desconocido del cual no volverían.

Como si estuviera alineado con los ciclos lunares, cada cuatro años y puntual como un reloj, un barco levaba anclas en el puerto de la gran ciudad de Valdemar, lleno de aquellos marcados por un destino inescrutable hacia las costas nebulosas de Pramvera, sin importar si eran hombres o mujeres.

Sin embargo, había un patrón no escrito pero observable en el que los elegidos solían tener edades comprendidas entre los veinte y los treinta años, una etapa de la vida llena de un potencial aún por descubrir.

—Quizá buscan algo más que fuerza bruta. Algo que está dentro de nosotros y que ni siquiera sabemos que poseemos —respondió Nolan con tranquilidad.

—Pero ¿por qué nosotros? ¿Qué tenemos que ellos no puedan encontrar en otro lugar?

—Tal vez no se trate de lo que tenemos, sino de lo que podemos llegar a ser.

—Eso no me hace sentir mejor. Saber que podríamos ser algo más no cambia el hecho de que podríamos perderlo todo —contesté buscando en sus ojos alguna señal de duda.

—Nada está escrito en piedra, Eda. Nuestros destinos aún no están decididos. Hasta que llegue ese momento, tenemos que seguir viviendo nuestras vidas sin miedo a lo que pueda venir —me contestó al tiempo que me ofrecía su mano para ayudarme a levantarme.

Tomé su mano para impulsarme y ponerme en pie, y juntos miramos hacia el mar, que se fundía con el cielo en un horizonte frágil como nuestra situación.

En torno a Pramvera se entretejían mitos y leyendas oscuras que la describían como una tierra desolada, dominada por seres de una ferocidad implacable, guerreros carentes de cualquier vestigio de humanidad, cuya sola mención era capaz de infundir un terror profundo. Pero ¿cuál sería entonces el verdadero motivo de nuestro reclutamiento?

Si la intención de estos seres fuese nuestra aniquilación, bien podrían haberse desplegado sobre nuestras tierras hacía siglos, erradicando de raíz a la humanidad, liberándose de lo que para ellos sería una molestia.

Con el alba asomándose tímidamente entre las nubes, me preparé para un día más de trabajo en la biblioteca.

El camino hacia el pueblo nunca se me hacía largo. Aunque era pequeño y no tenía muchos habitantes, había algo reconfortante en su cercanía a la gran ciudad, como si pudiera disfrutar de lo mejor de dos mundos.

Las calles estrechas y de piedra no hacían de este uno de los pueblos más bonitos de Valdemar, pero aun así, era mi hogar. Saludaba a todo aquel con quien me cruzaba; era lo habitual allí, una muestra de lo unidos que estábamos en nuestra pequeña comunidad.

Al entrar en la biblioteca, sentía como si cruzara el umbral a otro mundo. La puerta de madera, adornada con una campana que tintineaba al abrirse, me recibía con calidez. Aunque el espacio era modesto, las estanterías repletas de libros se elevaban hasta casi rozar el techo, cada tomo susurrándome historias desde su repisa.

En ese lugar, mi santuario, el tiempo parecía detenerse. Podía pasar horas leyendo, completamente absorbida en un mar de palabras y mundos distantes.

—Buenos días, Theo —saludé con voz suave al entrar.

El bibliotecario del pueblo había sido una constante en mi vida desde mis primeros recuerdos. Siempre lo consideré la persona más

sabia que había conocido.

Desde niña, pasaba horas en la biblioteca, devorando libros y perdiéndome entre las historias. Fue así como, con el paso del tiempo y viendo el cansancio acumulado en los años de Theo, se me ofreció la oportunidad de ayudarlo. Era mi manera de devolverle algo por todo el conocimiento que me había brindado.

—Ya están todos sentados, señorita Eda. —Theo señaló hacia la pequeña chimenea en la esquina, nuestro acogedor rincón de lectura, como solíamos llamarlo—. Han madrugado bastante, parecen ansiosos por que termines de leerles el libro.

Me dirigí hacia allí, donde ocho pequeñas figuras me esperaban con una expectación palpable en los ojos. Se habían acomodado en torno a la lumbre, nuestro lugar especial para sumergirnos en historias y aventuras.

La luz suave del fuego danzaba en sus caras ilusionadas, cada uno con la mirada fija en mí, listo para escuchar la continuación de la historia que había quedado pendiente la sesión anterior.

—Veo que estáis impacientes por descubrir cómo continúa la historia —dije acomodándome entre ellos.

Con entusiasmo y en un silencio respetuoso, me hicieron hueco. Tomé el libro y lo abrí por la marca que había dejado la última vez.

—«En un reino lejano, coexistían dos fuerzas poderosas: el yin y el yang —comencé captando la atención de los niños—. Estas fuerzas eran opuestas, pero, al mismo tiempo, se necesitaban la una a la otra para existir. El yang representaba la luz, la bondad y la paz; mientras que el yin era la oscuridad, la maldad y el caos».

Uno de los niños, con la curiosidad brillando en sus ojos, preguntó con inocencia:

—Pero, señorita Eda, ¿eso significa que el yin es malo?

Sonreí ante su pregunta.

—No exactamente —respondí—. Lo interesante del yin y el yang es que nos enseñan que no todo lo que parece malo lo es. Y lo que consideramos bueno también puede tener su lado oscuro. Se complementan, creando un equilibrio perfecto en el mundo.

Otra niña, con una mirada pensativa, añadió:

—Entonces ¿dentro de lo malo puede haber algo bueno?

—Ajá —dije asintiendo con aprobación—. Dentro de la oscuridad del yin, hay una pequeña luz, y en la claridad del yang, una sombra. Juntos, forman un círculo perfecto, donde cada parte tiene un poco de la otra.

Los niños se miraron entre sí mientras reflexionaban sobre el concepto.

—¿Y cómo sabemos cuál es cuál? —preguntó otro frunciendo el ceño.

—A veces no es fácil —admití—. Pero es importante recordar que nuestras acciones y decisiones pueden inclinar la balanza hacia un lado o hacia el otro. Al final, lo que importa es buscar el equilibrio, aceptar que todos tenemos luz y sombra dentro de nosotros, y que está en nuestras manos decidir cómo las usamos.

Los niños asintieron, algunos todavía con dudas, pero visiblemente intrigados por la idea de que el bien y el mal no fueran conceptos absolutos, sino relativos y complementarios.

—Entonces ¿el yin y el yang son amigos? —preguntó un niño con una sonrisa tímida.

—Sí, podríamos decir que son los mejores amigos —concluí con una sonrisa—. Porque uno no podría existir sin el otro, y juntos

hacen que el mundo sea un lugar más completo y equilibrado.

Los niños se quedaron en silencio por un momento procesando la historia. Luego sus rostros se iluminaron con una comprensión nueva y continuamos con la lectura, explorando juntos las maravillas y los misterios de un mundo donde el bien y el mal se entrelazaban de maneras inesperadas.

Una vez finalizada la sesión de lectura, se dispersaron en un alegre bullicio, dejándome a solas con Theo en una calma que nos envolvió.

Nos embarcamos juntos en la tarea de reordenar los libros y limpiar el polvo acumulado, un ritual que siempre seguía a nuestras reuniones. Esa mañana, rodeada del silencio reconfortante de la biblioteca, decidí emplear mi tiempo en una labor de cuidado y preservación de los libros.

Theo se despidió para dirigirse a casa tras la pausa del almuerzo, dejándome entregada a mi tarea.

Mientras estaba absorta en la revisión de unos documentos, un crujido sutil irrumpió en el silencio, un sonido que recordaba al de pasos deslizándose sobre la madera antigua del suelo. Sin embargo, la campana situada en la entrada no había anunciado la llegada de visitantes.

Ningún eco había precedido a ese ruido, ninguna sombra había cruzado el umbral.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté mientras me ponía de pie, decidida a investigar.

Me dirigí hacia la entrada y descubrí que la puerta estaba abierta de par en par y se movía con suavidad.

Con gesto firme la cerré, sintiendo el peso de la madera contra mis manos, y volví a adentrarme en la penumbra de la biblioteca. A pesar de haber sellado la entrada, el inquietante sonido de pasos seguía resonando a lo largo de los pasillos oscuros.

Cada uno de mis movimientos era más cauteloso, el silencio a mi alrededor se hacía más denso, solo roto por el latido acelerado de mi corazón, que parecía retumbar con fuerza en mis oídos.

Anduve hacia el lugar del que emanaba aquel sonido, y al llegar al punto donde esperaba encontrar una presencia, no había nada. Solo el vacío y el eco de mi propia respiración.

Y entonces la vi.

Una diminuta esfera de llamas azules emergió flotando en el aire justo sobre el libro que había estado leyendo a los niños.

La esfera no emitía luz como una vela o una lámpara; su resplandor azul era suave, envolvente, como si absorbiera la oscuridad a su alrededor domándola. Además, parpadeaba, parecía estar viva, y me hipnotizó al instante.

«Magia…».

No era solo una simple luz. Había algo profundamente mágico y enigmático en ella, una presencia que me atraía sin palabras.

Me quedé allí, inmóvil, sin saber qué hacer, observando cómo la esfera azul flotaba suavemente.

—Eda, ¿has acabado ya? —Nolan entró en la biblioteca y, con su presencia, la luz desapareció como si nunca hubiese estado allí—. He pensado en volver juntos a casa.

Por un momento me quedé sin habla.

«¿Qué acaba de pasar?».

—Eh…, sí, enseguida voy. Cojo mis cosas, un segundo.

Las preguntas giraban en mi cabeza como un carrusel frenético. Aquella esfera azul, tan misteriosa y desconocida, no se parecía a nada que hubiera conocido o sobre lo que hubiese leído antes. Me consumía la necesidad de entender su naturaleza, su propósito, su origen…

«¿Qué era esa luz de fuego azul?¿Y por qué ha hecho crujir la madera?».

Al cruzar el umbral de nuestra casa, el cálido resplandor de la chimenea me envolvió como un abrazo, disipando el frío penetrante que se había clavado en mi piel a lo largo del día.

Mi padre estaba allí, de pie ante el fuego, absorto en el hipnótico vaivén de las llamas. En sus manos temblorosas se encontraba un trozo de papel que parecía pesar más de lo que su apariencia sugería. Mi hermano lo observaba sin atreverse a pronunciar palabra.

Por un momento mi corazón se detuvo.

Sentía en lo más profundo de mi ser lo que significaba.

La simple visión de ese papel en las manos de mi padre era suficiente para avivar la ansiedad que había intentado mantener a raya durante las últimas semanas.

—¿Eso es una carta, papá? —pregunté; mi voz apenas fue un susurro en el silencio que nos rodeaba, roto únicamente por el crujir y chisporrotear de la madera consumiéndose.

Mi padre levantó la vista hacia nosotros.

El silencio se prolongó y se hizo casi tangible, hasta que finalmente habló.

—Son dos cartas. —Mi mundo se detuvo por completo—. Una para ti, Nolan, y otra para ti, Eda. Son del Parlamento. —La noticia cayó

sobre nosotros como una losa, pesada y fría—. Los dos habéis sido reclutados.



2

Eda

—¡No vamos a dejarte solo, papá! —La voz de mi hermano retumbó en el pequeño salón—. Pero ¿qué pasará con la granja? Tú solo no puedes con tanto trabajo; tu espalda ya no te lo permite. Ni Eda ni yo estaremos aquí para ayudarte.

—La granja ha sobrevivido a muchas cosas, hijos. Antes de que vosotros crecierais, yo manejaba todo solo y lo haré otra vez si es necesario —dijo mi padre—. Podemos contratar ayuda si hace falta, tenemos dinero. Lo importante ahora es que vosotros hagáis lo que debéis. No os preocupéis por mí ni por la granja.

—Antes no llevabas el peso de los años sobre tus hombros, pero ahora las cosas han cambiado, papá —repuse, mi preocupación por él clara en mi tono—. No puedes encargarte de todo solo. Esto es distinto.

—El tío Marten me ayudará, sus hijos son jóvenes y fuertes. Se vendrán a vivir aquí.

—¿Y qué pasa si a ellos, en unos años, también los reclutan?

La preocupación en la voz de Nolan llenó el aire de la granja. Sus palabras se acompañaban de gestos expresivos; sus brazos agitándose de arriba abajo.

La certeza de que nuestra despedida podía ser definitiva pesaba dolorosamente sobre nosotros. Mi padre se enfrentaba a la posibilidad de perder no solo a un hijo, sino a ambos.

La ausencia de mi madre había dejado una marca indeleble en él, un hombre cuya fortaleza se había visto mermada no solo por el paso inexorable del tiempo, sino también por el peso del duelo. Las señales del cansancio y el dolor físico resultaban evidentes, aunque él luchaba por mantenerlas ocultas mostrando una resistencia que iba más allá de lo físico.

—Eso no va a pasar. Los hijos pequeños de Marten son jóvenes todavía. Y el hermano mayor ya ha pasado los treinta años —aseguró mi padre, que se giró hacia la chimenea sosteniendo las cartas entre sus dedos. Estas parecían quemarle más la mano que las propias llamas del fuego.

—¿Acaso Eda es la hermana mayor, papá? No. Lo soy yo. Yo soy el que tiene que ir, no ella.

—Nolan, no hables como si yo no estuviera delante —intervine. Estaba harta de que me trataran como a una niña, cuando ya no tenía edad para que me hablaran así—. Yo también formo parte de esta conversación —expresé, luchando contra la sensación de pequeñez—.¡Mi nombre está en esa carta! ¡Yo también tengo voz y voto en esto!

Mi hermano se giró hacia mí con una resolución que rara vez había visto en él antes.

—Eda, tú no tienes voz ni voto en esta conversación porque tú no vas a ir a ninguna parte —dijo, su voz llena de una autoridad que dejaba poco espacio para la réplica. Luego volvió su mirada hacia nuestro padre—. Esto ha sido un error. Iremos al parlamento y resolveremos esto.

La rabia comenzaba a hervir en mi interior y amenazaba con desbordarse por las puntas de mis dedos como si quisiera escapar a través de mis uñas.

—¡La decisión ya está tomada, Nolan! No hay vuelta atrás.

Observé la mano de mi padre, que aún temblaba.

En su dedo anular resaltaba el anillo de promesa de mi madre, idéntico a aquel que él le había entregado en señal de su amor y compromiso. Recordé el día en que lo llevó a arreglar para que se ajustara a la perfección al ancho de su dedo.

Desde aquel momento, no se lo había quitado ni una sola vez, un recordatorio constante de la vida que habían construido juntos.

—¿Qué pone en la carta, papá? —pregunté.

Mi padre extendió su mano hacia mí.

—Esta es la que lleva tu nombre.

Al tomarla, sentí la textura del papel entre mis dedos, un contacto físico que de alguna manera hacía más real la situación. La carta en mis manos simbolizaba el umbral hacia lo desconocido, una invitación —o, más bien, una convocatoria— a un destino que hasta ahora había sido solo materia de leyendas y susurros.

Estimada señorita Eda:

Por la presente, nos dirigimos a usted en calidad de representantes del ilustre Parlamento de Valdemar para comunicarle una decisión de suma importancia y trascendencia. Tras una cuidadosa deliberación, ha sido usted seleccionada como una de las distinguidas jóvenes que serán reclutadas este año para emprender el viaje hacia Pramvera, en compañía de otros honorables seleccionados cuyas identidades tendrá el privilegio de descubrir en breve.

Por tanto, se le informa que, en la víspera de la próxima jornada, con el ocaso como testigo, un carruaje dispuesto por este augusto cuerpo arribará a su morada para conducirla hasta la sede del Parlamento. Se le exhorta encarecidamente a abstenerse de llevar consigo bienes de carácter personal, y a asegurarse de permanecer en su residencia a la espera de dicho transporte.

Lamentamos cualquier inconveniente que este mandato pueda ocasionarle y le expresamos nuestra más sincera gratitud por su comprensión y cooperación ante este llamado de ineludible cumplimiento.

Atentamente,

el Parlamento de Valdemar

Leí la carta en voz alta, sintiendo cómo cada palabra pesaba en mi alma y adquiría un sabor amargo al pronunciarla. A pesar de la pesadez en mi corazón, mi voz no flaqueó. La notificación nos concedía apenas un día para despedirnos de nuestras familias, un lapso efímero antes de que nuestras vidas se transformaran de forma irrevocable.

Quizá esta prisa era una táctica deliberada para impedirnos procesar plenamente lo que estaba pasando, o para evitar que contempláramos la posibilidad de huir.

La idea de escapar se desvanecía como una ilusión.

No había escapatoria.

—Nos vamos al bosque Lavender —declaró Nolan—, llevaremos tres caballos y suficientes provisiones para varias semanas. Buscaremos refugio más allá de las tierras de Valdemar.

Mi hermano recorría el salón de un lado a otro, su mano acariciándose constantemente la frente en un gesto que parecía buscar claridad en medio de la confusión.

—¿Y si no hay nada más allá del bosque? —interrumpió mi padre, agarrándolo por el hombro para detener su incesante caminar—. ¿Y si el bosque nunca termina? Lo hemos recorrido muchas veces explorando con los caballos y nunca hemos encontrado el final.

Era una verdad ineludible.

Incluso desde nuestra granja, ubicada en las afueras del pueblo, el bosque Lavender estaba lo bastante cerca como para ser una presencia constante en nuestras vidas. Existían leyendas terribles sobre él, pero no relatos de lo que yacía más allá. La razón era simple: nadie había cruzado su densidad para contar qué había al otro lado.

¿Podía ser que el bosque tuviera un final? ¿Y si más allá de su umbral se extendían tierras desconocidas, repletas de vida y posibilidades?

—Lo encontraremos —replicó Nolan.

—¡No vamos a ir a ninguna parte! —hablé finalmente, silenciando la habitación—. Yo me subiré a ese barco, porque como tú siempre me has dicho —dirigí mi mirada hacia Nolan— es nuestro deber. Porque si no voy yo, irá otra persona en mi lugar y no puedo permitirme cargar con esa culpa. Además, el castigo por no hacerlo

podría ser mucho peor. No permitirán que nadie deje Valdemar. Puede que ya haya guardias del Parlamento escondidos entre los árboles, vigilando cada uno de nuestros movimientos hasta que mañana por la tarde vengan a por ti y a por mí. Así que fin de la discusión.

Estaba cansada de que otros tomaran decisiones en mi nombre, sobre todo cuando era perfectamente capaz de hacerlo por mí misma. Comprendía que su intención era protegerme, pero este acto bienintencionado solo servía para subrayar una imagen de debilidad que no me representaba.

Decidida a reclamar mi propio espacio y pensamientos, salí de nuevo al exterior. Cerré la puerta de la casa tras de mí con un portazo.

Nadie me siguió. Y eso era justo lo que quería.

Me encaminé hacia el establo, impulsada por una necesidad urgente de alejarme, de respirar aire fresco en la tranquilidad que ofrecía el paisaje abierto. Necesitaba despejar mi mente, y sabía que no había mejor manera para mí que cabalgar.

—Hoy, Vienna, es un día difícil, pero estoy segura de que cabalgando juntas podremos hacer que mejore un poco, ¿no crees?

Con cuidado y destreza, coloqué la montura sobre su espalda, asegurándome de que todo estuviera en su lugar. La suavidad de sus crines contrastaba con el roce firme de mis manos.

Al cerrar la puerta del establo, un murmullo de agradecimiento pareció emanar de Vienna, como si reconociera nuestra conexión especial. Una vez en la silla, me dejé llevar por la gracia de su galope y nos sumergimos juntas en la libertad del bosque.

Eché un vistazo entre los árboles en busca de algún indicio de la presencia los guardias del Parlamento, pero no había señales de ellos. Con el camino despejado, me dispuse a continuar.

—¡Más rápido! —le ordené a la yegua.

La brisa matutina rozaba mi rostro llevándose la pesadez y dejándome en un estado de liberación total en que los pensamientos se disipaban con el viento.

«Más rápido».

Vienna, mi fiel compañera, galopaba con habilidad por el sendero de tierra, como si conociera cada recoveco.

El misterio de mi reclutamiento se anudaba en mi mente, un enigma que se intensificaba con el recuerdo de la luz azul que había irrumpido en la biblioteca. Aquella aparición insólita no hacía más que sumar interrogantes a una ya extensa lista de incógnitas.

¿Qué significaba todo eso?

El cielo se tornó gris por las nubes oscuras que avanzaban desde el norte. Pequeñas gotas de agua salpicaron el pelaje de Vienna y empaparon gran parte de mi ropa, pero no era la primera vez que cabalgaba bajo la lluvia.

Empujé a mi yegua a cambiar de dirección, buscando refugio en una cueva que sabía que estaba cerca. Vienna incrementó su velocidad.

A un relámpago lo siguió casi inmediatamente un trueno ensordecedor, tan potente que pareció sacudir la misma tierra bajo nosotros. El estruendo tomó por sorpresa a Vienna, que, por puro reflejo, se levantó sobre sus patas traseras en un movimiento brusco.

La súbita acción me pilló desprevenida y, antes de que pudiera afianzarme, me encontré desprendiéndome de la silla y cayendo hacia la tierra.

Todo se volvió borroso.

Mis ojos se abrieron de golpe.

Estaba tumbada en la tierra mojada, empapada hasta la médula.

Alcé la cabeza y miré a mi alrededor; árboles y más árboles. No reconocí el lugar.

Con ayuda de las manos, me incorporé y me puse de pie con cuidado al tiempo que me sacudía las hojas que se habían pegado a mi ropa.

Sentía que me iba a explotar la cabeza.

Me toqué el costado derecho, que me dolía rabiar. Levanté el jersey manchado por el barro, y no encontré ninguna herida de importancia.

Desorientada, busqué con la mirada a Vienna, pero no había ni rastro de ella.

Decidí moverme lentamente por el bosque, buscando alguna marca o pista sobre dónde habría podido ir después de los truenos que la habían asustado. Levanté la mirada hacia el cielo; ya no había tormenta, había dejado de llover y solo quedaban algunos nubarrones negros.

«¿Cuánto tiempo habrá pasado desde la caída?».

Aceleré el paso mientras sacaba la daga que había guardado con cuidado en mi bota.

Olvidé el dolor que sentía en el torso y que me hacía contraerme a cada paso y emprendí la búsqueda de mi yegua.

No sabía con exactitud las horas que habían transcurrido desde que había salido a cabalgar, pero el sol amenazaba con esconderse tras las montañas.

Con la daga en la mano, en alerta por el peligro que podía acechar en el bosque, el miedo se apoderaba cada vez más de mí, haciendo que pensara en horribles posibilidades. El aire movía las hojas de los árboles y creaba un sonido silbante que me hacía girarme con brusquedad hacia atrás de vez en cuando.

Aunque aún había suficiente luz para caminar, sabía que pronto me sumergiría en la oscuridad.

Llamé a Vienna un par de veces, pero no obtuve respuesta.

Anduve por un sendero frondoso, donde la vegetación era aún más asombrosa. Los troncos, de un marrón oscuro, se alzaban junto a árboles altos con hojas verdes y un toque rojizo bajo la luz del sol. A medida que avanzaba, el sonido del agua cayendo en cascada resonaba a lo lejos.

«Conozco ese lago».

De pequeña solía pasar en él las tardes de verano con Nolan, bañándonos y jugando hasta que el sol se ocultaba.

«Vienna debe de estar allí».

Escogí un camino a la derecha y me adentré en él, dejando atrás el sendero frondoso. Era difícil avanzar entre zarzales y malezas traidoras, especialmente con el torso dolorido por la caída. Sin embargo, al cabo de unos segundos pude ver el agua entre los árboles y el relincho de un caballo me hizo parar en seco.

La había encontrado.

Avancé más rápido sorteando el barro con destreza. Una sonrisa de alivio iluminó mi rostro al hallar a Vienna bebiendo del lago. Pero para mi sorpresa no estaba sola.

Mis dedos se tensaron alrededor del mango de la daga y palidecieron hasta volverse blancos por la fuerza con la que la sujetaba. El miedo se apoderó de mí por completo e invadió cada rincón de mi ser. Un escalofrío intenso y desconocido me recorrió de pies a cabeza, paralizando mi respiración y borrando de mi mente cualquier pensamiento claro sobre lo que buscaba.

Permanecí inmóvil, mis ojos fijos en la figura de un hombre que, con gestos suaves, acariciaba a mi yegua mientras esta bebía tranquilamente del lago azul.

Aunque se encontraba de espaldas a mí, estaba segura de que era consciente de mi presencia. No se había girado para mirarme, pero el ligero endurecimiento de su postura indicaba que había detectado mi llegada.

Me había escuchado, sabía que estaba detrás de él.

La figura ante mí era imponente, alcanzando fácilmente los dos metros de altura. Llevaba puesto un uniforme de guerra de color ébano que se adhería a su cuerpo como si fuera una segunda piel y que delineaba con claridad cada contorno muscular de su corpulento cuerpo.

Se me antojó implacable, como si nadie lo hubiese tocado nunca.

Me detuve a observar los detalles de su indumentaria de combate, particularmente llamativa por las dos espadas de hoja de obsidiana que llevaba cruzadas en la espalda. Esas armas, destacadas por su brillantez negra, estaban sujetas en forma de equis por unas correas que parecían cobrar vida con ondulantes… llamas negras.

Todo a mi alrededor pareció detenerse en ese momento de puro terror.

Las llamas, a pesar de su aspecto feroz, no quemaban el tejido, sino que se entrelazaban alrededor de las espadas y las correas, manteniéndolas en su lugar con una firmeza casi sobrenatural.

Giró su cabeza lentamente para observarme y yo no aparté los ojos de ese… ser. Mi corazón se aceleró, un vuelco inesperado que cortó mi respiración. Me encontré por completo paralizada, como si de repente el suelo bajo mis pies se hubiera convertido en cemento y me anclase al lugar, incapaz de moverme mientras el tiempo parecía detenerse a mi alrededor.

No era mortal.

Sus ojos, de un verde esmeralda intenso, recorrieron meticulosamente cada centímetro de mí, desde los pies hasta la cabeza, como un depredador que evaluaba a su presa.

Cada línea de su cuerpo parecía esculpida con precisión, desde los músculos que delineaban su figura hasta la manera en que su cabello oscuro caía descuidadamente sobre su frente.

«Un guerrero sin alma. Un demonio».

—Bonita yegua —susurró el extraño, su voz tan fría que parecía congelar el aire a su alrededor. Sus dedos rozaron el lomo del animal con una suavidad inquietante—. En mi tierra no nos molestamos en criar caballos. Las criaturas que habitan allí los devorarían antes de que pudieras siquiera contar hasta diez, no dejarían ni los huesos para recordarlos.

«Pramvera».

Iba a morir, cada vez lo tenía más claro.

El miedo se apoderaba de mí mientras retrocedía y mis pies tropezaban con la tierra húmeda y resbaladiza. Cada célula de mi cuerpo se había tensado en respuesta al peligro, consciente de la presencia de ese ser que traía consigo un manto de sombras, oscuridad y amenazas que parecían devorar la luz a su paso.

La incertidumbre crecía con cada palabra que resonaba en el aire. ¿Qué aspecto tendrían esas criaturas? ¿Acaso los mortales reclutados serían simplemente alimento para esas bestias despiadadas de Pramvera?

Tomé una profunda bocanada de aire intentando calmar el ritmo frenético de mi corazón. Nuestros ojos seguían entrelazados en un silencioso duelo, midiendo cada movimiento, cada gesto.

La llama negra que brotaba de su espalda y sostenía sus espadas danzaba con una gracia tenebrosa. ¿Emanaba de él mismo aquel fuego? ¿Podría quemarme si intentaba tocarlo? Por un instante, la idea de extender la mano hacia él cruzó mi mente en una curiosidad mórbida por tocar aquel fuego oscuro.

No, definitivamente no le tocaría.

—Aléjate de mi yegua, demonio —escupí con una rabia imprudente—. Sobre mi cadáver permitiré que te la lleves para alimentar a tus horribles bestias.

Una risa profunda y siniestra brotó de su garganta y creció en intensidad hasta llenar el espacio entre nosotros. El sonido era tan perturbador que parecía que el mismo aire temblaba.

Mientras reía, sus labios se curvaron hacia arriba y revelaron una hilera de dientes anormalmente blancos y perfectos, tan impecables que resultaban casi sobrenaturales en su brillo. Cada carcajada era un insulto directo no solo a mis palabras, sino a mi existencia.

—¿Demonio? ¿Acabas de llamarme así? —Su voz se deslizó entre diversión y amenaza mientras daba un paso hacia mí. Por instinto retrocedí, tratando de mantener la distancia—. Pero hoy es tu día de suerte —continuó, una sonrisa oscura curvando sus labios—. Estoy de buen humor…, por ahora.

Con un gesto deliberado dejó caer su mano de la yegua y avanzó otro paso hacia mí. Su mirada me recorrió y pasó de la daga a mi cabello desordenado, deteniéndose un momento en mis ojos, como si evaluara cada rincón de mi ser, disfrutando del miedo que seguramente reflejaban mis ojos.

—¿Qué queréis de nosotros?

Las palabras se escaparon de mis labios antes de que pudiera detenerlas, y al instante supe que había cometido un error. Sentí como si cada segundo que pasaba sellara mi destino.

—¿Nosotros…? —murmuró él, su voz apenas un susurro, cargada de una ironía maliciosa.

—¿Vas a matarme ya? Si es así, hazlo de una vez. —Intenté sonar desafiante, pero incluso yo podía escuchar el temblor en mi voz. Su mirada se oscureció, y en sus ojos vi el cálculo frío, cómo sopesaba deshacerse de mí, una simple mortal con una daga frente a sus dos letales armas—. Prefiero que lo hagas aquí; al menos así evitaré un destino peor.

Él esbozó una sonrisa lenta y cruel, casi deleitándose en mi miedo.

—Interesante… —Su tono era burlón, casi contemplativo—. Hoy seré un demonio misericordioso y te dejaré corretear por el bosque con tu yegua.

Mi mente se debatía entre la incredulidad y el terror. «¿Es una trampa? ¿Otra forma de tortura psicológica? ¿O realmente me está

dando una oportunidad para escapar?».

—Los demonios no conocéis la misericordia; no sabéis lo que es la piedad cuando se trata de inocentes. —Trataba de mantener la voz firme, pero el miedo se filtraba en cada palabra.

Di un paso hacia adelante, pero un dolor agudo en mi torso me hizo tambalear. Él lo notó y su mirada bajó hasta la herida que intentaba cubrir con la mano, mientras la otra sostenía temblorosa la daga.

Él sabía que estaba herida.

—¿Es eso lo que creéis que hacemos? —Hizo una pausa, disfrutando de la tensión que crecía entre nosotros antes de continuar—: ¿Matar?

—Creo que matarnos es lo menos cruel que podríais hacer con nosotros. —Mi voz se quebró al final, revelando el pánico que intentaba contener.

—En eso puedo estar de acuerdo, señorita… ¿Cómo se llama? —preguntó con una inclinación de cabeza, una falsa cortesía mientras las llamas a su alrededor parecían vibrar con su voz.

—¿Por qué quieres saber mi nombre?

Su risa resonó en el aire, profunda y estruendosa, y el sonido hizo que mi corazón diera un vuelco.

—Había olvidado cómo podías…, cómo podían ser de impertinentes y maleducados los mortales. —Chasqueó la lengua con una mezcla de diversión y desprecio—. Quiero saber tu nombre porque, sin él, no podré dormir tranquilo esta noche.

Dio un paso hacia mí, su presencia parecía oscurecer aún más el entorno.

—Ni un paso más o esta daga irá directa a tu cabeza —le advertí, aunque mi mano temblaba mientras apretaba con fuerza el mango.

Sus ojos bajaron lentos hacia la daga y la observaron con una calma perturbadora.

—¿De verdad piensas usarla? ¿Sabes siquiera cómo manejarla? —dijo con desprecio avanzando otro paso.

—Sé usarla, y no dudaré en hacerlo si es necesario, demonio —le espeté mientras la levantaba y apuntaba con ella directamente a su cabeza.

Una sonrisa torcida se formó en sus labios.

—Yo que tú bajaría ese juguete —murmuró con burla—. No por miedo a mí, claro…, pero no creo que *él* esté muy contento con lo que estás a punto de hacer.

En ese instante, un estruendo cortó el silencio arrancándome de mis pensamientos. El relincho temeroso de mi yegua llenó el aire, un sonido agudo que traspasó el miedo a mis huesos.

Actué por instinto y mi cuerpo reaccionó antes de que pudiera procesar del todo la situación.

Bajé la daga y corrí hacia ella, mis pasos resonando en el suelo húmedo. Pasé rozando al demonio y lo dejé atrás con una proximidad peligrosa, cada paso adelante era una invitación tácita para que él pusiera fin a todo.

Sujeté las riendas, atrayendo la montura hacia mí, y deslicé suavemente las yemas de mis dedos por el cuello de mi yegua en un intento por transmitirle calma.

Me esforcé por mantener la serenidad tanto en mi mente como en mi cuerpo, por controlar el ritmo acelerado de mi corazón para evitar que Vienna cayera en un estado de pánico.

Miré atemorizada hacia la otra parte del lago, donde el sonido se hacía cada vez más fuerte, más atronador, como si los árboles del bosque se desplomaran en la tierra en un efecto dominó, cayendo uno detrás de otro y creando así una nube de polvo que me hizo toser con fuerza. Intenté tragar saliva, pero tenía la boca totalmente seca, no podía respirar.

«Sin duda alguna, el demonio no ha venido solo».

Segundos más tarde, una descomunal, terrorífica y malévola criatura se cernió sobre el lago, y su enorme figura se reflejó en las aguas cristalinas.

No tenía palabras para describir a esa colosal y pesada bestia negra que debía de alcanzar más de treinta metros de altura y que sobrepasaba los cien de longitud. Tenía un enorme pecho y un largo y ondeado cuello.

Su cabeza me recordaba a la de un caballo, pero sobre ella sobresalían unos cuernos color púrpura que se asemejaban a los de un ciervo. Al final de sus cuatro patas se encontraban unas garras que se parecían a las de una feroz águila, y su cuello y su cola eran similares a las de una gigantesca serpiente.

Su piel estaba recubierta por unas grandes y flexibles escamas que cubrían cada centímetro de su enorme cuerpo, recorrido por una cresta hecha de hueso puntiagudo que iba desde su cabeza hasta el final de su larga e imbatible cola. Su frente se proyectaba sobre unos ojos llameantes, y su boca, formada por cientos de dientes afilados capaces de devorar cualquier ser de este mundo, dejaba entrever una extensa y puntiaguda lengua.

El pecho de aquella bestia subía y bajaba lentamente; su respiración era fuerte y ruidosa, y hacía temblar el agua y las ramas

de los árboles, que a su lado parecían pequeñas cerillas de madera que se movían de un lado a otro, como si de un fuerte viento se tratara. Sin embargo, era su aliento ardiente el que levantaba las hojas de la tierra y esta del suelo.

Lo más impactante de aquella letal bestia eran sus dos magníficas alas, que se extendían sobre los laterales, abiertas por completo. Estaban formadas por una gruesa membrana brillante que hacía que los pocos rayos del sol que llegaban entre las ramas la traspasaran y dejara ver la sangre mágica circulando por sus venas.

Un solo aleteo de esas poderosas alas desplumaría a los pájaros que observaban atónitos desde las ramas. Por suerte, las plegó sobre su gran cuerpo, y la luz del atardecer volvió a iluminar el lago.

Vienna seguía pegada a mí inmóvil y no hizo falta que la obligara a quedarse, ya no estaba asustada.

—A un dragón no le suele gustar la idea de que los mortales apunten con su… ¿Eso es una daga o un cuchillo de cocina? —La voz del demonio resonó detrás de mí e hizo que un escalofrío me recorriera el cuerpo.

«¿Dragón? ¿Así llaman a esa bestia?».

Sabía que cualquier intento de huida desencadenaría mi fin, pues la criatura seguramente me daría caza antes de que pudiera escapar lejos, si es que el demonio que me acechaba no decidía acabar conmigo primero.

—Tu dragón no debería estar en estas tierras. —Tragué saliva.

Me di la vuelta con lentitud, manteniendo una mano sobre mi torso herido mientras el dolor punzante me recordaba lo frágil que era en ese momento.

—Deberías ocuparte de esa herida —comentó, su voz cargada de una fría indiferencia mientras sus ojos se fijaban en el lugar que me agarraba con ambas manos—. Esas cosas suelen matar a los mortales como tú.

Mortal. Mortal. Mortal.

Una palabra que repetía en cada frase, como si con ello subrayara mi inferioridad, como si mi condición humana me colocara automáticamente en una posición de desventaja.

El demonio avanzó con una gracia que rozaba lo sobrenatural con movimientos fluidos y controlados manteniendo una distancia calculada sin dejar de observarme mientras me acurrucaba junto a Vienna. Su mirada fija en el dragón no flaqueaba, y en cada paso que daba la tensión en el aire se hacía palpable.

El dragón, imponente a pesar de estar en parte sumergido en las aguas poco profundas del lago, parecía aún más colosal a cada momento que pasaba. Las aguas apenas le cubrían las patas, pero su masa y su presencia eclipsaban todo a su alrededor.

Las llamas negras que envolvían la espalda del demonio ardían con una intensidad aterradora, proyectando una sombra de poder oscuro que se extendía a su alrededor.

A medida que se adentraba en el lago, el agua apenas alcanzaba a rozar sus botas, creando pequeñas ondas que se desvanecían con rapidez.

Con una elegancia casi innata, el dragón inclinó su enorme cuerpo facilitando el acceso a su lomo. El demonio, con un salto ágil y preciso, se colocó firmemente sobre la bestia. Una vez acomodado su amo, la criatura desplegó sus gigantescas alas.

—¿No vas a matarme? —grité intentando superar la distancia que nos separaba.

—Hoy no.

El demonio, con una sonrisa cargada de malicia, clavó sus ojos en mí por última vez. Luego, con un gesto suave pero cargado de poder, instó al dragón a emprender el vuelo.

Al batir sus enormes alas, la bestia desató un vendaval que elevó todo a su paso. El aire se convirtió en una marea viva que revolvió las ramas de los árboles del bosque circundante, creando un rugido que se grabaría para siempre en mi memoria.

Y entonces, como si hubieran sido tan solo una ilusión, se desvanecieron, y yo permanecí allí, mirando hacia el cielo que, aunque seguía nublado, ahora se pintaba de tonos naranjas y violetas, a la espera inútil de que el demonio cambiara de opinión y volviera.

Subí a Vienna aún temblando.

Sabía el camino de regreso a casa, así que salí del lago y cabalgué tan rápido como pude, temerosa de encontrarme con más demonios en el bosque.

«Hoy no».

Las manos me temblaban sobre las riendas, pero no volví a ver ni a escuchar a la bestia.

Después de dejar a Vienna en el establo, me apresuré a entrar en casa, mi mente enredada en la confusión y la urgencia de contarle a Nolan lo que había sucedido. Pero al cruzar la puerta, el silencio me recibió. Nolan no estaba. Recorrí la casa con pasos rápidos, pero solo encontré a mi padre, profundamente dormido en el sofá, ajeno

a todo lo que había ocurrido. Ni siquiera la presencia de una criatura alada surcando el cielo sobre el pueblo había logrado despertarlo.

Me detuve un momento con la respiración aún agitada, mientras intentaba asimilar lo que acababa de presenciar. Era como si las viejas leyendas, aquellas que había leído y que parecían tan distantes y fantásticas, hubieran cobrado vida ante mis ojos desdibujando la línea entre mito y realidad.

Nuestras tierras, que durante tanto tiempo habían permanecido en paz, apartadas del caos y la oscuridad, ahora se exponían a una nueva amenaza. Habíamos vivido en una calma casi ilusoria, pensando que los demonios y otras criaturas de la noche no tenían interés en nosotros, que éramos insignificantes para ellos. Pero ahora todo parecía estar cambiando. ¿Qué querían de nosotros?

¿Por qué, después de tanto tiempo de silencioso olvido, algo o alguien había decidido que era el momento de irrumpir en nuestra tranquila existencia?



3

Eda

Sentada en el porche, me envolví en una manta buscando un consuelo efímero ante el frío de la noche.

Mis ojos permanecían fijos en el cielo que poco a poco se teñía de oscuridad, dominada por la inquietante expectativa de ver surgir nuevamente esa criatura voladora, o algo aún peor, que no fuera la única y que otras bestias semejantes se unieran a ella, desencadenando el caos en nuestras vidas pacíficas.

Cada sombra que se movía en la penumbra de la noche me sobresaltaba, cada sonido inusual en la quietud me tensaba.

Esa mañana, esa luz azul había aparecido sobre ese libro flotando…, y ahora el demonio y esa bestia.

Todo parecía estar conectado de alguna manera extraña e inquietante.

—Eda, ¿qué haces aquí fuera? Vas a coger un resfriado.

La voz de mi hermano Nolan me sacó de mis cavilaciones.

Había vuelto sano y salvo.

—Me alegro tanto de que estés bien.

Corrí hacia él y lo abracé, un gesto poco común entre nosotros.

—¿Te has dado algún golpe? —me preguntó entre risas devolviéndome el abrazo—. Una simple tormenta no puede conmigo.

¿Pero cómo podía reírse? ¿Acaso no había visto a esa criatura en el cielo?

—¿No lo has visto?

Me separé para mirarlo con incredulidad.

—¿Ver qué? ¿La tormenta? —Dirigió la vista hacia la granja preocupado—. ¿Ha pasado algo con los animales?

—Ya he revisado los establos, todos están bien —le aseguré, agarrándolo del brazo para detenerlo—. Es solo que… ¿de verdad no has…? Olvídalo.

Me resultaba incomprensible que no hubiera visto a esa enorme criatura sobrevolando Valdemar. Tal vez había tomado otro camino, más oculto, aunque con su tamaño y la altura a la que volaba me parecía imposible.

Quizá, después de todo, solo había sido mi imaginación.

—Siento lo de antes, Nolan —comencé, mi voz portaba un tono de sincera disculpa—. No creo que este sea el momento más adecuado para estar enfadados el uno con el otro. Pero piénsalo, Nolan, al menos nos han reclutado a los dos. Estaremos juntos, tú y yo, enfrentándonos a cualquier destino, sea malo o terrible… Me mataría quedarme aquí sin saber qué te pasa ahí fuera, y a ti te destrozaría no saber qué me sucede a mí.

—Eda…

—Ya no soy una niña, y lo sabes bien.

—No debería haberte hablado de esa manera. Por supuesto que tienes voz y voto en esta casa —me dijo con la mirada impregnada de arrepentimiento. Se acercó a mí reduciendo la distancia que nos separaba y tomó mis manos entre las suyas—. Lo siento mucho, Eda. Sé que deberías odiarme por las cosas que te he dicho, pero tengo miedo. Ahora no es solo el temor de que algo malo me suceda a mí, sino que también te podría pasar a ti, y eso nunca me lo perdonaría. Eres mi hermana pequeña, pero ya has crecido, algo que no había querido ver hasta ahora. Lo siento de verdad.

—Entremos en casa, Nolan —le dije tomando su mano para guiarlo de vuelta al interior.

Me detuve en el umbral de mi habitación, dedicando unos minutos a absorber cada detalle, a memorizar cada rincón. Quería recordar cómo se sentía tener una cama cómoda bajo mi cuerpo, el olor de mi propia ropa, la familiaridad reconfortante de mi espacio personal.

Mi habitación era modesta, con una cama pequeña, un escritorio y un armario sencillo.

Con pasos lentos, me acerqué a este y lo abrí. Las bisagras emitieron un chirrido de protesta, traicionando su edad y el óxido acumulado. Tras la muerte de mi madre, había guardado toda su ropa, lo único tangible que me quedaba de ella.

Sin embargo, rara vez me atrevía a usarla.

Cada vez que lo hacía, notaba cómo el semblante de mi padre se ensombrecía. Parte de mí deseaba no usarlas nunca para evitar tener que lavarlas y perder así el último vestigio de su presencia, ese

aroma que aún persistía en las fibras de la tela y que me traía recuerdos de tiempos más felices. Sabía que no podía llevarme nada, así que me permití un último momento con esas prendas.

Inhalé profundo, llenándome de la esencia de mi madre por última vez.

Ese gesto simbolizaba más que un simple adiós a una pieza de ropa; era despedirme de una parte de mi vida que, sabía, nunca volvería a ser igual. Con el corazón pesado y la mente llena de recuerdos, cerré la puerta del armario y, con ella, una etapa de mi vida. Quería exprimir cada momento de esa mañana, tenía el propósito firme de despedirme de Theo en la biblioteca.

Descendí por las escaleras de mi hogar, cada crujido de la madera bajo mis pasos resonaba con una nota de finalidad. Observaba cada rincón, cada detalle, intentando grabar en mi memoria la esencia de mi vida hasta ese momento.

La casa se sumía en un silencio que denotaba vacío. Era probable que mi padre estuviera en el huerto, absorto en sus labores diarias, y Nolan, suponía yo, también se estaría encargando de sus propios adioses.

Al pasar por el pueblo, intercambié saludos con los vecinos como solía hacerlo cada día. Pero bajo la normalidad de ese intercambio se ocultaba una verdad que solo yo conocía: pronto se difundiría la noticia de nuestra partida. Me atormentaba pensar en las miradas de compasión dirigidas hacia mi padre, en cómo lo verían cargando con la pérdida de su esposa y ahora de sus hijos. Solo imaginarlo me causaba un revuelo en el estómago.

La idea de tener que dejar atrás en menos de un día todo lo que había construido y amado —mis dos refugios, la biblioteca y mi

hogar, mi pueblo y mi ciudad— era desgarradora.

Al abrir la puerta de la biblioteca, el sonido de la campana anunció mi llegada, una melodía agridulce que parecía marcar el principio del fin. Entré y ahí estaba Theo, detrás del pequeño mostrador, inmerso en su trabajo cotidiano. Al verlo, algo dentro de mí se rompió.

Era como si, de repente, toda la realidad de mi situación cayera sobre mí con un peso insoportable. Los sollozos se me escaparon sin previo aviso, brotando desde lo más profundo de mi ser ante la inminente pérdida de ese lugar que había sido mi refugio, y de las personas que habían llenado mi vida de sentido y pertenencia.

Theo levantó la vista y sus ojos se encontraron con los míos. En ese momento, sin necesidad de palabras, supe que él entendía la tormenta de emociones que me embargaba. La biblioteca, con sus estantes llenos de historias y sus rincones cargados de recuerdos, había sido más que un lugar de trabajo para mí; había constituido un hogar, un santuario. Y dejarlo atrás, junto con todo lo demás que amaba, partía mi alma en dos.

—Theo —dije mientras me acercaba a él para abrazarlo con fuerza. El bibliotecario era de estatura pequeña y complexión regordeta, y a lo largo de los años había llegado a ser como un abuelo para mí. En su presencia siempre había encontrado consuelo y sabiduría—. Ayer, mi hermano y yo recibimos dos cartas del Parlamento. Nos han reclutado, Theo, a los dos —logré decir entre sollozos, mi rostro convertido en un mar de lágrimas que caían sin cesar.

Sentía cómo cada gota salada trazaba su camino por mi piel.

—Oh, mi pequeña Eda —respondió Theo mientras su mano acariciaba mi cabello en un intento de calmarme—, no llores, por

favor. No quiero verte sufrir así.

—Yo… me voy esta noche. Un carruaje del Parlamento vendrá a buscarnos. Solo nos han dado un día para despedirnos. No sé qué voy a hacer… Dejarte solo aquí, a los niños sin nuestras tardes de lectura, a mi padre sin compañía…

Las palabras se me atoraban en la garganta.

Theo se separó ligeramente de mí y tomó mis manos entre las suyas mirándome a los ojos con una serenidad que solo él podía transmitir.

—Yo estaré bien, Eda. Gracias a ti tengo trabajo para muchos meses. Los niños…, ellos estarán bien. Pronto serán capaces de escribir sus propias historias. Y tu padre es un hombre muy fuerte. Él sabe cómo cuidarse.

—He venido para despedirme y ayudarte a dejarlo todo perfecto antes de irme —dije intentando ofrecer algún tipo de ayuda en mis últimos momentos en el pueblo.

—De eso nada, jovencita. Debes disfrutar del tiempo con tu padre. Ya me ayudarás más cuando vuelvas, ¿vale?

—Theo…

Me cogió las manos.

—Por supuesto que volverás, y lo harás cargada de nuevas historias para compartir. Eres fuerte y valiente, y a tu regreso todos estaremos aquí, esperándote con los brazos abiertos.

Aunque las palabras de Theo eran sinceras y su fe en mi regreso inquebrantable, el conocimiento común y las historias susurradas a lo largo de los años pesaban sobre mi espíritu. Nadie había regresado jamás de las tierras malditas, y esa desalentadora realidad se cernía sobre mí como una ominosa sombra.

—Ve con tu familia —me instó con suavidad—. Yo estaré bien aquí, y tú también estarás bien allí.

Asentí no sin esfuerzo y lo abracé por última vez, intentando memorizar su olor, así como el aroma característico de la biblioteca que tanto había significado para mí.

Antes de salir, lancé una última mirada al interior. Los rayos del sol se filtraban a través de las ventanas iluminando el polvo danzante en el aire y creando un efecto casi mágico. El suave murmullo del ambiente, donde el tiempo parecía transcurrir de manera distinta, se grabó en mi memoria.

—Adiós, Theo. Gracias por ayudarme a cumplir mi sueño.

Trabajar con él, haber podido sumergirme en el mundo de los libros que tanto amaba, había sido un regalo inestimable.

—Adiós, Eda. Vuelve pronto.

El sonido de la campana al cerrar la puerta marcó el final de ese capítulo de mi vida. Mis dedos rozaron el viejo pomo por última vez, un adiós simbólico no solo a Theo y a la biblioteca, sino a todo lo que habían representado en mi vida.

El carruaje se erguía imponente frente a nuestra casa, un espectáculo de elegancia que contrastaba con la sencillez de nuestro hogar.

Era un carro pintado de un blanco puro que brillaba bajo los últimos rayos del sol, adornado con detalles en dorado que resaltaban su diseño refinado.

Dos caballos, de pelaje tan blanco como el carruaje mismo, estaban enganchados al frente. Parecían en paz con su tarea,

esperando con una paciencia digna para llevarnos hacia nuestro destino. El Parlamento de Valdemar.

El cochero, vestido con un uniforme que complementaba la elegancia del carruaje, se mantenía inmóvil en su puesto observando con una neutralidad profesional.

En las horas previas a ese momento, dediqué mi energía a limpiar y ordenar la casa con meticulosidad por última vez. Quería asegurarme de dejar todo en perfectas condiciones para mi padre, facilitándole al menos la carga de tener que mantener la casa en orden una vez partiera hacia Pramvera. Era mi manera de cuidar de él, incluso en la distancia, un último gesto de amor y consideración hacia la persona que nos había dado todo.

Me deslicé primero en el asiento del carruaje, seguido de cerca por Nolan, quien se acomodó a mi lado. Los asientos eran amplios y cómodos, perfectos para el viaje que teníamos por delante. A ambos lados, las ventanas nos permitían echar un vistazo al mundo exterior mientras avanzábamos.

Con un simple chasquido del cochero, los caballos empezaron a moverse y el carruaje se puso en marcha. Las horas pasaron, y me encontré mirando por la ventana, perdida en el cielo nocturno, buscando cualquier señal de luz azul o la silueta de un dragón. Pero todo lo que vi fue la inmensidad oscura de la noche.

A medida que nos acercábamos a Valdemar, el paisaje comenzó a cambiar. Las casas empezaron a aparecer con más frecuencia, señal de que estábamos llegando. El carruaje se balanceaba suavemente con el movimiento por el camino, pero se mantenía firme sobre el terreno.

Finalmente, dejamos atrás la tierra y la hierba y entramos en las calles empedradas de la gran ciudad. Valdemar se desplegaba ante nosotros, llena de vida y movimiento. Nos detuvimos frente a un edificio enorme en el centro de la ciudad, un coloso arquitectónico con múltiples ventanas que parecían observar todo desde su altura, como si vigilara el ajetreo de la ciudad.

El parlamento.

El carruaje se detuvo con un suave tirón en medio de la calle empedrada, justo frente al edificio. El sonido de los cascos de los caballos cesó y, por un momento, el silencio envolvió nuestro vehículo.

—Estaremos bien —murmuró mi hermano apretando mi mano, una respuesta tranquilizadora a los temblores apenas perceptibles que revelaban mi nerviosismo.

Asentí intentando empaparme de su fuerza, y esbocé una sonrisa. El sonido del cochero descendiendo del carruaje marcó nuestra llegada oficial. Al abrir la puerta, Nolan fue el primero en bajar, luego me ofreció su mano con una firmeza sutil para asistirme en mi descenso.

Al tocar el suelo, mis ojos rápidamente se posaron sobre el entorno que nos rodeaba. Ante el imponente edificio del Parlamento, cuatro guardias erguidos custodiaban las puertas de entrada.

Uno de ellos se separó del grupo y se acercó a nosotros. Tras saludarnos con un leve movimiento de cabeza, nos instó a seguirlo.

Mientras lo hacíamos observé cómo sus compañeros permanecían inmutables, con la mirada fija en el horizonte de la ciudad, sin desviar su atención hacia nosotros.

Una de las puertas se abrió silenciosamente, invitándonos a adentrarnos en los recovecos del edificio. Acompañamos al guardia a través de un laberinto de pasillos interminables, cada vuelta y esquina revelaba un poco más de la grandiosidad del lugar.

Los pasillos del parlamento estaban custodiados por guardias reales, dispuestos en intervalos regulares a lo largo de las paredes, erguidos y solemnes, como si fuesen parte integral de la estructura misma del complejo.

Al final del pasillo, decorado con una sucesión casi interminable de puertas, nuestro guía se detuvo en silencio ante una de ellas. Sin pronunciar palabra, la abrió e hizo un gesto para que entráramos.

La habitación que nos recibió era austera, con dos camas sencillas dispuestas en paralelo, cada una flanqueada por una pequeña mesa de noche. La simplicidad del mobiliario contrastaba notablemente con la opulencia de los pasillos que habíamos transitado.

—Permaneced en vuestras habitaciones hasta recibir instrucciones de un guardia para salir —fue la única indicación que el hombre nos dejó. Acto seguido, cerró la puerta con llave.

Nolan y yo nos miramos. Aquello no había hecho más que empezar.



4

Eda

En aquella gélida mañana, el silencio reinó sin interrupción.

Ninguna llamada perturbó la puerta.

Nolan se encontraba con los brazos cruzados frente a la ventana, su rostro era un enigma, carente de cualquier expresión, la personificación de la impasibilidad.

Me levanté de un salto desde la estrecha cama y me posicioné a su lado, compartiendo el silencio y la vista. Ante nosotros se extendía el mar, indómito, un misterio en sí mismo. Reposaba tranquilo, marcado solo por suaves ondulaciones que creaban una delicada espuma. Una densa cortina de niebla lo envolvía y avanzaba paulatinamente hacia el puerto lacustre, como presagio del inminente cambio.

La inquietante presencia de aquellos demonios ya dejaba su huella en nuestras tierras.

—¿Cuándo tienen pensado abrir la puerta? ¿Nos van a dejar aquí todo el día? —pregunté de forma retórica.

—Tú no deberías estar aquí, esto tiene que ser un error. —La voz de Nolan salió disparada por su boca.

Su mirada seguía fija en la ventana.

—No creo que sea justo que descargues tu enfado conmigo; después de todo, yo no elegí estar aquí.

Él sabía perfectamente que no había sido una elección voluntaria.

—Lo sé, Eda —dijo con suavidad, posando su mirada fija en la mía —. Sé que no tienes culpa alguna. Te has preparado de manera excepcional: sabes cómo pelear, cómo manejar una espada y, más importante aún, tienes una mente extraordinaria. Pero ambos somos conscientes de que lo que hay ahí fuera nos supera con creces. Estoy muy orgulloso de la persona en la que te has convertido —dijo con una sonrisa que, aunque genuina, pronto dio paso a una expresión juguetona—. Bueno, de la persona en la que yo te he ayudado a convertirte.

Mi ceja se alzó en respuesta.

—¿De veras? No sabía que tenías el poder de influenciar a las personas. La próxima vez que papá y yo discutamos, te llamaré para que nos des unas lecciones.

—Tienes razón. No soy un maestro del universo, pero siempre te he visto como alguien fuerte y capaz.

Sin duda, era capaz de muchas cosas, y las dos dagas ocultas en mis botas eran prueba de ello.

—¿Qué crees que hay allí? —volvió a hablar.

—Sea lo que sea, es algo malo. —Y yo tenía razón.

—Esto parece una broma. Es como «Eh, hola, estáis obligados a morir y nadie puede dar su opinión» —dijo soltando una risa amarga.

Nada bueno podía aguardar en Pramvera, no después de lo que había visto el día anterior. Un escalofrío recorrió todo mi ser al recordar el fuego del demonio, sus ojos, sus espadas y su uniforme impecable.

Recordé también a su bestia. La sola idea de que esas tierras pudieran estar plagadas de criaturas semejantes…

—Nolan, tengo que contarte algo. Ayer…

Un golpe abrupto en la puerta me interrumpió e hizo que ambos saltáramos.

—Reclutas, el barco ha atracado en el puerto y les espera. Les ruego que abandonen su habitación y me acompañen hasta su destino. —La voz del guardia resonó a través de la puerta cerrada.

Había llegado el momento.

El puerto se desplegó ante nosotros, con el murmullo de las olas y el ajetreo de los marineros como un telón de fondo constante.

A medida que avanzábamos hacia el barco de vela, la imponente estructura del navío se alzaba ante nosotros, recortada contra el cielo matutino.

A lo largo del puerto, otros jóvenes se congregaban, avanzando en solitario hacia el galeón que nos esperaba.

Entre los reclutas un chico con rasgos distintivos destacaba del resto. Sus ojos almendrados y su piel ligeramente más oscura, junto con un cabello liso y negro que le enmarcaba el rostro, le conferían

una apariencia serena y tranquila. A su lado, un joven rubio con el cabello largo hasta los hombros y de notable altura sobresalía en el grupo.

Una chica de cabello oscuro, con los labios apretados y la mirada firme, se posicionó al lado de Nolan, exudando una resolución implícita en su postura erguida. A su otro lado, otra joven, esa vez con una cabellera roja y vibrante.

En ese instante, todos éramos plenamente conscientes de que nos dirigíamos hacia un destino desconocido, sin comprender del todo por qué habíamos sido elegidos.

La densa niebla que cubría el puerto parecía cobrar vida, envolviéndonos con su manto gris y frío.

Observé cómo se espesaba aún más, casi como si tomara vida propia.

En un abrir y cerrar de ojos, los guardias que nos habían acompañado quedaron envueltos en ella. Era como si una especie de magia invisible los hubiera tapado, impidiéndoles ver quién descendía del barco.

Nerviosa, miré a los otros reclutas buscando en sus rostros indicios de lo que pudieran estar pensando. Pero sus expresiones reflejaban la misma confusión e incertidumbre que yo sentía.

Desde la espesura de la niebla, dos figuras comenzaron a materializarse y emergieron lentamente del barco, como sombras que cobraban forma en medio de la penumbra. Descendían con una lentitud casi ritual por una larga rampa de madera que conectaba la embarcación con el muelle.

Mi corazón empezó a latir de forma desmedida, cada pulsación más rápida y pesada al reconocer a una de las figuras que

descendía. Al verlo, un escalofrío helado recorrió mi espina dorsal, mientras el color abandonaba mi rostro.

«El demonio del lago».

Respiré hondo, luchando por disimular, por ocultar la inquietud que se agolpaba en mi pecho, cada vez más difícil de contener. Demasiadas coincidencias en esos últimos días, cada una más perturbadora que la anterior.

La luz azul y misteriosa en la biblioteca había sido una advertencia, pero verlo a él ahí, en ese momento…

Levanté la vista desesperada en busca de alguna señal del dragón, pero solo encontré el contorno opresivo del barco, sin rastro alguno del ser alado en el cielo.

A su lado, un hombre de cabello oscuro, que caía hasta sus hombros en un gesto severo, acompañaba la escena con una mirada penetrante que atravesaba a cada uno de los reclutas. Sus ojos, acerados y fríos, se movían inquietantes y su semblante imperturbable transmitía una autoridad incuestionable, tan afilada como un cuchillo bajo la garganta.

—Bienvenidos, reclutas —pronunció el demonio del lago, con una voz que parecía emerger de las profundidades mismas de una pesadilla. Vestía un imponente uniforme de guerra negro que acentuaba su figura, y su rostro estaba enmarcado por una espesa melena negra.

Podía sentir sus ojos clavados en mí, como si pudiera leer mis pensamientos. Como si las expresiones de mi rostro no revelaran lo suficiente lo que pensaba.

A su espalda, las dos espadas de hojas afiladas habían desaparecido, al igual que sus llamas negras ardientes.

—Permítanme presentarles al comandante del ejército de Pramvera. —El demonio señaló al hombre que se encontraba a su derecha—. El comandante Kaiden.

Mi respiración se hizo más profunda mientras los observaba. Sus movimientos eran fluidos y seguros, cada uno parecía en perfecto control de su entorno.

Parecían mortales.

Tal vez el comandante lo fuera realmente, ya que no mostraba signos de magia alguna. Y ahora el demonio también parecía mortal sin las llamas a su espalda.

Era extraño, porque siempre había pensado que los seres inmortales serían entidades de pura oscuridad. Sin embargo, él parecía tan humano…

—Subamos, hemos perdido ya demasiada mañana —ordenó el comandante Kaiden.

«¿Es posible que Kaiden sea el más poderoso de los dos?».

Los dos hombres se apartaron, revelando la pasarela que conducía al barco. La vela oscura ondeaba en lo alto del mástil, mientras el navío, esculpido con una meticulosidad inquietante, estaba adornado con símbolos arcanos.

La chica morena tomó la iniciativa, adelantándose y cruzando la pasarela con pasos cautelosos. A su lado, tres reclutas más la seguían con precaución mientras avanzaban por el estrecho camino de madera que los llevaba hacia el barco.

Nolan, que no había dicho una palabra desde que salimos de la habitación, se ubicó como el quinto en la fila. Al darme cuenta de que debía seguirlo, Nolan, en un gesto protector, extendió su mano

hacia mí. La tomé y su firme agarre me proporcionó el apoyo necesario para mantener el equilibrio y evitar resbalar.

Al subir, mis ojos se posaron en el entorno que nos rodeaba.

La cubierta del barco era un mundo de madera desgastada y cuerdas retorcidas, pero a pesar de su aspecto antiguo, estaba limpio y ordenado.

Lo que resultaba aún más sorprendente era que no había señales de la tripulación que normalmente se encargaría de llevar la nave.

El comandante Kaiden se posicionó en la pasarela que conectaba el barco con el muelle. Con movimientos precisos y seguros, comenzó a recogerla, doblando las maderas y asegurándolas en su lugar. Era evidente que estaba cerrando la única puerta de acceso al barco cerciorándose de que nadie más pudiera subir a bordo.

Con este acto, sellaba nuestro destino: no había vuelta atrás.

—Comandante Kaiden, asegúrese de que nadie tenga la brillante idea de saltar por la borda —ordenó el demonio mientras su mirada recorría cada uno de nuestros rostros con una intensidad que congelaba la sangre—. Zarparemos de inmediato.

Tras impartir sus órdenes, el demonio nos lanzó una última mirada antes de girarse y desaparecer dentro del barco.

—¿Qué vais a hacer con nosotros? —inquirió la joven de cabello rojo, su voz temblando ligeramente, pero con la misma pregunta que todos teníamos clavada en la garganta.

El comandante Kaiden soltó una carcajada, un sonido frío y extraño que rebotó en la cubierta del barco, haciendo que todos nos estremeciéramos.

—Si tuviéramos intenciones de mataros, no habría tanto teatro —dijo con una seriedad que no encajaba con su risa anterior—.

Además, matar a simples mortales es una tarea tediosa y carente de desafío.

Yo creía en sus palabras; había vislumbrado una de las bestias que habitaban esas tierras. Para esos demonios, nosotros no éramos más que insectos, criaturas ínfimas que no merecían más que una mirada despectiva.

—¿Entonces? Si somos tan insignificantes, ¿por qué traer un barco a nuestro puerto y llevarnos a vuestras tierras? —respondí desafiando su autoridad para tratar de captar cualquier rastro de emoción o intención en su mirada.

—Eda, por favor —me susurró mi hermano.

El comandante Kaiden se volvió hacia mí, sus ojos se estrecharon mientras ladeaba la cabeza, como un depredador evaluando a su presa. Por un instante, su rostro pareció suavizarse, pero fue una ilusión breve antes de que volviera a endurecerse.

—Lo de no saltar por la borda es algo que debéis tomar en serio —dijo en voz baja pero cargada de amenaza—. No me apetece tener que lanzarme al mar a rescatar a ninguno de vosotros… otra vez.

Con esas palabras, giró sobre sus talones y desapareció en la espesa niebla que comenzaba a envolvernos.

El frío se colaba por cada capa de mi ropa erizando mi piel. Aunque no podía verlos, estaba segura de que el demonio, o lo que fuera que nos vigilaba, sabía exactamente dónde estábamos y qué hacíamos. Era como una sombra constante, siempre al acecho.

—¿Cómo os conocéis vosotros dos? —preguntó de repente el joven de ojos almendrados, mientras su mirada alternaba entre Nolan y yo.

Las dudas no iban a tardar en estallar.

—Somos hermanos —respondió Nolan sin mucho más que añadir.

—Joder, ya estaba intentando asimilar que esos demonios nos secuestraran, porque, sí, esto es un secuestro en toda regla. Y ahora, encima, me tengo que enterar de que hay dos hermanos en el barco —espetó la chica de cabello oscuro, con un tono agresivo que dejaba claro lo poco que le gustaba la situación.

—Créeme, no eres la única llena de preguntas. Ni siquiera sé por qué estamos aquí, ni qué pretenden hacer esos demonios con nosotros —solté dejando salir parte de mi frustración.

—¿Demonios? ¿Cómo que demonios? —intervino una pelirroja dando un paso al frente con el ceño fruncido por su confusión.

—Parece que la pelirroja no tiene ni idea de dónde se ha metido —comentó alguien con desdén.

—¿Pelirroja? ¿De verdad? Me llamo Elandra, por si te interesa. Podrías haber dejado esa superioridad en casa —respondió ella cruzando los brazos.

—Pero ¡serás…! —La chica de cabello oscuro avanzó hacia Elandra, su rabia apenas contenida, lista para estallar.

—¡Basta ya, joder! —intervino el joven rubio, que se interpuso entre ellas—. Guardad las peleas para después. Ahora tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos. Nos guste o no, estamos todos en el mismo barco, así que más nos vale mantenernos unidos.

El silencio que siguió fue pesado, pero nadie más habló. Había demasiadas preguntas y muy pocas respuestas.

Miré alrededor; aunque estaba en la cubierta del barco, no podía ver nada de la ciudad. Caminé hacia la borda dejando atrás a los otros reclutas. Me asomé con una mezcla de curiosidad y aprensión.

La humedad del mar envolvía la cubierta del barco y mi pelo blanco comenzó a mojarse ligeramente. Las hebras de cabello se volvieron un poco más pesadas y algunas gotas se deslizaron por mi frente y mejillas.

Noté que los demás reclutas se acercaban a mí en silencio, compartiendo la curiosidad por lo que no se veía más allá. Elandra, la joven pelirroja, extendió su mano con cautela hacia la niebla, como si intentara acariciarla o jugar con ella.

—Soy Elandra, como mencioné antes. Soy la hermana mayor de dos niñas —su voz rompió el silencio, teñida de una calidez que contrastaba con la tristeza en su rostro—. Fue muy duro despedirme de ellas sabiendo que no tendré la oportunidad de verlas crecer.

Su intento por aliviar la tensión en el ambiente era evidente.

—Mi nombre es Adriel —habló el joven de ojos almendrados con un tono sereno—. Tengo veintitrés años y, por suerte, no tengo hermanos pequeños. Lo siento, Elandra.

Le lanzó una mirada de compasión.

El chico rubio dio un paso adelante para presentarse.

—Soy Calen, tengo veintidós años. Tengo un hermano, un gemelo —dijo lanzándonos una mirada a mí y a Nolan.

—Me llamo Nolan, soy el mayor —respondió mi hermano con firmeza—. A cada uno de nosotros nos enviaron una carta distinta anunciando que habíamos sido seleccionados como uno de los cinco reclutas. Pero ahora veo que no somos cinco a bordo, sino seis.

Nolan tenía razón. Durante el último siglo, siempre habían sido cinco los reclutados que debían viajar a Pramvera. Pero ahora éramos seis.

—Parece que somos uno más, lo que solo añade más misterio a este viaje —comentó la chica de cabello oscuro con una risa nerviosa.

—Todavía no te has presentado —le señaló Calen a la joven.

Ella le sostuvo la mirada y se cruzó de brazos, mostrando una incomodidad superior a la de los demás.

—Me llamo Liral.

—Veo que ninguno ha saltado del barco. Una vez tuvimos que rescatar a un mortal que prefería la muerte antes que pasar tiempo con nosotros. Una verdadera lástima —intervino el demonio, que apareció de repente detrás de nosotros, interrumpiendo nuestras conversaciones—. Si preferís permanecer en cubierta, adelante, pero os advierto que la niebla no va a desaparecer. Mejor seguidme —nos instó, comenzando a caminar hacia el interior del barco.

Sin dudarlo, los demás reclutas siguieron al demonio. Yo no tenía más opción que hacer lo mismo. Descendimos por unas escaleras de madera que crujían bajo el peso de nuestros pasos. El interior del barco estaba decorado con lujosos paneles de madera oscura e intrincados tallados por todas partes.

Finalmente, llegamos a una especie de comedor, donde una mesa inmensa ocupaba el centro del espacio.

Esta estaba cubierta de platos, vasos y cubiertos, dispuestos meticulosamente como si esperaran a la realeza. Sobre ella se desplegaba un festín que parecía más propio de un banquete que de un desayuno común.

Mi estómago gruñó recordándome que aún no había desayunado.

—Tomad asiento —ordenó el demonio.

Mientras nos sentábamos, mis ojos recorrieron la comida dispuesta sobre la mesa, y no pude evitar preguntarme quién, en medio de todo el caos, se había tomado el tiempo para preparar esos platos.

«¿Acaso hay alguien más a bordo encargado de la cocina, o los han preparado justo antes de nuestra llegada?».

—Comed.

Mis compañeros intercambiaron miradas dubitativas; estaba claro que ninguno confiaba plenamente en la situación.

Calen fue el primero en romper el *impasse*. Cogió su tenedor y apuñaló un trozo de carne de uno de los platos centrales de la mesa. Inspirado por su acción, Adriel hizo lo mismo poco después. Elandra y mi hermano no tardaron en seguir su ejemplo.

A pesar de la creciente normalidad con la que comenzaban a actuar algunos, estaba claro que Liral y yo no íbamos a probar bocado. Nuestra desconfianza aún nos retenía, haciéndonos observar con cautela cada movimiento y cada gesto de los demás, en un intento por discernir si la comida era segura o no.

Eché una mirada cauta al demonio, quien ocupaba el lugar principal en la mesa sin dar bocado alguno.

Yo decidí seguir su ejemplo y tampoco probé nada.

Con discreción, le di una patada por debajo de la mesa a Nolan, que estaba sentado frente a mí. Él devoraba la comida como si fuese su última cena, sin mostrar signos de preocupación.

La posibilidad de que los alimentos estuvieran envenenados cruzó mi mente.

Aunque, pensándolo bien, tal vez morir envenenados sería preferible a ser devorados por bestias.

—La comida no está envenenada, si eso es lo que te preocupa —dijo el demonio con una calma que me puso los nervios de punta. ¿Cómo lo sabía?—. Podrías disfrutarla como lo hacen tus compañeros.

Giré la cabeza en su dirección.

Los reclutas seguían comiendo sin inmutarse, como si no hubieran escuchado sus palabras. Parecía que yo era la única que lo había oído…

¿Le has hablado a tu hermanito sobre mi dragón?

Volvió a hablar, pero era imposible que las palabras hubieran salido de su boca; no la había abierto.

Confundida me quedé mirándolo, tratando de entender cómo había sido posible. ¿Cómo había hablado sin mover los labios?

Perdón, olvidaba que no sabes comunicarte por aquí, una pena.

«¿Cómo que comunicarme? ¿Cómo puede hablar sin que nadie más se entere? ¿Cómo…? Mente… Se comunica con la mente…».

Me quedé en blanco por un momento, presa de una sorpresa evidente en el abrupto ensanchamiento de mis ojos. ¿Cómo era posible que el demonio estuviera hablándome directamente en la mente?

Me sentí expuesta y vulnerable, como si cada uno de mis pensamientos pudiera ser examinado sin mi consentimiento.

Eso no podía ser posible.

Resolveremos este problema más adelante. Pero tenemos que hablar de las cosas que has podido contarle a tu hermanito.

«Otra vez, lo ha hecho otra vez».

—¡No!

Las palabras emergieron de mis labios antes de que pudiera detenerlas y resonaron en el tenso silencio. La mirada de sorpresa de mis compañeros se posó sobre mí.

—¿Algún problema, recluta? —inquirió el maldito. Quería dejarme en ridículo—. ¿No piensas comer?

Mis compañeros me observaron, en especial Nolan, quien mostraba curiosidad ante mi actitud.

—No tengo hambre —respondí con tono cortante.

—Bien, entonces tú y la recluta morena podéis iros. Comandante Kaiden —lo llamó el demonio.

El comandante apareció en el salón, como si hubiera estado escoltando la entrada desde que habíamos entrado.

—Acompáñalas a sus camarotes. —Otra orden.

«Camarotes… ¿Tenemos camarote?».

Sabía que Pramvera no estaba cerca de la tierra mortal y que el viaje en barco llevaría uno o dos días para llegar a sus aguas más cercanas. Sin embargo, la idea de disponer de un camarote…

—Yo voy con ella —dijo mi hermano, que se levantó de la silla con tal fuerza que esta golpeó el suelo, retumbando en el pequeño salón —. No pienso dejarla sola.

—Tranquilo, hermano, creo que se las arregla bastante bien por su cuenta. El barco no es precisamente un laberinto, no va a perderse —respondió el demonio con un suspiro de impaciencia, poniendo los ojos en blanco.

—Por favor, comandante —añadió.

Seguidamente, este hizo un gesto para que lo siguiéramos.

Era de esperar que Nolan no quisiera dejarme sola, yo tampoco querría si fuera al revés.

Liral se levantó en silencio de su silla; no había dicho ninguna palabra desde que abandonamos la cubierta del barco. Así que, hice lo mismo y la seguí. Le eché una mirada a Nolan, tratando de transmitirle tranquilidad, y él asintió.

No iba a ser tan tonta de llevarles la contraria.

Por ahora.

Liral y yo seguimos al comandante Kaiden por el estrecho pasillo del barco, el murmullo del comedor se desvanecía gradualmente, dejando tras de sí un silencio pesado y opresivo. A pesar de la tensión que parecía suspendida en el aire, Liral caminaba con una serenidad inquietante, como si el miedo fuera un concepto ajeno para ella. Pero, francamente, su mera presencia ya era suficiente para intimidar a cualquiera. Descendimos por unas escaleras de madera y, al llegar a un pasillo más amplio, nos encontramos con varias puertas: tres a la izquierda, tres a la derecha. Los camarotes.

—Elegid la que prefiráis, me da igual —dijo Kaiden con indiferencia, su voz resonando en el silencio—. Ninguna de ellas tiene ventana.

No esperaba menos.

Sin pronunciar palabra, Liral se acercó a la primera puerta de la derecha, la abrió y entró al camarote sin dudar.

—El aseo está subiendo las escaleras —añadió Kaiden antes de girarse y marcharse, dejándonos a solas.

Al abrir con cautela mi puerta, la primera a la izquierda, el chirrido de las bisagras reverberó por el estrecho pasillo. Ante mí se desplegó un camarote modesto pero acogedor. Aunque el espacio no era amplio, su comodidad y privacidad superaban cualquier expectativa que pudiera haber tenido.



5

Eda

Desperté de un salto debido al sonido de golpes insistentes en la puerta. Mi corazón dio un vuelco al ver a Nolan en el umbral, su silueta recortada contra la luz del pasillo.

Había preferido sumergirme en el sueño para escapar de los rugidos de mi estómago vacío, que no había sentido el alivio de una comida desde que salí de casa. El hambre me había acorralado, y el sueño se convirtió en mi único refugio contra la creciente desesperación.

—Perdona, no sabía que te habías dormido —dijo Nolan al entrar, cerrando la puerta detrás de sí—. No podía irme al camarote sin antes pasarme para ver si estabas bien.

Lo vi mirando el pequeño camarote.

—Presiento que esta no es la única sorpresa que vamos a tener —comenté levantando los hombros—. Pensaba que dormiríamos en

jaulas o algo por el estilo.

—Yo también lo pensaba.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

—¿Ha pasado algo más durante la comida? —pregunté.

—En cuanto te fuiste, el tipo que parece ser el jefe del barco se levantó y nos dejó solos. No hubo nada más relevante, pero al menos pudimos hablar un poco entre nosotros. —Nolan se acercó y sacó algo de su chaqueta—. Toma, te he cogido esto.

Desenvolvió con cuidado un trozo de pan envuelto en una servilleta de tela, y yo lo miré dudosa.

—Vamos, Eda, si la comida estuviera envenenada, ya me habría muerto.

—Gracias, estaba muriéndome de hambre —dije tomando el pan de sus manos con una sonrisa de gratitud.

Mi hermano se acomodó en el borde de mi cama, sus ojos recorriendo lentos el camarote y absorbiendo cada detalle. Era extraño verlo tan tranquilo; solía mostrarse paranoico y sobreprotector, pero en ese instante parecía inusualmente sereno.

¿El motivo? No tenía ni idea.

—Todo esto es tan extraño —dijo finalmente—. Vamos a ciegas y son ellos los que nos guían, nos dan de comer. ¿Y ahora un camarote? Odio ser tan desconfiado, pero ¿qué esperan que pensemos de ellos?

Ellos… ¿Sería el pronombre adecuado para dirigirse a los demonios?

Me encontraba en un estado casi catatónico, incapaz de responder. Era como si un bloqueo mental y emocional me impidiera articular palabra.

Nolan me miraba, esperando alguna señal que indicara que estaba ahí, presente con él. Pero yo me sentía atrapada en mi propio laberinto de pensamientos y miedos sin poder salir. Mi mente giraba en torno a las posibilidades, a las historias no contadas de los reclutas anteriores y a la incertidumbre de nuestro propio futuro.

Las palabras para describir lo que sentía simplemente no eran suficientes; me habían abandonado en el momento en que más las necesitaba.

Así que no dije nada.

—Te dejo comer. —Nolan se levantó de la cama con las manos en los bolsillos—. Mi puerta está al lado de la tuya. Si ves o escuchas algo… extraño, por favor, grita. No creo que hoy tenga el sueño muy profundo.

Cerró la puerta y volví a estar sola.

Sentía una enorme dificultad para expresar con palabras lo que me oprimía el pecho. Las emociones se enredaban en mi garganta, como tentáculos que me sofocaban, impidiéndome articular mis pensamientos con claridad. La mera sospecha de que aquel demonio pudiera leer mi mente, sopesar mis emociones más íntimas, me llenaba de una inquietud profunda y perturbadora.

Nunca antes había oído hablar de algo así; jamás me hubiera imaginado que alguien pudiera tener esa capacidad, era como si estuviera desnuda ante él, expuesta en mis pensamientos más ocultos.

¿Qué podía descubrir? ¿Alcanzaría a ver mi miedo, mis deseos, mis anhelos más secretos? La idea de que pudiera sondear mi mente me hacía sentir vulnerable, despojada de cualquier privacidad.

La voz del demonio resonaba en mi cabeza, recordándome que no había lugar donde esconderme de su escrutinio. «¿Le has hablado a tu hermanito sobre mi dragón?».

Mi decisión estaba tomada: no compartiría nada con Nolan. Él tendría que ver por sí mismo las criaturas que acechaban en esas tierras con sus propios ojos.

Me levanté con precaución, sintiendo el crujir de la madera bajo mis pies desnudos mientras me deslizaba fuera de la cama. Al abrir la puerta, la calma envolvió mis sentidos, solo interrumpida por el suave susurro del mar acariciando el costado del barco.

Caminé con paso sigiloso por el pasillo, tratando de evitar hacer ruido, como si el silencio pudiera traicionar mi presencia. La brisa nocturna me recibió con un beso fresco en la mejilla cuando finalmente emergí al exterior.

La embarcación se erguía como una sombra en la negrura del cielo nocturno, una figura apenas delineada contra el vasto lienzo del océano. El aire albergaba la frescura salina del mar e impregnaba mis sentidos mientras inhalaba profundo.

«¿Dónde nos encontramos exactamente?».

Recordé los antiguos mapas que había estudiado, reliquias de tiempos pasados que apenas ofrecían orientación. Pero, al menos, señalaban hacia el este, donde podía encontrarse Pramvera. Con esa vaga idea en mente, asumí que estaríamos navegando en esa dirección.

Y entonces la volví a ver.

Con paso lento y cauteloso me acerqué al borde de la cubierta. Mis ojos no se apartaban de la luz azul titilante que destellaba en la distancia, como un faro en la oscuridad. Pero esta luz no era como las demás; tenía un resplandor suave y misterioso, un azul profundo que me recordaba a la esfera luminosa que había visto en la biblioteca.

Me detuve, mis dedos aferrándose con fuerza a la barandilla fría y húmeda, mientras observaba cómo danzaba sobre las olas. Había algo hipnótico en su movimiento, como si estuviera viva, como si supiera que la estaba mirando.

El barco avanzaba con calma cortando las aguas tranquilas, pero mis ojos no podían apartarse de esa luz. Aparecía y desaparecía, jugueteando con la oscuridad, como si tejiera una danza encantada sobre el mar, atrayéndome, invitándome a descubrir su secreto.

Seguí observándola maravillada por su presencia.

¿Por qué había aparecido aquel día en la biblioteca y por qué resurgía ahora?

La curiosidad me consumía, y me preguntaba qué seres misteriosos podían habitar las profundidades acuáticas. ¿Acaso encontraríamos criaturas tan formidables como el dragón que había visto en el lago?

Ninguna criatura puede compararse con mi dragón.

Él. Otra vez.

Me giré rápidamente y allí estaba, tan imponente como la primera vez. Sus ojos profundos brillaban a la luz de la luna, revelando una intensidad que me cautivaba y asustaba a partes iguales. Su figura, esculpida en sombras y resplandores plateados, emanaba un aura de

poder indomable. Cada rasgo de su rostro se hallaba marcado por la luz lunar.

La sensación de tener mis pensamientos expuestos ante ese ser era perturbadora, como una intrusión a mi privacidad que me estremecía hasta lo más profundo.

La impotencia se apoderaba de mí al darme cuenta de que mi mente ya no era un refugio seguro, y que él podía husmear en mis pensamientos a su antojo. Era como si mis barreras mentales se desmoronaran, dejándome expuesta ante un demonio cuya mirada penetrante escudriñaba cada rincón.

—Deja de hacer eso —exigí.

—¿El qué? —preguntó él, aunque sabía perfectamente a qué me refería.

—Meterte en mi cabeza.

—No te equivoques, tu consciencia habla muy alto. Es imposible no escucharte desde la otra punta del barco —respondió con calma, como si fuera algo natural.

Esa afirmación no podía ser cierta, no podía estar diciéndolo en serio.

—Eso no te da derecho a invadir mi privacidad.

—¿Me hablas de derechos? Aquí no importan los derechos. Hay cosas peores que invadir la privacidad de una simple mortal.

—Mortal pero útil, ¿no?

No había margen para el debate. Por el momento, no parecían querernos muertos, así que definitivamente tenían planes para nosotros. De lo contrario, no se habrían molestado en darnos un camarote y proporcionarnos comida.

—Puede que tengas razón, que seáis útiles —chasqueó la lengua —, o puede que solo os estemos alimentando para que luego tengáis mejor sabor para las… ¿cómo las llamabas? —insinuó con una sonrisa.

Su mirada penetrante se clavaba en mí, como si buscara algo más allá de mis palabras.

Cada vez se acercaba más, como una sombra que se desliza con gracia y malicia. El mechón azabache sobre su frente se movía con la suave brisa nocturna acentuando sus ojos verdes.

—¿Bestias? —dije estirando el cuello para mantener la compostura —. ¿Acaso me vas a decir que no lo son?

Lo recordé montado en el dragón y el estómago se me revolvió.

—Mortales, tan propensos a etiquetarnos como demonios, malditos o bestias, sin comprender realmente nuestra naturaleza. Vuestras percepciones distorsionadas solo revelan vuestra ignorancia. Solo porque un anciano desvariado cuente fábulas en una plaza, no implica que sean verdaderas. Vuestra credulidad demuestra cuán frágiles sois y cómo os aferráis a creencias infundadas.

—¿Acaso habéis hecho algo para cambiar nuestra percepción sobre vosotros? Aparecéis cada cuatro años, robáis a mortales y luego os desvanecéis en la niebla. —Apreté la barandilla de madera bajo mis dedos, sintiendo la tensión en mis nudillos—. Nunca os habéis mostrado de otra forma. Siempre de esa manera.

—Tal vez eso sea lo mejor —replicó.

Me giré de nuevo y observé el oscuro horizonte marino en busca de aquella luz. Pero ya no estaba.

No se escuchaba ni un susurro, como si los reclutas hubieran desaparecido. La idea de que todos pudieran haber muerto cruzó fugazmente mi mente, pero la descarté de inmediato. Si algo malo hubiera pasado, Nolan me lo habría hecho saber; estaba en la habitación de al lado, y era imposible que no me hubiera enterado… Sin embargo…, la ansiedad seguía burbujeando en mi interior.

«¿Y si ha pasado algo mientras dormía? ¿Y si los han envenenado? No puede ser, me comí el bocadillo…».

Oigo a tu hermano soñar. Sus palabras sonaron en mi consciencia con suavidad.

No podía acostumbrarme a que alguien hablara en mi cabeza. Cada molécula de mi cuerpo se contorsionaba, desde los dedos de los pies hasta el último rincón de mi ser.

—¿Cómo es que puedes escuchar los pensamientos de mi hermano? —pregunté girándome para encontrármelo demasiado cerca.

Se había escurrido a mi lado, apenas dejando rastro de su movimiento, lo que hizo que mi cuerpo se tensara aún más al percatarme de su capacidad para moverse sin ser detectado.

—Espero que se borre de mi mente lo que estoy escuchando —contestó sin añadir nada más.

—La invasión me hace cuestionarme hasta dónde llegan los límites de tu capacidad —expresé volviendo mi mirada hacia el mar.

Apoyó sus manos en la barandilla y dijo:

—Yo no invado nada, solo pensamientos que vienen a mi cabeza como si fueran una tortura constante, como si me recordaran sin cesar lo que puedo hacer.

Permanecí en silencio, sin saber qué responder. Desde luego, esa no era la respuesta que esperaba escuchar de su boca.

—¿Todos los de tu… especie pueden hacer esto con la mente? ¿Leer los pensamientos de los demás? —pregunté al cabo de unos segundos.

¿Crees que todos pueden hacerlo? Su voz penetró en mi cabeza, creando una sensación eléctrica que erizaba mi piel.

No iba a dejar de hacer eso, especialmente sabiendo el efecto que causaba en mí.

—¿Los… vosotros os comunicáis así? —inquirí, con la curiosidad pintada en mis ojos mientras intentaba entender mejor ese poder.

—Solo yo puedo permitir que alguien responda con su consciencia. —Esta vez, su voz se materializó en el aire—. Y solo yo puedo entrar en la consciencia de los demás.

«Solo él».

Aunque no quería hacer más preguntas, no podía evitar sentir inquietud. Era un mundo desconocido y, a pesar de que no creía que él se mereciera que mostrara interés, la intriga me quemaba por dentro.

Me giré por completo hacia él y lo encontré apoyado en la barandilla, con los brazos cruzados sobre el pecho, su cabeza estaba ligeramente girada hacia mí y me escudriñaba de arriba abajo con una expresión analítica.

—¿Quién eres?

La pregunta seguía martilleando mi mente desde el encuentro en el lago hasta su reaparición en el barco. Tenía la certeza de que este ser estaba de alguna manera relacionado con mi reclutamiento.

Fijé mi mirada en él. Cada vez que lo hacía, mi estómago se retorcía como si unas garras invisibles lo apretaran con fuerza. Sus ojos parecían desnudar mi alma, leyendo cada pensamiento con una precisión aterradora.

Porque sabía que los estaba leyendo.

Un sonido agudo y crujiente en la madera de la cubierta provocó que me girara con un salto repentino.

Mis ojos se dirigieron por instinto hacia la entrada del barco, donde la luz tenue de una lámpara de aceite revelaba una figura en la penumbra.

Aunque no podía distinguir con claridad quién se acercaba, un destello rojizo resplandeció y destacó como una llama en la oscuridad.

Era Elandra.

Me giré hacia el lugar donde había estado el demonio, pero, para mi asombro, se había desvanecido en la nada, como si el océano lo hubiera devorado.

No dejó rastro, ni siquiera un susurro en el viento.

—¡Eda! ¡Qué susto me has dado! —exclamó Elandra llevándose una mano al pecho mientras con la otra sostenía la lámpara de aceite que nos habían dejado en la mesita de nuestro camarote.

Habría sido una buena idea que yo también la hubiera cogido.

Elandra continuó avanzando hacia donde yo estaba, con cuidado, ya que la madera de la cubierta resbalaba por la humedad. La luz de la lámpara iluminaba su rostro y dejaba ver una expresión de alivio.

Al menos solo era yo.

—Lo siento, no quería asustarte —murmuré con pesar.

—No te preocupes, lo entiendo. ¿Te gustaría que te acompañe? Salí sola pensando que estaría bien, pero ahora que estás aquí, me sentiría mucho más tranquila —propuso con una sonrisa cálida.

—Claro, me encantaría tener compañía y hablar con alguien —respondí con gratitud, haciendo un gesto para que se acercara hasta ponerse a mi lado.

¿Habría salido a tomar aire fresco o a buscar respuestas?

No tenía intención de hablarle a Elandra sobre mi encuentro con el demonio. Mantenerlo en secreto era crucial, especialmente si quería evitar que mi hermano se preocupara. No quería que nadie supiera que habíamos tenido más trato del que habían visto, y lo que menos deseaba era que Nolan se enterara de algo así.

Se situó a mi lado y dejó la lámpara de aceite en el suelo.

Era complicado iniciar una conversación con los otros reclutas. Deseaba hacerles tantas preguntas; sabía que encontraría similitudes en sus experiencias. Sin embargo, éramos individuos únicos, y en ese momento, el miedo nos abrumaba a todos, convirtiendo nuestro propio mundo en una carga aplastante. Sofocante.

—¿Cómo fue cuando te entregaron la carta de reclutamiento? —le pregunté.

—Hace cuatro días. Han sido los peores días de mi vida. —Puso las manos sobre su regazo, su expresión cargada de pesar—. Porque en esos días tu mente comienza a imaginar…

—Mil escenarios diferentes —terminé su frase.

—Exacto.

—Creo que esa es la peor tortura, la espera. —Hice un gesto con el dedo que abarcó el barco por completo—. Todo esto es la peor de

las torturas.

—El no saber qué va a ser de nosotros, el que nuestras familias nunca lo sepan. —Hizo una media sonrisa.

—Mi padre nunca sabrá qué ha sido de nosotros.

Ella se quedó en silencio antes de hablar.

—Hace cuatro años, en el último reclutamiento, una íntima amiga recibió la carta. Siempre había pensado que nunca tendría nada que ver con eso, que siempre tendría la suerte de no ser reclutada o que las personas cercanas a mí nunca lo serían. Pero ese fue el primer golpe de realidad que me hizo darme cuenta de que la próxima podría ser yo. Fue muy duro cuando ella se fue, se despidió de mí y esa fue la última vez que la vi. Cuando recibí la carta, Eda, sentí una chispa de esperanza de volver a verla allí y, a la vez, el mundo se me cayó a los pies. Dejar a mis hermanas y a mi familia me destrozó, pero siempre han esperado que yo me fuera. Tengo la sensación de que eso siempre ha sido así; criaron mejor a mis hermanas porque sabían que serían ellas las que se quedarían con ellos. Y yo, en algún momento, simplemente desaparecería, sin volver más. Eso ha sido mucho más duro que cualquier otra cosa.

Escuché cada palabra de Elandra muy atenta, mientras las olas rompían contra el casco del barco. La carga de dejar atrás a mi padre resonaba con fuerza en mí. Me pregunté cómo se sentiría él al quedarse sin familia, sin mi madre, sin Nolan, sin mí.

—¿Cómo te sientes tú, Eda?

La miré con seriedad, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

Pero no las encontré.

—No sé qué debo sentir —confesé.

—Es una lucha constante, no estás sola aquí. Ninguno de nosotros está solo; todos estamos atados al mismo miedo.

—Creo que en ningún momento he pensado que no quiero estar aquí, que no quiero hacer esto. Solo lo he asumido, me he despedido de mi casa y de la gente que quiero. Pero no he mirado atrás. —Hice una pausa—. Ni una sola vez. Tal vez porque, en el fondo, sabía que mirar atrás solo me haría más difícil seguir adelante. Con cada paso que di hacia este barco fui aceptando mi destino. Pero eso no significa que no me duela, que no extrañe lo que he dejado.

Ella me miró mientras nuestras melenas volaban hacia atrás. Con un gesto suave, se apartó un mechón pelirrojo que le caía sobre la cara. Luego asintió lentamente y alzó la vista hacia el cielo estrellado.

—¿Crees que eras de verdad feliz o simplemente creías que lo eras porque no conocías otra realidad?



6

Eda

A la mañana siguiente, el comandante Kaiden nos despertó con un fuerte silbido que nos sacó del sueño de manera abrupta. Su voz autoritaria anunció que frente a nuestras puertas encontraríamos uniformes limpios y que el baño estaba ubicado en un nivel superior, subiendo las escaleras.

Me levanté con los músculos tensos y al abrir la puerta vi un conjunto de ropa doblada con cuidado en el suelo.

El uniforme estaba confeccionado en cuero entallado, diseñado para ajustarse a la perfección al cuerpo. La parte superior se adhería al torso como una segunda piel, con costuras reforzadas en los hombros y el pecho para mayor durabilidad.

Las mallas, también de cuero, se ajustaban a las piernas. Cada pliegue y costura parecía estar estratégicamente colocado para permitir la máxima movilidad sin sacrificar la comodidad.

Aquello me iba a quedar como un guante.

Al terminar de asearnos, el comandante Kaiden nos condujo de nuevo al pequeño salón. Esa vez nos aguardaba un desayuno dispuesto en la mesa con una presentación impecable. Había variedad de alimentos: frutas frescas cortadas en rodajas perfectas, pan recién horneado que aún soltaba vapor, una selección de quesos y embutidos, y jarras de zumos y agua cristalina.

Cada recluta tomó asiento siguiendo el mismo orden que el día anterior. Sin embargo, en esa ocasión el demonio del lago no nos acompañó, lo que dejó una vacante en la mesa.

El comandante Kaiden, después de asegurarse de que todos estábamos sentados, se retiró sin más preámbulos dejándonos a solas. La puerta se cerró detrás de él con un sonido sordo, y un murmullo de conversación tímida comenzó a llenar el espacio.

Me sentí más confiada al ver el desayuno, especialmente después de que el bocadillo que me había dado Nolan la noche anterior no me hubiera matado. El aroma tentador de los alimentos despertó mi apetito y pronto comencé a servirme un poco de todo, saboreando cada bocado como si fuera un pequeño lujo.

En cambio, Liral permanecía inmutable, su rostro una máscara de quietud. No probó bocado del desayuno y sus ojos oscuros se hallaban fijos en un punto indefinido frente a ella.

—Si sigues así, te vas a morir de hambre antes que de otra cosa —la provocó Adriel cargado de sarcasmo.

Liral apretó los puños, sus ojos llameaban con una furia contenida, como si en cualquier momento fuera a estallar.

—Si sigues abriendo la boca, serás el primero en morir aquí —respondió ella, con una firmeza que dejaba claro que no iba a tolerar

más provocaciones.

—Vaya, qué manera de empezar el día —comentó Calen con un silbido despreocupado.

—¿Quieres ser el siguiente en morir en esta mesa? —le espetó Liral fulminándolo con la mirada.

—Qué carácter —bufó Adriel con un aire de burla.

—Está claro que en tu casa no os enseñan modales —murmuró Elandra, que puso los ojos en blanco con una sonrisa que solo la provocaba más.

Liral parecía a punto de explotar.

—Basta ya, dejad a las familias fuera de esto —intervino mi hermano, su voz firme imponiendo orden—. Calen, cierra la boca. Liral, la comida no está envenenada, así que relájate. Si empezamos así el primer día, no tengo ni idea de cómo sobreviviremos juntos a todo esto. Somos un maldito equipo. No dejemos que nuestros ánimos nos pongan los unos contra los otros.

Liral extendió su mano en silencio y cogió una manzana. Algo era algo.

—La verdad es que estos uniformes no están nada mal, ¿verdad? —Elandra rompió el silencio y la tensión que habían llenado la sala.

—¿Cómo es posible que hayan acertado con la talla? —pregunté, sorprendida de lo bien que me quedaba el uniforme.

—No sé si os habréis fijado, pero… —dijo Adriel, el chico de ojos almendrados, mientras giraba la muñeca derecha sobre la mesa—. Están nuestros nombres cosidos aquí.

Levanté la manga de mi uniforme y ahí estaba, mi nombre, «Eda», cosido justo en el borde de la tela negra. ¿Cómo no me

había dado cuenta antes? Aunque, al parecer, no era la única que no se había fijado.

—Es un buen detalle —comenté tratando de mantener un tono optimista—. No se habrían tomado tantas molestias en personalizar estos uniformes y hacerlos a nuestra medida si no tuvieran planes importantes para nosotros.

—Son impresionantes —admitió Calen examinando la manga de su propio uniforme—. Me pregunto si tendrán alguna función especial, además de ser tan calentitos.

—¿Qué estación será allí? —preguntó Elandra curiosa.

—Pramvera no puede estar tan lejos de Valdemar como para que haya una diferencia notable —respondió mi hermano.

—Espero que sea verano, estoy harto del frío —se quejó Calen al tiempo que pinchaba un trozo de fruta del centro de la mesa—. Lo digo en serio. Mi piel perfecta no está hecha para soportar estas temperaturas.

Calen le lanzó una mirada de reojo y luego soltó una risa.

Mientras la conversación entre los reclutas fluía animada, mi mente divagaba en un torbellino de preguntas.

La inquietante posibilidad de que ese guerrero pudiera leer cada uno de nuestros pensamientos me carcomía por dentro. ¿Debía advertir a Nolan sobre esto?

Tal vez ya se había comunicado con los demás, tal vez no era la única que estaba al tanto de lo que ocurría. Pero la duda seguía ahí, persistente como una sombra. Si algo grave hubiera sucedido, Nolan me lo habría dicho… o eso quería creer. Aunque, ¿y si él también había optado por el silencio, igual que yo?

La pesada puerta del pequeño salón se abrió con un chirrido y, en ese preciso instante, una figura imponente se deslizó en el umbral capturando la atención de todos.

Era él.

La silueta del demonio imperaba en la habitación, haciendo que todo lo demás pareciera empequeñecer. Sentí cómo mi cuerpo se tensaba en la silla, incapaz de apartar la vista de él, mientras un frío incómodo me recorría la espalda.

—Hemos llegado a Pramvera, reclutas.

Miré a mis compañeros.

Todo estaba a punto de empezar.

Me encontraba en la cubierta del barco, donde los primeros rayos de sol de la mañana se abrían paso entre las nubes.

A medida que nos aproximábamos a las tierras de Pramvera, la temperatura cambiaba, trayendo consigo una brisa fresca que me acariciaba el rostro.

El aire tenía un matiz diferente aquí, más vivo, como si estuviera impregnado de una magia antigua…, desconocida.

El barco avanzaba sereno a través de un imponente fiordo. Las montañas, enormes y verdosas, se elevaban hacia el cielo, sus cimas frondosas apenas visibles entre la neblina matinal. La vegetación parecía extenderse sin fin, y las aguas del fiordo brillaban con un resplandor azulado.

A mi alrededor, mis compañeros también estaban asombrados. Las ideas que tenía sobre Pramvera se desmoronaban con cada minuto que pasaba en este lugar lleno de una belleza natural que no

esperaba. «Tierras Malditas» parecía una etiqueta cruel e injusta para referirse a lo que estaba viendo. ¿Cómo podía alguien llamar maldito a un sitio tan increíble?

Hasta ese momento, mi imaginación había creado una imagen oscura y desolada de esas tierras, basada en los cuentos y las leyendas que escuchaba en casa. Esperaba encontrar un mundo sumido en la oscuridad, repleto de criaturas horribles y paisajes devastados. Pero lo que mis ojos contemplaban no tenía nada que ver con eso.

Aún no había visto ninguna de las criaturas que se suponía habitaban allí junto con los… demonios. Hasta entonces los únicos sonidos en el aire eran los cantos de los pájaros y el suave rumor del agua. Pero sabía que ese silencio no duraría mucho.

De alguna manera, sentía una conexión con ese lugar que no podía explicar. Pramvera ya no era solo un nombre en un mapa o una historia para asustar a los niños.

Era real, y yo estaba ahí.

—Esto es increíble —murmuró Nolan, al tiempo que su mirada se perdía en el panorama que nos rodeaba.

Lo observé y noté una extraña tranquilidad en su rostro. Mientras contemplaba el paisaje, parecía haberse desprendido, aunque fuera por un momento, de todo lo que habíamos pasado y lo que aún nos esperaba. Verlo así, perdido en sus pensamientos, me transmitía paz.

Me pregunté, mientras lo examinaba, cómo reaccionaría cuando nos encontráramos con alguna de esas criaturas. ¿Seguiría siendo tan sereno si una de esas bestias se cruzaba en nuestro camino o volaba sobre nosotros?

Sin embargo, decidí no interrumpir ese momento de calma. Tal vez, solo por ahora, podríamos disfrutar de la belleza de un mundo que se desplegaba ante nosotros.

—Nunca imaginé que este lugar… fuera así —susurró Elandra a mi derecha moviendo la cabeza—. Siempre pensé que sería un lugar oscuro…, pero esto es…

Al parecer todos compartíamos un pensamiento similar, y las mismas palabras parecían estar en la punta de la lengua de cada uno de nosotros.

—Ni siquiera el agua de Valdemar es tan cristalina, es como si estuviéramos en otro mundo —dijo Nolan con los brazos en jarras.

El uniforme le quedaba perfecto, y se me hacía raro verlo así vestido. Siempre había preferido las camisas anchas de lino y solía estar cubierto de barro debido a su trabajo en la granja. Pero veía a mi hermano realmente guapo.

—Lo estamos —afirmó Elandra.

—No hay oscuridad, ni sombras… y la niebla… es como si solo hubiera existido en Valdemar.

Giré la cabeza con cautela hacia donde se hallaban el comandante y… él, los únicos miembros de la tripulación visibles en el barco, al menos en ese momento.

Su presencia imponía una barrera invisible, como si su propósito fuera más que solo dirigir el barco. Era obvio que no estaban allí para socializar ni para darnos detalles innecesarios. Mantenían una distancia cuidadosa, como si con cada paso de aproximación se pudiera romper alguna especie de protocolo o jerarquía.

Observé al guerrero a unos metros de distancia, absorto tanto en el paisaje como en la conversación. Aunque no podía escuchar lo

que decía, sus gestos indicaban que estaba dando órdenes. Después de un breve intercambio, el comandante se alejó y lo dejó solo en la cubierta.

El demonio se metió las manos en los bolsillos, y el pelo oscuro que le caía por la frente se movió un poco con la brisa, aunque no parecía molestarle. Sus dos espadas colgaban de su espalda, pero el aura de fuego oscuro que había visto en el lago seguía ausente.

Me hizo preguntarme si realmente había visto esas llamas negras o si todo había sido una alucinación.

Su uniforme, aunque parecido al nuestro en color y material, destacaba bastante. Era de un negro más intenso, con un cuero que parecía absorber la luz. El diseño era más elaborado, con detalles que insinuaban un rango o estatus especial de Pramvera. Si él estaba allí y era quien daba las órdenes, debía de ocupar un puesto más alto que el de un comandante, aunque no podría decir exactamente cuál.

Giró la cabeza hacia mí, como si hubiera sentido mi mirada fija en él. En ese instante, nuestros ojos se encontraron, y fue como si su mirada pudiera atravesarme.

Los aparté con rapidez, percibiendo cómo mis mejillas se calentaban un poco y dejaban al descubierto mi nerviosismo.

En un intento por disimular, me acerqué a la borda, donde los demás chicos estaban reunidos observando el agua cristalina. Con cautela, me uní a ellos y apoyé las manos en la fría barandilla de madera para asomarme con curiosidad.

Pero no pude evitar que mis ojos se desviaran hacia Liral, que se mantenía apartada del grupo, con una expresión algo distante.

—Liral, acércate —le dije, invitándola a unirse a nosotros con un gesto amistoso de la mano.

Ella, sin apenas mirarme, hizo como si no me hubiera escuchado.

«Qué agradable…».

—¿De qué parte de Valdemar eres? —le pregunté a Elandra.

—Del este, cerca de los acantilados. No es la mejor zona de Valdemar, pero tampoco es que haya visto o vivido en otro lugar —contestó apretando los labios.

El este de Valdemar era conocido por sus acantilados imponentes y sus aguas claras. Las corrientes marinas, aunque fuertes, traían abundancia de peces y mariscos, haciendo de la pesca una ocupación lucrativa para muchos habitantes y convirtiéndola en la principal actividad de la región. Las familias de la zona vivían en pequeñas aldeas, adaptadas a la vida costera.

—¿Tú eres del centro?

—Del sur. De la última granja antes de entrar en el bosque Lavender para ser exactos —le detallé.

Ella abrió los ojos sorprendida.

—Creo que ahora te entiendo, no le tienes miedo a nada. Si yo viviera ahí, no pegaría ojo ninguna noche.

Sabía por qué lo decía. Había miles de rumores en la ciudad y por toda Valdemar, tal vez infundados para mantener a la gente alejada de nuestro pueblo.

La ventana de mi dormitorio daba justo al bosque Lavender, un lugar donde el misterio parecía cobrar vida propia. De pequeña pasaba horas mirándolo fijamente, con la esperanza de avistar alguna de las bestias de las que tanto se hablaba en los cuentos y las leyendas. Cada noche, entre las sombras de los árboles,

imaginaba figuras fantásticas y ojos brillantes observándome desde lo más profundo del bosque. Sin embargo, habían pasado veintiún años y, hasta hacía dos días, no había visto nada parecido a… un dragón.

Al pensar en él se me erizó la piel bajo el uniforme. Recordé con claridad sus escamas relucientes, sus ojos negros y el rugido ensordecedor que había sonado en el aire.

—He recorrido el bosque Lavender incontables veces a pie y a caballo, y jamás he visto nada —mentí con descaro, tratando de ocultar el nudo de temor en mi garganta—. No creo que haya nada más que árboles y animales comunes.

Volví la mirada hacia Elandra, que me observaba con sus ojos verdosos.

—Nunca había visto este color de pelo, ni en un hombre ni en una mujer —dijo extendiendo su mano para coger un mechón de mi cabello—. Es precioso —sonrió con sinceridad.

Le devolví la sonrisa.

—Gracias, de verdad.

—No me las des, Eda. —Soltó el mechón, que volvió a caer por mi hombro.

—He recibido miles y miles de comentarios, pero estoy segura de que el tuyo ha sido el más agradable de todos. Nunca antes había recibido elogios; solo miradas de soslayo y murmullos cuando pasaba.

Chasqueó la lengua.

—El pelirrojo no es precisamente convencional. He escuchado todo tipo de comentarios al respecto.

—Sorpréndeme —la invité a contarme.

—El peor de todos fue de una vieja de lo más… rara. Me dijo que mis hermanas y yo éramos las hijas del mismísimo diablo —soltó una carcajada—, o que éramos portadoras de desgracias.

—La vieja loca que soltó esa insensatez parece sacada de una historia de terror. ¡Vaya falta de tacto!

Elandra negó con la cabeza varias veces.

—No puedo creer que alguien piense que puede juzgar el color del cabello de otra persona.

—Un día, alguien me dijo que mi pelo no carecía de pigmento y que ese no era mi verdadero color. Recuerdo que era pequeña y que fue un hombre quien lo dijo, aunque no estoy muy segura de ello. No lo recuerdo muy bien —le confesé.

Ella frunció el ceño.

—¡Es ridículo!

—Pero ¿qué son esas…? —Adriel, que estaba delante de nosotras, señaló hacia la proa del barco captando la atención de todos—. ¡Qué demonios es eso!

Giré la cabeza rápidamente hacia donde Adriel señalaba sintiendo cómo mi corazón latía desbocado. Por un instante, temí que nos encontraríamos cara a cara con el dragón o alguna otra criatura, pero no fue así. En cambio, a ambos lados del fiordo, se alzaban dos monumentales estatuas talladas en piedra. El barco, con su ritmo lento y constante, navegaba hacia esas colosales figuras.

A lo lejos, el guerrero permanecía impasible, con las manos sumergidas en los bolsillos de su uniforme, su mirada fija en las estatuas.

Su atención no se desviaba hacia nosotros.

A medida que nos deslizábamos por el agua, estas se volvían cada vez más imponentes. La distancia entre nosotros y ellas se reducía, y con cada metro que avanzábamos, su tamaño y detalle se volvían más impresionantes, más reales.

A nuestra izquierda, la estatua de un dragón se erguía con autoridad, una réplica exacta del que había presenciado en el lago. La destreza del escultor había capturado con precisión cada escama y cada diente afilado en las fauces abiertas de la criatura. Su cola larga y ondulante se extendía majestuosamente, y sus alas estaban por completo desplegadas. Si no hubiera visto al dragón, nunca habría sabido qué criatura era.

En la orilla opuesta, una figura del mismo modo impresionante pero de naturaleza muy diferente se alzaba con gracia. Representaba a una criatura alada, cuya apariencia evocaba a un… ave.

La cabeza de la estatua, rematada por un pico fino y curvado, desprendía una nobleza inaudita, mientras que su larga y fluida cola culminaba en plumas esculpidas con tal detalle que parecían auténticas llamas congeladas en piedra.

Mi hermano se acercó más a mí mientras los demás también se movían y llenaban el espacio con sus susurros inquietos, pero sus palabras no llegaban a mis oídos.

Yo no escuchaba, no podía moverme. Solo veía esa media sonrisa maliciosa en el rostro del demonio cuando se giró sobre sus talones, al tiempo que las llamas negras volvían a surgir de su espalda.

«No fueron imaginaciones mías».

Podía ver cómo las llamas, más negras que la noche, se movían con una vida propia, retorciéndose y expandiéndose, alimentadas

por una energía siniestra. Eran aniquiladoras, portadoras de una destrucción implacable que parecía surgir de las profundidades del abismo.

El entorno se desvanecía a mi alrededor, y el rugido del fuego negro se mezclaba con el latido acelerado de mi corazón. Todo lo demás se tornó insignificante mientras observaba, incapaz de apartar la vista.

—La entrada al imperio —el demonio extendió los brazos y su voz resonó por todo el fiordo—, la ciudad de Pramvera, el corazón de mi pueblo, el bastión de nuestro ejército, el epicentro de mi imperio. —Su imperio—. Bienvenidos, jinetes.

«¿Jinetes?».

De repente, un estruendo profundo atravesó el silencio; emanaba desde nuestra derecha y capturó al instante toda nuestra atención. Un rugido escalofriante, que parecía surgir de las entrañas de la tierra, hizo que todos se congelaran.

Y entonces, como surgido de las profundidades, el dragón emergió.

Su aparición fue devastadora.

En ese instante crucial, cuando se alzó sobre nosotros, todo cambió en un abrir y cerrar de ojos. El barco, hasta entonces un bastión de calma en las aguas tranquilas, comenzó a moverse violentamente bajo la influencia del ser colosal que nos sobrevolaba. Cada aleteo del dragón, con sus alas de una envergadura que desafiaba toda lógica, enviaba oleadas de viento que hacían que la embarcación se balanceara de lado a lado, como si estuviera atrapada en una tormenta invisible.

El rugido del dragón resonó en el aire con un poder que hizo que el corazón me latiera desbocado. Las escamas brillaban con un resplandor metálico, cada una de ellas parecía una cuchilla afilada y reflejaba la luz de manera amenazante. Sus ojos, dos esferas de fuego líquido, nos miraban con una inteligencia aterradora y una crueldad que helaba la sangre.

La cubierta del barco se inclinó peligrosamente, y algunos de mis compañeros cayeron al suelo luchando por mantener el equilibrio. Sentí que el pánico se apoderaba de mí, cada músculo tenso, cada sentido alerta.

En un acto reflejo, impulsado por el instinto de supervivencia, mi hermano y los demás reclutas que quedaban en pie se lanzaron al suelo de la cubierta, cubriéndose la cabeza con los brazos.

Sin embargo, yo permanecí inmóvil.

En medio del tumulto que me envolvía, un impulso interno me llevó a alzar la vista y contemplar al dragón que sobrevolaba apenas a un metro por encima de mí.

Sus alas, desplegadas en su plenitud, azotaban el aire con una potencia capaz de desatar un huracán y, aun así, en ese instante, me hallé por completo fascinada por aquella criatura.

La magnitud del dragón era tal que, al extender sus alas, parecía engullir el cielo entero en su abrazo, una envergadura colosal que relegaba a la insignificancia cualquier creación de manos mortales. Mientras el dragón cruzaba el firmamento sobre mí, el viento generado por sus alas revolvía mi cabello en un frenético baile, enviando mechones en todas direcciones.

La visión del dragón era algo sacado de una pesadilla y un sueño al mismo tiempo. Su pecho gigantesco se elevaba y descendía con

cada respiración. Sus dos ojos ardían con un fuego interno, fijos en el horizonte, ignorándonos como si fuéramos meros insectos en su mundo.

La luz del sol se filtraba a través de la membrana de sus alas y revelaba un sistema vascular complejo que pululaba con una energía mágica, un testimonio de la antigua y profunda magia que fluía a través de su ser.

—¡Eda! —Nolan me cogió de la mano que estaba formando un puño y me tiró al suelo con urgencia—. ¡¿Estás loca?! ¿Cómo te quedas ahí parada? Por un momento, pensé que ese monstruo te mataría.

Yo también lo había pensado.

Tumbada en la cubierta, dirigí mi mirada hacia el demonio, quien, a pesar del caos, permanecía inmutable mientras todo a nuestro alrededor parecía desmoronarse.

Su determinación era clara: quería ejercer control sobre nosotros, sembrar el miedo en nuestros corazones. Estaba empeñado en demostrarnos su poder, que tenía dominio sobre esa bestia colosal y que, si así lo deseaba, podía acabar con nosotros en un instante.

«Es, sin lugar a duda, un ser malvado».

—Pero ¡qué diablos es esa cosa! —gritó Elandra, su voz llena de pánico mientras seguía mirando hacia el cielo, donde la bestia alada aún dominaba el paisaje.

—Joder, es más grande que el propio barco…, es enorme —articuló Adriel.

El dragón, desafiando su imponente tamaño con una agilidad asombrosa, realizó un elegante giro en el aire, trazando una curva detrás de nosotros antes de dirigirse hacia una de las estatuas.

Con movimientos que equilibraban la fuerza bruta, la criatura extendió sus alas al máximo y volvió a cubrir el cielo con su sombra, antes de replegarlas junto a su cuerpo con delicadeza al posarse sobre la estatua. Y allí, sobre su pedestal de piedra, el dragón ajustó su posición con cuidado, cada movimiento calculado para encajar perfectamente en el espacio que le correspondía.

La estatua había sido su destino desde el principio.

La bestia nos observaba desde su elevado mirador, transmitiendo una sensación de vigilancia constante. Era como si, a pesar de su inmovilidad, fuera consciente de nuestra diminuta presencia.

—El dragón, una de las criaturas feéricas más veneradas en el imperio de Pramvera —declaró el demonio mientras sus pasos resonaban en la madera y todos seguíamos tendidos en la cubierta —. Posee una fuerza que equivale a la de cientos de miles de guerreros.

Se agachó hasta quedar a nuestra altura, dejando caer un mechón de su frente hacia un lado.

El rugido del dragón nos ensordeció a todos una vez más.

—Mi nombre es Dalton Basilius —proclamó con esa voz que tanto me erizaba el vello—. Soy el último jinete de dragón y el último emperador de una larga línea de soberanos que han regido este imperio.

«Emperador. Es el emperador».

Quedé atónita, mi mente sumida en el caos mientras intentaba procesar lo que acababa de escuchar.

El hombre frente a mí, aquel mismo con el que me había encontrado en el lago, quien había leído mis pensamientos y parecía moverse entre la realidad y la mente, era nada menos que el

emperador del imperio más poderoso del mundo conocido. Un lugar por el que las criaturas colosales parecían vagar con libertad y donde un solo guerrero de su ejército poseía la fuerza equivalente a veinte de los nuestros.

—El verdadero motivo por el que habéis sido reclutados —sonrió dejando entrever sus dientes blancos— es porque vosotros, mortales, estáis destinados a ser los próximos jinetes de Pramvera.



7

Eda

La sensación de esperar algo que termina siendo radicalmente distinto es indescriptible.

En ese momento, la mente se paraliza y los pensamientos se desvanecen dejando tras de sí un vacío absoluto. Te encuentras flotando en un limbo, sin saber cómo reaccionar ni hacia dónde dirigir tus emociones. La realidad se distorsiona, y lo único que queda es un silencio ensordecedor que envuelve todo a tu alrededor, mientras intentas asimilar la magnitud de lo que está pasando.

«Los próximos jinetes».

Yo estaba completamente petrificada.

Había creído que mi vida cambiaría al embarcarme en este viaje, pero, en realidad, el verdadero cambio había surgido aquel día en la biblioteca.

Recordé cómo, sobre ese libro, la esfera de luz azul apareció de la nada, flotando con suavidad sobre las páginas, y en ese instante, supe que mi destino había tomado un giro irrevocable.

Tendida en la cubierta, con el rugido del dragón aún retumbando en mis oídos, comprendí que aquel encuentro en la biblioteca fue el verdadero punto de inflexión. Fue el instante preciso en que el curso de mi existencia se desvió hacia este maldito destino.

—¡Levantaos! El espectáculo aún no ha terminado y no os recomiendo que sigáis lamiendo el suelo del barco. —La voz afilada del emperador de Pramvera cortó el aire, sacándome del estado de shock en el que mi mente parecía haberse quedado.

Había terminado en el regazo de Nolan, quien me sujetaba con firmeza mientras su cuerpo formaba un escudo a mi alrededor. Elandra, en su propio pánico, se había acurrucado junto a él, buscando refugio en su abrazo. Liral, que también había sucumbido al caos, se había arrastrado hacia nosotros, quedándose a pocos centímetros.

Impulsados por su mandato, nos levantamos sin titubear tambaleándonos, todavía aturdidos por los recientes acontecimientos.

El dragón se mantenía vigilante desde su percha en la estatua de piedra, su cuello alargado y ojos penetrantes nos observaban con una intensidad que hacía difícil apartar la mirada.

—¡Joder, ni de coña me subo a una de esas cosas! —exclamó Adriel con los ojos bien abiertos, clavados en la imponente criatura.

—¿Subir? ¿Qué estás diciendo? ¡Esto no puede estar pasando! —Elandra comenzaba a mostrar signos de pánico, su voz cada vez más aguda.

—Adriel, por favor, cállate. —Calen tiró de su brazo con desesperación en un intento por mantener la calma.

Pero era evidente que el miedo estaba tomando control de la situación y la volvía cada vez más inestable.

—Esto es una locura. Ninguno de nosotros va a convertirse en domador o jinete de una cosa así. —Nolan se adelantó y se interpuso entre el dragón y yo, como si intentara protegerme de una amenaza invisible—. Solo quiero volver a casa —rogó con la voz cargada de un anhelo desesperado.

Pero todos sabíamos, en el fondo, que sus súplicas eran inútiles. Volver a casa ya no era una opción.

—Voy a decirte dos cosas. —Las palabras del demonio salieron como una cuchilla afilada mientras avanzaba hacia Nolan hasta quedar a escasos centímetros de su rostro—. Primero, ninguno va a subirse a mi dragón. Ninguno. —Dejó que sus palabras calaran hondo antes de continuar—: Y segundo, una vez que te subas a una de esas criaturas, no querrás volver a casa nunca más.

—¿Criaturas? ¿Significa eso que hay más de estas cosas? —Nolan tragó saliva con dificultad, sus palabras saliendo atropelladas—. Las historias eran ciertas… Todo lo que se decía de este lugar es cierto.

—Nolan, ¿verdad? —El emperador pronunció su nombre con una mezcla de desprecio y curiosidad—. Así que tú eres el que lleva el mando aquí, ¿no? —Le aplaudió de manera lenta y sarcástica—. Espero que eso sea algo bueno.

Sentí a Nolan empujarme ligeramente hacia atrás, como si quisiera protegerme, pero me aparté, decidida a enfrentarme a lo que viniera.

—¿Por qué nosotros? ¿Por qué elegir a mortales como jinetes? ¿No tienen suficiente con lo que ya son? —Mis palabras salieron con más fuerza de la que esperaba, desafiantes.

El emperador giró la cabeza hacia mí y, de repente, toda su imponente atención se concentró en mi persona. Sentí el peso de su mirada, pero no aparté mis ojos de los suyos. Sabía que jugaba con fuego, pero no estaba dispuesta a inclinar la cabeza ante él.

¿Y por qué no?, ronroneó en mi mente.

En ese instante, todo parecía detenerse, como si el tiempo mismo obedeciera su voluntad. Dalton Basilius, el emperador, levantó la mano con una autoridad indiscutible y, con un gesto majestuoso, trazó un semicírculo en el aire.

Ante nuestros ojos, el paisaje se transformó gradualmente, como si el mundo estuviera cobrando vida ante nuestra mirada incrédula.

El fiordo, nuestro camino hasta ese momento, comenzaba a estrecharse y doblarse, convirtiéndose en un río serpenteante que se adentraba en un valle amplio y exuberante.

Las montañas, que antes se erguían a los lados del barco, comenzaban a desvanecerse como si fueran ilusiones fugaces y dejaban a su paso un valle que se extendía hasta el horizonte. Solo una montaña singular, alta y solitaria, permanecía en pie en el centro de la ciudad.

En lo alto de esta, se alzaba un palacio que desafiaba la imaginación. Más que una estructura construida por manos humanas, parecía una extensión natural de la roca misma que se fundía con el entorno en una armonía perfecta. Cascadas se precipitaban por sus flancos, creando arcoíris efímeros que danzaban

en el aire, y la vegetación se aferraba a sus paredes y torres, tejiendo un tapiz verde que contrastaba con la piedra grisácea.

Las cúpulas del palacio se erguían hacia el cielo como si estuvieran tocando las estrellas, y desde nuestra distancia, simulaban destellos de luz en la oscuridad.

Era un lugar que parecía sacado de las más épicas leyendas.

A los pies de la montaña, la ciudad se desplegaba en un espectáculo de vida y movimiento. Calles empedradas serpentean alrededor del río, bordeadas por edificios de arquitectura majestuosa. Puentes elegantes cruzaban las aguas, uniendo las dos orillas en armonía.

Era un enclave que respiraba historia y magia, una tierra donde los sueños se hacían realidad.

A pesar de la grandiosa arquitectura de la ciudad, la naturaleza se mantenía como una presencia constante y vibrante en cada esquina, como si cada puente, cada edificio, cada camino hubieran sido cuidadosamente pensados para complementar la belleza del valle y del río que serpenteaba a través de la ciudad.

Del imperio.

El barco se balanceaba con suavidad bajo nuestros pies, mientras un silencio pesado caía sobre todos nosotros.

Con un movimiento lento pero deliberado, giré sobre mis talones para contemplar el panorama que se extendía ante mí. La ruta por la que habíamos llegado ya no era la misma que mis ojos veían en ese momento.

—Pramvera estaba oculta… —murmuré casi sin darme cuenta.

El paisaje había sufrido una metamorfosis tan sutil como profunda, como si al cruzar aquel umbral mágico, la misma naturaleza hubiera

decidido reescribirse.

—¡Eda! ¡No hay… no hay camino de vuelta, ha desaparecido! —me gritó Elandra, su rostro mostraba una ansiedad desbordante.

—Cálmate, pelirroja —intervino Liral, que levantó el dedo índice con delicadeza y apuntó hacia el cielo, donde el dragón se encontraba—. Porque creo que ahora viene algo mucho peor.

—¿Cómo…? —Elandra se quedó sin voz.

El susurro del viento y el distante rumor del agua quedaron silenciados de súbito por el batir de unas alas monumentales que se aproximaban. Pero el dragón seguía completamente quieto… Entonces ¿de dónde venía ese sonido? Antes de terminar la frase en mi mente, el cielo se llenó de… alas.

Docenas de alas.

Me quedé petrificada, mi corazón latiendo en un silencio expectante, mientras luchaba por asimilar el despliegue de fantasía que se abría ante mis ojos y que desafiaba toda lógica y realidad.

Sobre nosotros, una bandada de criaturas feéricas sobrevolaba al gran dragón, pero no eran de su misma especie. Parecían diferentes, únicas, divididas en dos tipos que jamás hubiera imaginado ver.

La sangre se me heló al distinguir los detalles de su apariencia.

Una de las especies desplegaba la cabeza, las patas delanteras y las enormes alas de un águila, entrelazando la gracia y la fuerza de un caballo en sus patas traseras. La otra especie, por su parte, mostraba el cuerpo musculoso de un león, con cada músculo tenso y listo para el ataque. Sus alas membranosas y venosas, aunque más pequeñas que las del dragón, eran igual de terroríficas. Su cola, como la de un enorme escorpión, se elevaba amenazante, con un

aguijón letal apuntando hacia delante, listo para infligir daño con precisión mortal.

—¿Qué es lo que hay encima de ellas? —preguntó Calen al borde del desmayo.

—Son personas —contestó Nolan, mirando hacia arriba como todos nosotros.

—Son jinetes —afirmé.

Sobre esas criaturas, sus jinetes se mantenían firmes, dominando a sus monturas con una habilidad que solo podía surgir de años de conexión profunda y mutuo entendimiento. Nos ignoraron por completo, se dirigían hacia la ciudad que se extendía más allá de nuestra vista.

Avanzaban en una formación impecable perdiéndose en el horizonte.

—Lo son —afirmó el emperador mientras se alejaba hacia la proa del barco. En un gesto que parecía restituirle su esencia mágica el fuego negro ardió más fuerte, como si la aparición de la bandada de criaturas feéricas fuese un ritual de bienvenida especialmente diseñado para él—. Y una vez, ellos también estuvieron donde vosotros estáis ahora.

El comandante Kaiden reapareció y se colocó a su lado con una postura de vigilancia silenciosa mientras las criaturas, con sus jinetes, continuaban su vuelo hacia la ciudad.

—Es imposible que sean mortales, es imposible que sean aquellos reclutas que partieron y jamás regresaron a casa. —La voz de Elandra se quebró mientras elevaba su vista hacia el cielo.

Sabía que estaba pensando en su amiga, reclutada hacía cuatro años y a la que nunca más volvió a ver.

—Esto no me gusta nada, joder —dijo Calen alarmado. Agitaba las manos frente a su rostro como si temiera ser arrebatado por esas criaturas voladoras.

Adriel, con una sonrisa traviesa, colocó las palmas sobre los hombros de Calen, imitando las garras de las enormes águilas.

—Pero ¡a ti qué te pasa! —le contestó Calen de forma brusca mientras lo apartaba con el codo.

—Tranquilízate, tío —le respondió Adriel—. No digas que esto no es mucho más interesante que lo que hacías en tu antigua vida.

—No tienes ni idea de mi vida —le contestó Calen con ojos asesinos.

—No sé dónde encuentras la diversión en eso —le replicó Liral a Adriel con un tono de voz tenso—, estás enfermo.

Adriel puso los ojos en blanco y bufó.

—Solo era una simple broma.

Calen se dejó caer pesadamente en la cubierta, apoyando su peso en las palmas de las manos mientras se cubría la cabeza y temblaba con evidente angustia.

—Ey, Calen, todo está bien, ya se están alejando, no nos van a hacer nada. —Me incliné hacia él y le acaricié la espalda con suavidad, intentando transmitirle tranquilidad.

Elandra se puso al otro lado para ofrecerle consuelo.

Todos estábamos aterrorizados y anhelábamos volver a casa, pero se hizo evidente que ese retorno ya no era una opción.

Nuestra importancia en ese reino superaba cualquier expectativa que podíamos haber tenido. Parecían decididos a revelarnos su mundo a su manera, sin preocuparse por si estábamos listos para

hacer frente a esa realidad o no. Quizá, desde su perspectiva, ese era el único modo de proceder.

—Esto tiene que ser una broma, no puede ser verdad. —Calen tomó grandes bocanadas de aire.

—Respira hondo, Calen, respira —le dije mientras seguía acariciándole la espalda en círculos.

—Quiero volver a casa, solo necesito volver a casa —murmuró al borde de un ataque de ansiedad.

Aquello no podía seguir así.

Me alejé de Calen con la determinación marcando cada paso y me dirigí directamente hacia la figura que se hacía llamar emperador. El que parecía ser su perro guardián se hizo a un lado, permitiéndome pasar, una acción inesperada.

Sin embargo, él permaneció inalterable, con la mirada fija en el horizonte.

—Eres un ser despreciable, Dalton Basilius. —Las palabras brotaron de mí sin un atisbo de arrepentimiento—. Está claro que los de tu especie desconocen el significado de la empatía. ¡Para esto ahora mismo! —le ordené.

Le había dado una orden al emperador.

Se volvió hacia mí con una lentitud calculada, como si cada movimiento estuviera imbuido de un poderoso significado. Sus ojos verdes, profundos y penetrantes, me observaron por encima del hombro con una calma inquebrantable, sabía que era capaz de leer cada pensamiento y emoción que cruzaba mi mente.

Cada rasgo de su cara estaba meticulosamente esculpido, desde el arco perfecto de sus cejas hasta la línea firme de su mandíbula. La

piel de su rostro, pálida y sin imperfecciones, resaltaba aún más bajo la luz del sol.

Me sentí atrapada en su mirada, como si estuviera siendo arrastrada hacia un abismo de secretos que él guardaba con celo.

Su atención se desvió hacia Calen, que se encontraba aún tembloroso en el suelo visiblemente alterado mientras los demás intentaban calmarlo. De repente, colapsó y se quedó inmóvil, como si le hubieran arrebatado el alma.

¿Qué le había…?

Me apresuré hacia Calen, viendo cómo Nolan lo sujetaba con fuerza para que no se golpeara la cabeza contra el suelo del barco. Con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, extendí mi mano hacia su muñeca y sentí el pulso que aún latía de forma constante bajo mis dedos.

Calen yacía inerte en el suelo, envuelto en una especie de sueño profundo. Sus rasgos faciales se relajaron, mientras que su respiración se convirtió en suaves ronquidos, como si estuviera inmerso en el más placentero de los sueños.

—No está muerto, simplemente está echándose una siesta —dijo el emperador. Con una mirada que parecía transmitir una orden silenciosa, dirigió su atención al comandante. Después de eso, sus ojos se fijaron de nuevo en el horizonte.

«¿Qué acaba de pasar?».

—Por un momento pensé que lo había matado. —Adriel se pasó la mano por el pelo y luego por la cara, visiblemente preocupado.

—Lo ha dejado roncando como un bebé en menos de un segundo. —Elandra tenía los ojos abiertos de par en par.

—Eda, ¿en qué estabas pensando? —Nolan me cogió del brazo para acercar su boca a mi oído—. Eres una insensata, mira lo que le acaba de hacer a Calen, ¿eh? La próxima vez no dudará en hacerte daño si lo provocas.

—No permitiré que esos demonios jueguen con nosotros —afirmé alzando la barbilla—. Y no vuelvas a cogerme del brazo de esa manera, nunca más.

Con un movimiento decidido, retiré mi brazo y me liberé con firmeza de su agarre. Lo último que necesitábamos en ese momento era una discusión.

—Parece mentira que no seas consciente de lo que está pasando —dijo Nolan con los labios fruncidos—. Tienen a nuestra gente encima de esas bestias. A saber cómo lo han conseguido, a saber qué les han hecho para que lo hagan. ¿Ese es el destino que nos espera?

Sus ojos azules se tornaron oscuros.

—Soy plenamente consciente de todo.

—Pues no lo parece —contestó él apretando la mandíbula.

—Chicos… —Elandra se puso de pie—, creo que toda la ciudad nos está mirando.

Nos levantamos con rapidez en torno a Calen, quien seguía profundamente dormido en la cubierta. Observé a mi alrededor, aunque ya lo había hecho incontables veces ese día. A medida que nuestro barco avanzaba por el río, el paisaje comenzó a transformarse de nuevo.

Donde antes solo había naturaleza, ahora veíamos casitas y granjas por todas partes. La verdad es que no entendía muy bien por qué nos miraban tanto ni por qué parecían tan emocionados.

Aunque era evidente que la presencia del emperador de Pramvera en nuestra compañía era motivo de atención, las miradas que recibíamos iban más allá y nos sumía en una especie de expectación colectiva. Los niños, en particular, mostraban su entusiasmo sin reservas, corriendo hacia la ribera para echarnos un vistazo más de cerca; sus caritas reflejaban una mezcla de alegría y asombro ante nuestra llegada.

—Nos están saludando a nosotros —dije con la boca casi abierta.

La ciudad se extendía a ambos lados del río, unida por puentes de piedra que cruzaban el agua y creaban caminos entre las dos orillas. Desde el barco, veíamos a la gente apiñada en estos, saludando y lanzando vítores hacia nosotros. Componían una marea de rostros emocionados y manos agitadas que nos daban una cálida bienvenida.

A medida que nos adentrábamos en el corazón de la ciudad, el río se estrechaba y las calles empedradas y limpias se hacían protagonistas.

Las casas se volvían más grandes, como si el estatus de sus habitantes aumentara cuanto más nos acercábamos al centro. Estas viviendas, construidas con piedra finamente tallada y adornadas con amplios ventanales, mostraban una riqueza y una arquitectura que superaban todo lo que había visto en nuestro reino.

El aroma de la panadería y las especias del mercado llenaba el aire, mezclándose con el dulce perfume de las flores. Los comerciantes ofrecían sus mercancías con entusiasmo, mientras los niños corrían junto al río, tratando de mantener el ritmo del barco. A lo lejos, se podía escuchar el suave murmullo de una melodía, tal vez de alguna celebración en honor a nuestra llegada.

Las jóvenes de la ciudad, ataviadas con trajes largos y elegantes, destacaban entre la multitud. Sus vestidos, adornados con tules transparentes y destellos brillantes, variaban en tonos suaves, predominando los rosas y los verdes. Portaban abanicos y guantes que se extendían más allá de sus codos y agitaban sus pañuelos hacia el emperador.

Lo que más me sorprendía era lo lejos que estaba la gente de la ciudad de mostrar miedo a las criaturas feéricas que la habían sobrevolado apenas unos minutos antes o a las llamas negras que seguían presentes, danzando como el fuego salvaje de una hoguera nocturna, ancladas con firmeza en la espalda de su líder, como una constante demostración de su poder.

Aquello me llevaba a pensar sobre las diferencias entre nuestra ciudad y Pramvera; no podía evitar sentir una punzada de humildad al comparar ambos lugares. Lo que en nuestra tierra considerábamos riqueza palidecía con el esplendor de ese lugar. En él, la grandeza se tejía en cada detalle, desde la arquitectura hasta la vida cotidiana de sus habitantes, haciendo que lo que antes creía ser afluencia en nuestra ciudad pareciera modestia en ese imperio.

Miré hacia delante, hacia el palacio que se alzaba ante nosotros y que resplandecía como si estuviera hecho de cristal. Las cataratas revelaban su verdadera magnitud a medida que nos acercábamos, desbordadas de una belleza de otro mundo.

Al elevar la mirada hacia el cielo, noté la ausencia de las criaturas y del dragón que antes nos habían sobrevolado, y solo encontré el firmamento claro y tranquilo.

«¿Dónde estarán ahora?».

Mientras nos aproximábamos, se desplegaba ante nosotros una puerta imponente que marcaba la división entre el ajetreo de la ciudad y la grandeza del palacio. Se abrió sola, sin una señal del emperador, como si nuestra llegada fuera la clave para desbloquearla.

—No hay guardias en el muelle. —Liral comentó lo que todos estábamos pensando. Para nuestra sorpresa, no había guardias ni nadie más en el muelle; solo nosotros.

El comandante Kaiden abandonó su puesto al frente del barco y tomó las riendas para asegurar que nuestra embarcación quedaba correctamente amarrada en el embarcadero. Mientras tanto, el emperador Dalton Basilius permanecía de pie en la proa, su mirada fija en el imponente palacio.

Calen seguía dormido en la cubierta, ajeno al mundo que lo rodeaba. Pero, de repente, como si el hechizo de sueño se hubiera roto, despertó, estirándose y soltando un bostezo que resonó en el aire. Sus ojos parpadearon con confusión al tiempo que intentaba ubicarse.

—Ay, mi cabeza…, siento que me va a explotar —murmuró incorporándose con lentitud y llevándose las manos a las sienes. Todos formábamos un semicírculo alrededor de él mientras observábamos su despertar con una mezcla de preocupación y alivio.

—Te has echado una buena siesta, amigo —le dijo Adriel, dándole una palmada en la espalda que hizo que Calen se tambaleara un poco.

—¿Dónde estoy? —balbuceó, mirando a su alrededor, todavía desorientado—. Esas… esas bestias estaban volando sobre mí, ¡lo

juro! Las vi ahí arriba. No… no puede ser.

—Calen, tranquilo —le dije suavemente, tomando sus manos entre las mías, mientras trazaba círculos con los pulgares en sus palmas para calmarlo—. Las criaturas se han ido. Ya hemos… llegado.

Liral, en cambio, se apartó de nosotros y se mantuvo en un silencio que parecía aún más pesado que de costumbre.

El comandante Kaiden, con un movimiento decidido, colocó una amplia tabla de madera para que pudiéramos descender del barco. Miré a Nolan, y en sus ojos vi reflejada la misma incertidumbre que sentía en mi interior.

—Bajad en orden —ordenó el comandante, su expresión se había endurecido como si esa tarea fuera una más de las muchas que ya había ejecutado sin emoción.

Uno tras otro, mis compañeros comenzaron a descender, manteniendo un orden y un ritmo cuidadoso.

Me quedé atrás y fui la última en bajar. Antes de hacerlo escuché cómo el emperador se acercaba en silencio por detrás.

Mientras descendía con cautela, mis pasos titubearon sobre la madera inestable, al borde del desliz. Sin embargo, Dalton Basilius me aseguró con una mano firme, salvándome de una caída inminente.

Su agarre era tan seguro como el ancla de un barco en medio de la tormenta. En ese momento, mi aliento se suspendió, no solo por el peligro evitado, sino por la proximidad de su presencia. Las temibles llamas negras que solían juguetear en su espalda se extinguieron, como si temiera herirme con su ardor al acercarme.

Cuando nuestros ojos se encontraron, el tiempo pareció detenerse. La profundidad de estos me inmovilizó, revelándome el

inmenso poder que yacía bajo su tranquila superficie. Podía sentir el calor de su mano atravesar mi piel, una corriente de energía que me recorrió de pies a cabeza.

—Suéltame —musité liberándome de su agarre.

Aquel ser, aquel demonio, había osado tocarme y, por primera vez, fui capaz de percibir su aroma. No era el dulzor de las flores lo que emanaba de él, sino un olor enigmático, una mezcla de madera quemada y tierra húmeda, con una nota sutilmente metálica.

Me aparté con brusquedad, dirigiendo mi atención hacia la pasarela para continuar mi camino. A medida que mis pies tocaban la madera, mi mente luchaba por liberarse de la impresión que me habían dejado su toque y su aroma.

—Descansad hoy, mañana será un largo día —habló el emperador al tocar tierra firme, mirándonos de arriba abajo.

—Su Alteza Imperial —respondió el comandante, inclinando la cabeza en un gesto de respeto.

El emperador asintió brevemente y se alejó por el puente hacia el palacio, su figura recortándose contra el paisaje. La solemnidad de su uniforme negro como el carbón contrastaba con la claridad del entorno.

Mientras se alejaba, las llamas que lo caracterizaban volvieron a cobrar vida con una fuerza que parecía desafiar la misma idea de extinción.

Porque la sangre imperial corría por sus venas.



8

Dalton Basilius

Cuatrocientos cincuenta años atrás

A los doce años ya cargaba sobre mis hombros el peso de un imperio.

—¡Maldito hijo de puta! —Mi padre me pegó con la mano abierta en la mejilla, haciendo que girara el rostro.

Era evidente que no había empleado toda su fuerza; de haberlo hecho, mi cabeza podría haber rodado por el suelo sin control.

—No quiero volver a verte perdiendo el tiempo con estas tonterías, ¿me has oído? —Arrojó mis dibujos al suelo, destrozándolos en pedazos antes de lanzarlos contra mí—. Deberías estar entrenando con la espada, empujando tus límites, no desperdiciando el día con estas estupideces. ¡Así nunca serás nada, maldito inútil!

No le contesté. No hice nada.

Sus ojos negros, que habían presenciado la sangre derramada de incontables enemigos, se clavaron en mí. La ira marcaba su rostro, una expresión casi permanente como si, incapaz de dirigir su furia hacia mi madre, la descargara sobre mí, su único hijo.

Creía con firmeza que endureciéndome con ese trato severo y despiadado me convertiría en el mejor emperador, pero en realidad, solo me sentía como un blanco de su descontento y sus frustraciones, atrapado bajo el peso de sus expectativas y de un imperio que demandaba mi liderazgo.

Con pasos pesados, se dirigió hacia la chimenea, donde lanzó los demás dibujos y los lápices con un gesto despectivo.

Observé en silencio, sintiendo cómo un nudo se formaba en mi garganta mientras el fuego devoraba mis obras.

Cada trazo, cada línea que había creado, se desvanecía ante mis ojos, consumida por las llamas ardientes.

Mis lápices, que alguna vez fueron mis herramientas de expresión, ahora se derretían en el calor infernal, transformándose en charcos de color fundido sobre el suelo de piedra.

Sin una palabra, mi padre se dio la vuelta y salió de la habitación, cerrando la puerta con un estruendo sordo.

Con manos temblorosas, saqué con cuidado el último dibujo que quedaba en mi bolsillo, como si fuera un tesoro preciado que debía proteger de cualquier daño. Lo desplegué ante mis ojos una vez más, dejando que la luz parpadeante de la chimenea iluminara los trazos.

El dibujo era una representación obsesiva de una esfera de fuego negro.

Este había ocupado mis pensamientos día y noche, como una presencia constante que me acechaba en la oscuridad de mis sueños. Día tras día, había buscado comprenderla. Pero cada intento era en vano, ya que la esencia misma de la esfera parecía desvanecerse entre mis dedos y escapar de mi comprensión como un sueño efímero al despertar.

Cada noche, corría hasta el lugar más alto del palacio, escabulléndome de mis propios guardias imperiales, que me seguían a todas partes.

Era mi refugio, mi santuario secreto.

Desde allí, podía ver toda la ciudad, con sus luces parpadeando como estrellas caídas y me quedaba ahí, deseando poder ser libre, no tener que aguantar que nadie me regañara por no estar derecho, por escribir torcido o porque no sabía manejar la espada como esperaban de mí.

En esas noches, mirando todo lo que había más allá de los muros del palacio, soñaba con escapar y vivir, sin que nadie me dijera qué estaba bien y qué mal.

Y una de esas veces, mientras contemplaba el horizonte y contaba cada una de las luces de la ciudad disfrutando del sonido de la risa de la gente y la música que resonaba por las calles, la vi. Fue solo un destello, un movimiento fugaz captado por el rabillo del ojo.

La esfera de fuego negro reapareció.

Las llamas, más oscuras que la noche misma, se agitaron, extendiéndose y creciendo.

Mis pensamientos volaron hacia los libros de historia que había leído, las antiguas leyendas de los jinetes y sus dragones, una época perdida en el tiempo pero aún viva en las páginas polvorientas de

esos textos. La magia que ahora presenciaba era algo que se creía desaparecido, un poder extinto junto con aquellos antiguos guardianes del imperio.

No podía ser una simple ilusión o un truco de la mente; era demasiado real.

—¿Qué quieres? —inquirí a la esfera, pero sus llamas continuaron danzando indiferentes. Sin recibir respuesta, tomé una pequeña piedra del suelo y se la lancé. Para mi sorpresa, golpeó algo sólido—. Interesante. —La curiosidad me venció y lancé otra piedra, confirmando el contacto con algo duro.

Decidí acercarme más y más y, a medida que lo hacía, la esfera seguía ahí, sin desaparecer.

Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, las llamas oscuras se extinguieron de golpe, revelando una enorme piedra negra ante mí.

Lucía un aspecto peculiar, como si estuviera cubierta de escamas irregulares que reflejaban la luz de la luna.

La miré asombrado, intentando comprender lo que tenía delante.

Me agaché y extendí un dedo hacia la piedra, en parte esperando que el contacto me quemara la piel. Pero, para mi sorpresa, la piedra estaba completamente helada.

Movido por la curiosidad, la exploré con cuidado con ambas manos. No se sentía como una piedra común; las escamas que cubrían su superficie eran inusuales, no tenía ni rastro de tierra, pero su tacto era suave, casi como el de una piedra pulida.

Cargué la roca pesada en mis brazos como si fuera un tesoro y corrí hacia mi cuarto.

Tuve que andar de puntillas para que los soldados imperiales que patrullaban los pasillos del palacio no me pillaran paseando a mis

anchas.

Al llegar a mi habitación, la coloqué con mucho cuidado en el escritorio, justo donde la luz de la luna podía acariciarla. Me quedé despierto, observándola con atención, a la espera de que el misterioso fuego negro que me había guiado hasta ella la envolviera de nuevo. Pasé horas allí, sin apartar la mirada, aunque la roca permanecía inmóvil, sin mostrar señales de vida.

Cuando la luz del sol inundó mi habitación, me desperté y vi algo extraño en mi escritorio. Lo que pensé que era una roca resultaba ser un huevo gigante y negro, partido por la mitad.

Algo había salido de él durante la noche.

Escuché un ruido raro, como si un pájaro intentara rugir, y me giré para ver qué pasaba.

¡Ahí estaba! Una criatura que nunca había visto antes me miraba con sus ojitos curiosos. Sus alas eran pequeñas y parecían no ser muy fuertes, colgaban de su cuerpo sin poder volar. Tenía una cola que se movía de un lado a otro, como si estuviera nerviosa.

Cada vez que intentaba rugir, le salía de la boca una diminuta lengua, lo que me hizo sonreír. El bicho, un poco torpe, y como pudo, trepó por el escritorio hasta quedar frente a mí.

Nos miramos con detenimiento; él inclinaba la cabeza como preguntándose quién era yo, tanto como yo me preguntaba qué sería él. Entonces la bajó, como si quisiera que lo acariciara, y así lo hice. Extendí la mano despacio y pasé los dedos por su cabecita.

Sentí lo suaves que eran sus escamas.

La puerta de mi cuarto se abrió con un ruido sordo.

—¡Maldito niño desgraciado! Te he dicho que dejes de pintar esas… —Su voz me llegó desde el otro lado de la enorme habitación.

Mi padre, el emperador, se derrumbó lentamente hasta caer de rodillas temblando. Los guardias imperiales que siempre lo acompañaban se apresuraron a su lado para intentar levantarlo del suelo. Sin embargo, sus ojos también estaban fijos en la pequeña criatura sobre el escritorio. Permanecían inmóviles, como si la visión de aquel ser los hubiera dejado sin aliento y sin saber cómo reaccionar.

—Un dragón…



9

Dalton Basilius

Cuatrocientos años atrás

Han pasado cincuenta años desde aquel día que cambió mi vida para siempre. Con tal solo doce años me convertí en emperador.

La magia había sido un elemento perdido en nuestro mundo durante más de mil años. La inmortalidad y las criaturas feéricas que alguna vez recorrieron estas tierras se desvanecieron en la historia.

Hasta que yo llegué al mundo. Dalton Basilius.

La magia, desaparecida desde hacía siglos, regresó a Pramvera y yo dejé de ser un simple mortal de linaje real y me transformé en un verdadero soberano, con el poder del dragón en mis venas y la inmortalidad fluyendo a través de mí.

Durante esos años, aprendí a gobernar con sabiduría y fuerza, guiado por el dragón que siempre permaneció a mi lado.

Vi reinos levantarse y caer, la evolución de la humanidad y la marcha inexorable del progreso.

Mientras tanto, el poder en mis venas y mi inmortalidad me forzaron a asumir la responsabilidad de proteger y guiar a Pramvera a lo largo del tiempo.

El peso de la inmortalidad no era fácil de llevar. Había visto generaciones nacer y perecer, la gloria y la decadencia, la esperanza y la desesperación.

Mi juventud se congeló en el tiempo, obligándome a ver cómo mis seres queridos y todo a mi alrededor moría mientras yo permanecía observando el paso del tiempo.

La revitalización de la magia en Pramvera atrajo a individuos de todos los rincones del mundo, mortales impulsados por la esperanza y el anhelo de ser parte de nuestra renovada grandeza, creyendo que la magia resurgente les concedería poderes sobrenaturales.

Como resultado, Pramvera floreció y evolucionó hacia el imperio más extenso y formidable jamás conocido.

A lo largo de los años, el pequeño dragón que un día irrumpió en mi existencia maduró hasta convertirse en una criatura de un esplendor sin par. Su figura siempre imponente a mi lado, fungiendo no solo como guardián, sino también como leal compañero, se convirtió en el símbolo supremo de autoridad de nuestro imperio.

Su compañía suponía una muestra de poder, pero era a su vez un recordatorio constante de la antigua magia que fluía por nuestras venas y la responsabilidad que conllevaba.

El vínculo con mi dragón me había dotado de vastas y poderosas capacidades, pero había una en particular que perturbaba mi ser constantemente.

Día tras día, mi mente se veía asaltada por un torrente de voces. No solo captaba las palabras habladas por aquellos a mi alrededor, sino también sus pensamientos más profundos y ocultos. Era como si un coro incesante de gritos y murmullos, provenientes de cada rincón de Pramvera, se entremezclara en un tumulto caótico e incesante dentro de mi cabeza.

Al principio, las voces resultaban abrumadoras. No podía concentrarme, no podía encontrar la paz. Sentía como si me estuviera perdiendo en un mar de pensamientos ajenos, incapaz de distinguir mis propios deseos y miedos de los de los demás. Me llevaba al borde de la desesperación, luchando por mantener mi cordura.

Con el paso del tiempo, empecé a comprender el lado positivo de este don. Lo que antes era un campo de batalla ahora se había convertido en una herramienta.

Empecé a discernir las voces, a identificarlas y a filtrar lo que me resultaba útil. Aprendí a entablar comunicación directa mente a mente, superando las limitaciones del idioma y la distancia física.

Sin embargo, el mayor desafío era dominar la llama negra, la llama idealis.

Ese fuego volátil residía en lo más profundo de mi ser y se manifestaba en los primeros años con una ferocidad incontrolable.

Llamas negras emergían espontáneamente de mi cuerpo, desatando su furia sobre cuanto me rodeaba, incinerando sin distinción. Estos estallidos de energía descontrolada convertían en

cenizas todo a su paso, y se tornaron en uno de mis mayores desafíos.

La lucha por dominar esa fuerza destructiva fue un viaje de autodescubrimiento y control, un camino hacia la maestría de un poder que, inicialmente, parecía consumirme desde dentro hacia fuera. Al principio, cada intento de contener las llamas resultaba en fracaso y más destrucción.

Poco a poco, transformé esa destrucción en una herramienta de protección para mi imperio. La llama idealis, que una vez fue una fuerza de puro caos, pasó a ser un símbolo de mi dominio sobre la magia.

Aquella mañana permanecía nítida en mi memoria, como si los siglos no hubieran pasado. Me encontraba en mi estudio, absorto en la lectura de un libro que amenazaba con hacerme perder la cordura y que hacía que se me cerraran los ojos.

Joder, iba a explotarme el cerebro… Una repentina llamada a la puerta interrumpió mi concentración y provocó que levantara la vista con una mirada de fastidio. Había instruido innumerables veces a mi servicio para que evitaran molestarme durante mis horas de estudio.

—Adelante —contesté marcando cada sílaba con impaciencia.

La puerta, de pesada madera tallada, emitió un ligero crujido al abrirse, y, tras ella, apareció un joven soldado imperial que se apresuró a inclinarse antes de atreverse a hablar.

—Disculpe la interrupción, Su Alteza Imperial —dijo con voz temblorosa—, pero hay un asunto de extrema urgencia que requiere su atención inmediata.

Con un suspiro resignado, cerré el libro y asentí para que continuara.

—Hay un joven que insiste en hablar con usted, Su Alteza Imperial.

La mención de una interrupción tan temprano me exasperó profundamente. Me presioné las sienes, deseando no tener que lidiar con más distracciones innecesarias.

—Ordene que se retire.

—Alteza Imperial, el joven trae consigo una criatura… con alas.

El guardia apenas pudo terminar la frase antes de que lo interrumpiera. Me levanté de un salto, y mis pies se movieron con rapidez hacia la sala del trono.

Mi mente, casi siempre calmada y ordenada, estaba ahora embargada por la posibilidad de que aquello que el joven traía pudiera ser la clave de todo.

Atravesé los pasillos del palacio, mis pasos resonando sobre el mármol pulido. Por fin, llegué a las enormes puertas de la sala del trono y los guardias las abrieron ante mi llegada.

Y lo vi.

En el centro de la sala, vi al joven pálido y nervioso, sosteniendo una pequeña criatura envuelta en un manto. Sus alas, aún débiles y temblorosas, asomaban por los bordes del tejido.

—¡Fuera todos! —ordené a los guardias que rodeaban al joven y vigilaban la sala. Se retiraron en segundos, obedeciendo sin cuestionar.

He dedicado mi vida a entrenar, gobernar, estudiar y leer. Me sumergí en antiguas leyendas y diarios de jinetes, sediento de conocimientos sobre estas criaturas.

Los textos revelaban la existencia de otros seres que coexistían con los dragones, seres que otorgaban poderes únicos y extraordinarios. Esa se convirtió en mi obsesión, impulsándome a una búsqueda incansable para descubrirlos y comprenderlos.

Perdí la puta cabeza.

Y ahí estaba todo lo que anhelaba encontrar.

—Su Alteza Imperial. —La voz del joven temblaba mientras evitaba mirarme directamente—. Encontré esta criatura cerca de mi granja, en las tierras de Valdemar. Navegué hasta aquí para mostrársela. Se me acercó y no quería alejarse. —Tartamudeó un poco y retiró la manta que cubría a la criatura—. Al principio no comprendía qué era, pero al verla desplegar sus alas, me recordó a su dragón, Su Alteza.

El joven colocó en el suelo a la criatura, que de inmediato comenzó a saltar, mostrando una curiosidad inusitada. Su cuerpo, robusto y peludo como el de un león, se movía con una gracia felina. Las alas, aunque pequeñas, tenían la forma inconfundible de las de un dragón, y su cola terminaba en un aguijón, similar al de un escorpión.

Una mantícora.

—¿Cómo te llamas, joven? —pregunté, aún absorto en la criatura.

—Alexander Kaiden, Su Alteza.

—Has hecho bien en traer la criatura aquí. De caer en manos equivocadas, podría haber sido peligroso. Bien hecho.

—Gracias, Su Alteza —respondió el joven Alexander, inclinando la cabeza y desviando la mirada al suelo.

—¿Sabes qué es esta criatura? ¿Comprendes lo que significa que te haya elegido?

Alexander volvió a levantar el rostro con los ojos muy abiertos y la saliva atascada en la garganta. El silencio llenaba la grandiosa sala del trono, pero en su mente las preguntas resonaban con fuerza.

«El emperador no da tanto miedo en persona».

«Espero que nadie acabe con la vida de la criatura».

«Solo quiero salir vivo de aquí».

«¿Será esta criatura igual de mágica que su dragón?».

«Estoy sediento, necesito agua».

—¿Elegirme? —preguntó Alexander, su voz llena de confusión—. ¿Cómo que me ha elegido?

Cerré los ojos por un momento para desconectarme de sus pensamientos y dejé escapar un suspiro profundo. Ese joven estaba a punto de experimentar un cambio radical en su vida, similar al que yo había atravesado hacía tantos años.

—Desde este momento, te encargarás de esta criatura y residirás en el palacio. ¿Tienes familia en Valdemar? —pregunté observando su reacción.

—Sí, Su Alteza.

—Bien, entonces me aseguraré de que tu familia sea trasladada aquí y se les proporcione una vivienda adecuada en la ciudad. Además, recibirán las riquezas necesarias para vivir cómodamente —dije con un tono más suave que intentaba aliviar algo de su evidente sobrecogimiento.

Tras un breve momento de silencio, la voz del joven volvió a resonar en la sala, repleta de incertidumbre.

—¿Qué será de mí ahora?

Esas palabras evocaron el eco de una conversación pasada con mi padre.

«¿Qué será de mí, papá?», le había preguntado, y su respuesta fue tajante: «Harás todo lo que yo te ordene».

—Esta criatura te ha elegido para que seas su jinete. A partir de ahora, tu destino está irrevocablemente ligado al suyo —dije mientras le levantaba la barbilla para que me mirara a los ojos—. Señor Kaiden, ya no eres como los demás. Verás envejecer y morir a tu familia, a tus seres queridos, porque la inmortalidad fluirá por tus venas. Esta criatura transformará tu vida de formas que apenas puedes comenzar a imaginar.

La sala quedó en silencio mientras procesaba mis palabras.

Necesitaba saber todo sobre Valdemar, esa maldita región costera, y entender por qué esa criatura había elegido a ese joven y cuál era su verdadero propósito. Tenía que actuar rápido; si no lo hacía, aquellos seres podrían caer en manos de cualquier desgraciado que tuviera la más mínima idea sobre las antiguas leyendas.

—¡Guardias! —grité haciendo que las puertas se abrieran de golpe —. Acompañen al joven y a la criatura a una de nuestras habitaciones más distinguidas. Asegúrense de que tengan agua y alimento —dije mientras los guardias se apresuraban a entrar. Mi mirada se posó en la criatura, cuyos dientes afilados brillaban bajo la luz—. Quizá algo de carne cruda satisfaría su hambre.

Con un último vistazo a la criatura y al joven, me retiré de la sala.

Necesitaba celebrarlo con una buena botella, aunque mi sed no era precisamente de vino.



10

Eda

Nos encontrábamos en la entrada del palacio, que parecía desafiar incluso la altura del cielo. Dos guardias imponentes la flanqueaban, sus miradas fijas en el horizonte.

Al adentrarnos en aquella majestuosa edificación, nos recibió una vista aún más asombrosa: suelos y paredes bañados en un blanco mármol. Lámparas de oro colgaban del techo, esparciendo una luz cálida que envolvía cada rincón.

—No me puedo creer que vayamos a vivir aquí. —Adriel se giró asombrado sobre sí mismo para absorber cada detalle.

El comandante Kaiden nos instó a continuar, y seguimos sus pasos. Caminábamos tan cerca que apenas había un metro de distancia entre nosotros, y mi mirada se perdía en las intrincadas paredes del pasillo por el que avanzábamos.

En nuestra granja, pensábamos que teníamos una vida decente, pero esto… esto era otra cosa por completo.

El pasillo estaba sumido en un silencio sepulcral, como si el propio palacio estuviera dormido.

Mi curiosidad iba en aumento, especialmente por la biblioteca del palacio. Imaginaba que, como en todas las residencias reales, debía de ser impresionante, y no podía esperar a explorarla.

—Vuestras habitaciones se distribuyen en dos niveles. Aquí residiréis durante vuestra formación —explicó el comandante.

«Formación…».

Un término suavizado para describir el acto de separarnos de nuestras familias sin nuestro consentimiento, una preparación para convertirnos en jinetes. En esencia, seríamos cuerpos sin vida. Qué irónico.

—A los hombres se les asignarán tres mayordomos, y a las mujeres, tres doncellas. Cada uno contará con su propio servicio —continuó.

La idea de tener personal a mi servicio me resultaba extraña; siempre había asociado esa comodidad con la nobleza y el estatus elevado. Ahora, al parecer, formaría parte de nuestra nueva realidad.

—Hoy recibiréis las comidas en vuestras habitaciones. Este sector del palacio es exclusivamente vuestro. En la planta baja encontraréis un comedor privado —nos indicó el comandante mientras continuábamos el recorrido—. Vuestros sirvientes os guiarán y os mostrarán dónde se encuentra cada lugar en palacio.

Siguió caminando.

—Además, disponéis de salones de descanso y entrenamiento. —Señaló hacia dos puertas cerradas—. Este es el primer piso, donde

se ubican las habitaciones masculinas. Vosotras os alojaréis en la planta superior. —Nolan y yo intercambiamos una mirada—. Elegid cualquier habitación —dijo a los chicos antes de dirigirnos a nosotras hacia el nivel superior.

Con una media sonrisa Nolan y yo nos separamos.

Subimos las escaleras de mármol, cuya frialdad se transmitía a través de mi mano mientras la deslizaba por la barandilla. Liral, Elandra y yo ascendíamos en silencio, con nuestros pasos resonando en el vacío del pasillo.

Al llegar al segundo piso, nos encontramos con un pasillo flanqueado por varias puertas. El comandante se retiró por donde habíamos venido.

Liral, con su habitual tono distante, sin mediar palabra, se dirigió directamente a la primera puerta a la derecha. Sin esperar más, la abrió y, tras un ligero crujido de las bisagras, desapareció en el interior de la habitación.

—¿De verdad tenemos que soportarla como compañera? —se quejó Elandra, que tenía el ceño fruncido y cruzaba los brazos con evidente desagrado—. Actúa como si fuéramos la causa de todos sus problemas. Creo que la verdadera bestia aquí es ella.

—Estos días han sido un completo caos, debe de resultarle muy difícil. Como nos pasa a todos —dije mirando la enorme puerta de mi habitación frente a mí. Luego, le lancé una media sonrisa a Elandra, que estaba quieta a mi lado—. No quiero estar sola. A estas alturas, no sé qué me voy a encontrar dentro.

Elandra se adelantó y abrió la que desde ese instante sería mi nueva habitación.

Cuando la enorme puerta blanca cedió, la estancia se desplegó ante nosotras con una elegancia inusitada. La luz natural se derramaba a raudales a través de las amplias ventanas. En el centro, la cama dominaba el espacio, sus doseles de fina madera sosteniendo cortinas de tul blanco que caían a los lados.

La zona de estar, presidida por una chimenea de mármol, estaba amueblada con mullidos sillones de terciopelo y una mesa baja de diseño exquisito. Sin embargo, fue el balcón lo que me robó el aliento. Abarcaba todo el largo de la habitación y ofrecía una vista sin igual de los jardines meticulosamente cuidados del palacio. Desde allí, podía ver las fuentes danzantes y los senderos floridos, y más allá, la vasta extensión de la ciudad, con sus tejados y sus calles llenas de vida.

—Elandra, ¡esto es increíble! —Me quedé sin palabras—. ¿Realmente somos tan importantes aquí como para tener habitaciones así?

—¡Mira esto, Eda! ¡Mira este baño! —gritó Elandra abriendo otra puerta.

Me acerqué y ante mí se desplegó una vista impresionante: en el centro del baño, una bañera, elaborada en finos detalles dorados, se imponía. A su lado, una pequeña mesa albergaba una colección de jabones de diversas fragancias.

—En mi casa, compartíamos un solo baño cinco personas. ¡Esto es como un sueño! —comentó Elandra con los ojos muy abiertos.

Miré de nuevo alrededor de la habitación, y mis ojos se posaron en la cama. Sobre el colchón, varios uniformes idénticos al que llevábamos estaban dispuestos con cuidado. Cada prenda se hallaba perfectamente planchada y doblada.

—Así que a esto le llaman formación —dijo uniéndose a mi lado y dejando escapar un suspiro.

—Siempre pensé que Pramvera era un lugar de guerra, consumido por la magia, un sitio oscuro —dije dejando escapar un suspiro—. Pero esto se vuelve cada vez más confuso. Creí que moriríamos aquí. Hemos visto esas criaturas montadas por personas en el cielo, como si fueran uno con ellas. ¿Es eso lo que nos espera? —Las palabras brotaron de mi boca mientras me sentaba en la cama y me cubría el rostro con las manos.

—Eda… —Elandra se sentó a mi lado—. Lo que no está en tus manos que no esté en tu cabeza.

La puerta se abrió suavemente, y Elandra y yo nos tensamos al instante. Sin embargo, una voz dulce y tranquilizadora nos hizo relajarnos.

—Señorita Eda. —Una mujer de mayor edad se presentó en el umbral, realizando una reverencia. Era de baja estatura, con el cabello blanco recogido en un moño impecable, y vestía un sencillo vestido que le llegaba hasta las rodillas, complementado con un delantal blanco sobre la falda—. Oh, disculpe, señorita Elandra —le dedicó otra reverencia como saludo.

—Creo que me iré a mi habitación, deben de estar esperándome. —Elandra se levantó y cruzó la habitación hasta la salida—. Te veo más tarde.

La puerta se cerró.

—Mi nombre es Camille, señorita Eda, y estoy aquí para servirla en todo lo que necesite.

—Encantada, Camille. —Me levanté y le tendí la mano en señal de saludo, ella la tomó y la apretó con fuerza—. No necesito ayuda,

puedo hacerlo todo sola.

—Estoy muy segura de eso, pero estoy aquí para ayudarla, y me aseguraré personalmente de que todo lo que desee esté hecho, incluyendo encargar cualquier vestido que le gustaría tener, además de su uniforme. Me ocuparé de que su agua esté caliente para el baño y de mantener limpia su habitación mientras usted esté fuera. —Me sonrió, y yo no sabía cómo reaccionar.

No estaba acostumbrada a ese tipo de atenciones, pero no quería ofenderla negándome.

—Muchas gracias, lo aprecio mucho.

—Supongo que ya ha explorado la estancia. Ahora le explicaré cómo será su primera semana aquí: hoy le traeré las comidas para que pueda descansar. Mañana comenzará su día a las ocho y se unirá a los demás en el comedor para el desayuno. A lo largo del día, los instructores le explicarán qué debe hacer. —¿Instructores? ¿Qué instructores?—. Las comidas son siempre a la misma hora, al mediodía y a las ocho y media de la noche. Tendrá horas de descanso, que estarán indicadas en el horario que recibirá mañana. Aquí tiene un mapa del palacio, aunque solo la parte este está detallada.

Me entregó un papel que sacó del bolsillo y que mostraba un plano del palacio con nombres solo del ala este, mientras que la otra ala, la del oeste, se hallaba en blanco.

—¿Por qué no se puede acceder a esta parte del palacio?

—Oh, señorita, esa es la zona donde reside el emperador, sus habitaciones privadas. Me temo que está fuera de su alcance. —Asentí con la cabeza—. Esta es la sala del trono, donde se celebran

las festividades reales. Con la llegada de los nuevos reclutas, pronto se organizará alguna.

—¿Fiestas?

«¿De qué va todo esto?».

—No se preocupe, me encargaré de que tenga muchos vestidos para cada ocasión —dijo Camille con una sonrisa amable.

—No entiendo nada—logré articular.

—Lo siento, señorita Eda, imagino que estará exhausta. Voy a prepararle un baño y le traeré algo para comer. Vuelvo enseguida con el agua caliente —dijo antes de salir de la habitación dejándome sola con mis pensamientos.

Me dejé caer sobre la cama, el mapa aún en mis manos, y me sumí en el intento de memorizar cada rincón y cada habitación del palacio. Me preguntaba cuál sería la habitación de Nolan y me prometí a mí misma encontrarla más tarde.

Cuando Camille volvió, traía consigo un poco de comida. Mi apetito era escaso, con la mente enredada en mil pensamientos, pero le agradecí el gesto. Después, me permití el lujo de un baño prolongado en la inmensa bañera.

Camille me había mostrado dónde estaban los conjuntos para dormir y escogí un vestido de seda blanca, con botones que recorrían su longitud, tan suave al tacto que parecía acariciar mi piel solo con mirarlo.

Al volver a la cama, las sábanas frías en un inicio recibieron el calor de mi cuerpo y se ajustaron con suavidad alrededor de mis piernas, brindándome un consuelo que no sabía que necesitaba.

Y así, sin darme cuenta, me rendí al sueño, con los pensamientos y el mapa deslizándose de mis manos mientras el mundo alrededor

se desvanecía en la oscuridad de la noche.

Antes de que la luz del alba marcara las ocho, ya estaba despierta, sobresaltada al recordar dónde me encontraba: en un palacio que bien podía considerarse una prisión de lujo.

Me observé en el espejo, notando las sombras bajo mis ojos, testigos de una noche inquieta. Cogí mi uniforme cuidadosamente dispuesto sobre un sillón de terciopelo y luego me trencé el cabello dejando caer un par de mechones. Tenía algo de tiempo antes del desayuno, así que decidí explorar un poco y salí de mi habitación.

Bajé las escaleras de mármol de puntillas procurando no hacer ruido. El palacio aún parecía sumido en el letargo matutino. Mis pasos me llevaron hacia unas puertas que, con suerte, conducían a los jardines traseros.

No tardé en encontrar una abierta, desde donde un torrente de luz inundaba el pasillo. Crucé el umbral y el fresco aire matutino llenó mis pulmones despejando cualquier vestigio de sueño.

Frente a mí no se extendía simplemente un jardín, sino un vasto valle que conducía la vista hacia imponentes montañas en la distancia. El césped, cuidado a la perfección, parecía un mar verde bajo la luz dorada.

Alcé la mirada hacia el cielo y, descendiendo hacia mí, vislumbré a la criatura de escamas negras. Sus enormes alas se agitaban con fuerza, creando un estruendo ensordecedor que llenaba el aire. Montado sobre su lomo se hallaba el emperador, cuya figura irradiaba una presencia casi sobrenatural y dominaba a la bestia con una habilidad que parecía trascender lo humano.

A medida que se aproximaban, el viento generado por sus alas me revolvía el cabello que no estaba sujeto por la trenza, un recordatorio de la fuerza titánica que portaba. Finalmente, con un movimiento que desplegaba tanto elegancia como potencia, el dragón desaceleró. Extendió sus poderosas patas delanteras y aterrizó con una precisión asombrosa en el suelo.

La tierra bajo sus patas vibró y envió un estremecimiento a través del valle.

Cada vez que el dragón capturaba mi atención, me quedaba sin palabras. La criatura, con su presencia colosal, y la facilidad con la que el emperador se mantenía firme sobre su lomo eran un espectáculo digno de admiración.

Desde su posición elevada, el emperador me observaba. Su mirada profunda parecía tender un puente invisible entre nosotros que nos unía por un breve momento.

Nos quedamos así, observándonos mutuamente durante unos segundos. Con la gracia de quien ha realizado esta acción innumerables veces, el emperador descendió del dragón con la misma naturalidad con la que uno se bajaría de un caballo.

A pesar de la distancia que nos separaba, el contraste entre el negro de su uniforme y el verde del valle era notable. Comenzó a caminar hacia mí, dejando atrás a su dragón.

Yo permanecí inmóvil.

No sabía si debía estar allí.

Pero lo estaba.

—Veo que has madrugado —comentó el emperador acercándose.

Un mechón de su cabello oscuro caía sobre su rostro y le otorgaba un aspecto desenfadado, casi humano.

—Tú también —respondí manteniendo un tono seco, despojado de la deferencia que su título demandaba.

Estaba muy decidida a no llamarlo Su Alteza Imperial.

—No he dormido, que es diferente —aclaró deteniéndose a escasos pasos de mí. La ausencia de sus espadas y el dormitar de su fuego negro me intrigaban—. ¿Qué tal tu primera noche en palacio? ¿Has conocido ya a Camille?

Su altura se hacía aún más notable a medida que se acercaba.

—La he conocido. Ha sido muy agradable conmigo, pero no necesitaba una doncella —repliqué.

No comprendía a qué se debía su pregunta. Sabía que no deseaba estar ahí, y su intento de cortesía me parecía una ironía cruel.

—Camille lleva años en el palacio; te será de gran ayuda para instalarte aquí —comentó, pero su voz fue sobrepasada por el imponente rugido del dragón. El sonido me hizo dar un paso atrás—. Long no va a comerte, no a menos que yo se lo ordene —dijo esbozando una sonrisa maliciosa.

Era evidente que su único propósito era hacerme sufrir.

—¿Le has puesto nombre?

—Todos tenemos un nombre, aunque parece que tú prefieres evitar usarlos —replicó, refiriéndose a las veces que lo había llamado demonio.

—No sabía cuál era tu nombre; no me lo dijiste.

—No me lo preguntaste.

—No me interesaba saberlo.

Quedé sumida en un silencio angustiante, recordando aquel primer encuentro junto al lago. Sin embargo, las circunstancias habían cambiado drásticamente; él me había sacado de mi hogar

para traerme a este lugar, como si estuviéramos jugando a las princesas en un escenario distorsionado de la realidad.

—Creo que después de hoy, no pensarás que te he traído aquí para jugar a las princesas.

Lo había vuelto a hacer; había invadido mis pensamientos una vez más, el muy…

Pasó a mi lado y me lanzó una mirada inquisitiva que parecía querer escudriñar hasta el último de mis pensamientos, antes de dirigirse hacia la puerta que yo había dejado a mi espalda para adentrarse de nuevo en el palacio.

—¿Por qué Camille no es un demonio? —La pregunta brotó de mí de manera impulsiva. Desde mi llegada, había tenido la oportunidad de ver de cerca a unas pocas personas en el palacio: el comandante, Camille y él.

Camille, en particular, llamaba la atención por su aparente falta de magia. Resultaba evidente que era mortal, al igual que nosotros. No había tenido ocasión de ver a las demás doncellas o a los mayordomos de mis compañeros, pero la normalidad de Camille en un lugar tan cargado de poder y misterio despertaba mi curiosidad.

Porque el único demonio aquí soy yo, respondió en mi cabeza sin detenerse.



11

Eda

La sala este, nuestra sala.

Una enorme mesa de madera ocupaba el centro, con sillas a su alrededor, y al frente, una pizarra negra abarcaba una pared entera. Las estanterías cargadas de libros conferían al espacio un aire de biblioteca, aunque emanaba una oscuridad particular, como si esta sección del palacio hubiera sido dejada de lado, desconectada del esplendor marmóreo que caracterizaba al resto.

Allí estábamos sentados.

Como Camille había mencionado, tendríamos instructores. No estaba claro si esto era un gesto considerado o simplemente una medida necesaria para asegurarse de que no acabáramos perdiendo la vida.

—Perdón por la espera, reclutas.

Una joven morena irrumpió en la habitación como si acabara de correr la maratón más exigente de su vida; aun así, su voz desprendía energía. Llevaba un parche de cuero negro sobre su ojo izquierdo, asegurado detrás de su cabeza, del cual se extendía una cicatriz que le atravesaba la frente y bajaba por la mejilla. Su cabello estaba recogido en un moño desaliñado, y vestía el mismo uniforme que nosotros, aunque el suyo parecía que estaba hecho trizas.

—Mi nombre es Misso, capitana Misso, pero durante nuestro tiempo juntos seré una de vuestras instructoras.

Capitana, comandante… y ni rastro de un ejército a la vista.

—¿Tan joven y ya eres capitana de un ejército imperial? ¿Dónde tengo que apuntarme? —Adriel se acomodó en su silla, reposando las manos sobre la mesa, mientras observaba a la capitana de arriba abajo.

Noté cómo Nolan, de manera discreta, le daba una patada por debajo de la mesa.

—¿Cómo te llamas, recluta? —preguntó la capitana Misso, girando su cuerpo para mirarlo directamente.

—Adriel, mi nombre es Adriel —respondió él.

—Con decir tu nombre una vez basta. —La sonrisa que había adornado el rostro de la capitana se disipó por completo—. Los reclutas cada vez sois más maleducados, pero no os preocupéis. —El ambiente se tensó—. Después de haber vivido cuatrocientos años en este mundo, se aprenden muchas cosas; sobre todo, cómo educar a mortales como es debido. Así que, antes de interrumpirme cuando hablo, piénsatelo dos veces.

Su confesión me dejó desconcertada.

Cuatrocientos años y parecía apenas un poco mayor que nosotros, sin una sola marca del paso del tiempo en su tez. La inmortalidad se presentaba como la única explicación plausible. ¿Cuántos más como ella habría caminando entre nosotros con siglos de vida a sus espaldas?

La mención de su edad inverosímil hizo inevitable que reflexionase sobre el emperador: su verdadera edad, la extensión de su inmortalidad. La idea de que el tiempo pudiera detenerse para algunos era fascinante y aterradora a la vez.

—Muy bien, empecemos.

La capitana Misso estampó una palmada sobre la mesa de madera y, con aquel impacto, la realidad de la sala se transformó de manera radical. Los libros y la pizarra se esfumaron como por arte de magia, dejando únicamente la mesa y las sillas en las que nos hallábamos sentados.

De repente, la escena ante nosotros se desplegó como si hubiéramos sido trasladados al corazón de un valle cubierto de nieve. A nuestra izquierda, se extendía un inmenso campo salpicado de bastidores de armamento.

Nos vimos rodeados por montañas nevadas, mientras una lluvia sutil tejía velos sobre el escenario sin que una sola gota nos alcanzara, como si fuéramos meros espectros ante la naturaleza. Allí, bajo el manto de un cielo plomizo, se agrupaban los guerreros del ejército de Pramvera, ajenos a nuestra presencia.

Como una corriente de agua, sus cuerpos danzaban en una coreografía de combate, sus movimientos eran fluidos y calculados; cada gesto, cada extensión se fundía con el ritmo de sus compañeros. El filo de sus espadas cortaba el aire, emitiendo

susurros metálicos mientras describían arcos impecables y revelaban una concentración absoluta.

—Nos encontramos en la cordillera de Novadia. Aquí, más de cincuenta mil hombres se dedican cada día al entrenamiento. El imperio de Pramvera se erige sobre tres grandes cordilleras: Novadia, Arcadia y Aurik. En estas fortalezas naturales se asientan nuestros imponentes ejércitos. A cada nuevo pelotón de reclutas se le asigna su lugar en uno de estos regimientos, asegurando así la perpetuidad de nuestra fuerza y la defensa de nuestro territorio. Formando un ejército.

Me encontraba sin palabras, completamente asombrada por la escena que se desplegaba ante mis ojos. Surcando los cielos nevados, las criaturas y los jinetes se desplazaban con una agilidad impresionante realizando formaciones en el cielo, ascendiendo y descendiendo en el aire. La confusión se apoderaba de mí, incapaz de entender cómo habíamos llegado a ese valle desde la sala del palacio.

La lluvia arreciaba, pero nosotros permanecíamos inexplicablemente secos y, a pesar de nuestra presencia, parecía como si fuéramos invisibles para todos ellos.

De repente, como por arte de magia, seis criaturas feéricas distintas entre sí aparecieron de la nada y nos rodearon inmóviles formando un círculo alrededor de nuestra mesa.

Nos quedamos petrificados en nuestras sillas, incapaces de levantarnos, mientras la capitana Misso permanecía de pie.

Lo que estábamos viviendo era magia en su expresión más pura y poderosa.

—Existen solo seis especies de criaturas feéricas: tres de aire y tres de tierra.

El dragón se imponía como la más enorme de todas, dominando el paisaje. Al su lado, la otra criatura parecía modesta. Era la misma que nos había sobrevolado en el barco; sus alas, aunque elegantes, eran menores en tamaño y más delicadas, lo que contrastaba con su cuerpo de león, cubierto de un suave pelaje marrón claro.

—Las mantícoras tienen el cuerpo de un león y las alas de un dragón, representan el elemento aire y su poder de vinculación se relaciona con la electricidad. Son capaces de lanzar esferas eléctricas desde su boca y, mediante su aguijón, inyectar un veneno que puede resultar letal. —Apoyó los dos brazos en la mesa y señaló hacia ellas con una sonrisa, como si hablar de esas criaturas fuera su gran pasión.

—Los hipogrifos, con sus imponentes alas de águila y el cuerpo inferior de caballo, también están asociados al elemento aire. Su poder de vinculación es la ilusión óptica. Y, como podéis observar, las ilusiones son mi especialidad. Todo lo que veis a vuestro alrededor no es real; seguimos sentados en la sala del palacio. Si os incliná is para tocar el suelo, notaréis que es de madera.

Acto seguido, todos la obedecimos para tocar el suelo y comprobar que era cierto lo que decía. El suelo era de madera, exactamente igual al de la sala.

—Las ilusiones no pueden causaros daño; simplemente os muestro lo que deseo que veáis. Sin embargo, este no es un poder de vinculación ofensivo, sino más bien de distorsión.

Poder de vinculación…

El hipogrifo ostentaba un pico negro que armonizaba con su pelaje blanco, cuyas alas, del mismo inmaculado color, le permitían fundirse con el cielo nublado al extenderse en vuelo.

—Bestia desplazadora —comenzó a explicar la capitana mientras señalaba la criatura que parecía un enorme felino dotado de seis patas y dos tentáculos laterales—. Se distingue por sus dos tentáculos que se mueven como si tuvieran mente propia. Cada uno culmina en una especie de boca, rodeada de filas de dientes afilados listos para desgarrar y consumir a su presa. Desde aquí se puede apreciar que su color varía entre el negro y un azul oscuro, un tono especial con un brillo metálico que le da una presencia aún más formidable. Hablando de sus habilidades, están asociadas al elemento tierra. Su poder de vinculación incluye la habilidad de camuflarse a la perfección en su entorno, haciéndola prácticamente invisible. Además, sus tentáculos no solo son armas letales, sino que también pueden actuar como un escudo, protegiendo al jinete de ataques por la espalda. Al igual que los nightmares, tienen el control sobre las sombras, lo que les permite manipular la oscuridad a su alrededor para su ventaja táctica.

—Los hipogrifos ya me habían asustado bastante, pero estos felinos… creo que se llevan la palma —comentó Calen en un susurro apenas audible.

—El zeng —la mujer señaló el leopardo que estaba al lado de la bestia desplazadora—, una criatura dotada con cinco colas, cada una terminada en un aguijón letal. Vinculado al elemento tierra, el poder único del zeng se manifiesta en el veneno mortal que contienen sus colas. Además, el cuerno que corona su cabeza no es solo un adorno; posee la capacidad especial de generar una barrera invisible

en un radio de menos de treinta metros, creando un escudo protector alrededor del jinete que impide el acercamiento de cualquier enemigo.

—¿Qué hay de ese caballo? —preguntó Elandra señalando el imponente animal de fuego. Sus llamas naranjas danzaban en lugar de crines, y su cuerpo, tan negro como una noche sin estrellas, emitía una luz tenue que parecía consumir la oscuridad a su alrededor.

Su tamaño era comparable al de la mantícora y el hipogrifo, lo que lo convertía en una figura dominante entre las criaturas.

Las llamas que conformaban su crin y su cola se movían con vida propia, chispeando y crepitando en un eterno baile de fuego.

Este ser, cuya presencia evocaba el poder incontrolable de un incendio forestal, destacaba no solo por su estatura, sino también por el contraste dramático de su fuego vivo contra la oscuridad profunda de su piel.

—Los nightmares, conocidos como caballos pesadilla, están asociados al elemento tierra. Su poder de vinculación incluye el manejo del fuego y la manipulación de las sombras. A diferencia de las ilusiones ópticas, estas sombras son muy reales y tienen un carácter ofensivo. Pueden distorsionar tu percepción, llenando tu campo de visión con sombras inquietantes que se mueven y te envuelven, lo que crea una sensación de estar atrapado, para luego utilizar el fuego como arma.

—¿Cómo se supone que uno puede montar a ese caballo? ¿Y cómo se hace para no quemarse con su pelo de fuego? —preguntó Calen, planteando una preocupación muy válida.

—Como mencioné antes, el poder vinculado al fuego otorga al jinete inmunidad contra las llamas, protegiéndolo de cualquier calor. En cuanto a montar a una criatura de tal tamaño, la vinculación concede cierta habilidad. No obstante, la agilidad depende de cada uno; se necesita entrenamiento diario para desarrollarla.

—¿Vinculación? ¿Qué es una vinculación, capitana Misso? —pregunté.

—Durante la próxima semana, una de estas criaturas decidirá unirse a uno de vosotros. Este vínculo que se formará entre vosotros y una de estas especies no es algo que se pueda provocar artificialmente. Ocurre de manera espontánea, nace de una conexión profunda que va más allá de nuestra comprensión actual. Vuestro papel en estas semanas será solo estar presentes, observar y dejar que la magia del lugar actúe, permitiendo que se manifieste ese lazo especial. Y lo más importante —hizo una pausa larga antes de continuar—: este vínculo permitirá que la magia fluya hacia vuestro ser, transformándoos en inmortales o, como os gusta llamarlo —se apoyó más sobre la mesa y sonrió—, en demonios.



12

Eda

Sangre inmortal correría por mis venas… ¡Aquello era una epifanía en toda regla!

A lo largo de mi existencia, había creído que la magia era algo con lo que uno nacía, una especie de marca de nacimiento para los inmortales. Pensaba que ser un demonio, un maldito, poseer la fuerza de más de diez hombres o incluso ser inherentemente malvado eran características que se llevaban en la sangre desde el principio.

Pero me equivocaba.

Eso explicaba por qué los habitantes de Pramvera no poseían sangre inmortal; la magia, entonces, no era un don universal, sino un vínculo excepcional, una elección.

La pregunta que persistía, martilleando en lo más profundo de mi ser, era por qué habíamos sido seleccionados para unir nuestras

vidas a esas criaturas, seres de un poder tal que podían otorgar la inmortalidad.

«¿Qué nos hace especiales o dignos? ¿Es esto una maldición?».

Había sentido que mi mundo se derrumbaba al subirme a aquel barco, el miedo me había consumido durante todo el viaje, pero la emoción que experimentaba en estos momentos era indescriptible.

—Esto es una auténtica locura —murmuró Calen llevándose las manos a la cabeza.

—Pero ellos no son jinetes, no son inmortales —dijo Nolan, que se giró en su silla para observar mejor al ejército.

La idea de que esos cincuenta mil hombres pudieran estar acompañados de criaturas feéricas…

—No, son del todo mortales. Los únicos inmortales, capaces de albergar todo tipo de poderes en sus venas, son los jinetes, ya que la vinculación lo hace posible —explicó la capitana Misso, que permanecía de pie con su atención puesta únicamente en nosotros.

—¿Y qué hay del dragón? ¿Qué poderes de vinculación tiene? —consulté, manteniendo mi mirada fija en sus ojos, aunque en esa ilusión óptica el dragón parecía mucho más pequeño de lo que era en realidad.

—El emperador prefiere mantener ese detalle en secreto.

Con un simple chasquido de dedos, la capitana hizo que la ilusión se desvaneciera, devolviéndonos al instante a la sala.

Aunque la realidad era que nunca habíamos abandonado ese lugar.

Como era de esperar, el emperador prefería mantener ocultos los detalles sobre su vinculación. No obstante, había logrado descubrir

que uno de los poderes concedidos por la vinculación con el dragón era precisamente la habilidad de leer pensamientos.

—¿La inmortalidad significa que nunca envejeceremos, capitana Misso? —preguntó Calen buscando claridad.

—Al menos hay algo positivo en todo esto —suspiró Elandra al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás.

—Calen, envejecer es una causa de muerte —respondió Liral mientras examinaba sus uñas con una indiferencia que rozaba lo aburrido.

—Creo que voy a desmayarme —se quejó Calen, quien no dejaba de abanicarse con la mano—. Este uniforme es como una prisión.

—Aquí tenéis el horario de esta semana, incluye no solo vuestras clases, sino también la fiesta organizada. No todo aquí es sufrimiento, por ahora —anunció la capitana distribuyendo el horario a cada uno de nosotros.

—Aquí dice que hoy tenemos un evento —comenté sorprendida—. Sé que Camille mencionó que habría fiestas, pero no imaginé que una sería esta misma noche.

—¿Camille? —me preguntó Nolan confuso.

—Mi doncella.

—El evento de presentación de los nuevos reclutas. Para el imperio, la existencia de jinetes es crucial. El poder de vinculación tiene una gran importancia para ellos; les asegura que el imperio sigue siendo fuerte. A los ojos del pueblo, vosotros sois héroes. Así que esta noche, es importante que transmitáis seguridad, incluso si no la sentís.

Recordé aquel momento sobre la cubierta del barco, cuando la gente nos saludaba desde las orillas con gran entusiasmo. Nos

habían recibido con vítores, amor y saludos desde los puentes de la ciudad, como si fuéramos sus verdaderos héroes.

—No pienso acudir al evento —declaró Liral; cada vez que hablaba, me sorprendía más que la posibilidad de poseer algún tipo de poder en el futuro.

—Me alegro, por fin algo razonable en tus palabras, Liral —la aplaudió Elandra, mientras la muchacha parecía fulminarla con la mirada.

—Temo decirte que todos estáis obligados a acudir. Dicho esto, tenéis el resto de la mañana libre. Podéis iros.

Al volver a mi habitación, encontré a Camille ocupada en sus labores. Estaba absorta en la tarea de limpiar el polvo y se movía con eficiencia alrededor de la estancia. Pasaba un paño sobre las superficies capturando cada partícula con cuidado.

—Oh, señorita Eda, no la he oído llegar. ¿Qué tal ha ido su primer día?

—La capitana nos ha hablado del evento de esta noche —le comenté mientras me acercaba a ella, que se encontraba puliendo la mesita del pequeño salón.

—¿Evento? Me atrevería a decir que es un baile, ¡y no uno cualquiera, sino el más esperado de todos! Toda la clase alta recibe sus invitaciones con un año de anticipación. Es un acontecimiento de gran prestigio. Por cierto, su vestido ya está listo, señorita.

Desplegado sobre la cama se encontraba el vestido más deslumbrante que jamás había visto.

Colocada en el centro, como si fuera una pieza de exhibición, la prenda era de un azul cielo, adornada con cristales que se dispersaban a lo largo de todo el tejido y que brillaban como si capturaran la esencia misma del firmamento.

Era un modelo palabra de honor, y se extendía hacia atrás en una larga cola que prometía fluir con cada paso. La falda, hecha de un tul casi transparente, añadía un toque de magia y ligereza al conjunto.

—Camille, este vestido es… simplemente no encuentro las palabras —dije acercándome para tocar con el dedo los cristales—. ¿Son diamantes? ¿Este vestido está hecho de diamantes?

—Así es, señorita Eda, ha sido creado en exclusiva para usted. Cada uno de los reclutas recibe un vestido o un traje de un color distinto, todos elaborados con meticulosidad. Para futuros eventos, tendrá la libertad de elegir el color y el diseño que más le agrade. En esta ocasión, el tiempo era nuestro mayor enemigo, pero nos aseguramos de que fuera impecable.

—Es perfecto, Camille. Es el vestido más maravilloso que he visto en mi vida —le aseguré mientras admiraba la belleza y la exclusividad del diseño.

Acto seguido, Camille trajo el agua y la calentó en la chimenea, luego llenó la bañera y me dejó a solas para darme privacidad durante el baño.

Una vez finalizado este, Camille regresó lista para asistirme con el peinado. Optamos por un estilo natural, dejando mi cabello suelto pero embellecido con rizos suaves y delicados que caían en cascada por mi espalda. Utilizó un hierro previamente calentado en las llamas

vivas de la chimenea y, con una habilidad admirable, formó los bucles uno a uno, convirtiendo mi cabello en una obra de arte.

El toque final reposaba sobre el tocador: una caja que, a simple vista, parecía un joyero común. Sin embargo, al abrirla, reveló su contenido de pequeños diamantes brillantes, emparejados con unos pendientes del mismo color.

—Dejemos los accesorios para luego, vayamos ahora con el vestido —me dijo con una sonrisa.

Camille me ayudó a vestirme, asegurándose de que ni un solo diamante se desprendiera o se dañara en el proceso.

Con cuidado, desplegó el vestido en el suelo y yo, con precaución, di un paso hacia su interior para subírmelo lentamente.

Se ajustaba a mi cuerpo a la perfección, resaltando mis formas y abrazando mis pechos con delicadeza. La cintura estaba bien definida y daba paso a una falda larga y voluminosa que terminaba en una cola espectacular.

Al lado del tocador, había un enorme espejo que invitaba a contemplarme. Me acerqué a él y me quedé observando mi reflejo, viendo cómo el vestido y el peinado me transformaban por completo.

Era lo que siempre había soñado.

«No consigo reconocerme».

Había dejado atrás las prendas holgadas y el uniforme de cuero para adoptar la apariencia de una verdadera… princesa.

—¿Quién eligió los colores?

—Su Alteza Imperial, señorita Eda. Él escogió personalmente cada uno de los vestidos y los trajes.

Así que esa maravilla había sido la elección de alguien tan oscuro. No sabía que, además de leer mentes, también tuviera un sentido tan refinado para la moda.

—Traeré los collares y los pendientes.

Con un movimiento ágil, se dirigió hacia el tocador y, con sus manos cuidadosas, tomó el collar. Con gentileza, lo colocó alrededor de mi cuello mientras yo seguía absorta en mi reflejo en el espejo.

Caminaba por los majestuosos pasillos del palacio, donde el eco de mis pasos resonaba contra las altas paredes de mármol.

A medida que me acercaba a las escaleras que conducían hacia el salón principal, el murmullo distante de las conversaciones y la música vibrante llenaban el aire.

Los arcos ornamentados y las columnas esculpidas flanqueaban el pasillo. Aunque ya había memorizado el diseño del palacio, cada vez que caminaba por sus pasillos me maravillaba ante su magnificencia.

Al llegar a la entrada de la sala del trono, me recibió un guardia que, con un gesto respetuoso, abrió las dos puertas de madera tallada.

Mientras sentía un latido acelerado en mi pecho, crucé el umbral hacia el interior, preparada para sumergirme en la brillante celebración que aguardaba dentro.

Me detuve un momento en una escalinata grandiosa y miré hacia abajo a la gran sala, decorada con un esplendor que apenas podía comprender. La iluminación cuidadosamente dispuesta destacaba los ornamentos dorados y hacía centellear los cristales, mientras los

invitados, engalanados con sus mejores atuendos, aportaban un caleidoscopio de colores al ambiente.

Di un paso hacia la majestuosa escalera y noté cómo todos los presentes en la sala dirigían sus miradas hacia ella.

Un nudo se formó en mi garganta y me quedé paralizada por unos instantes, sin saber cómo reaccionar ante la atención repentina. Sin embargo, reuní coraje y levanté la barbilla con determinación, dispuesta a bajar las escaleras con confianza.

Un silencio tenso descendió sobre la sala, interrumpido tan solo por el suave murmullo de las conversaciones que se desvanecían lentamente. Todas las miradas estaban fijas en mí, como si el tiempo se hubiera detenido y yo fuera el único punto de atención en medio de la elegante multitud.

En el centro de la sala, sobre un trono de obsidiana pulida, se erguía Dalton Basilius.

Por un instante, me detuve en el centro de la escalinata, sintiendo el peso abrumador de su atención sobre mí, como si su mirada pudiera atravesar mi ser y escudriñar cada rincón de mi alma.

Me sorprendía mi tardanza, considerando el esfuerzo que había puesto en prepararme con anticipación.

Retomé mi camino y descendí el resto de las escaleras, mientras la multitud, como movida por un acuerdo tácito, se apartaba para dejarme pasar.

Mis compañeros se encontraban cerca del trono, inmersos en conversaciones junto a unas mesas dispuestas a lo largo de los costados de la gran sala.

Si llegas tarde, tienes que conceder un baile al emperador. Su voz se deslizó en mi interior, provocando un escalofrío a lo largo de mi

espina dorsal.

«¿Bailar con él? Ni en mil años», pensé.

La idea de acostumbrarme a que él pudiera hacer eso me resultaba inimaginable. Así que, en respuesta, concentré mis pensamientos en lo que deseaba comunicarle, dejando que mis palabras resonaran en mi cabeza.

El hecho de que haya venido aquí no significa que mis pensamientos de odio hacia ti hayan cambiado, Dalton Basilius.

Interesante, habló nuevamente, su voz tintada de un matiz burlón. *No te ha resultado tan difícil contestarme por aquí.*

Lo miré una última vez. Lucía una indumentaria distinta a su habitual uniforme de guerra: llevaba una camisa de tono negro azulado, con un escote en pico que acentuaba su figura, y unos pantalones a juego, ajustados pero elegantes.

Opté por cerrar mi mente a su intrusión, centrándome en mis compañeros y en el ambiente que nos rodeaba en un intento por no darle espacio a esa conversación no solicitada.

Avancé por la sala del trono, donde los asistentes, con sutiles gestos de cabeza, me ofrecían un saludo silencioso. Devolvía cada gesto con una sonrisa, a pesar de sentirme como un pez fuera del agua.

Las palabras de la capitana me recordaron que, a ojos del imperio, éramos más que simples individuos, éramos héroes.

El emperador, desde su trono elevado, atraía todas las miradas, aunque mantenía una distancia prudente con los invitados. A su alrededor, el baile y la conversación fluían.

Las jóvenes de Pramvera iban ataviadas con vestidos de delicados tonos pastel que fluían hasta apenas rozar el suelo. Cada una

portaba un abanico, un accesorio imprescindible que agitaban suavidad, creando una danza de colores tenues en el aire.

Además, sus brazos estaban elegantemente cubiertos por guantes largos que se extendían hasta el codo, pero la distinción más notable, sin embargo, residía en sus peinados. Todas las jóvenes presentes llevaban el cabello recogido en elaboradas trenzas, moños altos o complejos arreglos. Ninguna de ellas llevaba el pelo suelto, lo que contrastaba con mi elección de dejar fluir con libertad mi cabello.

Mientras me abría paso entre la multitud, los murmullos y las miradas curiosas me seguían, convirtiéndonos a los nuevos reclutas en el centro de todos los comentarios.

Allí estaban, cada uno luciendo espléndido a su manera.

Elandra destacaba con un vestido de un intenso rojo fuego que, de alguna manera, hacía que su cabello pelirrojo resplandeciera aún más. Su vestido, aunque similar al mío en el corte de la falda, difería en el material; era completamente liso, pero compartía la elegante cola que se extendía detrás de ella.

Liral, por su parte, llevaba un vestido de azul oscuro que se ajustaba más a su figura, optando por una silueta más ceñida y menos voluminosa en comparación con los nuestros.

Los chicos, por otro lado, se presentaban en trajes de chaqueta de terciopelo, adornados con exquisitez. Aunque sus atuendos eran prácticamente idénticos en corte, los distinguían los colores oscuros entre los que oscilaban y que complementaban la personalidad única de cada uno.

Se congregaban alrededor de una mesa colmada de una variedad de canapés exquisitos, mientras en sus manos sostenían copas de

vino.

—Veo que no habéis perdido el tiempo —comenté acercándome a ellos con una sonrisa.

—¡Eda! Estás preciosa —gritó Elandra al acercarse a mí—. Sin duda, el azul es tu color.

—Y yo no tengo dudas de que el rojo es el que mejor te sienta a ti.

Al levantar la mirada, noté que Nolan me observaba fijamente.

—Sabía que ibas a captar la atención de todos, pero con ese vestido, hasta las paredes te admiran —comentó mientras se aproximaba a mí.

—Al menos te has bañado, ya no soportaba tu olor —le dije a mi hermano entre risas, aprovechando el momento para molestarlo.

—¿Ah, sí? Pues tú tampoco olías a rosas.

Aquellos días habían sido extraños con mi hermano; apenas si habíamos hablado.

—Necesito una copa de esas —dije señalando la que Calen sostenía.

Acto seguido, me puso una en la mano.

Calen había optado por recoger su cabello rubio, que solía caerle hasta los hombros, en un moño tirante. La verdad era que ese peinado le sentaba muy bien.

—No sé de qué está hecho este vino, pero es más adictivo que el dinero —proclamó Adriel, mientras intentaba equilibrar dos copas para beber de ambas al mismo tiempo.

—Me va a tocar llevarte a rastras a tu habitación —advirtió Calen sustrayéndole una.

—¡Es gratis! Es una oportunidad que no voy a desaprovechar —exclamó Adriel lanzando una mirada cómplice a su alrededor—. Y, sin duda, hay buena compañía. ¡No sé por qué no me habían reclutado antes!

—¿Por qué has llegado tan tarde? ¿Tu hora del baño ha durado dos horas? —Elandra se me acercó más, con un tono jocoso en su voz.

—Creía que el evento era a las siete; eso es lo que mi doncella me había dicho.

—Me temo que te informaron mal. El evento estaba programado para empezar a las seis y media. —Se encogió de hombros—. Pero, bueno, tu llegada ha sido espectacular.

Justo entonces, hicieron su entrada el comandante Kaiden y la capitana Misso, lo que captó la atención de todos. El emperador, por su parte, seguía presidiendo la estancia desde su majestuoso trono, sosteniendo una copa de vino mientras su mirada barría el salón.

Volví a desviar los ojos de ese demonio y los centré en Liral, quien, a pesar de su vestido llamativo, parecía querer pasar desapercibida. Me acerqué a ella con discreción y le ofrecí una copa de vino.

—Toma, te gustará —le dije extendiéndosela—. Al menos, si no hablas, bebe.

—Este vestido no deja espacio para hablar —se quejó ella.

Liral aceptó la copa y bebió un sorbo generoso.

—Dicen que para estar guapa hay que sufrir —repliqué dando un trago muy largo a la mía.

A medida que la música se animaba y el vino surtía efecto, el ambiente se volvía cada vez más festivo, llenando el lugar de risas y

conversaciones alegres. Calen, Nolan y Adriel parecían sumidos en su propio mundo de diversión, mientras que Elandra disfrutaba de la comida.

Noté cómo el vino empezaba a afectar a Liral y sus mejillas adquirieron un tono rosado. Pronto, Elandra, Liral y yo charlábamos y reíamos, dejando a un lado por un momento las preocupaciones sobre nuestro futuro en este lugar.

Cuando la música cambió a una melodía familiar, Elandra quiso arrastrarnos a Liral y a mí hacia el centro de la sala.

—¡Eh, eh, esta me la sé! He bailado esto en la plaza de mi pueblo —exclamó tomando nuestras manos.

—Nooo, yo no voy a bailoteaaar —protestó Liral con una mueca.

—¡Me muero por bailar! ¡Bailemos, Elandra! ¡Bailemos! —dije entusiasmada.

—Venga, los pasos son muy fáciles, solo tenemos que imitarlos —nos animó Elandra, mientras seguía la coreografía con facilidad.

Con risas contagiosas Elandra y yo tomamos a Liral de los brazos y la guiamos hacia el corazón palpitante de la sala del trono. Allí, grupos entusiastas ya se sumergían en la danza. A medida que nos dejábamos llevar por el ritmo, el resto del mundo se esfumaba, dejando solo nuestro trío en una burbuja.

Formamos un círculo, nuestras manos entrelazadas. Nuestras faldas largas y voluminosas bailaban con nosotras. Aunque éramos conscientes de las miradas, el efecto del vino había embriagado nuestros sentidos de tal manera que solo la música guiaba nuestros pasos.

Los vestidos se movían en una coreografía propia, y cada giro y cada paso hacían que las telas se desplegaran como alas de

mariposa.

Estaba tan absorta, tan entregada al ritmo y al vino que no noté el cambio en la atmósfera hasta que fue demasiado evidente. La música y las risas parecían haberse desvanecido, dejando un silencio que se extendía como una capa sobre la sala.

Liral y Elandra cesaron su baile y, al hacerlo, todo pareció quedarse suspendido.

Al girarme, lo vi: el fuego que antes había danzado a su espalda ahora se presentaba casi extinto. En ese instante, Dalton Basilius no era solo nuestro emperador; era una visión de belleza casi inhumana que destacaba en medio de la sala del trono.

La iluminación suave realzaba cada rasgo de su rostro, desde los pómulos definidos hasta el verde de sus ojos.

Sus labios… lucían más rojos y voluminosos de lo que recordaba.

No podía quitarle la mirada de encima.

La luz se enredaba en su cabello oscuro y creaba reflejos que sugerían matices ocultos en las sombras. De su figura, a pesar de la sencillez de su atuendo, emanaba un poder que trascendían la tela y el corte de su vestimenta.

Era como si la misma esencia de la sala se condensara en su persona, haciendo que cada detalle, desde la suavidad de su piel hasta la firmeza de su porte, hablara de un linaje y un destino que lo apartaban del resto de los mortales.

Porque no había nada de mortal en él.

—Todavía me debes un baile.

Su voz clara resonó en la sala más allá de cualquier susurro mental anterior.

Esa vez era audible para todos.

Observé su mano extendida hacia mí, una carente de imperfecciones, sin marcas ni cicatrices.

Acepté su invitación y coloqué mi palma en la suya sin desviar la mirada de sus ojos. En ese instante, la música cambió a una melodía suave, propicia para un baile lento.

Él tomó mi mano con delicadeza y, con la otra, me atrajo hacia él, colocándola cuidadosamente en mi espalda. Ese simple contacto hizo que mi corazón se acelerara y mi respiración se entrecortara.

Nos movimos juntos al ritmo de la música, en una danza íntima que parecía aislarnos del resto del mundo. Yo seguía sus pasos con una naturalidad sorprendente que me remontaba a los días en que mi madre me enseñaba a bailar en nuestra casa cuando era pequeña.

Mi mano, que se había posado en torno a su cuello, rozaba suavemente su cabello, percibiendo una oleada de cosquilleos a través de mi piel.

El aroma que emanaba de él me envolvía, tóxico y embriagador, mientras sus llamas se extinguían, como si toda la energía del momento se concentrara en nuestro baile.

—No sabía que un jinete de dragón supiera bailar.

—Al menos no me has llamado demonio esta vez. ¿Tengo que sentirme agradecido? —Su mano se apretó a la mía con delicadeza.

—Tal vez —levanté la barbilla—, pero no creas que no sigo pensando que eres un demonio, Su Alteza Imperial.

Arrastré esas últimas palabras para dejar clara mi intención.

—No olvides que podría hacerte cenizas en menos de un segundo, señorita Eda. —Una sonrisa se dibujó en sus labios carnosos.

Mi respiración se cortó.

Hacerme cenizas… Sabía que podía hacerlo, de eso no me cabía duda.

—¿Aquí? ¿Delante de todos? Arruinarías el baile. —Mis dedos se movieron rozando su cuello mientras nuestros pies seguían el compás de la música como si tuvieran vida propia.

—No sería la primera vez que lo hago, ni la última. —La sonrisa demoniaca permanecía en su rostro.

«Porque es un demonio».

—Hacía muchos años que no bailaba.

—¿Y por qué has decidido hacerlo? —pregunté, sintiendo el rubor en mis mejillas, producto del vino más que de la vergüenza de estar tan cerca de él.

—Porque nadie había llegado nunca tarde a un evento real.

En aquel instante, al otro extremo de la sala, mis ojos volvieron a verla: aquella esfera de fuego azul suspendida en el aire como si desafiara las leyes de la gravedad, desplazándose sobre el suelo de mármol, inapreciable para los demás.

Atrapada en la cadencia del baile, mi atención permanecía fija en ella. La esfera danzaba entre dimensiones, desvaneciéndose y materializándose nuevamente en diferentes lugares; una vez al pie de las escaleras, otra junto a la puerta del salón.

Con la certeza de que no era una ilusión provocada por el vino, sentía cómo esa luminiscencia azulada me convocaba y me impulsaba a seguirla.

Cuando la música encontró su pausa, la curiosidad ajena se posó sobre mí, incluida la del emperador, cuya mirada se deslizó hacia las escaleras en un intento por descifrar el foco de mi distracción.

—¿Pasa algo, señorita Eda? —preguntó sacándome de mis pensamientos.

—Estoy muy cansada, voy a retirarme a mi habitación —mentí en busca de una excusa para seguir esa misteriosa luz.

Al volver la atención hacia mis compañeros, capté la mirada de Nolan. Su expresión revelaba una clara desaprobación hacia mi reciente baile con el emperador; sin embargo, ¿qué podía hacer él al respecto?

Me despedí del emperador con un sutil movimiento de cabeza y luego desaparecí tras la esfera, que se desvaneció una vez más en el aire. Atravesé el salón en dirección a las escaleras, con adioses y saludos cordiales de los presentes. Respondía a todos de manera automática, apenas consciente de las miradas que me seguían.

Las puertas del salón se entreabrieron manifestando mi salida.

Me vi envuelta en una búsqueda silenciosa tras la enigmática luz azul que me guiaba hacia la puerta trasera del palacio.

Era hipnótica, flotando a través del corredor, apareciendo y desapareciendo. Mi mente estaba completamente absorta; no había espacio para otro pensamiento que no fuera la luz que había irrumpido en mi vida primero en la biblioteca, luego en el barco y ahora aquí, en el palacio, como un faro que solo yo parecía capaz de percibir.

Continué mi camino a través de los pasillos desolados, guiada por la luz de las antorchas que iluminaban tenues mi trayecto. Esta me conducía hacia un destino inesperado: el ala oeste del palacio. Aquella zona que, curiosamente, había sido omitida en el mapa.

«El ala del emperador».

Con cautela, me agaché y me deshice de mis tacones, optando por el sigilo para evitar cualquier sonido. Descalza, me dirigí hacia el corredor de la izquierda, adentrándome en una zona del palacio donde la luz de las antorchas se desvanecía y daba paso a una penumbra casi total.

La esfera de fuego azul continuó su curso, guiándome sin vacilación, hasta que por fin se detuvo ante una puerta situada al final del pasillo.

Frente a esta, la esfera realizó una última danza antes de desvanecerse, como si hubiera traspasado la madera hacia la estancia que se hallaba tras ella.

Me aproximé a la puerta y coloqué mi mano sobre el pomo de hierro. Me sorprendió su temperatura gélida, inusualmente más fría al tacto que cualquier otro tirador que hubiera sentido antes. Con un movimiento suave y silencioso, lo giré y empujé la puerta, que se abrió sin emitir el más mínimo sonido.

Al cruzar el umbral, me encontré en el interior de una biblioteca de dimensiones tan colosales que jamás hubiera podido imaginar.

La sala se extendía ante mí, repleta de estanterías que se elevaban desde el suelo hasta perderse en las alturas, organizadas en múltiples niveles que se conectaban mediante escaleras de caracol y pasarelas elegantes que permitían el acceso a cada rincón.

Cada estante, meticulosamente ordenado, albergaba volúmenes de todas las épocas y saberes, cubriendo las paredes con una riqueza literaria que parecía no tener fin.

Pero lo que de verdad robaba el aliento no era solo la magnitud de la colección o la arquitectura señorial de la sala, sino el espectáculo que se desplegaba sobre mi cabeza.

El techo, una obra maestra en sí misma, estaba diseñado para imitar el cielo nocturno. Miles, quizá millones, de pequeñas luces incrustadas en la superficie oscura creaban la ilusión de estar bajo un firmamento estrellado.

«Es como si…».

—Como si las constelaciones, las nebulosas y las galaxias se extendieran por encima de nuestras cabezas. —La voz de Dalton rompió el silencio de la biblioteca e hizo que me girase sorprendida.

Estaba justo detrás de mí.

«¿Cómo he podido olvidar que puede leer mis pensamientos? Sin duda, debió de saber lo que cruzaba por mi mente mientras bailábamos en la sala del trono».

—Exacto, parece que se te ha olvidado el detalle de que no se me escapa nada. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Qué buscas? Bueno, para qué voy a preguntar si lo sé perfectamente.

El fuego negro que antes había desaparecido ahora volvía a bailar a lo largo de su espalda, iluminando su cuerpo con un resplandor mágico en la penumbra de la biblioteca.

—¿Qué estoy buscando, emperador?

—¿Ahora me llamas emperador? —Su voz, teñida de sorpresa y tal vez de un atisbo de diversión, se intensificó al dar unos pasos hacia mí para acortar la distancia entre nosotros—. ¿Desde cuándo ves el fuego fatuo?

Me giré hacia el lugar donde había visto por última vez la esfera de fuego azul, pero ya no había rastro de ella.

—Así que es eso… —murmuré mientras fijaba mi mirada en el espacio ahora vacío.

—¿Desde cuándo lo ves, Eda? —insistió; el sonido de mi nombre pronunciado por él me provocaba una sensación extraña.

—La primera vez que lo vi fue en mi biblioteca, mientras trabajaba, la noche antes de verte a ti y a tu dragón en el lago —le confesé recordando claramente aquel momento—. La segunda fue en el barco, justo antes de que habláramos en la cubierta. Y ahora, durante el baile, mientras bailábamos…

Dio un paso hacia mí y la saliva se quedó atascada en mi garganta. Era tan oscuro que no podía describir la profundidad de la oscuridad que lo envolvía.

«Nunca he visto algo así».

—Muchos que no los han visto con sus propios ojos dicen que son un presagio de muerte, que siempre son caóticos, que van en contra de todo lo natural. Pero los que hemos visto un fuego fatuo sabemos que es un anuncio de prosperidad del imperio. Una esfera de fuego que lleva el mismísimo poder enviado desde los cielos. Una criatura con un poder de vinculación que supera con creces cualquier otro: resurgir y desaparecer. —Tomó aire y se acercó más a mí, reduciendo la distancia entre nosotros hasta que pude sentir la calidez que emanaba de su presencia—. Y esa criatura es el ave fénix.



13

Eda

Resurgir.

Esa esfera de fuego azul que irrumpía sin previo aviso y me incitaba a seguirla, o que se materializaba en momentos inesperados, ¿acaso representaba a una criatura viva? ¿Cómo era posible que una manifestación tan etérea, una mera concentración de luz y energía, encerrase en su interior la esencia de un ser vivo?

El fuego fatuo había desaparecido.

Mis ojos recorrieron toda la biblioteca en busca de algún rastro, pero no encontré nada.

—Volverá a aparecer —dijo el emperador, a centímetros de mí—. Siempre lo hace.

Di un paso hacia atrás para aumentar la distancia entre nosotros.

A medida que el efecto del vino se disipaba, la claridad retornaba gradualmente, arrastrándome de vuelta a una lucidez que no había

sentido en un buen rato.

—¿Dónde están las demás criaturas?

—Con sus jinetes. —Al decirlo inclinó la cabeza, como si le gustara que hiciera tantas preguntas.

—No he visto a ningún jinete en el palacio, ¿por qué no están aquí?

—Sí los has visto; tanto el comandante Kaiden como la capitana Misso son jinetes.

—¿Se encuentran en las cordilleras los demás jinetes? —dije recordando lo que había mencionado la capitana.

—Bien, veo que has prestado atención en tu primera lección. Eso merece reconocimiento —dijo con una sonrisa burlona.

Su actitud me resultaba desagradable.

—No necesito tu reconocimiento.

—Aun así, te lo doy por ser una alumna aplicada —ladró con un tono que rayaba en la provocación.

«Demonio».

No permitiría que la conversación se desviara de lo importante; necesitaba saber más.

—¿Todas las criaturas feéricas nacen de fuegos fatuos?

Él contestó:

—Solo el fénix y el dragón nacen de los fuegos fatuos.

«El dragón y el fénix… Su dragón también surgió de un fuego fatuo…».

Quizá esa esfera de fuego también lo había atormentado a él, apareciéndose en cualquier lugar y en cualquier momento. Pero ¿cómo sabía que el fénix también nacía de un fuego fatuo?

—Exacto —respondió a mis pensamientos—. Long nació de un fuego fatuo. Pero la esfera de fuego que lo trajo no era azul, sino negra. Un día, después de aparecer durante semanas, el fuego simplemente desapareció, dejando atrás un huevo. Un huevo de dragón. Tal vez ese fuego no era más que un medio de transporte para traerlo hasta mí. La verdad es que nunca he llegado a comprenderlo del todo. —Su voz se volvió oscura.

Su fuego fatuo era negro… ¿Cómo sabía entonces que mi fuego azul correspondía a un ave fénix?

—¿Has visto algún fénix? ¿Hay alguno aquí? —quise saber.

Esa vez di un paso hacia delante acercándome a él.

Aunque la biblioteca estuviera sumida en la oscuridad, podía ver el resplandor verde de sus ojos, como si en la penumbra brillaran con más intensidad.

—No, no hay ningún fénix aquí, y nunca he visto uno —respondió con voz seca.

—¿Y cómo sabes que su poder de vinculación es desaparecer y resurgir si nunca has visto un fénix? ¿Cómo sabes todo eso?

Comencé a dudar de si realmente los efectos del vino se habían disipado; hacer tantas preguntas no era habitual en mí.

Su mirada se desvió hacia la enorme biblioteca a mi espalda. Con un movimiento deliberado, extendió su brazo hacia ella.

—Libros —se limitó a decir.

Mi atención se concentró en la magnitud de aquella sala para examinarla con más detalle.

Siempre había soñado con explorar una biblioteca de ese tamaño. La única a la que había tenido acceso era la de Theo, donde había terminado devorando cada libro disponible. Pero aquella biblioteca…

era un mundo sin fin, lleno de volúmenes cuyas palabras y relatos seguramente se desplegarían de formas que ni siquiera podía imaginar.

En ese momento, la chimenea situada a mi derecha cobró vida y sus llamas comenzaron a consumir la leña dispuesta en su interior. Las lenguas de fuego no eran las típicas de color naranja que uno esperaría; eran de un negro profundo, reminiscentes del infierno que brotaba de la espalda del emperador.

—Enséñame esos libros —exigí—. Quiero saber más sobre el fuego fatuo, sobre todo lo que has dicho. Necesito ver con mis propios ojos si lo que dices es verdad.

—¿Por qué te mentiría?

—Porque eres un demonio.

—Tú también serás un demonio. —Chasqueó la lengua—. Y un demonio bastante preguntón.

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que sentí un dolor agudo en los dientes.

—Así que nos traes aquí contra nuestra voluntad, nos dices que si nos vinculamos a criaturas, muchas de las cuales parecen capaces de acabar con nosotros en un abrir y cerrar de ojos, seremos inmortales y viviremos por toda la eternidad. Y luego —tomé aire—, nos disfrazas a todos y organizas una fiesta en nuestro honor, como si fuéramos trofeos. ¿Y ahora dices que pregunto demasiado?

De nada, ronroneó en mi consciencia.

La ira burbujeaba en mi interior amenazando con alcanzar su punto álgido.

La sonrisa burlona en su rostro encendió la mecha de mi enfado y transformó mi rostro en un crisol de furia incontenible.

Mis manos actuaron impulsadas por el resentimiento; con un movimiento lleno de desdén, arranqué de mi cuello el collar de diamantes, un regalo no solicitado.

La joya, símbolo de lujo y poder, se convirtió en un proyectil de mi ira. Al impactar contra el suelo, los diamantes se dispersaron como estrellas fugaces, trazando líneas erráticas sobre las frías losas.

Me examinó de arriba abajo, una mirada evaluadora tan típica en él que ya casi me resultaba predecible.

Los diamantes del collar, en su caótica danza por el suelo, seguían deslizándose lejos de nosotros, como si quisieran escapar de la tensión que saturaba el aire. Su dispersión interminable parecía un reflejo de mi propia agitación interna, un desorden brillante y fracturado que se extendía por toda la biblioteca imperial.

—¿Has terminado ya? —musitó sin pestañear.

—Eres despreciable.

—Mejor que canalices esa rabia y la utilices cuando realmente te haga falta. Recuérdalo bien. Ahora, vete. No tienes permitido estar aquí. Mortal.

Mis ojos ardían con una ira que casi podía palparse.

Al pasar junto a él, no pude evitar rozar de forma deliberada su brazo para propinarle un golpe sutil pero firme. Justo antes de que me acercara, como anticipando mi acción, él extinguió las llamas que lo rodeaban.

Abrí la puerta y la cerré con todas mis fuerzas detrás de mí, quedándome quieta un instante para observar el pasillo. Luego, empecé a caminar, casi corriendo, mientras mis zapatos colgaban de mis manos.

El frío mármol parecía helar mis pies, y el vestido, antes tan hermoso, ahora se sentía como una carga pesada que arrastraba con cada paso.

Al llegar a mi habitación, cerré la puerta con un golpe sordo y me deslicé lentamente por ella hasta el suelo. Rodeada por la soledad de mi cuarto, las lágrimas brotaron sin control, cada sollozo un eco de mi ira y frustración.

Lloré hasta que el agotamiento me sumió en un sueño intranquilo, todavía acurrucada en el suelo, una figura solitaria en la penumbra.



14

Dalton Basilius

Cuatrocientos años atrás

—Kaiden, no te lo voy a repetir. Súbete a esa mantícora. Ya.

Varios meses habían pasado desde que Alexander Kaiden trajo a esa criatura, y su desarrollo había sido asombroso.

La mantícora ya medía unos cuatro metros de altura y con cada mes que pasaba, sus alas de dragón se iban haciendo más grandes y menos delicadas. La cabeza, ahora completamente cubierta de pelo, daba un aspecto aún más feroz y sus dientes…, bueno, con esos dientes podría desgarrar a cualquiera con facilidad.

La formación del vínculo entre ellos comenzó poco después de llegar a palacio, los primeros signos se manifestaron como síntomas físicos intensos para Alexander.

Los primeros días de la semana no paró de vomitar a todas horas, y los otros días estuvo metido en la cama, sin moverse, como si estuviera recuperándose de una buena resaca de vino.

Aunque a cualquiera le hubiera asustado estar así, esos malos ratos eran la señal de que todo iba por el buen camino, de que el vínculo entre Alexander y la criatura se estaba formando de verdad. Era como si su cuerpo se estuviera acostumbrando y adaptando a la magia, a la inmortalidad.

En mi caso, los síntomas de la vinculación no se presentaron en forma de vómitos, sino como intensos dolores de cabeza, realmente molestos.

Eso me lleva a pensar que tal vez cada criatura afectaba de forma única durante el proceso de vinculación, generando distintos tipos de reacciones en quienes se unían a ellos.

—¡Joder, es imposible, Dalton! ¡No para de saltar! No sé qué cojones le pasa —gritó Kaiden a unos metros de distancia.

Yo lo observaba con los brazos cruzados, notando que algo perturbaba a la mantícora. Movía sus alas como si intentara volar pero sin lograrlo, y sus saltos hacían que la tierra temblara bajo nuestros pies.

La bestia comenzó a hacer esfuerzos de vómito, como si algo estuviera a punto de salir de su boca, y definitivamente no parecía algo bueno.

—¡Alexander, corre, corre tan rápido como puedas! —le grité y, sin dudarlo, ambos nos apresuramos en dirección contraria a la criatura.

El valle se extendía ante nosotros, un enorme tapiz verde sin refugio alguno; ni un solo árbol en el horizonte que pudiese ofrecernos algún tipo de protección. Al alcanzar una distancia

segura, nos detuvimos, aún con el corazón acelerado, para observar a la criatura.

Fue entonces cuando sucedió: de su boca se desprendió una esfera de rayos de un blanco cegador, que al tocar el suelo se fragmentó en incontables chispas menores. Estas se dispersaron con violencia a través del valle, un espectáculo eléctrico que devoraba todo a su paso, tiñendo la hierba de cenizas. Los rayos, brillando con un fulgor blanco e intenso, se extendían por el suelo como raíces en busca de algo que quemar.

Por suerte, la distancia que nos separaba de la explosión fue suficiente para evadir la furia de la descarga eléctrica, permitiéndonos ser meros espectadores de la devastación desatada por la mantícora.

—¡Joder! ¿Has visto eso? ¡Esta criatura lanza bolas de rayos por la boca! —gritó Alexander, saltando en el lugar antes de dejarse caer al suelo, incapaz de contener su euforia—.¡Esto es una auténtica pasada, una maravilla visual!

—He oído que eso se llama electricidad. Son como enormes pelotas de energía que, si las tocas, te pueden freír igual que un rayo que cae del cielo. —Mi mirada se mantuvo fija en la mantícora, que ahora dormía plácidamente sobre la hierba chamuscada—. Quizá solo necesita aprender a canalizar su poder.

—¿Crees que yo también podré hacer eso? Me refiero a como tú con él.

—Por lo que sabemos, todos sus poderes se transferirán a ti. La vinculación ya está completada, y parte de su esencia corre por tus venas. Así que, seguramente, a partir de ahora podrás hacer lo mismo.

—Espero que no incluya lanzar bolas de rayos por la boca —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Acaso yo escupo fuego por la boca?

—Pero sí por la espalda…, bueno, lo más seguro es que lo haga con las manos, eso sería lo más lógico.

—Entonces intenta que, cuando eso ocurra, no estés tocando a nadie. O lo convertirás…, en el mejor de los casos, en polvo.

—¿Y qué pasa con el aguijón? ¿Cómo sabemos si puede tener veneno?

La cola de la mantícora se movía de forma inquietante, indicando que no estaba del todo dormida. La presencia de su aguijón de escorpión me hacía cuestionar su peligrosidad; si ya era letal en su estado natural, no quería ni imaginar el daño que podría causar si decidiera atacar con ella.

—Lo sabremos cuando lo utilice.

Saqué mi libreta de apuntes del bolsillo y empecé a registrar todo cuanto había sucedido, capturando con rapidez el aspecto de la esfera de rayos que había emergido de la boca de la mantícora.

Long se acercó con un batir de alas suave y controlado y aterrizó a mi lado. Era probable que hubiese observado el evento desde lo alto del palacio, siempre alerta a cualquier situación que pudiera ponerme en riesgo. Parecía como si, al instante de empezar a correr, él hubiese emprendido el vuelo rápidamente hacia donde estábamos, guiado por un instinto protector que le permitía percibir cuándo me encontraba en peligro.

Me mantuve concentrado en mi libreta, intentando no perder ningún detalle. Por el rabillo del ojo, observé cómo Alexander se

ponía de pie con rapidez, todavía intimidado por la presencia de Long.

Con una media sonrisa, no pude evitar encontrar algo de humor en la situación: acababa de ser testigo de cómo su criatura incendiaba todo a su paso y, aun así, lo que realmente parecía perturbarlo era mi dragón.

—Creo que después de esto ya sé qué nombre le voy a poner —dijo colocando los brazos en jarra mientras observaba a la mantícora dormir plácidamente—. Barak, así es como la llamaré, Barak.

—Bonito nombre. Ahora ve a por Barak; tenemos que volar.

Mientras Alexander se dirigía hacia la mantícora, yo guardé mi libreta y me preparé para montar a Long. Subir a su lomo siempre me otorgaba una perspectiva diferente del mundo, haciendo que todo pareciera más pequeño, más manejable.

Algunos podían pensar que mi verdadero trono se encontraba en el palacio, rodeado de lujos y cortesanos, pero estaban equivocados. Mi auténtico trono, el lugar donde realmente me sentía poderoso y en control, era sobre él, sobre mi dragón.

Un cosquilleo familiar se extendió por las palmas de mis manos indicándome que el poder acumulado dentro de mí clamaba por ser liberado.

Con un simple pensamiento, dejé que las llamas negras emergieran de mi espalda, iluminando el entorno con su intensidad. Había retrasado demasiado su liberación, y ahora observaba cómo se disipaban lentamente en el aire.

Sujeta con firmeza en mi espalda descansaba mi espada, una pieza de obsidiana forjada hacía más de un milenio. No era solo un arma, sino un símbolo de la herencia imperial, un legado de

incalculable valor que se había transmitido de generación en generación en mi familia a lo largo de nuestra historia.

«Quédate quieto, Barak».

«Por favor, no intentes achicharrarme con vómitos eléctricos».

«Creo que ya lo tengo».

«Vale, no lo tengo».

«Creo que puedo sostenerme».

«Si empieza a hacer piruetas, adiós a Alexander Kaiden».

«Ah, no, soy inmortal».

Mientras Alexander se acomodaba en el lomo de Barak, pude sentir sus pensamientos en mi cabeza, pero había logrado montar y, esa vez, la criatura parecía mucho más calmada que antes.

Ya habíamos volado juntos; Barak, al principio, apenas conseguía elevarse, luchando contra la inexperiencia y la gravedad. Pero con el tiempo sus alas se habían fortalecido y se desplegaban con más confianza, permitiéndole alcanzar velocidades y alturas impresionantes.

Alexander, por su parte, había recorrido un largo camino desde su llegada al palacio. Al principio era simplemente un joven, sin una clara comprensión de lo que el futuro le depararía. Y ahora se encontraba en el camino de convertirse en el primer jinete de mantícora.

Tal vez, al igual que yo, terminara siendo el último en su tipo, una figura más en la saga de jinetes.

Las robustas patas de Barak se despegaron del suelo elevándose. Sus enormes alas comenzaron a batir con fuerza contra el aire propulsándose hacia arriba, mientras Alexander se aferraba a su pelaje.

Acto seguido, le indiqué a Long, con un gesto sutil de mi mano derecha, que era hora de despegar. Mi dragón obedeció de inmediato y se levantó del suelo con apenas un par de aleteos potentes. En cuestión de segundos, nos encontramos volando al lado de Barak mientras ganábamos altura y velocidad con cada batida de alas.

Volar se sentía como trascender las limitaciones terrenales, una experiencia de libertad absoluta. Arriba, entre las nubes, las preocupaciones y las reglas del mundo parecían desvanecerse.

Con Long a mi lado y Barak a la par, avanzábamos a través del cielo como si fuéramos parte de él. Nuestras sombras danzaban sobre las copas de los árboles y las aguas de los lagos bajo nosotros. La brisa fresca rozaba mi rostro mientras la imponente cordillera de Novadia se desplegaba en nuestro horizonte, imponente y solitaria.

Era el momento.

Intenta que Barak cree una esfera eléctrica. Long se encargará de que la fogata no se extienda, le transmití.

Alexander asintió tras recibir mi mensaje, comprendiendo la estrategia al instante.

Se concentró en Barak y lo animó a generar una de sus esferas eléctricas. Mientras tanto, yo me aseguré de que Long estuviera listo para intervenir y evitar que el fuego se propagara más allá de lo controlable.

«Vamos, Barak, hazlo otra vez; electrocuta todo», pensó Kaiden, concentrándose en su vínculo con la criatura.

Su mente estaba enfocada, transmitiendo su deseo directamente a la consciencia de la mantícora, instándola a desplegar su

impresionante habilidad una vez más.

Barak entendió lo que se esperaba de él y comenzó a concentrarse, sus alas se tensaron y su postura se volvió más firme.

Poco a poco, una luz blanquecina empezó a formarse frente a su boca, creciendo en intensidad hasta convertirse en una esfera eléctrica vibrante. Con un movimiento de cabeza, la lanzó hacia unas de las montañas cubierta de nieve.

Long, por su parte, se mantuvo atento, listo para actuar. En cuanto la esfera eléctrica impactó y las primeras llamas amenazaron con surgir, mi dragón exhaló un soplido controlado, no de fuego, sino un viento poderoso que sofocó cualquier inicio de incendio antes de que pudiera convertirse en una amenaza.

Otra vez.

Con cada prueba, nuestro lazo con aquellas criaturas mágicas se hacía más sólido, y Barak perfeccionaba su técnica a medida que soltaba bolas de energía. Long, a su lado, era un maestro dirigiendo y reorientando esas esferas para evitar desastres.

Juntos, en el aire, formábamos una danza de fuerza y destreza, un espectáculo que nos hinchaba el pecho de orgullo.

—¡Esto solo es el principio! —chilló Alexander mientras admiraba cómo Barak y Long se complementaban en vuelo.

Lo era.



15

Dalton Basilius

Cuatrocientos años atrás

Me dirigí de inmediato a la biblioteca después de llegar al palacio, tenía que documentar todo lo que había visto ese día.

Desde la llegada de Kaiden y la criatura, no había cesado en mi empeño por investigar todo lo relacionado con las tierras de Valdemar, así como el origen y nacimiento de la mantícora.

Resultaba evidente que a él no se le había presentado ninguna esfera de fuego conteniendo un huevo, lo cual planteaba la pregunta: ¿por qué no?

En el transcurso de los últimos cincuenta años, el mundo había sido testigo de la aparición de dos criaturas únicas, una fracción mínima de los miles que se decía que existieron antaño. Había ordenado a guardias patrullar Valdemar de extremo a extremo,

atentos a cualquier señal de nuevas criaturas emergiendo del bosque.

Sin embargo, en los últimos meses, todo había permanecido tranquilo, sin indicios de presencias extrañas o novedades.

Me acomodé en mi silla y elevé las piernas sobre la mesa, repleta de libros y bocetos. Me dediqué a transcribir las anotaciones de mi pequeña libreta a un voluminoso libro, donde registraba y dibujaba todo lo que sabía. Ese proceso me conectaba con las tradiciones de los jinetes de hacía mil años, emulando su manera de documentar y preservar el conocimiento para futuras generaciones.

Lo más asombroso de todos los libros que había devorado y de todos los seres feéricos que había investigado era que existía una criatura sobre la cual raramente se encontraba documentación alguna.

No parecía ser un olvido o un descuido en los registros; más bien, daba la impresión de que deliberadamente se evitaba mencionar cualquier detalle sobre ella, como si su existencia fuera un secreto o un tabú que nadie osaba discutir.

La escasez de información me estaba llevando al límite; cada documento ausente solo incrementaba mi ansiedad por saber más.

Revisé de forma exhaustiva cada libro de la biblioteca, sumergiéndome en su contenido con una concentración inquebrantable. Sin embargo, de entre los treinta mil volúmenes que llenaban los estantes, apenas siete contenían alguna referencia a esta criatura feérica, que se había convertido en el centro de todos mis pensamientos.

El ave fénix…

El ave fénix se destacaba en las páginas de antiguos textos, su figura ágil y majestuosa dibujada con exquisita atención al detalle.

Sus alas vastas y su plumaje, un espectro de azules vibrantes aplicados con trazos finos y precisos, resaltaban entre las demás ilustraciones monocromáticas. Ese dibujo, único por su color, iba invariablemente seguido de una frase críptica que acompañaba cada ilustración: «Resiliencia; destrucción, vida y muerte».

A diferencia de otras criaturas cuyas historias y vinculaciones se detallan con claridad en los textos antiguos, nunca se había registrado o mencionado si esta en particular, el ave envuelta en llamas, tendría algún jinete.

La información era escasa, limitándose a ilustraciones que la rodeaban con enormes y majestuosas llamas de fuego, pero sin ofrecer detalles sobre posibles vínculos con seres humanos. Era como si su existencia fuera un misterio guardado con cuidado.

Solo yo custodiaba aquellos volúmenes y era el único con acceso a su contenido. Sin embargo, en los últimos tiempos, Alexander también había comenzado a frecuentar la biblioteca. Claramente, él era el único, además de mi persona, que podía comprender lo que estaba escrito, pues hacía años que nadie más había mostrado interés en ello.

Aquellos libros habían sido relegados a los rincones más olvidados de la biblioteca por los emperadores que me sucedieron, monarcas cuyas existencias terminaron con sus mandatos, al no correr la inmortalidad por sus venas como lo hacía por las mías.

Éramos solo Kaiden y yo, los únicos inmortales en este mundo. ¿Por qué nosotros? ¿Por qué Long se cruzó en mi camino,

llamándome con sus llamas negras cuando no era más que un huevo a punto de eclosionar, sin consciencia alguna de su elección?

¿Y si en realidad no eran las criaturas las que nos elegían, sino que había algo, o alguien más, detrás de esa selección?

Si aquello era cierto, ningún libro lo revelaba de manera explícita. Sin embargo, gracias a esos textos, podía profundizar en el conocimiento, no solo sobre el mundo que me rodeaba, sino también sobre mí mismo.

El sonido de un libro al caer al suelo rompió la calma que imperaba en la habitación.

Estaba sentado en el enorme escritorio situado en el corazón de la biblioteca, un espacio circular sin ventanas, rodeado por varios sofás confortables.

El resplandor de la chimenea iluminaba el lugar, realzado por la ausencia de luz natural. El diseño único de la biblioteca, con su forma redondeada y carente de aperturas al exterior, evitaba que alguien pudiera entrar por las ventanas.

Desvié la mirada hacia la derecha, en dirección a los pasillos al fondo, origen del ruido. Las llamas en mi espalda se avivaron, mientras me levantaba y me encaminaba hacia la fuente del ruido. Era probable que Long ya estuviera alerta.

A medida que me acercaba, otro libro cayó, esa vez en el cuarto pasillo.

Un nerviosismo me invadía, si tenía que usar el fuego contra alguien dentro de la biblioteca, corría el riesgo de dañar alguno de los libros, lo que sin duda me cabrearía. Y mucho.

Al alcanzar el tercer pasillo, me detuve un momento, tensando los músculos de mis manos hasta formar puños firmes y di un paso.

Entre los dos libros arrojados al suelo, se encontraba una criatura jodidamente extraña, distinta a cualquier ser que hubiera visto antes. No se trataba de una araña, tampoco de un gato, ni mucho menos de un perro.

Era una maldita seta. Una seta con manos y pies.

Me detuve y observé cómo la criatura también se paraba para mirarme. Medía unos veinte centímetros de altura, quizá menos, y estaba adornada con una cabeza de colores vivos, como si un arcoíris se hubiera estampado en su superficie. De su cuerpo, que parecía notablemente abultado, sobresalían dos pequeños brazos. Sus pies, diminutos, de menos de cinco centímetros, apenas se asomaban por debajo, y lo que más atónito me dejaba eran sus dos enormes ojos situados en la barriga.

Me quedé inmóvil, incapaz de decidir cómo actuar.

Era evidente que no estaba frente a un simple muñeco; sus párpados se movían con claridad. Me encontraba en la encrucijada entre creer que mi imaginación me jugaba una mala pasada o reconocer que estaba ante un descubrimiento extraordinario.

—Pero ¿qué demonios…?

La criatura se giró rápidamente y echó a correr por el suelo de madera, pero con sus pequeñas patas no tenía oportunidad de escapar de mí. Con un simple movimiento de mi dedo, creé un círculo de llamas alrededor de ella, lo bastante lejos de su cuerpo para asegurarme de que no se quemara, pero tan cerca como para impedirle cualquier ruta de escape.

Ahora estaba atrapada dentro de mi círculo de fuego, mirándome con sus ojos grandes y expresivos.

De repente, de entre los libros y las estanterías, emergieron más setas, pero estas estaban armadas con lanzas y flechas diminutas que parecían cerillas. Me apuntaron y dispararon sus proyectiles hacia mi uniforme.

—¿Así que esta es vuestra forma de atacar? —dije observando cómo las diminutas lanzas resbalaban inofensivamente por mi uniforme de cuero y caían al suelo. Dentro del círculo de fuego, la primera seta que había capturado ahora estaba sentada sollozando. Las lágrimas caían de sus ojos y formaban pequeños charcos a su alrededor.

Me pellizqué el tabique de la nariz con la mano y respiré hondo.

Apagué las llamas negras que la rodeaban, me agaché y, con delicadeza, recogí la pequeña seta.

Esta por fin dejó de llorar, menos mal.

Con cautela, la sostuve entre mis dedos y comencé a caminar de regreso al escritorio central, esperando que el resto de las setas, motivadas por la captura de su compañera, decidieran seguirme.

Y así fue; podía oír el suave sonido de sus diminutos pies y el leve zumbido de sus saltos mientras se desplazaban detrás de mí por el espacio de la biblioteca.

La seta que llevaba en la mano me observaba con atención, sus grandes ojos ya no derramaban lágrimas, sino que parecían llenos de curiosidad.

Tenía que dibujarla antes de dejarla libre.

Al llegar al escritorio, deposité a la seta sobre la madera pulida, aguardando a que, por instinto, intentara escapar. Para mi sorpresa, se quedó completamente inmóvil, lo que me dio la oportunidad de estudiarla con detenimiento.

Con un lápiz bien afilado en la mano, comencé a trazar sus contornos en mi libreta, capturando cada detalle: el vibrante arcoíris que coloreaba su cabeza, la forma peculiar de su cuerpo y los diminutos brazos y pies que se extendían desde su figura.

Mientras dibujaba, las otras setas se reunieron alrededor, observando con curiosidad el proceso, sus pequeños cuerpos creando una audiencia inesperada.

—Está bien, agrupaos todas que os voy a dibujar —les dije a las que estaban sobre el escritorio.

No sé qué cojones hacía hablando con unas setas.

Había encontrado menciones a aquel tipo de especie en textos antiguos, seres que no formaban vínculos ni crecían con el tiempo, sino que habitaban en los bosques o en lugares donde la magia era tan palpable como el aire que respiramos. Magia similar a la que corría por mis venas, aquel parecía ser el nexo entre nosotros.

No estaba seguro de cómo habían llegado hasta allí, ni cuándo habían sido creadas aquellas criaturas. Sin embargo, su presencia era un claro indicativo de que la magia, lejos de extinguirse, renacía en el mundo, manifestándose de formas tan peculiares como esas pequeñas setas.

Mientras continuaba dibujándolas, las setas se aventuraban más cerca, subiéndose a la mesa con cautela. Una tras otra, tomaban su lugar en el papel, permitiéndome capturar su esencia con cada trazo del lápiz.

Eran siete en total, cada una con sus ojos desmesuradamente abiertos que me estudiaban con atención, como si intentaran comprender qué era lo que hacía.

La sala se llenó de un silencio solo interrumpido por el leve roce del lápiz sobre el papel.

—Emperador. —Al escuchar mi nombre, levanté la mirada de los dibujos, y las setas giraron sus cabezas hacia la puerta. Kaiden estaba allí y, al abrir la puerta, se fijó en la mesa, repleta de setas con ojos—. Vale, esto es perturbador. Muy perturbador.

—Es una larga historia —respondí, aunque en realidad no lo era tanto. Al menos que él las viera parecía una buena señal. No eran fruto de mi imaginación.

—Han encontrado un hipogrifo en el bosque Lavender en Valdemar —anunció mientras entraba en la biblioteca y cerraba la puerta tras de sí—. Pero esta vez la vinculación ha sido con una mujer, una niña para ser exactos.



16

Eda

—Valle Espejo, cinco kilómetros de hierba, sin un solo árbol, sin ninguna imperfección en él, ni un arbusto, ni una mala hierba. Solo aquellos que desconocen la verdadera naturaleza de la magia pensarían que es un valle común, pero este solo refleja lo que él quiere que veáis. Como toda la magia aquí.

Aquella mañana, la capitana Misso nos llevó hasta la gran extensión de terreno que yacía detrás del palacio.

El valle se presentaba en esa ocasión sin la presencia del dragón y su jinete.

—Debería ser pena de muerte emborracharnos con vino y que, al día siguiente, a las ocho de la mañana, tengamos que hacer esto —me susurró Elandra frotándose las sienes por la resaca de la noche anterior.

No sabía cómo había acabado el resto, pero ninguno tenía buena cara.

Todos parecían estar igual que Elandra, probablemente se habían acostado hacía apenas unas horas. Para mi sorpresa, yo no sentía ningún dolor de cabeza y me encontraba en buen estado, lo cual era extraño, ya que incluso después de solo una copa de vino, solía sufrir al día siguiente un dolor de cabeza insoportable que me quitaba las ganas de hacer cualquier cosa.

—Ese vino no está hecho para mortales —nos chilló Misso como una verdadera capitana—. Poneos en fila, ya, separados por dos metros unos de otros —ordenó, y los seis nos alineamos con rapidez sobre la hierba verde del valle—. Y ahora, buen viaje, reclutas.

De repente, todo a mi alrededor cambió drásticamente.

Me vi rodeada por un inmenso bosque, cuyos árboles se elevaban hasta el cielo formando un dosel tan denso que apenas permitía el paso de los rayos del sol.

Miré a ambos lados, buscando desesperada a mis compañeros, pero habían desaparecido sin dejar rastro.

«Me encuentro completamente sola».

El silencio omnipresente solo se veía interrumpido por el susurro del viento que se deslizaba entre las hojas, creando una atmósfera casi etérea en torno a mí. Los árboles que me rodeaban no se parecían a ninguno de los que había visto en los bosques cercanos a mi hogar. Sus ramas, intrincadamente entrelazadas, formaban una red compleja que cubría el cielo sobre mi cabeza y tejía un techo natural que filtraba la luz del sol y creaba patrones de sombra y luz sobre el suelo del bosque.

Existía una sensación palpable de unión entre ellos, como si cada árbol estuviera conectado con el otro. Notaba una inquietud creciente y una aguda consciencia de mi vulnerabilidad.

La no disponibilidad de armas me hacía sentir aún más expuesta, a merced de cualquier peligro que pudiera acechar en la sombra de aquellos árboles antiguos. Pequeños ruidos, como el crujir de una rama bajo el peso de algo invisible o el roce suave de las hojas, me ponían en alerta máxima, haciendo que mi corazón latiera con fuerza hasta casi ahogar el sonido del viento que susurraba entre las copas.

De repente, un destello verde capturó mi atención. Emergió de la profundidad del bosque y se encaminó en mi dirección a una velocidad impresionante.

El brillo intensamente verde cortaba la penumbra del bosque como un rayo, dirigiéndose hacia donde me encontraba.

Por instinto di un salto ágil a un lado justo en el último momento para esquivar el proyectil que pasó rozando mi cuerpo. Con un sonido sordo, se estrelló contra el tronco de un árbol cercano.

Al girarme para hacer frente a la fuente de aquel ataque, mis ojos se toparon con un espectáculo inesperado: era fuego, pero no cualquiera.

Era una bola de fuego verde.

Sin tiempo para asimilar lo ocurrido, mi atención quedó capturada por más destellos verdes que se aproximaban a gran velocidad. Consciente de que la situación exigía una reacción inmediata, puse en marcha mis piernas y comencé a correr. Sin embargo, no elegí un camino recto; en lugar de eso, opté por una trayectoria errática, zigzagueando entre los árboles. Esta decisión estratégica reducía las posibilidades de que los proyectiles me alcanzaran. Saltaba sobre

raíces expuestas, esquivaba troncos y me deslizaba bajo ramas bajas, todo en un intento frenético por evitar ser el blanco de aquellos ataques abrasadores.

La adrenalina corría por mis venas, impulsando cada uno de mis movimientos mientras el bosque se convertía en un laberinto viviente de sombras y destellos de luz verde.

La intensidad del asedio aumentaba, con proyectiles que llegaban desde todas las direcciones y que impactaban contra los árboles prendiéndolos en llamas. Pero tan rápido como había comenzado, el ataque cesó.

Exhausta y confundida, frené en seco.

La abrupta pausa en la acción no presagiaba nada bueno. Con el corazón todavía latiendo acelerado en mi pecho, permanecí alerta, intentando descifrar el significado de ese súbito cambio.

—Eda. —El eco de un susurro me arrancó de mis cavilaciones.

Giré sobre mis talones escudriñando el bosque, pero no encontré a nadie. Mis manos se cerraron en puños tan firmes que mis uñas se hundieron en la carne, provocando pequeñas heridas que empezaron a sangrar.

—Eda, ¿dónde estás? —La voz, cada vez más próxima, envolvía el aire con una familiaridad inquietante.

—¿Eda? —Y entonces, justo detrás de mí, la escuché de nuevo, pero esa vez era indistinguible de la mía propia.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal ante la imposibilidad de lo que estaba ocurriendo; la voz que me llamaba, que invocaba mi nombre en el silencio del bosque, era la mía.

«Mi voz».

Me giré con lentitud, y ahí estaba.

Una réplica exacta de mí misma: mi cuerpo, mi ropa, mi cabello, mi rostro.

Era como si un espejo se hubiera materializado ante mí en el corazón del bosque, reflejando cada detalle con una precisión desconcertante.

«Soy yo».

Ella avanzó hacia mí con paso decidido y me ofreció una sonrisa que, lejos de transmitir calidez, irradiaba una malicia profunda y perturbadora.

Era la expresión más siniestra que jamás había visto en un rostro, en especial por ser un reflejo de mi propia sonrisa.

—Corre, corre, Eda, porque voy a quemarte hasta que no quede ni rastro de tu frágil cuerpo.

Y así lo hice; me moví impulsada por un instinto primitivo de supervivencia. Corrí con tanta desesperación que el bosque se convertía en una mancha borrosa a mi alrededor.

Mis piernas alcanzaron una rapidez que no sabía que poseía, impulsándome adelante mientras esquivaba árboles y sorteaba obstáculos naturales.

Agradecí llevar el uniforme elástico que se ceñía a mi cuerpo. Pero la adrenalina y el miedo no me hicieron infalible; mi pie encontró una rama traicionera y caí al suelo con un golpe sordo.

Mis párpados se cerraron mientras mi mente buscaba la imagen de la bola azul, aquel misterioso fuego fatuo que me había acosado sin descanso.

Cuando finalmente reabrí los ojos, un torrente de llamas azules emergió de mi interior y se desbordó sobre el sustrato del bosque con una intensidad y rapidez sobrenaturales.

Las llamas, lejos de ser destructivas, danzaban a través del bosque como un río de luz y energía. Para mi sorpresa, no me envolvían ni me consumían; no sentía el menor atisbo de calor en mi piel. En cambio, experimentaba una sensación de fuerza y libertad desbordante, como si estuviera desatando un profundo poder que yacía dormido en mi ser.

El fuego se extendía con una intensidad implacable y convertía el bosque en un dominio de llamas desatadas.

La figura que se asemejaba a mí, esa presencia amenazante y siniestra, se había volatilizado, como si nunca hubiera sido más que un espejismo entre el fuego que lo consumía todo a su paso.

«Necesito frío».

No había rastro de ella entre las llamas azules que arrasaban el entorno y que parecían haber borrado su existencia como si se hubiera disuelto en el aire.

Y entonces, de nuevo, todo a mi alrededor se transformó.

Me encontraba en un desierto de nieve, donde los árboles habían desaparecido por completo. Las llamas azules que antes brotaban de mi cuerpo se habían extinguido, dejando lugar solo a un paisaje helado.

El gélido manto de la nieve empezaba a filtrarse a través de mi uniforme con un frío que, aunque penetrante, no llegaba a congelarme por completo gracias a su protección.

Me encontraba postrada en el suelo, paralizada por el terror, pero una voz interna insistía en recordarme que nada de aquello era real, que simplemente era una artimaña del valle Espejo.

Con cada aliento, me esforzaba por convencerme de la irrealidad de mi situación, luchando por recobrar la fortaleza necesaria para

erguirme en medio de esa extensión de blancura, desafiando el engaño y el miedo.

—¡Nolan! —Ante mí, mi doble apareció sollozando en la nieve, en una pose idéntica a la mía—. Nolan, me ha herido…, estoy herida —decía mientras se llevaba la mano al corazón—. Voy a morir, Nolan, ¡no quiero morir! —Sus gritos eran desgarradores, resultaba un espectáculo aterrador verme a mí misma en agonía.

Sin embargo, cuando ella giró su rostro hacia mí, en sus pupilas ardía un fuego verde.

—¡Eda! —Nolan irrumpió en la escena y corrió hacia la figura impostora que yacía en la nieve.

Se inclinó sobre ella, llorando desconsolado.

—¡Nolan, no! ¡Yo soy Eda, no le hagas caso! —grité, intentando levantarme y acercarme a ellos, pero mi hermano parecía no oírme, absorbido por el dolor de la figura en la nieve.

—¿Quién ha sido, Eda? Tranquila, todo estará bien. Te lo prometo —decía intentando detener el sangrado. La nieve alrededor de mi doble se tiñó de rojo con la sangre que fluía.

Mi sangre… Mi hermano me estaba viendo morir.

—Mátala, Nolan, ella es la causante. —Mi otro yo extendió el brazo, alzándolo desde el manto de nieve teñida de sangre, y con el dedo me señaló a mí.

Mi hermano me miró entonces, sus ojos cargados de una oscuridad insondable. Paralizada, no podía creer que me estuviera viendo morir, sabiendo que esa no era yo.

Nolan se puso en pie con la figura manchada de sangre y extrajo un puñal de su cinturón mientras avanzaba hacia mí con paso decidido.

—Nolan…, yo soy Eda…, la verdadera Eda —le imploré entre lágrimas.

Continuó acercándose con pasos firmes y decididos, la furia ardía en sus ojos.

Se plantó frente a mí y, con un empujón en el hombro, me forzó a arrodillarme en la nieve.

Nuestras miradas se entrelazaron en un silencioso enfrentamiento, cargado de emociones contradictorias. Las lágrimas brotaron de mis ojos trazando surcos en mis mejillas, mientras observaba a Nolan, puñal en mano, prepararse para el golpe final.

«Me ha atravesado el corazón».

Desperté con un alarido, tendida en la hierba, mientras seis rostros se asomaban sobre mí: la capitana, Liral, Adriel, Elandra, Calen y… Nolan…

Me levanté del suelo vacilante, sintiendo cómo mi cuerpo temblaba sin control, todavía incapaz de asimilar la experiencia por la que acababa de pasar.

Calen y Adriel se acercaron rápidos para sostenerme, impidiendo que mis piernas, aún débiles, me traicionaran y me hicieran caer de nuevo. Mientras trataba de estabilizar mi respiración, miré a mi alrededor, sorprendida al darme cuenta de que estaba muy lejos del palacio. Las miradas de todos, cargadas de preocupación y desconcierto, estaban fijas en mí.

¿Acaso ellos no se habían enfrentado a sus peores pesadillas como yo?

—Eda, ¿estás bien? —preguntó mi hermano extendiendo su mano hacia mí. Instintivamente, la rechacé con un movimiento brusco.

Aunque era consciente de que lo vivido no había sido real, aún podía ver en sus ojos —ahora llenos de preocupación— el reflejo de la furia con la que me había atacado en mi ilusión.

Sin ser consciente me llevé mi mano al corazón.

—¿Qué has visto, señorita Eda? —inquirió la capitana, cuya expresión reflejaba una genuina preocupación.

Tragué saliva y me enfrenté de nuevo a la mirada de Nolan. A pesar de saber que él jamás me haría daño, la imagen de su ira seguía persiguiéndome en mi mente.

—Yo…

Las palabras se atascaban en mi garganta, y una sombra gigantesca pasó por encima de nuestras cabezas, tapando las nubes negras que se dibujaban en el cielo matinal.

Por un instante, el terror de la pesadilla se apoderó de mí y temí no haber despertado de ella.

Pero entonces, la visión se aclaró: era un dragón, era Dalton.

La tierra tembló bajo nuestros pies cuando la criatura tocó el suelo, un estruendo que captó de inmediato la atención de todos. Miradas llenas de asombro y una sombra de miedo se posaron sobre la figura imponente del emperador, mientras él desmontaba y avanzaba hacia nosotros.

La presencia de Dalton imponía un aura de autoridad indiscutible, dejando claro que él era el soberano de este imperio, capaz de domar a la criatura más temible que había pisado esa tierra.

—¿Qué ha ocurrido, capitana Misso? —preguntó con la mandíbula tensa dirigiendo su mirada hacia mí.

—Realicé la prueba del espejo, Alteza Imperial —respondió la capitana, inclinando la cabeza en una reverencia—. Todos los

reclutas superaron la prueba, como siempre. Pero a Eda…, la hemos encontrado a trescientos metros de palacio.

—Eh… —Nolan se acercó y posó su mano sobre mi mejilla, pero su gesto, lejos de reconfortarme, hizo que mi cuerpo se tensara de forma automática.

Cada fibra de mi ser se puso alerta.

Me había apuñalado el corazón… Mi corazón…

«Deseo fervientemente desaparecer, que todos desaparezcan».

—Todos al palacio —ordenó el emperador con una voz cortante—. ¡Ya!

Elandra, sobresaltada por la repentina orden, dio un paso atrás y chocó contra Liral, que mantenía la expresión seria que la caracterizada.

—Vete, Nolan, por favor —le supliqué, aún sin entender cómo seguía sosteniéndome.

Él asintió y me soltó con suavidad y, junto con los demás, siguió a la capitana Misso en dirección al palacio. Cada uno de ellos, sobre todo Nolan, me lanzaba miradas preocupadas mientras se alejaban, marcando con sus pasos la distancia que ahora nos separaba.

Me quedé observándolos alejarse, insegura de si lo que estaba viviendo seguía siendo parte de un sueño.

La sensación de irrealidad aún me envolvía, como una niebla que no terminaba de disiparse y que me dejaba flotando en un limbo entre la pesadilla y la realidad.

—No sabía qué te estaba pasando —dijo al tiempo que sus ojos buscaron los míos y su pecho subía y bajaba de manera irregular. Su respiración era tan agitada que casi podía sentirla en mi propia piel

—. Te escuché gritar en mi cabeza, Eda, desde las montañas de Novadia, tan claro como si estuvieras a mi lado.

—Estoy bien —intenté decir, pero mis palabras sonaron vacías.

—No, no lo estás. Escuché cada pensamiento, cada miedo. A cuatrocientos kilómetros de distancia, tus gritos atravesaron mi mente como cuchillos. No me digas que estás bien.

Me detuve confundida.

«¿Cuánto tiempo había pasado desde que comenzó la visión?».

—Veinte minutos. Veinte minutos volando a máxima velocidad —respondió tras haberme leído los pensamientos—. No sabía qué estaba ocurriendo hasta que durante la… prueba, creíste que lo que veías era obra del valle Espejo. Pero ya estaba en camino cuando lo supe.

—Dalton… —Mi voz era apenas un susurro quebrado, incapaz de mantener la firmeza que necesitaba—. ¿Qué fue lo que vi? ¿Qué clase de prueba fue esa?

Su mirada se oscureció, como si una sombra se posara sobre él, sus ojos llenos de tormento.

Mis manos continuaban temblando.

«Me atravesó el corazón…».

El cielo se cubrió de nubes negras y comenzó a llover. Las gotas caían empapándonos a ambos.

—Lo que has experimentado no fue una prueba convencional. El valle Espejo está diseñado para revelar al jinete la criatura con la que tiene el vínculo más fuerte, para guiarlo en la formación de ese lazo. No es solo una pesadilla —explicó, su mirada fija en mis manos, que aún temblaban—. Pero lo que tú viste no fue eso. El

valle te sometió a una prueba distinta, tenía sus propios planes para ti.



17

Eda

Después de aquel día, Dalton se convirtió en una figura evasiva; su presencia en palacio se desvaneció como si se hubiera fundido con las sombras que a veces jugaban entre sus muros.

Mientras tanto, la capitana Misso no disminuyó el ritmo, sino que profundizó en nuestras lecciones con una serie de clases de historia.

—Existen tres territorios en el mundo —nos explicó al tiempo que trazaba sus contornos en la pizarra situada frente a la mesa.

—¿Tres territorios? —preguntó Nolan, tan desconcertado como el resto—. Eso no puede ser verdad, solo existen dos. Valdemar y Pramvera.

—Existen tres territorios: el imperio de Pramvera, que se extiende por el norte y el este —explicó esbozando el área en la pizarra—; Valdemar, ubicado al sur —añadió, marcando nuestra región de

origen—, y finalmente, al oeste, cercano a Valdemar —continuó, delineando un vasto territorio—, se encuentran las tierras de Bankai.

—Eso es imposible —susurró Elandra.

Me quedé sin palabras, sin saber cómo reaccionar.

La idea de un territorio más allá de Pramvera nunca se había cruzado por mi mente. Tenía entendido que Valdemar era una región limitada, rodeada por mar y bosques.

La niebla que ocultaba lo que yacía más allá de nuestras fronteras siempre había sido un misterio para nosotros, una barrera que escondía las llamadas tierras malditas de Pramvera. Sabíamos que algo había tras esa cortina de bruma, pero nunca imaginé que existiría otro lugar, otro… territorio…

—Los mortales siempre os equivocáis de enemigo. Llamáis «tierras malditas» al lugar equivocado. La niebla no está ahí para protegeros de nosotros…, sino para protegeros de algo mucho peor. —La capitana se giró hacia los seis, sus palabras pesadas como el plomo, mientras todos permanecíamos petrificados en las sillas y el miedo se palpaba en el aire.

Al oírlo, un escalofrío me recorrió la espina dorsal, supe que sus palabras eran ciertas. Siempre había concebido Pramvera como un reino maldito, un lugar sombrío habitado por la muerte y guerreros desalmados.

Sin embargo, al pisar estas tierras, mi percepción cambió radicalmente. A pesar de las leyendas que los pintaban como demonios inmortales, descubrí que la muerte no imperaba aquí como se contaba en las historias.

—¿Por qué nunca nos dijeron la verdad? ¿Cómo es posible que hayamos ignorado la existencia de las tierras de Bankai? —pregunté

con la voz cargada de frustración.

—¿Nos habríais creído si lo hubiéramos hecho? —respondió ella, su tono frío y medido.

—Tal vez no… Pero al menos en el corazón de cada recluta habría nacido la esperanza de que vuestras palabras fueran ciertas. Que, al final, no fuéramos los verdaderos enemigos —repliqué.

—¿Qué hay realmente en Bankai, capitana Misso? —intervino Nolan—. ¿Por qué esa niebla nunca se disipa?

—Lo que existe allí no pertenece ni al mundo de los mortales ni al de los inmortales. Son entidades de otro plano, forjadas por una oscuridad que supera cualquier magia conocida —explicó Misso, acercándose a la mesa con pasos lentos y calculados—. En Bankai se alza un ejército, pero no es uno común. Es un ejército de muertos… de muertos vivientes.

Mientras aquellas verdades salían a la luz, mis compañeros y yo nos dimos cuenta de que teníamos que replantearnos todo lo que creíamos sobre quién era el verdadero enemigo. Resultaba que Pramvera no era nuestra mayor amenaza; había algo mucho más oscuro y peligroso acechando ahí fuera. La idea de que existían fuerzas aún más siniestras en juego nos dejó a todos en shock, intentando asimilar esta nueva pieza en el ya complicado rompecabezas de nuestro mundo.

—¿Qué? ¿Un ejército de muertos? —Calen empezó a abanicarse con las manos, su rostro palideciendo como si estuviera a punto de desmayarse.

—Los wendigos son engendros de la muerte, criaturas que habitan en territorios tan oscuros como sus nombres. Estos seres no solo matan; cazan con una precisión letal.

Cada palabra que pronunciaba parecía arrastrar la temperatura de la sala un grado más hacia el frío, un recordatorio de la amenaza a la que nos enfrentábamos.

—Poneos de pie —ordenó la capitana con suavidad, y todos obedecimos al instante.

Sabíamos que iba a pasar.

En ese momento, la sala experimentó otra transformación.

La capitana Misso apoyó su mano sobre la amplia mesa de madera y de súbito nos vimos transportados a un entorno sombrío. La nieve caía delicada, pero la fría sensación era ausente; claramente, nos encontrábamos sumergidos en una visión creada por la capitana.

Nos hallábamos en un valle invernal, rodeados por altas montañas que se perdían en el cielo nublado. La nieve, constante y silenciosa, cubría el suelo y se acumulaba en montones suaves alrededor de nuestros pies, creando un manto blanco.

Delante de nosotros, se extendían filas y filas de soldados, inmóviles como estatuas, sus figuras apenas visibles a través de la espesa niebla que envolvía el valle.

A pesar de la atmósfera sobrenatural, permanecían firmes, sus armas en alto, preparados.

La quietud reinaba entre ellos, guerreros aguardando la señal para entrar en combate.

Frente a nosotros se extendía un ejército de miles, un mar de guerreros donde ni el más leve susurro se atrevía a romper el silencio.

—La guerra de las Sombras Eternas, ocurrida hace doscientos años en Novadia —comentó la capitana, que se situó al frente—.

Detrás de vosotros, se despliega un ejército de más de cuarenta mil hombres: nuestros guerreros.

Desde el espeso velo de la niebla emergieron figuras deformadas, cuya esencia humana se había perdido en la corrupción. Avanzaban con una lentitud agónica, aislados entre sí, como sombras de lo que una vez fueron.

La piel de estos seres, de un tono grisáceo y ceniciento, se ceñía a sus esqueletos con una precisión perturbadora, marcando tanto cada hueso que helaba la sangre. Vestían ropajes rotos y pálidos, restos descoloridos que apenas lograban cubrir sus figuras distorsionadas.

Resultaba inimaginable pensar que aquellos seres fueron alguna vez humanos. Sus extremidades se habían alongado de forma grotesca, estiradas hasta límites inverosímiles, lo que otorgaba a sus siluetas un aspecto aún más aterrador. Sus cráneos estaban completamente desprovistos de pelo.

Deshumanizados.

—Recordad que nada de lo que veis es real y no os puede hacer daño, solo es una visión.

Nolan me cogió de la mano.

Aunque éramos conscientes de que nada de lo que veíamos pertenecía a la realidad, resultaba inevitable no retorcerse al pensar que, probablemente, miles de soldados morirían en esa guerra, y que innumerables mortales serían transformados en muertos vivientes.

Los wendigos avanzaban lentos, pero nuestros soldados permanecían impasibles en un frente unido de resistencia. Una espera silenciosa antes de la tormenta.

De repente, el sonido del batir de unas alas rompió el silencio, atrayendo nuestras miradas hacia el cielo. Las nubes se dispersaron ante la magnífica presencia de un enorme dragón que descendía cortando la bruma con su enorme cuerpo.

Sobre él, el emperador Dalton Basilius se erigía como un jinete de dragón, su silueta imponente contra el cielo oscurecido.

En un instante, el dragón liberó un torrente de llamas negras desde sus fauces, un fuego tan intenso que parecía consumir el aire mismo.

Las llamas se extendieron con rapidez y envolvieron a los wendigos en un manto de destrucción.

La nieve se evaporaba al contacto, y el valle, antes cubierto de blanco, se transformó en un infierno de fuego y ceniza. La fuerza del dragón era inmensa, y bajo el comando de Dalton, su fuego no dejaba rastro de los wendigos, purificando el campo de batalla con su poder abrasador.

El dragón inició su descenso, sus alas apenas rozando la blanca capa de nieve, mientras el emperador, Dalton Basilius, realizaba un salto impresionante desde la altura para aterrizar sobre el manto helado.

Tras saltar, el dragón se elevó de nuevo hacia el cielo y transformó el campo de batalla en un manto de llamas negras que consumían todo a su paso.

Dalton Basilius, empuñando su única espada, se volvió hacia las filas de guerreros inmóviles que observaban la escena.

Con ella en alto y el fuego consumidor como telón de fondo, su mirada penetrante barría el campo de batalla y se detenía en nosotros.

Esa mirada, cargada de una oscuridad profunda, se grabaría en mi memoria como el símbolo de un poder inmenso y una voluntad férrea frente a la adversidad.

Era la imagen de un líder que, incluso rodeado de la muerte y la destrucción que sus propias manos habían creado, se mantenía imperturbable, un faro de fuerza para sus guerreros.

—¡Si caemos hoy, que sea bajo el resplandor de nuestro propio fuego, y no en la sombra de la oscuridad! —rugió el emperador alzando su espada hacia el cielo.

Sus palabras resonaron en el aire como un trueno y encendieron la furia en los corazones de los guerreros. En un estallido de poder, los soldados avanzaron hacia el campo de batalla, cruzando a nuestro lado como una estampida imparable.

El cielo se llenó de jinetes, mantícoras e hipogrifos surcando el aire con majestuosidad. A nuestro alrededor, sobre la nieve, los nightmares eran caballos envueltos en llamas que galopaban con una fuerza sobrenatural, impulsados por la voluntad de sus jinetes. A su lado, las bestias desplazadoras se movían con una agilidad fantasmal, sus cuerpos borrosos desvaneciéndose y reapareciendo en un parpadeo, mientras que los zengs, con sus formas imponentes, se unían al avance, sus rugidos primigenios reverberando a través del campo y llenando el aire de una energía indomable.

Mi corazón sangró.

El emperador se movía entre los wendigos con una precisión letal, su espada atravesaba a cada uno de ellos sin necesidad de recurrir a la magia. Su figura se embadurnaba de la sangre de sus enemigos,

cada movimiento suyo un baile mortal que dejaba tras de sí un rastro de destrucción.

Lo que se desplegaba ante nosotros era una escena brutal, una batalla feroz donde los wendigos, con sus fauces abiertas y ojos vacíos, destrozaban a los soldados como si fueran simples juguetes. Cada enfrentamiento era una lucha desesperada, con los guerreros alzando sus armas, cortando y clavando espadas contra esas aberraciones hambrientas. Pero los wendigos no eran el verdadero enemigo esa noche.

No, el verdadero terror era algo más oscuro.

Una sombra, negra como la misma noche, comenzó a extenderse entre los combatientes. No era un ejército, no era un hombre. Era un remolino de humo y oscuridad que se movía rápido, demasiado rápido. Y por donde pasaba, los soldados caían. No por las fauces de los wendigos, ni por las armas de sus enemigos, sino por esa sombra. Los desgarraba, los envolvía, los destruía sin piedad ni resistencia.

—¿Qué es esa sombra, capitana Misso? —pregunté con la voz quebrada mientras observaba el horror ante mis ojos.

La capitana apenas se giró hacia mí, pero pude intuir su rostro pálido y su mandíbula apretada. Se notaba que sabía exactamente lo que era.

—Esa sombra, señorita Eda…, es la muerte.



18

Eda

Doscientos años habían pasado desde la guerra de las Sombras Eternas, y el emperador ahora comandaba un ejército de más de cien mil soldados, liderando un vasto imperio.

La visión que nos mostró la capitana Misso transformó nuestra perspectiva y volcó nuestra atención en el entrenamiento y el aprendizaje sobre los wendigos.

Las jornadas estaban meticulosamente estructuradas, divididas entre formaciones intensivas por la mañana y por la tarde.

Con el comandante Kaiden, nos sumergíamos en técnicas de combate sin armas y en el arte del manejo de la espada. Cada movimiento era estudiado, cada postura corregida con una precisión que dejaba claro que cualquier error podía ser fatal en el campo de batalla.

Gracias a los años de entrenamiento con Nolan desde nuestra infancia, la espada no me resultaba un arma extraña.

—Eda, ¿dónde has aprendido eso? —preguntó Elandra asombrada, mientras su espada caía al suelo tras mi hábil maniobra.

Nos encontrábamos practicando en el valle Espejo, bajo el sol que se alzaba imponente en el cielo para aprovechar nuestra hora libre. Aunque podríamos haber descansado, decidimos entrenar con las espadas, mientras Calen, Nolan y Adriel se dedicaban al combate cuerpo a cuerpo un poco más allá.

Al principio, teníamos miedo de volver a pisar el valle. Yo, en particular, estaba recelosa. Sin embargo, llevábamos días entrenando en él y nada en el paisaje había cambiado, lo que había disipado poco a poco nuestros temores.

—En mi hogar, no distinguíamos entre hombres y mujeres; éramos simplemente personas aprendiendo a defendernos —respondí mientras la ayudaba a ponerse en pie de nuevo. Sonreí al recordar las intensas sesiones de entrenamiento con Nolan—. Mi hermano y yo solíamos practicar durante horas.

—¿Es necesario que entrenen sin camiseta? ¿Acaso se trata de algún tipo de ritual? —comentó Liral con una expresión de desagrado al observar a los chicos intercambiando golpes en la hierba.

Elandra y yo compartimos una mirada cómplice y soltamos una carcajada. Liral no solía hablar mucho, pero cuando lo hacía nunca era para dejar caer un comentario trivial.

—Definitivamente, el más guapo es tu hermano, pero ¿has visto al emperador? Ojalá ese hombre también se quitara la camiseta de vez

en cuando y entrenara con nosotros —suspiró Elandra, casi soñadora —. Te envidio, Eda.

—¿A qué te refieres? —Me sonrojé.

—Oh, vamos, te quedaste con el emperador a solas en el valle, y sé que lo has visto sin ropa ya. —Elandra recalcó la palabra «solas» con un tono insinuante.

—¿Cómo sabes que cuando os fuisteis lo primero que hicimos fue quitarnos la ropa? Era un secreto —dije siguiéndole el juego a Elandra.

—Oh, por todos los dioses, Eda. —Liral puso cara de asco—. Ese hombre tiene más de mil años. Es repugnante.

—¿Repugnante? Creo que no nos referimos a la misma persona —saltó Elandra soltando una carcajada.

«La verdad es que nunca lo he visto sin camiseta, pero ¿quién no querría? Aunque tampoco es que quiera… o tal vez sí. Tengo que dejar de pensar en esto».

—La edad no importa y, en el caso de ese hombre, sin duda no importa nada de nada. Ojalá se hubieran extinguido las camisetas. Es más, ojalá nunca se hubieran fabricado —continuó Elandra con un tono dramático mientras agitaba las manos en el aire.

Nos echamos a reír. Liral, sin embargo, mantenía su expresión de desagrado y puso los ojos en blanco.

—¿En serio? ¿Eso es lo que os preocupa? —dijo con sarcasmo.

—Anímate, mujer. ¿O es que no entiendes a qué se refiere Eda con eso de desnudarse? —Elandra le lanzó una mirada desafiante, claramente disfrutando del momento.

Liral se acercó a ella con un gesto agresivo, su rostro enrojeciendo de furia.

—No te soporto, pelirroja.

Elandra levantó las manos en un gesto de rendición fingida.

—Tranquila, heredera del infierno. Solo era una broma. No necesitas ponerte tan seria, no te queda bien.

—¿Una broma? —replicó Liral con veneno en la voz—. Siempre estás bromeando, Elandra. Pero no todos tenemos tiempo para tus tonterías.

—Vaya, parece que alguien se levantó con el pie izquierdo —dijo Elandra con una sonrisa irónica—. Tal vez deberías relajarte un poco. A lo mejor, probar a entrenar sin camiseta te quitaría ese mal humor.

Liral se acercó un paso más con la mirada desafiante.

—Y tal vez tú deberías aprender a cerrar la boca de vez en cuando, Elandra.

Sentí la tensión entre ellas y decidí intervenir antes de que la situación empeorara.

—Liral —la llamé captando su atención.

Con un movimiento ágil, lancé una espada hacia ella, que cogió en el aire con destreza.

—Descarga tu rabia conmigo —la reté, queriendo evitar que la conversación sobre el emperador se prolongara.

Prefería no hablar de él.

Nos situamos en la hierba, frente a frente, adoptando posiciones de combate. Con un grito de batalla no pronunciado, nuestras espadas se encontraron en un choque metálico.

Nos movíamos con agilidad sobre el terreno, cada una buscando la ventaja sobre la otra. Mis pies eran rápidos y bailaban alrededor de Liral para esquivar sus estocadas con movimientos calculados. Ella

replicaba con la misma destreza, sus contraataques eran rápidos y certeros, obligándome a defenderme con igual rapidez.

No sé en qué momento los chicos dejaron de entrenar y se acercaron a observarnos, pero mi concentración estaba puesta por completo en Liral.

En su espada.

Nunca antes me había enfrentado a alguien así; no sabía que era capaz de luchar de esa manera. Liral intentó un ataque rápido dirigido a mi costado, pero, anticipando su intención, me agaché con agilidad y dejé que el aire cortado por su espada pasara por encima de mí.

Finalmente, en un momento de claridad y precisión, logré desarmarla con un movimiento fluido. Con la espada de Liral desviada de su curso, me lancé hacia delante, cerrando la distancia entre nosotras en un instante. Mi espada, ahora sin oposición, se detuvo a un pelo de su cuello, la punta afilada apuntando a su garganta.

La bajé y le sonreí.

—Buen combate —dije respirando con dificultad.

Ella recogió su espada del suelo, en su rostro apareció una leve sonrisa por primera vez.

—Tú tampoco estás nada mal —respondió, su voz más suave que de costumbre.

—¿Qué viste en la prueba, Liral? —le pregunté curiosa.

Nadie había compartido lo que había visto durante la prueba, tal vez porque no comprendían su significado. Ignoraban la información que Dalton me había revelado. Ese tema no se había abordado en nuestras clases, y la capitana tampoco había preguntado al respecto.

—¿Y tú? —respondió y, en un destello de agilidad, me quitó la espada de las manos para en un instante dirigir la punta de su arma hacia mí—. La próxima vez no bajes la guardia.

Le sonreí.

Cuando Liral y yo pusimos nuestra atención en el entorno, nos dimos cuenta de que todos se habían acercado para observarnos. Entre ellos, destacaba una presencia: Dalton Basilius.

Hacía días que no lo veía, desde la prueba.

Estaba apoyado contra la imponente puerta trasera del palacio, con los brazos cruzados, sumido en la observación. En esa ocasión, no vestía con su habitual uniforme de guerra, en su lugar, llevaba un traje completamente negro, cuya chaqueta estaba adornada con botones dorados que destacaban su estatus.

Dalton parecía más serio de lo habitual, su mirada penetrante escudriñaba cada movimiento en el campo de entrenamiento.

Todos saludaron al emperador inclinando la cabeza en señal de respeto. Pero yo no lo hice; tan solo me quedé mirándolo fijamente.

Mis compañeros, conscientes de su presencia, parecían esforzarse más en sus movimientos, como si el emperador fuera un juez implacable evaluando cada detalle de nuestro desempeño.

Tu postura es horrible, ladró en mi cabeza.

Lo fulminé con la mirada.

Tú eres horrible.

«Lo he vuelto a hacer», pensé, aunque no sabía si había funcionado.

Lo sé, me contestó.

—¿Podéis hacerlo otra vez? —nos preguntó Adriel a Liral y a mí con un tono morboso.

Me volví hacia mis compañeros y me encontré con la sonrisa reconfortante de mi hermano.

La tensión entre ambos parecía por fin haberse disipado. Con el paso de los días, esa sensación de pánico que me embargaba cada vez que lo miraba se había desvanecido completamente.

—Si no cierras esa boca, la punta de mi espada apuntará a tu garganta —gruñó Liral.

—Eso me encantaría —dijo Adriel arrastrando sus palabras.

—Cerdo —escupió Elandra.

Mientras continuaba la discusión, me giré buscando a Dalton, pero ya no estaba.

—Realmente considero que debería aprender a hacerlo por mí misma, Camille. Cuando salga del palacio, ni siquiera sabré cómo peinarme sola —expresé con tono suave a mi doncella, quien peinaba con suma delicadeza mi cabello.

—¿Su madre también tenía el cabello blanco como el suyo, señorita Eda? —preguntó mientras sus dedos se deslizaban con suavidad a través de mis mechones.

Un nudo se formó en mi garganta al escuchar hablar de ella.

—Mi madre tenía el cabello rubio, igual que Nolan. Solía decirme que mis mechones eran como finos hilos de nieve.

—¿Tenía? Oh, lo lamento mucho, siento la pérdida de su madre. —Me apoyó una mano en el hombro para ofrecerme su comprensión —. Yo, con la edad que tengo, también he perdido a mucha gente, demasiada, de hecho.

—Gracias —le respondí con una débil sonrisa—. Fue hace muchos años, cuando era solo una niña.

—¿Puedo preguntarle cómo fue?

En ese instante, me quedé quieta, reviviendo en mi mente los recuerdos de mi madre. Recordé sus risas suaves, sus consejos cariñosos y la forma en que siempre me trenzaba el cabello antes de dormir.

—Mi madre sufrió de una enfermedad devastadora que afectó a sus pulmones. Al principio, parecía solo una tos persistente, pero, con el tiempo, se convirtió en algo mucho más grave. Fue un proceso largo y doloroso para todos nosotros.

Camille asintió con tristeza.

—Tuvimos la suerte de poder pagar a un buen médico que estuvo con ella todos los días. Fue una bendición contar con él —continué —. Lamento tus pérdidas también.

—No se acueste tarde, señorita Eda —me aconsejó Camille tras terminar mi trenza y guardar el peine en el cajón del tocador.

—Buenas noches, Camille —respondí viéndola asentir antes de retirarse y cerrar la puerta con delicadeza tras de sí.

En esos momentos de completa soledad, anhelaba profundamente la sensación de tener un libro entre mis dedos, el delicado acto de pasar cada página y el tenue sonido del papel al moverse. A menudo, Nolan y Elandra se quedaban conversando por las noches en mi habitación, o yo visitaba las suyas antes de dormir, pero aquella vez el agotamiento me dominaba, a pesar de que los entrenamientos aún no se habían intensificado.

En una de nuestras charlas nocturnas, Nolan me contó que durante la prueba había sido atraído por un pilar de donde

emanaban chispas y relámpagos. Al acercarse para tocarlo, el valle recuperó su color verde y los pilares desaparecieron.

Por otro lado, Elandra inicialmente se sintió atraída hacia un pilar sumido en sombras, pero algo cambió; su atención se desplazó hacia otro que irradiaba un intenso fuego naranja que parecía llamarla.

Los dos me interrogaron sobre lo sucedido aquel día en mi caso, pero solo les mencioné que me encontré rodeada de oscuridad y que no entendía cómo había terminado a trescientos metros del palacio.

No podía contarles lo que había visto.

Me alejé del tocador y me dirigí hacia el balcón, donde la vista de la ciudad transformaba los edificios y las calles en un mosaico de luces, semejante a un cielo estrellado en la tierra. La brisa nocturna me acariciaba suavemente.

«Me pregunto qué se sentirá al estar encima del dragón. ¿Qué siente Dalton al hacerlo?».

En ese momento, mientras los pensamientos volaban tan alto como el dragón, alguien tocó la puerta y me sacó de mis pensamientos.

Me acerqué rápidamente y la abrí. Me envolvieron el silencio y la soledad del pasillo, iluminado solo por la cálida luz de las velas dispuestas a lo largo de su extensión.

No había nadie allí, sin embargo, al bajar la vista, mis ojos se toparon con… un libro.



19

Dalton Basilius

Cuatrocientos años atrás

—Me… gus… ta… el *canpo*. —La niña arrastró las palabras de una de las frases que le había escrito en el papel.

—Campo, con eme —le corregí con suavidad—. Ahora, la siguiente frase.

Ella obedeció y la leyó en voz alta. Cada día mejoraba un poco más, avanzando con pasos firmes. Su escritura, que había comenzado torpe y errática, ahora tomaba forma, y el analfabetismo que una vez la había definido comenzaba a desvanecerse, transformándose en un nuevo camino.

—Dalton, ¿por qué siempre nos están mirando? —preguntó de repente mientras señalaba con el lápiz a las dos setas que reposaban sobre el escritorio sin dejar de observarla—. ¿Y por qué

siempre van armadas? ¿De verdad creen que pueden defenderse con eso?

La niña se inclinó hacia ellas, acercando su cara con curiosidad.

Las setas, visiblemente asustadas, corrieron hacia mí en busca de refugio.

—No puedes estar en la biblioteca sin que ellas te vigilen —le expliqué—. Deberían vivir en la naturaleza. Una vez las llevé a todas al bosque, pero en pocas horas encontraron el camino de vuelta y volvieron a invadir la biblioteca. Desde entonces, no he insistido más. Desde que aparecieron, no han vuelto a irse.

Ella frunció el ceño perpleja.

—Al menos son calladas y hacen compañía.

—No te equivoques —dije con una media sonrisa—, son como una plaga. Podrías tener diez de ellas mirándote mientras escribes o lees. Pero, bueno, ya me he acostumbrado. —Me encogí de hombros.

Sabía lo que estaba haciendo. Le señalé la hoja con el dedo para llamar su atención.

—Vuelve al trabajo, no te escaquees. Lee la siguiente frase y luego intenta escribirla —le dije, y ella me sacó la lengua.

La niña, que no tendría más de once años, había sido descubierta por mis guardias imperiales en las tierras del sur de Valdemar.

Sin perder tiempo, Kaiden y yo montamos nuestras criaturas y volamos hacia el lugar indicado. Al llegar, lo primero que vimos fue a la pequeña, dormida tranquilamente bajo un árbol, custodiada por una imponente criatura: un hipogrifo.

Este, con sus alas cubiertas de un plumaje resplandeciente, mantenía sus patas de caballo firmemente plantadas en el suelo, mientras sus enormes alas se extendían sobre la niña, protegiéndola

como un escudo vivo. Era la primera vez en mi vida que veía un hipogrifo, y la imagen resultó tan impresionante como desconcertante.

Mis guardias, conscientes del peligro, se habían retirado, dejándonos solos a Kaiden y a mí para observar la escena desde una distancia segura.

Descendimos de nuestras monturas con cautela y nos deslizamos entre los árboles, procurando no hacer el menor ruido mientras nos acercábamos. Cada paso era una mezcla de fascinación y alerta, sabíamos que cualquier error podía desencadenar un desastre.

La curiosidad me llevó a avanzar hacia ellos, pero, en un descuido, una rama seca crujió bajo mi peso.

De inmediato, el hipogrifo giró la cabeza en mi dirección, sus ojos penetrantes llenos de alerta y su cuerpo tenso, preparado para defenderse o atacar.

En ese preciso momento, la niña despertó bruscamente y se llevó una mano a un ojo del que brotaba sangre de manera alarmante. Me quedé inmóvil, entendiendo la gravedad de la situación. Sabía que cualquier movimiento en falso podría provocar un ataque feroz del hipogrifo, y que en ese delicado equilibrio entre la vida y la muerte, un solo error podría costarnos muy caro.

Me incliné hacia delante, tratando de ponerme a su altura, y con la mayor suavidad posible, pregunté:

—¿Cómo te llamas?

La niña me miró con calma y respondió:

—Me llamo Misso. —Luego, con una curiosidad inocente, preguntó —: ¿Y tú?

—Yo soy Dalton —respondí, procurando mantener el tono ligero mientras abordaba el tema con delicadeza—. Misso, ¿puedo preguntarte quién te hizo esto?

Con un gesto sutil, señalé mi propio ojo para que entendiera a qué me refería. La pequeña se estremeció y con urgencia defendió:

—Por favor, no le hagas daño. No fue él quien me hizo esto. No fue él.

Sus palabras disiparon cualquier sospecha que pudiera haber tenido sobre el hipogrifo. Asentí lentamente y añadí con un tono tranquilizador:

—¿Sabes? Yo tengo un dragón y, aunque es enorme y puede parecer aterrador, sé que nunca me haría daño. Por muy fuerte que sea, un simple humano podría lastimarme mucho más que él.

Me deslicé en su mente. Era un territorio delicado, uno que requería tacto y respeto por los pensamientos y emociones que residían allí.

«Dragón».

«El monstruo de los cielos».

«No le hará nada a Aquilea».

«No puedo ver».

«Mi ojo me duele mucho».

Sus pensamientos eran veloces, con una mano temblorosa se cubría el rostro.

—¿Y tus padres? ¿Dónde están tus padres? —pregunté tratando de no alarmarla mientras consideraba la posibilidad de llevármela al palacio. No podía hacerlo sin saber si su familia la buscaba.

—No quiero ir con mi padre, por favor, no quiero ir… —Su voz temblaba, al igual que su cuerpo, mientras el hipogrifo extendía sus

alas protectoras a su alrededor para cubrirla, como si entendiera su miedo.

Entonces, de repente, todo cambió.

El entorno a nuestro alrededor se transformó por completo: ya no estábamos en un bosque, sino en el interior de una pequeña cabaña. En el centro de la habitación, una mesa volcada yacía sobre el suelo, acompañada por dos sillas también derribadas.

A mi izquierda, se materializó la figura de un hombre, su rostro contorsionado por la ira mientras discutía acaloradamente con una niña.

Al girar la cabeza hacia Misso, la encontré sollozando, sus ojos fijos en la escena. Comprendí con horror que la pequeña en la disputa era ella misma; estábamos inmersos en una visión de su pasado, una que ella me estaba mostrando.

Volví la atención hacia la escena frente a mí justo a tiempo para ver cómo el hombre, en un arrebato de furia, agarraba un cuchillo de la mesa. Con palabras llenas de odio, lo blandió en el aire, amenazándola.

Luego, en un movimiento aterrador, la agarró por el cuello. La pequeña niña apenas le llegaba a la cintura, y sus gritos de terror resonaron en la pequeña cabaña haciéndome estremecer.

Inmóvil por el shock, observé impotente cómo, con cruel precisión, el hombre deslizaba el cuchillo sobre su ojo izquierdo, una, dos, tres veces. Finalmente, la lanzó contra la mesa, dejándola bocabajo, como si fuera un simple juguete roto.

Tan abruptamente como había comenzado, la visión se disipó y nos devolvió a la realidad bajo el árbol.

Con una determinación inquebrantable y una rabia ardiente en mi voz, le aseguré a la pequeña Misso:

—Voy a llevarte a mi hogar, donde estarás segura. Os protegeré tanto a ti como a esta criatura, y te juro que nadie volverá a hacerte daño. Si alguien intenta poner una mano sobre ti, será lo último que haga.

Sus ojos, inundados de lágrimas, se encontraron con los míos, buscando desesperados en ellos la promesa de seguridad que tanto anhelaba.

El hipogrifo, que percibió el cambio en el ambiente, comenzó a replegar con lentitud sus alas, permitiendo que la niña quedara más visible. Con un gesto suave, le tendí mi mano, ofreciéndole un futuro seguro.

—Ven —dije con voz cálida y tranquilizadora—, vamos a casa.

Aquella noche, mientras Misso dormía en la seguridad del palacio, yo me dirigí a la cabaña, arrastrado por una ira que ardía como fuego implacable.

Allí lo encontré, al hombre que había osado lastimar a la pequeña y a la criatura que había jurado proteger. Bajo el manto de la noche, lo arrastré al abismo de su propia desesperación.

No le di tregua ni misericordia.

Cada golpe que le propiné, cada corte que le hice, fue un acto de justicia, una ofrenda a la promesa que había hecho de protegerlos a ambos.

Su dolor fue un eco débil en comparación con la tormenta de rabia que me consumía.

A cada grito suyo, mis movimientos se volvían más precisos, más letales. Le quité la capacidad de gritar, de respirar, de hacer

cualquier cosa que no fuera sufrir.

Y cuando no quedó nada más que su cuerpo quebrado y su alma rota, lo consumí en llamas.

No dejé rastro de su existencia, solo cenizas que el viento dispersó, asegurándome de que nunca más pudiera levantar una mano contra otro ser vivo.

—Quédate quieta, con tanto cabello me estás complicando atar la cuerda —gruñó Kaiden, concentrado en ajustar el parche de cuero detrás de la cabeza de Misso.

—¡Ay, eso duele! —protestó ella llevándose la mano al cabello.

—Estás haciendo un nudo horrible, idiota —suspiré poniendo los ojos en blanco.

—Ya casi está… ¡Listo! —Kaiden se apartó satisfecho—. Impacientes…

Misso se tocó la cara y se quedó en silencio unos instantes. Kaiden y yo intercambiamos una mirada a la espera de su reacción. Entonces, de repente, ella me dedicó una sonrisa tan amplia que iluminó toda la habitación.

—¡Me encanta, me encanta! —saltó, llena de alegría, girándose hacia Kaiden para abrazarlo con fuerza—. ¡Es el mejor regalo del mundo, gracias!

Paseábamos por la ciudad bajo el abrasador sol, los tres juntos, Kaiden, Misso y yo, mientras el calor del día envolvía cada rincón de Pramvera. Los habitantes nos saludaban con sonrisas y reverencias, el respeto evidente en cada gesto.

A medida que avanzábamos, noté cómo algunas jóvenes, al enterarse de nuestra presencia, se apresuraban a vestirse con sus mejores galas y posicionarse estratégicamente en nuestro camino.

Kaiden y yo, acostumbrados a estas muestras de interés, respondíamos con una leve inclinación de cabeza y una sonrisa cortés antes de seguir adelante.

En lo personal, siempre preferí la soledad del palacio, perderme en la vasta colección de libros que abarrotaban la biblioteca o surcar los cielos a lomos de Long, encontrando libertad en el silencio de las alturas. Pero entendíamos que Misso, joven y curiosa, necesitaba ver el mundo más allá de los muros del palacio.

Por eso, como se lo habíamos prometido, hacíamos el esfuerzo de salir al menos una vez a la semana para recorrer las calles bulliciosas, observando los escaparates llenos de mercancías y disfrutando de comidas al aire libre junto al río.

La semana anterior, mientras Misso se entretenía observando a los patos en el río, Kaiden había aprovechado el momento para deslizarse discretamente hacia una tienda de costura y encargar un parche especial para ella. Aunque las heridas físicas habían sanado rápidamente, gracias a la creciente vinculación con su hipogrifo, el daño había sido irreparable.

Misso había perdido el ojo, una realidad que ninguno de nosotros había previsto. Fue una semana especialmente dura para todos; las noches eran una batalla constante para Misso, asaltada por pesadillas que revivían el trágico día.

La pérdida de su ojo no fue solo un golpe físico, sino también emocional, y aceptar su nueva condición requirió de una fortaleza que ella demostró día tras día.

Era la niña más fuerte del imperio.

—¿Sabías que los parches están de moda ahora? —dije mientras me agachaba para ajustárselo con cuidado—. Pronto todas las chicas de la ciudad llevarán uno.

Ella me miró con curiosidad parpadeando.

—Ellas querrán ser como yo, pero yo sé manejar una espada y ellas se desmayarían solo de ver una —dijo encogiéndose de hombros con una confianza encantadora.

—Eres una niña bastante violenta —intervino Kaiden con una sonrisa en los labios—. Has aprendido bien.

Le lancé una mirada fulminante a Kaiden antes de devolver mi atención de nuevo a ella.

—Vamos, pequeña diablilla, es hora de volver al palacio —dije mientras la levantaba en el aire, provocándole una risa con unas cosquillas rápidas, y luego la subí sobre mis hombros—. ¿Qué te parece si practicamos un poco de vuelo?

—¡SÍ! —gritó ella con entusiasmo, casi saltando en mi hombro—. ¡Vamos a tocar las nubes!

Y entonces el caos estalló en la ciudad.

El sol se apagó de golpe, como si alguien hubiera arrancado la luz del día sin pedir permiso. De repente, una niebla espesa empezó a arrastrarse, lenta pero imparable, como si tuviera vida propia. No era solo niebla, sino algo más, algo que se sentía mal desde el primer instante, como si el aire mismo estuviera podrido.

Y detrás de esa bruma apareció un resplandor verde que no prometía nada bueno. No se trataba de un verde normal; era sucio, enfermizo, el tipo de color que te hace pensar en veneno. Parecía moverse como si tuviera un pulso, avanzando con la clara intención

de cubrirlo todo. Y lo hacía. La ciudad bajo nosotros empezó a desaparecer, tragada por una oscuridad que no dejaba espacio para nada más.

Bajé a Misso de mis hombros y la coloqué detrás de mí, tensándome mientras Kaiden y yo intercambiábamos miradas de entendimiento.

Los gritos de la gente llenaban la ciudad. Me giré hacia la multitud en pánico.

Uno que se había apoderado del aire.

—Dalton, ¡¿qué está pasando?! —La niña se aferró a mí, sus ojos llenos de terror.

Con la voz firme y decidida, advertí a los ciudadanos que aún no comprendían el peligro:

—¡Entren en sus casas y no salgan! ¡No abran las puertas, pase lo que pase!

En un instante, nuestras tres criaturas aparecieron en el cielo, volando con precisión hacia nosotros. Long, el dragón imponente, aterrizó con un estruendo en el río, su cuerpo inmenso apenas perturbado por las aguas. El hipogrifo y la mantícora descendieron rápidamente, posándose en el césped con agilidad.

—Kaiden, llévatela lejos. Sabes a dónde debéis ir —le ordené con un tono que no admitía réplica—. Deja a Misso con el hipogrifo y luego alerta a la guardia imperial.

Kaiden asintió comprendiendo la gravedad de la situación. Sin perder tiempo, tomó a Misso en sus brazos. No era momento para dejar que los sentimientos interfirieran; lo que estaba en juego era demasiado grande.

Misso, con los ojos llenos de miedo, buscó mi mirada.

—Vas a estar bien, te lo prometí —le aseguré—, y no rompo mis promesas.

En cuestión de segundos, la rabia me consumió y mi fuego brotó de mi espalda transformando completamente mi actitud y preparándome para lo que viniera. Kaiden tomó a la niña y la cargó sobre la mantícora con cuidado. Un asentimiento entre nosotros selló su partida y despegaron hacia el cielo, el hipogrifo siguiéndolos de cerca. No podía permitir que Misso se subiera sola como jinete al hipogrifo, no hoy.

Mi mirada se endureció, oscureciéndose con la ira que hervía en mi interior, mientras me giraba hacia la niebla invasora.

Con pasos firmes, me acerqué a Long y subí a su lomo con una agilidad nacida de la urgencia.

El terror se había apoderado de la ciudad; los gritos de la gente resonaban, teñidos de pánico y confusión.

Tenía que detener el caos antes de que las sombras consumieran todo lo que había construido.

La furia me envolvía como una tormenta interna, y un fuego ardía en mi pecho, alimentado por el fervor de proteger a mi pueblo. Cada grito, cada lágrima resonaba en mi interior, como un golpe que me sacudía hasta lo más profundo.

La guerra acababa de empezar. Y yo estaba más que dispuesto a luchar hasta mi último aliento.



20

Eda

En el corazón del palacio, una enorme estructura ovalada se desplegaba ante nosotros como un santuario oculto, rodeado por altos arcos que se erguían con elegancia y entre los que destacaba su amplia apertura superior, que facilitaba la entrada de luz solar directa.

Era desde aquel mismo punto desde donde se desplomaban las cascadas, mientras que la vegetación exuberante se enroscaba y expandía por las paredes.

Bajo nuestros pies, una capa de arena de playa cubría el suelo, tragándose ligeramente nuestras botas con cada paso que dábamos. Esta grava, lejos de ser ordinaria, centelleaba bajo los rayos del sol como cristales minúsculos dispersos, como si pisáramos un camino de estrellas caídas.

La capitana se posicionó de nuevo frente a nosotros. Nos encontrábamos alineados en fila, un gesto que ya se había convertido en una costumbre diaria en nuestra estancia en Pramvera, como si fuera una segunda naturaleza.

—Domo de Dunas. —Extendió los brazos girándose para abarcar con su gesto la estructura ovalada—. Hoy no habrá ninguna visión; todo lo que veáis será de carne y hueso.

Sentía como el uniforme me apretaba cada vez más.

No estaba segura de si aquello era bueno o malo.

—Por primera vez, os encontraréis cara a cara con vuestras criaturas —anunció la capitana—. Esto no garantiza una vinculación inmediata. El proceso puede variar; algunos de vosotros lograréis establecerla antes, mientras que otros necesitaréis más tiempo. A partir de hoy, entrenaréis junto a ellas a diario. El Domo de Dunas ha sido construido mediante magia, pero mientras no se finalice la vinculación, estas criaturas pueden ser peligrosas. Su fuego puede causar quemaduras severas, y el veneno de la mantícora y del zeng puede acabar con vosotros en menos de tres segundos.

Tragué saliva.

—Tres segundos, creo que eso es suficiente tiempo para que Liral me saque el veneno con la boca, ¿no? —dijo Adriel, que le guiñó un ojo a Liral haciendo una exagerada mueca de sufrimiento—. ¡Vamos, Liral, practica tus habilidades de salvadora!

Liral le respondió con una peineta.

—Arenisca luminis —dijo la capitana mientras se agachaba, tomando un puñado de arena y dejando que los brillantes granos se deslizaran entre sus dedos—. Mientras estéis rodeados por esta

arena, sin haber completado vuestra vinculación, permaneceréis a salvo.

—¿Nos protegerá de cualquier poder? —interrumpió Nolan.

—La arenisca luminis actúa como un escudo dentro del Domo de Dunas —explicó la capitana—. Su magia pone en pausa todos los poderes, anulándolos por completo.

—¿Hay alguna explicación para que la arenisca luminis anule cualquier poder? —pregunté.

—La hay, pero hoy no es el momento de saberlo.

La capitana colocó dos dedos en la boca y emitió un fuerte silbido.

Desde cada arco de la estructura del Domo de Dunas, por donde antes caían cascadas desde la abertura, emergieron las criaturas, deteniendo el flujo del agua como si el tiempo se hubiera congelado.

El hipogrifo extendía sus alas de águila, creando sombras sobre la arena brillante, mientras que la mantícora ondeaba feroz su cola venenosa de escorpión.

Lo que más llamaba la atención del nightmare era el fuego que reemplazaba su pelo, un espectáculo de llamas que cubrían todo su cuerpo negro. En contraste, el zeng exhibía sus cinco colas repletas de aguijones en cada extremo, moviéndose como látigos preparados para atacar.

La bestia desplazadora, cuyos tentáculos se retorcían y se extendían en busca de algo a lo que aferrarse y desgarrar, tenía bocas al final de cada uno de ellos que se abrían y cerraban con hambre y que mostraban filas de dientes que podrían triturar el metal.

Respiré profundo llenando mis pulmones.

Cinco criaturas para seis mortales. Y seguramente no era la única que se había fijado en este detalle.

La capitana Misso volvió hablar:

—Estas criaturas, desde el principio, aprenden a vivir juntas, mezclándose entre diferentes especies. Una vez que son lo bastante fuertes como para valerse por sí mismas, se preparan para encontrar a sus futuros jinetes. Las cinco ante vosotros han crecido juntas, formando un pelotón.

—¿Pelotón? —pregunté, movida por la curiosidad.

—Buena observación —respondió volviéndose hacia nosotros una vez más—. Nuestro ejército está formado por entidades que trabajan en conjunto para proteger y servir a nuestro imperio. Cada grupo de nuevos reclutas forma un pelotón, una entidad compuesta por jinetes y diversas razas de criaturas feéricas. Mientras que los escuadrones se componen de jinetes vinculados a la misma especie de criatura.

—¿Eso quiere decir que todos los nightmares forman un escuadrón? —titubeó Elandra.

La capitana asintió.

—Correcto, hay cinco grandes escuadrones en total, cada uno comandado por su líder.

—Entonces, la suma de todos los pelotones y escuadrones constituye el ejército de Pramvera —se aventuró a decir Calen.

Volvió a asentir.

—¿Qué hay de los líderes? —preguntó Nolan—. ¿Cómo fueron elegidos?

—No fuimos elegidos —respondió la capitana acercándose a nosotros—. Los líderes de los escuadrones fuimos los primeros en

vincularnos con la primera criatura de cada especie.

Se llevó la mano a la insignia que tenía en el pecho del uniforme, una representación detallada del hipogrifo, con alas extendidas y garras afiladas, tallada en un metal plateado reluciente.

—Cada jinete lleva la insignia de su escuadrón. Os la ganaréis cuando logréis vincularos con vuestras respectivas criaturas —concluyó la capitana.

Observé a las criaturas, que permanecían estáticas, con su mirada fija en cada uno de nosotros.

Cinco criaturas feéricas, cinco escuadrones…

—Solo hay un dragón en el imperio, ¿verdad? Por eso mismo no puede formar un escuadrón, ya que es único. —No pregunté, lo afirmé, deseando confirmar mi sospecha.

Se notaba mi interés por saber más sobre el dragón, pues dudaba que alguien aparte del emperador del imperio tuviera semejante criatura, la más enorme y terrorífica de todas.

—Sí, señorita Eda, el dragón es único en su especie.

Adriel bufó y dio una patada floja a la arenisca.

—Ya me había hecho ilusiones de montar uno de esos.

Elandra le respondió con una sonrisa burlona.

—Lo más probable es que el dragón te chamuscara, por muy vinculado que estuvieras —dijo mientras se llevaba las manos a la cabeza y recogía su cabello en una coleta con una cuerda que tenía atada a la muñeca—. Y no sé si te has dado cuenta, Adriel, pero los dragones no son exactamente mascotas cariñosas.

Mis ojos se deslizaron por todo el Domo de Dunas, anhelando la aparición del fuego fatuo azul, deseando verlo surgir, verlo flotar.

Pero no lo hizo.

—Durante la prueba en el valle Espejo, se os presentaron cinco pilares, cada uno emanando un poder de vinculación distinto: el fuego; las sombras, capaces de ocultar y proteger; la electricidad, con su chispeante energía; el poder de alterar el entorno y, finalmente, el de erigir barreras de protección, un escudo inquebrantable ante cualquier amenaza.

Avanzó hacia Calen, que parecía estar a punto de desvanecerse.

—¿Cuál de los pilares te llamó más la atención? —le preguntó.

—Yo… eh… me sentí atraído por el pilar que cambiaba de color y forma. No estoy seguro de lo que eso significa, capitana —dijo, su voz temblando ligeramente y sus manos sudorosas.

—Así que el que parece tener el rabo entre las piernas como un perro ha sido elegido por el poder de vinculación del hipogrifo. Bienvenido a mi equipo.

—¿Hipogrifo? —Los ojos de Calen se abrieron de par en par al mirar a la criatura.

—Joder con el rubio… —silbó Adriel.

—Liral —la capitana se dirigió hacia ella—, ¿cuál fue tu elección?

—El pilar envuelto en sombras negras. No vi ningún otro durante la prueba —respondió Liral con seriedad.

—Como era de esperar, la oscuridad era lo que más le representaba —murmuró Elandra poniendo los ojos en blanco.

Liral le lanzó una mirada asesina.

—¿Y bien, Adriel? ¿Qué viste tú en la prueba? —preguntó Misso, cruzándose de brazos.

Cuando adoptaba esa seriedad, nos hacía estremecer; no eran el parche ni las cicatrices que emergían de él, lo que infundía temor era sin duda alguna la profundidad de su mirada.

—No vi el pilar —respondió con la cabeza gacha y un tono seco.

—Así que tu vinculación será con un zeng —dedujo la capitana, inclinando la cabeza pensativa—. Por eso no pudiste ver el pilar en la visión.

La capitana nos había explicado una vez que los zengs poseen la habilidad de crear una barrera invisible en un radio de treinta metros alrededor de sus enemigos.

—¿Señorita Elandra?

—Fuego, capitana. Un fuego naranja, como el del nightmare. Se retorcía como si tuviese voluntad propia. —Adriel carraspeó nervioso —. Al principio, las sombras de otro pilar me atraían, pero luego el fuego se intensificó. Me convenció de que era la elección correcta.

—Tanto la bestia desplazadora como el nightmare tienen poder sobre las sombras, entre otras habilidades —explicó la capitana, con un tono más cercano—. Las criaturas vinculadas al elemento tierra, cuando trabajan juntas, forman un gran equipo. Aprender a colaborar y a complementar vuestras habilidades con las de vuestras criaturas será clave para sobrevivir ahí fuera.

Sentía una punzada de envidia al ver que todos tenían tan claro qué poder de vinculación les correspondía.

—El dominio de las sombras, ¿está de alguna manera relacionado con Bankai? —preguntó Elandra titubeando.

—La oscuridad es oscuridad, Elandra —respondió la capitana—, ya sea la que proteges con tu vida o a la que te enfrentas como enemigo. Lo importante es cómo la usas y con qué propósito.

La capitana dio un paso hacia Nolan.

—Relámpagos y electricidad envolvían el pilar. Fue eso lo que vi y lo que elegí.

Me giré hacia él, que estaba a mi izquierda observando la mantícora. Una ola de felicidad me inundó por primera vez desde nuestra llegada. No sabía por qué sentía eso ni si debía permitírmelo.

—Te vincularás a una mantícora… —bajé el tono de mi voz mientras posaba los ojos en la criatura.

Era enorme.

—Te vi correr, atravesando el valle entero hasta que ya no pude verte —dijo la capitana con una mirada que denotaba preocupación —. Había miedo en cada uno de tus pasos. Parecías correr sin un rumbo claro. ¿Qué ocurrió durante la prueba, Eda?

Quería confesar que corría desesperada, tratando de escapar de mí misma. Sentía el peso agobiante de saber que mi propio hermano quería acabar conmigo.

Pero me abstuve de decirlo.

—No vi ningún pilar, ni percibí ningún poder; la prueba no funcionó conmigo.

Durante toda mi vida, había rechazado la magia, y ahora, irónicamente, me sentía desvalida, como si mi incapacidad para unirme a ellos como jinete me dejara sintiéndome inútil.

—Capitana Misso —la voz del emperador se escuchó a través de los arcos—, hoy me encargaré personalmente del entrenamiento de la señorita Eda.

Me giré hacia él como una flecha. ¿A qué se refería con «encargarse» de mi entrenamiento?

Estarás en buenas manos, no tienes por qué preocuparte, se burló en mi consciencia. Otra vez.

Sin embargo, su rostro permanecía completamente serio, como si meterse en mi cabeza y hablarme fuera lo más natural del mundo.

—Por supuesto, Su Alteza Imperial —respondió la capitana, inclinándose en una reverencia profunda. Mis compañeros, algo torpes, intentaron imitarla.

Por primera vez, yo también me uní a la reverencia, y juraría que vi un destello en sus ojos al notarlo.

Me fijé en él, las llamas negras que usualmente ardían en su espalda estaban ausentes, apagadas por la arenisca luminis que anulaba su poder. Pero ¿cómo seguía siendo capaz de leer mis pensamientos?

Se aproximó hacia nosotros, y la visión de la sala de formación regresó vívidamente a mi mente: él, armado tan solo con una espada, sin recurrir a ningún poder, haciendo frente y eliminando a todos los wendigos que lo atacaban, defendiendo su imperio.

Dirigí una mirada fugaz a mi hermano en busca de que me diera alguna pista sobre qué hacer. ¿Debía quedarme allí? ¿Moverme?

La confusión me invadía; no tenía ni idea de lo que pasaba. Todo aquello estaba siendo demasiado para mí. Mis compañeros percibían que algo no estaba bien. La prueba no había funcionado en mi caso, y ahora, el emperador mismo se disponía a asumir ciertas responsabilidades conmigo.

Mi rostro se intensificó en un rojo cada vez más profundo, como si capturara todo el rubor del mundo en mis mejillas.

—Eda, querida. —Su voz me llamó directamente y sentí mi cuerpo tensarse como una cuerda a punto de romperse—. Esta clase ha terminado para ti. Ven conmigo.



21

Eda

—¿Cuánto más vamos a seguir caminando? —protesté, mi irritación era evidente—. Ya llevamos veinte minutos por este sendero. Pensaba que los jinetes preferían volar y no arrastrar los pies como simples mortales.

Desde que habíamos salido del Domo de Dunas, había seguido sus pasos en silencio, como si fuese una sombra adherida a sus talones.

—¿Preferías quedarte en el Domo, viendo cómo todos tus compañeros empiezan a vincularse mientras tú permaneces ahí mirando, sin siquiera tener una criatura? —me respondió sin detenerse, unos pasos por delante de mí.

Las llamas que custodiaban sus dos espadas habían vuelto a danzar alrededor de él en cuanto salimos de allí. Durante todo el trayecto, no pude apartar la vista de ese espectáculo hipnótico:

lenguas de fuego que se enroscaban y retorcían, proyectando sombras que parecían cobrar vida propia. Era por la tarde y ya habíamos comido antes de ir al Domo, así que al menos no tendría que preocuparme por ello si la excursión se alargaba un par de horas.

Sin duda, él era plenamente consciente de que yo sabía que no había ninguna criatura en el Domo para mí ni, con toda probabilidad, la habría en todo Pramvera. Pero ¿era él el único que lo intuía?

—Pero ellos son mi pelotón.

—No tienes pelotón si no eres jinete, y mucho menos sin una criatura —ladró con dureza.

—Ah, ¿me has traído aquí solo para recordarme lo obvio? ¿Para atarme a un árbol y esperar a que aparezca un fénix del fuego fatuo? —respondí alzando la voz mientras intentaba seguirle el ritmo.

El sendero se estrechaba a medida que nos adentrábamos en el bosque cercano al valle. La vegetación exuberante nos rodeaba por completo, creando un túnel natural de hojas y ramas que se entrecruzaban sobre nuestras cabezas. El suelo, cubierto de musgo y hojas caídas, amortiguaba nuestros pasos, y el aire fresco estaba impregnado del olor a tierra mojada.

—No lo había pensado, pero gracias por la sugerencia. Resulta que justo tengo una cuerda en el bolsillo. ¡Qué conveniente! —respondió irónico.

«Imbécil. Imbécil. Imbécil».

—¿Sabías que cada vez que me insultas mentalmente, en alguna parte del mundo, de forma aleatoria, muere alguien inocente? —Se

paró en seco y me miró con una sonrisa burlona—. Ese alguien algún día podrías ser tú, así que cuidado con tus pensamientos.

Me detuve de golpe en medio del sendero.

—No lo dices en serio.

—Oh, lo digo muy en serio.

Giró su cabeza por encima del hombro con una sonrisa oscura y mordaz. Esa que tanto me irritaba.

—¿Y si resulta que esa persona no es tan inocente? ¿Qué tal si también es un asesino, como tú? Saber eso solo aumentaría mi satisfacción al insultarte.

—Tus palabras afiladas son las que realmente matan. Tú eres la verdadera asesina aquí. Pero adelante, cuanta menos gente haya en este mundo, mejor para todos —respondió, continuando su camino sin esperar réplica.

—Eres tan despreciable que podrías ser emperador —añadí con un tono de desdén aún más profundo.

No pensé ni un segundo en las consecuencias que podría tener haber dicho eso, pero, para mi sorpresa, una carcajada resonó delante de mí.

—¿En qué momento se me ocurrió incluir tu nombre en la lista de reclutas? Debo haber estado completamente fuera de mí. No tenía idea de que los mortales pudieran llegar a ser tan groseros y desagradecidos. Si hubiera sabido lo hábil que eres para eso, habría pospuesto tu reclutamiento al menos una década más.

Mis ojos se abrieron como platos mientras me detenía en medio del sendero.

—¿Cómo?

Así que tenía razón aquel día en la borda del barco cuando me pregunté si él había sido la razón de que estuviera ahí. Pero ya era demasiado tarde; la carta había partido hacia mi hogar, destinada a ser leída por mi padre, justo en el momento preciso en que Dalton y yo nos encontrábamos en aquel lago.

Recordé la caligrafía meticulosa en esa miserable carta de papel, donde no solo estaba inscrito mi nombre, sino también el de Nolan. Al pensar en ello, sentí cómo mi corazón se rompía de nuevo en mil pedazos, reviviendo el dolor de ese momento transformador. Sin embargo, sabía que no valía la pena regresar a esos instantes, a un pasado que no podía cambiar, a un destino que nunca estuvo en mis manos.

—¿Te sorprende que sea yo quien elige los nombres de los reclutas? —Dalton Basilius completó su giro hacia mí ladeando la cabeza.

—Sabías perfectamente quién era cuando nos encontramos en el lago, ¿verdad? ¡Todo estaba planeado! —le escupí.

—Cuando me interrumpiste en aquel lago, no tenía ni idea de quién eras. No conocía tu nombre ni por qué estabas allí. —Hizo una pausa, sopesando sus palabras—. Pero al verte en aquel puerto, junto a tu hermano, con esa melena blanca que destaca a kilómetros, te reconocí al instante. Supe que habías sido la chica que había visto a mi dragón. Por un momento, pensé que armarías un alboroto, gritando como una anciana alarmada sobre las bestias que habitan Pramvera. Pero no lo hiciste. Te quedaste callada, sin decir una palabra, mirándome con ese odio tan característico tuyo.

Me encontraba perdida en un mar de confusión, sin palabras que pudieran describir lo que sentía. Tenía razón, no me había

escandalizado en lo más mínimo, y él sabía que no había hablado con nadie sobre aquello. No sabía por qué no lo había hecho, por qué no se lo había contado a Nolan.

«Tal vez porque nadie me hubiera creído», pensé.

—No te vi ese día sobrevolando el pueblo. No cruzaste la gran ciudad con Long ni volviste a Pramvera, ni tampoco cruzaste el mar. Lo sé porque ni una sola persona te vio.

Dejé caer los brazos a los lados de mi cuerpo; no le estaba preguntando, solo afirmando esos detalles que me habían hecho cuestionar mi cordura, al darme cuenta de que solo yo había visto al dragón surcando los cielos de Valdemar.

—No quiero que los mortales de Valdemar sepan de la existencia de los dragones, los hipogrifos o las mantícoras. Aunque, como ya te dije, sé que existen todo tipo de leyendas. Lo sé porque cada reclutado que veo trae consigo pensamientos que inundan mi mente como olas implacables. Nos odian por las historias que han escuchado, por considerar a mi gente verdaderos demonios, por pensar que la niebla está ahí para mantenerlos aislados, cuando en realidad es para protegerlos.

—Hablas como si yo no fuera uno de ellos.

Chasqueó la lengua y esbozó esa media sonrisa suya que me hacía estallar de rabia por dentro.

—Porque sabes que ya eres parte de los nuestros.

«Parte de los suyos».

Caminamos unos minutos más hasta encontrarnos ante un puente de madera que cruzaba un río serpenteante. Estaba adornado con arcos de flores silvestres en plena floración y barandillas de metal forjado. De los arcos colgaban pequeñas luces que brillaban con un

fulgor suave, casi como si estuvieran encantadas, sostenidas en el aire por delicadas ramas plateadas.

Me detuve en medio del puente, absorta en la contemplación de la belleza de los arcos floridos y el curso tranquilo del río debajo. Ese lugar, junto con la mágica biblioteca del palacio, cuyo techo imitaba el firmamento estrellado y ofrecía la ilusión de estar bajo el cielo abierto, se habían convertido rápidamente en mis lugares favoritos de Pramvera.

Y odiaba admitirlo.

Siempre había creído que la magia era un mal presagio, pero jamás imaginé que me enamoraría de la inherente en la naturaleza. La forma en que los elementos se entretejían, cómo la luz danzaba entre las hojas, parecía llevar consigo secretos antiguos. Todo ello conformaba una sinfonía mágica que me tocaba el alma.

Me aproximé a la barandilla metálica del puente y deslicé mis manos sobre ella. Observé el río y cerré los ojos, dejando que el aire jugueteara con mi cabello.

Permanecí así durante unos instantes y, al abrir los ojos, incliné levemente la cabeza al notar que Dalton me observaba.

Me coloqué de nuevo para quedar frente a él.

—¿Fuiste tú quien dejó el libro en mi puerta la semana pasada? —pregunté, extendiendo mi mano para tocar una de las luces colgantes.

«Está fría como el hielo».

Él se encontraba quieto a pocos metros de mí, con las piernas separadas y esos brazos fornidos cruzados sobre su pecho, que subía y bajaba lentamente.

Sus ojos no se apartaban de mí.

—A veces, la noche puede sentirse interminablemente aburrida y solitaria —dijo, pronunciando cada palabra con un tono que parecía penetrar mi piel y calar hasta mis huesos.

Dalton Basilius había dejado el libro en mi puerta. Incluso al agacharme para recogerlo, ya intuía que había sido él quien lo había dejado allí.

—Supongo que eso depende de cómo elijas pasarla, pero leer siempre será mi mejor opción. Perderme en mundos que no son míos, rodeada de historias que me hacen olvidar la realidad —respondí, tratando de mantener la compostura mientras retiraba la mano de la luz helada.

Soltó una leve risa, un sonido bajo y gutural que envió un escalofrío por mi columna vertebral.

—Interesante —murmuró, y dio un paso hacia mí, su mirada fija y penetrante—. A veces, perderse en una buena historia es el único escape.

—Es un buen escape de ti.

Él sonrió, una sonrisa que no alcanzó sus ojos, y dijo suavemente:

—Entonces, espero que el libro te haya ayudado.

—¿Cómo sabías que me gustaba leer? No he mencionado nada al respecto.

Sus manos estaban ahora metidas en los dos bolsillos de su uniforme.

—Solo hay que ser un poco observador. La forma en que tus ojos recorrieron la biblioteca me hizo saber que querías leer cada libro.

Sentí un nudo formarse en mi estómago, pero no aparté la mirada.

—O tal vez sea porque puedes saber lo que estoy pensando en cada momento.

—Es cierto que tengo mis métodos para entender a las personas —admitió—, pero, en tu caso, no necesitaba leer tus pensamientos para saberlo.

Me mordí el labio, sintiéndome vulnerable bajo su escrutinio.

—Eso no significa que tengas derecho a husmear en mi mente —dije con firmeza.

Suspiró y sus ojos parecieron suavizarse un poco.

—No tengo la intención de invadir tu privacidad, pero a veces es difícil no percibir ciertos pensamientos, especialmente cuando son tan… intensos. Pero te prometo que respetaré tus límites.

—Gracias.

Me miró una vez más y luego continuó su rumbo por el puente.

—Sigamos, ya estamos cerca.

—¿Por qué las luces que cuelgan del puente están frías? ¿Qué las mantiene encendidas? —Ahora que habíamos hablado un poco, no podía evitar hacer preguntas.

—Frostfire —se limitó a responder—. Es una luz fría como el hielo que puede iluminar y calentar, similar al fuego ordinario, pero no se apaga. La utilizamos para cosas como esta. Las luces en los pasillos del palacio también son de frostfire.

—Entonces existen más fuegos poderosos aparte del tuyo.

Dirigí mis ojos hacia las llamas negras en su espalda que aún estaban ahí.

—He dicho que es similar al fuego, pero no es fuego propiamente dicho. Si lo tocas, no puede quemarte; tan solo proporciona luz de forma constante. De este modo, si una de las luces cae sobre la

madera durante una tormenta, no hay riesgo de incendio —explicó mientras descendíamos del puente.

Minutos más tarde, siguiendo el sendero que continuaba por el otro lado del puente nos detuvimos en un claro del bosque, un espacio circular perfectamente definido donde no crecía ni un solo árbol.

Era como si la naturaleza hubiera decidido respetar ese lugar y dejarlo vacío, mientras los árboles lo rodeaban formando un anillo protector.

El aire que inspiraba se me atascó en el pecho, como si se hubiese transformado en un sirope viscoso y pegajoso, y me quedé sin respiración.

Dalton Basilius extendió las manos sobre los hombros para sujetar las empuñaduras de las espadas, cuyas hojas estaban envueltas en llamas negras.

Con un solo movimiento, las arrancó del fuego y las sostuvo una en cada mano. Con una fluidez impresionante, las llamas comenzaron a extinguirse, revelando las armas forjadas en obsidiana.

Ahí estaba, el emperador, en toda su magnificencia, el gobernante más poderoso de todas las tierras, un guerrero cuyas manos eran capaces de dominar el fuego como si fuera parte de él.

Se giró sobre sus talones hacia mí, sujetando las dos espadas con una fuerza que no presagiaba nada bueno. Y por un momento temí lo peor: que fuera a usar esas armas contra mí.

Con un movimiento brusco, lanzó una de las dos espadas al suelo y le dio una patada que la hizo deslizarse hacia mí.

—Cógela —ordenó—. Es hora de que comencemos a trabajar en tu postura.

—¿Me has traído por este camino solo para entrenar con la espada? —pregunté, incrédula y molesta a la vez.

Sin embargo, obedecí. Me agaché y extendí mi mano para coger la espada que yacía frente a mí.

La hoja, aún templada por el contacto de sus llamas, se sentía pesada y seria en mi agarre. Al cerrar los dedos alrededor de la empuñadura, una corriente me recorrió.

Deslicé el índice por el filo de obsidiana, sintiendo una extraña familiaridad con la espada. Dalton me había confiado una de sus valiosas armas, aquellas que habían atravesado a los wendigos durante la guerra de las Sombras Eternas.

Con las dos manos, sostenía la espada de un emperador.

—Ponte en posición. —Así lo hice, pero al parecer no era suficiente —. Separa más los pies. Asegúrate de mantener los hombros alineados y la espalda recta.

Siguiendo sus instrucciones modifiqué mi posición. Dalton se aproximó y colocó su mano en mi espalda con una suavidad calculada, presionando ligeramente para corregir mi postura. Con su otra mano, ajustó con cuidado la colocación de mis pies sobre el suelo, guiándolos hacia la posición ideal con un gesto metódico.

Mientras se agachaba, sentí un cosquilleo repentino recorrer mi estómago y, de pronto, mi saliva pareció quedarse atascada en la garganta.

«Puede leer tus pensamientos, relájate», pensé.

Se puso de pie otra vez y colocó sus manos sobre las mías en la empuñadura de la espada. El olor a bosque y algo parecido a fuego

me llegó de golpe. Estar tan cerca y sentir cómo me guiaba me puso nerviosa.

—Ahora, sostén la espada con ambas manos. No la aprietes demasiado; debe ser una extensión de tu brazo —explicó, ajustando el agarre al mango.

La frialdad de su tono contrastaba con la paciencia de sus acciones.

Retiró sus manos ásperas de las mías y me quedé mirándolo mientras se agachaba para recoger su espada del suelo, donde la hierba parecía brillar un poco menos sin él tocándola.

—Lanza el primer golpe.

Lo hice.

Con algo de duda, levanté la espada, imitando su postura tanto como podía. Lancé un golpe torpe hacia él, que lo bloqueó fácilmente con su espada.

—No, no, tienes que ser más ágil y precisa. Observa —dijo, y luego me atacó con un movimiento lento, permitiéndome ver cómo bloquearlo.

Bloqueé su ataque, aunque con más suerte que habilidad.

—Ahora contraataca después de bloquear. Así —indicó lanzándome una nueva ofensiva.

Esa vez, después de bloquear, intenté devolver el golpe.

—Mantén la mirada en tu oponente, no en la espada —corrigió, esquivando con facilidad uno de mis intentos torpes.

—Tienes talento, eso es evidente —continuó, preparándose para otro intercambio—, pero la perfección reside en los detalles: la postura, el equilibrio, la anticipación.

Y así, con cada golpe y bloqueo, me enseñó a refinar mi técnica. No era solo sobre cómo mover la espada, sino cómo moverme con ella. Cada instrucción suya era precisa y cada corrección, aunque leve, marcaba una diferencia notable en mi rendimiento.

—Recuerda, la lucha con espada no es solo un intercambio de golpes; es como un diálogo entre dos mentes.

—¿Un diálogo? —pregunté mientras me detenía un momento para recuperar el aliento.

—Sí, un diálogo donde cada movimiento es una palabra, cada ataque es una frase y cada defensa es una respuesta. Tienes que aprender a «escuchar» lo que tu oponente «dice» con su espada —explicó él, posicionándose para el próximo asalto.

Volví a adoptar mi postura de combate, pero esa vez con una mentalidad diferente.

En el instante en que él avanzó hacia mí con su siguiente ataque, no me limité a una mera reacción instintiva; en su lugar, lancé una respuesta calculada. Mi espada cortó el aire, encontrando el espacio justo entre su guardia baja y su sorpresa momentánea. Fue un movimiento que brotó no solo de mi entrenamiento, sino también de un instinto agudizado por la adrenalina. Por una fracción de segundo, nuestros ojos se encontraron en el breve interludio antes de que nuestras espadas volvieran a chocar.

—Ahí, justo así —dijo después de un contraataque particularmente bien ejecutado de mi parte—. Eso es justo lo que quiero ver, querida.

—Deja de llamarme así.

Intenté asestarle un golpe con su propia espada en el costado izquierdo, pero él, con siglos de experiencia, detuvo el ataque con

facilidad, como si fuera un mero juego.

Querida, se volvió a deslizar en mi consciencia.

—Sal de mi cabeza.

Expúlsame, murmuró en un susurro, *recházame de tu mente como lo haces con tu espada contra la mía.*

Sentí la rabia brotar desde lo más profundo de mi ser. Pensé en por qué estaba allí, en la culpa alimentada por haber dejado atrás a mi padre, a Theo, todo por él. Con esa energía furiosa, presioné los dedos de mis pies contra el interior de mis botas de combate y devolví el golpe con más vehemencia, como si estuviera liberando toda esa ira contenida directamente contra él.

Con cada golpe que daba, sentía cómo mis ataques se volvían más fuertes, más decididos, canalizando toda la frustración hacia él.

«Lo odio. Lo odio por haberme traído aquí».

Él, por su parte, no se quedaba atrás y aceptaba el desafío devolviendo cada uno de mis ataques con igual o mayor intensidad.

En un momento de audacia, intenté un golpe más arriesgado, pero él logró desarmarme con facilidad. Traté de retroceder, pero mis pies tropezaron y perdí el equilibrio. En ese instante, él me cogió y me atrajo suavemente hacia él, y ambos caímos en un revoltijo sobre la hierba suave.

Allí estábamos, yo encima de él, en una posición que jamás habría imaginado.

Mis rodillas se hundían en la hierba a ambos lados de su cuerpo, mis manos buscaban apoyo en el suelo, pero lo único que realmente sentía era el fuerte latido de mi corazón resonando en mis sienes, un tamborileo que parecía querer escaparse de mi pecho.

Él estaba debajo, su mirada fija en la mía, tranquila, casi inescrutable, con sus manos reposando con ligereza sobre mi cintura.

En ese silencio cargado, mis ojos recorrieron cada contorno de su rostro, notando detalles que antes me habían pasado desapercibidos. La forma en que la luz del atardecer caía sobre su piel, sobre sus ojos color verde esmeralda, un abismo en el que fácilmente me perdía.

El crujido de las ramas interrumpió con brusquedad nuestro momento suspendido en el tiempo. Con un movimiento rápido, me separé y me senté a su lado en el suave lecho de hierba. La vergüenza teñía mis mejillas mientras intentaba recuperarme, esforzándome por volver a un ritmo de respiración normal.

Los pasos resonaban con contundencia, aplastando las ramas secas a su paso, y desde el espeso manto verde del bosque, surgió una imponente figura.

«Por todos los dioses. No podía creer lo que estaba viendo».

Se trataba de una criatura de piedra, su superficie estaba cubierta por un manto de musgo que se adhería firmemente, dándole un aspecto casi vivo.

Sus esfuerzos por esconderse detrás de los árboles resultaban inútiles debido a su impresionante tamaño; ojos y boca, también esculpidos en piedra, nos miraban con una mezcla de curiosidad. La criatura poseía unos notables brazos de piedra, articulados y definidos, con manos y dedos que sugerían una sorprendente capacidad de movimiento, a pesar de su aparente rigidez pétrea.

Mi instinto me llevó a extender la mano hacia la espada que yacía cerca.

—Tranquila —susurró Dalton de nuevo, su mano sujetando mi brazo con suavidad para disuadirme de tomar la espada.

La criatura no estaba sola; detrás de ella, un conjunto de figuras más pequeñas, similares en aspecto, pero de estatura mucho menor, se agrupaban a su alrededor, como si buscaran protección en su presencia.

—¿Qué son? —le pregunté, todavía sentada a su lado.

Él se había acomodado y había apoyado los brazos sobre el suelo para yacer de espaldas mientras observaba mi reacción.

—Se llaman tundras, son criaturas pacíficas que viven en los rincones más húmedos de los bosques. Son expertos en camuflarse entre las rocas, como acabas de ver —explicó tranquilamente mientras observaba a los seres de piedra.

Con cautela, retiré mi mano de la espada y me quedé mirando cómo las criaturas más pequeñas se acercaban.

—¿Existen muchos otros seres como estos en el bosque, que no requieren de jinetes?

Dalton asintió, sus ojos seguían a los pequeños con una mirada que denotaba tanto curiosidad como familiaridad.

—Con el paso de los años, estos bosques se han llenado de seres que no poseen ningún tipo de magia o poder especial, al menos no uno que nosotros conozcamos. Hace unos cuatrocientos años comenzaron a aparecer las primeras. Al principio, confundirlas con las criaturas feéricas era fácil, pero luego entendí que son distintas, son como los mortales, sin poderes.

—¿Como yo?

—Sí, como tú. Aunque no tengan magia en sí mismas, han nacido de ella, lo que me da mucho en qué pensar.

Me giré hacia él intrigada.

—¿Te hace pensar? ¿En qué?

Dejó escapar un suspiro, sus ojos volvieron a enfocarse en mí.

—En los últimos doscientos años, han aparecido en los bosques cada vez más de estas criaturas. Su presencia significa que la magia fluye en estas tierras.

Los últimos doscientos años… Lo decía como si hubieran pasado apenas dos días, como si el tiempo se deslizara con rapidez. Por los dioses, aquel hombre tenía siglos de experiencia y, sin embargo, parecía tener la edad de Nolan, tal vez solo unos años más. La idea era casi imposible de asimilar. Pero luego pensaba en todo lo que cargaba sobre su espalda.

Un imperio.

Miré a Dalton, tratando de encontrar algún rastro del tiempo en su rostro, no había ninguna pista visible, parecía técnicamente imposible todo lo que me contaba, por no hablar de su cuerpo.

«Su maldito cuerpo…».

—¿Cuántos años tienes en realidad, Dalton? —pregunté.

Noté un cambio en su mirada al mencionar su nombre, como si se oscureciera por un instante.

—Más de los que podrías imaginar —respondió por fin—. He visto ciudades enteras alzarse y caer, he caminado por tierras que ya no existen, he conocido a personas cuyos nombres se han perdido en el tiempo y he escuchado canciones antiguas que ya nadie recuerda. He presenciado guerras que cambiaron el curso de la historia y he sentido la paz de las eras olvidadas.

La enormidad de su existencia me hizo sentir pequeña, pero también me llenó de una extraña determinación. Había tanto que no

sabía, tanto que necesitaba aprender.

Se llevó la mano derecha, apoyada en la hierba, al hombro izquierdo y lo apretó.

—Han pasado cuatrocientos cincuenta años desde que comencé a gobernar este imperio, y seguiré aquí, hasta el final de mis días.

Y ahí estaba yo, sentada junto a un ser cuya vida se extendía a través de siglos.

—Casi medio milenio —repetí en un susurro para mí misma, intentando asimilar la idea—. Has visto el mundo cambiar, evolucionar… y, aun así, eliges pasar tu tiempo enseñándome a luchar, a una mortal. Has caído un poco bajo, ¿no, emperador? —lo solté con un toque de humor, algo que creía haber olvidado cómo usar.

Por un momento, una sonrisa genuina y suave se dibujó en su rostro. La más sincera que había visto en él hasta ese momento.

—Volveremos aquí, pero la próxima vez no solo practicarás con la espada —dijo al tiempo que se levantaba y me ofrecía la mano. La tomé y, con un fuerte tirón, me ayudó a ponerme de pie—. Vamos a despertar esa magia. Haremos que esa ave fénix despierte.



22

Eda

Nos hallábamos tumbados sobre la hierba húmeda, envueltos en la oscuridad de la noche, bajo el cielo abierto.

Mis pechos pegados al suyo, nuestras respiraciones entrelazadas. Dalton Basilius sostenía mi cabeza por la nuca, sus dedos se perdían en mi cabello y tiraban con suavidad de él para inclinar mi cabeza hacia atrás.

Su poder me acarició y sentí un escalofrío en el cuello. Inspiré hondo y su inconfundible esencia me embriagó.

Un gemido involuntario se escapó de mis labios.

Su cabello negro estaba desordenado, sombras y luces jugaban en los mechones despeinados que le caían por la frente.

Su otra mano descansaba en mi cintura y poco a poco se deslizaba hacia abajo para rozar con delicadeza el cuero de mi uniforme, hasta llegar a mi culo.

—Esto está siendo una puta tortura… —Su voz se transformó en un gruñido gutural, seductor y hambriento.

Dalton se levantó un poco y se quedó sentado sobre la hierba, mientras yo permanecía a horcajadas encima de él. Mis caderas se apretaban contra las suyas, y él se pasaba la lengua por el labio inferior.

Humedeciéndolo.

Su otra mano se había deslizado hacia abajo, y ahora él me apretaba el culo con tanto ímpetu que noté los diez dedos de sus manos clavándose en mi piel.

Levantó la cabeza para mirarme, sus ojos brillaban intensamente, llenos de deseo.

Con un movimiento rápido y fluido, Dalton cambió nuestra posición y quedé bajo él, mi espalda presionada contra la hierba.

Mi pecho se elevaba y descendía a un ritmo frenético, mi aliento entrecortado llenaba el aire frío de la noche, mientras sentía el peso de su cuerpo sobre el mío.

—Voy a tocar y saborear cada centímetro de tu piel. Voy a hacer que me supliques que no pare.

Esas palabras indecentes e inmorales encendieron un fuego en mi interior, provocando que un calor abrasador se extendiera desde mi vientre y avivara sensaciones que nunca creí experimentar.

El emperador de Pramvera se arrodilló sobre la tierra, justo delante de mí, y con él dedo índice empezó a trazar una línea a lo largo de mi muslo.

Mis dedos se entrelazaron con la hierba, fresca y húmeda. Las diminutas gotas de rocío, depositadas como perlas brillantes sobre cada brizna, humedecieron mis manos.

—Quiero ver cómo te retuerces de placer —volvió a repetirme—. Quiero oír tus gemidos en mi oído.

—Dalton… —le supliqué.

Miré hacia el cielo, donde las estrellas parpadeaban con intensidad, salpicando de luz la oscuridad nocturna.

—Mírame, Eda —me ordenó mientras alargaba la mano y me cogía de las mejillas con el índice y el pulgar para que lo mirase a los ojos.

Y lo hice, lo miré directamente a los ojos, a esos profundos iris verdes.

—Buena chica.

Arrodillado, comenzó a desatar mis botas sin apartar su intensa mirada de mí, que me examinaba de arriba abajo, contemplando cada una de mis curvas, sin ninguna prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo, como si quisiera trazar un mapa de mi figura y grabárselo a fuego en la memoria. Y luego, con una lentitud que hacía que me retorciera, subió sus manos hasta el tiro de mis pantalones de cuero.

Con delicadeza, los deslizó por mis piernas, cada movimiento preciso y cuidadoso.

Mi espalda se arqueó.

Me besó la entrepierna, como si supiera qué debía hacer para que todos mis escrúpulos, prejuicios y miedos se desvanecieran. Enterré mis dedos en esa melena tan sedosa, tan brillante, tan negra mientras con su lengua me lamía, dibujando círculos sobre mis muslos húmedos.

Tenía los nervios a flor de piel y, en un acto reflejo, tensé todos los músculos del cuerpo. Estaba rígida, casi agarrotada.

Él levantó la cabeza de entre mis piernas.

—Voy a lamerte, Eda —su mirada se oscureció de deseo—, vas a ser mía.

Desperté de golpe, bañada en un sudor frío que me hacía sentir como si me hubiesen sumergido en agua.

Mi cabello se pegaba a la piel de mi nuca en mechones húmedos y desordenados.

Mis dedos se aferraban con tal fuerza a las suaves sábanas de seda que cubrían la amplia cama, que casi podía sentir el tejido cediendo bajo la presión.

Mi pecho subía y bajaba con rapidez, cada respiración era más agitada y profunda que la anterior, como si tratara de capturar cada molécula de aire disponible en la habitación.

«Todo ha sido un sueño. He tenido un sueño erótico con Dalton Basilius».

Aún reinaba la oscuridad, y el aire fresco se filtraba a través de las cortinas, deslizándose suavemente por las amplias ventanas que dominaban la estancia.

Con movimientos suaves, me desplacé hacia el borde de la cama hasta quedar sentada, las manos apoyadas delicadamente a ambos lados, ejerciendo una presión tenue sobre el mullido colchón.

La imagen del emperador se aferraba a mi mente, y la idea de que pudiera saber que había soñado con él me enviaba escalofríos, sobre todo teniendo en cuenta que hoy entrenaría con él.

Su capacidad para leer mis pensamientos como si fueran páginas de un libro abierto me perturbaba.

Nunca, en los veintiún años de mi vida, había experimentado un sueño tan íntimo con alguien. Más extraño aún era que nunca… yo nunca… había besado a nadie. No sabía lo que era sentir el roce de unas manos ajenas sobre mi piel, y me resultaba incomprensible cómo mi mente había sido capaz de fabricar una fantasía tan vívida. ¿Cómo había podido imaginarme al emperador entre mis muslos, con esa lengua húmeda que me hacía retorcerme como si estuviera sobre brasas ardientes…?

Oculté mi rostro entre mis manos y dejé caer la cabeza hacia delante. No podía ser verdad…

Y entonces, a través de los espacios entre mis dedos, una luz deslumbrante comenzó a llenar la habitación, despejando las sombras con su intensidad. Levanté la cabeza, aparté las manos de mi rostro y allí estaba, el fuego fatuo, flotando justo sobre el suelo…

Despacio, me puse de pie descalza sintiendo el frescor del mármol bajo las plantas. Me moví hacia el fuego fatuo atraída.

Cada paso me llevaba más cerca, y mi cuerpo se movía con una cautela casi instintiva, como si temiera que el más mínimo sonido pudiera hacer que desapareciera.

Y justo cuando estaba a punto de extender la mano para tocar esa esfera de fuego azul, en un parpadeo, se esfumó, dejando tras de sí solo la oscuridad.

No pude volver a dormir en toda la noche.



23

Eda

Como era costumbre, todas las mañanas nos reuníamos para entrenar con el comandante Kaiden en el valle Espejo, el lugar designado para nuestros entrenamientos diarios de combate sin armas y con la espada.

Hoy frente a nosotros, dos robustos bastidores de madera atestados de un variado arsenal: espadas, arcos, hachas, lanzas y dagas de diversas formas y tamaños. En el otro extremo, se alineaban múltiples dianas.

La niebla matutina aún envolvía la hierba, ocultando las montañas que se extendían más allá del valle.

Resultaba extraño, el comandante siempre era el primero en llegar, y su ausencia empezaba a notarse. Allí estábamos todos, con el sueño todavía pegado a los ojos sin poder dejar de bostezar.

Apenas unos instantes después, percibimos un sonido de pasos a nuestras espaldas.

Empezaba el entrenamiento.

—Despertaos y poneos firmes, esto no es el puto recreo. —La voz del emperador cortó el aire mientras pasaba por nuestro lado. Al escucharlo, mi sangre se heló.

Acto seguido, todos bajamos y subimos la cabeza en señal de saludo.

«Esto no puede estar pasando».

Su cabello lucía más desordenado de lo normal, como si hubiera estado pasando sus dedos por él repetidamente.

Tragué saliva al mirarlo.

—Hoy entrenaréis conmigo —anunció mientras cruzaba las manos detrás de su espalda—. Ayer estuvisteis en el Domo de Dunas junto a las criaturas feéricas. Allí estabais a salvo porque la arenisca luminis anula cualquier poder. Sin embargo, fuera de ese lugar hay muchos sitios donde vuestro poder de vinculación se desvanecerá por completo, y en esos momentos, solo podréis confiar en vuestras armas.

Se pasó la lengua por los labios para humedecerlos suavemente. Solo con traer ese sueño a mi mente los pelos se me erizaban, como una ola de escalofríos que recorría mi cuerpo de arriba abajo.

—La vinculación os concede poderes que van más allá de lo que podríais imaginar. Pero recordad siempre este principio: no todos esos poderes pueden desatarse a voluntad. —La mirada de Dalton Basilius barrió el grupo, fija y penetrante, antes de detenerse en el arsenal dispuesto sobre los bastidores—. Hoy no solo será un entrenamiento con la espada.

Se dirigió hacia uno de estos y cogió dos puñales.

Sin perder un ápice de seriedad, sostuvo una daga en cada mano y las evaluó por un breve instante como si calibrara su peso y balance. Luego ejecutó un movimiento fluido y preciso de muñeca y lanzó ambos cuchillos en una rápida sucesión.

Las dagas cortaron el aire y se clavaron en el centro exacto de las dos dianas.

—Es por eso por lo que la habilidad para manejar distintas armas, para luchar incluso sin recurrir a nuestros poderes de vinculación, es crucial. Hay momentos en los que una espada en mano o la destreza en el combate sin armas pueden salvar más vidas que cualquier poder —dijo el emperador, que se giró hacia nosotros e hizo un breve gesto hacia los bastidores—. Arcos, hachas, lanzas o dagas. Elegid rápido.

Calen fue el primero en moverse. Aunque intentó disimularlo con una sonrisa, no podía ocultar del todo su nerviosismo. Tomó una de las dagas y la lanzó hacia la diana, pero, a pesar de sus esfuerzos, esta se desvió y terminó su vuelo en la hierba.

Nadie se rio.

—No esperéis dominar estas habilidades de la noche a la mañana —nos recordó el emperador, que observaba con los brazos cruzados y una mirada seria.

Desde el fondo de la fila, Elandra animó a Calen:

—Sigue intentándolo, Calen. ¡La próxima vez será mejor!

El emperador, sin perder el ritmo, me señaló entonces.

—Es tu turno, Eda. Elige tu arma.

Me moví hacia los bastidores de armas, mi mirada se deslizó sobre las filas ordenadas de arcos y espadas hasta posarse en las dagas.

Después de todos los entrenamientos secretos en la granja era la que me ofrecía más confianza.

Entre todas ellas, una en particular capturó mi atención: su mango brillaba con un tono morado intenso que contrastaba de manera llamativa con el negro mate de su filo. Me decanté por ella.

Ajusté mi postura como pude y apunté hacia la diana. Era muy consciente de que la mirada de Dalton Basilius estaba sobre mí.

Con la calma del valle como mi aliada, exhalé y la lancé.

El vuelo del arma fue un parpadeo y, de alguna manera, encontró su camino hacia el centro exacto de la diana.

La sorpresa me inundó tanto como a mis compañeros.

Mientras me dirigía para unirme al final de la fila, mi hermano, muy sorprendido, me preguntó:

—¿Has estado practicando con la daga? Sé perfectamente que lanzar así no es lo tuyo.

—Solo ha sido la suerte del novato —mentí, tratando de quitarle hierro al asunto con un leve encogimiento de hombros.

Nolan nunca supo que, cuando él no miraba, me escapaba al bosque para entrenar con las dagas.

—Siguiente.

Después de mí, fue el turno de Nolan de probar suerte con el hacha. Su lanzamiento, aunque potente, impactó justo al lado de la diana, no en el centro, como había esperado. Luego, Elandra y Adriel hicieron sus tiros, mostrando su personalidad en cada movimiento y lanzamiento.

Era el turno de Liral.

Con esa seguridad que siempre la acompaña, Liral se dirigió sin titubear al bastidor de armas y, decidida, cogió un arco.

Con este ya en sus manos, giró ligeramente, no hacia las dianas, sino hacia el cielo, aún cubierto de niebla.

La manera en que tensaba la cuerda, rozándola con suavidad antes de estirarla, y cómo sostenía el arco apuntando al cielo, dejaba claro que no era la primera vez que lo utilizaba.

Entonces soltó la cuerda. La flecha se lanzó hacia la niebla. En un instante, un pájaro cayó del cielo, atravesado por la flecha.

El silencio reinó.

El emperador permaneció impasible, ni siquiera se molestó en mirar al pájaro.

Liral se reincorporó al final de la fila con una calma inalterable. Mientras pasaba junto a nosotros, Elandra no pudo contener un comentario ácido.

—Sádica.

Liral no perdió el paso ni la compostura, pero le respondió sin mirar atrás:

—Tu habitación está al lado de la mía. No me retes, soy capaz de hacer que una flecha atraviese la pared.

Elandra, lejos de amilanarse, replicó con una sonrisa burlona:

—Espero que apuntes bien entonces.

Dalton Basilius dio un paso hacia nosotros.

—Vuestro pelotón no es el enemigo. Y cuando estéis en vuestros escuadrones, ellos tampoco lo serán. El odio es algo que solo queda en los corazones de los vivos; pero el enemigo, ese no se detendrá por nada. Así que no lo olvidéis. —Se giró hacia la puerta del palacio.

Y entonces mi mirada se desvió hacia allí y se encontró con la capitana Misso, quien nos observaba.

—Capitana —el emperador le dedicó una sonrisa sobria—, puede comenzar.

—Con mucho gusto, Su Alteza Imperial. —Todos sabíamos a qué se referían.

En ese momento, como si nuestras realidades se doblasen bajo un poder mayor, la visión de la capitana Misso nos inundó. La hierba bajo nuestros pies se transformó en un manto blanco de nieve, mientras el cielo antes claro se oscurecía.

—Esto no puede estar pasando otra vez —murmuró Calen.

—Será mejor que cojáis todas las armas que podáis y apuntéis bien —ordenó la capitana acercándose al emperador. Ambos observaban desde la distancia, sus rostros imperturbables, pero sus ojos delataban la gravedad del momento.

Sin dudarlo, corrimos hacia los bastidores detrás de nosotros, cargando nuestras manos y nuestras almas con todo lo que pudimos encontrar.

Deslicé dos dagas dentro de mis botas y tomé una espada.

—Ahora sí que empieza el verdadero entrenamiento, nada de lanzar a simples dianas —comentó Adriel, mientras se armaba con una lanza en un tono más serio del habitual.

—Nos están poniendo a prueba. Es hora de dejar las bromas y tomarnos esto en serio —añadió Nolan elevando la voz.

En un abrir y cerrar de ojos, nos encontramos por completo rodeados.

Los wendigos, seres de apariencia aterradora con sus cuerpos esqueléticos y miradas huecas, se acercaban lentamente, cerrando el círculo en torno a nosotros.

A medida que la distancia se reducía, podíamos ver con mayor claridad sus rasgos: sus pieles pálidas y tensas sobre los huesos prominentes, y sus ojos, profundos y vacíos de cualquier atisbo de humanidad.

Lo más inquietante eran sus bocas, entreabiertas en una mueca grotesca, revelando filas de dientes afilados manchados de sangre.

—Debemos formar un círculo, espalda con espalda. Así cubriremos todos los ángulos de ataque —propuse.

Y sin dudarlo, todos nos movimos instintivamente para formar un círculo, posicionándonos espalda con espalda.

—Escuchad bien, la clave para enfrentarse a estos monstruos es moverse con agilidad y atacar con precisión. Los wendigos, aunque rápidos, tienen puntos vulnerables; debéis apuntar a las articulaciones y a la cabeza. No perdáis el tiempo con el pecho, no tienen un corazón que destruir. Es crucial acertar en esos puntos para ralentizarlos o, si tenéis suerte, acabar con ellos de una vez —ordenó el emperador, su mirada afilada como una hoja, como si ya pudiera ver el resultado de la batalla antes de que esta comenzara.

En ese momento de caos controlado, uno de los wendigos se abalanzó hacia mí desde un costado.

Recordé las instrucciones del emperador y cogí la espada con ambas manos, sintiendo una familiaridad sorprendente con su peso y balance, lo que me confirmó que mi cuerpo recordaba el entrenamiento.

Levanté la espada con fuerza y separé la cabeza del cuerpo del wendigo en un solo golpe. Al instante, su figura comenzó a desintegrarse y se desvaneció en el aire como si estuviera hecha de polvo, probablemente fruto de que no era más que una visión.

—¡A las articulaciones y la cabeza! —gritó Nolan desde otro punto del círculo.

Casi sin darme tiempo para recuperarme, otro wendigo lanzó su ataque por mi derecha.

Su apariencia era tan real que por un momento olvidé que todo era parte de una visión. Con un movimiento despiadado, el ser esquelético arrebató mi espada de mis manos y la lanzó lejos, hundiéndola en la nieve.

En ese instante crítico, Elandra se colocó a mi lado.

—¡Juntas! —me gritó.

No había tiempo para dudar; saqué rápidamente las dagas que había guardado en mi bota. Aunque prefería la espada por la distancia que me ofrecía del enemigo, la cercanía del wendigo no me dejaba opción para usar la daga de otra manera que no fuera en combate cuerpo a cuerpo.

Elandra, aún familiarizándose con la espada, intentó un tajo a la pierna del wendigo. Su golpe, aunque decidido, careció de la fuerza necesaria.

Vi mi oportunidad y giré alrededor de él hasta quedar a su espalda.

Tomé una profunda respiración y entonces clavé la daga en su cuello. Al contacto, su figura comenzó a desintegrarse, desvaneciéndose en una nube de humo gris que se dispersó en el viento helado.

Me giré hacia mi pelotón.

Liral, con su arco en mano, disparaba flechas hacia los wendigos que se acercaban desde la distancia. Calen y Adriel, un poco más a mi izquierda, luchaban codo con codo contra otros dos. Y Nolan, en

medio de la oscuridad, empuñaba su hacha no solo como un arma, sino como una extensión de su propia determinación.

No había rastro de temor en su postura; cada golpe que daba era potente, decidido.

—Esto es solo una visión. En la realidad, los wendigos son infinitamente más letales. No te dejes engañar por su apariencia; son fuertes, y no solo vendrán dos a por vosotros, serán miles. —La voz de Dalton Basilius irrumpió en la escena y me arrancó del frenesí de la batalla.

El emperador permanecía inmutable junto a la capitana, observándonos con una calma imperturbable que casi rozaba el aburrimiento.

Apenas le dediqué una mirada fugaz, pero eso fue suficiente para bajar la guardia.

En ese instante de distracción, uno de los wendigos aprovechó y lanzó un ataque, sus garras buscando mi brazo con una ferocidad aterradora.

Reaccioné por puro instinto y me moví con la velocidad que el entrenamiento me había dado. Mi primera daga se hundió en su antebrazo y frenó su ataque en seco. Sin perder el ritmo, giré sobre mis talones y clavé la segunda en su cuello, cortando su vida antes de que pudiera contraatacar.

Cualquier distracción te puede costar la vida, no quites los ojos de esos muertos. Había elegido un mal momento para meterse en mi cabeza, aunque, para ser sinceros, ya estaba en ella.

Me giré otra vez hacia él y, en ese momento, vi cómo un wendigo se le acercaba por detrás, el emperador no se giró a mirarlo.

Si lo que quería era una demostración, estaba decidida a dársela.

Sin titubear, volví a levantar la daga. En esa ocasión no hubo dudas en mi mente ni en mi brazo, como si hubiera practicado ese movimiento miles de veces antes, lancé la daga, que pasó justo al lado del emperador, y vi cómo se clavaba con un golpe letal en la cabeza del wendigo.

Dirigí mi mirada hacia Dalton y pude ver el fuego negro ardiente en su pupila.

Buena chica, me susurró.

Sabía que había soñado con él.



24

Eda

Recorría el ala oeste del palacio mientras recordaba cómo la primera vez que pasé por allí todo estaba envuelto en la oscuridad de la noche y el único guía en aquellos pasillos laberínticos era el resplandor del fuego fatuo.

Sin embargo, el escenario había cambiado drásticamente; la luz del día inundaba el espacio, colándose a través de los enormes ventanales que cortaban las paredes de mármol y los rayos del sol revelaban el polvo en el aire.

Al girar hacia la izquierda, la enorme puerta de la biblioteca se mostró ante mí.

Sentía pánico por entrar; habían pasado días desde que vi a Dalton por última vez, montado en Long durante uno de los entrenamientos con el comandante Kaiden. Supuse que se había ocupado de asuntos fuera de Pramvera, pero no había dicho nada

sobre su partida, simplemente subió al dragón y se fue. Sabía que no tenía obligación de comunicarme sus movimientos o cuánto tiempo estaría fuera del palacio.

Aquella mañana, Camille me había informado de que el emperador quería verme en la biblioteca en diez minutos. Así que en esos momentos me encontraba frente a la puerta, con la mano posada en el pomo, lista para entrar.

Al abrirla comprobé que la biblioteca estaba vacía, envuelta en un silencio absoluto. Alcé la vista hacia el techo y noté la ausencia de las constelaciones, solo había madera sobre mí, sin rastro de aquel cielo estrellado.

Avancé hacia el centro de la habitación, donde se encontraba un enorme escritorio de madera y varios sillones delante de él, todos ellos dispuestos sobre una alfombra de un profundo color negro.

Al acercarme más al escritorio, mi atención fue capturada por un detalle inesperado: encima del escritorio no había libros ni papeles, sino ocho pequeñas setas.

Me detuve en seco.

Esas criaturas, de unos diez centímetros de altura, no solo poseían ojos, manos y pies, sino que también estaban armadas con palillos, que blandían como si fueran diminutas… ¿lanzas?

Cada una de ellas brillaba con los tonos del arcoíris, desde el rojo intenso hasta el violeta profundo, pasando por el azul celeste y el verde esmeralda.

Intrigada, avancé unos pasos más hasta quedar a una corta distancia de ellas y me agaché para ponerme a su altura. Durante unos segundos, las setas me observaron, y luego, en un gesto

sorprendentemente amistoso, soltaron los palillos y se lanzaron al suelo para bajar del escritorio.

Mi confusión creció, pero el miedo no era parte de lo que sentía en ese momento; era una emoción del todo distinta a cualquier cosa que hubiera experimentado en palacio. Esas pequeñas y en apariencia inofensivas setas descendieron del escritorio y corrieron hacia mí.

Permanecí agachada, sin moverme, mientras ellas se posicionaban frente a mí y empezaban a dar saltos, como si estuvieran contentas…

—Se llaman fungos guardianes. —La voz de Dalton irrumpió en el momento, recordándome a qué había acudido a aquella estancia—. Antes de que alguien toque el pomo de la puerta, ellos ya están alerta, vigilando quién entra. Parece que no tienen nada mejor que hacer.

Me giré, todavía agachada, y lo vi caminando hacia el escritorio con un par de montones de libros en las manos.

Me puse de pie de un salto mientras él se acercaba a la mesa.

Dalton dejó los libros sobre la superficie del escritorio, el sonido sordo de los volúmenes chocando contra la madera retumbó en la habitación. Luego, volvió su mirada hacia mí.

Aquel día no llevaba mi uniforme habitual, me había dado un baño rápido y me había dirigido directamente a la biblioteca, optando por ponerme unos pantalones de cuero del uniforme y una camiseta de tirantes blanca.

Podía sentir el peso de su mirada recorrerme desde los pies hasta la cabeza, deteniéndose momentáneamente en cada detalle: la

forma en que los pantalones se ajustaban a mis caderas, la camiseta que dejaba al descubierto mis hombros y brazos.

Sus ojos se detuvieron en mi cabello, aún húmedo, con algunas gotas de agua que caían con lentitud y se deslizaban por la camiseta blanca, dejando pequeños rastros húmedos en la tela.

No pude evitar enderezar mi postura bajo su escrutinio. Después de haber soñado con él, sentía una oleada de vergüenza cada vez que intentaba mirarlo, pero sabía que era inútil tratar de ocultarle algo.

Él tenía el poder de conocer cada pensamiento que cruzaba por mi mente.

—Fungos guardianes. —Bajé la mirada hacia las pequeñas setas que seguían saltando a mis pies—. Son como los tundras, ¿verdad? Seres nacidos de la magia, pero sin ningún poder.

—Exacto. Un día aparecieron aquí en la biblioteca y no han vuelto a irse —resopló, como si hablara de un hecho cotidiano.

—¿Sabes por qué aparecieron?

No sabía qué más decirle, ignoraba por qué me había llamado, pero hablar de las setas parecía lo más seguro. Sentía cómo los nervios me atenazaban, pero al menos podía mantener la conversación.

—Al principio, creí que el retorno de la magia a Pramvera y mi vinculación con un dragón habían sido el detonante para que muchas criaturas nacieran. Cuanto más mortales se vinculaban y se convertían en jinetes, más criaturas aparecían y más magia envolvía al imperio. Pero con el paso de los siglos, empecé a pensar que no es que nacieran, sino que despertaban. Siempre estuvieron aquí, esperando su momento para resurgir.

—¿Retorno de la magia? ¿Quieres decir que antes de vincularte con el dragón no existía la magia?

—Hace cuatrocientos cincuenta años, el emperador de Pramvera era mi padre, un simple mortal que creía tener derecho al trono solo porque sus antepasados fueron jinetes.

—¿Y acaso no es así como funcionan los tronos en un imperio?

Cada vez que recordaba que Dalton Basilius tenía cuatrocientos sesenta y dos años, mi sangre se helaba de nuevo.

—Solo puede sentarse en el trono quien posea más poder, quien sea capaz de destruir el mundo si así lo desea.

Y precisamente por esa razón él se encontraba en el trono, y por esa misma causa había sido el único en gobernar como emperador durante casi medio siglo. Porque solo él poseía el poder suficiente como para destruir el mundo si así lo decidía.

Retomó su explicación.

—Hacía más de mil años que la magia se había extinguido de Pramvera. Los Basilius habían ocultado muy bien que esta ya no fluía por sus venas. Sin embargo, la gente comenzó a sospechar, puesto que las criaturas feéricas habían desaparecido por completo y ya no se veía a ningún jinete sobrevolando la ciudad o las montañas. Al darse cuenta de que la magia se había desvanecido de los miembros imperiales, se formaron varias entidades en busca del trono; el pueblo que antes nos rendía lealtad se rebeló contra nosotros.

Él hiló una pausa.

—Aunque los Basilius ya no fueran jinetes, seguían siendo los emperadores y tenían bajo su mando un enorme ejército. Las entidades no eran más que grupos de personas contra un imperio, por lo que no resultaban difíciles de controlar. Sin embargo, el hecho

de que la gente se revelara causó mucho revuelo y miedo entre la población, debilitando a Pramvera. La guerra continuó hasta que un niño mortal de tan solo doce años se convirtió en el primer jinete de dragón después de muchos siglos. El pueblo se arrodilló ante él y las entidades opuestas a la corona se disolvieron. Y así ha sido hasta el día de hoy.

En ese momento, estábamos frente a frente, él con la serenidad y autoridad que lo caracterizaban, y yo aún intentando digerir sus palabras.

La distancia física entre nosotros se había reducido. Sus ojos, esos que habían visto siglos pasar, me miraban con una profundidad inescrutable, como si esperaran ver cómo reaccionaba ante la verdad de nuestro mundo y su historia.

Tragué saliva y bajé la cabeza, tenía demasiadas preguntas.

—Antes de vincularte con el dragón, ¿sabías que los mortales que no fueran de sangre imperial podían ser también jinetes y convertirse en inmortales?

—No, no lo sabía. No fue hasta cincuenta años después de mi vinculación que un joven mortal de Valdemar vino a palacio con una criatura feérica.

—¿Qué criatura era? —pregunté.

—Una mantícora.

Recordé lo que había dicho la capitana Misso sobre los líderes de los escuadrones: «Fuimos los primeros en vincularnos con la primera criatura de cada especie». Eso significaba que la primera mantícora…

—El comandante Kaiden —murmuré con voz áspera, uniendo las piezas en mi mente.

—El mismo.

Todo empezaba a encajar, como piezas de un complejo rompecabezas que finalmente encontraban su lugar.

—¿Y la capitana Misso?

—Misso fue el tercer jinete —continuó—. Solo tenía once años cuando la encontramos en el bosque de Valdemar, durmiendo bajo el ala de un hipogrifo.

—Once años… —repetí, intentando visualizar en mi mente a una niña tan joven, probablemente asustada y sin idea de lo que el futuro le depararía.

—Fue su vinculación con el hipogrifo lo que le salvó la vida. Cuando la encontramos, su ojo izquierdo estaba destrozado, y no fue la criatura quien se lo hizo. —Noté cómo su puño se contraía—. De no haberse vinculado, su padre la habría matado en cuestión de días.

Sentí que el corazón se me encogía ante la idea.

«¿Cómo puede un padre siquiera contemplar la idea de hacerle daño a su propia hija?».

—A veces, el verdadero mal no necesita poderes para manifestarse; la oscuridad ya vive en el corazón de algunos.

De forma instintiva, me mordí el labio, conmocionada por la crueldad de tal acto.

—Según explicó la capitana, la inmortalidad permite que las heridas sanen en cuestión de segundos, que no sangres, que no queden cicatrices en tu cuerpo. ¿Por qué su ojo no sanó?

—La herida de su ojo se hizo antes de su vinculación, por eso su cicatriz sigue ahí.

Hice una pausa mientras asentía con la cabeza, y luego pregunté:

—Entonces ¿por eso reclutáis a mortales de Valdemar? ¿Hay algún jinete que se haya vinculado con alguna criatura que no sea de Valdemar?

Dalton dio un paso hacia mí y sentí cómo la saliva se me atascaba en la tráquea ante su acercamiento.

—Si sigues haciendo tantas preguntas, voy a tener que pedirte algo a cambio —dijo con arrogancia—. Una pregunta por otra. Es lo justo, ¿no?

Dudé un momento antes de responder.

—Adelante, pregúntame lo que quieras. Pero juegas con ventaja. Tú puedes meterte aquí —dije señalando mi sien con el dedo índice —. Solo tienes que deslizarte para saber lo que estoy pensando.

Él se humedeció los labios, un gesto que había empezado a significar mucho para mí.

—Sentémonos —sugirió, señalando con la mano hacia uno de los sillones.

Me dirigí al más cercano y me acomodé en él. Era un mueble antiguo, de madera oscura tallada, cuyo tapizado estaba ligeramente desgastado por el uso. Los fungos guardianes, que cesaron sus saltos cuando tomé asiento, se acercaron a mis pies y se dispusieron alrededor de ellos. Ese momento se estaba convirtiendo con rapidez en la experiencia más insólita que había vivido.

Motivada por la curiosidad bajé la mano para tocarlos. Al hacerlo, acaricié sus cabezas y no pude evitar sonreír ante la ternura de aquel gesto. Al retirarla y mirar mis dedos, vi que brillaban, cubiertos de un polvo de colores vivos y luminosos.

Cuando levanté la mirada hacia Dalton, que se había sentado frente a mí, noté que también esbozaba una leve sonrisa en sus

labios.

«¿Sonriendo? Esto sí que es algo insólito».

—¿Así que ahora que estamos cómodos vas a empezar a acribillarme a preguntas? ¿Era esa la idea? —le cuestioné desafiante.

—Primero, Eda, voy a enseñarte a bloquearme y después te acribillaré a preguntas —respondió con serenidad.

—¿Bloquearte?

—Sí, es injusto que yo pueda leer tus pensamientos mientras que tú no puedes hacer lo mismo con los míos. Así que, si vamos a ser justos, te enseñaré a bloquearme. De esa manera, no podré leer nada de lo que piensas y, además, podrás soñar conmigo sin preocupaciones —dijo mientras se inclinaba hacia delante con una sonrisa pícara que prometía desatar el mal.

El aire se me quedó atascado en la garganta, incapaz de salir, mientras sentía cómo mis mejillas se calentaban al rojo vivo, como si hubieran estado expuestas al sol todo el día.

Claro que sabía que había soñado con él, ¿cómo no iba a saberlo? Casi había gritado su nombre en sueños y, con lo arrogante que era, resultaba obvio que no dejaría pasar la oportunidad de recordármelo.

Buena chica.

Sacudí mi mente, apartando todos esos pensamientos vergonzosos, toda aquella noche, e intenté actuar como si no lo hubiera escuchado. ¿Qué más podía decirle? A veces, el silencio es el único refugio seguro.

—¿Cómo puedo hacer eso? —pregunté.

Se recostó en un sillón idéntico al mío. Sus labios mantenían esa sonrisa ladeada y provocativa, la cual hacía que mis manos se

apretaran a los lados del sillón, sintiendo la textura del cuero desgastado bajo mis dedos.

—Cierra los ojos —me indicó, y obedecí—. Imagina un valle, un vasto valle cubierto de nieve. Sitúate en el centro, siente el frío aire en tu piel y el crujido suave de la nieve bajo tus pies. A tu derecha, no hay más que un horizonte infinito de blancura. A tu izquierda, el mismo panorama desolador. Todo está en calma, todo está vacío, excepto tú y el silencio absoluto que te rodea.

Visualicé el escenario descrito y me visualicé en el centro de un valle azotado por una tormenta de nieve, sintiendo el frío y la soledad del lugar en mi mente.

—Ya lo tengo, ¿y ahora?

—En el lado izquierdo, imagina un ancla, y en el derecho, otra —dijo en un tono tranquilo y metódico. Asentí con la cabeza para indicarle que continuara—. Ahora, en una de esas anclas, elige solo un pensamiento. Ese pensamiento será lo único que escucharé cuando intente adentrarme en tu mente.

Cerré los ojos con más fuerza mientras me concentraba. Elegí un pensamiento y lo deposité en el ancla izquierda.

—Ya está.

—Bien. Ahora, en el ancla que no hayas elegido, la derecha, estarán todos tus demás pensamientos. Para protegerlos, debes imaginar una barrera entre las dos anclas. Una tan alta, tan grande y fuerte que nadie pueda atravesarla. Ninguna fuerza podrá romperla, y así, nadie podrá llegar a tus pensamientos. Hazlo ahora.

Visualicé una pared inmensa, de un grosor impenetrable que se levantaba entre las dos anclas.

—Hecho —dije con determinación, abriendo los ojos para encontrarme con la mirada de Dalton.

Se había inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las piernas. Podía ver cómo se le marcaban los músculos bajo el uniforme, y cómo su cabello caía desordenado sobre su frente, tal vez despeinado por haber volado sobre Long. La cercanía y su postura me hicieron notar cada detalle, desde la tensión en su mandíbula hasta la profundidad de sus ojos.

—¿A dónde vas cuando no estás en palacio? Desapareces durante días —pregunté con un tono de voz suave, tratando de no sonar demasiado intrigada.

Él me miró con una sonrisa ladeada, como si disfrutara de mi curiosidad.

—Vaya, así que estoy en tu punto de mira.

—No es que te esté vigilando —respondí apresurada—. Simplemente me doy cuenta cuando te ausentas, en especial cuando un dragón vuela sobre mi cabeza. Es difícil pasarlo por alto.

—Bueno, siempre es interesante saber que alguien está pendiente de mis movimientos. Me haré cargo de tus preocupaciones, ¿de acuerdo?

Puse los ojos en blanco.

—Como habrás visto, no hay jinetes ni ejército aquí, y es algo que prefiero mantener así. La paz y la seguridad de la ciudad son mi prioridad. Sin embargo, como emperador, hay momentos en los que debo ausentarme para manejar asuntos cruciales.

—¿Esos asuntos están en las cordilleras?

Él asintió.

Allí se hallaban todos los ejércitos y los escuadrones de jinetes del imperio. Era como el centro de operaciones de Pramvera, donde se organizaban para proteger y expandirse. No sabía mucho en detalle, pero entendía que esos lugares eran vitales para la defensa del imperio y que probablemente serían mi hogar en el futuro.

—¿Y tienen que ver con los wendigos? —inquirí, casi esperando que no respondiera.

Sin embargo, Dalton decidió contestar:

—Hace siglos que no representan una amenaza directa. Pero eso no significa que estemos seguros ni que debamos descuidar nuestro entrenamiento.

Fruncí el ceño, confundida por su respuesta.

—Entonces ¿quieres decir que han desaparecido?

—El mal y la oscuridad nunca se van del todo; siempre están ahí, como un perro guardián aguardando su oportunidad para volver a morder. Son como viejas heridas que nunca cicatrizan, siempre listas para abrirse de nuevo cuando menos te lo esperas.

—¿Por qué no nos lo habéis dicho? ¿Por qué no nos habéis dicho que ellos no son una amenaza presente? —Me enderecé en el sillón frustrada.

Dalton permaneció tranquilo, observándome con seriedad antes de responder.

—Entrenáis mejor así.

—¿Con miedo? —repliqué.

—No exactamente con miedo, Eda —respondió con voz tranquila —. Con consciencia. Conscientes de que, aunque el peligro parezca lejano, debemos estar listos para lo que pueda venir. Nos recuerda que la paz que tenemos no es para siempre ni está asegurada.

Miré hacia abajo y noté que los fungos guardianes ya no estaban, no me había dado cuenta de cuándo se habían ido. Sus pequeñas figuras habían desaparecido sin dejar rastro.

—Camille me dijo que habías pedido específicamente que viniera aquí. —Levanté la mirada—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—¿Acaso no te has quedado satisfecha con haberte enseñado a bloquear tus pensamientos?

Otra vez ese tono burlón.

—Sé que no me has llamado solo por eso —resoplé, sintiendo un leve pinchazo de frustración.

Sus dedos tamborilearon sobre el sillón.

—¿Has vuelto a ver el fuego fatuo?

Permanecí inmóvil unos segundos, dejando que el recuerdo se deslizara por mi mente.

«Después del sueño».

Pensé en el muro de hielo que separaba las dos anclas, erigido tal como acababa de enseñarme, y deseé que así no pudiera saber si estaba mintiendo.

—No, no lo he visto.

Dalton se pasó la mano derecha por la barbilla, luego se lamió los labios con una deliberación que capturó mi atención. Sentí cómo mis pensamientos se volvían difusos de nuevo y perdía el control sobre mis ojos y mi respiración.

Me levanté de un salto del sillón.

—Si eso era todo, entonces me voy. Seguro que Su Alteza Imperial tiene asuntos más importantes que atender —dije, apartando la mirada de él para evitar incluso ver su cuerpo.

¿Qué me estaba pasando?

Di varias zancadas hacia la puerta sin esperar respuesta, cuando una mano firme me cogió de repente del bíceps y me detuvo en seco.

Giré rápidamente y ahí estaba él.

—Puedes venir a la biblioteca cuando lo desees. Aquí hay muchos libros que merecen ser leídos. —Sus palabras sonaban amables, pero algo en su tono denotaba una tensión subyacente.

Me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración y solté el aire de forma lenta.

—No hace falta que esté en el palacio —continuó—. La puerta siempre se queda abierta.

Asentí con los ojos y me volví a girar, sintiendo la urgencia de salir de allí lo antes posible.

Me encontraba sola en la mesa del comedor, que aún permanecía desierta. Mis pensamientos giraban en torno al fuego fatuo y por qué solo se me aparecía a mí. ¿Por qué yo? ¿Por qué no podía ser como los demás, luchando en el Domo por vincularme con una criatura común y corriente? ¿Qué tenía de especial para ser elegida por el ave fénix? Y, sobre todo, ¿por qué Dalton estaba tan seguro de que esto tenía algo que ver con él?

Me llevé las manos a la cabeza, abrumada por el torbellino de pensamientos que me asediaban.

Llevaba veinte minutos esperando a que los demás se unieran para comer. Supuse que el entrenamiento se había prolongado más de lo esperado y, aunque una parte de mí deseaba ir a ver cómo les iba, sabía que era mejor quedarme donde estaba.

Sentía una punzada de envidia al no poder estar en el Domo de Dunas y no me avergonzaba admitirlo.

Cinco minutos después, el silencio del comedor se vio interrumpido por el eco de las risas y las conversaciones que se filtraban a través de los pasillos.

—No me jodas, Calen, suéltalo ya, casi se te saltan los botones del pantalón del susto cuando el hipogrifo se ha acercado para olerte —bromeó Adriel, entrando al comedor y rodeando con el brazo a Calen.

—Eh, no ha sido exactamente así —respondió él, que lo empujó ligeramente para liberarse de su abrazo.

—Yo creo que sí, estoy deseando ver cómo te las arreglas para volar sobre esa cosa —añadió Adriel con una carcajada, lo que provocó risas entre los demás compañeros, que entraban también al comedor.

—¡Eda! —me saludó Elandra desde la puerta con una amplia sonrisa—. Te hemos echado de menos estas últimas horas, ¿por qué no has venido?

—La verdad es que yo no he notado la diferencia —contestó Liral con su habitual sarcasmo mientras rodeaba la mesa por el otro lado.

—Cállate. —Elandra se acercó más a mí y bajó la voz para que solo yo la escuchara—. Que sepas que ha estado de buen humor todo el entrenamiento. Saber que puede asesinar a niños y a gente inocente desde esa bestia la pone feliz. Es muy rarita —dijo girando los ojos con desdén.

No pude evitar sonreír.

—A la primera que voy a asesinar desde mi bestia es a ti, pelirroja.

—Duermo en la habitación de al lado, no lo tienes tan difícil —le respondió Elandra.

—Cuando no os llevéis mal, ya estaréis muertas —dijo Nolan, que fue el último en entrar al comedor, visiblemente feliz.

—Quién lo diría, el que una vez dijo que nunca montaría en una cosa de esas —le comenté a Nolan, sin poder ocultar mi sonrisa al ver su cambio de actitud.

Él se acercó a mí, llevándose una mano a su pelo rubio que, ahora me daba cuenta, había recortado, algo que esa mañana no había notado.

—La verdad es que estoy deseando salir al Domo, estoy ansioso por vincularme con la mantícora —compartió mi hermano, sentándose a mi lado mientras Calen y Adriel seguían en su eterna discusión, al igual que Liral y Elandra.

—Vaya cambio tan radical de pensamiento has tenido en estos últimos meses.

Nolan se pasó la mano por el pelo rubio.

—Dos meses… ¿Quién iba a decir que duraríamos tanto aquí, pequeña?

Dos meses habían pasado y no me había dado cuenta, dos meses desde que dejamos nuestro hogar, dos meses desde la última vez que nuestro padre nos vio.

—Me alegro de que el entrenamiento vaya bien, Nolan. No puedo creer que algún día estarás montando una mantícora, cuando ni siquiera te subías a un caballo porque te daba miedo —bromeé, soltando una carcajada que resonó en la sala y le arrancó una sonrisa.

—Me harías un gran favor si nunca comentaras ese pequeño detalle de mi vida pasada.

Su vida pasada… Lo decía como si ahora fuera otra persona.

—Sigues siendo el mismo, Nolan —le reproché, dejando que la sonrisa se desvaneciera de mi rostro.

—Bueno, ya me entiendes, Eda. Al final parece como si nuestro pasado fuera parte de otra vida. Tal vez nunca volvamos a ver a nadie de los que solíamos conocer, aunque eso ya lo sabíamos cuando leímos las cartas de reclutamiento. —Su rostro también se había suavizado.

—Yo aún tengo la esperanza de volver a ver a papá —dije.

—Yo también sigo guardando esa esperanza muy dentro de mí.

Levantó la mano para acariciarme el cabello húmedo que me caía por los hombros, un gesto familiar que solía hacer a menudo.

—Necesito que me cuentes qué está pasando, Eda. Y no me digas que no lo sabes, porque te conozco. Sé que algo pasa.

El momento de la verdad había llegado.

—Yo…

Miré hacia Nolan, quien se había quedado en silencio absoluto. Una palidez alarmante cubría su rostro, sus labios habían perdido todo color y su expresión, antes animada, ahora estaba congelada.

—Nolan, ¿estás bien? —pregunté con preocupación tomando su mano. Estaba ardiendo mientras permanecía inmóvil en la silla, sin reaccionar a mi voz—. ¿Nolan?

La angustia se apoderó de mi pecho mientras seguía llamándolo. De repente, sin previo aviso, Nolan se inclinó hacia delante y cayó de la silla al suelo con un golpe sordo que resonó en el comedor.

Con rapidez me arrodillé a su lado, tratando de despertarlo mientras movía suavemente su hombro en un intento desesperado por traerlo de vuelta a la consciencia.

—¡Nolan! —exclamé, mientras los demás se acercaban, algunos intentando ayudar, otros pidiendo agua o sugiriendo llamar a alguien que pudiera asistirnos. Pero Nolan no reaccionaba, yacía inmóvil en el suelo, su respiración apenas perceptible.

Y entonces, el comandante Kaiden hizo su entrada en el comedor y su imponente figura dominó la habitación.

—¡Comandante! —Elandra casi gritaba, al borde de la histeria—. Nolan de repente… se ha puesto pálido y se ha desmayado. No sabemos qué le pasa.

Mis ojos se dirigieron hacia Kaiden, que observaba a Nolan en el suelo con una serenidad inquietante que contrastaba con la agitación del momento.

Su calma era casi desconcertante.

—Tan solo ha estado dos días en el Domo —comentó el comandante mientras se acercaba y se agachaba junto a mi hermano, que seguía completamente desmayado sobre el suelo de mármol—. Nunca había visto que una vinculación con una criatura feérica comenzara tan rápido.

Las palabras del comandante me golpearon como un cubo de agua fría.

«Nolan ha empezado la vinculación».

Mi hermano, ese chico callado y siempre dispuesto a ayudar a los demás, el niño que tropezaba y se lastimaba, el mismo que temía la oscuridad y buscaba consuelo en la luz, ahora estaba experimentando un cambio monumental en su cuerpo.

Mi hermano se estaba convirtiendo en inmortal.



25

Eda

Había pasado una semana desde aquel día y Nolan seguía postrado en la cama, incapaz de levantarse.

Su estado de debilidad y malestar persistía, despertándose solo para las comidas y, a menudo, con gran dificultad. Su habitación se había convertido en un santuario de silencio, roto únicamente por los suaves murmullos de los cuidadores y las visitas esporádicas.

Yo pasaba la mayor parte del tiempo a su lado, ofreciéndole toda la compañía que podía. Cambiaba las toallas frías sobre su frente con regularidad para reducir la fiebre que parecía no ceder. Cada vez que le colocaba una nueva toalla, empapada en agua fresca, veía una leve expresión de agradecimiento en su rostro cansado.

Las horas que no pasaba con él las dedicaba a entrenar con el comandante Kaiden.

En solo una semana, había notado una notable mejora en mi condición física. A través de ejercicios intensos, aprendizaje de técnicas de defensa y desarrollo de estrategias, me sentía cada día más capaz, más segura.

El avance resultaba evidente; tras cada sesión me sentía agotada pero plena, consciente de que cada esfuerzo me llevaba a transformarme en quien debía ser.

El comandante y la capitana habían explicado que el proceso de vinculación podía ser extremadamente duro para algunos, dejándolos en cama por días o incluso semanas, casi sin capacidad de movimiento. Aquello se debía a que su cuerpo estaba sometido a una transformación profunda: los huesos se regeneraban, la piel se renovaba y la composición de la sangre cambiaba. Era el proceso de convertir un cuerpo mortal en uno capaz de sobrevivir mil años, apto para resistir casi cualquier herida, transformándose en inmortal.

Caminaba por los jardines delanteros del palacio, un oasis de tranquilidad donde las flores de mil colores competían en belleza con las estatuas que salpicaban el paisaje. Desde esa posición privilegiada, las vistas de la ciudad de Pramvera se extendían ante mí, sus tejados y torres brillando bajo el sol. Me preguntaba si algún día tendría la oportunidad de explorar sus calles, de vivir entre sus gentes fuera de los muros del palacio.

Habían pasado algunas noches desde que había comenzado a cenar en la habitación de Elandra. Durante esas veladas, ella me acribillaba a preguntas sobre el emperador. Sin embargo, apenas había podido contestarle, ya que desde aquel día en la biblioteca, habíamos tenido pocos encuentros. Dalton se había pasado por los

entrenamientos de vez en cuando, y probablemente visitaba la habitación de Nolan cuando yo no estaba allí.

Estaba contenta de tener a Elandra cerca, su compañía me brindaba un consuelo que no sabía que necesitaba.

Por otro lado, Liral era un caso aparte. La invitábamos a nuestras charlas nocturnas, pero siempre respondía con la misma evasiva: «Tal vez otra noche».

Pero nunca se unió.

Durante esa semana, había estado reflexionando sobre la propuesta de Dalton de pasarme por la biblioteca. Todo era demasiado raro con él como para entender qué pasaba; a veces parecía buscar entablar conversación conmigo y otras… simplemente me evadía.

La dinámica entre nosotros se había vuelto confusa. Había momentos en los que sus ojos buscaban los míos, como si quisiera decirme algo importante, pero antes de que pudiera abrir la boca, ya había encontrado una excusa para alejarse.

Avancé con lentitud por uno de los senderos, deteniéndome ocasionalmente para recoger flores variadas que capturaban mi atención. Al acercarme a un rosal, la belleza de una rosa particular captó mi atención. Me incliné hacia ella y extendí la mano para recogerla. Pero en el momento en que mis dedos rozaron el tallo, una espina se clavó en mi piel y desató un dolor punzante.

Unas gotas de sangre brotaron de la pequeña herida, tiñendo de rojo el verde del tallo. De forma instintiva, me llevé el dedo a la boca, intentando aliviar el dolor con el contacto de mi lengua. Sin embargo, no percibí el sabor metálico de la sangre que esperaba; extrañada, saqué el dedo y lo observé con detenimiento.

No había ni el más mínimo indicio de herida.

Miré de nuevo el tallo de la rosa donde la sangre se había derramado, pero no había ni una sola mancha. Volví a examinar mi dedo y confirmé que, en efecto, no había rastro alguno de corte o sangre.

La confusión me invadió. Estaba segura de haber sentido cómo la espina se clavaba en mi piel y había visto con claridad cómo brotaba la sangre de la herida.

¿Cómo podía ser posible?

Con el ramo de flores en la mano, destinado a alegrar un poco el espacio de Nolan, regresé al interior del palacio. Atravesé el umbral de la gran puerta principal, a mi alrededor el fuego frostfire iluminaba los pasillos y las ricas tapicerías adornaban las paredes.

Al llegar al primer piso, tras subir las amplias escaleras, los murmullos me alcanzaron, dispersos pero claros en el silencio habitual. Aceleré el paso, sintiendo cómo mi corazón empezaba a latir con más fuerza ante la posibilidad de alguna novedad sobre Nolan.

Al aproximarme al pasillo, noté que la puerta de su habitación estaba abierta del todo, y al asomarme por la entrada, la escena que se desplegó ante mis ojos me dejó sin aliento: Nolan estaba de pie, algo que no había hecho en días, y no estaba solo; a su lado se encontraba el emperador.

—¡Por todos los dioses, Nolan! —Me lancé hacia los brazos de mi hermano, aún sosteniendo el ramo de flores en mi mano izquierda—. ¿Cómo es posible que te hayas levantado de la cama? ¡Hace menos de una hora seguías durmiendo!

Lo abracé y sentí su calidez y alivio al verlo fuera de la cama.

—Me he despertado hace veinte minutos —me explicó, devolviéndome el abrazo—. Llamé a mi mayordomo y pregunté por ti, pero me dijo que te habías ido a dar un paseo.

Nolan miró el ramo de flores que sostenía en la mano, algo que había olvidado por completo en el momento.

—¿Son para mí? —preguntó.

Asentí.

Al mirarlo fue imposible ignorar los cambios notables que había experimentado en tan poco tiempo.

Su cabello rubio ahora brillaba más, los músculos de sus brazos y pecho, ahora visiblemente definidos bajo la tela de su camisa, se marcaban. Antes de ese cambio radical, mi hermano siempre había sido un chico delgado, sin la musculatura prominente que en ese momento lucía. Era como si, en lugar de haber pasado los últimos siete días en la cama, sin apenas comer, hubiera estado sometiéndose a meses de entrenamiento intensivo.

—Estás… diferente —le dije mientras lo observaba de arriba abajo con curiosidad.

—¿Más feo?

—No, más fuerte —dije tocando su brazo y notando la diferencia —. Parece que hayas crecido unos centímetros. ¿Qué te han estado dando de comer?

Nolan soltó una risa.

—¿Seguro que no te han cambiado por un modelo mejorado mientras dormías? —bromeé al tiempo que lo miraba con fingida sospecha.

—Sí, seguro —respondió Nolan con una sonrisa—. Aunque no estaría mal un par de mejoras, tal vez unos músculos extras y un

cerebro más grande.

—No te pases —le dije riendo—. Ya bastante trabajo tienes.

—No tengo palabras para describir cómo me siento, es una sensación… —La explicación quedó suspendida en el aire.

Guiada por un impulso, levanté mi mano derecha y la coloqué sobre su pecho, justo encima de su corazón. Los latidos, firmes y constantes, resonaban contra mi palma.

—Sigue latiendo, Eda. Sigo siendo yo —dijo Nolan apoyando su mano sobre la mía.

—Ya no es mortal. —La voz del emperador llenó el espacio, un recordatorio de su presencia en la habitación—. Pero su corazón continúa latiendo, él seguirá respirando y su sangre correrá por sus venas. Solo que en ellas habrá magia.

Al girarme hacia él, observé su figura. Aunque estaba a unos metros de nosotros, nos había concedido ese breve instante de intimidad. Era consciente de que, de alguna manera, esas palabras también se aplicaban a él mismo.

Recordé aquel entrenamiento durante el cual tropecé y caí sobre él, notando el calor que irradiaba su cuerpo, sintiendo su respiración. Ese instante, tan sencillo, desvelaba la profundidad de su ser: un inmortal, cargado de poder y magia, y aun así necesitaba que el aire entrara en sus pulmones, que su corazón latiera y que la sangre fluyera por sus venas.

Aparté la mirada y la volví a posar en Nolan. Y, en efecto, mi hermano ya no tenía nada de mortal.

—Nunca te había visto tan enfermo, tantos días en cama, sin apenas comer ni beber. —Me aparté un poco de él—. Sabía que tu

cuerpo cambiaría, pero es muy extraño para mí verte así… después de que hayas estado tan mal.

Es solo cuestión de tiempo que tú también dejes de ser mortal, Dalton Basilius se dirigió a mí, y solo a mí.

Me permití mirarlo solo unos segundos mientras cogía aire. Y, en efecto, su mirada seguía clavada en mí.

—Emperador —mi hermano giró la cabeza hacia Dalton mientras yo bajaba la mirada al suelo—, ¿cómo puedo saber que la vinculación está completa? ¿Cuándo podré probar mis poderes?

—Nolan, necesitas descansar. No estás listo para afrontar nada todavía —le dije tomando su mano con suavidad.

—Eda, jamás me he sentido mejor. Es como si tuviera más energía que nunca, como si algo dentro de mí quisiera liberarse.

Dalton dio un paso hacia delante.

—La única manera de saber si la vinculación está completa es saliendo del Domo de Dunas, ya que la arenisca luminis anula cualquier poder. Solo fuera de este puedes realmente confirmar si la vinculación con la mantícora se ha completado.

—¿Y si no se ha completado? —pregunté.

—Si la vinculación no se ha completado —continuó Dalton con un tono serio—, me temo que morirás.



26

Eda

El tiempo había cambiado por completo; el sol que antes dominaba el cielo había dado paso a unas nubes negras que lo cubrían todo.

Desde el día de la prueba en el valle Espejo para descubrir con qué criatura teníamos mayor afinidad, había desarrollado un profundo respeto por ese lugar.

Cada mañana, nuestras sesiones de entrenamiento se llevaban a cabo allí y, desde aquella prueba, no había vuelto a suceder nada fuera de lo común. Sin embargo, ese día era diferente; había en el aire una tensión palpable, un presagio de que algo estaba por cambiar. Algo en mi interior me decía que aquel día se quedaría grabado en mi mente a fuego.

Cuando el emperador informó a Nolan de que existía una alta posibilidad de que pudiera morir al intentar verificar si su vinculación

se había completado, sentí un nudo de angustia tan fuerte que casi no pude mantenerme de pie.

Era consciente de que la muerte era una posibilidad siempre presente, que yo misma podría enfrentarme a ella, pero la idea de que mi hermano pudiera morir, y que yo fuera testigo de ello, resultaba insoportable. Agonizante.

Imágenes horribles comenzaron a inundar mi mente: veía a Nolan desplomándose, su vida apagándose frente a mis ojos.

¿Cómo podía siquiera pensar en perder a Nolan? Su risa, su compañía, su constante apoyo… Todo eso podía desaparecer en un instante.

Me opuse a la idea con todas mis fuerzas, pero me di cuenta de que mi opinión no tenía peso en las decisiones que Nolan o el emperador tomaran.

Mi impotencia me consumía; quería gritar, luchar contra esa decisión, pero sabía que era inútil. Y sí, Nolan había resuelto descubrir si su vinculación con la mantícora se había completado, había elegido enfrentarse a ese riesgo a pesar del peligro. Y en ese momento, entendí lo que significaba ser un jinete.

Allí estábamos, todos reunidos en el valle, situados con cuidado en los escalones para evitar tocar la hierba.

—Si dais un paso fuera del círculo y sus poderes se descontrolan, vosotros moriréis —nos advirtió la capitana mientras, con movimientos precisos, comenzaba a esparcir alrededor nuestro la arenisca luminis, creando una barrera protectora—. Esto os protegerá, ya que todavía no habéis completado la vinculación. Pero veréis la suya.

Elandra, con el ceño fruncido, se adelantó un poco.

—¿Qué sucede si su vinculación falla? ¿Qué le pasará a Nolan?

La capitana mantuvo su mirada seria y fija y se detuvo un momento antes de responder.

—Si la vinculación falla, las energías liberadas pueden ser terribles. Nolan podría no sobrevivir a ese descontrol, y cualquier cosa cercana estaría en peligro. Por eso esta barrera es tan importante.

Sentí un nudo en la garganta mientras miraba a mi hermano, que se encontraba a varios metros de distancia, alejado de nosotros, su mirada fija en el horizonte, dándonos la espalda. Intenté tragarme el miedo.

«Te quiero de vuelta», le había dicho después de abrazarlo más de lo habitual en nosotros.

No íbamos a dar paso a despedidas.

Elandra, a mi lado, tomó mi mano y, al otro lado, Calen hizo lo mismo.

—Va a volver —dije en voz alta, intentando convencerme a mí misma más que a los demás.

—Va a volver —afirmó Liral.

El valle se encontraba vacío, con solo Nolan de pie en su inmensidad. Ni el emperador ni el comandante se hallaban allí, y tampoco había rastro de la mantícora. Tomé una profunda respiración y les apreté las manos.

Y entonces, a lo lejos, algo comenzó a acercarse a nosotros con rapidez. Al principio era apenas un punto en el horizonte, pero enseguida se transformó.

—Son el escuadrón de mantícoras —dijo Elandra sorprendida.

Un grupo de aproximadamente veinte mantícoras avanzaba hacia nosotros, surcando el cielo con el poderoso batir de sus alas.

Se movían con una coordinación impecable, manteniendo una formación tan precisa como si estuvieran unidas por una fuerza invisible.

—Y no vienen solas —añadí.

A medida que se acercaban, podía ver con mayor claridad que sus jinetes estaban firmemente montados sobre las criaturas, dominando el cielo. Recordé la primera vez que los vi, cuando sobrevolaron el barco a nuestra llegada.

El escuadrón de mantícoras había venido para ver a Nolan, pero lo más impresionante de todo era ver que el dragón encabezaba la formación, llevando al emperador de Pramvera, Dalton Basilius, sobre su lomo.

Junto a él, las mantícoras, aunque parecían mucho más pequeñas en comparación, proyectaban una figura grandiosa en el cielo. Cada una de sus alas se desplegaba con una elegancia letal, y sus colas, rematadas con aguijones venenosos, oscilaban al compás de su vuelo.

El aire se llenó de un zumbido poderoso, mezcla del batir de alas y el rugido del dragón.

—O se une al escuadrón o muere —afirmé sin apartar la mirada de Nolan—. No hay más opciones.

Segundos después, las mantícoras, con sus jinetes montados, descendieron para formar un semicírculo alrededor de Nolan. El dragón voló bajo, su vientre casi rozando la hierba y, en ese instante, el emperador saltó desde su lomo. Luego, Long ascendió y

planeó sobre nuestras cabezas para posarse en una de las cúpulas del palacio, que parecía estar diseñada específicamente para él.

La última mantícora descendió hacia la hierba sin jinete. Se detuvo frente a Nolan, a unos metros de distancia, estableciendo un silencioso enfrentamiento de miradas.

Era la mantícora de Nolan.

El emperador se encontraba cerca de mi hermano; aunque no podíamos escuchar las palabras que intercambiaban, se podía observar cómo las llamas en su espalda vibraban.

Mi respiración se aceleró, al igual que la de todos mis compañeros.

—Recordad, siempre dentro del círculo —volvió a repetir la capitana. Y así lo hicimos, permanecimos inmóviles, sin movernos ni un centímetro.

El emperador continuó caminando hasta situarse a unos treinta metros de distancia de Nolan. Luego, se giró para ponerse frente a él y dejó caer los brazos a su lado.

Todo el escuadrón observaba atentamente; hombres y mujeres vestidos con atuendos similares a los nuestros aguardaban subidos en los lomos de las mantícoras expectantes. Más cerca de nosotros, se encontraba el comandante, su mirada fija en Nolan.

El valle estaba envuelto en un silencio absoluto, solo interrumpido por el distante eco de la tormenta que se avecinaba.

Mi hermano giró la cabeza sobre su hombro regalándonos una última mirada, y luego volvió a dirigirla hacia la mantícora.

Avanzó hacia ella y, cuando apenas unos centímetros los separaban, levantó su brazo con lentitud, extendiendo la mano hacia la nariz de la criatura.

En un instante, la mantícora abrió su enorme boca, y de su interior surgió una luz cegadora, un rayo de energía pura que se dirigió directamente hacia Nolan.

La luz era intensa, brillante, y parecía crecer en fuerza con cada segundo que pasaba, como si tuviera la intención de devorarlo por completo.

Mis instintos me impulsaron a dar un paso hacia delante, pero me detuve cuando escuché la voz firme de la capitana.

—¡Dentro del círculo, Eda! —ordenó, su tono inapelable.

Me quedé en mi lugar, observando con el corazón en un puño. Entonces, en un giro totalmente inesperado, Nolan se aferró al grueso y áspero pelaje de la cabeza de la mantícora.

Con destreza, giró su cuerpo con rapidez hacia el lado izquierdo del animal. La esfera de rayos, que se había formado en la boca de la mantícora, salió disparada con un rugido ensordecedor e impactó contra la hierba del valle Espejo, quemando el suelo en un círculo perfecto.

Nolan, utilizando la fuerza y agilidad que había ganado con su vínculo, aprovechó ese instante de distracción y, con un movimiento fluido, se impulsó hacia arriba.

En un solo gesto, se montó sobre la espalda de la mantícora, sus piernas sujetas con firmeza a los flancos del animal.

Todo había sucedido en un parpadeo, pero la habilidad y el control con los que lo había hecho dejaron claro que Nolan había logrado algo extraordinario.

No cerré los ojos.

Ninguno de los jinetes de mantícora se había inmutado, como si fueran inmunes a la furia de sus propias criaturas.

Los rayos se desplazaban a una velocidad que desafiaba el ojo humano y avanzaban implacables hacia nosotros, arrastrándose por la hierba del valle Espejo.

En ese momento, enormes llamas de fuego negro surgieron y nos envolvieron a todos, incluida a la capitana Misso, en un escudo protector. Al entrar en contacto con esas llamas, los rayos se detuvieron, como si hubieran chocado contra un muro invisible formado por el fuego.

Nos encontrábamos rodeados por un anillo de luz y energía que nos envolvía sin tocarnos, sin quemarnos.

Mi mirada se dirigió a Dalton, quien, con anticipación y control, creó un círculo de fuego negro alrededor de sí mismo justo a tiempo para evitar ser alcanzado por los rayos.

Estos, detenidos por el fuego, lo rodearon, creando un efecto similar al nuestro.

Fue él, Dalton Basilius, quien nos envolvió con el fuego negro.

Miré a Nolan, y ahí estaba, montado en la mantícora, aferrado a su pelo con las piernas rodeando el cuerpo de la criatura, como si siempre hubiera sabido hacerlo.

La criatura comenzó a moverse y luego desplegó sus enormes alas. En el momento en que las extendió por completo, se elevó hacia las nubes con Nolan sujeto a ella, manteniendo un agarre seguro en su pelaje hasta que se volvió casi invisible.

En ese preciso instante, Nolan perdió el equilibrio y sus piernas comenzaron a balancearse peligrosamente en el vacío, mientras sus manos se aferraban con todas sus fuerzas al pelaje de la mantícora. Sin previo aviso, la criatura se precipitó en un descenso vertiginoso

hacia el suelo del valle, cortando el aire a una velocidad que desafiaba el aliento en una maniobra.

«Van a estrellarse contra el suelo», pensé mientras mi corazón se detenía por completo.

Justo cuando parecía que iban a impactar contra este, Nolan, con un esfuerzo sobrehumano, se impulsó de nuevo sobre la mantícora y, en los últimos segundos, inclinó su cabeza hacia arriba con las manos cogidas a su pelaje.

El animal extendió sus alas y, desafiando la gravedad, ascendieron juntos, cortando el aire y alejándose de la inminente colisión.

—¡Lo ha conseguido, lo ha conseguido! —Elandra, que tenía cogida mi mano, levantó mi brazo hacia arriba con la fuerza y el entusiasmo de quien iza una bandera en señal de victoria.

Las lágrimas brotaron de mis ojos, y tomé una profunda inhalación, dándome cuenta de que, en algún momento, había dejado de respirar.

—Bien hecho, Nolan, bien hecho.

La mantícora se desvió hacia las montañas, opuestas al palacio y, en un gesto final, abrió su boca y escupió una nueva esfera de rayos brillantes. Pero, esa vez, los rayos no impactaron contra el suelo; en cambio, se quedaron suspendidos en el cielo, fragmentándose en una red de raíces luminosas que se expandieron sobre nosotros, cegándonos con su intensa luz.

—Qué jodido cabrón. —Adriel empezó aplaudir—. Muy bien hecho, joder.

Los aplausos resonaban a mi alrededor, pero para mí eran solo un eco distante, irrelevante. No podía concentrarme en las felicitaciones

ni en las sonrisas que me rodeaban; mi atención estaba completamente absorbida por el Valle, por los jinetes.

Ninguno de ellos se había movido, como si estuvieran dispuestos a dejar que Nolan se enfrentara a la muerte solo, sin intervenir, sin mostrar ni un atisbo de apoyo.

Dalton Basilius avanzó hacia el centro del valle y ocupó el lugar donde Nolan había demostrado que su vinculación estaba completa.

Se plantó allí, con la vista fija en el palacio.

Con un gesto deliberado, levantó su mano y se señaló a sí mismo. Al instante, su dragón, que había permanecido posado sobre una de las cúpulas del palacio, se alzó hacia él.

—Nolan —la voz del emperador resonó con autoridad, reverberando a través del valle—se unirá al escuadrón de mantícoras, convirtiéndose en el vigésimo segundo jinete de mantícora en activo. A partir de este día, liderará el septuagésimo pelotón de jinetes del ejército de Pramvera. —Su tono se hizo aún más imponente—. El primer jinete de mantícora en medio siglo.

«El primer jinete de mantícora después de cincuenta años».

Los rayos continuaron en el cielo, como si se estuviera formando una tormenta eléctrica encima de nuestras cabezas.

Un paso de cualquiera de nosotros fuera del círculo de arenisca y estaríamos muertos.

Long voló en picado hacia Dalton Basilius y aterrizó a su lado. La presencia de tan solo dos especies de criaturas daba la impresión de estar ante el ejército completo.

El emperador subió a su dragón y, una vez en su lomo, flanqueado por las mantícoras, se reveló la verdadera esencia de su imperio. Lo que para los demás permanecía oculto para mí fue evidente en ese

instante: su trono no estaba en un salón adornado con riquezas y alejado de cualquier peligro, sino que estaba allí, sobre el lomo de la criatura más poderosa que jamás había imaginado que vería.

Y él era plenamente consciente de ello.

Mi hermano había desaparecido entre las nubes, montado en una mantícora a la que parecía no gustarle mucho la idea de tener a alguien dominándola.

Dalton Basilius se lanzó al cielo y lo siguió, y tras él todo el escuadrón de mantícoras. En un abrir y cerrar de ojos, el valle Espejo se sumergió en una tranquilidad absoluta.

—Se acabó el espectáculo. ¡Todos dentro, ya! No queremos que vuestro compañero aparezca y acabéis calcinados. No tengo ganas de andar recogiendo vuestras cenizas del suelo. —La capitana Misso estaba a nuestro lado, su presencia firme y segura, la única que nos acompañaba en ese momento. Nos apresuramos a entrar en el palacio y, una vez dentro, la capitana cerró las puertas, sellando el lugar con decisión.

—Al comedor todos, ahora mismo —ordenó con voz firme a la par que nos guiaba por el extenso pasillo.

Mi mente estaba sumida en el caos; Nolan, mi hermano, podía estar a cientos de metros de altura, perdido en la inmensidad del cielo, mientras yo permanecía impotente, atrapada entre aquellas paredes, sin poder hacer nada para ayudarlo.

Elandra se acercó a mí, sus dedos fríos rozando mi brazo.

—Vamos, Eda, no es seguro quedarse aquí cerca de la entrada —me instó con suavidad.

—Dame solo unos minutos más. Iré enseguida —dije con la voz cargada de angustia mientras todos me observaban a la espera de

que me moviera—. Por favor.

Elandra asintió.

—Está bien, pero no salgas. Y no tardes demasiado —respondió antes de girarse para seguir al resto hacia el comedor.

Me quedé allí, paralizada, mientras el tiempo parecía alargarse hacia el infinito. La preocupación por su bienestar me consumía, y la necesidad de obtener respuestas me empujó a buscar una manera de comunicarme con él, con Dalton.

Recordé lo que había ocurrido esa mañana, mientras estábamos en la habitación de Nolan. A pesar de mantener el muro de hielo intacto en mi mente, Dalton Basilius había logrado comunicarse conmigo.

Eso me dio una idea, una posibilidad de hacerle llegar mis pensamientos.

Cerré los ojos y me concentré en la estructura del muro de hielo que había construido en mi mente, ese que separaba mis dos anclas mentales protegiendo mis pensamientos. Pude visualizarlo con claridad: era una barrera cristalina e imponente de la que emanaba un frío intenso.

Concentrándome aún más, imaginé el hielo comenzando a resquebrajarse, como si una fuerza interior lo desgarrara. Vi cómo grandes bloques de hielo se desprendían, cayendo y desintegrándose en miles de diminutas gotas que se precipitaban al suelo, como una lluvia fina y delicada.

Cada fragmento se evaporaba al contacto, dejando atrás solo agua, hasta que por fin el muro entero se desvaneció por completo, como si nunca hubiera existido.

Ahora, con este derrumbado, mis pensamientos estaban expuestos, abiertos, listos para ser escuchados.

Estaba dispuesta a correr el riesgo, a dejar que él se adentrara en mi mente, esperando que, de alguna manera, pudiera captar lo que necesitaba decirle.

Dime que está bien. Dime que está bien. Dímelo.

Mi mente, saturada de emociones y pensamientos intensos, lanzaba un llamado desesperado.

Contéstame, Dalton, imploraba en el silencio de mi ser, deseando que, de alguna manera, él pudiese oírme a través del vacío que nos separaba.

Si vuelves a decir mi nombre de esa manera, el que no va a estar bien seré yo.

Sentí el alivio correr por mi pecho al saber que había logrado comunicarme con él.

Estoy detrás de él y, al parecer, Nolan se está manejando bastante bien. El escuadrón de mantícoras está formando un círculo alrededor para guiarlo hacia un aterrizaje seguro en el prado más cercano, lejos de los árboles, respondió en mi conciencia.

Mi cabeza asintió para mí misma. Nolan estaba bien, un pensamiento que se convirtió en un mantra tranquilizador que calmó mi torbellino de emociones.

Dime que Nolan está completamente fuera de peligro.

La vinculación se ha completado; lo que ha trascendido hacia la inmortalidad queda fuera del alcance de la muerte.

No tuve más respuestas, y volví a construir el muro de hielo en mi mente.



27

Eda

—¿Se puede pasar, señorita Eda? —La voz de Camille se escuchó tras la puerta de mi habitación y captó mi atención de inmediato. Estaba sentada junto a la ventana, mirando el cielo nublado, perdida en mis pensamientos, cuando su voz me sacó de ellos.

—Adelante, Camille.

Ella entró con una sonrisa cautelosa y cerró la puerta tras de sí.

—Tengo buenas noticias para usted, señorita. —Me volví hacia ella con rapidez, mi corazón acelerándose aún más.

—¿Se trata de…?

Camille dio un paso más hacia mí.

—Su hermano…

—¿Nolan está aquí? ¿Está bien? —la interrumpí casi sin aliento.

Me puse de pie impulsivamente, sintiendo una oleada de alivio y alegría recorrerme.

—Su hermano está bien, está en muy buenas manos, pero por desgracia… no se encuentra aquí en palacio —dijo en un susurro.

—¿Qué? ¿Dónde está? ¿Por qué no está en palacio? ¿No han podido traerlo aquí? —Un torrente de preguntas salió disparado de mi boca.

Me sentía mareada, de repente la habitación era más pequeña y el aire me faltaba al respirar. Notaba que los pulmones me apretaban el pecho y la garganta se me cerraba.

—Señorita Eda —escuché a Camille acercarse, pero yo lo veía todo borroso—, su hermano está en perfecto estado, pero no puede venir a palacio.

Percibí su mano tocando mi espalda mientras luchaba por buscar la calma. Al menos Nolan estaba bien, eso es lo que había dicho. Me aferré a esas palabras e intenté tomar aire profundamente.

—Camille, por favor, cuéntame todo lo que sabes —logré decir entre respiraciones entrecortadas.

Camille asintió, su mano se mantuvo firme en mi espalda, ofreciéndome un ancla en medio de mi tormenta interna.

—El emperador decidió que debido a la inestabilidad de la vinculación de su hermano, era más seguro para todos que Nolan se trasladara a la cordillera de Novadia hasta que se estabilice.

¿A las cordilleras? ¿A Novadia? ¿Tan pronto? Era demasiado pronto. No me había despedido de él. No podía haberse ido ya.

Sabía que, tarde o temprano, después de vincularnos, la mitad del pelotón se separaría. Unos irían a la cordillera de Arcadia, mientras que otros se dirigirían a Novadia.

Frío y calor, hielo y arena.

—¿El emperador lo decidió? —insistí en saber.

Como era de esperar, nada se hacía sin que él lo ordenara, y aquello no iba a quedar así. Tenía que hablar con él; era el único que conocía el verdadero estado de Nolan.

—Sí, señorita Eda, por la seguridad de…

La interrumpí de nuevo. La pobre iba a odiarme.

—¿Cuándo podré verlo? —pregunté, mi voz apenas un susurro.

—Tan pronto como sea seguro, señorita Eda. Su hermano necesita tiempo para recuperarse y adaptarse a su nueva condición.

Asentí lentamente.

Completar la vinculación con la mantícora implicaría que, por un tiempo, sus poderes estarían descontrolados.

Nadie se hallaría seguro a su alrededor, ni siquiera yo.

La mantícora era una criatura poderosa y peligrosa, y su energía, combinada con la de Nolan, podría resultar devastadora si no se controlaba adecuadamente.

La idea de que mi propio hermano pudiera ser una amenaza me llenaba de angustia. Habíamos crecido juntos, compartido risas y secretos, y en ese momento, la distancia entre nosotros se hacía más profunda y no era solo física, sino también emocional.

Ya no podía estar segura al lado de mi hermano, y esa era una verdad que me dolía aceptar.

Miré por la ventana tratando de procesar todo. La conexión con una criatura feérica no era algo que se tomara a la ligera. Sabía que Nolan estaba en buenas manos, pero la preocupación no se disipaba.

—Voy a prepararle un baño caliente. Permítame calentar los cubos en la chimenea —dijo con suavidad mientras inclinaba la cabeza.

—Gracias, Camille —respondí con una sonrisa.

Necesitaba un baño, lo necesitaba de veras. Y también olvidarme de todo.

Tomé el libro que Dalton me había… ¿regalado?, y que estaba sobre mi mesita de noche y lo coloqué con cuidado en la mesa de los jabones, junto a la bañera.

Asegurándome de no derramar agua fuera de la bañera al entrar, me acomodé y lo abrí.

No había avanzado mucho en la lectura, pero hasta entonces la trama se desvelaba como una historia de amor. Lo que realmente me había sorprendido al coger el libro que había delante de mi puerta había sido ver el nombre de una autora en la cubierta. No era habitual que las escritoras fueran reconocidas de esa manera, sobre todo en un lugar como Valdemar. Aunque no existía una ley que lo prohibiera, hasta ese momento ninguna mujer se había atrevido a desafiar las normas no escritas.

Después de asegurarle a Camille que ya no necesitaba más su atención antes de dormir, perdí la noción del tiempo entre las burbujas, hasta que el agua fría me recordó que había permanecido allí demasiado. Me envolví en una bata de seda y, en mi camino hacia el tocador, capturó mi atención la presencia de un libro y un lápiz reposando sobre la cama. Supe de inmediato que Camille había sido quien lo había dejado ahí, aunque no tenía ni idea de por qué lo había hecho.

Me acerqué curiosa y, al abrir el libro, descubrí que todas sus páginas estaban en blanco. Mientras lo examinaba, un pequeño papel se desprendió y cayó al suelo. Era un pedazo de papel simple, tal vez arrancado de una libreta ordinaria.

Me agaché para recogerlo y leí el mensaje que contenía:

«Ahora que no puedo leer tus pensamientos, escríbemelos».

Dalton Basilius.

Un suspiro escapó de mis labios, y, en un impulso, arrugué el papel y lo dejé caer al suelo.

Lo que me faltaba…

No sabía si su intención era burlarse de mí, pero no estaba dispuesta a participar en su juego. Así que dejé el libro y el lápiz en el tocador y me dirigí a la cama.

Estaba furiosa, tal vez porque sentía que merecía una explicación directa en lugar de que Camille actuara como una paloma mensajera. Y eso me exasperaba.

Aunque en ese momento, sentir la necesidad de que él mismo me diera explicaciones era como si ignorara por completo que se trataba del emperador, quien tenía el poder absoluto para hacer lo que quisiera. Sin embargo, en mi interior, de forma inexplicable, pensaba que esas explicaciones eran cruciales para mí.

Y no debería sentirme así.

Me revolví inquieta entre las sábanas durante varios minutos, incapaz de encontrar el sueño. Me giré de un lado a otro, buscando una posición cómoda, hasta que mi mirada se fijó en el tocador, en el libro que había dejado allí.

La curiosidad venció mi resistencia.

Me puse de pie, encendí una vela y me acomodé frente al libro abierto sobre la mesa para contemplar sus páginas vacías. Tomé el lápiz y me detuve unos instantes para recoger mis pensamientos, y luego, comencé a escribir:

«Algo me dice que, aunque haya levantado un muro de hielo, tu voz continuará molestando mi consciencia».

Escribí esas palabras, recordando lo de aquella mañana en la habitación de Nolan. Cómo, a pesar de haber levantado el muro para separar las anclas, la voz del emperador había encontrado un camino para hablarme directamente en mi mente.

Esperé con el corazón latiendo en un silencio que se estiraba hasta parecer interminable. Pero nada pasó.

Sin embargo, justo cuando estaba a punto de cerrar el libro, las palabras que había escrito comenzaron a desvanecerse y, ante mis ojos, surgió una nueva frase escrita con una caligrafía distinta.

«¿Tanto te molesta mi voz, querida?».

No necesité mirarme al espejo para saber que mi rostro había palidecido. ¿Cómo era posible que estuviésemos comunicándonos a través de un libro?

Antes de responder, las palabras se esfumaron y pronto aparecieron otras.

«Que no pueda leer tus pensamientos no significa que no pueda hablarte cuando me plazca en tu cabeza. ¿Crees que un muro de hielo puede ser más fuerte que yo?».

Ahí estaba la respuesta que buscaba.

«Creo que los cuatrocientos sesenta y dos años empiezan a pesarte, Dalton Basilius. ¿Cómo es posible que un emperador no pueda romper un muro de hielo?».

Una risa se me escapó casi sin darme cuenta. De alguna manera, a través de aquella forma de comunicación, sin tenerlo físicamente delante, sentía que podía expresarme con más libertad. Molestarlo.

«Puedo derribarlo en un pestañeo, pero el muro que has construido en tu mente se llama privacidad. Un lujo que no todos pueden permitirse».

Me acomodé en la silla, intentando mantener la calma. Quería llevar esa conversación hacia lo que realmente me interesaba.

Levanté el lápiz unos segundos, pensando en las palabras adecuadas, y luego escribí en el papel: «Sabías que Nolan no volvería al palacio si se vinculaba con la mantícora, ¿verdad?».

«Hacía años que no veía una vinculación tan impresionante, tan poderosa y letal».

Nunca antes había presenciado una vinculación, pero la de Nolan…, la forma en que esa esfera de rayos blancos se ramificaba, con el propósito de electrocutar y quemar, me había dejado sin unas palabras que creía que nunca encontraría.

Antes de que pudiera responder, las palabras desaparecieron del papel y se transformaron en otro mensaje.

«Los jinetes, una vez vinculados con las criaturas de aire, son enviados a la cordillera de Novadia, junto con su escuadrón. Deben aprender a controlar su poder de vinculación y a volar. Si Nolan se quedara en el palacio, podría ser un peligro para todas las personas que viven en la ciudad. En caso de perder el control de sus poderes, muchos mortales morirían».

«¿Cuándo podré verlo?» fue lo único que me salió escribir.

«Cuando sepa controlar y canalizar su vinculación, y cuando tú seas lo bastante fuerte para no morir si él se descontrola».

Me quedé mirando la frase que todavía no había desaparecido.

«Cuando yo sea lo bastante inmortal», respondí.

Solo la idea de pensarlo me incomodaba. Me incomodaba por el hecho de pensar, ¿y si tal vez… y si tal vez nunca llegaba a vincularme? ¿Y si el fuego fatuo azul no significaba nada?

«Te repito, señorita Eda, que no puedo leer tus pensamientos, pero sé perfectamente lo que puedes estar pensando».

Me mordí el labio.

«¿Y en qué estoy pensando?», le desafié entre tinta.

«Cada recluta tiene su propio ritmo y propósito en Pramvera como jinete. He estado al mando de la selección de mortales durante muchos años. Este año, sin embargo, tú representabas un reto para mí».

«Me enfurece que sepas tanto sobre mí cuando ni yo misma lo sé».

«No es justo que algunos de nosotros, yo incluido, tardemos décadas en conocernos, en comprender nuestros poderes y en entender por qué fuimos elegidos. Desde los doce años he llevado este poder sin saber su propósito. Lo que realmente quiero decir es que soy solo una luz en un camino que solo tú puedes explorar».

Volví a releer la frase una y otra vez antes de que se esfumara. No había negado saber cosas sobre mí, cosas que yo aún no podía conocer. Él solo me estaba guiando, me llevaba hacia un destino que solo él comprendía.

Cambié de tema.

«Ese será el destino de cada recluta que complete su vinculación, ¿verdad? Todos se marcharán hacia las cordilleras hasta que el palacio quede de nuevo vacío».

Esperé a que mis palabras desaparecieran del libro, y luego llegó su respuesta*:* «Algo me dice que tú y yo nos quedaremos solos en este palacio mucho más tiempo del previsto».

Tragué saliva.

La idea de ser la última en formar un vínculo era la más probable o, peor aún, no tener ninguna criatura con la que vincularme, lo que me dejaría aislada en el palacio, sin la compañía de mis compañeros.

Solo con la de Dalton Basilius.

Su respuesta me dejó pensativa y me mordí el labio con suficiente fuerza como para arrancarme una pielecilla, lo que causó un pequeño punto de sangre. Entonces recordé el incidente en el jardín: el dolor punzante cuando la espina de la rosa se clavó en mi dedo y la sangre que brotó, solo para que, instantes después, no quedara ni rastro de la herida.

«Esta mañana, mientras paseaba por los jardines, cogí una rosa y una de sus espinas me pinchó el dedo. Vi cómo brotaba la sangre, y al instante me lo llevé a la boca. Pero cuando lo miré de nuevo, la herida había desaparecido, como si nunca hubiera existido».

No sabía por qué le confiaba aquello al emperador, pero ansiaba alguna respuesta que disipara la sensación de estar perdiendo el juicio.

«Interesante», fue todo lo que él respondió.

¿Cómo podía encontrar eso simplemente «interesante»? ¿Era todo lo que iba a decir?

Con un gesto de frustración cerré el libro.

Me quedé unos segundos contemplando la tapa de este. Luego, con la curiosidad picándome, deslicé los dedos bajo ella y la levanté suavemente para ver si había algo más escrito en la hoja.

«¿Ya te vas a dormir? ¿O es que te molesta que no responda a todo lo que quieres?».

Cogí el lápiz nuevamente.

«Solo quería saber si me estoy volviendo loca».

«Todos perdemos la cordura alguna que otra vez en este palacio. No estás sola», contestó.

Sin duda, se estaba burlando de mí.

Escuché un estruendo que me sacó de las páginas. Me giré de golpe, alertada por el ruido que había detrás de mí, pero solo era la brisa nocturna irrumpiendo en la habitación, abriendo de golpe las puertas del balcón.

Dos meses habían pasado ya y, con ellos, había llegado el cambio de estación. A pesar de las recientes lluvias y tormentas, el calor comenzaba a hacerse presente, anunciando la llegada del verano.

Me acerqué al balcón con el libro y el lápiz en mano. Desde allí, las vistas nocturnas de la ciudad eran impresionantes: un tapiz de luces parpadeantes que se encendían y apagaban en un ritmo constante, como si la ciudad respirara con vida propia.

Abrí otra vez el libro y lo apoyé con cuidado en la barandilla.

«¿Por qué a los reclutas se nos prohíbe ir a la ciudad?».

Pronto, Dalton respondió: «Nunca se os ha prohibido ir a la ciudad. Podéis cruzar los muros del palacio sin problema alguno».

«Entonces quiero ir».

«Bajo una condición», escribió él. Mis cejas se fruncieron, justo antes de que sus palabras se esfumaran del papel. «Irás conmigo. Hace mucho que no disfruto de un paseo por la ciudad».



28

Eda

Aquella mañana, después de haber presenciado la impresionante vinculación de Nolan con la mantícora, el resto del grupo se dirigió al Domo con un propósito claro: entrenar con sus criaturas y acercarse a la vinculación lo antes posible. La experiencia cercana a la muerte de Nolan, lejos de desalentarlos, parecía haberles infundido una nueva motivación.

En especial a Calen, que antes del desayuno ya había estado entrenando en el valle. Lo sabía porque yo tampoco había podido dormir mucho, y había decidido salir a hacer exactamente lo mismo.

Al llegar al valle en las primeras horas del amanecer, el aire estaba fresco y la luz del sol apenas comenzaba a iluminar el horizonte. Vi a Calen moverse con un fervor que no le había visto antes. Cada uno de sus movimientos era meticuloso, casi como si intentara exorcizar los demonios del miedo y sin dudarlo me uní a él, entrenando en

silencio mientras el sudor perlaba mi frente y los músculos me temblaban de buena mañana.

Aquel esfuerzo físico era, en parte, una manera de acallar la mente, de encontrar un punto de equilibrio en medio del caos.

Cuando se fueron a entrenar al Domo, subí a mi habitación y me recogí el cabello en una trenza y, antes de salir, abrí el libro que utilizábamos para comunicarnos. Escribí: «Nos vemos en el puente de luces frostfire. Lleva tus armas».

Cerré el libro con un golpe y abandoné la habitación.

Antes de dirigirme al puente, hice una parada en la sala de entrenamiento. Aunque preferíamos el valle para nuestras prácticas, incluso en días de mal tiempo, la sala albergaba todo tipo de armas colgadas en sus paredes.

Me acerqué a ellas y seleccioné una espada, además, me cubrí de dagas, ajustándolas en mi uniforme de cuero para asegurar que estuvieran accesibles, y, con el equipo preparado, salí de la sala, siguiendo el camino que una vez Dalton me había enseñado.

Me encontraba en el claro del bosque donde habíamos entrenado la última vez, ese lugar singular en el que los árboles formaban un círculo perfecto alrededor de un espacio abierto.

No había rastro de los tundras y, si se encontraban presentes, su habilidad para camuflarse les permitía ocultarse perfectamente entre las rocas o bajo el manto forestal para observarme quizá desde la distancia.

La tranquilidad del lugar era abrumadora, pero no podía sacudirme la sensación de ser vigilada, como si los ojos de criaturas invisibles estuvieran fijos en mí.

—Realmente podrías sentarte en el trono y ser la emperatriz, ya que nadie ha logrado dar tantas órdenes al emperador como lo haces tú. —La voz de Dalton provocaba un escalofrío en mi espalda, tan intenso como el primer día que lo escuché, tal vez incluso más.

—Has tardado, emperador, ¿acaso te has perdido en el camino? —Me giré hacia él, mi mano firme sobre el mango de la espada que había clavado en la hierba.

Dalton se pasó la lengua por los labios en un gesto que atrajo toda mi atención.

—¿A qué quieres jugar hoy, Eda?

—No estoy dispuesta a quedarme de brazos cruzados esperando a vincularme con alguna criatura. Si no puedo ser jinete, entonces me uniré al ejército y lucharé como una guerrera.

El fuego en su espalda creció y se agitó detrás de él, su calor me envolvió en una ola que hizo que mi alma ardiera.

—Entonces demuéstrame lo que sabes hacer. —Con un gesto fluido y seguro, desenfundó una de las espadas que llevaba a su espalda. Cada vez que lo hacía, algo dentro de mí vibraba—. Vamos a ver si has mejorado en estas semanas.

No habíamos entrenado más juntos, pero si quería mejorar, él era mi mejor enemigo.

Saqué la espada que estaba clavada en la hierba y me puse en posición. Adopté una postura de combate, equilibrando mi peso y ajustando mi agarre.

El aire entre nosotros se cargó.

—¿Listo, emperador? —inquirí, con un filo de desafío en mi voz que resonaba más fuerte que el acero de mi espada.

—Siempre lo estoy, querida.

Dalton esperaba a que yo hiciera el primer movimiento, así que, con un suspiro contenido, me lancé al ataque. Nuestros aceros danzaron en el aire, una coreografía de estocadas, paradas y contragolpes. Él bloqueaba cada ataque con una facilidad desconcertante, como si leyera mi mente. Sin embargo, no me detuve.

En un movimiento audaz, intenté sorprenderlo con un ataque lateral, pero Dalton lo esquivó con una agilidad impresionante. Nuestras espadas chocaron con un sonido metálico, creando chispas en el aire.

—Tienes rabia. Úsala, pero no permitas que te controle —me advirtió mientras paraba otro de mis golpes—. Dejemos las espadas. Saca las dagas que tienes por todo tu cuerpo e intenta clavármelas.

Con un solo gesto, arrojé mi espada lejos de mí, y él hizo lo mismo, igualando el terreno de juego.

Nos miramos fijamente mientras intentábamos evaluar y anticipar el primer movimiento del otro. Con las dagas en mano, me lancé hacia él, cada estocada buscando su piel.

Dalton esquivaba y paraba cada intento mío, enseñándome en cada fallo, la brecha entre nuestra destreza. En un momento crítico, cerró la distancia entre nosotros y sus manos agarraron las mías para que bajara las dagas.

—¿Eso es todo, Eda? —Su voz, un susurro, un desafío. Su aliento chocaba contra mi rostro, un recordatorio de la delgada línea que ahora nos separaba.

Mi respuesta fue un empuje, un intento de liberarme que solo sirvió para acercarlo más. Dalton cayó al suelo sobre mí, dominando la posición.

—En el combate real, la misericordia es un lujo —me recordó—. Tienes que ser más rápida, más lista. Los wendigos no te darán una segunda oportunidad. Te despellejarán si tienen ocasión. Lo importante es que nunca se la des. ¿Entendido?

Un destello de aquel sueño cruzó mi mente e hizo que mi corazón latiera más fuerte. La proximidad de nuestros cuerpos, su peso sobre mí, era demasiado familiar y desconcertante.

Aprovechando un momento de distracción, con un movimiento ágil, me deslicé debajo de él y, en un abrir y cerrar de ojos, invertí nuestras posiciones. Ahora era yo quien lo tenía bajo control, con la daga presionando suavemente contra su cuello.

—Y tú tienes que recordar que no todos tus oponentes se detendrán ante una herida.

Dalton esbozó una sonrisa fría, casi cruel.

—Ten cuidado, Eda. En la guerra, la línea entre la vida y la muerte es delgada, y cruzarla tiene un precio. Un precio que no todos están dispuestos a pagar. —Sus palabras eran como cuchillas, cortantes y precisas.

—Estoy dispuesta a pagar ese precio si significa proteger a quienes me importan.

Sus ojos se estrecharon y su expresión se endureció.

—Tu valentía te hace fuerte, pero también imprudente. No todos los enemigos mostrarán compasión porque eres valiente. La guerra no deja lugar para la piedad.

—Y tú tienes que recordar que no todos los enemigos temerán tu poder. La verdadera fuerza no está solo en la brutalidad, sino en la voluntad de proteger —le escupí.

—Esa misma voluntad puede ser tu mayor debilidad. Si no controlas tu rabia, terminará controlándote.

El desafío estaba lanzado. Nos quedamos frente a frente, con la tensión electrizando el aire entre nosotros. Estaba lista para demostrarle que mi determinación era tan feroz como cualquier arma, y mi voluntad, indomable.

—Llegado el momento prefiero arriesgarme a perder el control que quedarme de brazos cruzados. No tengo miedo a la lucha, ni a la muerte. Ni mucho menos a ti.

Una chispa de respeto cruzó sus ojos, mezclada con algo más oscuro.

—Muy bien. Entonces demuéstramelo. No solo con palabras, sino con acciones. Aquí y ahora.

Mi mano se movió casi por voluntad propia y le dejé un corte superficial en la mejilla. Me detuve, esperando ver su reacción, pero, para mi asombro, la herida comenzó a curarse casi al instante. La sangre que había empezado a emerger se detuvo.

Aprovechando mi sorpresa, Dalton invirtió nuestras posiciones de nuevo, quedando él encima.

—Deberías tener en cuenta que herir a un emperador no es tan sencillo. Si no, durante estos cuatrocientos cincuenta años, alguien ya habría logrado destronarme.

Con un esfuerzo, intenté liberarme de su agarre, pero era evidente que él tenía ventaja.

—No hemos terminado. —Mi mundo se detuvo bajo su cuerpo, y sentí cómo la ira hervía dentro de mí, pero intuía que no era solo ira, había algo más—. ¿Lo sientes? Dentro de ti, en lo más profundo, hay algo que ansía liberarse —susurró al acercar su boca a mi oído. Y lo

sentía. Intenté moverme debajo de él, pero su cuerpo parecía hecho de hierro.

Hice un rápido movimiento hacia una de las dagas escondidas en mi pierna y la cogí con firmeza por el mango. Justo cuando iba a dirigirla hacia él, detuvo mi acción con brusquedad; capturó mi muñeca con una fuerza que me hizo crujir los huesos.

Mi frustración se convirtió en ira pura.

Sin pensarlo, le lancé un puñetazo en la cara con la otra mano, pero no se movió ni apenas un centímetro. Sentí como si hubiera golpeado una pared de piedra. El dolor fue inmediato, agudo y lacerante, y se extendió desde los nudillos hasta el brazo. Me ardía la mano, y el dolor me recorría como un veneno.

Dioses…, era insoportable. Parecía como si me la hubiera partido, como si todos los huesos se hubieran hecho añicos contra su rostro inamovible.

Con una profunda inhalación, cerré los ojos, dejando que el dolor y la ira que hervían dentro de mí encontraran salida. Al abrirlos de nuevo, un impresionante círculo de fuego azul nos envolvía con su resplandor etéreo. Las llamas danzaban a nuestro alrededor y creaban un espectáculo de luz y calor. Sin embargo, el fuego no se extendía más allá de un perímetro invisible.

Me di cuenta de que, aunque el fuego nos había rodeado, no alcanzaba los árboles cercanos. Era como si una barrera invisible hubiera detenido las llamas, protegiendo la vegetación. Estas se alzaban altas y furiosas, pero al llegar al borde del círculo, se disipaban en chispas inofensivas.

Era la misma llama inconfundible que había visto en el fuego fatuo, la misma que salió de mí durante la prueba en el valle Espejo;

una llama que no provenía de ninguna fuente externa, sino que emanaba directamente de mi ser.

—¿Cómo es posible que eso haya salido de…? —balbuceé atónita.

—De ti.

Dalton se alejó de mí y con un solo movimiento se impulsó hacia arriba y, una vez de pie, se tomó un momento para observar el entorno, contemplando cómo el fuego azul nos rodeaba.

En su rostro se dibujó una sonrisa.

—La ira o el dolor a veces son buenos para descubrir el verdadero poder que se esconde en lo más profundo de nuestro ser. Y hay momentos en los que no nos queda otra opción más que dejarlo salir.

Me incorporé con dificultad, incapaz de ponerme de pie, ya que mis piernas temblaban. En ese estado de vulnerabilidad, busqué algo de estabilidad, pero mis extremidades se negaban a obedecerme. Dalton bajó la mirada hacia mis piernas. Y acto seguido la desvió.

—Es… es imposible que ese fuego haya salido de mí, que yo lo haya creado.

«Soy mortal, es… es imposible».

Tan repentinamente como había surgido, el fuego azul desapareció y se evaporó en el aire sin dejar rastro, como si nunca hubiese ardido a nuestro alrededor.

—Aquí todo es posible.

Apreté los labios.

—Pero yo no estoy vinculada a ninguna criatura, no he completado ninguna vinculación. Todavía soy mortal. Esto no ha salido de mí, este fuego no lo he hecho arder yo —me autoconvencí.

Dalton se agachó para quedar a mi altura y me miró directamente a los ojos con una serenidad que contrastaba con la tormenta de emociones que azotaba mi interior.

—No todas las criaturas se vinculan de la misma manera, y no siempre debes estar físicamente presente para completar una vinculación —explicó, realizando una pausa para exhalar profundo—. Hay seres mucho más poderosos que hacen las cosas de forma distinta. —Con un gesto suave pero firme, extendió su mano y señaló hacia el centro de mi pecho, donde sentía latir con fuerza mi corazón. En ese instante, el aire se quedó atrapado en mis pulmones —. El ave fénix está dentro de ti.



29

Eda

Respiré aún más hondo que antes.

Permanecía sentada en la hierba, mientras Dalton, agachado en cuclillas, me observaba. Con un gesto suave, retiró su dedo índice del centro de mi pecho.

A nuestro alrededor, el fuego azul había desaparecido como si nunca hubiera existido, pero estaba convencida de que no había sido una ilusión. ¿Cómo era posible que no hubiera quemado absolutamente nada? Los árboles, la hierba, incluso el aire, todo había salido indemne.

—El bosque está… intacto —dije sin acabar la frase.

—Ha sido la arenisca luminis. La misma que se utiliza en el Domo para anular cualquier poder que la toque. Ha hecho que las llamas no llegaran a los árboles, como una barrera —respondió con desdén.

Seguía atónita sentada en la hierba. Miré hacia donde el fuego se había detenido. La arenisca estaba camuflada entre las briznas de hierba y las flores, difícil de distinguir a simple vista a pesar de que brillaba con el resplandor de pequeños diamantes.

Intenté levantarme de un salto, pero mi cuerpo temblaba, tan frágil como una hoja movida por el viento.

—Es normal sentirse así. Tu cuerpo se está adaptando —me dijo, y me tendió una mano para ayudarme a levantarme. Ignoré su oferta y me puse de pie por mi cuenta.

—¿Adaptándose a qué? —pregunté.

—A tu poder.

Mi poder… Había poder en mí y ni siquiera sabía que podía tenerlo. Al volver mi mirada hacia el bosque, todo parecía igual que cuando había llegado. El aire, antes cargado con la energía del fuego azul, ahora parecía más denso, más pesado, como si la ausencia de este hubiera dejado un vacío.

—¿Cómo que el ave fénix está dentro de mí? —siseé girándome hacia él—. Ya lo sabías, ¿verdad? Por eso me trajiste aquí la primera vez, querías enfurecerme, provocarme dolor, para que el fuego saliera de mí… —Mi pecho subía y bajaba rápidamente, ¿qué clase de broma era aquella?—. Y, con la arenisca rodeándonos, evitaste un incendio forestal.

Seguro que cuando le había escrito en el libro dónde lo estaba esperando, una risa tonta había iluminado su rostro frío. Lo había llevado justo a donde él quería que entrenáramos, sabía que tarde o temprano pasaría.

—Tenía mis sospechas, sí. En cuanto a la arenisca, la coloqué hace una semana después de nuestro entrenamiento —dijo, inclinándose

hacia mí como si me olfateara—. Las emociones fuertes hacen que tu olor cambie y ese día… percibí magia en ti. Fue extraño, porque los mortales no huelen de esa manera, así que tomé precauciones y, mira por dónde, he acertado.

Apreté los dientes.

—Mentiroso. Lo sabías, lo sabías desde el principio, mucho antes de que yo llegara a Pramvera —escupí.

No respondió.

En su silencio, encontré la confirmación que buscaba. Sabía que no lo admitiría, pero sus ojos me lo dijeron todo.

—Contéstame —le urgí mientras me acercaba más a él, todavía sintiéndome mareada por lo que acababa de suceder, sin lograr comprender nada de lo que pasaba.

—Tu naturaleza no es la misma que la de los demás; funcionas diferente. Los fuegos fatuos son diferentes. Nuestro poder es diferente.

—¿Nuestro? ¿Cómo que «nuestro poder»? —Me detuve en seco—. ¿Cuántos fuegos fatuos existen?

Reflexioné sobre las llamas que emanaban de su espalda, de su ser, aquellas que nos habían rodeado en el momento en que el poder de Nolan se desató en el valle Espejo.

Recordé las llamas que había visto durante la prueba, aquel fuego verde que amenazaba con quemarme viva, esas llamas que, de forma inesperada, brotaban de aquella figura idéntica a la mía, de mí misma.

—El fuego verde es la llama varilio; el fuego negro que ves en mi espalda es la llama idealis; y, por último, la llama azul es conocida como fuego Kaiserin.

Había tres fuegos…

—Tres nombres diferentes —contesté mientras asimilaba la información, pensando en la pronunciación tan diferente que había hecho al nombrarlos—. Tres nombres que provienen de lenguas distintas. Eso significa que vienen de territorios diferentes, ¿no es así?

—Exacto. El fuego idealis, esa llama negra que danza en mi espalda, tiene su origen aquí, en Pramvera. El varilio, la llama verde que presenciaste durante la prueba, surge de Valdemar. Y por último, el fuego Kaiserin, la llama azul, emerge de Bankai, un territorio envuelto en sombras.

La guerra de las Sombras Eternas, hacía más de doscientos años, una visión mostrada por la capitana Misso en aquel valle engullido por la nieve, donde los muertos vivientes marchaban inexorablemente hacia nosotros, hacia el ejército de Pramvera.

La llama Kaiserin, esa azul que había brotado de mí… No podía ser…

—¿Cómo sabes que la llama Kaiserin procede del territorio de esos muertos vivientes? ¿Cómo sabes que proviene de Bankai? —Toda aquella información que llegaba de repente a mi cabeza me causaba ansiedad—. No entiendo por qué, siendo mortal, de mi cuerpo ha salido fuego, cuando ni siquiera tengo ninguna criatura vinculada a mí —volví a repetirle.

—Las llamas operan de manera distinta. Hasta ahora se os ha enseñado que las vinculaciones con las criaturas mágicas se forman en exclusiva con mortales que carecen de cualquier poder de vinculación. Sin embargo, existen seres que establecen vínculos de una forma distinta, nacen bajo condiciones únicas. Como te dije

aquella noche en la biblioteca, tanto el dragón como el ave fénix emergen de los fuegos fatuos. ¿Cuándo exactamente? Eso es algo que desconozco. Pero lo que sí sé es que estas criaturas se rigen por reglas diferentes a todas las demás.

Asimilé la información despacio, encajando las piezas en mi mente una por una. Un rompecabezas complejo que empezaba a tener forma.

—¿Por qué no me dijiste todo esto el día de la prueba en el valle Espejo? Me he torturado durante días pensando que no podría unirme al pelotón con los demás, que sería la única incapaz de vincularme con alguna criatura, que no sería jinete. Me viste apartada de todos cuando iban al Domo. ¿Por qué no me contaste esto antes?

De manera abrupta, Dalton giró su rostro con una velocidad sorprendente y posó su mirada sobre el distante palacio que se recortaba contra el horizonte.

—Está bien, si decides no contestar, encontraré las respuestas por mi cuenta —dije. Él mantuvo sus ojos clavados en la lejanía, los músculos de la mandíbula contraídos y las manos cerradas en puños firmes. Algo estaba ocurriendo, y él lo percibía claramente—. ¿Qué está pasando?

Giré mi cabeza en la misma dirección que su mirada, tratando de ver lo que había capturado su atención, pero no logré distinguir nada fuera de lo común.

—Dalton, ¿qué es lo que ves? ¿Qué está pasando? Dímelo —dije acercándome a él y extendiendo mi mano para alcanzar su brazo.

Él intentó esquivar mi contacto y se movió ligeramente para evitar mi toque. Sin embargo, mi mano logró alcanzarlo, y nuestra piel se

encontró.

«¡Por qué hay… fuego! ¡Fuego!».

«Las sábanas están ardiendo».

«¡Tengo que salir! ¡Tengo que salir o me quemaré!».

«Todo está lleno de humo».

«Eda».

«¡Liral!».

«No puedo ver nada».

«El humo… Bo puedo respirar…».

Un torrente de pensamientos y sensaciones me invadió la mente.

La voz de Elandra inundó cada rincón y sus pensamientos me atravesaron con rapidez, cada uno de ellos impactando dentro de mi cabeza.

Retiré mi mano del brazo de Dalton y, de inmediato, la voz de Elandra cesó en mi mente, dejando tras de sí un eco.

—¡Tenemos que ir al palacio, ya! —gruñó con voz firme. Acto seguido, tomó su espada y la envainó a su espalda.

En ese momento, la llama negra volvió a arder.

—Pero i¿qué acaba de pasar?! ¿Por qué al tocarte he escuchado a Elandra? —Las preguntas brotaron de mí.

Entonces, las hojas de los árboles comenzaron a agitarse con violencia, como si una tormenta invisible se abalanzara sobre nosotros con una fuerza descomunal.

Elevé la mirada hacia el cielo, y allí estaba: el dragón descendía en picado hacia nosotros.

Su velocidad al descender hacía que el corazón se me encogiera en el pecho. La sombra que proyectaba cubría todo a nuestro

alrededor, transformando el día en noche por unos instantes, mientras el monstruoso ser se aproximaba, listo para interceptarnos.

Antes de que aterrizara en el bosque, mis ojos se deslizaron rápidamente por nuestro entorno. Las vi a todas ellas, a cada una de las criaturas mágicas que habitaban allí en una estampida de pánico.

«Tenemos bastantes espectadores». A eso se refería Dalton.

Los tundras, seres compuestos de rocas y piedras, se movían con torpeza en una dirección opuesta a la nuestra. Detrás de estos colosos de piedra, criaturas pequeñas y brillantes danzaban en el aire.

No eran animales de este mundo, sino seres de formas y colores que desafiaban la paleta natural. Y entre los árboles, cientos, quizá miles, de pájaros alzaron el vuelo en una cacofonía de alas y llamados.

Todos ellos, desde las diminutas criaturas de luz hasta los pájaros, corrían, volaban.

El bosque entero se sumía en un estado de alarma, porque un dragón estaba a punto de aterrizar.

El emperador me aferró por la cintura, tirando de mí hacia atrás con tal ímpetu que mi cuerpo se estrelló contra su pecho. Sentí el calor de su presencia envolviéndome justo en el momento en que el dragón descendió del cielo y posó sus poderosas patas sobre la tierra. El impacto fue monumental; el suelo bajo nosotros tembló como si la misma tierra despertara de un largo sueño.

El enorme dragón de escamas negras se detuvo a tan solo unos centímetros de mí y, si Dalton no hubiera reaccionado con la rapidez de un rayo, no quiero ni pensar en lo que habría ocurrido. Seguramente, estaría aplastada bajo el colosal peso de sus patas.

—¡Joder, Eda! ¿Nadie te ha dicho nunca que lo último que debes hacer cuando un dragón se acerca es quedarte justo debajo de él? —Su tono estaba cargado de una mezcla de enfado y preocupación, tan cerca de mi oído que sentí su aliento.

—Bueno, mi madre no solía incluir ese consejo en los besos de buenas noches antes de dormir, ¿sabes? No es precisamente algo común que un dragón vuele directo hacia ti —respondí mientras me apartaba un poco.

Él pasó por mi lado y, al hacerlo, su hombro rozó el mío, enviando un escalofrío por mi columna. Pero antes de alejarse, extendió su brazo hacia atrás y me atrapó la muñeca con firmeza para arrastrarme con él.

Su mano era cálida, casi reconfortante, pero su agarre dejaba claro que no había espacio para discusiones.

—O nos vamos al palacio ahora o acabará convertido en cenizas en menos de unos minutos —dijo sin detenerse.

—¿A qué te refieres con…? —comencé, pero no terminé la frase. Su mirada cortó cualquier intento de resistencia.

Vamos a volar, Eda. Sus palabras acariciaron mi consciencia como una sentencia. *Vas a montarte en mi dragón.*

El aliento cálido de Long, que se mezclaba con la brisa del bosque, me envolvía, y la sola idea me hizo estremecer.

—¿Esto es alguna especie de broma? De ninguna manera me voy a subir a tu dragón. Esto… esto es una locura —protesté, aunque sabía que mis palabras no tendrían peso alguno.

Inmóvil, mis ojos se clavaron en Dalton mientras montaba en la enorme criatura.

Con un movimiento medido, apoyó su pie en la curva donde se unía la pata del dragón con su cuerpo, utilizando esa suerte de escalón etéreo con naturalidad. Luego, se impulsó hacia arriba, casi como si el aire mismo lo asistiera hasta encontrar su lugar sobre el lomo de Long con una facilidad que desafiaba la lógica. Entonces se acomodó en su sitio como si aquel acto de trepar y asentarse sobre la criatura fuera una extensión más de su ser, tan sencillo y fluido como el acto de respirar.

—No es que yo quiera verte aquí arriba, querida. Pero si no lo haces, me temo que tu amiga no sobrevivirá. Y no puedo permitirme perder a otro recluta este año. Así que sube al dragón, por favor.

La idea de montar esa criatura me llenaba de pánico. Pero el temor de perder a Elandra era aún más aterrador.

Me dirigí hacia el dragón, que parecía recibirme con serenidad, como si no le importara mi presencia. Desde la cercanía, las escamas negras que lo cubrían por completo resultaban aún más impresionantes y desprendían un brillo sutil bajo la luz.

Sus alas comenzaron a desplegarse lentamente, mostrando las venas marcadas sobre la membrana y, al girar su enorme cabeza, sus ojos negros se fijaron en los míos.

Tragué saliva.

Dalton extendió su mano hacia mí y, aunque el dragón era imponente, sabía que debía confiar en él. Con cuidado, empecé a escalar las escamas, que eran grandes y resbaladizas.

Mis pies se deslizaban en la superficie curvada, pero seguí adelante, aferrándome con fuerza a las escamas que sobresalían. Cuando por fin logré alcanzar su mano, sentí su agarre seguro, y con

un movimiento suave pero potente, me impulsó hacia arriba como si no pesara nada, como si fuera una pluma llevada por el viento.

Al aterrizar en el lomo del dragón, noté la dureza inconfundible de las escamas. Cada una encajaba perfectamente con la siguiente, formando una coraza natural impenetrable.

Me sentí diminuta y vulnerable sobre su espalda, pero sabía que ese dragón, Long, era más que un simple animal; era una fortaleza viviente.

Ajusté mi posición en busca de un punto donde pudiera sentirme estable. Mi cuerpo se amoldó a la curvatura de su lomo, cada respiración del dragón transmitiendo una fuerza que se extendía por toda su estructura masiva.

—No quiero morir hoy —murmuré con una voz apenas audible.

Dalton giró la cabeza para mirarme, sus ojos buscando los míos. Si lo que deseaba era ver el miedo reflejado en mi rostro, había logrado su cometido.

—Hoy no tengo planes de enterrar ningún cadáver —respondió con una voz que resonó con una calma desconcertante. Mi cuerpo se tensó aún más ante sus palabras —. Pero quién sabe.

¿¿¿Qué???

El dragón se levantó de la hierba, sus patas empujando contra el suelo y desafiando la gravedad.

—Cierra las piernas. —Su mano se apoyó en el lado externo de mi rodilla para presionarla hacia dentro con suavidad—. Apriétalas contra el lomo y apoya tus pies en las escamas. Y, sobre todo, no te sueltes de mí —indicó mientras deslizaba sus manos hacia atrás para tomar las mías y guiarlas a su pecho.

Las alas del dragón se desplegaron para capturar el aire. De forma instintiva me aferré a Dalton con tanta fuerza que creía que podría romperle las costillas si fuera inmortal.

Pareció como si un escalofrío le recorriera el cuerpo.

Antes de alzarnos hacia el cielo, miré a todas las criaturas mágicas que se encontraban en el bosque y me di cuenta de que solo corrían para dejar espacio al dragón. Porque ninguna se había escondido; todas se habían quedado rodeándonos, admirándonos.

El dragón ascendió y lo que vi me dejo si aliento.

Volábamos por encima de las nubes, donde el cielo recobraba su serenidad y se transformaba en un vasto océano azul que se extendía sin límites en todas direcciones.

Era el atardecer, y los últimos rayos del sol teñían el horizonte de tonos cálidos. Long planeaba sobre el paisaje, sus enormes alas desplegadas realizaban movimientos mesurados y precisos, aprovechando las corrientes de aire para mantenernos en un vuelo estable.

El dragón aumentó su velocidad y cortó el cielo mientras descendía de entre las nubes, cada vez más cerca de la tierra. Navegaba en el aire, describiendo un curso preciso hacia el palacio.

Mi estómago se retorció ante la rápida bajada y, por puro instinto, me aferré aún más fuerte al torso de Dalton, pero a pesar de la velocidad y la altura, no cerré los ojos.

Quería ver, necesitaba entender.

Y allí estaba: el gran incendio consumiendo el ala este del palacio, precisamente donde se ubicaban nuestras habitaciones.

Las llamas devoraban con voracidad cada rincón, alimentadas por el viento que avivaba aún más su furia. El fuego se extendía

incontrolable, sus lenguas anaranjadas y rojas crepitando en un caos que devoraba la estructura, desintegrando la belleza del ala en cenizas.

No te sueltes por nada del mundo, me ordenó.

El dragón se dirigió hacia el ala este, y sentí cómo sus músculos se tensaban bajo mis pies. Entonces, en lugar de fuego, surgió de su boca un poderoso vendaval que extinguió las llamas en un abrir y cerrar de ojos.

El alivio fue instantáneo, pero mi mente seguía atormentada por la incertidumbre. ¿Estarían todos a salvo? ¿Habrían sufrido heridas? Camille, Liral, Elandra, Adriel… Todos ellos estaban allí, y yo no podía hacer más que observar desde las alturas impotente.

El terror me invadía, pero sabía que no podía permitirme ceder al pánico. Cualquier movimiento imprudente podría hacerme perder el equilibrio y caer del lomo del dragón.

Los ayudas más estando aquí arriba que ahí abajo, dijo con voz áspera en mi consciencia. *Prepárate, vamos a aterrizar.*

Después de haber sofocado el incendio, iniciamos un descenso en picado. Nos acercábamos a gran velocidad al palacio y, con una maniobra magistral, el dragón redujo su velocidad mientras se aproximaba con una precisión asombrosa hacia la puerta delantera del palacio.

Una vez en tierra firme, Dalton descendió del dragón, y yo, ansiosa por bajar, imité su movimiento, pero, al intentar apoyarme en una de las escamas para bajar, mi pierna resbaló inesperadamente. La escama, más lisa de lo que había calculado, no me ofreció el agarre que necesitaba y perdí el equilibrio.

Antes de que pudiera caer, las manos de Dalton me alcanzaron. Con la misma destreza con la que manejaba su espada, me atrapó por la cintura.

Su agarre fue seguro y, en lugar de dejarme caer, me guio con suavidad hacia el suelo. Cuando por fin mis pies tocaron tierra firme junto a él, sentí el calor de su cuerpo cerca del mío, su mirada fija en la mía por un breve instante, sin embargo, él pareció no darle mayor importancia.

—Entremos por la puerta principal; es la ruta más directa al ala que necesitamos alcanzar, y si han salido, lo más probable es que estén cerca de la entrada, en el jardín —dijo sin esperar respuesta, avanzando con paso decidido. Yo lo seguí de inmediato, preparándome mentalmente para lo peor.

Al aproximarnos a la entrada del palacio, las doncellas, los mayordomos y los sirvientes se congregaban en los jardines, casi todos habían logrado salir a tiempo. Sus rostros reflejaban preocupación, pero al ver al emperador acercarse, una chispa de esperanza iluminó sus miradas.

Con respeto, le hicieron una corta reverencia, entre ellos, vi a Camille, y un suspiro de alivio escapó de mis labios al saber que estaba a salvo, una isla de tranquilidad en medio del caos.

Sin detenerse, Dalton avanzó a enormes zancadas por las escaleras de la gran entrada al palacio. Calen y Adriel estaban juntos dentro, y ambos dirigían su mirada hacia el pasillo del ala este.

—¿Dónde están Liral y Elandra? ¿Siguen en el ala en sus habitaciones? —pregunté con la voz llena de urgencia mientras giraba hacia el pasillo que se consumía en llamas, de donde el humo brotaba en espesas nubes negras.

—Nosotros estábamos entrenando en el valle, lejos del palacio; ellas… no estaban con nosotros, creemos que se fueron a sus habitaciones —respondió Calen con voz temblorosa.

Sin dudarlo, me dirigí hacia el pasillo inundado de humo, pero, en cuanto avancé un paso, una tos violenta sacudió mi cuerpo, el aire era tan denso que parecía asfixiarme.

—Espera. —Dalton me detuvo con un brazo y su mano se cerró sobre mi hombro hasta hacerme mirar hacia el pasillo.

En el denso humo negro que lo envolvía todo, una silueta emergió del velo de sombras, avanzando hacia nosotros.

A través del humo, la figura se hizo más clara, delineando un contorno que tensó cada músculo de mi cuerpo.

Era Elandra, y en sus brazos llevaba a… Liral, quien estaba completamente inconsciente.

El pelo pelirrojo de Elandra estaba cubierto de ceniza, pero aún conservaba su brillo característico, que contrastaba con la imagen desoladora de Liral, desmayada y con la ropa quemada hasta tal punto que apenas cubría su cuerpo.

Al verlas, el emperador no tardó ni un segundo. Corrió hacia Elandra y tomó a Liral en sus brazos como si no pesara nada.

Sin pensarlo, corrí hacia Elandra y la abracé, las lágrimas brotaron de mis ojos sin control. La emoción de verlas con vida, aunque lastimadas…

—Elandra, ¿qué ha pasado? ¿De dónde ha salido ese fuego?

Con las manos temblorosas, cogí su rostro, buscando en sus ojos algún indicio de su estado.

Recordé entonces todos sus pensamientos que habían invadido mi mente al tocar a Dalton, aquellos ecos de urgencia y miedo que

ahora cobraban un significado aún más profundo.

—Yo… estaba dormida y, de repente, no sé cómo, abrí los ojos y la habitación estaba envuelta en llamas. El fuego lo devoraba todo, y el humo… No podía respirar, pero entonces… algo extraño sucedió. Estaba rodeada de fuego, Eda, pero no me quemé…, no me quemé. —Las lágrimas caían por sus mejillas mientras su cuerpo temblaba, apenas capaz de sostenerse en pie—. Salí de la habitación y el pasillo ya estaba ardiendo, las puertas…, todo, y lo único en lo que podía pensar era en Liral. Sabía que tú no estabas en tu habitación. Entré en la suya y la encontré en el suelo inconsciente.

—Respira, Elandra —le dije con suavidad al tiempo que la sujetaba por los hombros.

—Pensé que no sería capaz de levantarla, pero cuando la cogí… era como si no pesara nada, como si de repente tuviera una fuerza que no sabía que tenía —continuaba hablando con voz temblorosa mientras intentaba comprender lo sucedido—. No sé qué está pasando, Eda.

Me giré hacia Dalton Basilius, que sostenía a Liral en sus brazos. Lo miré fijamente, y, al igual que la última vez, derretí el muro de hielo.

Dime que no está muerta.

Creo que no sería un final digno para alguien como ella, respondió, utilizando un tono que sabía estaba destinado a calmarme.

Y lo había conseguido.

No me había dado cuenta de que Calen y Adriel se habían ido corriendo a buscar unas mantas para Liral y Elandra, hasta que se acercaron rápidamente a nosotras para entregarle una a esta última,

quien la recibió con manos temblorosas. Luego me pasaron la otra manta para cubrir a Liral, que yacía desnuda en los brazos del emperador. Con cuidado, se la coloqué encima, notando cómo su pelo estaba casi quemado por las llamas.

—Será mejor que os alejéis del humo. No es bueno para vosotros estar aquí. No quiero que los pulmones os den problemas en el futuro. ¡Fuera todos! —ladró el emperador con ese tono serio que lo caracterizaba.

Nos alejamos unos pasos del ala este, la parte quemada, en busca de un aire más limpio mientras caminábamos hacia la salida. Fue entonces cuando oímos pasos provenientes de la dirección contraria, lo que nos hizo detenernos y girarnos. Era la capitana Misso quien venía corriendo hacia nosotros.

—Alteza Imperial. —Inclinó la cabeza en señal de respeto—. ¿Queda alguien más en el ala este?

—No, todos están fuera. No queda nadie más —respondió el emperador. La capitana Misso dirigió su mirada hacia Liral y se acercó a ella.

—Hace mucho tiempo que no pasaba algo así —comentó, y observó luego a Elandra, que seguía temblando bajo la manta—. Han pasado más de doscientos años sin que nada escapara de nuestro control.

—Envía un mensaje al comandante Kaiden. Informa de que el ala este se ha incendiado y dile también que ya hay una segunda inmortal en el nuevo pelotón de jinetes. —El emperador miró a Elandra con severidad—. Marcharás hoy mismo a la cordillera de Arcadia. Tu vinculación con el nightmare está completa.



30

Dalton Basilius

Trescientos cuarenta y siete años atrás

Sobrevolaba el paisaje montañoso a lomos de Long, sintiendo el frío aire invernal rozar mi rostro. El invierno había extendido su manto blanco sobre el imperio, cubriendo cada rincón a la vista.

Bajo nosotros, la nieve envolvía cada montaña, cada árbol. La blancura inmaculada ocupaba hasta donde alcanzaba la vista, interrumpida solo por las sombras azuladas de las montañas lejanas que se desplegaban kilómetros a lo largo y a lo ancho.

Justo detrás de mí, Misso seguía firme, montada en Aquilea, mientras que a mi derecha, el comandante del ejército, Alexander Kaiden, se deslizaba por el aire, montado en la mantícora.

Nos dirigíamos hacia la cordillera de Novadia, formando una pequeña flota que avanzaba hacia el horizonte.

Bajemos más, descendamos hacia las montañas, volaremos en zigzag entre ellas. Me apetece ver más de cerca la nieve, les comuniqué a los dos en sus consciencias.

Antes de que Long iniciara el descenso, Misso se adelantó y se precipitó hacia los árboles con rapidez.

Si lo que buscaba era velocidad, eso sería precisamente lo que le iba a dar.

Me concentré en aumentar la aceleración y mi dragón respondió de inmediato. En un instante, Kaiden y su mantícora quedaron rezagados a nuestras espaldas.

Continué siguiendo a Misso mientras cortaba el aire con agilidad. Nos adentramos en las montañas nevadas con un vuelo en zigzag, apenas rozando la capa de nieve fresca que las cubría.

Realizamos piruetas aéreas, jugábamos con las corrientes y desafiábamos la gravedad, girando y volando en caída libre solo para remontar el vuelo en el último momento.

Cincuenta y tres años habían pasado desde aquel encuentro inolvidable en el bosque de Valdemar. La imagen de Misso, refugiada bajo el ala protectora de Aquilea, con el rostro marcado por heridas profundas y bañado en sangre, permanecía grabada en mi memoria, y solo de pensarlo mi cuerpo se tensaba.

Desde aquel fatídico día, la transformación de Misso había sido asombrosa. Recordaba claramente cómo, en sus primeros días con nosotros, su mirada estaba llena de dolor y miedo, su cuerpo frágil y tembloroso.

El vacío dejado por la pérdida de su ojo nunca se llenó del todo, pero Misso aprendió a compensar su falta de visión con una agudeza inquebrantable. Su resiliencia era inspiradora; se convirtió en una

guerrera que entrenaba sin descanso para perfeccionar sus habilidades. Verla en ese momento fuerte y segura de sí misma era casi increíble.

A sus diecinueve años, Misso se había convertido en una figura imparable, y su presencia en el campo de batalla se hacía cada vez más imprescindible. Había asumido el liderazgo de un escuadrón que, aunque pequeño en número, era formidable.

Bajo su mando, los hipogrifos y sus jinetes se movían y ejecutaban sus órdenes. Ella, con su carácter firme y su innegable habilidad para liderar, se había ganado el respeto no solo de su escuadrón, sino de todos los que tenían el honor de luchar a su lado.

—Aún te queda mucho por aprender.

Me posicioné sobre Misso y su hipogrifo. La magnitud de Long era tal que proyectaba una sombra sobre ellos y oscurecía momentáneamente la luz que las bañaba en su vuelo. Sin embargo, lejos de ser eclipsada, Misso respondió ejecutando una maniobra audaz. En un solo movimiento, ascendió con rapidez para cambiar de posición, de manera que ahora eran ellas quienes volaban por encima de mí y de Long.

—¡Yo creo que ya lo sé todo para ser como tú, Dalton! —vaciló Misso con un grito por encima de mí.

Y tenía razón, ya lo sabía todo para ser como yo.

A lo lejos, Novadia, conocida como la ciudad de hielo, un apodo con el que estaba plenamente de acuerdo, empezaba a perfilarse en el horizonte. De las tres cordilleras, Novadia era la que se situaba más al norte.

Moderamos el ritmo y adoptamos la formación habitual: yo en el centro, Misso a mi izquierda y Kaiden, quien ajustó su velocidad para

unirse a nosotros un poco más calmado, se posicionó a mi derecha poco después. Aquella escena, ya familiar para nosotros, era todo un espectáculo para los que nos observaban desde abajo.

La entrada a Novadia estaba protagonizada por un enorme puente que cruzaba el centro de la montaña, actuando como una puerta hacia el interior. Se extendía, rodeado de un conjunto de montañas menores que lo seguían como una especie de muralla natural alrededor de la ciudad. El diseño era asombroso: el puente conducía directamente hacia la boca de la montaña, donde una enorme puerta tallada en la roca misma daba acceso a la villa.

Como jinetes, nuestro ingreso a la ciudad era único; sobrevolamos las montañas y cruzamos el umbral aéreo. Al sobrevolar la primera montaña, la impresionante vista de Novadia se desplegó bajo nosotros y, con ella, el lago de Lágrimas de Fénix, una extensión de agua congelada que causaba el efecto visual de que la ciudad flotaba mágicamente sobre él.

Novadia se diferenciaba en mucho de Pramvera; era conocida como la ciudad de los guerreros, un lugar donde cada hogar pertenecía a alguien vinculado al ejército imperial. En ese gélido entorno, las casas, ahora adornadas y cubiertas por la nieve, se extendían alrededor del lago, que se hallaba en el corazón mismo de la villa.

Descendimos aún más, pero nuestro destino final no era Novadia, sino la monumental montaña que se alzaba frente a nosotros: la Fortaleza de la Cumbre de Hielo.

Estaba incrustada dentro de las montañas, casi alcanzando la cima, un lugar donde enormes pilares de hielo parecían sostener la cumbre separándola del cuerpo principal de la montaña.

Era la cumbre más grande que se podía presenciar, un gigante entre gigantes, tan enorme que el dragón y las otras criaturas podían maniobrar con facilidad en ese espacio, un pasaje que nos conducía directamente a la entrada de la fortaleza.

Al aproximarnos, redujimos la velocidad, preparándonos para el aterrizaje.

El proceso de descenso fue meticuloso y ajustamos cada movimiento para navegar por el estrecho espacio entre los pilares de piedra que marcaban la entrada a la fortaleza. Finalmente, nuestras criaturas extendieron sus alas al máximo para frenar el impulso y aterrizamos con suavidad en el interior de la Fortaleza de la Cumbre de Hielo.

Allí no había lugar para bailes; era un dominio exclusivo de la guerra, y yo era el líder al mando de un ejército de más de cien mil hombres y mujeres.

—Alteza Imperial. —El regente de la Fortaleza de la Cumbre de Hielo se arrodilló ante mí—. Qué grata sorpresa, bienvenido a su hogar. Y también a ustedes, comandante Kaiden, líder del escuadrón de mantícoras, y Misso, líder del escuadrón de hipogrifos. —Inclinó la cabeza en señal de saludo, aunque era evidente que la idea de una mujer en un rango superior no le agradaba del todo. Luego, dirigió su mirada hacia las criaturas, prestando especial atención a Long.

Era más bajo que todos nosotros, aunque a mi lado y al de Kaiden, casi todos lo eran. Vestía una túnica negra, el color más apreciado en la fortaleza, que le llegaba hasta los tobillos. La capucha cubría su cabeza y apenas dejaba ver su rostro, pero sabía perfectamente quién era.

—Ya sé que soy bienvenido aquí, Faelan. —Me acerqué a él con una mirada intimidante que lo hizo encogerse—. ¿Alguna novedad en la fortaleza? He estado varios días sin noticias.

—Desconecte cuanto quiera, Su Alteza. Es bueno tomarse un descanso —respondió bajando aún más la cabeza.

—Nadie ha dicho que me haya tomado un descanso —repliqué cruzando los brazos—. ¿Por qué asumes que he venido a relajarme?

Aquel hombre sin duda estaba en mi lista negra, pero había ocupado el cargo de regente de la fortaleza durante tantos años que encontrar a otro sería complicado.

Faelan titubeó sin saber qué responder.

—Desde la llegada del último hipogrifo y su jinete el mes pasado, no ha habido nada nuevo —informó en un intento por desviar la conversación.

—¿El jinete ha completado la vinculación? Han pasado dos semanas desde la última vez que vi al nuevo recluta. —Misso dio un paso adelante.

—No, líder. Continúa acercándose a la criatura y entrenando cada día como parte del ejército, según me han informado. Pero aún no ha progresado en sus poderes.

—¿Y qué opinan los otros oficiales? —intervino Kaiden—. ¿Están satisfechos con su progreso?

—No han expresado quejas formales, pero hay murmullos de preocupación. Temen que el jinete no sea capaz de completar la vinculación.

—Retírate, Faelan, y avisa a todo el ejército de que el emperador ha llegado a Novadia —le ordené, cansado de su presencia.

Faelan asintió por quinta vez y salió del enorme comedor de la fortaleza.

—Creo que el ejército ya sabe de sobra que hemos llegado. Dudo que nadie más tenga un dragón. —Kaiden soltó una carcajada a mi lado.

—Solo quería que se fuera. No me apetece hablar con él delante; los regentes suelen ser bastante cotillas, ya lo sabéis —comenté girándome hacia la vista de la ciudad que se extendía diminuta a nuestros pies desde las alturas.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará el nuevo recluta en completar la vinculación? —preguntó Misso.

—Dependerá de la relación que establezca con el hipogrifo —respondí—. Algunos lo logran en cuestión de semanas, otros necesitan meses.

—No podemos permitirnos tener debilidades en nuestras filas —añadió Kaiden, su tono más serio.

—Lo sé.

Desde allí arriba, se veía al ejército imperial entrenando sobre el manto de nieve que cubría el suelo, dedicados día y noche a su preparación. Listos para enfrentarse a cualquier adversidad, preparados para sacrificar sus vidas por el imperio, por Pramvera, si fuera necesario.

—Te dije que no era buena idea enviar a los nuevos jinetes de Valdemar a las cordilleras hasta que no estuvieran vinculados. Los jinetes que hay aquí son igual de inexpertos que los recién llegados —habló Misso con los brazos cruzados.

—Cada vez son más los jinetes que se vinculan, cada vez son más las criaturas que nacen y vienen volando hasta Pramvera desde

Valdemar. Y las criaturas vinculadas a la tierra se quedan allí, descontroladas. —Me pellizqué el puente de la nariz.

—Todo se está descontrolando, Valdemar está sumida en el caos. Desde que los wendigos atacaron la ciudad de Pramvera, todo ha empeorado. Tenemos que hacer algo —afirmó Kaiden frunciendo el ceño.

Habían transcurrido sesenta y un años desde aquel ataque en Pramvera, donde la ciudad se había sumido en la oscuridad, provocando la ruina de gran parte de ella. Incluso una mitad del palacio quedó destruida, obligándonos a emprender una reconstrucción completa, pared por pared.

—Antes de volar, recibí un mensaje desde la cordillera de Arcadia, desde la fortaleza de Gea. Alaric escribió sobre el nuevo jinete de los nightmares. Su vinculación comenzó anoche —informó Misso—. Se ha vinculado después de dos meses. Eso es mucho tiempo.

Alaric era el líder del escuadrón de los nightmares, criaturas imponentes y temibles. Los nightmares eran caballos negros como el carbón, con pelajes que ardían en un fuego rojo, y de un tamaño colosal que alcanzaba hasta casi cuatro metros de altura.

Alaric, el cuarto mortal en vincularse con una criatura, había sido entrenado en el palacio antes de ser enviado, hacía algunas décadas, a la cordillera de Arcadia. Esa región, dominada por el calor abrasador de poniente, era conocida por su clima extremo y condiciones inhóspitas. Precisamente aquellas características hacían de Arcadia el hogar ideal para el escuadrón de los nightmares, los caballos de fuego.

—Sin duda, Alaric lo está haciendo mejor que tú, Misso. —Me giré hacia ella—. Tú eres la líder del escuadrón de hipogrifos; deberías

estar entrenándolos tú misma si ninguno te parece adecuado para hacerlo. —Mi tono era serio y, aunque sabía que no debía desquitarme con ella, la situación general me tenía frustrado.

Misso me miró con los brazos cruzados, su rostro una mezcla de enojo y decepción.

—A sus órdenes, *emperador* —dijo con rabia al tiempo que se montaba en su hipogrifo y se alejaba volando.

—No deberías pagarlo con ella, Dalton. Ya lleva bastante peso sobre sus hombros como para que nosotros, su único apoyo en esta vida, la forcemos más. —Kaiden siempre intentaba apaciguar las tensiones, un pacifista nato, excepto en el campo de batalla.

—Lo sé, joder, lo sé, pero pronto asumirá un cargo más alto en el ejército imperial, y no voy a consentir debilidades en ella. No quiero que baje la guardia, no cuando eso podría costarle la vida. Mantenerla alerta y atenta a todo contribuye a su crecimiento —respondí apartando la mirada de la ciudad de Novadia.

—Mañana iré a la cordillera de Arcadia personalmente para ver cómo proceden allí con las vinculaciones —anunció Kaiden.

—No te molestes, comandante. Yo volaré hacia Arcadia en cuanto se ponga el sol —repliqué mientras me acercaba a Long, cuya respiración potente contrastaba con el frío invernal—. Quiero ver por mí mismo al ejército de los kailani.

Los kailani representaban otro nivel de guerreros, la élite.

Cada vez que un soldado destacaba en el ejército imperial, era enviado a Arcadia para integrarse a las filas de los kailani. Guerreros de la muerte, así los había oído llamar. Y era yo quien los entrenaba la mayor parte del tiempo. Era en ese escenario donde estaba

enseñando a Misso a comandar, porque tenía la intención de que ella fuera la capitana de ese ejército. No había cargo de mayor honor.

—¿Qué vamos a hacer con Valdemar? Ese bosque está fuera de control. Lo hemos revisado de arriba abajo y aún no se sabe de dónde salen esas criaturas. Es un peligro para los mortales que viven allí.

—¿Qué propones que hagamos entonces? El bosque es una fuente de poder, el origen de todas las criaturas. Lo único que podemos hacer es enviar a los mortales a Pramvera —concluí, aunque había reflexionado sobre aquello en numerosas ocasiones—. Pero cualquier movimiento que hagamos podría suponer un riesgo para la magia. Si sacamos a los mortales de esas tierras, puede que no haya jinetes nunca más. Sabemos que esas tierras están vinculadas a quienes viven en ellas. —Me giré hacia Alexander, hacia el que consideraba mi hermano—. Es mucho más complicado y lo sabes.

—Hemos buscado información en archivos antiguos de las propias tierras de Valdemar, y no hemos encontrado nada sobre la magia.

—Tiene que haber algo en ese bosque; esas criaturas no pueden surgir de la nada. —Mi ansiedad por descubrirlo me consumía por dentro.

Dio un paso hacia a mí, el tío se había vuelto gigante, más de lo que hubiera imaginado.

—Dejemos de charlar y pongámonos manos a la obra. Vamos a poner firmes a esos cabrones.

Nos montamos de nuevo sobre nuestras criaturas y despegamos, dirigiéndonos hacia donde el gran ejército realizaba sus entrenamientos.

Desde la posición privilegiada sobre el lomo de mi dragón, tenía una vista panorámica del campo de entrenamiento. Podía observar cómo, al vernos aproximarnos desde el cielo, todos levantaban la mirada hacia nosotros, algunos casi torciéndose el cuello.

Era evidente cómo el miedo y el respeto se propagaban como olas entre ellos, provocando que adoptaran una formación más disciplinada, motivados tanto por la presencia del comandante como por la mía, el emperador.

Para Kaiden y para mí había cierto placer en esas visitas inesperadas, en inyectarles ese temor constructivo. Nos gustaba intimidarlos, ver cómo reaccionaban bajo presión.

Podía ver pequeños grupos intercambiando puñetazos, mujeres enfrascadas en duelos con espadas, casi llevando la competencia al límite. También distinguía a algunos holgazanes que, lejos de entrenar, preferían pasar el tiempo bebiendo cerveza y, lo que era peor, se dedicaban a meterse con los más novatos. No se limitaban a burlas verbales, sino que los empujaban y golpeaban, tratándolos casi como si fueran esclavos en lugar de compañeros en potencia. Era justo a esos holgazanes a los que yo tenía en el punto de mira.

Aterrizamos a un lado del campo de entrenamiento, causando una gran nube de nieve al tocar el suelo. Bajé del lomo de Long, pero, antes de hacerlo, invité a las llamas a danzar a lo largo de mi espalda, ardiendo con una fuerza que rara vez había mostrado antes. Por su parte, el comandante, siempre teatral, permitió que sus venas brillaran con un fulgor plateado, emulando rayos, mientras descendía de su mantícora.

El ejército quedó sumido en un silencio absoluto, uno sorprendente dado el número de personas reunidas.

Deja de hacer esa mierda, los vas a asustar de verdad, harás que se meen encima, le reproché.

Déjame, capullo, es el momento del día en el que me creo un dios, respondió a través de un pensamiento compartido.

Estuve a punto de soltar una carcajada ante su comentario, pero me contuve; romper nuestra fachada severa habría arruinado la imagen.

«Joder, es el emperador».

«Cada vez que veo al dragón, creo que está más grande».

«Quiero montar en esa bestia».

«Ese bicho nos puede achicharrar».

Los pensamientos de los soldados fluían hacia mí, pero rápidamente levanté el muro mental para cesar el flujo de sus voces internas.

Me alejé de Long y caminé hacia el ejército mientras los copos de nieve caían sobre mí y se depositaban en mi uniforme negro. No me preocupaba el frío intenso; siendo inmortal, la idea de morir congelado me era ajena.

Al aproximarme, el ejército entero se arrodilló ante mí, hincando la rodilla derecha en la nieve y bajando la cabeza, en un gesto de respeto y sumisión, a la espera de mi indicación para levantarse.

—Levantaos, soldados —ordené acompañando mis palabras con un gesto de mi mano.

Ese día tenía un objetivo, y estaba decidido a cumplirlo.

Avancé y los soldados me abrieron el paso. Me dirigí hacia los holgazanes que estaban maltratando a los niños. Al verme, incluso ellos adoptaron una postura recta en el campo de entrenamiento.

Me aproximé con las llamas ardiendo a mi espalda, lo que provocó que todos se apartaran aún más. Los niños novatos estaban a un lado, marcados por moratones y sangre en sus rostros.

Cuando casi podía notar el aliento de uno de ellos, alcé una ceja y le pregunté directamente:

—¿Quién te ha hecho eso, soldado?

El joven, nervioso como un gato en una habitación llena de perros, tartamudeó:

—Nadie, Su Alteza Imperial. Fui yo.

—¿Te has golpeado solo en la cara? ¡Vaya innovación! Deberías patentarla como la técnica de entrenamiento del siglo —comenté con un gesto de la mano, como si estuviera considerando seriamente la idea.

El niño lanzó una mirada rápida hacia los tres soldados que estaban a su lado, parecía evidente que buscaba una salida honorable. Pero yo ya sabía lo que había pasado, solo necesitaba que él lo admitiera.

—Fueron esos tres —dijo por fin, señalando con la mirada a los tres matones.

Me giré hacia ellos, quienes comenzaron a temblar como hojas en un vendaval.

—¡Que todo el mundo se aparte menos estos tres! —ordené y, de inmediato, los soldados de alrededor se dispersaron.

—Así que vosotros sois los que os dedicáis a agredir a niños, ¿no? —Avancé un paso hacia ellos, uno parecía estar a punto de perder el conocimiento—. Eso no está bien, no está nada bien.

—Su Alteza Imperial —uno de los tres empezó a temblar—, lo siento mucho, lo sentimos, no volverá a ocurrir, lo juramos.

—Lo siento mucho, Su Alteza Imperial, fue un error, una tontería. No volverá a suceder, se lo prometemos —balbuceó el más alto, tratando de mantener la compostura mientras sus compañeros asentían frenéticamente.

—Una «tontería» que bien pudo haber dejado al chico con la mandíbula desencajada. ¿Qué pensáis que debería hacer con vosotros?

Uno de ellos, el más joven y con toda probabilidad el menos implicado en la agresión, se atrevió a responder:

—Su Alteza, solo queríamos… queríamos divertirnos un poco, pero no pensamos en las consecuencias. Nos dejamos llevar por el momento y… y nos equivocamos.

—Divertirse a costa de otro soldado no es aceptable en mi ejército —respondí. Luego, miré al soldado herido y le hice un gesto para que se acercara—. Ve con el médico para que te revise esa herida. No deberías estar aquí de pie con esa cara, chico.

El soldado asintió y, mientras se alejaba, dirigí mi atención de nuevo a los tres agresores.

—Vosotros tres, vais a limpiar los baños de todas y cada una de las casas de Novadia durante un mes entero. No me importa si no dormís, no me importa si os saltáis comidas para acabar de limpiar. Ese es el castigo. —Elevé la voz para asegurarme de que todos los soldados me oyeran—. La guerra no es contra vuestros compañeros, la guerra está ahí fuera. Si vuelvo a enterarme de que alguno de mis soldados agrede a sus compañeros fuera de un entrenamiento, me encargaré de él personalmente. No habrá segundas oportunidades. ¿Entendido?

Asintieron con fervor.

—Sí, Su Alteza Imperial —dijeron al unísono.

Los miré unos segundos más, manteniendo mi compostura mientras sentía el fuego intensificarse en mi espalda.

—Bien. Y que quede claro, si vuelvo a ver a alguien agrediendo a niños en este ejército, lo quemaré vivo.



31

Eda

Las despedidas parecían volverse cada vez más frecuentes dentro de nuestro círculo.

Primero fue Nolan, destinado a la cordillera de Novadia, mientras que Elandra, junto con Adriel, emprendieron rumbo hacia Arcadia.

La vinculación de Adriel con el zeng comenzó apenas cinco días tras la partida de Elandra. Sin embargo, el proceso de Adriel fue diferente al de Nolan. Pocas horas después de que comenzara con vómitos, Dalton Basilius decidió inducirlo en un sueño profundo, utilizando el mismo método que había aplicado con Nolan cuando su poder se descontroló.

Mientras Adriel yacía en ese estado, una pequeña parte del escuadrón de jinetes de zengs hizo su aparición en el palacio. Solo tres vinieron a por Adriel, tal como ocurrió cuando se llevaron a Elandra.

—La cordillera de Novadia se encuentra al norte del imperio de Pramvera —señaló la capitana Misso en la pizarra—, mientras que la cordillera de Arcadia se halla más al este.

La mesa donde solíamos sentarnos todos ahora estaba casi vacía, solo quedábamos Liral, Calen y yo ocupándola.

Después del incendio que Elandra había provocado sin querer, como consecuencia de su vinculación, nos habían asignado habitaciones más cerca del ala oeste del palacio, donde todo parecía ser más… siniestro.

—Por eso cada jinete va a un lugar distinto, por las temperaturas, ¿no, capitana? —preguntó Liral.

Había notado algo diferente en Liral en los últimos días. Desde el incendio que la puso al borde de la muerte, había experimentado un cambio notable. Me alegraba ver esa transformación en ella. Ahora llevaba el cabello muy corto, una consecuencia inevitable después de que el fuego de Elandra quemara parte de su melena y la obligara a cortarla.

—Exacto, las criaturas vinculadas a la tierra, como los zengs, las bestias desplazadoras y los nightmares, son enviados junto con sus jinetes a Arcadia. Allí el clima es más favorable para ellos, pero eso no significa que no puedan vivir en ambientes diferentes a los que están acostumbrados. Simplemente entrenan mejor en su hábitat natural. El clima en Arcadia es similar al de Pramvera, pero más cálido y con menos vegetación, siendo casi un desierto con abundante arena.

—¿Así que a mí me enviarán allí cuando comience a vincularme? —habló Liral por segunda vez. Todo un logro para ella.

—Sí, al vincularte con una bestia desplazadora, irás a Arcadia —confirmó la capitana.

—Perfecto, no me voy a librar de esa pelirroja —comentó Liral con un tono de resignación.

—Liral… —dijo Calen apretando los labios.

El tono de Liral revelaba que, pese a todo lo que había pasado, el odio que sentía hacia Elandra no había disminuido.

—¿Qué hay de Novadia, capitana? —pregunté.

—En la cordillera de Novadia reina la nieve y el frío, un ambiente perfecto para las criaturas vinculadas al elemento aire. Allí se envía a los hipogrifos y las mantícoras. —Señaló hacia las montañas situadas más al norte del imperio en la pizarra.

—Odio el frío. —Calen suspiró, colocando su cabeza entre las manos.

—¿Alguna otra queja más para añadir a tu lista interminable, Calen? —Liral puso los ojos en blanco, fingiendo exasperación mientras sacaba un imaginario cuaderno y un bolígrafo—. Porque ya estoy tomando nota de todas ellas.

—Solo quiero evitar pasar frío, ¿es mucho pedir? Tú te marchas al calorcito, Liral.

—No te preocupes, recluta. Cuando tu vínculo con el hipogrifo esté completo, el frío será solo un recuerdo lejano. No te afectará ningún clima.

—Entonces ¿el frío y el calor dejarán de ser un problema para nosotros? —preguntó Liral, esperando una confirmación clara.

—Si una daga no te quita la vida, el tiempo tampoco lo hará.

—¿Qué hay de la cordillera de Aurik? ¿No hay jinetes allí? ¿No hay ejército? —pregunté, consciente de que apenas habíamos recibido

información sobre esa área.

La capitana Misso se acercó más a nosotros antes de responder.

—Las montañas de Aurik son las más grandes del imperio de Pramvera y están completamente deshabitadas desde la guerra de las Sombras Eternas. Al estar más al oeste, más cerca del territorio Bankai, tuvieron que ser evacuadas —contestó sin ofrecer más detalles. Sin embargo, mi curiosidad no quedaba satisfecha con esa breve explicación.

—¿Qué tipo de clima hay allí? —insistí.

—Allí no hay clima, señorita Eda. La oscuridad ha reinado en las montañas de Aurik desde hace siglos —concluyó la Capitana antes de girarse y continuar con la clase.

—Hoy, Liral y yo no entrenaremos en el Domo de Dunas, así que, si te apetece, podemos entrenar juntos —me propuso Calen mientras salíamos de la sala.

Liral ya había desaparecido antes de que alcanzáramos la puerta. Habían pasado cinco días desde la última vez que había visto al emperador y, desde entonces, demasiadas cosas habían ocurrido para que pudiera asentarlas en mi cabeza. Todo empezó con el puñetazo que le di. El dolor y la rabia desataron un fuego azul dentro de mí, un poder que no sabía que… tenía.

Pensaba en ello cada segundo del día mientras me miraba al espejo, esperando ver algún cambio en mí, algo diferente. Pero seguía igual.

Mi cuerpo continuaba igual de débil, de mortal.

—Sí, por supuesto. ¿Vamos fuera? Hoy hace sol y necesito que me dé un poco, desde que he llegado aquí mi piel ha palidecido bastante —le respondí mientras me giraba hacia él.

Caminamos por los pasillos observando cómo había bastante movimiento. En tan solo unos días habían realizado una gran reforma en el ala este del palacio. Parecía como si estuvieran acostumbrados a reconstruirlo una y otra vez.

Al llegar al valle, la brisa habitualmente cálida soplaba aún gélida, pero el sol comenzaba a incrementar su calor sobre todo a nuestro alrededor. Ese día había optado por cambiar la parte superior de mi uniforme por una camiseta negra de tirantes.

—¿Prefieres practicar con las espadas o sin armas? —le pregunté a Calen.

—Bueno, tú eres mejor con la espada que yo, pero yo soy superior en el cuerpo a cuerpo desarmado. —Me sonrió.

Calen se veía más fortalecido que cuando había llegado, pero aún conservaba esa esencia de chico miedoso y tímido del primer día, aunque su físico sugería todo lo contrario.

—Bien, entonces sin armas. Tienes razón, tengo que mejorar en ese aspecto —le dije mientras nos dirigíamos más hacia el centro del valle hasta situarnos a una distancia prudencial del palacio, pero sin alejarnos demasiado.

—Bien, Eda, ¿por qué no empiezas atacándome? —sugirió Calen con una sonrisa amigable. Acepté su invitación y lancé un ataque directo hacia él. Calen, con un movimiento fluido y preciso, esquivó fácilmente mi intento.

—Es un buen comienzo, pero atacar de primeras sin medir a tu oponente puede hacerte predecible —me aconsejó Calen, manteniendo su tono amable—. Intenta observar primero, busca el momento adecuado. Por ejemplo, en lugar de lanzar un ataque frontal directo, puedes probar con un movimiento lateral.

Adopté una nueva estrategia y circulé alrededor de Calen antes de intentar un ataque más calculado.

—¡Eso es mucho mejor! —Sonrió.

—Aprendo rápido.

Entrenar con Calen era muy diferente a hacerlo con Dalton; con el emperador, todo era mucho más difícil. Mi concentración flaqueaba, especialmente cuando se acercaba tanto a mí que invadía mi espacio personal.

—Es importante saber cómo caer cuando te tiran al suelo. ¿Puedo…? —dijo, pidiéndome permiso antes de ejecutar una llave que mostraba cómo podría utilizarse para noquear a un oponente.

—Entendido. —Intenté replicar el movimiento, pero no salió como esperaba, y ambos terminamos riéndonos.

Calen mostraba una delicadeza en su enseñanza que contrastaba fuertemente con la de Dalton. No apelaba a mi ira para impulsarme, y eso resultaba beneficioso. El temor de que el fuego emergiera de mí y pudiera herir a alguien me acechaba en cada momento del día.

—¿Cómo has aprendido esto? Se nota que ya sabías muchas cosas sobre combate antes de venir aquí. No te pega mucho.

—Es algo complicado —contestó.

—Quiero saberlo.

Se incorporó un poco más, alzando la mirada hacia el palacio.

—Donde vivía se metían bastante conmigo, ya sabes, por ser tan miedoso. Pero cuando llegaba a casa después de la escuela, me ponía a practicar técnicas de combate en mi habitación, a escondidas —confesó, y podía notar que le dolía recordar esos momentos.

—Lo siento mucho, Calen —le dije, ofreciéndole un gesto de apoyo mientras ambos nos encontrábamos sentados en la hierba—. No te lo debería haber preguntado.

—No, está bien recordar aquellas debilidades que nos hicieron más fuertes. Nunca llegué a pegar a nadie, no fui capaz.

—Yo tampoco tuve muy buenas amistades cuando iba a la escuela. Nolan siempre ha tenido muchos amigos, pero yo no. Me pasaba horas con la cara metida entre libros y me olvidé de hacer amigos. Cuando me di cuenta, ya era tarde. —Le sonreí con la mirada.

—Nunca es tarde para hacer amigos. Ahora has encontrado a los que lo serán de verdad, has encontrado a tu pelotón, Eda. —Se levantó de la hierba y me tendió la mano para ayudarme a incorporarme.

En ese mundo nuevo y a veces aterrador, había encontrado algo que se parecía mucho a una familia. Amigos que compartían el campo de batalla conmigo, que me enseñaban y aprendían a mi lado, y con los que, a pesar de las diferencias y los pasados complicados, había establecido una conexión.

—Algún día irás allí con el hipogrifo y verán en quién te has convertido, sin necesidad de hacerles daño —dije mientras aceptaba su mano para levantarme y volvía a ponerme en posición—. Venga, ahora atácame tú primero.

Calen asintió y, justo cuando nos disponíamos a retomar el combate, el sonido del batir de unas poderosas alas capturó nuestra atención y nos obligó a mirar hacia arriba.

Allí, bajo el cielo azul, el dragón planeaba por encima de nosotros, y sobre él, Basilius.

Long inició su descenso, aproximándose al suelo del valle. A medida que se acercaba, sus alas se plegaron, lo que le permitió ajustar su trayectoria. Al final, sus patas tocaron suavemente la hierba, provocando apenas una leve perturbación en el tranquilo ambiente del valle. Con un último movimiento de sus alas, que se extendieron antes de replegarse junto a su cuerpo, completó su aterrizaje. La figura de Dalton descendió del lomo de la criatura.

Después de tantos días, el emperador volvía al palacio.

No nos hallábamos lejos de su posición, era evidente que Dalton sabía perfectamente que Calen y yo estábamos allí.

Noté cómo Calen se enderezaba, adoptando una postura recta ante la posibilidad de que el emperador decidiera acercarse a nosotros. Sin embargo, ni siquiera nos miró. En lugar de eso, comenzó a caminar con grandes zancadas hacia el palacio, con el fuego negro ardiendo y rodeando las dos espadas, una de las cuales yo misma había utilizado para entrenar con él.

¿Parecía algo… enfadado?

Esperaba que cualquier molestia que sintiera desapareciera pronto. Había muchas cosas de las que necesitaba hablar con él, explicaciones que esperaba recibir. Y definitivamente no quería aguardar para obtener las respuestas.

La nueva habitación que me habían asignado estaba estratégicamente situada cerca de la biblioteca del palacio, dos plantas más arriba. Algo que resultaba bastante tentador.

Al entrar por primera vez en ella, noté que era bastante más grande que la anterior, aunque mantenía un orden similar. Pero lo

que de verdad capturó mi atención fue la presencia no de un simple balcón, sino de una amplia terraza que ofrecía vistas a la ciudad.

Pensé en mi hermano, en mi padre, en mi madre.

Una vez me dijeron que el tiempo pasaba rápido; cuando corría campo abajo convertida en una pelota de pura alegría, sin que nada más importara; cuando me caía y me hacía una herida y, después, volvía a casa, donde mi madre me esperaba para abrazarme, para curarme. Recordé cómo se acercaba a mi pelo para olerlo y yo me separaba solo para mirarla a los ojos.

En aquel momento, ¿quién me iba a decir que la vida pasaría tan rápido y que me quedaría sola sin ninguno de ellos?

A ella le hubiera encantado estar ahí, en esa terraza llena de flores. Porque aunque yo era pequeña cuando ella vivía, sabía que le gustaban las vistas desde lo más alto de nuestra casa, y por eso habitábamos allí, cerca del bosque, lejos del pueblo.

Esos recuerdos infantiles, llenos de simplicidad y amor, contrastaban profundamente con el lugar en el que me encontraba. Y de alguna manera, ese nuevo entorno, con sus propias vistas y flores, me conectaba con ella, con mi familia, manteniéndolos presentes en mi corazón, a pesar de la distancia que nos separaba.

Antes de alejarme de la barandilla, dirigí mi mirada hacia el paisaje, hacia el bosque. Desde allí, se apreciaba con mayor claridad y parecía aún más grande, casi infinito.

Por unos segundos, mi mente volvió a aquel momento en que estaba montada en el dragón. ¿Era eso lo que se sentía al ser jinete? ¿Esa sensación de libertad?

Nunca había visto el mundo desde una perspectiva tan elevada, y me percaté de lo insignificante que podía ser y, al mismo tiempo, de

su inmensidad.

Miré mis manos, observé mis brazos y pasé un dedo suavemente sobre mi piel, aún sudorosa del entrenamiento. ¿Cómo sabía Dalton que dentro de mí ardía esa llama? ¿Cuánto sabía él acerca de mí?

Me preparé el baño yo sola, optando por no llamar a Camille.

Me despojé del uniforme dejándolo a un lado e introduje un pie en el agua cálida, seguido del otro, antes de descender por completo. El aroma del jabón de jazmín me inundó las fosas nasales.

Mientras el agua caliente me envolvía en la bañera, mi mente se entregó a la calma, permitiendo que un pensamiento inesperado se colara entre las olas de tranquilidad: aquel momento durante el entrenamiento. La imagen de estar bajo él, y luego, invertir nuestras posiciones hasta quedar yo arriba, la daga apenas rozando su piel y marcando un pequeño corte en su mejilla, que se cerró tan rápido como apareció.

Mis manos, casi sin darme cuenta, empezaron a seguir los contornos de mi cuello, mientras mi mente se sumergía aún más en aquel recuerdo. Me encontré mirando el agua, perdida en mis pensamientos, mi respiración se hacía más profunda con cada imagen que afloraba. Mis labios se entreabrieron en un gesto pensativo, evocando la mirada de aquellos ojos verde esmeralda que, en ciertos momentos, se tornaban oscuros, cargados de una intensidad que ahora me hacía estremecer.

Recordé cómo mis manos se aferraban a su pecho durante el vuelo.

Recordé cómo se estremeció en respuesta a mi contacto.

Recordé la manera en que se humedecía los labios.

Recordé ese sueño.

Me sumergí del todo en la bañera, cerrando los ojos en un intento por ahogar esos pensamientos. Y agradecí internamente que Dalton no pudiera leer mis pensamientos esa vez.

No comprendía por qué mi mente vagaba hacia él, cuando no había pensado en él de esa manera antes…. ¿o quizá sí lo había hecho?

Me mantuve bajo el agua para limpiar esos pensamientos, hasta que emergí de ella para aclarar mi mente y tomar aire, que llenó mis pulmones.

«Este imperio será mi ruina. Y Dalton Basilius promete ser mi perdición».



32

Eda

Al abrir la puerta de mi dormitorio, encontré a Calen esperándome. Tenía la mirada fija en el suelo, como si contara las baldosas.

—He pensado que podríamos ir juntos. El camino desde estas nuevas habitaciones hasta el comedor es más largo —dijo mientras levantaba la vista hacia mí y sonreía al ver lo que llevaba puesto. Ahora que nuestras puertas estaban en la misma planta, habíamos decidido ir juntos al salón y a los entrenamientos.

—Adiós al cuero, hola a la seda —comenté, cerrando la puerta detrás de mí, y juntos nos encaminamos hacia el salón para cenar.

—Vaya, parece que alguien se ha vuelto elegante de repente —dijo Calen, alzando una ceja mientras inspeccionaba mi atuendo.

—En el armario encontré este conjunto —respondí al tiempo que giraba un poco para mostrarle el pantalón y la fina camiseta de

tirantes de seda azul oscuro—. Camille me aseguró que este tipo de vestimenta es muy común en Pramvera. Hoy decidí estrenarlo.

Calen, por su parte, llevaba una camisa fina y unos pantalones.

—Yo también he dejado el uniforme. Antes me gustaba, pero ahora me estoy empezando a cansar de él —dijo haciendo una mueca.

—Ni que lo digas, se me hace extraño ver a alguien que no lo lleve puesto.

—Quién iba a decir que debajo de todo ese cuero y armadura había un chico que podía vestirse bien —dijo Calen, sacudiéndose el cabello con una risa.

Descendimos por las escaleras, que, a diferencia de las habituales de mármol blanco, eran negras y bajaban en espiral, iluminadas sutilmente por luces a lo largo de su recorrido.

—¿Sabías que eso no es fuego?

—¿Ah, no? ¿Y qué es entonces?

—Se llama frostfire y permanece encendido siempre. Si lo tocas, está frío —dije compartiendo el conocimiento que Dalton me había confiado en el puente.

«Necesito dejar de pensar en él».

—Vaya, así que no es fuego, es magia…, ¿no? —Acercó un poco más la mano hacia las llamas, sin tocarlas—. ¡Joder, está frío!

Asentí.

—La verdad es que me habría venido bien cuando trabajaba en la biblioteca —confesé mientras caminábamos por los pasillos.

—¿Trabajabas en una biblioteca?

—Sí, desde que tengo uso de razón. Me pasaba todos los días allí, hasta que al final el dueño me contrató —compartí, y un nudo se

formó en mi estómago al recordar a Theo. Deseaba sinceramente que estuviera manejando bien las cosas—. Se dio cuenta de que había leído cada libro y pensó que podría serle útil. Le estaré agradecida por siempre.

—Yo no suelo leer, bueno, en realidad nunca he leído un libro —admitió.

—Siempre es buen momento para comenzar.

Me empezaba a gustar la compañía de Calen. Su tranquilidad y su manera de hablar eran reconfortantes. Me alegraba tener a alguien como él a mi lado, sobre todo ahora que todos parecían irse por diferentes caminos.

Entramos al comedor y encontramos a Liral, absorta en la comida de su plato. Al menos había decidido esperarnos.

Al terminar, los tres regresamos a nuestras respectivas habitaciones. Me despedí de Calen y Liral mientras ellos entraban en las suyas, ya que la mía estaba al final del pasillo. Pero justo antes de alcanzar el pomo de la puerta, algo dentro de mí hizo que cambiara de opinión.

Invadida por una decisión repentina, giré sobre mis talones y retomé el camino por el que había venido. Bajé hasta la última planta una vez más, pero esa vez no me dirigí al salón. Mi destino estaba claramente definido: la biblioteca.

Abrí con cuidado la enorme puerta de esta intentando no hacer ningún ruido que delatara mi presencia. Sin embargo, al entrar, me encontré con la escena que más temía: el fuego de la chimenea estaba encendido e iluminaba la sala.

Y allí, en el gran escritorio situado en el centro, estaba él, el emperador, sumido en sus tareas.

Me quedé paralizada en la entrada, incapaz de moverme o de pensar con claridad y él levantó la mirada de lo que estaba haciendo y la fijó directamente en mí.

—¿A qué viene esta interrupción, señorita Eda? —preguntó inclinando un poco la cabeza.

—Venía a buscar un libro para leer. No sabía que estarías aquí —logré decir, aún con la espalda pegada a la puerta.

Me miró de arriba abajo de una forma que nadie más lo había hecho antes, y la seda comenzó a adherirse a mi piel por el calor que brotaba de mí.

—Adelante, coge el que quieras —dijo y, tras esa única frase, bajó la mirada a sus papeles de nuevo.

Avancé unos pasos hacia el interior tratando de recuperar la compostura. Mi mirada se elevó hacia el techo, donde las estrellas brillaban, las constelaciones jugaban con las sombras y las luces proyectadas en la bóveda. Era como tener el mismísimo cielo estrellado sobre nuestras cabezas. Una maravilla.

Paseé hacia los enormes estantes situados a la derecha desorientada. Siempre había sabido exactamente dónde encontrar cada libro en la biblioteca de Theo, pero allí me sentía perdida, como un pez fuera del agua, sin tener claro dónde buscar lo que quería.

—Si lo que buscas es romance, están en el cuarto pasillo. —La voz de Dalton me sobresaltó.

Me giré hacia él, que seguía sin levantar la cabeza. Movida por la curiosidad, me detuve para observar lo que hacía. Era evidente que estaba… dibujando. La mesa ante él estaba cubierta de lápices de distintos grosores, colores dispuestos en un orden meticuloso y papeles arrugados en bolas esparcidos por todas partes. Entre los

utensilios, podía ver borradores, algunos ya gastados por el uso, y un pequeño recipiente lleno de virutas de lápiz.

Me di la vuelta y comencé a caminar hacia el pasillo que me había indicado. Mientras avanzaba, escuché unos pasos detrás de mí. No eran los de una persona, sino pequeñas pisadas que resonaban en la madera del suelo. Antes de girarme, ya lo sabía: cinco fungos estaban detrás de mí. Casi se me escapó una risa al ver que me seguían, como si se hubieran convertido en mis inesperados compañeros de búsqueda.

Ahora que Dalton no podía verme, me agaché para hablarles.

—Estoy buscando un libro de romance, ¿sabéis dónde puedo encontrarlo? —pregunté, sintiéndome un poco absurda al hablarle a unas setas, sin saber si me entenderían.

Los fungos me miraron con sus grandes ojos abiertos y comenzaron a saltar, produciendo un pequeño alboroto en la madera.

—Chisss, parad, la biblioteca no es lugar para hacer ruido —les susurré mientras ponía mi mano sobre sus cabezas en un intento por calmarlos.

Los fungos se detuvieron y me rodearon para dirigirme al pasillo que Dalton había mencionado, donde se encontraban los libros del género que buscaba.

Avanzamos con determinación hacia el cuarto pasillo, y entonces se detuvieron frente a una estantería. Comenzaron a saltar de nuevo, señalando con sus movimientos que habíamos llegado a nuestro destino.

Traté de leer los nombres en los lomos de los libros, pero la oscuridad del pasillo lo impedía. Necesitaba luz. En ese momento

uno de los fungos escaló con agilidad hasta situarse a la altura de mi cabeza. Con un destello, su cuerpo se iluminó como una pequeña lámpara, emitiendo una suave luz amarillenta que iluminaba los alrededores. Era como tener mi propio candelabro viviente.

—Gracias —le susurré.

Con la seta en la mano, empecé a buscar libros, leyendo los títulos para decidir cuál me atraía más. Coloqué la seta iluminada en el estante para tener ambas manos libres y saqué libro por libro. De repente, un crujido me sobresaltó y el tomo que tenía entre las manos salió disparado hacia el suelo.

Al agacharme para recogerlo, una sombra oscura delante de mí me hizo levantar la vista y ahí estaba, el emperador, rodeado por sombras que aparentaban abrazarlo.

Me incorporé con lentitud con el libro en la mano, parecía pesar más de lo normal.

—Creo que has encontrado lo que buscabas. —Su voz rebotó en el pasillo oscuro.

Él dio un paso hacia mí y luego miró hacia los fungos, esbozando una sonrisa en la oscuridad. Sus manos estaban metidas en los bolsillos, y el cabello se hallaba ligeramente revuelto, como si se lo hubiera estado tocando nervioso. Llevaba una camisa negra casi desabotonada y unos pantalones a juego, lo que lo hacía relajado y distante de su habitual atuendo formal. Parecía que ambos habíamos dejado los uniformes a un lado ese día.

Me quedé allí, de pie frente a él, con el libro en mis manos y un millón de pensamientos cruzando mi mente, sin saber exactamente qué decir o hacer a continuación. Bajó la mirada hacia el libro en mis manos y extendió la suya para tomarlo.

Sus dedos rozaron los míos cuando lo hizo, y un escalofrío me recorrió la espalda.

—*Lazos de Bruma* —leyó el título en voz alta—. Es la historia de un amor predestinado al fracaso desde su inicio. Cuenta el encuentro de dos almas cuyos destinos se cruzan en el contexto sombrío de una guerra interminable. Un relato de amor trágico en el que, en un acto desesperado por protegerse el uno al otro y a sus reinos, se ven enfrentados a un destino cruel. Una tragedia.

Me lo devolvió, y me quedé paralizada. Había escogido un libro al azar y él había conseguido resumírmelo.

—Ahora ya sé el final, muchas gracias por destripármelo —dije mientras me giraba hacia el estante para dejarlo de nuevo en su sitio.

—No he dicho que ese sea el final del libro —comentó, y se acercó unos pasos hacia mí.

Tragué saliva y lo miré de nuevo.

—¿Te has leído todos los libros de esta biblioteca?

—Bueno —dijo echando un vistazo a su alrededor—, los únicos que no he leído están en una lengua muy antigua. Conozco muchos idiomas, pero algunos me cuestan bastante.

No estaba segura de si bromeaba conmigo o si realmente hablaba en serio.

—Hay millones de libros aquí, eso es imposible.

—Cuando sabes que vas a vivir eternamente, el tiempo adquiere una nueva perspectiva. Los meses se convierten en horas y los años, en días. —Se acercó más, y mi espalda chocó contra la estantería—. Con miles de años por delante, leer todos los libros escritos en el mundo se vuelve una posibilidad bastante… real.

La proximidad era tal que podía sentir su respiración.

—Este libro es mejor, no tiene un final tan trágico como el de *Lazos de Bruma.* —Tomó otro del estante y se alejó un poco de mí, pero rozando ligeramente mi hombro al hacerlo.

—Creo que voy a quedarme con el que había elegido —dije mientras cogía el libro de sus manos y tocaba su mano con mi meñique—. Me gustan los finales trágicos, son mis favoritos.

Sus ojos verdes brillaban en la penumbra, destacaban aún más en la oscuridad, haciendo que me perdiera más en ellos.

—Buena elección —dijo, su mirada recorriéndome de nuevo.

Cuanto más cerca estaba de mí, más podía percibir su olor, un aroma dulce y a la vez intenso, como si la magia misma tuviera un perfume.

—Siempre he pensado que los finales trágicos tienen más profundidad.

—A las personas les gusta leer sobre las tragedias de los demás, tal vez porque puedes experimentar el dolor ajeno sin sentirlo, solo entenderlo. Pero cuando lo vives, todo cambia —susurró.

En sus ojos hubo un destello que parecía tristeza, una sombra fugaz que pasó y se desvaneció con rapidez.

—Lamento si has perdido a alguien —dije, y sentí que entendía ese sentimiento mejor que nadie.

Su pecho se hinchó de aire, como si pensara en qué decir.

—La inmortalidad tiene un precio. Ver morir a los conocidos, a mi familia, a mis amigos más cercanos… Sabía que tarde o temprano lo harían. Pero no solo eran ellos, sino cada persona que me rodeaba. Vi envejecer a todo el mundo, cómo el tiempo se los llevaba sin piedad. Y al final, te acostumbras a ello, a la muerte.

Entendía su dolor al recordar a mi madre. Sentía lo mismo que él. Pero sabía que había algo más.

Bajé la mirada, intentando mantener la compostura, y luego dejé salir las palabras que siempre había pensado:

—La peor muerte es la inesperada, la que de repente te arrebata lo que más quieres sin previo aviso. Crees que lo tienes todo y en una milésima de segundo lo has perdido.

—Siento la muerte de tu madre, eras muy pequeña —se lamentó.

Levanté la cabeza rápidamente.

—¿Cómo lo…? —Enseguida lo supe—. Ah, claro…, a ti no se te puede ocultar nada.

—Desde el día en que levantaste el muro entre las dos anclas, es como si hubiera un silencio en tu cabeza. —Soltó una risa baja—. Antes pensabas demasiado alto, señorita Eda.

Otra vez su mirada dejó mis ojos y descendió lentamente por mi cuerpo y, en un acto reflejo, me pegué más a la estantería hasta clavármela en la espalda. Una punzada de dolor recorrió mi columna, pero no me moví. No sabía qué me estaba pasando con él, no sabía si todo cambió entre nosotros aquel día en el valle Espejo después de esa visión. La manera en la que había venido volando para llegar hasta mí, preocupado por que estuviera en peligro, había alterado algo en nuestra dinámica.

Levantó su mano derecha con sumo cuidado, cada movimiento suyo hacía que mi respiración se volviera más superficial. Observé cómo sus dedos se acercaban lentos y, sin esperarlo, metió uno de los mechones sueltos detrás de mi oreja.

Nuestros ojos se encontraron de nuevo, y vi en los suyos una mezcla de emociones que no podía descifrar del todo. Había algo

profundo, algo que resonaba con la tristeza que había visto antes, pero también algo más que me dejaba sin aliento.

¿Qué me estaba pasando?

De repente, el fungo que nos iluminaba se apagó, y los pequeños seres salieron corriendo por el pasillo entre saltos en la oscuridad. Agitada me moví hacia un lado y Dalton bajó la mano.

Con un chasquido rápido, él volvió a levantarla y de sus dedos brotó una llama negra que iluminó de nuevo el espacio a nuestro alrededor. La luz danzaba suavemente, proyectando sombras titilantes en las estanterías.

—Tengo que irme ya a mi habitación, no quiero acostarme tarde —dije aclarándome la garganta.

Él se hizo a un lado para dejarme pasar, sus ojos aún fijos en mí. Sentí su mirada mientras me alejaba y, con cada paso que daba, mi corazón latía con más fuerza.

Pensaba que mi tela favorita era el cuero, ronroneó directo a mi consciencia. *Pero recuérdame que le diga a Camille que deje más conjuntos de seda en tu armario.*



33

Eda

Esa misma noche marcó el comienzo de un nuevo capítulo para Liral. Dos jinetes de bestias desplazadoras se la llevaron a la remota cordillera de Arcadia. Su doncella, al percatarse de la fiebre que Liral comenzaba a desarrollar, dio la voz de alarma de inmediato; era evidente que la vinculación con su criatura se había iniciado.

Para mí, sin embargo, el día siguiente fue aún más difícil. Calen, con quien había empezado a estrechar lazos, también dejó el palacio. La capitana se lo llevó a Novadia junto con Nolan esa misma mañana. Todo sucedió tan deprisa que apenas tuve tiempo para una despedida adecuada.

Ahora me encontraba envuelta en la inmensidad y el silencio de los interminables pasillos del palacio, sintiendo el peso de la soledad con más fuerza que nunca. La partida de Liral y Calen hacia sus

respectivas cordilleras solo significaba una cosa: el palacio era completamente mío, y mi única compañía era Dalton Basilius.



34

Eda

Llevaba dos días sumida en el aburrimiento y la única con la que me relacionaba en ese vasto palacio era Camille, pues de Dalton Basilius… ni rastro.

Sabía que no se había ido; había afinado mi oído al batir de las alas del dragón, segura de que si se marchaba del palacio, lo sabría. Incluso había tomado la costumbre de dormir con las ventanas completamente abiertas a la espera de captar cualquier sonido que indicara su partida.

El palacio era un laberinto de magnitud insondable; ni siquiera sabía en qué planta estaba su habitación y, sinceramente, no tenía interés en descubrirlo.

A veces me preguntaba si uno de los poderes del emperador era el de camuflarse entre las paredes, de una forma tan eficaz que parecía desaparecer.

No habíamos vuelto a entrenar juntos. No es que me desviviera por la idea de entrenar con él de nuevo, pero la soledad y el tedio me pesaban. Hacerlo sola había comenzado a parecerme una tarea sin sentido.

Tal vez Dalton había observado mis intentos solitarios de entrenamiento desde alguna esquina oculta, pero si lo hacía, no se había dignado a acercarse. Ni siquiera había dejado una nota en el libro que compartíamos, que revisaba cada día con la esperanza de encontrar algún mensaje suyo, pero en el que siempre hallaba las mismas páginas en blanco.

Mi rutina se había convertido en un ciclo monótono de levantarme, desayunar, intentar entrenar sola en el valle, comer, leer, cenar y, finalmente, dormir. La repetición de los días, uno tras otro, sin variación ni sorpresas, comenzaba a desgastarme.

Buscaba desesperada algo que capturara mi atención. Aunque la lectura y la exploración del palacio habían servido como un leve consuelo, no eran suficientes para llenar el vacío que sentía.

Desde que el comandante se llevara a Nolan a Novadia, no había vuelto, y la capitana Misso también se había ausentado. Me habían dejado allí, sola, en ese inmenso palacio que, a pesar de su belleza, empezaba a ver como una prisión dorada.

Sentía como si no hubiera razón para mi presencia allí, como si no formara parte de ese mundo. Y si había algún propósito o destino esperándome, parecía que nadie estaba dispuesto a revelármelo.

Decidí que ya era suficiente.

No permitiría que el emperador continuara jugando a ese juego del escondite conmigo, prometiéndome ayuda solo para luego desvanecerse como si fuera una sombra. Mi paciencia se había

agotado, y con ella, mi disposición a seguir sus reglas no escritas de calma y espera.

Marché hacia la biblioteca, no con pasos silenciosos como había hecho antes, quería que mi enfado fuera notable, que las piedras mismas del palacio vibraran con mi frustración.

Y entonces, con una claridad que no había tenido antes, desmoroné el muro de hielo que había construido meticulosamente en mi mente.

Dejé que mis pensamientos y frustraciones fluyeran libres y lancé pensamiento tras pensamiento en una cascada mental dirigida a él.

Estaba cansada de ser una pieza en su tablero movida a su antojo. Si Dalton quería jugar, así sería, pero esa vez a mi manera.

Abrí la puerta con tal ímpetu que bien podría haberse dicho que un tornado había decidido hacer de la biblioteca su nuevo hogar.

Dalton Basilius, la figura en el centro de mi tormenta, estaba de espaldas frente a la mesa, apoyado con sus manos a los lados, que agarraban firmemente la madera del escritorio. Su postura tensa dejaba claro que ya estaba al tanto de mi llegada, que había sentido mi furia incluso antes de que las puertas se abrieran con estrépito.

Su silueta, recortada contra la luz tenue que se filtraba a través de las ventanas altas, transmitía una calma que contrastaba con el huracán que yo llevaba dentro.

Por un segundo, el tiempo pareció detenerse, suspendido en esa fracción de eternidad en la que ambos, tornado y montaña, nos reconocíamos mutuamente antes de colisionar. Y entonces, con la misma determinación que me había llevado hasta allí, di el primer paso hacia él.

—Has resistido apenas dos días. Creí que la soledad era lo tuyo, pero veo que me equivocaba. —Inclinó su cabeza hacia el lado derecho—. ¿A qué has venido, Eda?

Con rapidez, erigí de nuevo el muro de hielo en mi mente, tan rápido como lo había derrumbado. No quería que escuchara más de mis pensamientos.

—Quiero trabajar aquí.

Él no parpadeó.

—¿Aquí? ¿En la biblioteca?

—Sí —respondí con deliberación—. Dado que mi estancia parece prolongarse, me gustaría hacer algo útil en el palacio. He trabajado toda mi vida en una biblioteca; podría…

Se despegó de la mesa.

—Estoy muy al tanto de lo que has hecho toda tu vida. Pero ya no eres una bibliotecaria.

—Haré algo útil al menos, para sentirme un poco mejor conmigo misma, y no estoy dispuesta a aceptar un no por respuesta —afirmé erguida.

Él suspiró y se cruzó de brazos.

—Eda, puedes hacer lo que te plazca. ¿Quieres dedicarte a la cocina? Hazlo. ¿A la jardinería? Adelante. ¿Quieres pasar tu tiempo aquí conmigo? Es comprensible —continuó mientras avanzaba hacia mí.

—Eres el ser más arrogante que he conocido en mi vida.

Él se acercó despacio.

—Entonces no has conocido a muchos hombres —replicó con un tono que rozaba la burla.

—He conocido a suficientes en mi vida, pero ninguno tan arrogante como tú.

Se detuvo en seco, como si una barrera invisible lo hubiera frenado.

—Ninguno de ellos era un emperador —dijo sin rastro de sonrisa, pero sabía que internamente se divertía provocándome. No iba a permitir que su juego me afectara.

Levanté la cabeza y mantuve mi postura firme.

—Como has dicho, puedo hacer lo que me plazca. Quiero contribuir en la biblioteca. Puedo encargarme de reparar los libros más antiguos o de reorganizarlos —dije, intentando mantener la compostura mientras tragaba saliva—. Puedo empezar ahora.

—Está bien. —Se giró hacia su escritorio y caminó hacia él. Tomó un libro que parecía haber sido leído innumerables veces a lo largo de los siglos, su cubierta desgastada testimoniaba su antigüedad y el cariño con el que había sido tratado—. En estos días, había planeado transcribir todo lo escrito aquí a otro libro, más nuevo y en mejor estado. Este será tu trabajo durante los próximos días.

Reprimí una sonrisa, no quería que notara que transcribir textos era una de mis actividades favoritas.

—¿Dónde puedo sentarme? ¿Hay otra mesa disponible? —Miré a mi alrededor.

—No. Toma una silla y siéntate junto a mí en esta mesa. Es lo bastante grande para ambos —respondió sin más.

Incrédula ante su proposición, cogí una silla que estaba al lado y la coloqué en una esquina de su mesa de roble y me senté en ella.

El emperador se reclinó en su silla y respiré hondo, intentando calmarme y centrarme.

—Transcribe todo lo contenido en este libro a este otro —indicó pasándomelo—. Asegúrate de que tu letra sea clara y legible —añadió sin apartar la mirada de sus propios documentos.

—A sus órdenes, emperador. —Mientras lo decía puse los ojos en blanco y él bufó.

Empecé manos a la obra. Tomé uno de los lápices bien afilados y comencé a trasladar el contenido del texto antiguo al nuevo, prestando atención a cada palabra para no omitir nada.

Al inicio, el texto me resultaba ajeno y confuso, pero conforme avanzaba página tras página, empecé a comprender la naturaleza de lo que estaba transcribiendo.

No era solo un libro, sino un… diario.

> Fui enviada desde lo más profundo de la oscuridad hacia un imperio que parecía el mismo cielo estrellado, un contraste absoluto con la penumbra que dejaba atrás. No recordaba cómo había nacido, no recordaba mi infancia, no recordaba absolutamente nada de mí, salvo ese último año donde la magia empezó a crecer en mi interior, llenándome cada vez más de poder.

Transcribí cada palabra con esmero, consciente de que el emperador de vez en cuando alzaba la mirada hacia mí. Sin embargo, mi atención estaba completamente absorbida por el texto, por lo que no desvié los ojos del libro ni un instante.

> Solo tenía una misión: matar al emperador. Así que seguí mi plan tal como ellos me habían instruido. Viajé hasta Pramvera, y fue sorprendentemente fácil conseguir que el mismo emperador me citara. Yo era la novedad, el enigma que todos querían desentrañar. Mi poder era único, incomparable.
>
> Pero todo lo que me habían inculcado sobre destruir el imperio se desvaneció cuando empezamos a conocernos. Cada día, al compartir y

> mostrar nuestros poderes, cualquier idea de querer acabar con él se evaporaba, porque me había enamorado de mi presa. Lo que debía ser una misión de asesinato se transformó en un vínculo profundo y poderoso, algo que jamás había esperado.
>
> Durante años, el emperador y yo combatimos el temor persistente de que la oscuridad regresara, ansiando reclamarme y arrastrarme de nuevo a las tierras que había traicionado por amor, por Pramvera. Pero mi pasado se desvanecía en la insignificancia, ya no importaba a qué bando había servido antes. Solo el presente tenía relevancia.

Dejé de leer, posé el lápiz sobre la mesa y alcé la mirada hacia Dalton, que me observaba.

—¿De quién es este diario?

Él empezó a contarme:

—Mis primeros cincuenta años como emperador, siendo el único inmortal después de tantos siglos, los pasé inmerso en esta biblioteca. Había oído leyendas de que en este mundo habían existido criaturas distintas al dragón. Así que dedicaba cada momento a investigarlas. Hasta que un día, entre polvorientos tomos y olvidados manuscritos, encontré este libro. Al leerlo, descubrí que era el diario de una emperatriz que vivió aquí hace milenios, antes de que la magia desapareciera de Pramvera.

—¿Cuál era tu intención al darme este diario? —pregunté intentando ocultar mi nerviosismo.

—Mi intención era transcribirlo para que tú pudieras leerlo.

Me llevé la mano al labio nerviosa. Estaba leyendo el diario de una emperatriz.

—¿Ella era jinete? ¿Jinete del fénix? —insistí en saber.

Dalton se incorporó en su silla.

—Sí, lo era. Y, al parecer, la única que lo fue en este mundo. No he encontrado nada más acerca del ave fénix; todo lo que sé está escrito ahí. —Señaló con la cabeza hacia el libro—. Como te mencioné, la llama Kaiserin proviene de las tierras de Bankai, y ella misma lo confirma en este diario. —Se alejó de mí, dejando más espacio entre nosotros—. La emperatriz se llamaba Kaiserin, de ahí el nombre de la llama azul; ella fue la única que manifestó ese poder.

El estómago se me revolvió mientras mi mente intentaba organizarlo todo, poner cada pieza en su lugar. Pero no podía evitar pensar en el fuego fatuo, en esa extraña esfera de fuego azul que aparecía cuando menos lo esperaba y desaparecía de la misma forma, como si jugara al escondite, queriendo ser encontrada y a la vez no.

—Esa llama surgió de mí cuando mi ira estalló… Desde el primer día has insinuado que soy distinta, que hay algo especial en mí. Me prometiste respuestas, dijiste que me ayudarías a entender qué soy, pero no has… —suspiré, sintiendo la frustración crecer dentro de mí —. Ni siquiera sé cómo es un ave fénix o qué forma tiene exactamente.

Dalton se giró hacia la izquierda del enorme escritorio y extendió la mano para tomar un libro voluminoso. Lo acercó hacia nosotros con cuidado, apartando lo que antes estaba haciendo y centrando su atención en el nuevo tomo.

—Estas últimas semanas he estado buscando información sobre el ave fénix, sobre su origen y su historia —dijo acomodándose en su silla. Clavé los ojos en el libro—. No te he podido enseñar nada antes porque me faltaba mucha información, no quería hablar de

esto contigo sin entender completamente de qué estamos tratando. Necesitaba saber más para poder ofrecerte respuestas claras.

Tomó una profunda inhalación mientras sus dedos pasaban las páginas.

—El fénix es una criatura envuelta en mitos y leyendas. Su renacimiento es un fenómeno que ocurre en circunstancias excepcionales, cuando el equilibrio del mundo está, por así decirlo, en peligro. —Se detuvo en una página amarillenta, mostrando algunos textos antiguos—. El papel está dañado y tiene manchas de humedad, pero aún se puede leer. He encontrado manuscritos que mencionan su aparición en momentos de gran necesidad, pero, hasta ahora, no había registros claros de su existencia, más allá de haber sido la criatura vinculada a Kaiserin.

Pasó la página y, debajo de uno de los textos, había un dibujo.

—¿Ese es el ave fénix? —pregunté inclinándome más hacia el libro, lo que hizo que Dalton se moviera para dejarme espacio.

—Lo es.

En el dibujo podía verse un ave que se asemejaba a un águila, aunque mucho más majestuosa. Tenía un pico curvo y poderoso, y sus alas estaban llenas de plumas extendidas, cada una delineada con un detalle impresionante, creando la ilusión de miles y miles de ellas. Aunque estaba dibujado con carbón, el arte capturaba la esencia del fuego, mostrando brasas y llamas emanar de sus alas.

Y entonces lo recordé: la llegada a la ciudad de Pramvera y las estatuas al lado del fiordo. Una era la del dragón donde Long se posó, pero la otra…

—La otra estatua de piedra en la entrada de la ciudad era la del ave fénix. Este dibujo es idéntico —dije mirando a Dalton en busca

de confirmación.

Él asintió lentamente.

—¿Menciona algo sobre si la gente de Pramvera le temía? ¿Sobre si temían a Kaiserin, a su poder, a su fuego? ¿Por eso la llamaban de esa forma? —pregunté ansiosa. Esa era la única pregunta que en realidad me importaba.

—Pramvera no había visto nada igual, jamás había contemplado una criatura como el ave fénix, y mucho menos a una inmortal como Kaiserin.

—Pero si ya conocían al emperador y a su dragón, ¿por qué les sorprendía tanto?

—El dragón puede ser mucho más imponente, y hoy en día es la criatura que más respeto genera, por su tamaño, por sus alas, por todo lo que significa para el imperio. El dragón representa respeto, prosperidad, seguridad. Pero el ave fénix… se decía que lo era todo.

—Entonces ¿por qué le tenían miedo?

—Porque el cambio y la transformación siempre traen consigo incertidumbre y miedo —respondió con suavidad—. La gente temía lo desconocido, el poder incontrolable que representaba. Pero con el tiempo, aprendieron a ver más allá del miedo, a reconocer que el poder del fénix también traía esperanza y renovación. Kaiserin se convirtió en un símbolo de esperanza, de la posibilidad de un nuevo comienzo, incluso en los tiempos más oscuros.

No sabía qué decir y, por primera vez, me quedé sin preguntas que hacer. Volví a mirar el diario de Kaiserin y leí un poco más.

> El imperio era nuestro. Cada grano de arena, cada árbol y cada piedra nos pertenecía. O, al menos, fueron míos cuando nos casamos en Aurik, en la ciudad más hermosa y mágica de todas. Allí se celebró lo que todos

> anhelaban: la unión de los dos jinetes más poderosos del mundo. Nos unimos para juntar nuestras fuerzas ante cualquier oscuridad. Pero no solo por eso, nos casamos por nuestro amor. Él, el dragón, era todo lo que yo, el fénix, no tenía. Él me enseñó y me ayudó a recordar quién era realmente, quién fui y quién dejé de ser. Él era mi mundo, lo era todo.

Levanté la vista del diario de la emperatriz, sumida en la profundidad de sus palabras y en la conexión que sentía con ella.

—Esto es un diario de su historia de amor, de su historia de amor con el emperador… —No pude evitar ruborizarme, pero sacudí la cabeza con disimulo.

Aquel diario tenía siglos, tal vez milenios, pero no podía evitar notar las similitudes, las conexiones entre Kaiserin y yo, y entre Dalton y el emperador que compartió su vida con la jinete del fénix.

—Pensaba que te gustaban las historias de amor —se limitó a decir con una media sonrisa. Yo bufé, y puse los ojos en blanco.

Pero enseguida me di cuenta de un detalle, de un nombre… Aurik.

—Aurik… Es la cordillera que se encuentra al oeste de Pramvera. La capitana nos explicó que esas montañas estaban completamente abandonadas. Fueron desalojadas… ¿Qué pasó allí? —pregunté levantando la cabeza del libro al leer el nombre.

—La guerra de las Sombras Eternas destruyó gran parte del imperio. El ejército de Wendigos invadió el oeste del territorio, el más cercano a sus tierras oscuras. —Se inclinó hacia delante—. Los wendigos no son solo monstruos, sino soldados de la muerte, armas vivientes creadas con el único propósito de exterminar a los mortales y convertirlos en uno de los suyos.

Sentí que un escalofrío me recorría la espalda mientras él continuaba.

—Imagina un ejército imparable, compuesto por seres que no sienten dolor ni miedo, que solo conocen el hambre insaciable por la vida de los demás. La cordillera de Aurik se convirtió en un campo de batalla sangriento, donde cada roca y cada árbol fue testigo de la brutalidad de esa guerra.

No me moví, simplemente lo escuché mientras sus recuerdos parecían llevarlo de vuelta a esa oscuridad que una vez había conocido.

—Tuvimos que evacuar las montañas para salvar a los pocos supervivientes que quedaban. Aurik se convirtió en una tierra maldita, un lugar donde la muerte y la oscuridad reinaban sin oposición. Incluso ahora, con la guerra terminada, sigue siendo un territorio hostil, lleno de oscuridad residual.

—Antes de esa guerra… ¿cómo era Aurik? Sé que Arcadia es un desierto abrasador; Novadia, una tierra de hielo y frío perpetuo, y Pramvera, un paraíso de vegetación exuberante —dije, mi curiosidad creciendo con cada palabra—. Pero antes de que la oscuridad lo consumiera todo, ¿cómo era esa cordillera? ¿Qué vida había allí? ¿Qué perdimos en esa guerra?

Dalton sonrió sin gracia alguna, sin felicidad.

—Aurik era el lugar más mágico de todo el imperio. Pensábamos que toda la magia provenía de allí, porque antes de la guerra… —Se detuvo y se levantó de la silla para dirigirse hacia un estante cercano. Tomó lo que parecía un enorme cuaderno y regresó a mi lado. Lo abrió y comenzó a hojear sus páginas, llenas de ilustraciones.

—¿Es un cuaderno de dibujo? —Me incliné un poco más cerca para observar mejor—. ¿Esto lo has dibujado tú?

Había dibujos de los fungos, de Long, de las diversas criaturas que habitaban el imperio, de los tundras, las mantícoras, los hipogrifos, el palacio y la ciudad. Pero a diferencia del dibujo del fénix que habíamos visto antes, aquellos no estaban dibujados a carboncillo, sino con trazos muy finos y colores vibrantes.

Cada dibujo parecía capturar no solo la apariencia de las criaturas y los lugares, sino también su esencia, su magia. Los fungos, con sus grandes ojos y su piel luminiscente, parecían querer saltar de la página. Long figuraba retratado con tal detalle que podía casi sentir el calor de sus escamas.

El palacio y la ciudad eran especialmente impresionantes, con detalles tan meticulosos que cada piedra y cada ventana parecían reales. Los colores aplicados daban profundidad y textura, haciendo que los dibujos aparentaran cobrar vida.

«Son impresionantes».

—Sí, siempre me ha gustado dibujar, y Aurik era, sin duda, el mejor paisaje —continuó mientras buscaba un dibujo en particular—. Te dije que desde que me vinculé con Long, la magia volvió a nacer en el imperio, y durante cien años, Aurik prosperó como ninguna otra cordillera de Pramvera. Al principio, solo fueron algunos árboles que parecían tener magia en sus raíces, sus hojas adoptando colores como el morado y el azul, en lugar de los tradicionales verdes. —Cada vez que mencionaba el azul, un escalofrío recorría mi espalda —. Luego fue en el cielo, creando una especie de auroras boreales. Este se transformaba en un lienzo de rosas y verdes…

Por fin, se detuvo en una página y giró el cuaderno para mostrármelo. El dibujo era una obra maestra de colores y luces, con un cielo pintado de vibrantes tonos rosados y verdes, y árboles que

lucían como tocados por el arcoíris. El suelo, sin embargo, era lo que más llamaba la atención: parecía iluminado por las mismas estrellas, con destellos de luz que le daban una apariencia casi irreal.

—Dioses —dije en un susurro, tomando el dibujo con cuidado de sus manos. Las palabras me faltaban ante tal belleza—. La hierba… parece que las mismas estrellas vivieran allí.

—Vivían.

Los detalles en el dibujo eran asombrosos. Cada hoja, cada brizna de hierba, cada estrella en el cielo nocturno estaba representada con una precisión que hacía que el paisaje casi cobrara vida. Los árboles, con sus hojas de colores imposibles, simulaban danzar bajo un cielo teñido de auroras, y el suelo era brillante como el firmamento.

—Este lugar… —comencé, me temblaba la voz— es increíble. No puedo imaginar cómo debió de ser vivir allí…

Dalton me extendió otro dibujo.

—Aquí dibujé la ciudad. Es muy parecida a Pramvera, con sus calles de piedra. Aunque después de trescientos años desde que lo dibujé, nuestras ciudades han prosperado mucho más, con más personas y una mejor economía que la que había en aquel momento.

Levanté la vista del precioso dibujo y me permití mirarlo unos segundos. Observaba los dibujos de la misma forma en que yo veía la pequeña biblioteca de Theo en mi mente, un recuerdo precioso pero a la vez doloroso.

—Debió de ser devastador para ti, para todos, ver cómo ciudades tan preciosas y mágicas eran destruidas. Y, sobre todo, ver morir a las personas que vivían allí, familias enteras. —Volví a bajar la vista a los dibujos—. ¿Se perdieron muchas vidas en aquella guerra?

—Muchas más de las que se salvaron.

—¿Crees que algún día Aurik será lo que una vez fue? —Sostuve el dibujo entre mis dedos—. ¿Crees que algún día esa oscuridad desaparecerá por completo?

—Estoy seguro de que sí. En estos últimos siglos hemos intentado que esas familias, cuyos antepasados vivieron allí, puedan volver a su hogar de origen. A su casa. A su ciudad. Pero, por ahora, la prioridad del imperio es construir y mantener seguras las zonas donde sí viven ciudadanos. —Rozó mis dedos con su mano al coger el papel—. Algún día, la luz ganará la guerra a la oscuridad.

Levanté la cabeza.

—Espero poder ayudar a que Pramvera sea como un día fue. —Le dediqué una sonrisa sincera.

Aquel no era momento de reproches ni de rememorar resentimientos.

Dalton asintió y yo me separé con cuidado; él sostenía los dibujos como si fueran tesoros frágiles, cada uno representaba un fragmento de un pasado perdido.

Me volví hacia mi tarea y mis dedos volvieron a rozar las páginas del diario de la emperatriz.

—Eda. —Su voz rompió el silencio y captó de inmediato mi atención. Su tono era diferente, más personal—. ¿Te gustaría pasear esta noche por la ciudad?



35

Eda

Camille me abrochó el último botón del vestido, diferente al que había llevado en la presentación de los reclutas.

No tenía cola ni era tan voluminoso, pero seguía siendo muy elegante. La falda de tul rozaba el suelo con suavidad, y las mangas transparentes brillaban, complementando un delicado escote en V.

Esa vez el color no era azul como en aquella ocasión; había elegido el plateado, un tono que capturaba la luz y la devolvía con un brillo fascinante. Decidí llevar de nuevo el cabello suelto. Camille, usando una varilla de hierro caliente, me creó rizos que me caían con suavidad sobre los hombros.

—El día del baile, noté que ninguna de las jóvenes llevaba el pelo suelto; todas optaron por recogidos. ¿Sabes por qué? —le pregunté a Camille mientras ella sumergía la varilla en un pequeño recipiente de agua para enfriarla.

—Aquí, al igual que en cualquier otra ciudad, la gente tiende a seguir las modas. Nadie busca ser diferente o destacar. Al menos, no como usted, señorita Eda —respondió Camille ofreciéndome una sonrisa a través del reflejo en el espejo. Con sus dedos delgados y frescos, ajustaba y perfeccionaba los rizos en mi nuca.

—¿Destacar? No estoy tan segura de eso. Simplemente no estoy al tanto de las modas de la ciudad. Me arreglo de la manera en que considero más favorecedora para mí —contesté mientras le devolvía la sonrisa, sintiéndome más segura.

Estaba nerviosa, tenía que admitirlo. No había salido del palacio desde mi llegada y no tenía idea de cómo reaccionaría la gente al verme, sobre todo si iba acompañada por el mismísimo emperador.

Camille se acercó a una caja, y supe que dentro había un collar.

—Gracias, pero hoy prefiero no llevar nada en el cuello.

Ella asintió y dejó la caja a un lado.

—Entonces ya está lista, señorita Eda. —Se alejó un poco de mí para mirarme—. Está preciosa, como todos los días.

—Gracias, Camille, gracias por todo.

Me miré al espejo por última vez.

Nunca había visto un vestido tan plateado y brillante como el que llevaba puesto. En Valdemar, la gente no solía vestirse así para salir a dar un paseo; de hecho, no creo que allí se fabricara ese estilo de vestido, solo pantalones y camisas.

Me giré hacia la entrada.

No sabía qué hacer. ¿Debería aguardar pacientemente a que Dalton tocara a mi puerta o sería más apropiado esperarlo en la gran entrada? La respuesta llegó de forma inesperada y precipitada cuando dos firmes golpes resonaron en la puerta de mi habitación,

provocando que mi corazón se acelerara en un alboroto de emociones. Camille, con una sonrisa tranquilizadora que parecía conocer todos mis secretos, se desplazó hacia esta y, con un gesto elegante, la abrió.

El emperador estaba allí, imponente, su estatura elevada aún más por su postura erguida. El cabello negro, brillante como el azabache, le caía de manera despreocupada sobre la frente. Vestía por entero de seda, un negro profundo que parecía absorber la luz del entorno, típico de él.

En esa ocasión, las llamas negras que solían acompañarlo estaban ausentes, al igual que las espadas y el usual aura de mando que lo rodeaba. Sin los elementos que lo definían como emperador, se presentaba ante mí tan solo como Dalton. Aquella noche la pasaríamos alejados de los roles y los títulos. No había un emperador ni una jinete, ni una recluta ni una mortal entre nosotros.

Éramos solo él y yo, nadie más.

—Alteza Imperial —dijo Camille al tiempo que inclinaba la cabeza en una reverencia hacia el emperador. Luego se giró hacia mí—. Que tengan una noche agradable.

—Gracias, Camille. Puedes retirarte a descansar. Es posible que volvamos tarde al palacio —respondió Dalton con tono suave y amable.

«Es posible que volvamos tarde al palacio». Mis nervios iban en aumento.

Dalton y yo nos quedamos mirándonos durante unos segundos, en los que el verde esmeralda de sus ojos pareció iluminarse con una luz propia. Si sentía algún nerviosismo, lo disimulaba a la perfección bajo una fachada de calma impenetrable. Aunque me costaba creer

que pudiera sentirse nervioso en presencia de alguien, en ese momento, un atisbo de vulnerabilidad pareció asomar en su mirada.

—Hola de nuevo, querida.

—Emperador. —Incliné ligeramente la cabeza en un gesto de cortesía, decidiendo jugar a su juego, consciente de que nada lo complacía más que alimentar su vanidad.

—Es sorprendente cómo cambia tu vocabulario; a veces soy el emperador y otras… ¿cómo me llamas en tu cabeza? Ah, sí, imbécil.

—Si me vas a llevar a las mazmorras por faltarte al respeto de vez en cuando, avísame para que me cambie y me ponga algo más cómodo.

—No te preocupes, prefiero verte así de elegante mientras intento decidir tu destino. Además, un vestido siempre le añade sabor a la noche. —Pude ver una chispa de diversión en sus ojos.

—No me has negado que haya mazmorras en el palacio. ¿Tienes secuestrados ahí a los trabajadores que no hacen bien su trabajo? ¿Quizá el cocinero que dejó la sopa sin sal la última vez? —dije con una sonrisa burlona.

—¿Estás tan interesada en las mazmorras porque te preocupa si tu castigo, tal vez por intentar asesinarme mientras duermo, será estar encerrada o la muerte? —Levantó una ceja con picardía.

—Mmm, tengo mi muro de hielo levantado muy muy alto. ¿Cómo es posible que hayas leído mis pensamientos? —respondí con ironía soltando una risa baja.

—No necesito leer tu mente para saber que siempre estás tramando algo.

Soltó una carcajada, un sonido que se metió muy dentro de mí y resonó en mi pecho. No sabía en qué punto, en qué parte de esa

línea difusa estábamos.

Habíamos pasado la tarde juntos en la biblioteca, y luego me había invitado a pasear por la ciudad. No entendía del todo sus intenciones, solo sabía que tenía al emperador en mi cabeza a todas horas, cada segundo del día. Mis ojos lo buscaban, mi cuerpo lo anhelaba, siempre estaba tratando de encontrarlo en cada rincón del palacio.

«¿Y él? ¿Me busca de la misma manera?».

Dio un paso atrás, un gesto sutil que me concedía no solo espacio físico para avanzar, sino también una especie de respeto tácito. Caminé hacia la puerta y, al cruzar el umbral, con una mano firme pero cuidadosa, la cerró.

—Acompáñame. La noche va a ser larga.

Avanzamos a través de los pasillos en silencio, el eco de nuestras pisadas resonando en el mármol pulido. Cruzamos la grandiosa entrada del palacio y, por fin, nos adentramos en los jardines. Bajo el cielo teñido de un azul oscuro, el crepúsculo se desplegaba ante nosotros. Una brisa cálida nos envolvía y acariciaba nuestra piel con su toque suave, trayendo consigo el perfume dulce de las flores nocturnas.

Las majestuosas puertas doradas del jardín permanecían abiertas de par en par, y la ausencia de guardias imperiales era un detalle sorprendente.

Miré a mi alrededor en busca de los que normalmente flanqueaban las puertas del palacio durante el día, pero no había ninguno a la vista. Por las mañanas, los veía en sus puestos, vigilantes y alerta, pero parecía que su jornada terminaba con el atardecer.

—¿Por qué las puertas están abiertas? ¿Y por qué no hay guardias? —pregunté, incapaz de ocultar mi perplejidad.

—Las puertas del palacio siempre han estado abiertas. Aquí, los trabajadores entran y salen constantemente —explicó Dalton con una tranquilidad que me desconcertó—. Por eso, cuando te dije que podías salir y entrar del palacio sin restricciones, era cierto.

Me detuve por un momento y contemplé los jardines desde aquella perspectiva única.

Era asombroso cómo ninguno de nosotros lo había notado antes.

—Pero ¿y si alguien intenta entrar con malas intenciones? ¿Nadie ha tratado de robar? ¿No resulta arriesgado tener el palacio tan expuesto?

—Cuando un dragón vigila el palacio, nadie se atreve a tal osadía. De hecho, la tasa de robos ha disminuido significativamente en los últimos cuatrocientos años, sobre todo en la ciudad. Nos esforzamos por mantener una buena economía para que eso no suceda —respondió, mostrándose paciente mientras yo asimilaba la información.

Con cada paso que daba, más consciente era de mi ignorancia, de los prejuicios que había mantenido sin conocer realmente la esencia de Pramvera.

Al cruzar las puertas del palacio, un nerviosismo sutil se apoderó de mí. A medida que nos adentrábamos en el bullicio de las calles, la ciudad quedaba envuelta en un suave resplandor violeta azulado.

La música sonaba en cada esquina y resonaba en las paredes de piedra. Niños descalzos jugaban en las calzadas empedradas, riendo y corriendo libres entre la multitud que se desplazaba animada, con sonrisas en sus rostros. Las calles, limpias y llenas de vida, eran el

escenario de un desfile constante de ciudadanos, cada uno aportando su energía y alegría a la preciosa ciudad.

Las miradas de reconocimiento y respeto hacia nosotros eran ineludibles; discretas reverencias nos seguían a cada paso antes de que la gente continuara con sus quehaceres.

Pronto me fijé en las jóvenes, ataviadas con elegantes vestidos de seda y guantes a juego, y en los caballeros, todos impecablemente arreglados. Sus miradas, cargadas de curiosidad y tal vez de un ligero asombro, se posaban en el emperador y luego se desviaban hacia mí, evaluando mi atuendo. La moda del cabello suelto y rizado parecía haber tomado la ciudad por asalto, y el color azul dominaba en un mar de tonalidades.

Todas las jóvenes lucían atuendos similares al que yo había llevado el día del baile; parecía que la noticia de mi vestimenta en aquella ocasión se había difundido con rapidez entre ellas.

Sin darme cuenta, me encontré acercándome a Dalton para mitigar la sensación de ser el centro de atención.

—Parece ser que te han tomado como un ejemplo a seguir en la moda —comentó mientras me miraba con una leve sonrisa en los labios—. Todas aspiran a imitar a la chica que bailó con el emperador.

El recuerdo del baile volvió a mi mente, aquella noche en la que danzamos bajo la atenta mirada de todos los presentes. Mi pulso se aceleró al recordarlo, al evocar aquella noche.

—Parece ser que no les gusta ver a Su Alteza Imperial acompañado por una mujer —susurré inclinando la cabeza hacia él.

—Nunca he estado disponible, por eso se sorprenden al verme en compañía de una mujer como tú —respondió con una serenidad que

rozaba la indiferencia.

Me detuve un momento tratando de entender lo que había dicho.

—Y dime, ¿qué significa eso de «una mujer como yo»? —pregunté con un tono irónico y una ceja levantada.

—Ser decidida, valiente y que no se deja intimidar con facilidad. Además, tienes una forma muy particular de hacerme perder la paciencia.

—¿Ah, sí? Pues por lo visto tu paciencia es bastante resistente.

—A veces sí, a veces no. Aunque parece que ya me estoy acostumbrando a que lo preguntes absolutamente todo. —Chasqueó la lengua con fastidio—. El día que no preguntes nada, algo malo estará pasando por esa cabeza.

Le di un empujón con el hombro riendo.

Mientras caminábamos, el mundo parecía reducirse a nosotros dos. No sabía a dónde quería llevarme, pero no me importaba, porque aquel era el mejor paseo que había dado en mi vida.

Una mujer se acercó a nosotros con una sonrisa cálida y amistosa, sostenía una delicada corona de flores en sus manos. Sus ojos se dirigieron hacia Dalton en busca de aprobación y, tras un leve gesto de asentimiento por parte del emperador, se acercó y, con una delicadeza sorprendente, la colocó sobre mi cabeza.

Las flores eran de colores suaves, con pétalos que parecían estar hechos de la seda más fina.

—Gracias, es preciosa —le dije a la mujer mientras tocaba la corona, sintiendo la suavidad de los pétalos contra mis dedos.

Ella me respondió con una reverencia y se retiró discretamente.

Dalton, a mi lado, parecía haber dejado atrás por una noche todas sus preocupaciones. Su rostro, que solía estar marcado por su

mandíbula apretada, estaba relajado, como si se hubiera desprendido temporalmente de esa faceta oscura que siempre lo acompañaba.

A medida que avanzábamos, aquella mujer no fue la única persona que se nos acercó. Ahora que la noticia de que el emperador estaba paseando por la ciudad se había extendido, algunos ciudadanos, con gestos discretos y respetuosos, esparcían flores en nuestro camino antes de que pasáramos.

—Es hermoso que hagan todo esto. —Lo miré y me di cuenta de que él parecía igual de sorprendido.

—Cuando te dije que hacía mucho tiempo que no paseaba por la ciudad, no te mentía. Hacía mucho que no recorría estas calles, algo de lo que ahora me arrepiento. —Contempló los pétalos del suelo.

—¿Cuánto hace que no visitas la ciudad?

Levantó la vista hacia mí y me detuve en seco.

Verlo allí, rodeado por sus ciudadanos que lo miraban con admiración, me hizo comprender algo profundo. No había miedo en sus rostros, solo reverencia. A Dalton no le hacía falta ninguna demostración de poder, como las llamas negras que solían acompañarlo. Su sola presencia bastaba para que la gente lo reconociera y le mostrara respeto.

—Hace muchísimos años, Eda. Más de los que tú tienes de vida.

—Más de veintiún años… —dije, mi voz reflejando asombro—. ¿Por qué? ¿Por qué habías dejado de pasear por la ciudad?

Dalton miró a la distancia.

—Después de la última gran batalla, sentí que mi presencia en la ciudad podía traer más temor que tranquilidad. Había demasiados recuerdos dolorosos, demasiadas heridas que aún estaban abiertas

—respondió con una calma melancólica—. Además, tenía responsabilidades que me mantenían atado al palacio. La reconstrucción, la protección del imperio…, había mucho que hacer y muy poco tiempo para disfrutar de pequeños placeres como pasear por estas calles.

—¿Qué son veinte años para un hombre inmortal? No son nada, ¿verdad? —dije, manteniendo la mirada fija en la suya. Seguíamos parados en medio de la calle, como si nadie nos observara—. Pero recuerda que ellos no son eternos, y llevan décadas esperando ver al emperador para demostrarle su gratitud.

Le sonreí, y fue la sonrisa más sincera de mi vida.

Dalton se quedó en silencio por un momento, como si mis palabras hubieran calado hondo en él. Luego su expresión se suavizó y respondió con una sonrisa que parecía iluminar todo a su alrededor.

—Gracias por recordármelo.

Caminamos hasta detenernos para observar una pequeña plaza donde un grupo de músicos tocaba una melodía alegre. Los niños corrían y jugaban alrededor de la fuente central mientras sus risas llenaban el aire nocturno.

—No puedo imaginar cuánto debe de haber cambiado la ciudad desde la última vez que estuviste aquí —comenté.

Tenía las manos en los bolsillos.

—Ha cambiado mucho, pero la esencia de Pramvera sigue intacta. La gente, su espíritu…, eso nunca cambia. Eso es lo que hace que este lugar sea tan especial.

La plaza estaba bañada por la luz suave de unas guirnaldas que colgaban de extremo a extremo, desprendiendo un encanto mágico,

como si hubiéramos traspasado las páginas de un cuento para adentrarnos en su mundo.

La escena se distinguía por una peculiaridad encantadora, no se veían los habituales puestos de comida, sino que estaba abarrotada de estantes repletos de libros. Cada rincón se hallaba impregnado de literatura, cada puesto era una puerta a nuevos universos.

Al girarme hacia Dalton, noté que me observaba con una sonrisa, y no pude evitar devolvérsela.

¿Cuántas sonrisas había visto ese día en él? Era incapaz de contarlas.

—¿A dónde me has traído? —pregunté sorprendida, con la barbilla casi tocando el suelo. ¿Qué era todo aquello?

En un rincón, una mujer leía un libro a un grupo de niños que la rodeaban, pendientes de cada palabra. No muy lejos, la gente aplaudía a un hombre que, con gran diligencia, firmaba cada libro que le compraban.

—Es la feria del libro. Se celebra cada año al final de la primavera, justo antes de que comience el verano. Pensé que te gustaría venir —respondió con un gesto casual, algo insólito en él, como si la magnitud de este gesto fuera menor para un emperador.

—Dioses… —Di una vuelta sobre mí misma asombrada—. Esto es… increíble. —No tenía palabras, no las encontraba—. Nunca había escuchado hablar de esta feria; pensé que la literatura no era tan valorada aquí. Ver a tantos niños que saben leer, a tantas personas interesadas en los libros… En Valdemar esto sería imposible.

En mi hogar la educación no era algo prioritario. Los libros eran considerados un lujo, no una necesidad. Ver algo así, una feria del

libro llena de niños y adultos inmersos en la literatura… era un sueño.

—Bueno, cada vez la literatura prospera más en el imperio. Todos los niños están obligados a recibir una educación, y eso ha hecho que el número de analfabetos disminuya de forma significativa. Es algo que quiero difundir a lo largo del imperio, que todos sepan leer y escribir —dijo mirando a los niños que escuchaban atentos a la mujer que les leía.

Ahora era yo quien lo observaba con una sonrisa.

—Dalton, esto es increíble, es alucinante que todo aquí esté tan avanzado. —Sin darme cuenta, le cogí el antebrazo y lo apreté—. Si estos niños tienen una educación, es gracias a ti.

Él desvió la mirada hacia mi mano, que lo asía en forma de gratitud. Pareció tragar saliva antes de hablar.

—Lo que dije sobre no pasear por aquí… —Hizo una pausa, como si buscara las palabras adecuadas—. Soy un hombre que prefiere hacer el bien desde las sombras. Me gusta estar en la biblioteca, ordenando papeleo y controlando la economía para que todos ellos tengan en esta vida todas las oportunidades posibles. No quiero ser solo un guerrero y que me recuerden solo por mis habilidades en la batalla o por mi título de emperador. Quiero que me recuerden como alguien que trabajó incansablemente para mejorar la vida de su gente, que se preocupó por la educación, por la salud, por la prosperidad de cada rincón de Pramvera.

Negó con la cabeza mientras observaba a su pueblo, su ciudad, su imperio.

—No se trata solo de luchar contra enemigos visibles. La verdadera batalla está en asegurar que cada niño pueda leer y

escribir, que cada familia tenga un techo sobre su cabeza y comida en su mesa. Estas son las batallas que libro cada día, aunque no siempre se vean.

—Es increíble lo que has hecho, Dalton. Y aunque prefieras trabajar desde las sombras, hoy, al estar aquí con ellos, estás demostrando que te importan, que estás presente, y eso es algo que nunca olvidarán.

Su mano tocó la mía, la que apretaba su antebrazo. Hizo un gesto para que pasara mi brazo entero por el suyo, invitándome a tomarlo de manera más formal. Cogí aire y, con el corazón latiendo acelerado, acepté su invitación.

Impulsada por el entusiasmo, lo guie hacia los puestos, y su respuesta fue una carcajada genuina y cálida.

Inmersos en la plaza, Dalton me señalaba a los escritores y las escritoras más renombrados de Pramvera, compartiendo anécdotas sobre cada uno de ellos y destacando sus obras más notables.

En un momento de distracción, mientras escuchaba a una mujer narrar cuentos infantiles a un grupo de niños fascinados, sentí una presencia detrás de mí. Al girarme, lo encontré acercándose sigilosamente con una expresión de traviesa satisfacción en su rostro. En sus manos sostenía un libro, un ejemplar de una reconocida autora de romance que, sin duda, debía de ser difícil de conseguir.

—Pensé que te gustaría —dijo mientras me extendía el libro. Lo tomé con cuidado y mis dedos rozaron los suyos durante un breve instante que me hizo sentir un cosquilleo.

La cubierta del libro brillaba bajo las luces de la feria y, al abrirlo, vi la firma de la autora junto a una dedicatoria especial escrita a

mano. Decía:

> La ira más peligrosa es la que se oculta detrás de un buen corazón. Es una furia silenciosa, latente, que espera pacientemente el momento en que la bondad ya no pueda contenerla. Y, cuando al final estalla, es capaz de arrasar con todo.
>
> Para Eda.

Volví a leer cada palabra despacio.

—Leí esa frase por primera vez cuando era un niño. —Al oírlo levanté la cabeza del libro—. Al principio no la entendí, pero con los años supe a qué se refería.

—La ira más peligrosa es la que se oculta detrás de un buen corazón… —leí en voz alta, dejando que las palabras se asentaran—. Tu poder…

Asintió.

—El poder son emociones, y la ira siempre será la que lo domine —dijo Dalton mientras levantaba una mano y la extendía hacia arriba. De ella surgió una pequeña llama negra que danzó en el aire —. Hoy te he mostrado el lado bueno de ser emperador, pero siempre existe otro más oscuro. Porque si ese lado no fuera tan temible, nadie me tendría tanto respeto y yo no seguiría sentado en ese trono. —Miró fijamente la llama—. Para mantener este poder, hay que tener mucha ira guardada, Eda. Demasiada.

Negué con la cabeza y soplé con suavidad sobre su mano, como si apagara una vela. La llama se desvaneció en el aire.

—Y ahora que has encendido esa chispa, ¿qué emoción estabas sintiendo? —pregunté arqueando una ceja con curiosidad.

Dalton me miró, y una sonrisa sincera se formó en sus labios.

—Felicidad, Eda. Sentía felicidad.



36

Eda

Disfrutamos de una cena improvisada en los puestecillos de comida que encontramos a nuestro paso. Los aromas de los diferentes platos se mezclaban en el aire, desde el asado hasta los pasteles recién horneados, creando un *collage* de tentaciones culinarias que nos invitaban a probar un poco de todo.

Aunque la gente se mostraba entusiasmada por invitarnos, Dalton insistía en pagar, entregando generosas sumas de dinero a los vendedores, quienes se lo agradecían con amplias sonrisas.

Nos servimos una variedad de bocados mientras recorríamos la feria y paladeábamos los distintos sabores que Pramvera tenía para ofrecer. Finalmente, nos detuvimos en un pequeño parque al borde de la ciudad.

Nos sentamos en un banco de madera y, mientras observábamos las estrellas, me di cuenta de que ese paseo había sido mucho más

que una simple salida nocturna.

Con el pasar de las horas, Dalton y yo nos sumergimos en la generosidad desbordante de la gente de la ciudad. Él llevaba las manos repletas de guirnaldas de flores, y algunas incluso adornaban su cabeza, sus hombros estaban cubiertos de pétalos, y cada vez que alguien se acercaba con una nueva ofrenda floral, él la inclinaba con una sonrisa sincera y agradecida.

Sabía que él escuchaba cada uno de los pensamientos de las personas que lo rodeaban, y esperaba por todos los dioses que fueran pensamientos buenos hacia él. Aunque, si algunos no lo eran, dudaba mucho que yo pudiera notarlo.

Esa capacidad, ese poder suyo de escuchar lo que otros no podían, era a la vez una bendición y una maldición. Pero ¿cuántas veces lo había visto aquel día sonreír? Había perdido la cuenta. Y también de las veces que me había hecho sonreír a mí.

Yo sostenía una cesta llena de variados alimentos que nos ofrecían, panes recién horneados, frutas frescas, pequeños pasteles y dulces, todo cuidadosamente envuelto y presentado.

—Ven —susurró Dalton, y su voz acarició mi piel y me provocó un escalofrío.

Me giré para encontrarlo rodeado de flores.

—Quizá deberías considerar sustituir las espadas y las dagas por coronas de flores —bromeé.

—El día que deje las armas será una buena señal; significará que la guerra ha terminado.

Nos pusimos en marcha y lo seguí.

—¿A dónde vamos?

—Siempre tan preguntona —dijo con voz tranquila encabezando el camino—. Es una sorpresa.

—No soy fan de las sorpresas —admití, una parte de mí se moría de ganas por saber qué había planeado.

—Creo que ya me he dado cuenta de ese detalle.

Nos alejamos del bullicio del centro y nos dirigimos hacia el río que cruzaba la ciudad. Nos aproximamos a un pequeño muelle donde varias barcas de madera flotaban pacíficamente, mecidas con delicadeza por la corriente. Dalton se acercó a un hombre que estaba al lado de las barcas y, tras conversar un poco con él, intercambiaron unas monedas. El hombre nos indicó una en particular, situada cerca de la orilla, que parecía más estable y cómoda.

El río se extendía frente a nosotros tranquilo y sereno, reflejando el brillo de la luna y las luces de la ciudad como un espejo de agua. Dalton se giró hacia mí con una invitación muda y alargó su mano hacia mí.

—¿Has dado alguna vez un paseo en barca? —preguntó con una chispa de humor en sus ojos.

Negué con la cabeza. Nunca, antes de aquel día que lo había cambiado todo, me había subido a algún tipo de barco.

—Siempre hay una primera vez. Tranquila, no es como montar en un dragón —dijo con un guiño que me hizo soltar una risa ligera.

Un día nos encontrábamos montados en un dragón, sobrevolando la ciudad en un intento de extinguir un incendio, y otro, paseábamos por la ciudad como dos personas cualesquiera. Eso era precisamente lo que me atraía: la capacidad de vivir entre la tormenta y el sol.

Cuando tomé su mano, sentí una corriente eléctrica recorrer mi piel, un cosquilleo que iba más allá del simple contacto físico. Él me ayudó a subir a la barca, que se mecía sobre el agua.

Una vez acomodada, tomó asiento frente a mí. Antes de que pudiera acostumbrarme al balanceo, el farolillo se encendió con un destello, revelando no una llama naranja habitual, sino una negra.

Dalton cogió los remos y comenzó a moverlos con destreza. La oscuridad no era ningún impedimento; la ciudad irradiaba tanta luz que todo a nuestro alrededor brillaba. Nos alejábamos más y más de la orilla, y mientras yo intentaba absorber cada detalle del paisaje nocturno, noté que su atención estaba fija en mí.

—Nunca te había visto sonreír tanto —dijo mientras remaba. Aquello era lo que había estado pensando a lo largo de la noche. Tenía toda la razón.

—Bueno, desde que murió mi madre, mi felicidad murió con ella —dije mirando el cielo estrellado—. Es egoísta decirlo, teniendo aún a Nolan y a mi padre, lo sé.

—No es ser egoísta, sino humano, y tú eres humana.

Yo seguí observando las estrellas, era como si al mirarlo a los ojos sintiera que podía romperme.

—Humana… —murmuré, más para mí misma que para él—. ¿Sigo siendo humana?

Dalton dejó de remar. Nos detuvimos en el centro del río, el agua movía la barca creando un suave vaivén casi hipnótico.

—La inmortalidad no pasa desapercibida y, cuando hables con ellos —se refería a Nolan, a Elandra, a Calen, a Adriel y a Liral—, lo notarás, y ellos lo notarán contigo.

—¿Y qué se siente?

—Llevo cuatro siglos acostumbrándome a este cuerpo y, a veces, se me olvida que no todos los que me rodean son como yo. —Me señaló con la barbilla—. Era solo un niño cuando mi cuerpo empezó a cambiar. Ser inmortal confiere un poder inmenso. Puedes escuchar y ver hasta el más mínimo detalle. Todo se magnifica: el olor, el tacto…, tu mundo cambia, y tú cambias con él. Los colores se vuelven más vivos, los sonidos más claros. Puedes percibir las emociones de las personas a tu alrededor con una intensidad que a veces resulta abrumadora. El tiempo deja de ser una preocupación constante y se convierte en una herramienta. Puedes aprender y dominar habilidades que te llevarían vidas enteras.

Me quedé pensando en cuando vi a Nolan. Su cuerpo había cambiado, incluso su pelo. Todo. La transición a la inmortalidad había dejado una marca evidente en él, y ahora entendía un poco más lo que eso significaba.

Entrelacé los dedos en mi regazo.

—Cada mañana, cuando me levanto, me miro al espejo esperando ver algún cambio, pero todo sigue igual. Y entonces, mi mente vuelve a ese círculo de fuego azul, a ese día en particular, y en esos momentos dejo de saber quién soy realmente.

Esa vez le sostuve la mirada.

—Creo que nunca lo he sabido. Siempre he sentido que no pertenezco a este mundo. Nunca he tenido amigas, y trabajar en la biblioteca no ayudaba mucho en eso de socializar. —Solté una risa baja carente de felicidad—. Siempre estaba buscando historias que no fueran la mía, que no me recordaran la ausencia de mi madre.

La barca seguía meciéndose suavemente bajo el cielo estrellado, como si el universo estuviera en calma y nos diera un momento de

pausa en medio de nuestras tormentas personales.

—Eda, todos buscamos algo que nos haga sentir completos, que nos ayude a olvidar el dolor. Pero también es importante enfrentarse a esas heridas y entender que forman parte de quienes somos. —Sabía de qué estaba hablando—. La ausencia de tu madre es una herida profunda, pero no define todo lo que eres. Y si hay algo que he aprendido en estos siglos, es que el dolor puede transformarse en fuerza, si se le permite.

—Tal vez… —comencé, sin estar segura de cómo continuar—, tal vez pueda encontrar esa fuerza algún día.

Y entonces, de repente, el cielo sobre nosotros se iluminó con destellos y explosiones de colores, creando un espectáculo deslumbrante. Me sobresalté por el súbito estallido y, en un acto reflejo, me lancé hacia delante y caí en el regazo de Dalton.

—¿Nunca has visto fuegos artificiales? —preguntó, apoyando su mano en mi hombro, su voz suave como el terciopelo.

Me enderecé, aún con la sorpresa pintada en mi rostro.

—¿Qué son esas luces? ¿Y por qué hacen ruido?

El reflejo de estas en el agua del río multiplicaba su esplendor y transformaba la noche en un lienzo de colores que parecían danzar hasta el horizonte.

—Tranquila, son inofensivas. Nadie nos está atacando —dijo con ese tono humorístico que utilizaba siempre—. Habrías podido verlas desde tu habitación, pero desde aquí abajo es un espectáculo mucho más impresionante.

Me giré hacia él mientras observaba cómo los fuegos artificiales coloreaban su rostro con matices violetas, rosas y azules. Seguía adornado con guirnaldas de flores y pulseras, una visión tan

surrealista como encantadora. Más fuegos artificiales estallaron en el cielo y me quedé embelesada, perdiendo la noción del tiempo. No sabía si habían pasado segundos, minutos u horas.

Entonces volví a girar mi cabeza hacia él, y allí estaba, mirándome a mí en vez de a los fuegos artificiales.

—Nunca había visto nada así, y parece que hoy me estoy repitiendo mucho, pero es que… cómo iluminan todo el cielo… y el ruido… es increíble, ¿verdad?

Una flor se deslizó de mi corona y, antes de que pudiera reaccionar, él la recogió con delicadeza.

—No estaba mirando los fuegos artificiales… —dijo con voz suave. Con un gesto cuidadoso, se acercó y puso de nuevo la flor en mi corona.

—Ah, ¿no? —repliqué con un tono jocoso, intentando disimular el ardor de mis mejillas—. Entonces ¿qué era lo que estabas mirando con tanto interés?

Él no apartó la mano, la dejó en mi mejilla, su pulgar rozando mi piel.

—A ti, te estaba mirando a ti —susurró en voz baja—. No te lo he dicho hoy, pero estás preciosa.

Sus palabras vibraron dentro de mí, cada sílaba envolviéndome.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, y el mundo alrededor pareció desvanecerse hasta dejarnos solos, como si el universo entero se hubiera reducido a ese momento.

Solo éramos él y yo, me recordé.

La proximidad entre nosotros se hacía cada vez menor, y mi corazón latía y latía, como si quisiera romper el silencio de la noche. Su pulgar acariciaba mi piel con una suavidad que me hacía

estremecer. Por los dioses, era lo mejor que había experimentado nunca.

—Dalton… —Mi voz apenas era un susurro, un hilo de aire entre nosotros.

—Si dices mi nombre de esa manera, juro por los dioses que podría morir aquí mismo.

La proximidad entre nosotros resultaba abrumadora, y podía asegurar que cada centímetro de mi piel era más consciente de él que de cualquier otra cosa en el mundo.

Pero todo cambió de un segundo para otro.

De repente, el aire vibró con la potencia del dragón que surcaba los cielos de la ciudad. Sus enormes alas desplegadas causaban ondas de choque en la atmósfera. Con cada aleteo, emanaba una fuerza descomunal.

Dalton levantó la mirada hacia el dragón, y su mano se apartó de mi rostro, rompiendo el momento tan abruptamente como había comenzado.

—Algo está mal —dijo tenso mientras su cuerpo se ponía alerta.

El dragón continuó su vuelo hasta posarse detrás del palacio. Sin necesidad de tocarlo, comprendí qué estaba pasando, como aquel momento en que los pensamientos y gritos de Elandra habían nublado su mente. Era evidente que algo similar le ocurría ahora.

—¿Qué escuchas? ¿Qué está pasando? —pregunté, la inquietud presente en mi voz.

Sabía que el problema no radicaba en la ciudad; algo más grave acontecía en la lejanía.

—Debemos regresar de inmediato al palacio. Necesito volar hacia Novadia cuanto antes —anunció Dalton, que comenzó a remar en

dirección a la orilla.

La magia de la noche se había esfumado; el brillo en sus ojos, su mirada cálida, las palabras compartidas, todo se había desvanecido en un instante.

Sin dudarlo, extendí mi mano hacia él.

—No irás a Novadia solo. Te acompañaré.



37

Eda

—No es una buena idea —dijo de forma autoritaria y sombría mientras permanecía frente a la puerta de mi habitación. Ya no tenía el tono dulce y amable de la noche anterior. No le gustaba en absoluto la idea de que lo acompañara a la cordillera de Novadia, pero eso no era lo que importaba para mí.

—No pienso quedarme una semana encerrada en el palacio con solo mi doncella como compañía. He tomado mi decisión: iré contigo.

Ya me había cambiado, adoptando el uniforme de combate y recogiendo mi cabello en una trenza. No quedaba rastro alguno del vestido plateado que relucía bajo la luz de la luna la noche anterior; esa que ya se había desvanecido.

El amanecer se filtraba a través de los amplios ventanales de cristal. Ante mí, Dalton expresaba su desaprobación, pero estaba

resuelta a seguir adelante.

—No puedes ir a Novadia con ese atuendo de cuero; morirás antes incluso de rozar la nieve —dijo cortante mientras me extendía un conjunto de prendas, entre las que destacaba una capa notablemente pesada—. Antes de partir, necesitas vestir este uniforme diseñado para soportar bajas temperaturas; no me gustaría que enfermaras. Cosa que os pasa mucho a los mortales.

—Lo sé, no soy estúpida —le respondí, tomando las prendas de sus manos con un gesto decidido—. Me vestiré con lo que sea necesario, pero no me quedaré aquí.

Dalton frunció el ceño.

—Bien —dijo finalmente con voz gélida—. Vístete rápido. No tenemos tiempo que perder.

Ignorando su actitud, cerré la puerta con firmeza tras de mí y me adentré en la habitación para cambiarme. Mientras me ponía las prendas que me había dado, sentía la tensión entre nosotros aumentar con cada segundo. Me abroché la capa pesada y me aseguré de que cada pieza de ropa estuviera ajustada correctamente. No iba a darle la satisfacción de verme flaquear.

El nuevo uniforme era visiblemente más grueso, diseñado para proteger del intenso frío de la cordillera, aunque mantenía la elasticidad necesaria para no restringir demasiado mis movimientos. A pesar del leve calor que comenzaba a sentir por el grosor del tejido, era consciente de que sería breve en comparación con el gélido clima que nos esperaba en Novadia.

Sabía que nuestra estancia fuera del palacio podría prolongarse, así que tomé precauciones y metí algunas cosas en mi mochila.

Al salir, me encontré a Dalton esperándome, su postura tensa y un semblante molesto.

Era un adiós al Dalton de la noche anterior y un saludo al implacable Basilius.

—¿De verdad necesitas la mochila? ¿Qué llevas ahí?

—Son cosas de mujeres, algo que no te concierne en absoluto —respondí con la misma frialdad con la que él había estado tratándome desde que el vuelo de Long nos sobresaltara sobre nuestra barca.

—Vamos, tenemos que volar ya. Con tu compañía, el viaje no será tan rápido como cuando voy solo.

Sin esperar respuesta, dio media vuelta y comenzó a avanzar con zancadas decididas. Un impulso me incitaba a responder a su tono con igual aspereza, sin embargo, opté por seguirle el paso.

Nos movimos con rapidez hacia la sala de armas. Una vez allí, Dalton se aproximó a un estante y comenzó a seleccionar diversas armas, distribuyéndolas de forma estratégica por su cintura. Era evidente que los uniformes estaban diseñados con aquel propósito en mente.

—No tenía ni idea de que fuera del palacio existieran tantos peligros —dije mientras observaba cómo se colocaba cada daga.

—Los hay. Cuando viajo solo, no suelo llevar tantas armas, pero si tú me acompañas, debo… estar preparado. —Terminó de ajustarse las dagas y levantó la vista hacia mí—. Ahora es tu turno.

Me aproximé al bastidor y observé el arsenal de armas.

Dalton comenzó a ajustarme las dagas con precisión, como si conociera al milímetro la forma de mi cuerpo. Si esa cercanía

hubiese ocurrido la noche anterior, habría provocado un torbellino en mí. Pero en ese momento… solo sentía frustración y confusión.

—No llevarás espada. Usarás una de las mías —dijo antes de dirigirnos hacia la salida.

Long nos aguardaba en el valle, su imponente figura negra sobre la hierba. Al girar su cabeza hacia nosotros, su aliento caliente me hizo retroceder por instinto. Sus ojos, oscuros como la noche, parecían escudriñarme.

Dalton Basilius trepó con destreza hasta el lomo del dragón, mientras que yo, antes de seguirlo, ajusté mi capa alrededor del cuello. Desde su posición elevada, me extendió la mano. La acepté y con un impulso elevé mi cuerpo, pasando una pierna y luego la otra sobre el lomo de Long.

Con cuidado, me acomodé detrás de Dalton, asegurándome de estar bien situada para el vuelo.

—Recuerda, cierra las piernas —comenzó a decir.

—Apretaré las piernas y apoyaré los pies en las escamas —lo interrumpí antes de que pudiera terminar para confirmarle que comprendía las instrucciones.

Rodeé su torso con mis manos.

Long despegó suavemente, las poderosas alas propulsándonos hacia arriba. Mis ojos se fijaron en el palacio que dejábamos atrás. Al principio, el vértigo de estar tan elevados me revolvía el estómago, pero, poco a poco, la sensación dio paso a una calma inesperada.

La transición del paisaje fue gradual pero asombrosa: los árboles se cubrieron de blanco en un abrir y cerrar de ojos, despidiéndose de la primavera que quedaba atrás. Las flores se ocultaron bajo un

manto de nieve, como si hubiéramos cambiado de estación en un suspiro.

Aunque agradecía el silencio en aquellos momentos, llevábamos casi una hora volando y Dalton no había pronunciado palabra. Si él no tenía pensado decir nada, yo tampoco. Pero mis manos seguían aferradas a su cintura, deseando no tener que depender de él para mantenerme en equilibrio. Era lo último que quería: tocarlo. Pero lo estaba haciendo, mis piernas se apretaban contra él, y su olor… era algo que nunca había experimentado antes, como una mezcla de madera quemada y tierra húmeda después de la lluvia, un aroma que se metía de lleno dentro de mí.

El silencio entre nosotros se había convertido en una sombra pesada y agonizante, un velo que Dalton no parecía dispuesto a levantar. No entendía el porqué. ¿Qué había cambiado de un momento para otro? La noche anterior había sido diferente, pero ahora todo era distante y frío.

Resultaba evidente que, por alguna razón, no confiaba lo suficiente en mí como para contarme lo que había pasado. Y eso me frustraba. No era solo el hecho de que no hablaba, sino que sentía que me estaba dejando fuera de algo importante, algo que tal vez nos afectaba a ambos. ¿Por qué no podía abrirse conmigo? ¿Qué le había hecho cambiar de forma tan drástica?

Esos pensamientos revoloteaban en mi mente mientras mis dedos se aferraban más fuerte a su cintura, como si al apretarle pudiera entender lo que pasaba por su cabeza. Pero no había respuestas, solo más silencio y la sensación creciente de que algo andaba terriblemente mal.

A medida que avanzábamos, una cadena montañosa emergía en el horizonte. Un enorme puente serpenteaba como una cinta de piedra que se desenrollaba desde el pie de la montaña, sugiriendo probablemente la entrada oculta a la ciudad de Novadia.

Contrario a lo que esperaba, Long no se dirigió hacia el puente, sino que ascendió vertiginosamente, lo que hizo que me agarrara con más fuerza aún a Dalton. Mis manos se aferraron a su cintura y mi cuerpo se apretó contra su espalda en un intento desesperado por mantener el equilibrio. Por mantenerme viva.

Cerré los ojos sintiendo cómo el viento cortaba mi rostro mientras ganábamos altura. La adrenalina hizo que mi estómago revoloteara, y cada aleteo de Long parecía intensificar esa sensación, como si estuviéramos a punto de tocar el cielo.

Pasaron unos segundos que parecieron eternos. Sentía la respiración de Dalton y el movimiento de sus músculos mientras guiaba al dragón. La solidez de su cuerpo contra el mío era el único ancla que tenía en medio de aquella tempestad de viento, frío y velocidad.

Poco a poco, el vuelo comenzó a estabilizarse, el ritmo frenético dio paso a una calma relativa. Muy despacio, abrí los ojos, parpadeando para adaptarme a lo que había debajo de nosotros.

Una vasta ciudad cubierta de nieve se desplegaba en todo su esplendor. Las casas, construidas de madera, estaban esparcidas alrededor de un lago completamente congelado y centelleaban bajo el suave resplandor del sol. El lago, una joya helada en el centro de la ciudad, reflejaba la luz de una manera que daba vida al frío panorama.

Lejos de la urbe, un ejército entrenaba bajo el manto blanco que cubría el suelo. En el claro, cientos de esteras negras contrastaban con la nieve, formando un ajedrezado donde los soldados perfeccionaban sus habilidades. Al otro extremo de la ciudad, captaron mi atención las mantícoras y los hipogrifos coexistiendo. Un enorme muro de piedra en forma de un círculo gigantesco los rodeaba. Parecía ser su centro de entrenamiento, alejado del bullicio de la ciudad. Dentro de ese espacio, algunas de estas criaturas lo sobrevolaban, mientras que otras reposaban en la nieve.

Nolan y Calen estarían allí.

Los que entrenan en las esteras son los soldados del ejército imperial, mientras que en el otro extremo entrenan los escuadrones de mantícoras e hipogrifos, dijo Dalton, rompiendo finalmente el silencio. *Aterrizaremos donde están los jinetes.*

¿No es peligroso para mí, siendo una mortal sin haberme vinculado?, pregunté.

Si como emperador no fuera capaz de proteger a una mortal, sería una deshonra, respondió con un toque de desafío en su tono.

Con esas palabras, Long comenzó su descenso, y yo me preparé para lo que nos esperaba abajo.

Al descender, la presencia del dragón capturó la atención de los soldados que, en un movimiento coordinado, detuvieron sus ejercicios levantando las cabezas en un gesto unísono hacia nosotros.

En un instante, como si una señal invisible los hubiera guiado, comenzaron a arrodillarse en la nieve, uno tras otro.

El blanco páramo reflejaba la silueta oscura de sus uniformes, creando una impresionante ola negra que se extendía a lo largo del

campo de entrenamiento. Era una vista que reflejaba orden, disciplina, un mar de devoción hacia el emperador que los lideraba.

El dragón tocó la nieve con sus enormes patas y desplegó una nube de copos blancos a su alrededor. Había volado hasta quedar en el centro de un enorme muro de piedra, donde algunas mantícoras e hipogrifos que estaban volando habían aterrizado. Había decenas de jinetes, algunos encima de sus monturas y otros al lado, pero todos armados hasta los dientes.

Dalton Basilius, con una agilidad nacida de años de práctica, desmontó del dragón y de inmediato se volvió hacia mí, esperando desde abajo para ayudarme a bajar. Miré a mi alrededor, todos nos miraban y, si me caía del dragón, solo desearía que la tierra, mejor dicho, la nieve, me tragara.

Entonces Long soltó todo el aire por su gran nariz y extendió su pata delantera. Como había hecho la última vez, pasé una pierna y me apoyé en las escamas para bajar, sin necesidad de la ayuda de Dalton.

Una vez en tierra, el frío inclemente de Novadia se manifestó de inmediato y mordió mi piel a través del grueso uniforme diseñado para soportar temperaturas gélidas. Los copos de nieve que caían suavemente comenzaron a decorar mi cabello, transformándolo en un lienzo salpicado de diminutas perlas de hielo. Mientras tanto, el distintivo fuego negro del emperador resurgió en su espalda, recordándome su poder. Recordándoselo a todos.

Mis ojos recorrían la multitud de jinetes, tanto hombres como mujeres.

Esperaba vislumbrar a Nolan y a Calen entre ellos, pero mis esfuerzos fueron en vano. Pasaron unos instantes antes de que los

jinetes retomaran sus actividades.

—Bienvenido a casa —lo saludó Kaiden con una reverencia, para luego dirigir su mirada hacia mí, que me encontraba ligeramente oculta detrás del cuerpo de Dalton—. Bienvenida a Novadia, señorita Eda.

—Necesitamos hablar. Ahora —le instó el emperador.

Dalton estaba tenso, mucho, tanto que era irreconocible para mí, aunque quizá normal para todos los demás.

—Vaya, Basilius, ¿cómo amanecimos hoy? No tienes muy buena cara, deberías haber dormido un poco más —respondió el comandante Kaiden con una ironía que nunca había presenciado en palacio—. ¿Qué mierda ocurre ahora? Estoy entrenando al nuevo.

Hubo unos segundos de silencio y supe lo que eso significaba: Dalton estaba comunicándose por telepatía con el comandante. Kaiden se quedó inmóvil, con una expresión pensativa, antes de asentir ligeramente y girarse hacia mí.

—Espero que el viaje no haya sido demasiado incómodo para ti, señorita Eda —dijo el comandante en un tono más formal.

—He sobrevivido, gracias —respondí sin abandonar mi posición.

De repente, una voz familiar rompió el ambiente tenso.

—¡Eda! ¡Por todos los dioses! ¿Qué haces aquí? —Era la voz de Nolan.

Mi hermano.

Procedía justo de detrás del comandante. Al girarme, lo vi.

Dioses, Nolan estaba allí, estaba bien. Vivo.

Intenté acercarme a él, pero en ese instante una barrera de fuego negro surgió súbitamente a mi alrededor y formó un círculo que me

rodeaba desde los pies hasta casi las rodillas. La barrera me detuvo en seco, su calor era tangible, aunque no dañino.

Había sido obra de Dalton.

A mi alrededor, todos los jinetes presentes en el campo de entrenamiento me observaban. No solo eso, sino que parecían examinar mi debilidad.

Incapaz de acercarme a mi hermano, comprendí un detalle que había pasado por alto al acercarme a él. La vinculación y el poder que emanaba de Nolan habían creado un abismo entre nosotros, uno que mi condición mortal no podía cruzar tan fácilmente.

Antes de que pudiera reaccionar, Nolan lanzó una mirada significativa hacia el emperador. Con un gesto sutil, Dalton asintió, otorgando su consentimiento. Entonces, Nolan avanzó hacia la barrera de fuego negro que nos separaba.

—He venido con… —casi dije su nombre— el emperador —declaré, esforzándome por mostrar indiferencia ante la imposibilidad de tocar a Nolan, consciente de que no quería que me percibieran más vulnerable de lo que ya me consideraban—. Me muero por darte un abrazo, no sabes los miles de escenarios que me he montado en la cabeza pensando en si estarías bien o no.

El fuego que me rodeaba ardió con mayor fuerza, como si supiera que Nolan daría otro paso más hacia mí. Cuando me giré un segundo hacia Dalton, vi que me miraba fijamente, con la mandíbula apretada.

Desvié la mirada hacia mi hermano, que me repasaba de arriba abajo en busca de algún cambio.

Pero no lo había.

—Sigue siendo mortal… —Volvió a recorrerme con la mirada, como si esperara encontrar alguna diferencia.

Recordé las palabras de Dalton: ellos notarían lo humana que era, lo sentirían mucho más intensamente de lo que yo sentía su inmortalidad. Él no sabía que era imposible que me vinculara, ni del fuego fatuo, ni del fénix.

Nadie lo sabía.

—Lo soy, aunque al parecer soy la única —intenté sonreírle, pero no fui capaz—. Desde que os fuisteis no he sabido nada de ninguno de vosotros. Pero, mírate, Nolan, estás… No pareces el mismo.

Supe que no lo era.

Cuando despertó aquel día había cambiado, pero ahora… no había ni punto de comparación. El vínculo le había marcado cada músculo del cuerpo, incluso algunos que antes no podían percibirse y que en tan solo algunas semanas habían ganado fuerza.

—¿Cómo que desde que os fuisteis? ¿Quién más se ha vinculado aparte de Calen? —preguntó, claramente desinformado.

El fuego de Dalton me proporcionaba un calor reconfortante que hacía erizarse mi piel. A pesar del frío que me penetraba hasta los huesos, Nolan permanecía inmutable en su grueso uniforme, evidenciando su condición inmortal.

—Todos se han vinculado. Elandra, Adriel y Liral fueron enviados a la cordillera de Arcadia, mientras que a Calen lo destinaron aquí hace tres días. Los jinetes del escuadrón asignado a cada uno los recogieron al primer signo de fiebre. —Eché un vistazo detrás de su hombro en busca de Calen, pero no encontré señal de él—. ¿Y Calen? ¿No está entrenando contigo?

Los jinetes que antes habían dirigido su mirada hacia nosotros ahora parecía como si no prestasen atención, pero yo sabía muy bien que escuchaban con atención.

—Calen sigue recuperándose en la cama. Sé que la capitana Misso lo trajo aquí hace unos días, pero no tengo más información al respecto. —Asentí, intentando no preocuparme demasiado. Después de todo, Nolan había pasado más de una semana en cama durante su propia recuperación—. Pero, Eda…, esto es peligroso para ti —susurró.

—Pues parece ser que he venido para quedarme.



38

Eda

En el corazón de la montaña, un palacio de hielo se desplegaba ante mis ojos, un reino donde el frío dominaba. Las paredes heladas, entrelazadas con vetas de roca, se alzaban hacia el techo, formando una catedral natural de cristal.

Tras nuestro breve encuentro con mi hermano y los jinetes, el emperador y yo volvimos al lomo de Long y nos elevamos hacia el palacio incrustado en la cima de la montaña más alta de la cordillera. El comandante Kaiden, montado en la mantícora, nos escoltó.

Long y la mantícora aterrizaron en un espacioso comedor sostenido por columnas que parecían tocar el cielo. La idea de acercarme demasiado al borde y resbalar me hacía estremecer; la caída desde esa altura sería tan mortal y espantosa que de mi uniforme no quedaría ni rastro.

El salón era tan grande que podría albergar a cientos de personas sin sentirse en lo más mínimo abarrotado.

Al final de la sala, veía una apertura que parecía dar a un impresionante abismo central. El palacio de hielo y piedra estaba construido en círculos concéntricos, encerrando ese vacío en su núcleo. Di unos pasos hacia allí, me asomé con cautela a las barandillas de hielo y miré hacia arriba.

Jamás había experimentado un frío tan intenso como el que permeaba aquella fortaleza. Allí, el gélido ambiente superaba incluso al exterior, y la sola idea de tener que pasar la noche en aquel lugar hacía que se me helara aún más la sangre de lo que ya estaba.

No había notado cuánto me había alejado, hasta que al girarme, vi que, aunque Dalton conversaba con el comandante, su mirada se posaba en mí, siguiendo cada paso que daba.

Si iba a tratarme así todo el día, como si fuera una muñeca frágil y débil, al final sería yo quien acabaría volviéndose loca. Simplemente, yo no era de las que se quedaban quietas.

Entonces, de las sombras que se proyectaban entre los pilares, surgió una figura, con paso pausado y seguro, envuelto en una capucha que le otorgaba un aire casi monástico. El hombre avanzó hacia mí sin pronunciar palabra y, al acercarse, se inclinó ante mí.

«Tal vez se inclina ante todos».

Dalton intervino y se colocó a mi lado para presentarme al anciano.

—Eda, Faelan es el regente de la Fortaleza de la Cumbre de Hielo.

En ese momento comprendí que no estábamos en un palacio, sino en una fortaleza.

—Encantada —le respondí con una sonrisa cortés.

—Su Alteza Imperial. —Faelan se volvió hacia el emperador. Aunque su rostro permanecía bajo la capucha, su estatura baja y su postura encorvada sugerían una avanzada edad.

—Veo que viene acompañado. ¿En qué puedo ser de ayuda? ¿Llevo a la señorita Eda a uno de los aposentos?

—La señorita Eda y yo no pasaremos la noche en la fortaleza. —Dalton contestó de manera concisa, lo que provocó que girara mi mirada hacia él con cierta inquietud.

La idea de no pasar la noche allí me llenó de preguntas. ¿A dónde iríamos ahora, cuando el frío diurno ya era casi insoportable? No podía imaginar cuán helado sería el aire en medio de la noche en Novadia. Solo pensar en emprender el vuelo bajo esas condiciones frígidas me daba más escalofríos de los que ya recorrían mi espina dorsal.

—Entiendo, Alteza. Permanecer aquí con los jinetes podría entrañar riesgos. —El hombre me examinó detenidamente de pies a cabeza—. Como puedo observar, la señorita Eda aún no se ha vinculado, sigue siendo mortal —comentó Faelan curioso.

«Sigue siendo mortal».

La percepción de vulnerabilidad que los demás tenían hacia mí me resultaba extraña, sobre todo considerando que todos ellos, en algún momento antes de su vinculación, habían sido como yo.

Tanto mi hermano como el emperador y muchos otros parecían compartir aquella visión. Pero no lograba entender la razón detrás de esa actitud, en especial cuando el ejército imperial, compuesto también por mortales, convivía en armonía con los jinetes en la misma ciudad.

—¿Cómo está el recluta, Faelan? ¿Le ha bajado la fiebre o sigue igual que ayer? —inquirió el comandante Kaiden detrás de mí.

Me giré hacia él, harta de no saber qué pasaba allí.

—¿Calen está aquí? Necesito verlo —Mi atención volvió al hombre encapuchado—. Por favor, señor, ¿podría indicarme dónde está?

Faelan lanzó una mirada hacia el emperador, quien soltó un leve resoplido, con los brazos cruzados antes de hablar.

—Yo la acompañaré a ver al recluta. No confío en dejarla sola por aquí y mucho menos con él. Agradezco la bienvenida, Faelan. Puedes retirarte.

El regente de la fortaleza se inclinó respetuosamente antes de desvanecerse entre las sombras, casi como si fuera una ilusión.

—Voy a llevarla a ver al chico, Alexander. —Así que ese era el nombre del comandante Kaiden—. Hablaremos más tarde sobre todo esto —le indicó Dalton, iniciando una marcha firme hacia el interior.

«¿De todo esto? ¿Se refiere a la razón por la que hemos venido hasta aquí?».

Antes de seguirlo, me giré para lanzar una última mirada a Kaiden. Él apretó los labios, y en su mirada percibí un mensaje claro: «Buena suerte». Y vaya si la iba a necesitar, considerando el humor de perros con el que Dalton se había levantado ese día.

En Novadia todo parecía diferente, el trato entre las personas y su comportamiento distaban mucho de la cordialidad en palacio.

Caminamos por el pasillo helado, que tenía una forma redonda y parecía extenderse al infinito en todas direcciones. Bajamos por unas escaleras de hielo en espiral, sintiendo con cada paso el frío que emanaba del suelo, como si la misma montaña nos abrazara con su frialdad. Yo seguía sus pasos mientras observaba cada detalle.

Por fin, llegamos a una puerta que se distinguía del resto por su fabricación en piedra sólida. Dalton la abrió sin esfuerzo, revelando una habitación cálida que contrastaba drásticamente con los gélidos pasillos. Allí, en el centro, Calen reposaba en una cama, con un montón de mantas encima de él.

La calidez de la habitación era reconfortante, y el suave resplandor de una chimenea encendida iluminaba el rostro pálido y cansado de Calen, que respiraba lentamente bajo la protección de las mantas.

Justo antes de adentrarme, Dalton me envolvió de nuevo en su característico círculo de llamas negras.

—Te dejaré a solas. Tienes diez minutos, no planeo pasar todo el día aquí —ladró con su evidente irritación habitual—. Si avanzas, el círculo de llamas seguirá tus pasos y te mantendrá segura dentro. No dejes que te toque; podría ser peligroso.

Asentí y cerró la puerta tras de sí, dejándome a solas en la habitación con Calen, que aún parecía sumido en un profundo sueño.

—Calen —susurré, pero no obtuve respuesta. Con un poco más de fuerza, lo llamé de nuevo—: ¡Calen!

Al oír su nombre, su cabeza se giró en mi dirección, y una sonrisa iluminó su rostro cansado.

—¿Me echabas de menos hasta el punto de tener que venir a verme? —pronunció con una voz fatigada, casi un susurro.

No pude evitar reír ante su comentario. Luego, su mirada se desvió hacia las llamas negras que me rodeaban.

—Parece que será habitual que estas llamas me acompañen al estar cerca de alguno de vosotros. —Me encogí de hombros.

—Son las mismas que nos rodearon aquel día en el valle Espejo, cuando Nolan completó su vinculación. Sus poderes no podían atravesarlas —comentó Calen, y supe que mi expresión reflejaba la comprensión de que era un peligro para mí, y por eso necesitaba aquel poder para protegerme. Calen intentó incorporarse con dificultad. Quise ayudarlo, pero el círculo de fuego me lo impidió—. Esto es como una tortura. Solo quiero que la fiebre y los vómitos acaben. Necesito levantarme de esta cama.

Pese a que no era tan fría como el exterior, los dientes me castañeaban.

—No entiendo cómo puedes estar aquí sin morir congelado.

Él se movió entre las mantas.

—En este momento, el frío se agradece. No quiero ni pensar en cómo lo estarán pasando esos tres en la cordillera de Arcadia. Allí debe de hacer un calor insoportable.

Tenía razón. El clima allí era lo opuesto. Como había explicado la capitana, el territorio era más desértico que verde.

—Supongo que ellos pensarán lo mismo de vosotros —comenté, encogiéndome mientras tiritaba—. ¿Has notado algún cambio en ti? ¿Algún poder debido a la vinculación? ¿Sabes? Nolan no manifestó los suyos hasta que no montó en la mantícora, pero tras lo ocurrido con Elandra…

—Hasta ahora no he percibido ninguna alteración en mí —respondió, y no pude evitar fijarme en su piel pálida y el pelo dorado y largo adherido a la frente por el sudor—. Y de Liral, ¿has tenido noticias?

—Estoy tan desinformada como tú.

Con una expresión de frustración, chasqueó la lengua.

—¿Y Nolan? ¿Has llegado a verlo?

—Sí, lo encontré en…, bueno, no sé exactamente cómo se llama ese sitio, pero estaba entrenando con las mantícoras. Fue él quien me informó de que aún no te habías recuperado por completo. Tenía conocimiento de que la capitana Misso te había traído aquí hace tres días, pero no sabía nada más de ti —le respondí, apretando los labios en una línea fina. Mis dedos repiqueteaban en mis pantalones de cuero grueso, tal vez por el nerviosismo de la situación o por el frío que se filtraba en la habitación.

—¿Y qué tal en palacio? ¿Has continuado entrenando? —preguntó Calen, en un intento por sonar casual, aunque sus ojos delataban su preocupación.

—Apenas. He estado más ocupada intentando mantenerme cuerda con toda la soledad —admití con una sonrisa triste—. Sin vosotros, el palacio se siente enorme y vacío. Dalton me ha permitido trabajar en la biblioteca, pero no es lo mismo. Aún siento que me falta algo… o, mejor dicho, alguien.

No quería contarle que, en ausencia de todos, había paseado por la ciudad, mientras ellos estaban… allí.

Calen volvió a intentar incorporarse, pero hizo un gesto de dolor.

—Será mejor que te quedes como estás —le dije mientras miraba alrededor y posaba mis ojos en la mesita de noche, donde había un vaso de agua casi congelada—. ¿En serio te bebes el agua helada?

—¿Qué esperas en un sitio así? Es extraño que no se me congelen las pestañas cuando lloro del dolor —rio por lo bajo.

—Voy a buscar algo más caliente—dije, dispuesta a aliviar su incomodidad.

—No te preocupes, estoy acostumbrado. Además, tu visita ya me ha calentado el alma un poco —respondió con una sonrisa débil pero sincera.

—Bueno, no podrás calentar el agua como seguramente lo hará Elandra, pero tal vez con la vinculación con el hipogrifo puedas distorsionar lo que ves. Puedes imaginarte que es un buen vino —dije, tratando de inyectar algo de humor a la situación.

—Oh, si ese poder es real, juro por todos los dioses que me visualizaré durmiendo todas las noches… —Sonrió—. Mmm, déjame pensar.

Incliné la cabeza con los brazos cruzados.

—Sorpréndeme, a ver.

Calen empezó a reírse.

—Siempre me ha gustado la montaña. Creo que me imaginaría todas las noches durmiendo en una hamaca colgada entre dos árboles, balanceándome de lado a lado mientras contemplo las estrellas. —Me miró con una expresión soñadora—. Eso es lo que quiero imaginarme.

Sonreí compartiendo su fantasía.

—Me parece la mejor forma de dormir. Mucho mejor que aquí. —Volví a observar la habitación fría y austera—. Aquí no hay estrellas, ni árboles, solo frío y más frío.

Hubo un silencio, y se quedó mirándome como lo hacían todos allí.

—¿Y respecto a tu vinculación? ¿Hay alguna novedad?

Sacudí la cabeza.

Se te acaba el tiempo, querida, habló la voz de Dalton en mi consciencia.

Decidí ignorarla.

—Estaré por aquí, no estoy segura de cuánto tiempo. Pero si me quedo algunos días más, pasaré a verte de nuevo —le prometí.

Aunque desconocía los planes de Dalton, dudaba que fuéramos a dejar Novadia pronto.

—Creo que no preguntaré qué haces aquí —dijo, mirando el fuego que me rodeaba—. Pero, por favor, no mueras, ¿vale? Quiero que me veas vinculado y montando en ese jodido hipogrifo.

Me dirigí hacia la puerta, el fuego rodeándome como un escudo protector.

—Adiós, Calen. Pronto nos veremos —dije al tiempo que le lanzaba una última sonrisa antes de cerrar la puerta.

Al salir de la habitación, encontré a Dalton apoyado en la barandilla de hielo, observando el oscuro abismo mientras inspeccionaba sus uñas con indiferencia. Era evidente que había escuchado nuestra conversación sin pretenderlo.

—¿Dónde vamos a pasar la noche? —pregunté intentando mantener la calma.

—La Fortaleza de la Cumbre de Hielo sirve de hogar para los jinetes más noveles, como tu hermano y el otro recluta. Tal y como has notado —bajó la mirada a su fuego, que desapareció—, tu presencia aquí requiere estar constantemente circundada por un anillo de fuego para tu protección. Además, el frío de Novadia no muestra clemencia; pasar una noche aquí para ti sería equivalente a una sentencia de muerte.

—No volveremos volando al palacio, ¿verdad? —Antes prefería morir.

—No, no volveremos volando al palacio. —Dalton se giró para mirarme, su expresión era una mezcla de seriedad e ironía—. Las

viviendas en la ciudad están diseñadas teniendo en mente a los mortales; allí es donde viven los soldados imperiales. Tengo una pequeña residencia en la ciudad; no es particularmente lujosa ni grande, pero dispone de suficiente espacio para los dos.



39

Eda

Al parecer allí las personas se desplazaban montadas en criaturas, una alternativa más práctica que caminar por la nieve, lo que explicaba por qué las mantícoras y los hipogrifos prosperaban en aquel clima gélido. No todos los jinetes entrenaban constantemente; parecía que ellos y sus criaturas también tenían sus quehaceres diarios, lo cual, por alguna razón, me hacía gracia.

Aquella ciudad era tan diferente de Pramvera.

Allí, las criaturas aladas sobrevolaban en armonía; era un lugar donde jinetes y soldados imperiales coexistían, una convivencia que se tejía en el día a día de esa fría urbe.

Aterrizamos por segunda vez en el día. Bajar y subir de Long ya no me resultaba tan complicado, aunque todavía requería asistencia para hacerlo. Dalton me facilitó el descenso, sujetándome con cuidado por la cintura antes de posarme en el suelo.

Nos encontrábamos próximos a un conglomerado de casas de madera, todas ellas revestidas por un manto de nieve prístina. Avanzamos a través de las calzadas de piedra, las cuales daban la impresión de ser despejadas de nieve con esmero cada día. Dalton caminaba a mi lado con las manos hundidas en los bolsillos, su cabello negro espolvoreado con diminutas partículas de nieve.

La imagen del hombre rodeado de flores que había sido el día anterior parecía disiparse y en su lugar solo quedaban la sombra y la solemnidad que lo envolvían en ese momento.

Nos detuvimos frente a una acogedora casa de madera, cuya puerta, sin esperarlo, ya estaba entreabierta. Al empujarla, un cálido abrazo emanó del interior, cortesía de una chimenea diligentemente alimentada, como si alguien hubiera anticipado nuestra llegada y hubiese decidido brindarnos un refugio cálido contra el mordaz frío exterior.

La estancia no era muy espaciosa; el salón y la cocina compartían una única área de convivencia.

Aquel espacio me traía recuerdos de mi infancia y evocaba la calidez de la granja en la que crecí, un lugar desprovisto de lujos pero rebosante de confort y familiaridad. La sencillez del lugar contrastaba con la magnificencia palaciega a la que me había acostumbrado y me recordaba que, a veces, la verdadera calidez reside en la simplicidad de un hogar.

—Nuestras habitaciones están en el piso superior, junto con el baño —dijo Dalton, que se dirigió hacia unos cubos llenos de agua situados junto a la puerta y levantó uno en cada mano para subirlos arriba.

Nuestras habitaciones. La idea de compartir una casa tan pequeña con Dalton, donde podría oír todo y estar tan cerca de él, me resultaba extraña. Habíamos convivido en los últimos meses, pero aquello era diferente.

—Me encargaré de calentarte el agua antes de salir a por provisiones para los próximos días.

«Próximos días».

No lograba descifrar a aquel hombre; era el ser más enigmático que había encontrado. Su capacidad para cambiar de faceta en un abrir y cerrar de ojos resultaba muy desconcertante.

—Usaré solo un cubo para darme un baño rápido.

—Usa los dos, no me supone un problema que hayas utilizado el agua antes que yo. No te puedes ni imaginar las aguas en las que he tenido que bañarme —dijo caminando hacia las escaleras que estaban al lado de la pequeña cocina—. Ser emperador no me exime de la guerra, y la guerra no permite lujos.

—Ah, claro, supongo que las aguas termales y los baños de leche no siempre están disponibles en el campo de batalla —repliqué con una ceja levantada mientras lo seguía.

—Exacto —respondió sin girarse—. A veces, uno debe conformarse con un río helado o un charco de barro.

Su tono era tan despreocupado que no sabía cómo reaccionar.

—¿Cómo vas a calentar el agua? —pregunté tratando de mantener la compostura.

Se giró sobre su hombro mientras subía por las escaleras y hacía que el fuego negro de su espalda vibrara.

—Bien, perdóname, olvidaba que tú eres el fuego. —Me sentí un tanto tonta por mi pregunta. La capacidad de Dalton para utilizar su

fuego negro en cualquier situación seguía sorprendiéndome.

Me quedé en la planta baja mientras observaba cómo ascendía con los cubos de agua. Suponía que solo compartiríamos las noches; por las mañanas, él probablemente volvería a la fortaleza o se pavonearía sobre su dragón, sobrevolando a los soldados mortales para sobrecogerlos solo con la proyección de su sombra.

Al cabo de unos minutos, Dalton se marchó, y aproveché para sumergirme en el agua caliente, algo que ansiaba hacer.

Cuando terminé, me dirigí con rapidez a una habitación, esperando evitar así el encuentro con Dalton en caso de que hubiera vuelto a la cabaña. Por suerte, parecía haber escogido la puerta correcta: un pequeño y acogedor espacio con una cama y una ventana me esperaba con ropa limpia, incluida la interior. No iba a hacer preguntas.

No supe cuánto tiempo estuve sentada sobre la mullida cama, mirando a través de la ventana cubierta de nieve. Observaba a los soldados, tanto hombres como mujeres, yendo y viniendo, mientras los niños jugaban y se deslizaban con sus pies sobre el enorme lago congelado en el centro. Aquello era el verdadero invierno. Pero todos parecían felices.

Al cabo de un rato, decidí descender a la planta baja. El aroma de la comida me invadió los sentidos y abrió mi apetito, a pesar de que no era exactamente la hora de comer, sino más bien cercana a la cena, aunque el sol aún no se había ocultado. Al llegar abajo, lo que vi fue inesperado: el emperador de Pramvera estaba cocinado.

—No tenía idea de que los emperadores cocinaran —comenté acercándome mientras él cortaba algunas cebollas y zanahorias.

—Hay mucho que no sabes sobre los emperadores entonces —replicó sin apartar la mirada del cuchillo. Luego, con un gesto teatral, apuntó con el cuchillo en mi dirección antes de hacerlo girar con habilidad en su mano—. Cuando sabes cómo apuñalar a alguien, cortar cebollas resulta bastante sencillo.

—Tu humor de asesino ya no me sorprende. No te tengo ningún miedo, Dalton Basilius.

Y era verdad, no después del día anterior, de comprobar cómo su propia gente lo veía, cómo lo adoraban, cómo tiraban pétalos a su paso. Ya no le tenía miedo.

—Es bueno saberlo —respondió esbozando una sonrisa—, pero deberías mantener cierta precaución con todos. Cualquiera podría apuñalarte por la espalda, incluso alguien que cocina tan bien como yo —mencionó, bajando la mirada para continuar con la cebolla.

Mientras él cocinaba, extraje de mi mochila dos libros y un lápiz. Los coloqué sobre la mesa y los abrí.

—¿Qué demonios has traído? —inquirió sin apartar la mirada de los libros.

Sin levantar la vista, respondí:

—Como te dije, mi intención era trabajar en la biblioteca del palacio. Aunque haya salido unos días, sigo comprometida con trabajar a distancia. —Levanté el libro más grueso y se lo mostré—. ¿Pensabas que lo dejaría en la biblioteca? Contiene información crucial y necesaria para saber más sobre mí.

Observé cómo ladeaba la cabeza y se humedecía los labios mientras ese rebelde mechón negro caía sobre su frente, capturando mi atención una vez más.

—Así que has accedido a la biblioteca sin mi permiso y has cogido el diario de la emperatriz Kaiserin —dedujo.

—Bueno, no sabía cuándo regresaríamos. Necesito más información sobre el fénix, sobre su historia, sobre… ella, dado que tú pareces reacio a compartir todo lo que sabes —repliqué desafiante—. Es típico en ti tirar la piedra y esconder la mano.

—Adelante, puedes hacer lo que te plazca, la cena aún tardará en estar lista —dijo mientras echaba las cebollas y las zanahorias cortadas en un cazo sobre el fuego.

No era su fuego.

—Vaya, así que no siempre utilizas tus poderes. —Me removí en la silla de madera que estaba justo frente a él—. ¿Acaso si tocas el fuego común puedes quemarte?

Él se giró después de tapar la cazuela.

—¿Acaso quieres saber si puedes quemarme vivo, señorita Eda?

—Está dentro de mis planes.

—Pues siento decirte que no. Si piensas un poco mejor, el fuego para cualquier inmortal y jinete no es más que luz y —señaló la cazuela con el cuchillo que llevaba en la mano— una herramienta para cocinar. No sentimos nada al tocarlo, absolutamente nada. —Apoyó un brazo en la encimera—. ¿He resuelto tu duda?

Bufé.

—Así que solo la llama idealis puede causar un poco de tormento entre los inmortales, ¿no?

—Solo un poco. —Apretó la encimera con sus manos, y ese mechón… ese mechón…

—¿Alguien alguna vez te ha dicho lo imbécil que eres?

—Nadie, pero admito que disfruto cuando tú me lo dices. Algo en la forma en que articulas los insultos no parece encajar; casi como si las palabrotas no estuvieran hechas para ti. —Con paso tranquilo y sosteniendo aún el cuchillo, se acercó a mí.

—¿Por qué no lo dejas en la cocina?

—Oh, así que el cuchillo te intimida, pero no te preocupa que tenga siete dagas escondidas por todo mi cuerpo. Interesante. —Tras una breve pausa, añadió—: Continúa con tus tareas de bibliotecaria perturbada. Yo me encargaré de acabar de hacer la cena. —Acto seguido, se volvió hacia la cocina.

Me concentré en leer y copiar lo escrito en el diario en otra hoja con buena letra, cuidando de no cometer errores. Dalton subió a bañarse mientras el caldo se cocinaba, y yo me sumergí en el diario.

Las palabras de Kaiserin eran un reflejo de sus pensamientos y sentimientos, y me esforzaba por entender cada matiz de su historia. Cada frase parecía llevarme más profundamente a su mundo, a su vínculo con el fénix. Pero esa vez me encontré algo diferente.

> Aquella noche de verano, nos casamos en Aurik, en la preciosa cordillera donde parecía que toda la magia nacía de la tierra misma. El aire siempre estaba lleno de una energía que hacía que cada aliento se sintiera como un hechizo.
>
> Pero él era el verdadero hechizo. Había conseguido llenarme el corazón, y sabía que el mundo estaba en guerra porque habíamos elegido este amor. Él me había escogido, consciente de que su imperio y su gente estarían en peligro de por vida. Sabía que la oscuridad volvería a intentar llevarme al lugar donde me entrenaron para ser una villana. Pero ni él ni yo estábamos dispuestos a que eso sucediera.

> Tendrían que pasar sobre mi cadáver para destruir esta nueva vida que había elegido, estas ciudades, su gente, esta familia que habíamos formado. Estaba dispuesta a luchar con cada fibra de mi ser para proteger lo que habíamos construido juntos.
>
> En esos instantes, comprendí que el verdadero dragón no era aquel que me dominaba con miedo, sino el que, con su ardor, me impulsaba a renacer. Porque era él quien me hacía resurgir de mis cenizas cada vez que algo dentro de mí parecía extinguirse.

Kaiserin hablaba de él, del emperador.

Dalton volvió a bajar las escaleras y levanté la vista, pero él fue directo a mover la sopa. Llevaba de nuevo el uniforme, con el cabello mojado goteando.

No miró ni una sola vez hacia donde yo estaba, pero, si lo hubiera hecho, podría haberme pillado observándolo con una media sonrisa. Como una tonta.

Algo dentro de mí cambió. Aunque, siendo sincera, ya lo había hecho semanas atrás. Pero ese día, en ese preciso momento, algo dentro de mí le sonrió por completo. No sabía por qué. Si era por haber estado todo el día de morros conmigo, usando esa ironía que me sacaba de quicio, o por haber volado sobre el imperio en un silencio absoluto. O quizá porque había leído aquel pequeño fragmento del diario de Kaiserin.

¿Qué sentía yo por Dalton? Aquello revoloteaba en mi mente, pero la verdadera pregunta era ¿qué sentía él por mí? No era ninguna tonta, no después de nuestro paseo en barca, de la forma en que me había tocado la mejilla, de cómo me había sorprendido regalándome aquel libro con aquella dedicatoria.

Ahí estaba el emperador y, aunque todo había sido raro con él, no podía negar que había algo más bajo esa coraza de autoridad y

poder que me atraía sin descanso. Me estaba haciendo la cena, me había llevado a esa cabaña porque sabía que en la fortaleza moriría de frío. En lugar de descansar cómodamente allí, con todos sus lujos, él había decidido quedarse ahí conmigo. Me había llenado la bañera y calentado el agua, detalles que hablaban de una preocupación genuina por mi bienestar.

Y todo eso lo había hecho por mí.

Mientras lo observaba moverse por la cocina, me di cuenta de que sus gestos, aunque a veces bruscos, también podían ser increíblemente considerados y atentos.

—Gracias, Dalton. Gracias por todo.

Al escuchar mi voz, se giró con el semblante relajado, mientras las gotas de agua aún seguían en su cabello.

Me miró, y cuando lo hizo fue de verdad.

—Yo, Eda…, lo siento. —Dio un paso hacia mí, y me quedé rígida en la silla—. No sé si mi balanza está bien, no sé si hago más cosas mal que bien y de verdad que lo siento.

—No hace falta que te disculpes.

Otro paso.

—Sí hace falta. Tú no tienes la culpa de que mi estado de ánimo cambie tan drásticamente. No te lo mereces —soltó en un mismo suspiro, como si fueran palabras que llevaban atascadas dentro de él mucho tiempo.

Negué con la cabeza.

—No, no me lo merezco, en eso llevas razón. Pero entiendo que no me des explicaciones, que no me cuentes qué pasó anoche ni por qué estás así ahora conmigo —dije sintiendo un nudo en la garganta —. Pero me duele que esas cosas que no me cuentas nos afecten de

esta forma, me duele que cambies así conmigo, no cuando sé realmente cómo eres.

—No sabes cómo soy realmente —dijo, pero no con voz seca y cortante, sino como si hubiera algo más detrás de todo.

—Intento conocerte, de verdad que lo intento cada día.

—¿Cómo vas a querer conocer a la persona que te arrancó de tu casa por el puro egoísmo de saber que eres poderosa para mí, para mi imperio? —Mi respiración se cortó con sus palabras—. ¿Cómo vas a querer conocer a una persona que hace ese tipo de cosas? —Se llevó la mano al pelo nervioso—. No actúo bien.

Me levanté de golpe y la silla chirrió cuando se arrastró por el suelo.

—Pues ayer vi que has hecho muchas cosas bien, esa gente… esa gente te mira como si fueras su salvador.

—No lo soy —me contradijo.

—Sí lo eres. Para ellos sí lo eres. Y eso es lo más importante en esta historia.

Dalton bajó la mirada, sus puños se apretaron a ambos lados de sus muslos.

Parecía debatirse entre lo que quería y lo que debía decir.

—Eso no quita el hecho de que haya arrastrado a este mundo a mortales asustados, y tú eras una de ellos hace apenas dos meses. —Su voz temblaba ligeramente—. Lo escuchaba en tu cabeza, lo veía en tus ojos.

Me acerqué a él y me detuve a solo unos pasos. Su pecho subía y bajaba con respiraciones profundas, tratando de mantener el control. Sus manos, que momentos antes estaban crispadas, ahora se relajaban poco a poco.

—Has hecho lo que has creído necesario para proteger a tu gente, para protegernos a todos. Si los reclutas somos el sacrificio para que el mundo sea mejor si el enemigo regresa…, entonces estaré orgullosa de que mi nombre se escriba en aquella carta. Todos y cada uno de nosotros lo estaremos. No podría soportar ver cómo… —Recordé aquella visión, la guerra de las Sombras Eternas—. Prefiero no volver a ver a mi padre y poder ayudar desde aquí, si es que al final sirvo de alguna ayuda en todo esto.

Su voz me sacó de mis pensamientos.

—Eres mucho más poderosa de lo que crees, aunque me da la impresión de que hay una parte de ti que ya lo sabe. —Dio otro paso hacia mí, acercándose más—. Lo sabías cuando viste la esfera de fuego azul por primera vez, cuando leíste tu nombre en la carta, en aquel baile y, sobre todo, lo supiste cuando, siendo completamente mortal, ese fuego azul surgió de ti.

Me quedé callada, casi inmóvil.

—Dime, ¿qué estás pensando? —Habló de nuevo y vi cómo su mano se levantaba levemente, quizá para tocarse el pelo o tal vez para tocarme a mí, pero luego la volvió a bajar.

—¿Cómo sabías que era poderosa, Dalton? ¿Cómo podías saberlo mucho antes de que yo lo supiera? —le pregunté por fin.

Y entonces fue él quien se quedó inmóvil, paralizado.

—Porque las llamas se atraen, se buscan como si fueran la otra parte que les falta. Y lo siento, lo siento cada día. Siento que cuando estoy cerca de ti, mi llama interior vibra, se agita. Por eso, cuando me aproximo a ti, la tuya, oculta en ese cuerpo mortal, quiere emerger, quiere hacerse presente, quiere hablarle a la mía. Es como si nuestras esencias se reconocieran, se llamaran mutuamente.

Él me sintió, me sintió mucho antes de que yo supiera dónde me metía, y seguramente mucho antes de aquella primera vez en el bosque…

—¿Qué hacías en el lago aquel día? Porque dudo mucho que estuvieras dando un paseo por ahí por casualidad. —Crucé mis brazos sobre mi pecho y lo miré fijamente.

—Creo que con lo que acabo de contarte puedes atar cabos tú solita.

—Y lo estoy haciendo.

—Entonces te pregunto yo a ti —dio otro paso hacia delante hasta quedar tan cerca que podía oler su aroma—, ¿qué crees que hacía aquel día en ese lago tan próximo a tu casa?

Podía sentir su respiración, su pecho subiendo y bajando con cada inhalación.

—Buscabas aquello que te llamaba, aquello que te atraía.

—¿Y qué era lo que buscaba? Dímelo, Eda —ronroneó, sus ojos verdosos posándose en mis labios por un breve segundo, un instante que casi me derritió.

Tragué saliva, sintiendo su proximidad, a tan solo unos centímetros de mí.

—A mí…, me buscabas a mí, Dalton.

—Y te encontré. —Soltó una risa baja, pero no se movió—. Aunque fuiste tú la que me encontró aquel día, mojada y embarrada, con esa trenza que te goteaba. Tal vez no solo yo lo sentía, tal vez no solo estabas buscando a una yegua, sino también a un demonio.

Una sonrisa se dibujó en mis labios.

—Tal vez.

Otra vez ese silencio agonizante entre nosotros, pesado y sofocante, solo interrumpido por el bullir del caldo en la olla.

—Será mejor que cenemos; necesitaremos energía para el entrenamiento de mañana —dijo, y apartó su mirada de la mía y volvió a la cocina. Sentí un pequeño vacío al perder su atención.

—¿Entrenamiento? —pregunté algo sorprendida.

—¿Creías que había terminado? Mañana madrugaremos y volaremos hasta un lugar alejado de la ciudad. Allí volveré a provocarte, haré que esa rabia dentro de ti resurja hasta que el fuego azul salga de nuevo, pero esta vez quiero que lo quemes todo.



40

Eda

Durante cuatro días, el frío y el cansancio me habían dominado, marcando cada amanecer con la misma rutina exhaustiva. Me levantaba temprano, y empezaba por equiparme con todas las armas habidas y por haber, hasta transformarme en un verdadero arsenal ambulante.

Cada parte de mi cuerpo estaba meticulosamente cubierta con dagas, escondidas en arneses diseñados para ser tan letales como discretos.

Entrenábamos en un campo nevado lejos de la ciudad, cerca del bosque, con pausas solo para almorzar antes de continuar con la práctica hasta que el sol se ocultaba. Al anochecer, regresábamos a la casa. Dalton me dejaba allí y se marchaba para ocuparse de sus asuntos.

A menudo, cenaba en un solitario silencio, y muchas veces el agotamiento me vencía al punto de saltarme la comida. Mis ojos siempre se abrían cuando escuchaba el sonido de la puerta abrirse y los pasos de Dalton dirigirse hacia la habitación contigua a la mía, perturbando la quietud de la noche. No sabía a dónde iba cada madrugaba, pero tampoco se lo preguntaba, seguramente se estaba encargando del asunto que nos había traído hasta allí.

No había visto de nuevo a Nolan, y eso sí que me importaba. Sin embargo, sabía que podía cuidarse solo, y más ahora con su vínculo.

Después de insistirle durante dos días a Dalton sobre volver a ver a Calen, por fin volamos a la fortaleza y pude pasar unos minutos con él, siempre rodeada del anillo de fuego de Dalton. Calen seguía en el mismo estado, parecía que aún tardaría algunos días en completar su vinculación, pero al menos mi promesa de volver a verlo se había cumplido.

En cuanto a mi llama… No había logrado convocar ni una sola chispa de fuego.

A veces, sentía un calor burbujeante justo bajo mi piel, una sensación tan extraña y nueva que me desconcertaba por completo. Aún me asombraba recordar aquel día en que el fuego azul nos había envuelto antes de desvanecerse en la nada, pero ni el emperador ni yo nos rendíamos y esperábamos que la llama azul surgiera de mí.

Aquel día, Dalton y yo llevábamos un par de horas entrenando y mis músculos se quejaban con cada movimiento. El dolor se alojaba en mis hombros tras los esfuerzos por desarmarlo. A nuestro alrededor, sobre el manto blanco de la nieve, yacían dispersas las

dagas de las que él, con paciencia y destreza, me había ido despojando durante el combate.

Al iniciar nuestro entrenamiento, me envolvía una capa negra, pero por el fragor del entrenamiento, terminé olvidando dónde la había dejado.

Comenzamos cerca de un frondoso bosque, lo bastante distante de los árboles como para tener espacio de maniobra, pero gradualmente la lucha nos había llevado a movernos entre los mismos árboles, enfrentándonos espada contra espada. La nieve amortiguaba mi caída cada vez que el emperador lograba desarmarme.

Me había vuelto a caer por enésima vez y ahora, desde el frío manto de nieve, observaba cómo Dalton se acercaba con su espada de obsidiana en la mano. Su silueta se recortaba contra el fuego que ardía en su espalda y creaba una imagen imponente y casi irreal.

—Llevamos aquí una eternidad y aún no has conseguido desarmarme ni una sola vez. Eres patética, señorita Eda. Muy patética. —Su voz era un filo más afilado que su espada, diseñado para cortar mi paciencia.

—¿Qué me has llamado? —exclamé, mi mirada destilando furia.

—Patética. ¿Necesitas que te lo repita?

—Eres un miserable.

—Eso es lo que quiero ver, esa furia. Enfádate, intenta asesinarme, haz lo que sea necesario para liberar ese poder que sé que llevas dentro. Si no, me veré obligado a partirte en dos con mi espada solo para comprobar si realmente hay fuego en tu interior. —Sonrió con provocación.

Llevábamos con aquel humor de perros todos los días. Al final, solo estaba buscando provocarme en un intento por encender mi rabia cada segundo del día.

—La que te va a partir en dos voy a ser yo. A ver si por dentro eres tan oscuro como por fuera.

—Adelante, estoy esperando.

Mis labios se juntaron en una línea delgada, el ceño fruncido.

Nos hallábamos en un constante vaivén, como a lomos de un dragón, ascendiendo a los picos más altos en un momento y desplomándonos al siguiente. Había veces en que deseaba silenciarlo para siempre, para que dejara de pronunciar cada palabra desafiante, y otras en las que anhelaba que su boca parara de hablar para dedicarse a labores mucho más interesantes.

—La nieve hace que se me hundan los pies; es imposible luchar así y moverse con agilidad.

—A esos muertos vivientes que quieren arrancarte la piel a tiras no les importará si estás en la nieve, en el hielo, en agua o en arena. Así que levántate y lucha.

Obedecí empuñando la espada, y Dalton hizo lo mismo.

Los choques de nuestras armas resonaban en el aire frío, una y otra vez.

—¡No! Así no. Debes anticiparte, no solo reaccionar. Observa mi mirada, mi posición. La batalla comienza mucho antes del primer golpe.

—Lo hago.

Intenté seguir su consejo, observando sus ojos, su postura para prever sus movimientos. Pero él era un maestro del engaño, siempre un paso por delante.

—Mejora tu postura —continuó, mientras nuestras espadas se encontraban con un estruendo—. Eres demasiado predecible. Y nunca, nunca pierdas de vista a tu oponente.

Intenté ajustar mi posición mientras me movía con más cautela, tratando de ser menos obvia en mis intenciones.

—Si no fuera porque deseo volver a palacio y escapar de este frío, te habría asesinado anoche. Y créeme, cuando regresemos a la cabaña, más te vale cerrar tu habitación con llave, porque te juro que…

Pero entonces, con un movimiento preciso, Dalton me desarmó y mi espada voló lejos de nosotros. Con un empujón de su pie, me derribó al suelo. Y me volví a encontrar en la nieve, sintiendo el frío penetrante a través de mi uniforme.

—¿Qué vas a hacer en mi habitación? Eres una pervertida y una violenta. Pobre del hombre que acabe contigo en la cama; no sabrá si le vas a dar un beso o un puñetazo.

Empecé a arrastrarme hacia las dagas, que se encontraban dispersas por el suelo cerca de un árbol, mi respiración se aceleraba con cada movimiento. Podía sentir su mirada sobre mí, analizando cada uno de mis movimientos mientras intentaba recuperar alguna de mis armas.

—Eres un maldito imbécil.

—Esa boca tan sucia será tu ruina, ¿sabes? —respondió con una sonrisa torcida—. Y aun así, aquí estoy, aguantándote.

En un arrebato de frustración, extendí mi mano hacia una de las dagas enterradas en la nieve a mi lado y, con un movimiento rápido y furioso, la lancé hacia él.

Como esperaba, esquivó la daga con un movimiento fluido, sin inmutarse lo más mínimo. Insatisfecha, lancé otra, esa vez apuntando a su entrepierna, solo para ver su reacción.

Sabía que la esquivaría, pero quería desafiarlo, ver cómo reaccionaba ante un ataque tan directo.

—¿En serio, señorita Eda? ¿A la entrepierna? Mis amantes se sentirían bastante decepcionadas si, al bajarme los pantalones, no encontraran lo que siempre les hace gemir.

Mis ojos se abrieron como platos y sentí cómo mi sangre comenzaba a hervir bajo mi piel.

—Eso es lo que haces cuando te vas y vuelves de madrugada, ¿no?

—Tal vez.

La mera idea de que él tuviera amantes me pilló por sorpresa; nunca había considerado esa posibilidad. Y solo el pensamiento…

—Ah, Novadia y sus guerreras fogosas… —dije, tratando de sonar indiferente, aunque por dentro algo que no sabía identificar me carcomía.

—Exacto, las guerreras de Novadia tienen sangre caliente. No podría pedir mejor compañía para calentar las frías noches. Mucho frío, muchos gemidos…

—¿Seguro que esos gemidos no son fingidos? No te pongas tan arrogante, Alteza Imperial —repliqué desafiante, mientras seguía tendida sobre la nieve.

Su acercamiento continuaba, pero esa vez su mirada tenía la intensidad feroz de un depredador.

—¿Acaso te gustaría comprobarlo? ¿Tú también quieres retorcerte de placer? Pero, cuidado, señorita Eda, no sea que termines

disfrutando demasiado. Por supuesto, podría hacerte un espacio en mi cama esta noche; ya sabes dónde está mi habitación. —Me guiñó un ojo.

Sentí cómo algo dentro de mí comenzaba a arder, una llama interna que se encendía y quemaba con intensidad.

Mi respiración se aceleró mientras él me observaba, consciente del fuego que crecía en mi interior.

—No me gustan los morenos; prefiero los rubios, pero gracias por la invitación a tu cama, emperador —respondí, tratando de mantener la calma mientras mi corazón latía desbocado.

Dalton ladeó la cabeza, una sombra de sonrisa asomando en su rostro.

—Rubios como… ¿cómo se llama el otro recluta? —preguntó con una chispa de malicia en sus ojos verdes.

—¿Calen? Tal vez —respondí, esforzándome por mantener mi tono casual.

—Bueno, el sueño no fue con él, ¿no? Juraría que el hombre que estaba entre tus piernas, al que le enredabas tus dedos en el pelo, era moreno. ¿Me equivoco?

Apreté los dientes; no iba a permitirle verme débil.

—Ah, ese sueño…, no lo recuerdo muy bien —mentí mientras intentaba que mi voz sonara despreocupada.

—Yo sí lo recuerdo. ¿Quieres que te lo recuerde, señorita Eda? Resulta que tengo el mismo tono de pelo. Negro. Y, qué casualidad, también esos ojos verdes que tanto te hacen perder la cordura.

El mundo pareció desmoronarse bajo mis pies mientras la nieve crujía a mi alrededor. Por un momento, deseé simplemente

hundirme en su blanco abrazo y desaparecer. Pero no podía rendirme.

Levanté la cabeza desafiando el frío viento que azotaba mi rostro.

—¿Escuchaste mi sueño de esa noche? —inquirí con una voz que no reconocía como mía; sospechaba que sí lo había hecho, pero deseaba que me lo confirmara.

Se acercó un paso más, su mirada se hizo más intensa, como la de un cazador observando a su presa.

—Estás tan equivocada, querida. Ese sueño no era tuyo, sino mío.

Comencé a ver borroso, mis ojos se nublaron mientras seguía tumbada en la nieve, algo que en ese momento agradecí. Porque el embotamiento de mis sentidos me permitía mantener algo de dignidad. De no ser así, podría haberme desplomado de rodillas, completamente vulnerable.

Mi mente viajó de manera involuntaria hacia ese sueño, uno al que no me había permitido regresar hasta ahora.

Sacudí la cabeza.

—¿Qué?

—¿No lo pensaste esa noche, cuando te despertaste con las sábanas arrugadas en tus manos y un calor recorriéndote? ¿Cómo podías soñar algo así cuando ni siquiera te han besado antes? Era imposible que tu mente hubiera imaginado tales cosas. Que yo, Dalton Basilius, el emperador, metía mi cabeza entre tus piernas para lamer cada centímetro de tu cuerpo.

Mi corazón dejó de latir, la sangre dejó de fluir por mis venas y mi cerebro dejó de pensar. Todo dentro de mí se detuvo.

«¿Cómo lo sabe? ¿Cómo sabe que nunca he besado a nadie?».

—Querida, nada se me escapa, sobre todo si se trata de ti.

¿Lo había dicho en voz alta? Sacudí la cabeza intentando despejarla. Tragué saliva y me esforcé por mantener la compostura. No iba a permitir que me viera vulnerable; estaba decidida a hacerle frente en su propio juego.

—Así que estás pendiente de mi vida íntima, ¿no? Bueno, al menos ahora sé la verdad: que la pervertida aquí no soy yo. —Mi voz se endureció y pareció encender una chispa en su mirada—. Y, dime, ¿por qué ese sueño se detuvo? Podría haber seguido…, quizá entonces no te odiaría tanto.

Era muy consciente de que había desatado una tormenta con mis palabras. Sentí cómo algo dentro de mí se agitaba, semejante a una serpiente que se enroscaba y buscaba su camino hacia el exterior a través de cada hebra de mi cabello, bajo mis uñas, envolviéndome por completo.

Estaba lista, dispuesta a liberar todo aquello que mi ser guardaba.

—Porque quiero que, cuando gimas en mi oído, seas la Eda de carne y hueso, no una mera ilusión de mis sueños mientras estoy en mi cama, a la espera de que te deslices entre las sábanas junto a mí.

Sus palabras resonaron en mi interior, desencadenando algo inefable, similar a lo acontecido antes.

Las llamas azules emergieron de mí, fundiendo la nieve en su camino y creando un espectáculo de tonalidades celestes que arrasaban con la blancura a su paso.

Sin embargo, aquella vez, las llamas no nos envolvieron; en su lugar, tejieron líneas y círculos sobre la nieve, serpenteando entre los árboles sin dañarlos.

Me puse de pie de repente, sintiendo cómo mi energía se desvanecía, casi a punto de desplomarme. Mis ojos seguían el danzar de las llamas, que se extendían hacia la derecha y la izquierda en un baile frenético.

Justo cuando sentía que mis rodillas cederían ante el peso de mi cuerpo, Dalton Basilius me atrapó con solidez, evitando que me desmoronara en la nieve.

—¿Qué están dibujando? —inquirí aún en sus brazos.

Las llamas continuaban trazando líneas incandescentes en la nieve, y mis ojos se desplazaban intentando seguir su camino. A diferencia de lo que uno podría esperar, el fuego no se desataba en un estallido salvaje; más bien fluía de manera medida y controlada, como si una mano invisible lo dirigiera con precisión artística.

—Están dibujando un ave fénix.

Me quedé sin palabras.

Observé cómo, a cada lado de él, se formaban unas alas majestuosas mientras el fuego delineaba las plumas en una simulación casi perfecta de la criatura mítica. Era como si el dibujo de los libros que habíamos visto en la biblioteca cobrara vida.

—¿Cómo es posible que el fuego esté dibujando un fénix?

Mis piernas temblaban, recordándome aquella primera vez que el fuego azul brotó de mí, rodeándome y haciéndome cuestionar todo lo que sabía sobre mí misma. Pero en ese momento, al ver el fuego dibujar un fénix en la nieve, algo dentro de mí se encendía con una claridad que nunca antes había sentido.

La llama Kaiserin, así llamada en honor a la emperatriz, ardía inquebrantable, sin mostrar signos de apagarse. A diferencia de aquel primer encuentro, donde el fuego me envolvió para luego

extinguirse dejando un rastro de incógnitas, esa vez la llama permanecía intacta.

—Sus plumas parecen forjadas en llamas vivas, abarcando toda la gama de azules que se fusionan a lo largo de su plumaje. Sus alas, amplias, están siempre listas para abrazar los cielos y resurgir de sus propias cenizas. Sus ojos, testigos del eterno ciclo de vida y muerte, contienen la sabiduría de las eras. Y su vuelo está marcado por ese fuego azul que todo lo consume, ese que lo quemaría todo si tú se lo pidieras —repitió, como si lo escrito en un libro se hubiera quedado grabado en su memoria—. Es el reflejo de tu poder, Eda. Lo que llevas dentro se manifiesta en el mundo exterior a través de tu conexión con el fénix. Este fuego no es solo una llama ordinaria; es una extensión de tu ser, de tu esencia. La razón por la que toma la forma de un fénix es porque esa criatura vive en ti, es parte de ti.

«Parte de mí».

—¿Cómo sabías… cómo sabías que diciendo esas cosas se despertaría mi poder? ¿Cómo sabías lo que pasaría al decirme esas palabras?

Me giré hacia él y, en ese instante, nuestras caras quedaron tan próximas que el calor de su aliento rozaba mi piel, enviando escalofríos a través de mi ser.

No quería alejarme; algo dentro de mí ansiaba acortar aún más esa escasa distancia entre nosotros.

Sus manos, firmes y seguras en mi cintura, me sostenían con una fuerza que se sentía tan protectora como exigente. Un fino hilo eléctrico que conectaba cada mirada, cada respiración.

En ese momento, el mundo exterior se desvaneció.

—La rabia no iba a funcionar hoy, y no siempre lo hará. Tenía que intentar algo diferente. —Sus ojos volvieron a deslizarse hacia mis labios antes de encontrarse nuevamente con los míos—. En el diario de la emperatriz leí que cuando él la besaba, cuando él se metía entre sus piernas y se hundía ella, eso hacía que su poder surgiera de manera incontrolable. Tanto que él tenía que apagarlo con sus llamas negras para evitar que consumieran el palacio, la ciudad, todo el imperio.

Sus llamas negras, al igual que las de Dalton… Todo estaba conectado, absolutamente todo.

—Pero ¿cómo sabías que funcionaría conmigo? No soy la emperatriz, y tú… tú no eres él.

La fragilidad que había sentido en mis piernas momentos antes se había evaporado, pero una parte de mí anhelaba seguir siendo sostenida por él, permanecer en la seguridad de su abrazo.

Entre el resplandor azul de las llamas que dibujaban un fénix en la nieve y el suave murmullo del viento entre los árboles, este instante cobraba sentido, como si, a pesar del caos que habían desencadenado nuestras emociones y poderes, hubiéramos encontrado un oasis de calma.

—No somos ellos, eso es cierto. Pero el principio detrás del poder, el vínculo entre las emociones y la manifestación del mismo…, eso es universal. La rabia, el miedo, el amor, el deseo…, todas son puertas a nuestro poder más profundo.

—Entonces utilizaste… el deseo… a propósito. —Mi voz temblaba ligeramente. Sentí una exposición total ante él, una vulnerabilidad profunda, como si hubiera despojado cada capa de mi mente hasta desnudarme por completo.

Mis labios se entreabrieron sutilmente mientras su cuerpo duro se aproximaba más a mí. La llama que solía arder en su espalda se había extinguido, como si su atención estuviera del todo centrada en nosotros.

—No como una herramienta, sino como un catalizador. Era necesario sacarte de tu zona de confort, empujarte a un estado donde tus defensas cayeran, para que tu verdadero poder aflorara. —Su voz era apenas un susurro que tejía palabras en el aire frío.

—¿Lo que has dicho antes es verdad? ¿O solo lo dijiste para provocarme? —Mi palabras estaban teñidas de enfado y dolor.

«¿Acaso soy un experimento para él?».

Sus palabras me hicieron retroceder un paso, creando distancia entre nosotros. Fue un movimiento instintivo, como si mi cuerpo buscara protegerse. La tensión entre nosotros parecía estirarse hasta el límite. Su mirada seguía fija en mí, intentando atravesar las barreras que mi acción acababa de levantar. Sentí como si se hubiera abierto un vacío entre nosotros, lleno de palabras no dichas.

Sabía que el fuego azul que había salido de mí seguía ardiendo con la forma del dibujo de un fénix detrás de nosotros, pero en ese momento, eso no importaba.

—No te alejes de mí, por favor… —me suplicó.

El emperador de Pramvera me suplicó.

Sus manos, que antes estaban en mi cintura, subieron hasta mi rostro y me acariciaron las frías mejillas, tirando hacia él.

Mechones de su cabello negro, ahora adornados con nieve, enmarcaban su semblante. Estábamos rodeados de una suave caída de copos de nieve que se adherían a nuestros cuerpos, flotando

delicadamente en el espacio entre nuestros labios, como si intentaran unirnos.

—¿Qué es esto qué hay entre nosotros, Dalton? ¿Qué es lo que pasa? No consigo entenderte. Hay momentos en que creo percibir algo en tu mirada que me hace creer que existe algo más. Pero luego te conviertes otra vez en esa persona distante y oscura, oculta tras el fuego y las espadas.

Sus dedos, cálidos, dibujaban suaves círculos en mis mejillas, provocando que cada parte de mí anhelara eliminar la distancia que nos separaba. Sus ojos se clavaban en mí, tal vez perdidos en sus propios pensamientos, tal vez debatiéndose sobre qué decir.

Quizá estaba considerando negarlo todo, afirmar que aquella noche de paseo por la ciudad no había significado nada para él, que al regalarme aquel libro no sintió nada, o que cuando me dijo lo preciosa que estaba esa noche, en realidad, no lo sentía.

Y por fin habló.

—Leo cada pensamiento que hay en tu mente desde el día que te vi en aquel lago, tan mortal que me causaba temor acercarme. Escucho cada uno de tus pensamientos porque ni el más grueso muro de hielo puede silenciarlos para mí. Aunque esté en el otro extremo del palacio, capturo todo lo que piensas y no quería admitirlo para no cohibirte. Porque, sinceramente, me encanta escucharte.

Recobré mi aliento, como si el aire fresco llenara de nuevo mis pulmones y me liberara de una presión que ni siquiera sabía que estaba allí.

—¿Así que lo de construir un muro de hielo era solo una mentira? ¿Significa esto que has tenido acceso a todos mis pensamientos,

incluso a los que guardaba detrás él?

Asintió.

—El muro y las anclas son verdad, no te he mentido, pero tu cuerpo mortal aún no puede bloquearme tan fácilmente, sobre todo cuando me muero por saber qué piensas. Sé que no está bien, pero es una tortura escuchar lo que piensas de mí mientras te bañas, tus pensamientos sobre mis labios, mis ojos… Es una tortura no poder irrumpir en tu habitación cada noche y no hacerte mía.

—Dalton…

Me mordí el labio, él parecía a punto de desmayarse.

Y yo también.

La imagen de él bajo la nieve era tan hermosa que sabía que ese momento quedaría grabado en mi memoria para siempre.

Apoyé mi mejilla en su mano, buscando calor en su tacto.

—Me encanta cuando me miras directamente a los ojos y sonríes. Me haces sentir que todo está bien y que solo necesito eso, tu alma mirándome. —Acercó más sus labios a los míos—. Así que permíteme que sea el primero, permíteme ser tuyo —susurró antes de que su boca tocara la mía.



41

Eda

Nunca había ardido de deseo por nadie.

Nunca antes me había sentido tan deseada por un hombre, hasta ese momento.

Volvió a bajar sus manos lentamente, sus dedos trazando un camino de fuego hasta que rodearon mi cintura. Me atrajo hacia él, eliminando cualquier distancia entre nosotros.

La rigidez de su cuerpo contra el mío era inconfundible, como si estuviera tallado en piedra, cada músculo tensado.

Nos sumergimos en un beso suave y delicado, buscando la dulzura en cada roce, cada contacto pidiendo una conexión más profunda. Podía sentir el latido de su corazón contra mi pecho, un ritmo que se mezclaba con el mío.

Nunca había besado a nadie antes, desconocía la sensación, y él lo sabía, pero, a pesar de mi inexperiencia, mi cuerpo se movía al

unísono con el suyo, siguiendo un ritmo que hacía más profundo con cada segundo.

Gemí en su boca mientras mi lengua jugaba con la suya.

Sus manos, firmes en mi cintura, comenzaron a descender lentas, aproximándose al lugar que secretamente anhelaba que exploraran. Me presioné contra él con un ímpetu que lo desarmó. Lo sentí con claridad cuando su lengua se entrelazó con la mía mientras una pasión desbordante nos encendía.

Mis piernas comenzaron a perder fuerza, amenazando con ceder en cualquier momento.

El deseo me consumía, y cada toque suyo me hacía temblar.

Sentía que estaba al borde de un precipicio, a punto de desplomarme.

Y me daba igual.

Me daba completamente igual.

Me empujó hacia el árbol que había detrás de nosotros, manteniendo sus labios contra los míos, sin permitir que la distancia creciera entre nosotros. Nuestros cuerpos estaban tan cerca que podía sentir cada contorno del suyo presionando contra mí, mientras el tronco del árbol se clavaba en mi espalda.

Separó su boca de la mía con lentitud y un ligero titubeo, y de inmediato sentí un frío penetrante en los labios, como si me faltara el calor de su tacto.

—Estaba tan impaciente por enredar mis dedos en estos mechones blancos…, por sujetarlos con fuerza… —Y así lo hizo, elevó su mano hacia mi cabello y tiró de él con suavidad, obligándome a arquear la espalda y a inclinar mi cabeza hacia atrás.

Un gruñido involuntario escapó de mi garganta.

O tal vez de la suya.

—Por los dioses, qué boca tienes…

—Y no te puedes ni imaginar las cosas que voy a hacerte con ella.

Sus palabras precedieron a sus labios deslizándose por mi cuello, cada beso ardiente trazaba un camino de deseo. Sus manos abandonaron mi cabello y volvieron a enmarcar mi cintura.

El contacto de su piel me hacía sentir como un animal atrapado en el cepo más dulce y complaciente del mundo. Nuestros pechos subían y bajaban rápidamente en un intento frenético por recuperar el aliento.

Un grito ahogado escapó de mis labios cuando me levantó de la nieve, pero pronto enlacé mis piernas alrededor de su cadera para ajustarme a él en un acto instintivo. Y entonces lo sentí.

Sentí cómo se endureció contra mí.

—Ruego a los dioses para que me ayuden a memorizarte así y quiero que esta imagen se quede grabada en mi mente para toda la eternidad —murmuró él, sus labios curvándose en una sonrisa voraz, el gesto hambriento de un lobo.

Entonces fui yo quien se lanzó hacia sus labios, capturando su cara entre mis manos. La necesidad de sentirlo más cerca era abrumadora, como si cada partícula de mi ser buscara fundirse con él.

Su sabor…, sus labios… eran tan carnosos y suaves como los había imaginado, incluso mejor.

Parece mentira que nunca hayas tocado a un hombre. Me siento afortunado de ser el primero en sentir el tacto de tus manos, el roce de tus labios, de ser envuelto por tu cuerpo, gruñó en lo más profundo de mi mente.

Al escuchar su voz, mi cuerpo se desvaneció como si fuera hielo rozado por una llama, disolviéndose en una sensación de calor y debilidad.

Succioné su labio inferior mientras lo mordía con los dientes.

No estaba segura de si lo que hacía era correcto o si lo estaba haciendo bien, pero ese gesto pareció volverlo loco y respondió aplicando más presión con sus caderas contra las mías.

«Está duro…, es puro granito».

Me acerqué más a él, moviéndome sobre sus manos, que reposaban en mi culo, cada uno de sus dedos se clavaba en mi uniforme como si quisieran atravesarlo y llegar hasta mi piel.

Y deseaba que lo hiciera.

Mis manos se deslizaron sin dudar hacia su cabello y hundí los dedos en sus mechones negros, entre los copos de nieve, tal como lo había hecho en aquel sueño que ahora parecía cobrar vida.

Aunque era inexperta, sabía muy bien qué hacer para que él perdiera la cordura. Mis movimientos, intuitivos y atrevidos, parecían tocar los puntos correctos, desatando una respuesta ardiente en él.

«No tendría ningún miedo si me tomaras contra este árbol aquí y ahora, Dalton Basilius».

Quería más, necesitaba más de él. Sentirlo más cerca.

Acto seguido, él se alejó de mis labios, y su rostro se volvió pálido como la misma nieve que adornaba su cabello.

Aplicó más presión con sus caderas contra mí.

En ese instante, vislumbré al verdadero inmortal que era: el auténtico emperador de todo el imperio, el jinete de dragón que surcaba montañas y comandaba legiones de incontables guerreros. Sus ojos, reflejo de siglos de sabiduría y poder, me mostraron al

hombre detrás de la corona, un ser forjado en batallas cuya fortaleza no solo radicaba en su capacidad de liderar, sino en su habilidad de amar con la misma intensidad con la que dominaba el mundo.

Y ahí estaba él, suplicándome con la mirada que lo besara.

—Ni siquiera cuando tuve a la muerte delante me estremecí tanto como lo hago cuando estás cerca. Cuando te haga mía, lo haré en la mejor cama, bajo el calor del fuego, no contra un árbol. Tú te mereces mucho más. —Sus iris dilatados se clavaron en los míos—. Pero no pienses que no lo haría; joder, me muero por tomarte; he tenido mucho tiempo para pensar en cómo y dónde. —Se humedeció los labios. Esos que me volvían loca—. Me desespero por sentirte más. Me consumes, Eda.

—Nunca me había entregado a nadie porque nadie había encendido mi corazón como tú lo haces, Dalton —dije, luchando por hablar con la respiración agitada—. Me enciendes el alma con cada pelea, con cada grito.

Con una delicadeza sorprendente, Dalton depositó un beso suave y dulce en el contorno de mis labios.

Hoy nadie puede matarme, porque tú, mi Kaiserin, ya me has dejado sin vida.

«Su Kaiserin».

La intensa mirada de Dalton, que hasta hacía un momento se entrelazaba con la mía, desvió su atención hacia los árboles detrás de nosotros de manera brusca.

Con un movimiento suave, comenzó a bajarme, permitiendo que mis piernas, antes enredadas alrededor de su cintura, buscaran el contacto de la tierra helada.

Las llamas negras que lo habían abandonado antes resurgieron en su espalda, encendiendo la oscuridad con su presencia ominosa.

A medida que mis botas se hundían en la nieve, sentí cómo la realidad volvía a envolverme poco a poco.

Las llamas azules que habían brotado de mí ardían, pero Dalton, con un gesto casi casual, desató su propio fuego, un torrente de llamas negras que fluían con una fuerza sobrenatural. Este fuego oscuro se abrió paso entre las llamas azules hasta consumirlas y apagarlas.

Se esfumaron sin dejar huella alguna en la nieve, ni siquiera el más leve indicio del fénix que antes se había trazado con fuego. Mi fuego.

Sin embargo, aunque el paisaje quedó inmaculado, como si la fuerza ardiente nunca hubiese tocado la tierra, Dalton mantuvo su mirada fija entre los árboles. Su cabeza permanecía inmóvil, pero su mandíbula se había tensado al extremo. Parecía estar a punto de romperse los dientes.

Giré mi cuerpo y mis ojos comenzaron a escudriñar la densidad del bosque que se extendía detrás de nosotros. Buscaba cualquier movimiento, cualquier forma que pudiera haber capturado su atención.

Pero no vi nada, ni a nadie.

Podía sentir que algo estaba mal, tal como sucedió aquel momento en la barca sobre el río, cuando Long nos sobrevoló.

Era consciente de que había innumerables cosas que él no me decía. Cada vez que intentaba acercarme, sentir que nos uníamos un poco más, la realidad de sus misterios no dichos se interponía. Era un recordatorio constante de que aún navegábamos en aguas

oscuras y profundas, donde cada intento de acercamiento se encontraba con un enorme muro de secretos.

—¿Qué ocurre, Dalton?

Casi en el instante en que pronuncié esas palabras, él cubrió mi boca con su mano, y, por fin, su mirada se encontró con la mía de nuevo.

Pero lo que antes era deseo ahora se había transformado en miedo.

Miedo…, miedo en sus ojos.

Ahora mismo, necesito que saques a esa Eda que llevas dentro, esa violencia que tanto me gusta. Porque las cosas están a punto de ponerse muy feas.

Mientras retiraba su mano lentamente, se llevó un dedo a sus labios para indicarme con un gesto que guardara silencio.

Asentí, siguiendo su indicación, y mi atención se desvió hacia las dagas y las espadas dispersas en la nieve, lejos de nuestro alcance.

No estoy armada.

Lo sé muy bien.

El silencio se rompió con el crujido de algo moviéndose detrás de nosotros, un sonido sutil pero inconfundible que parecía provenir de entre los árboles.

Algo venía directo hacia nosotros.

Cuando yo me mueva a la derecha, quiero que corras hacia la espada que está detrás de mí. Primero visualízala. Le hice caso y la localicé. *Cuando la tengas, corre hacia el último árbol antes de llegar al claro. Long está en camino; cuando lo veas, ve hacia él, móntate y vete.*

Todo ocurrió muy rápido.

Dalton se desplazó hacia la derecha, tal como había mencionado, y entonces empecé a correr hacia la espada más cercana. Pero no pensaba dejarlo sin armas. Con rapidez, cogí una de las dos espadas y la lancé con todas mis fuerzas hacia donde él se encontraba, asegurándome de que tuviera algo con qué defenderse. Aunque era plenamente consciente de que podría hacerlo por sí mismo.

Pero no seguí su orden de correr. Jamás.

Cogí la otra espada y me di la vuelta. Y al hacerlo, el mundo entero pareció hundirse a mis pies.

De entre los árboles, comenzaron a emerger figuras esqueléticas de apariencia grotesca, cubiertas de hielo y nieve como si fueran espectros congelados en el tiempo. Jirones de piel colgaban de sus huesos como andrajos, endurecidos y quebradizos por el frío. Sus brazos, desmesuradamente largos, terminaban en manos que parecían más garras que extremidades humanas, también recubiertas por una capa de escarcha que les daba un brillo mortecino. Sus fauces, abiertas en una mueca eterna, dejaban ver dientes manchados y afilados, algunos con restos de nieve pegados, como si la sangre todavía impregnara su ser, congelada en un perpetuo estado de hambre insaciable.

Wendigos.

La visión de aquellos seres era tan perturbadora que sentí cómo el estómago me daba un vuelco. Por un momento, casi me arrodillo en la nieve para vomitar todo lo que había dentro de mi cuerpo.

Pero ese día no había espacio para las debilidades humanas.

No avanzaron hacia nosotros, sino que se quedaron inmóviles, observándonos con ojos vacíos donde alguna vez hubo vida.

Entre ellos, algunos vagaban desnudos, exponiendo sin pudor su descomposición, mientras que otros portaban vestimentas harapientas que apenas lograban cubrir su desolación. Algunos eran poco más que esqueletos andantes, un recordatorio macabro de lo que una vez fueron.

Humanos.

Cada uno de esos seres parecía una estatua, una imagen congelada de la muerte que nos observaba mientras el viento helado susurraba entre los árboles, agitando ligeramente los jirones de piel y ropa que colgaban de sus cuerpos.

Dalton se encontraba de espaldas a mí, su silueta contrastaba con la morbidez de la escena. Resultaba evidente que era consciente de mi reluctancia a esconderme. Sabía que no huiría, que no correría hacia el dragón hasta que no se hubiera extinguido el peligro.

Me negaba a dejarlo solo.

Dalton Basilius giró su cabeza lentamente y me lanzó una mirada por encima del hombro. Sus ojos, fríos y calculadores, eran el catalizador que necesitaba. La mirada decía más de lo que las palabras podían expresar.

Eran una orden; una súplica de protección y determinación.

Si crees que te voy a dejar aquí solo, estás muy equivocado, querido, le susurré en su mente.

Más tarde te castigaré por desobedecerme. Se agachó para recoger su espada, la cual le había lanzado.

¿Cuántos hay?

Sabía que los había contado.

Seguían inmóviles, como si esperaran una señal. No caminaban hacia nosotros ni corrían; simplemente permanecían allí mirándonos

desde sus cuencas vacías.

Diez. Y parece ser que están muy hambrientos. Volvió a girarse hacia los wendigos.

«Diez…».

Bajé la mirada hacia mis pies, donde las dagas yacían dispersas sobre el suelo cubierto de nieve. Con movimientos cuidadosos y medidos, comencé a agacharme, asegurándome de hacerlo de manera sutil y silenciosa para no atraer atención innecesaria. Mis rodillas se doblaron con suavidad, y extendí las manos hacia delante.

Una a una, recogí las tres dagas esparcidas en la nieve. En mi mente, ya había trazado el plan: estas dagas volarían directamente hacia las cabezas de esos seres, asegurándoles una muerte rápida e inmediata.

Avísame cuándo debo moverme. Y estas tres dagas encontrarán su lugar en las cabezas de tres wendigos, dije mientras las sostenía en mi mano como si fueran dardos.

Cruel, sádica, violenta y hermosa… Muy muy hermosa.

Solo dame la orden y lo haré.

No me reconocía a mí misma; la ira me consumía y me llenaba de una determinación feroz y fría. Estaba lista para la batalla, preparada para no fallar, porque hacerlo en este momento no solo sería un error táctico, sino que significaría fallarme a mí misma.

Uno de los wendigos, el más cercano, avanzó un paso.

Ahora. Cumplí la orden.

En un instante, mis manos se movieron con precisión y lanzaron las dagas directamente al centro de sus cabezas, una tras otra.

La primera, la segunda y la tercera daga encontraron su blanco sin fallo, todas impactaron justo en el medio de la cabeza de los tres

wendigos más próximos, provocando su caída inmediata sobre la nieve.

«Mis primeras víctimas».

Tras lanzar las dagas, busqué mi espada, que había quedado incrustada en la nieve. Justo cuando me disponía a acercarme a Dalton, un anillo de fuego negro me rodeó. Pero esa vez, las llamas no solo me cubrían hasta las rodillas; alcanzaban mi pecho, impidiéndome saltar o escapar.

Estaba atrapada en un círculo de fuego. Su fuego.

Él me había atrapado.

Los siete wendigos se lanzaron hacia Dalton con una ferocidad salvaje, pero él, espada en mano, los recibió con una calma temible. Cada movimiento suyo era una danza mortal, un baile de acero y fuego. Con una destreza que desafiaba la comprensión, giraba, esquivaba y atacaba.

En menos de un segundo, abatió a todos los wendigos.

Al igual que en la visión de la capitana, donde Dalton, un guerrero solitario, se había enfrentado a la marea de wendigos con la misma facilidad. Apenas utilizaba su magia para acabar con ellos, reservándola únicamente para protegerme a mí.

Sin mostrar signos de fatiga tras el combate, Dalton avanzó hacia mí y la llama negra que me había aprisionado se disipó de mi alrededor.

Justo en ese momento, el dragón negro y escamoso surcó el cielo por encima de nuestras cabezas, su imponente envergadura oscureció durante un momento el sol y proyectó una sombra gigantesca sobre el terreno. Su rugido poderoso resonó en el aire,

reverberando como un eco que hizo temblar el suelo bajo nuestros pies.

Pero no iba solo.

Detrás de Long, el cielo se transformó, convirtiendo el firmamento en un espectacular despliegue de alas batientes y criaturas guerreras. El comandante Kaiden con su mantícora y la capitana Misso con el hipogrifo lo acompañaban, y los tres juntos constituían una impresionante formación aérea.

Dalton me cogió del brazo, y mi cabeza se giró para mirarlo, desviándome del espectáculo en el cielo y de las criaturas que comenzaban a aterrizar en la nieve, justo en el límite del bosque.

—Necesito que ahora hagas justo lo que yo te diga, Eda. —Su mano se cerró firmemente alrededor de mi codo—. Corre hacia Long, súbete en él y vete de aquí.

—No.

—Sube al dragón y vete. —Era la orden de un emperador, pero no iba a cumplirla.

Su mirada volvió a ser fría, el calor de antes se había desvanecido por completo.

—Me quedaré. No me iré. Quiero ser útil —respondí soltándome de su agarre.

—No puedes quedarte, y no te lo repetiré otra vez.

—Me he entrenado para matar wendigos, sabes que si me das cinco dagas, ninguna fallará. He pasado horas perfeccionando mi puntería, practicando una y otra vez para asegurarme de que cada lanzamiento sea letal. Puedo ser de ayuda —insistí.

Pero él no cedió.

—Tu cuerpo aún es frágil y mortal. Cada fibra de tu ser es valiosa para el imperio, demasiado valiosa como para arriesgarte a algo así. No puedo permitir que te pongas en peligro de esta manera. Cada herida que puedas sufrir, cada golpe que podrías recibir, es una pérdida que no estamos dispuestos a asumir. Que no estoy dispuesto asumir.

Resoplé con todas mis fuerzas.

—Valiosa, valiosa y valiosa, ya lo dijiste hace unos días y has vuelto a decirlo ahora, recordándomelo. Pero si tan valiosa soy, entonces no me iré de aquí.

Me sentí impotente, reducida a nada más que una mujer frágil, aquello que temía ser. Sus palabras eran como dagas que se clavaban en mi piel, cada una me recordaba mi mortalidad y mi vulnerabilidad.

Oí pasos detrás de mí y, al girarme, vi al comandante y a la capitana acercándose a nosotros. Sus uniformes negros impolutos llevaban una variedad impresionante de espadas y dagas colgadas de sus cinturones y correas cruzadas sobre sus pechos.

Cada hoja de acero relucía a la luz del sol, pulida y afilada, lista para matar.

Sentí envidia. Ahí estaban, perfectamente preparados y armados, mientras yo, con solo tres dagas en la mano, me debatía entre la desesperación de no ser inútil.

No permitiría que me redujeran a una simple observadora. No ese día.

—Señorita Eda —me sonrió Misso en forma de saludo.

—Capitana. —A su vez el comandante inclinó la cabeza en un asentimiento respetuoso.

Conforme se acercaban, retrocedí instintivamente, y los cuatro nos dispusimos en un círculo estratégico. En ese momento, Dalton cruzó los brazos sobre su pecho, una barrera física que reflejaba su estado de tensión.

Era evidente que quería que me fuera.

—¿Quedan más wendigos, Basilius? —preguntó Kaiden, desenfundando su espada de la vaina que llevaba en la espalda.

—No. Nos internaremos en el bosque, si hay más, no deben de estar muy lejos. Nos separaremos —dijo Dalton girando su cuerpo para escanear el área detrás de nosotros, donde yacían los cadáveres de los wendigos recién abatidos.

—¿Cuántos eran? Esos hijos de puta siempre vienen en grupo, nunca por separado. Malditos seres sin cerebro —ladró Misso mientras escudriñaba el horizonte boscoso en busca de cualquier señal de movimiento adicional o amenaza latente.

—Diez, eran diez —contesté, y todos me miraron.

Kaiden se alejó y se dirigió hacia uno de los wendigos abatidos a los que yo había clavado una daga en el centro de la cabeza. Se agachó junto al cuerpo caído.

—Hacía más de dos siglos que no veía a un monstruo de estos; siguen siendo igual de asquerosos.

«¿Más de dos siglos? ¿Por qué han vuelto ahora?».

Tomó el mango de la daga y con un tirón firme la arrancó del cráneo del wendigo. Al hacerlo, la hoja del cuchillo se tiñó con la sangre negra y viscosa.

—¿Alguno de los wendigos abatidos es obra tuya, señorita Eda? —El comandante se dirigió a mí.

—Tres de ellos.

Se acercó de nuevo mientras limpiaba meticulosamente la sangre negra del filo de la daga contra el pantalón de su uniforme.

—Realicemos un barrido táctico en la zona boscosa y sus alrededores. Si esos demonios penetran las defensas de la ciudad… —Misso no acabó la frase

Dalton la interrumpió:

—No tocarán la ciudad. Esta noche desplegaré a nuestros mejores jinetes para establecer un perímetro de seguridad reforzado. El terreno forestal les favorece por la cobertura que ofrecen los árboles para ocultarse.

—¿De dónde han salido? Sobrevolamos esta área a diario y no ha habido rastro de esos cabrones hasta ahora —inquirió Kaiden.

Dalton dio un paso al frente y comenzó a impartir órdenes sin contestar a su pregunta.

—Misso, tú irás por la derecha. Kaiden, toma la izquierda. Yo me quedaré en el medio. Nos reuniremos al final del bosque.

El comandante Kaiden asintió y lanzó una última mirada de reconocimiento al grupo antes de dirigirse hacia la izquierda, siguiendo las instrucciones del emperador.

—Bien hecho, Eda. —Misso me sonrió con calidez antes de marcharse y, con un movimiento ágil y practicado, estiró los brazos hacia los costados de sus caderas y desenfundó dos dagas.

Juntos formaban un equipo formidable; eran la encarnación misma de la muerte, imparables e impecables. Representaban a la élite del imperio, los asesinos más hábiles y los comandantes de mayor rango, maestros en su oficio y sin igual en el campo de batalla.

Cuando Misso y Kaiden desaparecieron entre los árboles, Dalton se acercó un paso más hacia mí. Era tan alto que tuve que levantar la mirada para encontrar sus ojos.

Alto y oscuro como la noche, pero no por eso me sentía intimidada. Su cercanía, lejos de causarme temor, despertaba algo distinto en mí.

Y él lo sabía.

—No me voy a ir.

—No sabía que me habías quitado el título de emperador para mandarme órdenes —comentó, esa sonrisa pícara suya asomando, la que siempre lograba desorientar mi mente.

—No hay mejor forma de aprender a acabar con ellos que haciéndoles frente yo misma. —Apreté entre mis manos una de las espadas de obsidiana de Dalton.

—Me encanta cómo se frunce tu ceño cuando las ganas de asesinar te invaden. Podría acostumbrarme a esto, pero eso significaría problemas, y es lo último que quiero ahora mismo.

Nos desafiamos con la mirada, cada uno sosteniendo la del otro sin ceder, como si en ese silencioso enfrentamiento se decidiera algo más profundo que simplemente quién podía aguantar la del otro durante más tiempo.

—Ahora mismo, el primero en mi lista de personas a quienes quiero asesinar eres tú, así que será mejor que te apartes —respondí, apretando más el mango de la espada.

—Esperaré pacientemente. —Miró la daga—. Pero no le cojas el gusto a matar. Te lo digo por experiencia: una vez empiezas, es difícil ver el final.

Dio un paso más.

Intenté esquivarlo dando una zancada hacia el bosque, pero, con una agilidad felina, interceptó mi intento de escape con un solo paso decidido. Su mano se cerró alrededor de mi muñeca, y en un movimiento fluido y dominante, me levantó del suelo y me colocó sobre sus hombros. Como un jodido saco de patatas.

Sus manos se posicionaron firmemente sobre mis muslos, sujetándome en una posición ineludible mientras mis propias piernas se balanceaban en el aire desorientadas.

Comencé a patalear en un intento desesperado por liberarme.

—Si no es a las buenas, tendrá que ser a las malas, señorita Eda.

—¡Suéltame, emperador capullo! —grité moviéndome con vehemencia.

Sin embargo, él no pareció perturbarse; sus manos, como garras de acero, se cerraron alrededor de mis muslos. Cada movimiento que hacía para intentar escapar solo parecía hacerlo apretar más, como un depredador que asegura su presa entre sus fauces. La fuerza bruta de su sujeción dejaba claro que no tenía intención alguna de soltarme.

—¿Emperador capullo? ¿Te has inventado ese insulto? —Se rio con fuerza y mi rabia vibró—. Venga, apuesto a que te sabes alguno más.

La enorme espada colgaba en mis manos.

«Podría clavársela para que me soltara».

—No te voy a soltar, sádica. Me gusta mucho tenerte aquí arriba; tal vez me acostumbre —soltó con una risa burlona.

—¡Maldito imbécil!

Pataleé y pataleé, pero nada.

Desde los hombros de Dalton, el mundo parecía sorprendentemente pequeño y distante. Mientras él avanzaba hacia donde descansaban las criaturas sobre la nieve, la perspectiva desde arriba hacía que todo a nuestro alrededor se viera reducido, como si observara un maqueta en miniatura de un paisaje invernal.

—Cuanto más me insultes y más te muevas encima de mí, más depravado me volveré con cada wendigo que vea.

No era una amenaza, no estaba enfadado, estaba…

—¡Cerdo, eres un cerdo!

Apretó más mis muslos.

—No pares, por favor.

—¡Bájame y déjame ir! ¡No soy una niña!

Pataleé sin cesar.

—Técnicamente, te llevo unos cuatrocientos cuarenta y un años, así que sí, eres una niña. Una niña que, por cierto, besa jodidamente bien.

Dalton tenía la habilidad de encender mi ira y frustración con la facilidad de quien prende una cerilla en plena calma, incluso en un entorno tan improbable y resistente como el centro del mar.

«Cuatrocientos cuarenta y un años. Los ha contado…».

Al final, agotada y sin lograr nada con mis esfuerzos, dejé de patalear sobre sus hombros y me rendí.

—Cuando me lo pidas, te enseñaré lo que esos cuatrocientos cuarenta y un años me han enseñado. Te mostraré lo que significa haber vivido tanto tiempo, pero ahora no es el momento para eso. Necesito que te subas a Long y te alejes de aquí. Así que, por favor, hazlo.

Bufé.

—Tú ganas, pero bájame. Ya.

Al descender de sus hombros, sus manos se aferraron a mi cintura y me envolvieron con una fuerza que casi me hizo tambalear.

Aunque el aire helado nos rodeaba, el calor de su tacto se infiltró en mi piel, propagándose con una calidez abrasadora. Su cercanía me consumía y, a pesar de la nieve bajo nuestros pies, sentí cómo el calor se deslizaba por todo mi cuerpo, encendiendo cada fibra de mi ser.

No iba a hacer que cambiara de idea. Me giré para ver al dragón, que había extendido una de sus patas para que yo pudiera subir.

Antes de hacerlo, volví la cabeza hacia Dalton y le tendí su espada, que aún sostenía en mi mano.

—Puede que te haga falta.

Miró la que tenía él, inclinando ligeramente su cabeza, como si evaluara el filo o recordara algo de su pasado asociado a ella.

—Quédatela, es tuya.

Seguí sus ojos hasta la espada de obsidiana, reconociendo el significado de que el emperador me hubiera dado una de sus propias armas.

Asentí en silencio.

Luego, me volví del todo hacia Long y escalé sus escamas, como había hecho varias veces en los últimos días. Mis manos temblaban mientras me agarraba con fuerza a cada una de ellas; cada movimiento hacia arriba me costaba más que el anterior.

Una vez en la cima, me acomodé entre las escamas gigantescas, sintiendo la solidez de la bestia bajo mi cuerpo. Desde mi elevada posición, observé a Dalton por un momento, su figura ahora

reducida por la distancia. Long entonces despegó del suelo, y me aferré a sus escamas a la vez que este extendía las alas.

El viento azotaba mi rostro mientras el dragón ascendía y, a pesar del frío, el recuerdo de su calor me envolvía como un manto.

Allí estaba, sola en el lomo del dragón del emperador de Pramvera. El mismo que me había robado el aliento con sus besos y que, cuando volviera a verme, no dudaría en reclamarme como suya.



42

Eda

La noche había caído, pero el fuego ardía en la chimenea con vigor, llenando la pequeña casa con su calor. Había estado en ella todo el día desde que Long me dejara en la ciudad y volviera batiendo sus membranosas alas hacia el bosque.

A pesar de saber que los tres estarían bien, no podía evitar sentir una chispa de duda sobre si algo malo podría haber pasado.

Esperaba que su voz inundara mi consciencia, pero no escuché nada; no me habló, y yo tampoco rompí el silencio.

Había pasado la tarde en el salón, transcribiendo con diligencia las páginas del diario de Kaiserin, mientras mis músculos aún se quejaban del intenso entrenamiento de esos días. El dolor era generalizado, un malestar profundo y punzante que se extendía desde mis hombros tensos hasta las piernas adoloridas.

Preparé la cena con las provisiones que Dalton había traído. Corté algunas verduras y trozos de pollo, y los coloqué en una olla grande. Hacía tanto tiempo que no me dedicaba a cocinar que me costaba recordar los pasos adecuados para seguir una receta.

Esperé un poco para ver si Dalton aparecía, pero no lo hizo, como siempre. Sin embargo, esa vez sabía que su ausencia se debía a un problema mayor, no a trivialidades.

Mi mente vagó brevemente hacia sus comentarios sobre las guerreras de Novadia. ¿Lo habría dicho en serio? ¿Era así como pasaba las noches fuera?

Agité la cabeza de lado a lado para intentar olvidarlo.

Después de lo que había pasado entre nosotros hacía apenas unas horas, me resultaba insoportable imaginar que esos besos y esas caricias que había recibido de él pudieran ser los mismos que ofrecía a otras. Consciente de los cuatrocientos sesenta y dos años de vida de Dalton, era inevitable no pensar en las incontables mujeres que habrían pasado por sus brazos… ¡Por los dioses! Seguramente habría estado con miles de mujeres.

¿Cómo podía competir contra siglos de práctica? Era la primera vez que tocaba a un hombre de esa manera, y pensar en mi inexperiencia me llenaba de vergüenza.

Él tenía siglos de experiencia…

Abrumada por aquellos pensamientos, me cubrí el rostro con las manos y dejé caer el peso sobre ellas, sumida en una maraña de inseguridades. Odiaba ese sentimiento, lo odiaba profundamente.

Al final, me serví un cazo de sopa de pollo y guardé la porción restante en caso de que él apareciera más tarde para cenar.

La sopa burbujeaba con suavidad, y el calor de la cocina contrastaba con el frío que se filtraba desde el exterior, proporcionando un pequeño consuelo mientras me sentaba sola a cenar.

Reflexioné sobre Elandra, Adriel y Liral. Me preguntaba si todos ellos se habrían recuperado ya, si habrían encontrado la felicidad, cómo les iría en los entrenamientos, si ya dominaban sus poderes de vinculación y si habrían logrado sobrevivir al proceso.

Me sentía frustrada con Dalton por la falta de información sobre ellos. Haber visto a Nolan había sido un punto brillante en mi semana. Hablar con Calen y ver su progreso me había reconfortado, pero la inquietud persistía en mi cabeza.

Después de cenar, puse el agua en el fuego de la chimenea hasta que estuvo lo más caliente posible.

El baño, aunque la casa era pequeña, resultaba para mi sorpresa lujoso y la bañera era inusualmente grande, de forma cuadrada y muy espaciosa. Para llenarla del todo tuve que subir varios cubos de agua caliente y verterlos con cuidado hasta alcanzar el nivel que quería.

No cerré del todo la puerta para evitar que el vapor se condensara, me despojé del uniforme, dejándolo caer al suelo y me sumergí en el agua de la bañera, que ardía.

Me hundí en ella.

Después de un rato torturándome con pensamientos que rondaban mi mente sin cesar, decidí centrarme en mí misma.

En cómo me sentía realmente después de ese beso.

Comencé a acariciar mis labios con los dedos, mordisqueándome alguna que otra uña en un gesto nervioso. Antes de lo que ocurrió

esa mañana, estaba invadida por la duda de que él nunca me desearía. Ni siquiera consideré que eso pudiera ser posible.

Recordé todas las veces que se acercó a mí y pensé que solo era un juego, que simplemente estaba jugando al gato y al ratón con una mortal. Pero después de decirme esas cosas, después de tocarme de esa manera, después de sujetar mi cabello, después de besarme como si fuera todo lo que necesitaba para vivir… todo había cambiado.

Yo había cambiado.

Ahora lo deseaba, deseaba cada parte de él, tanto por dentro como por fuera, y anhelaba que él sintiera lo mismo por mí.

Decidí jugar un poco, sentía como si mi cuerpo estuviera en llamas por dentro, unas que me abrasaban el alma y que temía que, como antes, pudieran salir de mí de nuevo.

Proyecté cada pensamiento como si fueran capaces de atravesar las paredes mientras deslizaba una de mis manos por mis pechos, sin entender demasiado lo que estaba haciendo, movida solo por el deseo de apaciguar el calor creciente entre mis piernas. Pero ese calor solo parecía intensificarse más y más.

No podía dejar de pensar en él, en su tacto, en su mirada, en la forma en que me había hecho sentir. Estaba consumida por el recuerdo de su cuerpo pegado al mío.

«Consumida por este demonio».

Entonces escuché el suelo crujir en el pasillo y mi mano se detuvo en su descenso hacia mi abdomen.

Me removí nerviosa en la bañera y otro paso resonó, esa vez haciendo crujir la madera más cerca.

No dejes de bajar la mano por mí, querida. Y por segunda vez en el día, obedecí sus órdenes.

Recorrí con ella más allá del abdomen, sin saber exactamente qué buscaba haciendo esto, pero quería descubrirlo.

Quería descubrirme. Quería… quería que él lo hiciera.

El agua alrededor de mi cuerpo pareció calentarse aún más, hirviendo. El vapor comenzó a llenar el cuarto de baño y se espesó hasta el punto de nublar toda la habitación, creando un velo que oscurecía mi visión y me impedía ver con claridad la puerta. Aun así, sabía que Dalton se encontraba justo al otro lado.

Mi mano se hundió bajo el agua, oculta por la espuma y el vapor que llenaban la bañera, mis dedos se movieron hacia el vértice de entre mis piernas y se deslizaron sobre ese punto inexplorado de mi cuerpo.

Eso es, sigue bajando tu mano, dijo, con una voz que sonaba profunda y tentadora.

Obedecí. Sentía como si no me reconociera, pero disfrutaba cada segundo de lo que estaba haciendo, así que cerré los ojos y dejé que el placer comenzara a adueñarse de mí.

Mis dedos se deslizaron, explorando con cautela al principio, pero conforme el calor crecía dentro de mí, toda timidez se evaporó. Permití que mis dedos vagaran libremente, encontrando los pliegues sensibles bajo el agua.

Un gemido escapó de mis labios.

—Abre los ojos, Eda. —La voz suave pero autoritaria de Dalton hizo que mis ojos se abrieran de golpe—. Quiero que veas cómo te tocas, cómo te pierdes pensando en mí.

Ahí estaba él, entre el vapor, vestido con ese uniforme que se ceñía a cada contorno de su cuerpo y le marcaba los bíceps, el pecho y el abdomen. La tela parecía casi pintada sobre su figura atlética para destacar cada detalle de su físico.

Parecía un sueño.

Mi cara se tiñó de rojo, y no estaba segura de si era por el calor del agua ardiendo o porque, bajo la capa de espuma, mi cuerpo estaba totalmente desnudo y él se encontraba allí, mirándome como un animal hambriento que no ha comido en mucho tiempo.

—Dalton…, ¿qué haces aquí? —murmuré, moviéndome un poco sin querer emerger por completo de debajo de la espuma.

—Me encanta que mi nombre esté en tus labios —dijo con una sonrisa ladeada, cruzando los brazos sobre su pecho.

Me revolví en el agua caliente, más consciente de mi desnudez, pero sin miedo. No me intimidaba que él fuera el primer hombre en verme así; algo en su mirada me hacía sentir audaz y desinhibida.

—¿No sabes que está muy mal visto interrumpir el baño de tu invitada? ¿Tu madre no te enseñó modales? —logré articular, aunque me sentía temblorosa como una hoja al viento.

Y él era el huracán.

—Mi madre me enseñó que, cuando una puerta está abierta, estás invitado a entrar —ronroneó como un animal.

Había dejado la puerta entornada; mi subconsciente estaba jugando conmigo. Sabía por qué estaba allí.

Yo lo había llamado.

—Pensaba que estarías demasiado ocupado —admití.

—Estaba en una reunión con los líderes de los pelotones y los escuadrones, pero esos pensamientos tan perversos que tienes me

han traído hasta aquí, me han arrastrado hasta ti.

Tragué saliva.

—No deberías haber dejado la reunión.

—¿Cuándo aprenderás que soy el emperador? Lo que deseo hacer lo hago.

No desvió sus ojos oscuros hacia abajo, como si solo buscara sostenerme la mirada. Mi mano seguía entre mis piernas, y no tenía intención de moverla de allí.

«¿Qué estoy haciendo? ¿Quién es esta Eda?».

Era como si no fuera yo, como si, al mirarlo, al verlo, sintiera que él lo sabía todo sobre mí, como si no hubiera lugar para la vergüenza, como si supiera exactamente lo que le gustaba, como si hubiera nacido sabiéndolo.

—Esa reunión debe de ser importante —susurré.

—Puedo posponerla. Esto es mucho más importante. De hecho, es lo único que me importa ahora.

Ladeó la cabeza y esa vez permitió que su mirada recorriera sutilmente mi cuerpo, aunque oculto bajo la densa capa de espuma que impedía ver cualquier detalle.

Dalton se arrodilló al borde de la bañera y su rostro quedó al nivel del mío, pero yo permanecí inmóvil.

La espuma cubría todo a la vista, creando una barrera de blancura entre nosotros. Con una lentitud calculada, deslizó su mano bajo el agua. Lo hizo tan despacio…, como si el tiempo no apresurara sus acciones.

Su mano avanzó entre el agua sin perturbar la espuma que flotaba en la superficie, sin tocarme.

Fue entonces cuando sentí una mano por el lado opuesto al de Dalton, una mano enorme que tocaba mi tobillo y se deslizaba hacia arriba, presionando y subiendo por mis muslos.

Sin embargo, Dalton tenía su mano sumergida hasta la muñeca, visible y quieta.

«¿Qué es lo que me está tocando?».

Desvié la mirada hacia el agua en un intento por discernir qué había bajo la espuma. Pero no había nada.

—Es fascinante poder tocarte sin moverme ni un milímetro. Es fascinante lo que puedo hacer con tu mente, Eda.

Ahogué un grito justo antes de que la mano invisible rozara con sus dedos la parte interior de mis muslos.

—Mírame —ordenó.

Lo hice, y en el brillo de sus ojos se reflejaba impaciencia, anhelo y una profunda ansia.

—Siempre tan autoritario.

—Hoy me has puesto al límite; me has llevado al borde cuando tu lengua se metió en mi boca, cuando me has desobedecido para quedarte a luchar, cuando esas dagas se han clavado en el centro de sus cabezas. —Retiró su mano invisible de mis muslos y la deslizó hacia el costado de mi cintura—. Pero sin duda me has puesto al límite cuando tu subconsciente ha dejado la puerta abierta para que yo entrara aquí y, sobre todo, cuando me has dejado la mitad de la cena para cuando yo volviera. Eso… —sus dedos invisibles apretaron más mi cintura— eso me ha vuelto loco.

Su pulgar resbaló más hacia el vértice de mis piernas, y ese movimiento hizo que me elevara un poco hacia arriba.

Mis pechos emergieron de entre la espuma, mis pezones duros reflejaban el placer que se acumulaba entre mis piernas.

—Dioses, mírate, eres la perfección hecha mujer —gruñó, su voz profunda y ronca.

Su mano invisible subió hacia arriba y cogió uno de mis pechos para masajearlo, jugueteando con mi pezón como si fuera su nuevo juguete favorito. Torturándome.

Si aquel era el castigo por desobedecer, entonces estaba dispuesta a desobedecerle con gusto una y otra vez.

Me volvía loca el hecho de que sus verdaderas manos estuvieran completamente estáticas, mientras él permanecía inmóvil, observándome con una intensidad que quemaba, capturando cada uno de mis gestos, cada temblor o cambio en mi expresión.

—No me parece justo que tú puedas verme desnuda y yo no pueda verte a ti… —dije mordiéndome el labio.

Apretó con suavidad mi pecho hinchado y otro gemido se escapó de mis labios.

—Solo tienes que pedírmelo, Eda —dijo él con una sonrisa maliciosa.

Maldito demonio.

Sacó su mano de carne y hueso del agua y la movió hacia su espalda para desabrochar su espada, que depositó con cuidado junto a la bañera. Luego comenzó a quitarse las dagas de los pantalones, una por una, cada movimiento deliberado y lento, manteniendo un contacto visual intenso conmigo. Las armas se acumulaban en silencio en el suelo.

Con un gesto suave y seguro, se desprendió de la parte superior de su uniforme negro. Cuando la tela cayó a un lado, reveló su torso

desnudo por primera vez frente a mí. La luz de la habitación jugaba sobre su piel, resaltando cada contorno muscular y la textura suave de su pecho.

Por los dioses, cada línea de su cuerpo parecía esculpida con precisión, desde los músculos bien definidos de su abdomen hasta los brazos fuertes que habían manejado tantas armas.

Cuando la mano invisible se retiró de mi pecho y trepó hasta mi cuello, un escalofrío feroz me recorrió la piel.

Quiero más.

Luego se escurrió hacia mi mejilla y me acarició con una suavidad tortuosa. Me atormentaba de una manera que nadie más podría, llevándome al límite de mi resistencia.

—Dalton, por favor… —supliqué.

Sus manos se aferraron al borde de la bañera con tal fuerza que sus nudillos se pusieron blancos, reflejando la lucha interna por controlarse. Cada músculo de sus brazos estaba tenso, vibrante de contención, como un depredador a punto de saltar, luchando por no ceder al impulso de tocarme. Las venas de sus antebrazos se marcaban, delineando un mapa de tensión que recorría su piel.

—¿Por favor qué, Eda? —Sus palabras se atascaron en su garganta.

—Quiero sentirte —susurré casi sin aliento.

—¿Cómo quieres sentirme?

Se notaba la súplica en su voz; anhelaba mi permiso para tocarme de verdad, cada sílaba vibrando con un deseo salvaje. Parecía incapaz de avanzar sin mi consentimiento explícito, como si estuviera en la frontera de su control y luchara contra su naturaleza más instintiva y animal para no cruzarla sin mi invitación.

Con tus verdaderas manos…

—Joder, me moría de ganas de que me lo dijeras.

En un movimiento ágil y feroz, tomó mi cabeza entre ellas y sus labios colisionaron contra los míos hasta devorarme la boca por completo.

Un cosquilleo inconfundible que me recorrió la piel desnuda, que me provocó un escalofrío que se extendió por todo mi ser en un efecto dominó.

Mis manos no se quedaron quietas. Se lanzaron a su cabello, atrayéndolo más hacia mí, hacia mi boca ansiosa.

Quería comérmelo sin dejar rastro, sin omitir ningún detalle.

Mis dedos se enredaron con avidez en sus mechones, tirando de ellos con necesidad mientras él sujetaba mi mandíbula con una firmeza implacable alzando mi cabeza hacia la suya, obligándome a ofrecerle mi boca por completo.

Su lengua invadió la mía con una voracidad insaciable, como si quisiera consumir cada parte de mi sabor, emborracharse de mi esencia.

Quiero más. Más y más.

Lo atraje hacia mí y nuestros cuerpos se pegaron. Nuestros pechos se apretaron, mis pezones, mojados y endurecidos buscando su contacto, su roce.

—Necesito recobrar el aliento. —Me aparté de su boca jadeando y con los labios hinchados.

—Ahora mismo, tus besos son lo único que necesito para respirar. Dame más, dámelo todo —volvió a suplicarme.

Mientras luchábamos por recuperar el aire, su mirada permanecía fija en la mía, anticipando el próximo beso.

Su mano izquierda se hallaba en mi mejilla, anclándome a él, mientras que la derecha trazaba un camino por el contorno de mi cuerpo. Sus dedos se deslizaban con suavidad, dejando un rastro de cosquillas exquisitamente dulces que se intensificaban al descender hacia mis muslos.

—¿Puedo tocarte? —susurró, sus ojos se desviaron por un instante hacia el lugar que deseaba explorar, el mismo que yo había acariciado antes de que él entrara.

Asentí mordiéndome el labio.

—Necesito oírlo de tus labios, Eda. Dímelo. Dime que puedo tocarte.

—No… —mis palabras se atascaron en la garganta—, no quiero que me hagas daño, Dalton.

Era consciente de que podría experimentar destellos de dolor cuando él me tocara, cuando por fin me hiciera del todo suya.

—Puede que sea un animal hambriento, como estás pensando, pero sé cómo contenerme y controlarme. Nunca, jamás, te haría daño. Solo quiero verte inundada de placer, uno que solo yo puedo darte —dijo humedeciendo sus labios con la lengua.

Y eso me mató.

Quería tocarlo, necesitaba sentirlo más cerca.

Con un movimiento cauteloso y lleno de vergüenza, salí del agua, exponiendo mi cuerpo desnudo y mojado. Él permanecía arrodillado, y sus ojos ardían mientras recorrían cada curva de mi figura.

La espuma había desaparecido, dejando solo el agua que goteaba desde mi cabello y se deslizaba por mi piel, trazando ríos brillantes que captaban la luz.

Di un paso adelante para abandonar la bañera y me situé justo delante de él, mi abdomen rozando apenas sus labios. Me agaché con suavidad y me senté sobre sus pantalones de cuero completamente desnuda.

Por fin pude sentir de verdad el cuero frío y húmedo bajo mis muslos, con mis piernas a cada lado de su cuerpo. Sus brazos rodearon mi cintura mientras la acariciaban desde la espalda hacia abajo.

Ambos estábamos empapados, sentados sobre un charco de agua que se había formado en el suelo.

—Tócame, Dalton, necesito sentir… tus manos, tu boca… sobre mí.

Capturé sus labios con los míos, mi lengua invadiendo su boca con la fuerza de un torbellino, entrelazándose con la suya en un juego frenético. Era una guerra de pasiones desatadas: lenguas que danzaban, labios que se presionaban con urgencia y dientes que se rozaban ocasionalmente.

Tus besos son mi condena en su forma más pura. Sus palabras hicieron eco en mi consciencia.

Mis caderas se apretaron contra su miembro duro, sintiendo el cuero de su uniforme tensarse como si estuviera a punto de romperse bajo la presión.

Deslizó las manos hacia mi culo y me lo apretó, lo que puso en evidencia un control medido, como si dominara a la bestia que yacía bajo su piel, lista para desatarse.

Más, más.

No supe en qué momento me levantó del suelo, pero por instinto enlacé mis piernas alrededor de sus caderas.

—Quiero tener todo el acceso posible a ti —murmuró contra mi boca, sus palabras incendiarias haciendo tambalear mi cordura.

Mis manos recorrían su espalda, tocándolo como si nunca pudiera tener suficiente. Porque nunca tendría suficiente de él; cada roce solo intensificaba mi anhelo, cada momento juntos alimentaba una sed insaciable que parecía crecer sin límites.

—No puedo esperar más. Ponme sobre el lavabo ahora. Te necesito, necesito sentir tus manos sobre mí —jadeé, mis respiraciones entrecortadas.

—Eda, me vas a volver loco. —Su voz estaba cargada de deseo—. Con esos pensamientos tan indecentes para esa jodida boca.

Con un movimiento decidido, me levantó y me sentó sobre el frío lavabo de mármol, apoyando mi espalda contra el gran espejo.

Al principio, la frialdad del mármol se adhería a mi piel, pero bajo la presión de su mano, de alguna manera, este comenzó a irradiar calor. Este cambio repentino me dejó perpleja. ¿Cómo podía su tacto alterar así la temperatura del sólido mármol?

—¿Aquí, en el lavabo? ¿Estás segura?

—Aquí.

—Si eso es lo que deseas, obedeceré tus órdenes, mi emperatriz —susurró y, antes de que pudiera responder, su boca encontró uno de mis pechos y me hizo arquearme hacia él, mientras su lengua trazaba círculos tortuosos alrededor de mi pezón.

Estaba perdida, desorientada.

—Por favor… —le rogué.

—No me ruegues, no me ruegues nunca.

Su mano descendió hasta mis muslos, y el firme apretón me hizo derretirme.

Comenzó a bajar su boca por mi abdomen, depositando besos suaves que seguían un camino tortuoso hasta llegar a mi vientre.

—Voy a devorarte entera, Eda —me confesó—, porque soy un animal hambriento que ha estado sin comer mucho tiempo.

Luego depositó un beso sobre mi intimidad, desatando un torrente de sensaciones que me hicieron arquearme en respuesta.

Ahogué un grito, mis manos agarradas con fuerza al mármol del lavabo para mantenerme erguida.

Mis mejillas ardían, sonrojadas por la vergüenza y el placer abrasador que me consumían.

Intenté cerrar las piernas, pero sus manos fuertes me las mantenían abiertas y las separaban con una suavidad que contrastaba con su control. Levantó la mirada desde mi entrepierna, mientras su lengua continuaba trazando círculos expertos alrededor de ese desconocido botón de placer, explorándolo con una precisión que me arrancaba gemidos involuntarios.

—Joder… —gruñó sin apartar su boca—. Eres demasiado dulce para mí.

—No pares, por favor —jadeé.

Su lengua no dejó de lamerme, empapándose de mi humedad, succionándome y mordisqueándome de una forma que me hizo perder la noción del tiempo.

Me retorcí sobre su boca, cada movimiento impulsado por las olas de placer que él de forma experta inducía.

Justo cuando creí que no podía ser más intenso, sentí su mano arrastrándose con sutileza sobre mi piel, antes de que…

—Dalton… —gemí cuando su dedo se deslizó por completo dentro de mí—, por los dioses.

Abrí los ojos para mirarlo.

—Eso es, querida.

Su dedo entraba y salía de mí con un ritmo provocadoramente lento, como si desafiara mi paciencia y alimentara mi deseo.

Moví mis caderas hacia él, presionando contra su mano, implorando en silencio que lo hundiera más profundo.

—Quiero que te adaptes, no quiero hacerte daño.

—Ya estoy adaptada.

—Perversa y preciosa. Mía y solo mía. —Su voz resonó en la profundidad de mis entrañas.

A medida que tomaba más control, la emoción que fluía en mi interior se intensificaba, transformándose en una ola abrumadora de sensaciones. Su dominación era palpable mientras introducía su dedo suavemente; una punzada inicial de dolor pronto cedía lugar a un placer abrumador.

Sus movimientos eran precisos y calculados, de manera que cada fibra dentro de mí se rendía a él. Aceleró el ritmo de su lengua y la introdujo más, cada embestida enviaba olas de placer que me hacían ansiar más.

Córrete para mí. Y solo para mí.

Su dedo se movió más deprisa, retorciéndose más rápido y con más fuerza. Mi agarre en el borde del lavabo se intensificó, mis dedos se clavaron en el mármol mientras luchaba por mantenerme anclada a la realidad.

Dalton levantó su cabeza de entre mis piernas y dirigió su boca a la mía. Al entrelazar nuestras lenguas, pude saborear mi propia esencia.

El ritmo de su mano aumentó y se sumergió más profundo, acelerando el tempo, arrastrándome hacia un frenesí de sensaciones.

—Sigue… joder… —grité en su boca.

El pico del placer me sacudió por completo, sus labios sofocaban mis gemidos mientras me deshacía bajo su roce. Me sentí como si estuviera suspendida en el aire, flotando en una nube. Mis piernas temblaron, mi cuerpo entero vibró con ondas de placer mientras él me sostenía para asegurarse de que no me desplomaba.

Nunca antes en mi vida había experimentado algo tan intenso.

Era él, Dalton, el que había desencadenado aquel torbellino de emociones que me habían catapultado al éxtasis y más allá, a un imperio donde solo existíamos él y yo, envueltos en la profunda conexión de nuestro compartido y arrollador placer.

Retiró su dedo de mi interior y, con un gesto lento, despegó sus labios de los míos. Luego se llevó el dedo a la boca mientras me miraba fijamente con esos ojos esmeralda.

Se lo lamió con una languidez descarada, saboreando cada gota sin que su mirada ardiente abandonara la mía.

—No sabes cuánto deseaba hacer esto, cuánto ansiaba probar tu sabor, saciarme contigo. Pero siempre supe que, una vez te probara, nunca estaría completamente satisfecho, porque después de esto siempre querré más de ti. Porque tienes ese poder sobre mí.

No sabía qué hacer; mi mirada vagó por su cuerpo, trazando cada músculo tensado, cada contorno definido, absorbiendo cada detalle.

Mi vista descendió hasta los pantalones de su uniforme, donde se detuvo, capturada por la evidente dureza que marcaba la tela.

—Quiero hacerte lo mismo, quiero que ahora tú disfrutes…

—Qué mortal tan insaciable, hermosa y letal —murmuró él, y se acercó hasta quedar a pocos centímetros de mi rostro. Con dulzura, depositó un beso casto en mi frente—. Hoy ya he disfrutado bastante, no te preocupes por mí, querida.

Me levantó suavemente del lavabo y me colocó de pie en el suelo. Se giró hacia donde estaban las toallas, cogió una y la abrió hasta envolverme en ella con cuidado.

Después de asegurarse de que estaba cubierta, se alejó un poco de mí y comenzó a recoger sus armas. Con movimientos metódicos, Dalton recolocó cada daga sobre su cuerpo. Por último, cogió la parte superior de su uniforme.

—¿A dónde vas ahora? —pregunté envuelta en la toalla, observando cada uno de sus movimientos.

—Hoy no dormiré aquí.

—Ah.

—Pasaré la noche volando hacia Novadia para prevenir cualquier amenaza —explicó mientras aseguraba la última daga.

—¿No generará eso alarma entre los habitantes? Sabrán que algo está mal si ven al emperador en vigilancia nocturna sobrevolando la ciudad con su dragón.

—En Novadia todos están entrenados para la batalla; cada ciudadano es también un soldado. Nosotros no escondemos las amenazas; les hacemos frente. Si hay peligro, es mejor que todos estén alerta y preparados. La seguridad de la ciudad depende de la vigilancia constante y de la disposición de todos sus defensores.

Una vez más, su tono se había vuelto frío.

—¿Habéis encontrado más wendigos?

—No. Hemos desplegado pelotones de soldados más allá del bosque. Pero hasta ahora no he captado en la mente de ninguno indicios de más wendigos.

Me moví nerviosa sobre mis pies.

Era desconcertante saber que podía controlarlo todo desde ahí, siendo el primero en enterarse de cualquier peligro, tan solo accediendo a los pensamientos de cualquier soldado, de cualquier persona.

—¿Por qué han aparecido ahora después de tantos años? ¿Y por qué justo cuando estábamos en el bosque?

Se detuvo frente a mí y se quedó pensativo unos segundos, meditando las posibles respuestas antes de mirarme directamente.

—Es complicado.

—Entonces explícamelo.

—No te va a gustar. —Apretó los labios.

Me acordé del paseo en la ciudad, en la pequeña barca, viendo los fuegos artificiales. De cuando todo cambió de repente y decidió que teníamos que ir a Novadia.

Y, aunque desconocía la razón, empezaba a atar cabos y a comprender mejor la situación.

—Esa es la razón por la que vinimos, ¿no? Sabías que algo estaba pasando. Nada se te escapa.

—Sí, lo sabía —confesó.

—Dime qué ocurrió exactamente ese día en la barca, cuando estábamos viendo los fuegos artificiales —insistí. Él se pasó una mano por el cabello húmedo, mientras con la otra sostenía su camiseta—. Dalton.

Negó con la cabeza.

—Te pasó lo mismo que cuando Elandra estaba en peligro. Sé que oíste algo, sé que algo te perturbó en aquel momento. ¡Dime la verdad! ¿Qué sucedió ese día?

—¡Los escuché! —exclamó clavando sus ojos en los míos—. Después de más de doscientos treinta años de silencio, han vuelto a hablarme…

—¿A quiénes? ¿A quiénes has escuchado?

—A esos muertos, esa oscuridad, se infiltran en mi mente, sin importar cuán impenetrable y alto construya el muro de hielo para bloquearlos; siempre encuentran una manera de entrar. —Hizo una pausa, como si las siguientes palabras fueran difíciles de pronunciar —. Vienen a por ti, Eda. Tú eres su objetivo.



43

Eda

Venían a por mí.

La oscuridad me estaba buscando.

Era la mismísima muerte la que se cernía sobre mí, acechándome con su sombra helada y despiadada.

La idea de que esos seres oscuros me tuvieran como blanco hizo que la piel se me erizara, cada vello de mi cuerpo reaccionando al terror que sus palabras despertaban en mí.

—Eso… —Retrocedí un paso y choqué contra el lavabo.

«¿Por qué yo? ¿Qué tengo yo que atraiga tanta oscuridad? ¿Por qué la muerte se empeña en encontrarme?».

—Después de aquel entrenamiento en Pramvera, en el bosque, justo antes del incidente con Elandra, cuando la llama azul emergió de ti por primera vez… —Hizo una pausa, luchando por encontrar las palabras—. Esa fue la primera noche que los escuché de nuevo. Tras

más de doscientos treinta años de silencio, volvieron a hablarme, a susurrar en mi mente. —Se quedó inmerso en un silencio más largo, mientras recogía el valor necesario para continuar—. Desde entonces, sus voces no han cesado. Cada vez más fuertes, más insistentes.

—¿Qué escuchaste? ¿Qué te decían?

Las palabras me salieron apresuradas, casi tropezando entre ellas.

—Los susurros…, es como si miles de muertos hablaran directamente en mi oído y me susurraran horrores inimaginables. —Su voz se quebró ligeramente—. Como si tu poder los hubiera despertado, como si la llama azul los hubiera llamado. Ellos… quieren algo, Eda. Y ese algo eres tú.

La incredulidad se pintaba en mi rostro, y el miedo se fundía en mi interior. Eso… eso no podía ser, no podía ser cierto.

—¿Qué…? —Negué con la cabeza una y otra vez—. ¿Como si los hubiera llamado? ¿Cómo es eso posible?

—Tus emociones y tus impulsos son los que los llaman.

—La rabia, el miedo, el amor, el deseo… —repetí las palabras que me había dicho esa mañana, mientras bajaba la mirada hacia el suelo—. Pero ¿cómo puedo controlarlo? ¿Cómo puedo evitar que me encuentren?

—Cuanto más te enfadas, con mayor intensidad arde tu fuego interno, y lo mismo ocurre cuando te excitas… —Su mirada recorrió mi cuerpo, apenas cubierto por la toalla que apretaba con fuerza—. No lo supe con certeza hasta esta mañana. Me hacía una idea, pero necesitaba comprobarlo.

La habitación ahora parecía encogerse a nuestro alrededor, y sentía cómo el mismo aire del baño me ahogaba. «Necesitaba

comprobarlo», había dicho. Al escuchar sus palabras, un calor abrasador subió a mi rostro, no solo por la vergüenza, sino también por la ira que comenzaba a bullir en mi interior.

«He sido un peón, un peón todo el tiempo».

—No eres ningún peón —respondió al leerme el pensamiento.

Levanté la mirada, mis ojos ardían de furia.

—Sabías que yo era el objetivo, ¿verdad?

—Eda, por favor, escúchame —me imploró, pero ya daba igual lo que me dijera.

—¿Escucharte? —Solté una risa amarga—. ¿Para qué? ¿Para oír más mentiras? ¿Para que me sigas utilizando? ¡Me llevaste a ese bosque para entrenar porque sabías que vendrían a por mí, me pusiste en peligro y provocaste mi ira! ¿Y lo de ahora? —Sentí cómo una lágrima me resbalaba por la mejilla—. Todo esto ha sido para atraerlos, ¿verdad? Sin duda, después de lo que acaba de pasar —apreté los ojos, tratando de contener más lágrimas—, cientos de muertos vienen directos hacia aquí. Hacia mí.

—No, ¿qué? No, Eda, lo de ahora no ha sido…

Intentó acercarse y tocarme, pero lo aparté con la mano.

—¡Mientes, Dalton! Me mientes constantemente, me ocultas cosas y me utilizas como cebo. Eso es lo que has estado haciendo estos días —lo acusé, cada palabra cargada de dolor y traición, mientras la desconfianza echaba raíces profundas entre nosotros.

—¡No te he utilizado como cebo, te he dado lo que querías!

La ira marcó cada línea de su rostro. Y yo me sentí pequeña, muy pequeña.

—¿Perdón? —Mis ojos llorosos se abrieron de par en par—. ¿Es que acaso no querías esto también? ¿Soy solo un juego para ti?

Dime, Dalton, ¿es eso lo que soy para ti? Porque no me digas que no cuando claramente me has traído aquí solo para poner a prueba tus malditas suposiciones.

—No quería decir eso, eso no es lo que pienso.

—Pero ¡lo has dicho! —Mi voz se rompió.

Yo me rompí.

—No eres un juego para mí, Eda —suspiró, y luego dijo—: Lo que ha pasado hoy, lo que ha pasado entre nosotros, no tenía nada que ver con eso. Pero lo de estos días… —Su rostro se suavizó—. Sí, quería ver cómo reaccionaban si te ponía a prueba, si te enfurecía. Quería ver hasta dónde llegaba tu poder.

Y eso era lo que había logrado: confirmar que esos wendigos venían directos hacia mí.

No tenía ninguna duda al respecto.

—Así que has estado jugando conmigo todo este tiempo, manipulándome para ver qué pasaba. ¡Me pusiste al borde del abismo solo para satisfacer tu curiosidad!

Dalton se llevó las manos a la cabeza desesperado y dio un paso hacia mí. Yo me envolví más con la toalla y me refugié contra el lavabo.

—Por eso me llevabas al bosque, alejado de todo, porque era el sitio perfecto para desatar cualquier poder. ¿Me equivoco?

—No. —Se tensó.

—¿Y qué hubiera pasado si no solo hubieran sido diez? ¿Si hubieran venido más a por mí? ¿Y si no solo hubieran sido ellos? ¿Entonces qué, Dalton? ¿Qué habría pasado si no hubieras podido controlarlos?

—Tenía la sospecha de que tu poder atraía a los wendigos.

—Como un cebo. Me usaste como un maldito cebo para atraerlos. —Esa certeza me golpeó con fuerza y me dejó sin aliento—. ¿Y qué soy ahora para ti, Dalton? ¿Un experimento?

—Me pediste que no mintiera y no lo estoy haciendo. Esperaba que llegaran en grupos pequeños, quizá diez o quince, nada comparado con los ejércitos de más de cincuenta mil wendigos a los que me había enfrentado antes. Un puñado de ellos no suponía un desafío para mí. —Su tono era sereno, casi didáctico, pero cada palabra parecía una piedra cayendo en el abismo de mi desesperación.

—Me has lanzado directamente a la muerte y parece que no te importa en absoluto. ¡Me has puesto en peligro!

Sentía vergüenza por haberme expuesto de manera tan íntima y vulnerable. Después de haberme entregado a él como nunca lo había hecho con nadie, ahora me sentía desnuda en más de un sentido, humillada por haber confiado y mostrado mis sentimientos.

—No te puse en peligro, como emperador eso es lo último que desearía hacer. Proteger a los míos es mi responsabilidad primordial, y eso incluye protegerte a ti de todo peligro, sin excepciones.

Él me había utilizado, había sacrificado mi seguridad sin remordimiento.

—¿Emperador? ¿Qué clase de emperador usa a una mortal como cebo para la misma muerte? —Mi voz temblaba de ira.

—Para.

Se acercó a mí con el rostro descompuesto.

—Solo un verdadero demonio haría algo así. Solo un demonio… —comencé a decir, mi voz quebrándose.

—No sigas, por favor —me interrumpió mientras tomaba mi cabeza entre sus manos y sus pulgares secaban con delicadeza las lágrimas de mis mejillas. Sus ojos buscaban los míos con una urgencia que no había visto antes.

—Vete, por favor. —Un susurro roto.

—Eda…

Aparté sus manos de mi cara y lo empujé. Luego coloqué mis manos en su pecho firme y ancho. Sabía que no lo movería, pero quería que él sintiera mi rechazo, que entendiera que no deseaba que estuviera tan cerca de mí.

—¡Vete!

—No me iré, no hasta que hablemos las cosas —dijo dando un paso atrás—. Eda, por favor…, no me hagas esto ahora. No otra vez.

«¿Otra vez?».

Cerré los ojos y más lágrimas brotaron de ellos.

—Podrías haber hablado conmigo antes de todo esto, antes de… —Me revolví, sintiendo una oleada de frustración—. Podrías haberme contado lo que pasaba mientras yo estaba aquí sola, esperándote para cenar cada noche, con la incertidumbre carcomiéndome. Pero no, preferiste estar fuera, quién sabe haciendo qué, mientras yo me consumía en la soledad y la ansiedad.

Durante aquellos últimos cuatro días, apenas habíamos hablado; solo entrenábamos y discutíamos. Me provocaba para sacar mi rabia, porque sabía que así funcionaba mejor. Pero, en realidad, me estaba hiriendo, me hacía mucho daño.

Era un constante tira y afloja, un aparecer y desaparecer, un juego cruel de acercarse solo para luego alejarse de nuevo.

—Eso de mis amantes… no era verdad, lo dije para provocarte. —Se mordió el labio y bajó la mirada—. Fue una tontería por mi parte, no debería haberte dicho aquello —admitió.

Entendía que lo de las soldados de Novadia era una mentira y, en el fondo, me resultaba indiferente lo que hiciera con otras mujeres. Pero no podía negar que la idea de que él prefiriera estar fuera de la cabaña, en lugar de conmigo, me dolía.

—Sé que eso de las soldados no lo decías en serio… y en realidad me da igual lo que hagas con otras mujeres.

Me quedé mirándolo a la espera de alguna respuesta que me diera algún consuelo o explicación, pero lo único que vi fue la lucha interna en sus ojos.

—Hace siglos que no toco a una mujer, Eda. Y no tenía ninguna intención de hacerlo, hasta que te vi. Yo… —Por primera vez, observé cómo sus mejillas se tiñeron de rojo—. Hacía más de trescientos años que no besaba a nadie, y sé que esto no es excusa, pero necesitaba que lo supieras después de haber pensado que había estado con incontables mujeres y con mis siglos de experiencia. Así que aquí tienes una verdad que necesitaba decirte —confesó Dalton. Cerró los ojos por un instante y casi volvió a extender la mano hacia mi mejilla, pero se detuvo a medio camino —. Y respecto a lo de dejarte sola en esta cabaña, no sabía si querías que me quedara aquí contigo, no sabía si querías que me quedara a cenar. Aunque escuche tus pensamientos, no puedo saber con certeza qué pasa por tu cabeza, no cuando hay veces que no hay nada ahí dentro. No sabía que te sentías así, así que te di tu espacio mientras me tomaba el mío.

Su sinceridad me hizo vacilar.

Por los dioses… claro que había escuchado mis inseguridades, claro que había oído cada uno de mis pensamientos sobre él.

En ese momento fui yo la que se confesó:

—Quería que estuvieras aquí porque me siento increíblemente sola. Desde que Nolan se fue, desde que todos se fueron…, me he quedado sin nadie con quien compartir mis días, mis pensamientos, mis miedos. La soledad se ha vuelto una carga pesada, más de lo que jamás hubiera imaginado, y lo único que deseo es tener a alguien a mi lado, alguien que me entienda y me haga sentir que no estoy sola en este mundo.

Dejé de hablar y permanecí en silencio, con la toalla apretada entre mis manos, mientras el agua de mi pelo mojado seguía cayendo gota a gota.

Dalton también se mantuvo callado, observando cómo las lágrimas resbalaban por mis mejillas, una a una.

Todo parecía caerme encima de golpe, como si en aquellos dos meses no hubiera tenido un momento para reflexionar sobre lo que realmente estaba pasando en mi vida.

Ahora, enfrentada a una dolorosa dosis de realidad, sentía la imperiosa necesidad de estar sola para pensar en todo, especialmente en lo que acababa de pasar con Dalton.

Necesitaba pensar.

—Vete, y cuando estés preparado para confiar en mí y contarme la verdad vuelve. Hasta que no me digas qué es lo que está sucediendo no quiero verte ni hablar contigo.

Respiró hondo.

—Saber que podía besarte, tocarte, ha sido una experiencia increíblemente sublime, lo más maravilloso que me ha pasado en

siglos. Pero soy consciente de que esto trae consigo muchas consecuencias, y ahora tengo que enfrentarme a cada una de ellas.

—Dalton…

En ese momento, con el ceño fruncido y el corazón acelerado, vi cómo levantaba la mirada hacia el techo. Su rostro, tan cerrado y fuerte, dejaba ver una vulnerabilidad que casi nunca mostraba.

Me pregunté qué lo había llevado a desconectarse así, perdido en sus pensamientos o quizá escuchando esas voces que solo él podía oír.

Cuando volvió a mirarme, el dolor en sus ojos me golpeó con una fuerza inesperada. Era como si pudiera sentir una parte de su tormento, una sombra de la carga que llevaba.

Se puso tenso, casi a punto de romperse.

—Esta noche quiero que sigas mis órdenes al pie de la letra. Sobrevolaré la casa y habrá soldados vigilando cada entrada, blindando esta puerta para asegurarte. Necesito que confíes en mí cuando te digo que estarás segura aquí. Sé que la noche será larga y difícil, pero mañana hablaremos y resolveremos todo esto. Por favor, quédate aquí y confía en mí.

—¿Confiar en ti? Después de…

—Mañana… hablaremos. Te lo prometo, prometo contártelo todo.

Me quedé callada pegada al lavabo procesando sus palabras. Él me miró por última vez y, antes de salir de baño, dijo:

—Eres una luz en la oscuridad para esos monstruos, y solo yo soy el culpable de que esto esté pasando. Pero, escúchame bien, Eda: si tengo que quemar el mundo por ti, lo haré sin pensarlo; si tengo que movilizar un ejército de cien mil hombres, así será. Si debo arrancar el corazón de cada uno de esos monstruos con mis propias

manos, no vacilaré. Destruiré ciudades, derribaré montañas y atravesaré océanos de sangre para protegerte. No importa a cuántos enemigos deba enfrentarme, ni cuántos sacrificios deba realizar, te juro que haré cualquier cosa para evitar que sufras, incluso si eso significa perderme a mí mismo en el proceso.

No me moví ni respiré hasta que no escuché el sonido de la puerta de la casa cerrarse.



44

Eda

Durante toda la noche, me revolví entre las sábanas, incapaz de encontrar descanso mientras Novadia se sumía en una calma que sabía que no era más que una fachada.

Fuera, el ruido de unas alas gigantes en el cielo rompía la tranquilidad del viento nocturno. Cada batir de esas alas mandaba ráfagas de aire frío que se colaban hasta mi habitación, donde trataba, en vano, de dormir. Pero no había manera de cerrar los ojos, no con la certeza de que algo estaba pasando.

Algo que, de alguna manera, tenía que ver conmigo.

Estaba sentada a la mesa del comedor, mirando el vaso de agua que tenía delante como si fuera a decirme algo. Me había puesto el uniforme como cada mañana, y una nueva capa me envolvía el

cuello y me protegía del frío que parecía haberse instalado dentro y fuera de mí. No tenía ni idea de lo que pasaría ahora, pero lo que sí sabía era que no iba a quedarme sentada, esperando a que alguien más decidiera por mí. Ese «alguien» seguramente sería enviado por Dalton, porque dudaba mucho que él tuviera las agallas de presentarse.

«Cobarde —pensé—, es un cobarde».

Le di un trago largo al vaso de agua y lo dejé de golpe en la mesa, el sonido resonó en la pequeña cabaña. Pero mientras el eco se desvanecía, me pregunté si llamarlo cobarde era lo correcto. Tal vez no era la mejor palabra.

No. No lo era.

Porque la única cobarde allí era yo, la única débil, por quedarme, por no hacer frente a las cosas como debía. Por mi culpa, después de tantos siglos, los wendigos habían vuelto, y lo habían hecho para venir a por mí, directos a por mí.

Sabía que Dalton me ocultaba muchas cosas, de eso no había duda. Pero ¿hasta dónde llegaban sus secretos? ¿Cuánto más había que no me estaba contando?

Me levanté de la silla y abrí la puerta de la cabaña, mi expresión lo decía todo: ese día no estaba para juegos.

Al salir y cerrarla detrás de mí, noté cómo los dos soldados apostados en la entrada giraban la cabeza para mirarme.

—Buenos días, señorita Eda. ¿Algún problema? —preguntó el soldado de la izquierda con una voz moderadamente firme. Soldados imperiales, siempre tan formales.

—Buenos días —respondí con frialdad y los esquivé sin siquiera molestarme en mirarlos.

El de la derecha carraspeó antes de hablar, su tono era más cauteloso.

—Perdone, señorita Eda, pero no puede salir. Son órdenes del emperador.

«Señorita Eda, señorita Eda, señorita Eda». Ya estaba harta de escuchar siempre lo mismo, de estar siempre bajo su control.

Me giré con brusquedad hacia el soldado que intentaba bloquearme el paso, sintiendo cómo la rabia comenzaba a fluir por mis venas.

—No estoy aquí para seguir sus órdenes, así que apártese de mi camino —solté con la ira retumbando en mi garganta.

Dalton había insistido en que no saliera, pero la noche ya había pasado, y yo necesitaba aire, necesitaba sentir que tenía algo de control sobre mi vida.

—Señorita Eda, no puede salir —repitió el soldado, pero yo no estaba dispuesta a retroceder.

Justo en ese momento, una voz conocida sonó detrás de los soldados.

—Yo me encargaré de ella. Retiraos, soldados —intervino la capitana Misso con un tono cortante como el acero.

Me giré hacia donde estaba quieta. Su moño, ligeramente deshecho, y el parche sobre su ojo le daban un aire aún más severo del habitual.

Ante su orden, los soldados se hicieron a un lado sin dudarlo.

—Sí, mi capitana —respondieron al unísono, saludando con respeto antes de apartarse y desaparecer por el camino de baldosas cubiertas de nieve hasta dejarnos solas en el umbral.

Di un paso en la nieve y Misso hizo lo mismo, su mirada fija en mí. Vacilé un momento antes de hablar, sabiendo que no podía seguir callándome.

—No quiero quedarme aquí cuando sé que puedo ayudar. No me han entrenado estos meses para esconderme como una cobarde. No puedo quedarme encerrada sabiendo que todo esto podría ser por… —Mi voz se apagó, sin estar segura de cuánto sabía ella sobre lo que Dalton me había contado—. No quiero quedarme aquí, capitana, no puedo.

—No deberías, no os hemos entrenado para que os quedéis escondidos —respondió dejándome perpleja. Luego añadió con una mueca irónica—: Sé que Su Alteza Imperial puede ser un poco… estúpido cuando se trata de proteger algo que le importa. Pero ese algo tiene que aprender a defenderse sola, ¿no crees? Las castañas no se sacan del fuego solas.

Me guiñó el ojo.

—¿Acabas de llamar estúpido al emperador? —pregunté conteniendo una risa incrédula.

—Tal vez —respondió con un brillo travieso en su mirada—. Espero que me haya escuchado. —Lanzó una mirada hacia el cielo—. Eh, cabronazo arrogante, espero que andes escuchando desde donde sea que estés ahora. Más tarde te echaré la bronca por dejarla encerrada —dijo mientras se volvía hacia mí.

Parecía disfrutar de la idea de que Dalton estuviera oyéndola, lo cual casi me hizo soltar una carcajada al imaginar su expresión al escucharla. Pero me contuve, recordando que aún estaba molesta y que no era momento para risas.

—Bueno, en realidad no me ha encerrado, solo me dijo que no saliera, pero ya ha amanecido y no voy a esperar a que Su Alteza Imperial decida darme permiso para respirar aire fresco —dije casi en un bufido.

Misso me observó por un momento y luego sonrió, una sonrisa que nunca había visto en ella, lo que hizo que todos mis músculos se relajaran.

—Eso solo hace que te vean débil, que el enemigo te sienta débil.

—Soy débil —confesé, diciendo en voz alta lo que había estado pensando esa mañana.

—No, no eres débil. Solo eres como… un pollito a punto de romper el cascarón.

La comparación me dejó perpleja, pero, al ver la expresión en su rostro, supe que no era una simple metáfora. Ella sabía algo, algo sobre mí que ni yo misma comprendía del todo.

Misso mantuvo su mirada fija en mí por un momento mientras me evaluaba, antes de girarse hacia la ciudad nevada.

—Vamos, acompáñame. Necesitamos respirar aire fresco.

Caminamos a buen ritmo, siguiendo el camino de baldosas que rodeaba la cabaña y nos llevaba hacia las afueras de la ciudad. La cabaña, por fortuna, estaba apartada del centro del bullicio, lo que nos permitía avanzar en un relativo silencio, solo interrumpido por el crujir de la nieve bajo nuestras botas.

A medida que seguía a la capitana, la ciudad me mostraba una faceta distinta de la que había conocido en días más tranquilos. Hasta ese momento había sido habitual ver a la gente disfrutando de sus momentos de descanso, pero ahora cada esquina del pueblo

estaba ocupada por soldados, sus posturas rígidas y sus miradas afiladas escudriñando cada rincón con atención.

Los uniformes negros, impecables y ajustados, contrastaban drásticamente con la nieve, y las espadas, bien afiladas y listas para cualquier amenaza, reflejaban los escasos rayos de sol que lograban abrirse paso a través de las nubes grises.

El ambiente estaba tenso, un silencio ominoso había reemplazado el bullicio cotidiano; no se escuchaban risas ni charlas despreocupadas, solo el incesante crujir de las botas sobre la nieve y el esporádico chasquido de las armas al ajustarse.

Novadia ya no era solo una ciudad; se había transformado en una fortaleza, un bastión de vigilancia.

—¿Han avistado más wendigos acercándose a la ciudad? —pregunté al tiempo que me esforzaba por seguir su ritmo.

—Por ahora los muertos no han vuelto a cruzar el perímetro del bosque. No hemos recibido informes de más avistamientos en un radio de diez kilómetros, pero eso no significa que podamos relajarnos. Esos cabrones siempre encuentran la manera de aparecer cuando menos lo esperas.

Avanzaba detrás de Misso, sumergida en miles y miles dudas.

Al doblar la esquina de una de las calles, nos encontramos con el hipogrifo de la capitana.

Ella se giró hacia mí.

—Venga ya, has volado en un dragón ¿y ahora te congelas frente a un hipogrifo?

No me había dado cuenta de que me había detenido en seco. Mis piernas se habían petrificado por completo, y mi mente no lograba procesar lo que veía.

—¿Eso significa que… vamos a volar? ¿Tengo que montar en el hipogrifo? —pregunté tartamudeando, como si las palabras apenas pudieran salir de mi boca.

—¿No querías aire fresco? Pues aquí lo tienes, el más fresco de todos.

Aunque ya estaba más o menos acostumbrada a volar en dragón, la idea de montarme sobre otra criatura aún me parecía surrealista.

—No lo dudo.

—Vamos, acércate —me invitó la capitana con un gesto más suave de lo que esperaba, casi como si entendiera mi aprensión.

Con pasos cautelosos, me aproximé hacia el hipogrifo.

Sus patas delanteras de águila estaban firmemente plantadas en el suelo, con garras afiladas que podían destrozar cualquier cosa en un abrir y cerrar de ojos, mientras que las traseras, de caballo, eran robustas y musculosas. Sus enormes alas de plumas blancas descansaban a sus costados, tan perfectamente recogidas que parecía una estatua esculpida en mármol.

Me detuve al lado de la capitana.

—Es… es preciosa… —murmuré sin poder apartar la mirada de la criatura—. ¿Cómo se llama?

—Aquilea —dijo Misso, colocándose frente a las poderosas patas delanteras del hipogrifo—. «Aquilea» proviene de la palabra «águila» en la lengua antigua. Aquí en Pramvera, muchos nombres tienen raíces profundas, como Barak, la mantícora del comandante Kaiden, que significa «relámpago».

Misso rodeó a Aquilea y se colocó a su lado izquierdo. Luego, con una agilidad que ya había presenciado antes, montó sobre el lomo del hipogrifo.

—Prefiero montar desde este lado —comentó, y señaló su parche con un leve gesto—. Por culpa de este ojo —añadió esbozando una media sonrisa mientras extendía su brazo hacia mí—. Vamos, no te preocupes, no muerde. Solo pica un poco.

—Pensaba que solo el jinete vinculado podía montar a su criatura —respondí al tiempo que mis ojos recorrían con cierta inquietud las poderosas alas del hipogrifo—. Bueno, excepto con Long, claro. No creo que le haya hecho mucha gracia dejarme subir, aunque no tuvo más opción. —Me encogí de hombros e intenté disimular mi nerviosismo.

Era solo una suposición, nadie me había dicho nada al respecto, pero intuía que los jinetes no se intercambiaban sus monturas, que no podían subirse a otras criaturas.

Había montado en Long junto a Dalton, y había supuesto que, siendo él el emperador, habría excepciones a la regla. Pero ahora que lo pensaba…, también me había montado en el dragón sola, sin ser su jinete, lo que hacía que todo fuera aún más extraño.

Rio con suavidad antes de responder.

—No le gusta que cualquiera la monte, pero —me evaluó de arriba abajo con su único ojo visible— estoy segura de que le caerás bien. Aquilea tiene un gusto particular por las mujeres fuertes, aquellas que no se doblegan fácilmente, ni siquiera ante las órdenes del mismísimo emperador.

Tomé su mano extendida y, con un impulso, pasé mi pierna izquierda sobre Aquilea para quedar sentada detrás de la capitana.

Era extraño no solo cambiar de criatura, sino también de jinete.

—¿Aquilea te ha dicho todo eso?

—No exactamente, pero después de tantos años juntas, aprendes a comprenderla, a interpretar sus señales. Me encantaría saber qué piensan estas criaturas, entender qué pasa por sus mentes. —Su mano recorrió el plumaje de Aquilea con una suavidad casi reverente —. Tener ese poder sería increíble, ¿no crees?

—¿Crees que se comunican entre ellas? Como Dalton a veces lo hace con nosotros —reflexioné en voz alta, recordando cómo había sentido su presencia en mi mente sin que él moviera un solo músculo.

«Necesito dejar de pensar en el emperador».

—He observado su comportamiento durante años. La manera en que se miran entre sí, como si estuvieran conversando, y cómo a veces parecen tomar decisiones sin que los jinetes les den ninguna instrucción. Así que, sí, es muy probable que se comuniquen mentalmente, de una manera similar a como lo hace Dalton.

—Sería fascinante si fuera cierto.

Se giró hacia delante.

—Está bien, cógete a mi cintura —ordenó, y obedecí—. Sabes cómo colocar las piernas, ¿no? Aprieta con los muslos y mantén el abdomen firme para equilibrarte.

Antes de que terminara de dar instrucciones, Aquilea desplegó sus alas blancas y las extendió con una envergadura que cortaba el viento helado de la mañana.

Con un poderoso aleteo, el hipogrifo se elevó hacia el cielo.

La verdad fue que, cuando había salido de la cabaña hacía menos de diez minutos, jamás imaginé que terminaría volando sobre un hipogrifo.

Era lo último que esperaba. Pero, claro, dos meses atrás tampoco habría creído posible que de mi interior pudiera brotar un fuego azul, uno que no solo ardía y daba forma a figuras imposibles, sino que, según parecía, también susurraba a la mismísima muerte.

El simple hecho de pensarlo me hacía sentir como si hubiera caído en un mundo completamente ajeno, un lugar donde las reglas que conocía ya no tenían sentido, y donde mi propia existencia había tomado un giro que nunca habría imaginado.

Mientras subíamos, la ciudad se veía diferente desde arriba. Las criaturas volaban alrededor, y los soldados, con sus uniformes negros, se movían como pequeñas hormigas bien organizadas.

Pero no había señales de Long ni de Dalton.

Delante de nosotras, la Fortaleza de la Cumbre de Hielo se alzaba, cada vez más cerca. No había duda de que ese era nuestro destino.

Sentí un nudo en el estómago al pensar en lo que la capitana tenía planeado para mí aquella mañana. Si no hubiera salido por mi cuenta, estaba segura de que ella habría venido a buscarme.

Sabía que esto no era una simple visita de cortesía.

Aquilea nos llevó directas a la montaña, deslizándose con agilidad entre enormes columnas de piedra antes de aterrizar en un gran salón. Era el mismo lugar donde había llegado en el dragón unos días atrás.

A nuestro alrededor, otras criaturas aterrizaban con sus jinetes: los hipogrifos tocaban el suelo y desplegaban sus alas, mientras las mantícoras dejaban a sus jinetes antes de elevarse de nuevo hacia el cielo.

Aquilea posó sus patas en el salón y mi mundo pareció detenerse.

Los jinetes nos observaron y se inclinaron con respeto. Algunos ladeaban ligeramente la cabeza para evaluarnos con una curiosidad evidente antes de hacer un gesto de reverencia hacia la capitana. Sin más, continuaban su marcha hacia el interior de la fortaleza.

Ya me había percatado de sus miradas cuando llegué allí por primera vez con el emperador, pero, al verme junto a la capitana, su interés parecía haberse intensificado. Sabía que mi presencia con dos figuras de tal calibre no era algo común en ese lugar.

Nos bajamos de Aquilea, y ella se unió a los demás hipogrifos.

—Sígueme, Eda —me indicó Misso.

—¿Por qué están todos los jinetes de los escuadrones de mantícoras e hipogrifos aquí? —pregunté mientras la seguía por el mismo camino que tomaban los jinetes.

—La mayoría de ellos están aquí, y los que no continúan vigilando las zonas más desprotegidas de las montañas.

Eso tenía sentido.

Me alegraba que Novadia se asentara en una cordillera, rodeada de altas montañas. Seguro que no era por casualidad; esas montañas actuaban como un escudo natural.

—Después de lo que ocurrió ayer, es necesaria una reunión de escuadrones, de todos los escuadrones —explicó caminando delante de mí sin alejarse demasiado.

—¿De todos los escuadrones?

—Bueno, de los escuadrones de mantícoras e hipogrifos, sí, estamos todos los jinetes. Pero de los otros escuadrones solo han venido sus líderes —dijo en voz baja.

Los pasillos de la Fortaleza de la Cumbre de Hielo eran un espectáculo deslumbrante.

—¿Te refieres a los líderes de los escuadrones de nightmares, zengs y bestias desplazadoras? —pregunté rápidamente, mi mente volviendo a Elandra, Liral y Adriel.

—Exacto. La situación actual exige que todos los líderes estén informados y coordinados, sin importar la criatura que lideren. Es una medida de precaución.

Continuamos avanzando, el frío del lugar mordía cualquier piel descubierta y hacía que mi aliento se convirtiera en vapor frente a mí.

—¿Te sorprende? Recuerda que soy la líder del escuadrón de hipogrifos.

—No es que me sorprenda… —admití frunciendo el ceño ligeramente—. Más bien, me preocupa pensar en los reclutas.

—Ellos no están aquí. Solo han venido sus líderes. Sería demasiado peligroso dejar una cordillera desprotegida sin jinetes, por eso basta con que asistan sus superiores a la reunión —respondió bajando la voz mientras nos acercábamos a un inmenso salón cuyas puertas de hielo permanecían del todo abiertas.

—Y el emperador, ¿estará presente en esta reunión? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta; estaba claro que él se encontraría allí. Sin embargo, la curiosidad me empujaba a confirmarlo.

El frío comenzaba a entumecerme el cerebro, lo que dificultaba mis pensamientos.

Misso asintió sin detenerse, un gesto que confirmó lo que ya sabía.

—El emperador ha convocado la reunión —confirmó—. Él mismo liderará el encuentro, discutiendo las estrategias que seguir y los informes recientes sobre la amenaza de esos huesos andantes. Es

crucial que vayamos un paso por delante, sobre todo ahora que las sombras se están moviendo. No podemos permitirnos ningún error.

Me mantuve cerca de la capitana, mis ojos recorriendo las caras de los jinetes que se reunían en la gran sala. Ninguna me resultaba familiar. No veía a mi hermano entre ellos.

¿Estaría allí? Era probable que ya se hallase dentro o que llegara pronto; dudaba que lo hubieran dejado de vigilancia fuera, considerando que aún era nuevo en eso de la vinculación.

Al cruzar el umbral hacia la sala, fue como entrar en un reino de otro mundo, un dominio deslumbrante de hielo y cristal.

La vista más impresionante era la larga mesa de hielo que se extendía más de veinte metros, rodeada de sillas en las que los jinetes iban tomando asiento.

Al frente de la sala, arcos esculpidos en el hielo se abrían hacia el otro lado de la montaña, ofreciendo una vista espectacular de un abismo que se perdía en la distancia. No había ventanas, solo ese vacío.

El salón estaba sumido en un silencio denso, apenas roto por murmullos dispersos que no llegaban a convertirse en conversaciones.

Mis ojos vagaban por la sala, un torrente de caras desconocidas que flotaban ante mi vista mientras buscaba a Nolan. Luego, casi sin darme cuenta, mis pensamientos se desviaron hacia él, hacia ese hombre que había huido de mí anoche, dejando un vacío que todavía me oprimía el pecho.

Misso me guio con discreción por el brazo, manteniendo una postura impecablemente erguida mientras saludaba a los presentes con un gesto de la cabeza.

Nos dirigimos hacia el extremo de la mesa de hielo, donde un trono imponente la dominaba. Lo normal sería que estuviera ocupado por Dalton Basilius, pero en ese momento se hallaba… vacío.

Misso, con un gesto sutil, me indicó una silla de cristal vacía a su lado. Ella se acomodó a la derecha del trono, mientras que el comandante Kaiden, a su izquierda, me ofreció una sonrisa fugaz antes de tomar asiento.

A su alrededor, ocupaban sus sitios los que parecían ser los otros líderes, reconocibles por sus uniformes impecables y las insignias plateadas sobre sus corazones, símbolos del escuadrón que lideraban.

Frente a nosotros destacaban dos hombres y una mujer, cuya piel, bronceada por la constante exposición al sol, contrastaba notablemente con la palidez característica de Novadia.

La cordillera de Arcadia, de allí provenían.

La mujer, con una cabellera rubia que caía en suaves ondas hasta sus hombros, tenía unos ojos claros. Su belleza era indiscutible, y en su uniforme portaba la insignia de una bestia desplazadora, la criatura de Liral.

Mis ojos se dirigieron hacia los dos hombres sentados a su lado. El primero, de piel profundamente oscura, casi negra, irradiaba un brillo particular bajo la luz. Su uniforme llevaba la insignia de un zeng.

Sin embargo, fue el segundo hombre quien realmente capturó mi atención. Con un cabello de un intenso pelirrojo y ojos de un azul tan profundo como los míos. Era, sencillamente, hermoso.

El líder de los nightmares.

Sin querer, me encontré observándolo más de lo que pretendía, pero cuando sus ojos se cruzaron con los míos, aparté la mirada veloz.

Para disimular, desvié la vista hacia el otro lado de la mesa, lo que me permitió notar la disposición de los asientos. La distribución no dejaba lugar a dudas sobre el orden jerárquico de los presentes: los jinetes más veteranos ocupaban las sillas más cercanas al trono, con rostros serios y decididos, mientras que los más jóvenes y novatos se situaban hacia los extremos.

Pero ni rastro de mi hermano.

La atmósfera se tensó al máximo cuando Dalton Basilius hizo su entrada en la gran sala.

Un silencio absoluto cayó sobre la estancia, como si el aire mismo hubiera sido succionado de la habitación.

De inmediato, todos los presentes se levantaron de sus asientos en un movimiento perfectamente sincronizado, sus posturas rígidas y sus ojos fijos en el frente, como si un simple pestañeo pudiera atraer su ira.

Yo reaccioné un segundo más tarde que el resto, y me puse de pie mientras giraba un poco la cabeza para ver a Dalton.

Mi respiración se detuvo, atrapada en mis pulmones, al verlo avanzar hacia el trono.

No era solo un hombre; era un emperador hecho de fuego, espadas y pura voluntad, una fuerza de la naturaleza que nadie podía detener.

«Un dragón».

Rehuí su mirada cuando pasó detrás de mí, pero no pude evitar sentir el peso de su atención.

Cada uno de sus pasos se escuchaba en la sala, un eco que hacía temblar el suelo bajo mis pies, como si la propia tierra reconociera su dominio.

Cuando por fin llegó al frente de la mesa, se giró y con una sola palabra —«Sentaos»—, hizo que todos volvieran a sus asientos, como si una fuerza invisible los hubiera empujado hacia abajo.

Agradecí en mi interior poder sentarme, porque sentía que mis piernas no habrían podido sostenerme durante mucho más tiempo.

Aunque Dalton no me miró, sabía que era muy consciente de mi presencia.

Me encontraba sentada a solo una silla de distancia, y no pasó por mi mente el que él hubiera planeado todo para que me colocaran justo ahí. Después de que le dejara claro que no quería verlo la noche anterior, traerme a esta reunión se sentía como una forma de obligarnos a estar cerca sin tener que enfrentarnos a lo que había pasado entre nosotros.

Si hubiera venido a buscarme esa mañana, habría tenido que darme explicaciones que, claramente, no estaba listo para dar.

Y eso me enfurecía más.

Dalton habló y capturó la atención de todos los presentes, incluida la mía.

—Bien, como sabéis en las últimas veinticuatro horas se han avistado diecisiete wendigos. Diez de ellos fueron abatidos por la señorita Eda y por mí.

El emperador señaló en mi dirección y, en ese momento, sentí como si todo mi cuerpo se congelara cuando se cruzaron nuestras miradas.

Era como si la montaña misma se hubiese movido bajo mis pies y, por un segundo, juraría que realmente lo había hecho.

Todos los jinetes y los líderes dirigieron sus miradas hacia mí, pero evité devolverlas.

—Los diez wendigos abatidos fueron incinerados, según dicta el protocolo —intervino el comandante Kaiden, enderezando su robusto torso.

—Su Alteza Imperial, permítame preguntar —dijo el líder de los zengs—, ¿dónde fueron encontrados los otros siete wendigos? ¿Estaban en grupo?

Dalton le contestó:

—Los otros siete no se hallaban juntos en un solo grupo, ni se encontraron en el bosque como los diez primeros. Estos siete fueron avistados rodeando la cordillera. —Hizo una pausa y dirigió una mirada significativa a Misso—. Capitana, ¿a qué distancia estaban los unos de los otros?

—Entre diez y quince kilómetros, Alteza. No se movían de sus posiciones, simplemente estaban ahí, esperando…

—Esperando no, estaban ahí para enviar una señal. —Dalton acabó la frase.

—¿Una señal, Alteza? ¿A qué se refiere? —preguntó la líder de las bestias desplazadoras.

Ella y Misso eran las únicas mujeres entre los líderes.

—Esos siete wendigos no estaban allí para atacar, y por sí solos no suponen ningún problema para el imperio. Lo que sí es problemático es quién está detrás de todo esto y que, después de trescientos cincuenta años, vuelvan a acercarse a nuestras ciudades —contestó el emperador con seriedad.

Habían pasado tantos años desde que un wendigo había pisado por última vez Pramvera… Era probable que muchos de los jinetes en aquella sala nunca hubieran visto uno en persona.

«Vienen a por ti, Eda. Tú eres su objetivo».

La realidad de esa frase me golpeó.

—Alteza, ¿a qué se refiere cuando menciona que alguien está detrás de todo esto? —preguntó un jinete desde el final de la mesa de hielo.

Otro, más próximo en la mesa, intervino con rapidez:

—Su Alteza, se supone que estos muertos no deberían tener cerebro. ¿Cómo es posible que sepan qué hacer, cómo posicionarse y actuar? ¿No deberían tan solo atacar por instinto, sin pensar?

Dalton se enderezó en su asiento, su mirada recorrió a todos los presentes.

—Tradicionalmente, los wendigos han sido criaturas impulsadas por el instinto puro, movidos por su sed insaciable de carne y caos. Pero lo que ha sucedido en estas últimas horas… es diferente. Es como si actuaran con un propósito claro y, tal vez, estratégico. Hay algo o alguien más detrás de esto.

Dalton observó a los líderes reunidos.

—Nunca antes habíamos visto a los wendigos tan pasivos, tan organizados. Simplemente estaban ahí, esperando, sin mostrar ningún interés en luchar, como si siguieran órdenes. Esto es diferente, y debemos prepararnos para lo que sea que esté por venir.

El silencio se apoderó de la sala.

En la visión de la capitana Misso durante la guerra de las Sombras Eternas, los wendigos se mostraban como demonios de la noche,

con el único propósito de desgarrar la carne de sus enemigos. Pero cuando nos habíamos enfrentado a ellos, también permanecieron inmóviles, como si nos observaran a la espera de algo.

—¿Y qué acciones propone Su Alteza para acabar con esta amenaza? —interrogó el líder de los zengs.

El comandante habló:

—Primero, debemos incrementar nuestras patrullas de vigilancia, no solo en los perímetros habituales, sino también en áreas que hemos considerado seguras. Si vienen más, debemos observarlos desde lejos, analizar de dónde provienen y cómo logran infiltrarse entre las montañas sin ser detectados.

El comandante seguía hablando, pero mi mente comenzó a divagar.

Dalton había insinuado que los wendigos tal vez no tenían la intención de atacar, sino que estaban allí como una especie de señal. Pero ¿cómo era posible que hubieran llegado tan lejos sin ser detectados? Había visto a las mantícoras y los hipogrifos patrullar la cordillera constantemente, sin mencionar los miles de soldados que vigilaban la zona.

Entonces, pensé en el plan de Dalton cuando me trajo a este lugar. Su objetivo era confirmar si yo era el blanco que los wendigos estaban buscando y, por desgracia, su teoría se había confirmado. Pero lo que me inquietaba era que, a pesar de utilizarme como cebo, no había hecho ningún esfuerzo por seguirles el rastro, por averiguar de dónde venían o cómo habían llegado hasta allí sin ser vistos.

«¿Qué pasaría si los wendigos ya hubieran estado ahí, escondidos entre las sombras, mucho antes de que yo llegara?».

Dilo en voz alta, escuché la voz de Dalton resonar en mí, clara y directa. Al girarme hacia él, vi sus ojos fijos en los míos, con una chispa de diversión asomando en su mirada.

Ajusté mi posición en la fría silla de cristal y me incliné hacia delante para captar la atención de todos en la sala.

—Es imposible que un grupo de diez wendigos haya pasado desapercibido con todas las mantícoras, los hipogrifos y el dragón patrullando constantemente el cielo. Su Alteza Imperial los habría detectado sin duda alguna —dije mirando brevemente al comandante Kaiden antes de callar.

—Sigue —ordenó Dalton.

Lo hice.

—Los wendigos no son criaturas que puedan moverse con tal sigilo o astucia como para evadir a dos escuadrones enteros y a todos los soldados imperiales. A menos que… —Hice una pausa, dejando que el silencio llenara la sala por un momento—. A menos que los wendigos ya estuvieran aquí, ocultos de alguna manera, esperando el momento oportuno para atacar.

—¿Qué quieres decir con eso, señorita Eda? —Dalton ladeó la cabeza y su mirada recorrió cada centímetro de mi rostro helado—. Quiero ver a dónde quieres llegar.

Todos en la sala dirigieron sus miradas hacia mí, pendientes de cada palabra que salía de mi boca.

Una mortal entre líderes y jinetes convertida en el centro de atención.

—Los cuerpos de los wendigos no parecían hallarse en tan mal estado, sino que estaban cubiertos de hielo y nieve. Si hubieran

caminado kilómetros y kilómetros, no estarían en esas condiciones —expliqué, apoyando mis manos sobre el hielo de la mesa.

—Los cuerpos de los wendigos son débiles por naturaleza, especialmente bajo estas severas condiciones meteorológicas como tormentas de nieve o avalanchas, sobre todo fuera de los límites seguros de Novadia. Aunque posean una letalidad indudable, sus frágiles estructuras no están diseñadas para soportar tales extremos —explicó Dalton, que tamborileaba sus dedos sobre la mesa —. Y aun así, los diecisiete wendigos que encontramos se hallaban en un estado impecable, como… recién resucitados.

Nos miramos fijamente y asentí con la cabeza; parecía que ambos habíamos llegado a la misma conclusión.

—Todo cadáver puede ser transformado en wendigo, ¿no? —pregunté.

—Sí —respondió.

—Tal vez no sea necesario tocarlos.

La capitana se giró hacia mí.

—¿Estás diciendo que algo o alguien los está despertando sin necesidad de tocarlos?

Dalton se apresuró a contestar:

—Es posible que las montañas de Novadia sean un cementerio, lleno de cadáveres preservados por el frío. Si alguien o algo puede despertar a estos muertos sin necesidad de contacto directo, entonces podríamos estar sobre un ejército durmiente listo para ser movilizado.

Él sabía muy bien que en algún momento, hacía siglos, Novadia había sido escenario de una gran batalla, o tal vez incluso de una guerra.

—La verdadera pregunta es ¿quién podría tener el conocimiento y el poder para manipularlos así? —se adelantó a decir la líder de las bestias desplazadoras.

Noté una mirada rápida entre el comandante y el emperador, un intercambio fugaz que quizá…

—Sea como sea, tenemos que movilizar a todos los escuadrones y que estén alerta. A los soldados imperiales, y sobre todo a los guerreros kailani. —Dalton Basilius miró a la capitana—. Los kailani son tu ejército ahora; quiero movilizarlos de inmediato. Vuelve hoy mismo a Arcadia y trae a la mitad de ese ejército aquí.

—Sí, Su Alteza Imperial —respondió la capitana con un asentimiento.

Dalton Basilius se levantó del trono, su gesto un claro indicativo de que la reunión había llegado a su fin. Al instante, todos los presentes en la sala se pusieron de pie en un solo movimiento.

—Cada líder debe regresar de inmediato a sus escuadrones y cada jinete a su montura. —El emperador elevó la voz—. Esto ha dejado de ser un simple entrenamiento. La oscuridad ha vuelto.

Dalton hizo un gesto a la capitana, quien, tras recibir la orden de movilizar a los guerreros kailani, abandonó la sala con paso firme.

Me levanté, decidida a salir de allí enseguida, pero Dalton fue más rápido. Se plantó frente a mí, bloqueando mi camino con una contundencia que anulaba cualquier intento de réplica.

—No vas a ir a ninguna parte, querida. Te quedas aquí. Conmigo.



45

Eda

Las puertas de la sala se cerraron sin que Dalton diera la orden.

Nos quedamos solos, envueltos en una corriente arrolladora, como si estuviéramos en el epicentro de una tormenta, sin tregua ni escape.

Aún tenía vívidos en mi memoria los sucesos de la noche anterior: las emociones desbordadas, los besos que ardían en mi piel, sus dedos firmemente aferrados a mis piernas, pero, sobre todo, las palabras que me había susurrado antes de que todo se desmoronara…

Parpadeé lentamente, en contraste con mi respiración acelerada mientras permanecía inmóvil frente a la silla, sintiendo el peso de la capa enroscada alrededor de mi cuello.

Él estaba frente a mí, y nuestros ojos se encontraron en una mirada fija, intensa e insoportable.

Incapaz de mantenerla, la desvié hacia las enormes aperturas al frente de la sala.

—¿Quieres un vaso de agua? —fue lo único que dijo.

Me giré hacia él, esperando ver algún rastro de broma en su expresión, pero su rostro seguía tan serio como siempre.

No respondí, tan solo lo observé mientras se dirigía hacia un mueble robusto de piedra al otro lado del salón.

Sobre el mueble descansaba una bandeja de plata, con una jarra de agua de cristal y varios vasos tallados a su lado. Dalton tomó la jarra y comenzó a servir el agua con calma, como si la tensión suspendida entre nosotros no existiera.

—¿Cómo está hoy Calen? —pregunté mientras mis dedos jugaban nerviosos con el broche de mi capa.

—Calen ha estado durmiendo desde ayer —respondió, su tono calmado—. Faelan, el regente de la fortaleza, me informó esta mañana. —Extendió el vaso hacia mí, y noté que el cristal estaba sorprendentemente cálido, como si el calor de sus manos hubiera disipado el frío que nos rodeaba—. Los vinculados con los hipogrifos suelen tardar más en completar su vinculación. No es nada que no haya visto antes, así que no te preocupes.

—¿Y los demás? —pregunté aceptando el vaso.

—Elandra ya está al mismo nivel que Nolan, ambos están entrenando e intentando controlar sus poderes. Adriel va por el mismo camino, su vinculación está completa y ambos están a salvo —continuó con un tono tranquilizador—. Y Liral completó su vinculación hace apenas dos días. Eso es lo que me ha reportado la líder de las bestias desplazadoras.

Cerré los ojos y dejé que el alivio inundara mi pecho. Estaban seguros y progresando.

—Los líderes de los escuadrones eran los que teníamos delante, ¿no?

—Sí, Luca es el líder del escuadrón de zengs; Gwren, la mujer, es la líder de las bestias desplazadoras, y el hombre de piel oscura es Alaric, el líder de los nightmares. Y al resto ya lo conoces.

Dalton se alejó un poco y caminó hacia las aperturas, con las manos en los bolsillos y sin su habitual fuego.

—Sé que estás ansiosa por hacerme mil preguntas, así que adelante, soy todo tuyo —dijo mientras miraba hacia las montañas.

Estaba tan atractivo… Sacudí mi cabeza, intentando despejar esos pensamientos.

—¿Ahora sí estás dispuesto a responder?

Se giró para mirarme por encima del hombro.

—Te prometo que cuando te acuestes esta noche, todas tus dudas estarán resueltas —dijo con esa sonrisa que tanto me irritaba—. Te lo prometo.

«Me lo promete…».

—Suponiendo que las promesas de un emperador se cumplen, empecemos primero con las dudas que tengo sobre la reunión. —Dejé el vaso sobre la mesa y me acerqué a él bordeando el mueble.

—¿Debería ponerme cómodo, señorita Eda? —preguntó al tiempo que sacaba las manos de los bolsillos para cruzarlas sobre el pecho.

A pesar del día cargado de malas noticias y de haber anunciado que estábamos en guerra, parecía que no había perdido su humor.

—Los guerreros kailani —dije mientras me colocaba a su lado, intentando no mirarlo—. Antes has ordenado a Misso que vaya a la

cordillera de Arcadia y traiga la mitad de ese ejército aquí. ¿Quiénes son?

—Los kailani representan la élite del ejército imperial. Cualquier soldado que destaque es trasladado a Arcadia para entrenarse junto a estos guerreros. Han estado bajo el mando de la capitana Misso desde hace siglos.

Asentí para mí misma.

—¿Por qué los comanda ella y no tú?

—Yo comando a cada soldado, a cada persona y a cada criatura que pisa este imperio —dijo girándose hacia mí, aunque yo mantuve la mirada fija al frente—. Soy el líder supremo de todos los soldados imperiales, de cada jinete y sus escuadrones, y de los guerreros kailani. Ningún movimiento se ejecuta sin mi consentimiento, sin mi orden. Y aunque no soy mortal, tampoco estoy hecho de piedra. —Fue en ese momento cuando al fin lo miré—. Alexander y Misso son mis dos manos, y siempre lo han sido. Se han ganado los rangos más altos porque confío plenamente en que pueden dirigir el imperio como yo lo haría.

Me quedé muda, hechizada por sus ojos.

Continuó hablando:

—Todo lo que dijiste en la reunión… me ha dejado sin palabras, y estoy seguro de que impresionó a todos los demás también. Llegar a esa conclusión fue algo extraordinario. —Una brisa helada agitó un mechón oscuro de su cabello, que cayó suave sobre su rostro—. A los jinetes se los entrena para defenderse, luchar, montar criaturas y controlar sus poderes. Hay miles de personas en este imperio que pueden enfrentarse a la muerte en combate, pero esa capacidad de

razonamiento, esa habilidad para llegar a conclusiones… Eso, Eda, es la verdadera clave para ganar: la inteligencia.

Entonces, sentí un roce tenue, apenas perceptible, en mi mejilla derecha, como un susurro sobre mi piel que me provocó un cosquilleo.

Por instinto, llevé mi mano al lugar donde aún sentía ese tacto fantasma. Fue entonces cuando me di cuenta: Dalton me había acariciado utilizando su poder invisible, el mismo que había usado la noche anterior.

—Me prometiste que antes de acostarme esta noche, todas mis dudas estarían resueltas. Así que sigamos. Vayamos con lo importante, porque ambos sabemos que todo esto es culpa mía.

Dalton apartó su caricia de mi mejilla, y yo me quedé en silencio, atrapada en mis propios pensamientos y miedos.

—No es tu culpa, Eda.

—Sí lo es. Y no intentes convencerme de lo contrario —repliqué, mi voz cargada con un filo que no intenté disimular.

—Te prometí que te daría las explicaciones que necesitas, y eso es lo que haré. Ven —dijo, y empezó a caminar hacia las puertas.

—¿Ir a dónde? ¿No podemos hablarlo aquí? —Mis piernas, casi sin que me diera cuenta, comenzaron a moverse detrás de él, aunque mi mente aún estaba atrapada en la confusión.

—Tengo que enseñarte algo.

«¿Enseñarme algo? ¿A qué se refiere?».

—¡Dalton! Espera, ¿a dónde vamos? —le grité tratando de llegar hasta él.

Se giró de golpe y se detuvo, lo que hizo que me estrellara contra su sólido pecho. Entonces levanté la cabeza para mirarlo.

—Volvemos a casa.



46

Eda

A casa.

Volvíamos al palacio.

—Llevas la espada, ¿verdad? —Su voz resonó clara, incluso en la distancia. Dalton, sentado sobre el lomo de Long, me observaba con una postura relajada, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—¿Acaso la voy a tener que utilizar? —bufé—. Bueno, contigo nunca se sabe. A lo mejor me vuelves a usar de cebo.

—¿La llevas o no? —insistió, ignorando mi sarcasmo.

—Sí, la llevo —respondí, y me aseguré de que la empuñadura de mi espada estuviera a mi alcance.

—Entonces sube. No necesitas nada más. Antes de que se ponga el sol estaremos de vuelta en Novadia. —Me hizo un gesto con la mano invitándome a subir.

La irritación burbujeó dentro de mí ante su tono presuntuoso.

«¿Qué es tan importante en Pramvera que no puede esperar?».

Su actitud de saberlo y hacerlo todo a su manera me exasperaba.

—No te soporto cuando te pones así, haciéndote el misterioso —mascullé entre dientes—. Estoy harta de tus juegos.

Su risa resonó en el amplio salón y reverberó en las paredes de piedra, lo que aumentó aún más mi irritación.

—¿Necesitas que baje y te ayude a subir? —dijo con evidente sarcasmo—. Sabes que estaría encantado de hacerlo, ¿verdad?

Mis ojos se abrieron de par en par mientras giraba la cabeza hacia el interior de la fortaleza. Por suerte, el salón estaba vacío y nadie había escuchado nada. Las amplias paredes de piedra mantenían su silencio, sin una sola alma a la vista.

—No necesito tu ayuda, sé subir sola —respondí, esforzándome por mantener la calma y resistiéndome a darle el gusto de verme enfadada.

No quería permitir que la ira se adueñara de mí, no esa vez.

Sabía que cualquier emoción descontrolada podría encender el fuego que llevaba dentro y, ahora más que nunca, tenía que mantener mis sentimientos bajo control, obligarme a no ceder ante ellos.

Con ese pensamiento, ajusté la capa sobre mis hombros y coloqué las manos sobre las escarpadas escamas del dragón, preparándome para subir. Pero antes de que pudiera impulsarme hacia arriba, sentí un tirón en la cintura. En un solo movimiento, Dalton me capturó con sus brazos. Me levantó con facilidad, como si no pesara nada, y me colocó justo delante de él sobre el lomo del dragón.

Su agarre era casi posesivo.

La presión de sus manos sobre mi cintura envió un escalofrío a través de mi piel. Su calor…, una sombra que seguía cada uno de mis movimientos; su aliento, apenas un susurro contra la piel de mi nuca que se erizaba al contacto.

Intenté calmarme, tomé una respiración profunda, como si con ese único gesto pudiera absorber todo el oxígeno del mundo.

—No has parado de hablar desde que salimos de la sala del consejo, ¿y ahora de repente te quedas muda? —Su voz, suave y provocativa, se deslizó hasta mi oreja derecha—. ¿Acaso te pasa algo?

Me tensé, como una cuerda a punto de romperse.

«Sabe muy bien qué me pasa».

—¿Por qué vamos a la ciudad de Pramvera? —logré decir, intentando ignorar cómo sus manos, colocadas al milímetro en mi cintura, me hacían perder el sentido.

Maldito demonio…, sabía exactamente lo que estaba haciendo. Y ahí estaba yo, afectada por su proximidad, como si nuestra discusión no hubiera importado, como si nada hubiera sucedido, como si el hecho de que no hubiera venido personalmente a buscarme esa mañana no me doliera.

—No todo se puede explicar con palabras, impaciente.

—¿Y qué tiene que ver eso con que me pongas delante? Siempre vuelo detrás.

—Ya has volado sola con Long, así que no deberías tener problemas para ir delante de mí, ¿no? —Su mano descendió hacia mi muslo y lo presionó suavemente mientras susurraba—. Piernas firmes y apretadas contra el lomo. —Sus dedos guiaron mi rodilla hacia dentro.

En respuesta, me incliné hacia atrás y me pegué a él lo máximo posible. Al hacerlo, sentí cómo su cuerpo se tensaba contra el mío.

—Sé cómo hacerlo, no necesitas inventar excusas para tocarme —le contesté mientras me acomodaba aún más cerca y notaba la respuesta inmediata de su cuerpo al mío.

Él guardó silencio, pero escuché cómo soltaba un suspiro entrecortado seguido de un leve gruñido.

Una sonrisa traviesa se asomó en mis labios, oculta de su vista.

—¿Acaso te ha comido la lengua el gato ahora, Su Alteza?

Resopló.

—Tranquila, tengo la lengua intacta, y planeo mantenerla así, especialmente ahora que he descubierto cuánto te gusta. —Sus manos volvieron a mi cintura.

Un escalofrío recorrió mi columna como un rayo, y sentí que un calor abrasador me inundaba el rostro y me ruborizaba hasta las raíces del cabello.

Aquel hombre sabía darle la vuelta a todo, manejando cada situación a su favor.

—Creo que estoy demasiado delante —dije, ajustándome un poco hacia atrás para apretarme más contra él—. ¿Así está bien?

Sentí cómo su pecho se expandía y se llenaba de aire, y luego lo liberó muy despacio, mientras sus manos se apretaban en mi estómago, atrapándome con la tenacidad de una telaraña, como si quisiera fusionar mi cuerpo con el suyo.

—Querida Eda, no necesitas moverte contra mí para conseguir ese efecto—susurró él y se acercó lo suficiente como para que sus labios apenas rozaran mi oreja—. Solo con tu olor ya me vuelves loco.

«Solo con olerme…».

—Bien, sujétate fuerte —me dijo, y lo hice sin pensarlo dos veces —. Ahora que te tengo tan cerca, necesito liberar toda esta energía acumulada, y nada me alivia más que volar. Y te lo advierto —sus dedos se deslizaron peligrosamente cerca de mi abdomen— esta vez lo haré rápido y con fuerza.

No había exagerado; volar con él antes había sido un simple paseo en comparación con lo que experimenté esa vez.

Era una sensación completamente diferente, más rápida y vibrante, como si todo mi ser estuviera conectado con el latido del aire.

No sentí miedo en ningún momento; en su lugar, una oleada de adrenalina pura corría por mis venas electrificando cada célula de mi cuerpo.

Nos elevábamos y descendíamos, mecidos por las corrientes de aire, mientras mis dedos rozaban las nubes. Lo que desde abajo parecían masas esponjosas, allí arriba se revelaban como brumas etéreas, su textura difusa y vaporosa mucho más compleja de lo que había imaginado.

Bajo nosotros, el paisaje se transformaba de manera dramática. La vasta extensión blanca de la nieve daba paso a un mar de verdes, donde campos y colinas rebosantes de flores se desplegaban en un caleidoscopio de colores. Cada uno de ellos parecía brillar con luz propia, acariciado por una brisa cálida que jugueteaba con mi cabello, como si quisiera recordarme que el invierno había pasado y que la vida estaba renaciendo.

Era un mundo que despertaba a la vida después del largo sueño del invierno.

Dalton me mantenía segura mientras Long, con sus poderosas alas desplegadas, se deslizaba sobre las nubes; parecía que el tiempo se hubiera detenido.

Extendí mis brazos y lo imité, y por un segundo me sentí completamente libre.

No me importaba que mi cabello azotara mi rostro; allí arriba, todo era diferente, como si pudiéramos detener el tiempo o rozar el sol con la punta de los dedos.

Giré un poco la cabeza hacia Dalton y lo vi sonriendo de oreja a oreja. Aquel momento nos pertenecía solo a nosotros, sobre los cielos del imperio, como si el mundo entero quedara lejos, debajo de nuestras alas.

Quiero que veas algo, pero no te asustes. Sus palabras me acariciaron, tan familiares como el latido de mi propio corazón. Ya no me asustaba con la misma facilidad de antes.

¿Qué vas a hacer ahora?, insistí en saber.

Tranquila, esta vez no serás el cebo de la muerte. Su voz goteaba sarcasmo. ¿Cómo podía bromear sobre algo tan serio? Aunque, pensándolo bien, había sido yo quien había empezado con las bromas. *Solo mira al frente y confía en mí.*

Hice lo que me dijo.

En un instante, Long se lanzó en picado mientras ganaba velocidad con una rapidez que cortaba el aliento. Apreté mis piernas contra su cuerpo y me aferré a sus escamas negras, sintiendo cómo los poderosos músculos del dragón se tensaban bajo nosotros.

Entonces, con un rugido que resonó en lo más profundo de mi pecho, Long desató un torrente de fuego negro.

Era fuego idealis.

Las llamas oscuras se desplegaron a nuestro alrededor y danzaron en el aire como serpientes vivas.

Sin embargo, a pesar de la violencia de su furia, no sentí el más mínimo calor. Era como si estuviéramos envueltos en un escudo invisible que desviaba las llamas para protegernos de su abrasador abrazo.

Miré fascinada cómo el fuego se curvaba y ondulaba a nuestro lado, sin llegar a tocarnos, como un río de llamas que fluía en paralelo sin alcanzarnos.

Giré la cabeza para mirar atrás, y lo único que vi fue un cielo oscurecido por nubes de humo, pero ni una sola señal de destrucción nos acompañaba. Long seguía intacto, y nosotros también, como si el fuego hubiera sido solo una ilusión.

Poco después, la ciudad de Pramvera apareció ante mis ojos. Las agujas doradas del palacio brillaban bajo el sol, y las casas que se derramaban por el valle parecían ríos de piedra y teja. En ese preciso momento, una sensación de pertenencia me inundó; volando sobre mi tierra, observándola desde lo alto, sentí que, a pesar de todo, estaba en casa.

«Volvemos a casa», había dicho.

Y Dalton tenía razón: volvíamos al lugar donde todo había comenzado, donde esa nueva vida había tomado forma.

Quizá mi destino no era permanecer en Pramvera, quizá ese no era mi lugar, o quién sabía. Había tantas incógnitas que desconocía

realmente a qué lugar llamaba hogar, a cuál de ellos pertenecía en realidad.

Pero, en ese momento, no me importaba.

Mi corazón estaba en todas partes, en cualquier rincón, y lo sentía profundamente. Sentía que mi pasado estaba en Valdemar, mi presente en Pramvera y, quizá, algo muy dentro de mí pertenecía a las tierras oscuras.

Long aterrizó con una suavidad sorprendente en el valle Espejo, un paraje tan verde que la ausencia de nieve parecía casi irreal. El calor envolvente y el aroma salado del mar llenaron el aire y acariciaron mis sentidos.

Dalton desmontó primero, pero yo me quedé unos segundos más ahí.

No me había dado cuenta de que había cerrado los ojos hasta que los abrí y, cuando lo hice, él me estaba mirando con esa media sonrisa suya, tan contagiosa que no pude evitar devolvérsela, aunque fuera solo un poco.

—Tómate todo el tiempo que quieras ahí arriba —comentó desde abajo.

—Creo que a Long le he gustado. —Pasé mi mano por sus escamas. Dudaba que sintiera el más mínimo roce, pero no estaba mal intentarlo.

—O solo está tratando de que confíes en él para que te acerques a su boca y así devorarte como si fueras una chocolatina —dijo mirando al dragón, que soltó un poderoso bufido en respuesta.

Puse los ojos en blanco.

—No siento las piernas, pero si no fuera por eso, me quedaría aquí, no te lo voy a negar. —Me deslicé por el torso de Long, mis

botas le raspaban levemente.

—Tus músculos se fortalecerán y se adaptarán. Nunca más conocerás lo que es el dolor muscular, ni siquiera después de horas de vuelo o entrenamientos intensos. Ventajas de la inmortalidad. — Esa vez no me ofreció ayuda para bajar, y lo agradecí.

Sabía que cada músculo de mi cuerpo estaba resentido; el entrenamiento constante y los vuelos interminables estaban pasándome factura. Pero, a veces, el dolor era tan persistente que se volvía casi imperceptible.

Salté sobre la hierba suave, sintiendo cómo la tierra amortiguaba mi caída. Al levantar la vista hacia el sol, su calor comenzó a filtrarse a través de mi uniforme de invierno y la capa.

—Había olvidado lo que era sentir calor —dije mientras me la desabrochaba—. Pero, si soy sincera, prefiero esto a congelarme.

—Otra cosa positiva de ser inmortal es que no notas ni el frío ni el calor —comentó él, que cogió mi capa y se la colocó sobre el brazo.

—Inmortal y caballeroso —me burlé.

—¿Así que soy caballeroso por cogerte la capa? ¿Y las otras mil cosas caballerosas que he hecho por ti, mortal? ¿Esas no cuentan?

Solté una carcajada, y en ese instante noté cómo los hombros de Dalton se relajaban.

Sabía que recurría al humor como una manera de suavizar el ambiente, especialmente después de haberme visto llorar la noche anterior, después de haber soportado mis gritos y mi rabia.

No estaba diciendo que lo que había hecho estuviera bien; no, en absoluto. Aún me sentía herida, traicionada, y ese dolor seguía latente, justo bajo la superficie. Sin embargo, si me había traído hasta allí, era para explicármelo, para ofrecerme respuestas. Así que,

en lugar de dejar que la ira volviera a dominarme, decidí que iba a comportarme con madurez. Le daría la oportunidad de hablar, de decir lo que tenía que decir, antes de que las emociones que bullían dentro de mí se desbordaran de nuevo.

—Qué aburrido sería comer un helado sin sentir ese helor repentino en el cerebro cuando toca tus dientes, o no tener que soplar la cuchara porque la sopa está ardiendo —dije ladeando la cabeza con una sonrisa.

Detrás de mí, Long se tumbó sobre la hierba. Su enorme cuerpo hizo que la tierra temblara.

—¿Y qué tiene de bueno todo eso? No has mencionado nada que quiera volver a experimentar. —Alzó una ceja mientras el sol hacía brillar su cabello.

Me detuve un momento pensando en una respuesta.

—Ya sé, correr descalzo sobre la arena caliente de la playa, apurando cada paso para lanzarte al mar cuanto antes, o cuando el frío de fuera te obliga a acurrucarte en la cama, enroscado como un ovillo. Eso, Dalton, es lo que realmente se siente bien.

Se encogió de hombros.

—Nunca he ido a la playa a bañarme, así que nunca supe cómo se sentía la arena ardiendo bajo los pies.

Abrí los ojos con sorpresa.

—¿Qué? ¡¿En cuatrocientos sesenta años nunca has ido a la playa?! No puedes hablar en serio.

—Te aseguro que hablo completamente en serio.

—Bueno, pues eso tiene que cambiar. Este verano iremos a la playa, sin excusas —dije mirando el palacio y sus cascadas, mientras

recordaba que no faltaba mucho para que el calor llegara de verdad a la ciudad de Pramvera.

Cuando volví a girarme hacia Dalton, lo encontré mirándome, sus ojos recorrían cada uno de mis rasgos como si quisiera grabarlos en su memoria.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así?

—Hablas como si no hubiéramos estado hace apenas dos horas en una reunión con todos los líderes discutiendo sobre esos diez wendigos que vinieron directamente hacia ti. Pareces olvidar que un simple cambio en tus emociones podría atraerlos de nuevo, justo aquí. —Dalton sacudió la cabeza y soltó una risa que vibró en el aire, cargada de una mezcla de incredulidad y algo más profundo—. A veces me pregunto si realmente eres de este mundo.

Me quedé en silencio. Sabía que tenía razón. Cualquier cambio en mis emociones podía ser un faro para los wendigos, o quienquiera que los controlara, hacia allí, hacia la ciudad.

—¿Por qué estamos aquí, Dalton? —Mis palabras eran lentas, casi pesadas, como si arrastraran la carga de la preocupación que sentía —. Es un riesgo para todos que yo esté en la ciudad, ahora que sabemos que soy una amenaza. Pramvera no tiene la misma protección que las cordilleras. Aquí no hay suficientes soldados ni jinetes vigilando el cielo constantemente. —Mi sonrisa, que había sido un intento desesperado de mantener la calma, se desvaneció gradualmente, y mi voz se apagó, apenas un murmullo que el viento se llevaba lejos—. Soy un peligro, Dalton. Para todos.

—Lo eres. Eres un peligro para todos los que pisan estas tierras — admitió—. Pero a veces, la cura para un mal se encuentra en el

mismo veneno que lo causa. Quizá tú seas nuestra única esperanza. Nuestra salvación.

Y en ese momento, supe que estaba a punto de contarme algo importante, y así lo hizo.

—Hace cuatrocientos años, la ciudad fue atacada —comenzó—. El fuego y las sombras se apoderaron de Pramvera, devorándola sin piedad. En ese entonces solo éramos tres jinetes, tres contra un abismo de pura maldad.

—Misso, Alexander, y tú, ¿verdad?

—Sí, pero Misso solo tenía once años cuando todo ocurrió. Los tres paseábamos por la ciudad cuando, de repente, los gritos y las sombras lo cubrieron todo. Alexander cogió a Misso y la llevó a Novadia para alertar a los soldados imperiales, pero no hubo tiempo. Solo quedábamos Long y yo enfrentándonos a esa oscuridad. —Hizo una pausa, como si reviviera cada segundo—. Recuerdo perfectamente cada vez en mi vida en que el miedo me dominó, y ese fue uno de esos momentos. Me aterraba saber que todas esas personas confiaban en mí para protegerlas y, en ese instante, sentí que les había fallado.

—Pero eso no fue culpa tuya, ni siquiera sabías que existían, no los oíste venir. No puedes culparte por eso —dije acercándome un paso más hacia él.

El brillo en sus ojos se había desvanecido por completo.

—Era joven y aún no dominaba mis poderes, pero siempre he llevado esa culpa conmigo —admitió, su voz baja.

—¿Qué pasó al final? —pregunté, sentía la urgencia de saber cómo había logrado superar algo tan devastador—. ¿Cómo lograste enfrentarte a ellos solo?

Había visto de cerca su poder implacable, cómo no dudaba en acabar con cualquier amenaza para proteger lo que era suyo.

—Todo lo que ves aquí ha sido creado por la tierra misma, las criaturas, el poder de vinculación —me miró de nuevo, sus ojos oscuros y profundos—, y ese día lo comprendí. El cielo se cubrió de nubes y una tormenta de viento y agua levantó la tierra, las hojas…, un huracán que devoró las sombras y lo arrasó todo a su paso. Y cuando la muerte se desvaneció frente a mis ojos, fue entonces cuando se creó el escudo.

La comprensión me golpeó de repente, como una ola que rompe en la orilla, y todo comenzó a encajar.

—El escudo… La ciudad había estado allí todo el tiempo, pero permanecía oculta entre las estatuas. No éramos capaces de verla hasta que tú permitiste que se mostrara, lo recuerdo bien —dije mientras revivía ese día en mi mente—. Y la niebla… Siempre pensé que era una manifestación de tu poder, pero ahora entiendo que fue la tierra misma la que la generó.

Asintió.

—Pramvera es la ciudad más cercana a nuestros enemigos, la más expuesta al mar. Por eso, la propia tierra decidió proteger a sus habitantes, alejándolos de la oscuridad, de la muerte, de las sombras… que venían a buscar almas mortales para crear un ejército. —Sus palabras salieron en un susurro, cargadas de un peso que parecía aplastar el aire a nuestro alrededor.

—Wendigos… —murmuré, y sentí un escalofrío al imaginar lo que ese día significó para él, un antes y un después en el imperio.

—Cuando los soldados imperiales llegaron, todo había terminado. El huracán se desvaneció y el sol volvió a brillar en el cielo. —Sus

labios se apretaron en una línea tensa, y mis ojos bajaron hacia sus puños, que también se habían cerrado con fuerza—. Perdimos cientos de vidas ese día. Se dice que fue un sacrificio necesario para que ahora la ciudad esté en paz. Y es cierto. Desde entonces, nada ni nadie ha logrado atravesar el escudo de Pramvera, ese que la misma tierra creó en respuesta a esa amenaza. —Su mano se alzó despacio hasta mi mejilla y la rozó con una ternura inesperada—. Por eso, esta ciudad es la más segura, y espero que siga siéndolo.

—Tenemos que ir con cuidado, aunque para ellos la ciudad sea invisible, saben que está aquí —dije mientras su pulgar me acariciaba.

—Lo sé, y por eso volveremos a Novadia lo antes posible. Pero necesitaba enseñarte algo.

Sus dedos, cálidos esa vez, deslizaron con delicadeza un mechón de cabello detrás de mi oreja, rozando mi piel con una ternura que me hizo estremecer.

—Oh, por todos los dioses, debo parecer un desastre, como si tuviera un nido de pájaros en la cabeza. —Solté una carcajada mientras me llevaba la mano a la boca.

—Eres preciosa —respondió mirándome como si me viera por primera vez—. Estás preciosa cuando sonríes, cuando te enfadas, incluso cuando lloras. No hay una sola faceta tuya que no me guste.

Mi corazón dio un vuelco, y sentí cómo los dedos de mis pies se apretaban dentro de las botas.

—Lo que dije ayer… lo de que eras un demonio… no lo decía en serio. Todo eso quedó atrás, en el pasado —murmuré, en un intento por borrar el dolor de mis palabras.

—Pero, Eda, lo soy. No tienes idea de las cosas que he hecho, de lo que soy capaz. No sabes nada. —Su voz se quebró y la mano que había estado en mi cabello cayó a su costado.

Despacio, levanté la mía y la llevé a su rostro para rozar su cuello y sentir el calor que emanaba de él. El brillo característico de sus ojos verdes comenzó a regresar.

—Reconocer que tenemos un lado oscuro no es algo malo. Todos lo llevamos dentro, incluso el alma más pura no puede escapar de esa verdad —dije dejando que mis dedos acariciaran su piel para infundirle el consuelo que necesitaba.

Sin pensarlo, me elevé sobre la punta de mis pies y, con cuidado, mis labios se acercaron a su rostro rozando su piel.

Dalton pareció convertirse en una estatua, inmóvil, como si el tiempo mismo hubiera decidido detenerse.

Al separarme, noté que su ceño estaba ligeramente fruncido, pero en sus labios jugueteaba una sonrisa traviesa, como si el gesto lo hubiera pillado por sorpresa y, al mismo tiempo, le resultara divertido.

—Señorita Eda, ¿me acabas de dar un beso en la mejilla? —preguntó con una ceja levantada y un brillo travieso en sus ojos—. ¿No prefieres los besos en los labios? Ya sabes que mis labios son todo tuyos. —Los humedeció despacio en una mueca juguetona.

Una risita escapó de mis labios antes de responder:

—Mmm, así está bien, me basta.

—Ayer parecía no ser suficiente, ¿o no lo recuerdas? —Se acercó e inclinó su cabeza hacia la mía, obligándome a retroceder un paso.

—No, no lo recuerdo —mentí. Cada segundo de aquel encuentro estaba grabado en mí—. Pero tal vez… podrías refrescarme la

memoria, Su Alteza Imperial.

Él dio un paso más hacia mí, y yo salté hacia atrás, manteniendo la distancia entre nosotros.

—¿Qué tengo que hacer para merecer un beso tuyo? —Inclinó la cabeza, sus rasgos esculpidos casi irreales, como si perteneciera a otro mundo.

—¿Su Alteza está rogando a una simple mortal por un beso? Eso es caer muy bajo, Dalton Basilius.

Negó con la cabeza y una sonrisa divertida apareció en su rostro mientras volvía a meter las manos en los bolsillos y adoptaba su postura característica, relajada pero con un aire de control absoluto.

—Atrápame —susurré mordiéndome el labio inferior—. Atrápame y tal vez te deje hacer realidad todas esas fantasías que te rondan cada noche antes de dormir.

Me preparé, sintiendo la adrenalina recorrer mi cuerpo.

—Corre cuanto quieras, porque cuando te atrape, querida, te voy a comer a besos hasta que no puedas más.

Con aquellas palabras aún en el aire, me lancé hacia el palacio, dejando escapar carcajadas que brotaban desde lo más profundo de mi ser y me inundaban de una alegría tan pura que parecía desbordarse con cada respiración.

Mis pies apenas tocaban el suelo mientras corría, sintiendo cómo la risa retumbaba en mi pecho y convertía cada zancada en una explosión de felicidad.

Giré la cabeza por encima del hombro, esperando ver a Dalton perseguirme con la misma alegría, pero al instante me detuve en seco.

No había nadie allí.

«Dalton no está detrás de mí, y Long también ha desaparecido».

Mi corazón comenzó a latir con fuerza en mi pecho, un tamborileo que resonaba en mis oídos mientras daba un paso cauteloso hacia el lugar donde, apenas unos segundos antes, estábamos juntos.

Miré a mi alrededor con desesperación, escudriñando cada rincón en busca de algún rastro de ellos, pero lo único que encontré fue el vacío. Era como si la tierra misma los hubiera devorado en un abrir y cerrar de ojos.

Y entonces una comprensión fría como el hielo se deslizó dentro de mí. Bajé la mirada hacia la hierba y observé cómo se extendía a mi alrededor.

No habían desaparecido; seguían allí, pero yo… yo no los veía.

El valle Espejo.

Mis manos temblaron mientras buscaban la empuñadura de la espada y la desenfundaban con rapidez hasta colocarla frente a mí en una postura defensiva.

Fue en ese momento cuando el valle empezó a cambiar.

El sol, que antes brillaba, desapareció de repente, sumiendo todo en una penumbra inquietante. La hierba bajo mis pies empezó a transformarse, pero no era una simple alteración de color; los verdes tallos se oscurecieron, se alisaron y se endurecieron hasta convertirse en tablones de madera oscura que se extendían bajo mis pies.

Miré a mi alrededor desorientada, mientras el entorno natural del valle se metamorfoseaba en una habitación.

El cielo se desvaneció lentamente, reemplazado por un techo alto y ornamentado que parecía flotar sobre mí, suspendido en el aire como un lienzo de opulencia y misterio.

A mi alrededor, las paredes emergieron de la nada, encerrándome en una inmensa habitación lujosa, como si hubiera sido arrancada de un palacio sacado de un sueño.

La estancia, la más grandiosa que jamás había visto, contenía en un rincón una cama de doseles tallados con esmero, mientras que al frente se desplegaba un salón bañado en luz, que se filtraba a través de enormes ventanales que ofrecían una vista impresionante de la ciudad.

Pramvera.

En el suelo, miles de libros formaban un mar de conocimiento, sus páginas abiertas al azar, como si hubieran sido hojeados con prisa, pero lo que realmente captaba mi atención era la extraña decoración de la habitación.

Toda la estancia estaba empapelada con folios lisos, miles y miles de hojas cubrían cada centímetro de las paredes y el techo.

Giré sobre mis pies mientras mis ojos recorrían los dibujos que cubrían cada superficie visible.

Fue entonces cuando mi mirada se detuvo en el suelo y lo vi.

Me agaché, mis manos temblando mientras recogía una de las hojas. En cuanto mis dedos tocaron el papel, mi corazón se paralizó, la respiración se me cortó, y una sensación de mareo me invadió con fuerza.

Era yo.

En cada hoja, mi rostro estaba dibujado con una precisión perturbadora, pero no se trataba simplemente de un retrato: miles y miles de imágenes de mis ojos, de mi cabello y de mi perfil se repetían en un patrón obsesivo.

Era como si alguien hubiera dedicado un tiempo infinito a capturar cada ángulo, cada expresión, cada detalle de mi ser.

Me quedé inmóvil, el dibujo temblando en mis manos, mientras intentaba comprender que alguien había estado fascinado hasta la obsesión con cada aspecto de mi apariencia, reproduciéndolo una y otra vez en esos bocetos que ahora cubrían la habitación entera.

Caminé despacio, absorta en cada detalle hasta que mis pasos me llevaron frente a la cama. Allí, bajo un delicado velo, percibí algo aún más grandioso.

Subí con cuidado sobre la cama, sintiendo cómo el colchón cedía bajo mi peso, y aparté el velo que ocultaba un enorme cuadro colgado en la pared.

Al desvelarse la pintura, las lágrimas comenzaron a brotar y se deslizaron silenciosas por mis mejillas.

Ante mí, una obra de arte.

En ella, Dalton estaba de pie junto al trono, con una corona sobre su cabeza, vestido con ropas que contrastaban dramáticamente con las llamas que parecían surgir de su espalda, como unas alas de fuego oscuro.

Y a su lado, en el trono…, estaba yo.

Era yo.

Llevaba el esplendoroso vestido azul que había usado en el baile, cada pliegue capturado con un realismo tan asombroso que parecía fluir como agua, adaptándose a la forma de mi cuerpo.

Sobre mi cabeza, una corona descansaba, delicada pero poderosa, brillando bajo una luz imaginaria que el artista había creado con una maestría casi sobrenatural.

Y en mi mano… el fuego azul ardía con tal intensidad que las llamas parecían moverse, oscilando entre tonalidades de azules profundos y destellos blanquecinos.

No podía encontrar palabras para describir lo que estaba viendo. Mi cuerpo entero temblaba, y las lágrimas continuaban cayendo incontrolables. Las piernas, incapaces de sostenerme, cedieron y me dejé caer sobre el colchón.

No aparté la mirada del cuadro ni por un segundo. Pero la visión no se detuvo allí.

Poco a poco, como si el tiempo comenzara a deshacerse a mi alrededor, las hojas que cubrían las paredes empezaron a desvanecerse, una tras otra, arrancadas por manos invisibles que borraban su existencia.

La habitación parecía estar retrocediendo en el tiempo, como si deshiciera años de obsesión y desorden.

Las paredes, antes un lienzo caótico de dibujos, revelaban lentamente su color original, un tono pálido, casi olvidado, que había resistido el paso de los años.

Los libros, antes esparcidos por el suelo en un caos de conocimiento, se desvanecían y dejaban atrás un entorno más sobrio, más ordenado. La habitación volvía a su estado primigenio, austera y solemne, como si la locura que la había poseído estuviera siendo purgada y quedaran solo vestigios de lo que una vez fue.

Entonces, como surgido de la nada, apareció Dalton.

Comprendí al instante. Aquella era su habitación…

Dalton estaba allí, pegando los dibujos en la pared.

La escena se aceleró como si estuviera siendo rebobinada; él cada vez colocaba menos y menos dibujos, organizaba los libros,

despejaba el espacio.

Aunque él no me veía, yo era testigo de una visión del pasado, observando cómo los días y los años retrocedían en un flujo continuo que hacía de la habitación un espacio cada vez más limpio y ordenado, como si estuviera borrando sus propias huellas.

Yo seguía sobre la cama empapada de lágrimas.

Dalton desapareció junto con todos los dibujos y, entonces, la habitación pareció brillar con mayor intensidad, como si la oscuridad que una vez la llenó hubiera sido erradicada por completo.

Me giré hacia atrás para mirar el gran retrato que había dominado la escena momentos antes, pero ya no estaba colgado en la pared.

El crujido de la puerta al abrirse rompió el pesado silencio que se había instalado en la habitación, un silencio que hasta entonces había sido tan denso que parecía absorber incluso el sonido de mi respiración entrecortada. Las lágrimas, aún tibias, continuaban deslizándose por mis mejillas y me dejaban un rastro húmedo en la piel que el aire frío parecía acentuar.

Giré la cabeza lentamente, mientras el corazón martilleaba con una fuerza descontrolada contra mi pecho, cada latido resonando en mis oídos como un tamborileo ensordecedor.

Dalton volvió a entrar en la habitación, pero no estaba solo.

Esa vez no.

Llevaba en brazos a una mujer de cabello blanco, cuyo brillo contrastaba con la oscuridad de la habitación. Mis ojos se ensancharon al reconocer el vestido que llevaba puesto: una elegante prenda azul de cola, el mismo que había llevado yo al baile.

Paralizada, mis pies se anclaron al suelo, y me quedé observando la escena con el corazón en la garganta.

La habitación, que había estado sumida en un silencio denso, se llenó de repente con un sonido que no esperaba: risas. Risas que eran familiares, pero que no deberían estar ahí.

Dalton, con una expresión de ternura inusual, bajó a la mujer al suelo con una suavidad que me desarmó. Al ver su rostro con mayor claridad bajo la luz tenue, un escalofrío gélido me recorrió de pies a cabeza. Sentí como si me hubieran arrancado el aire de los pulmones.

Era yo.

El reflejo que me devolvía la mirada era el mío. Cada rasgo, cada detalle, desde el cabello hasta la forma de los labios, era idéntico.

Yo era ella.

—¿Dónde te gustaría colgar el retrato que nos acaban de pintar? —murmuró Dalton, deslizando los labios por su cuello, mientras sus manos trazaban un camino lento y firme por su espalda—. Tú decides.

La mujer, idéntica a mí en cada detalle —su largo cabello blanco, sus ojos azules y su piel pálida—, se separó de él entre risas y se movió con una gracia etérea por la estancia. Parecía deslizarse al compás de una melodía que solo ella podía escuchar. Por fin, se detuvo y, en ese instante, sentí un escalofrío al ver cómo sus ojos parecían encontrarse con los míos, aunque sabía que en realidad su mirada estaba fija en la pared que tenía a mi espalda.

—Ahí, justo ahí —dijo, su voz melodiosa y segura—. Quiero que lo coloques sobre nuestra cama, para que cada mañana, al despertar, nos recuerde quiénes somos…, lo que significamos el uno para el otro.

Su voz… era igual que la mía.

Mi voz.

Ella se giró hacia Dalton con una sonrisa en los labios y, en un instante, sus bocas se encontraron, riendo entre besos, como si cada roce fuera insuficiente para saciar su deseo. Las risas se desvanecieron en jadeos, mientras sus manos recorrían los cuerpos del otro con una necesidad que parecía ir más allá de lo físico, algo profundo y esencial.

Los dedos de ella se enredaron en su cabello azabache y tiraron de él con suavidad, mientras él la sujetaba con fuerza por la cintura y la acercaba más a su cuerpo, como si quisiera fusionarse con ella.

Dalton se separó lentamente de sus labios.

—Te amo, Kaiserin, solo seré tuyo. Hasta que mis huesos se vuelvan ceniza y mi corazón deje de latir.

«Kaiserin. Su Kaiserin».



47

Dalton Basilius

Dieciséis años atrás

—Como habléis, os corto la lengua a los dos. Quiero silencio, ¿me habéis entendido? Sobre todo tú, Alexander —ordené mientras nos cubríamos detrás de los grandes árboles del bosque.

—Misso, ¿estás segura de que… la niña es…? —Alexander dejó de hablar.

—Solo sé lo que he visto. Si esa niña no es quien creemos, no me echéis la culpa. Solo informo de lo que mi ojo ve —escupió Misso, con la espalda pegada al árbol.

—Pues no me fío de tu ojo —resopló Alexander.

—Cállate la puta boca y espera —le contestó.

Cerré los ojos, no lo soportaba más.

—¡Callaos los dos la boca ahora mismo! Quiero silencio, necesito silencio porque os juro que ahora mismo se me va a salir el corazón del pecho —solté apretando los puños. Mi espalda estaba del todo pegada al árbol y permanecía con los ojos cerrados.

Mi cabeza iba a mil por hora, los recuerdos me invadían y me golpeaban, y mi fuego interno ardía por mis venas, recorriendo cada fibra de mi ser.

Abrí los ojos y sentí cómo mi corazón se encogía.

Al mirar al frente, el bosque estaba borroso.

Con una mano en el pecho, luché por recuperar el aliento. Mis ojos buscaron a Misso a mi izquierda y a Alexander a mi derecha. Ambos tenían la cabeza inclinada hacia mí, con el desconcierto en sus rostros.

Mi respiración era superficial, cada inhalación se sentía como un esfuerzo monumental. Mi visión seguía nublada, y el zumbido en los oídos no ayudaba a calmarme. Sentía el calor del fuego corriendo por las venas, listo para desatarse, pero sabía que no podía permitir que eso sucediera.

No allí, no en ese momento.

Las piernas me flaqueaban, como si en cualquier momento pudieran ceder y dejarme caer en la tierra. La sensación de desmayo era cada vez más fuerte, y tuve que concentrar toda mi voluntad en mantenerme de pie. El sudor frío me resbalaba por la frente, mientras las manos temblaban de forma incontrolable, a pesar de mis esfuerzos por detenerlas.

—Respira, Dalton, respira. —Misso me cogió la mano temblorosa —. No estamos seguros, yo… solo vi su cabello, no puedo decirte

nada más. Tienes que verla con tus propios ojos para saber si es ella.

Solo teníamos que esperar unos segundos.

Cerré las puertas de sus mentes, rechazando la posibilidad de escuchar sus pensamientos. No quería saber qué pensaban.

Sabía que rara vez me habían visto en un estado tan vulnerable a lo largo de los siglos, y podían atestiguarlo. Habían sido testigos de cómo me sumía en la desesperación, en la tristeza, anhelando la muerte cuando mi vida parecía carecer de sentido. No comprendía que una persona como yo, un monstruo, siguiera viviendo. Sin embargo, el egoísmo de remediar mis errores me impulsó a levantarme cada mañana y a gobernar un imperio.

Nuestro imperio. El mío y el de ella.

Porque sabía que volvería.

Por fin, escuchamos a lo lejos el chirrido de la puerta de la pequeña granja al abrirse, un sonido que resonó como un lamento en la quietud del atardecer.

Había llegado la hora.

Me moví para avanzar, pero Alexander me detuvo cogiéndome del hombro.

—Espera a que Misso active su visión. Tenemos que seguir el plan o podrías asustarla, y sé que eso es lo último que quieres —dijo, su mirada instándome a mantener la calma.

Tenía razón, mi mente estaba agitada.

Me giré hacia Misso y asentí.

Ella asomó la cabeza de detrás del árbol con cautela para no ser vista. Despacio, levantó su mano derecha y comenzó a trazar un enorme círculo en el aire.

Un resplandor tenue siguió al gesto, como si su mano dejara un rastro luminoso. Mientras lo hacía, yo esperaba impaciente, necesitaba despejar las dudas cuanto antes.

—Ya podemos asomarnos, no nos percibirá, solo verá el bosque, pero recuerda no acercarte mucho. No puede ni vernos ni escucharnos, pero sí tocarnos —advirtió.

—¿Está ahí? ¿Es ella la que ha salido de la granja? —pregunté angustiado. Mi mano seguía en el pecho.

Asintió con solemnidad.

Me despegué del árbol con el corazón latiendo desbocado y di unos pasos cautelosos hacia la izquierda para asomarme.

Y entonces la vi.

Allí, en la suave luz del atardecer, una niña de unos cinco años descendía las escaleras de la granja. Vestía un delicado vestido azul que se mecía con la brisa, pero lo que realmente atrapó mi atención fue su cabello, de un blanco resplandeciente que parecía iluminar el paisaje. Era como si el mismísimo invierno hubiera esculpido su melena, un blanco puro que contrastaba con la calidez del entorno. Una sonrisa juguetona iluminaba su rostro y, en ese momento, me pareció contemplar la encarnación de la inocencia misma.

Con la mano aferrada al árbol, luchaba por mantenerme en pie, como si el simple acto de verla me hubiera despojado de toda fuerza.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que estuve en Valdemar, desde que había caminado por ese bosque. Y ella, ella había estado allí todo el tiempo, durante los últimos cinco años.

Y yo no lo sabía.

La niña bajó las escaleras del porche corriendo hacia el exterior con una energía que parecía contagiosa. Su vestido azul ondeaba al viento en un baile armonioso mientras sus pasos la llevaban más cerca del bosque.

Algo dentro de ella sabía que el azul era más que un simple color; era su esencia, su definición misma.

La pequeña niña se acercaba cada vez más, pero yo seguía inmóvil, anclado al suelo como si hubiera perdido la capacidad de moverme. Alexander y Misso estaban a mi lado, pero no pronunciaban palabra alguna.

Podía sentir que el mundo entero se había detenido para nosotros, como si el tiempo hubiera decidido pausarse en este instante.

La niña recogió algo del suelo y lo alzó en el aire.

Era una espada de madera que sostenía con torpeza, como si apenas supiera cómo manejarla. Sus movimientos eran erráticos, pero llenos de entusiasmo, y mientras blandía la espada, soltaba risas llenas de inocencia y alegría que resonaban en el bosque.

Su espada vibraba en mi espalda, como si estuviera llamándola.

Yo observaba la escena en silencio, una sonrisa se dibujaba en mis labios mientras contemplaba su juego. Su melena blanca se despeinaba con cada movimiento, como si las propias nubes hubieran descendido para acariciarla.

Sin embargo, decidí llamar su atención.

Levanté mi mano derecha y, con un chasquido, dos pequeñas mariposas de fuego negro surgieron de mi palma. Las impulsé y estas comenzaron a revolotear hacia la niña, dejando un rastro de luz y calor en su trayectoria.

Las mariposas revoloteaban a su lado y, cuando se dio cuenta, su boca se abrió en una expresión de asombro. Empezó a jugar con ellas, intentando atraparlas con sus pequeñas manos.

Con cada movimiento, se acercaba más a mí.

Me separé del árbol y di un paso hacia ella, agachándome para estar a su altura. Sabía que ella no podía verme, pero yo la observaba con claridad.

Las mariposas de fuego negro revolotearon a su alrededor durante un momento más antes de volver a mí y desvanecerse en el aire. La niña estaba tan cerca que temí que, si daba un paso más, nos chocaríamos.

Pero se detuvo y me miró fijamente.

Sus ojos azules como el zafiro se clavaron en los míos, como si pudiera verme a través del hechizo, como si no viera el bosque, sino a mí.

Su pequeña figura resplandecía con la luz del sol que se filtraba entre los árboles y que iluminaba su cabello blanco, brillante como la nieve. Sus ojos, llenos de curiosidad, parecían escudriñarme y, por un momento, me sentí expuesto, vulnerable.

Me dejé caer de rodillas en la tierra, sin apartar la mirada de ella, sintiendo cada latido de mi corazón en el pecho. Apenas podía respirar, me esforzaba en tomar aire con cada inhalación mientras la observaba.

Levantó una mano, como si quisiera tocarme y, aunque sabía que no podía verme, algo en su gesto me hizo sentir que de algún modo me percibía.

—Eda. —Un niño de casi su misma edad, con cabellos dorados la llamó—. Eda, ven aquí, mamá no nos deja acercarnos al bosque, ya

lo sabes.

Eda… Se llamaba Eda, ese era su nombre.

La niña se giró y dejó caer la mano, y con sus pequeñas piernas corrió hacia su hermano, quien la aguardaba en la entrada de la casa con una sonrisa.

Y ahí estaba.

Mi Kaiserin.

Mi emperatriz.

Resurgiendo doscientos treinta años después de su muerte.

Porque el ave fénix nunca muere.

Aquella pequeña niña, tan ajena a todo, no tenía ni idea del poder que poseía, ese que residía en su interior. Desconocía por completo que más allá de aquellas tierras, un trono la aguardaba, y que todo un imperio estaba destinado a ser suyo.

Ignoraba que ella misma era la leyenda, el fénix, resurgida de sus propias cenizas para reclamar su destino.

Mi Kaiserin.

Mi Eda.



48

Dalton Basilius

—Atrápame —susurró mordiéndose el labio inferior que tanto deseaba devorar—. Atrápame y tal vez te deje hacer realidad todas esas fantasías que te rondan cada noche antes de dormir.

No tenía idea de las fantasías que rondaban por mi mente, no solo antes de dormir, sino a cada segundo de cada día durante estos últimos siglos.

Y allí estaba ella, deteniendo mi corazón con cada suspiro que escapaba de sus labios, mirándome con aquellos ojos azules que contenían todo el océano en su profundidad.

No la merecía.

No merecía su atención ni su sonrisa ni su risa. Sin embargo, el egoísmo que habita en todos los seres humanos me consumía, porque, a pesar de mi eternidad, seguía siendo de carne y hueso, tanto por dentro como por fuera.

—Corre cuanto quieras, porque cuando te atrape, querida, te voy a comer a besos hasta que no puedas más.

Lo iba a hacer, me la comería entera.

Cada centímetro de su cuerpo era mío, cada fragmento de su alma me pertenecía.

Mi ser entero estaba hechizado por ella, y tenía que demostrárselo, tenía que saberlo.

Eda echó a correr en dirección al palacio, y yo me quedé inmóvil unos segundos observándola, mientras su melena blanca ondeaba detrás de ella y acompañaba cada uno de sus pasos. Su risa cristalina resonaba en el aire y lo envolvía todo con una alegría contagiosa. Sabía que ella creía que tenía una oportunidad, que podría escapar de mis besos si corría lo bastante rápido.

Pero en el fondo, los dos sabíamos que ese era un juego al que yo nunca la dejaría ganar. Con una sonrisa en los labios, esperé el momento justo antes de lanzarme tras ella, dispuesto a atraparla y a hacer que ese juego terminara exactamente como ambos deseábamos.

Pero entonces, Eda se dio la vuelta de repente, y la felicidad se desvaneció de su rostro como si nunca hubiera estado allí.

El ambiente cambió de golpe, y lo sentí, una angustia clara que me atravesó.

Di un paso hacia ella, pero enseguida me percaté de que no me estaba mirando; sus ojos recorrían el valle en busca de algo que yo no alcanzaba a ver.

La preocupación me invadió de inmediato y, sin pensarlo mucho, me metí en su mente.

«Dalton no está detrás de mí, y Long también ha desaparecido».

—Eda —dije su nombre mientras me acercaba a ella con pasos largos, pero no me escuchaba, no me veía—. Eda, estoy aquí, y Long también.

Pero algo en su mirada me hizo detenerme. No quería aceptar lo que estaba pasando, pero la forma en que su cuerpo se tensó, cómo su mano voló instintivamente hacia la empuñadura de su espada, me lo dijo todo.

Giré la cabeza con rapidez, buscando la fuente de su alarma, cualquier cosa que pudiera justificar su reacción. Pero no había nada, al menos no en la superficie.

El paisaje seguía tan sereno como antes, el cielo despejado, el sol brillando. Sin embargo, en su mente, algo estaba profundamente mal.

El valle Espejo.

Sabía que lo que Eda estaba viendo, lo que la tenía tan alarmada, no era algo que yo pudiera ver o sentir a simple vista. Pero en su mente era tan real como nosotros dos quietos allí.

Aquel valle no era un lugar que tomarse a la ligera, y ahora lo estaba demostrando.

Ya no podía sacarla de ahí. Intenté luchar contra la marea de ilusiones que la envolvían, pero era como si la tierra misma conspirara para mantenerla bajo su trampa.

Sentí el suelo bajo mis pies temblar ligeramente, como si el propio valle Espejo cobrara vida, alimentando las visiones que la mantenían prisionera en su mente.

Cada intento de sacarla era como nadar contra una corriente imposible de vencer, una fuerza que tiraba de ella más y más hacia un abismo de sombras. Podía sentir cómo la realidad se

distorsionaba a su alrededor, cómo las ilusiones tomaban forma y se hacían más fuertes, más tangibles.

Era como si el valle estuviera protegiendo su presa para impedirme alcanzarla.

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

Mi mente se adentró en la suya y sentí cada uno de sus pensamientos como dardos envenenados que se incrustaban en lo más profundo de mi ser.

Intenté concentrarme, enfocar mi energía en guiarla de vuelta, pero su angustia era un muro impenetrable, un torbellino de confusión que me arrastraba cada vez más profundo.

Sentía su desesperación, su miedo…, como si me estuviera ahogando en ellos…

Y entonces lo vi, aquello que veía ella… todo.

Era como estar atrapado en una pesadilla, pero más vívida, más real de lo que podía haber imaginado. Y me quedé paralizado, inmóvil como la primera vez que la vi, pero esa vez no por fascinación, sino por un terror indescriptible.

No supe cuánto tiempo pasó mientras permanecía atrapado en su mente, mirando a través de sus ojos, sintiendo cada uno de sus temores como si fueran propios. Parecía que el tiempo se hubiera detenido, o tal vez hubiese desaparecido por completo. Pero cuando por fin volví en mí, me di cuenta de lo que había ocurrido.

Ella cayó de rodillas, las lágrimas le corrían libres por el rostro, los ojos fijos en algún punto invisible ante ella. Sus labios temblaban y susurraban entre sollozos desgarradores:

—Por favor, que se acabe ya… Por favor… Por favor… Por favor…

La desesperación en su voz me golpeó como un puñetazo en el estómago, y todo lo que quería era arrancarla de ese abismo en el que estaba atrapada. Pero no sabía cómo, no sabía si podía… y eso me aterrorizaba más que cualquier cosa que hubiera visto en su mente.

Con el cuerpo temblando, di pasos vacilantes hacia ella, cada uno de ellos cargado de una pesadez que parecía aplastar mis hombros.

Me arrodillé a su lado con cautela, temía lastimarla aún más, y la envolví en mis brazos.

Fue entonces cuando sus sollozos se apagaron, y su cuerpo, como si hubiera perdido toda la fuerza que le quedaba, se relajó y se dejó caer. Sentí cómo su peso se apoyaba en mí, mientras sus lágrimas se detenían y su respiración se volvía más tranquila, más pausada.

Ahora, con ella descansando en mis brazos, sabía que había descubierto la verdad que tanto había temido.

—Eda… —susurré—. Eda, despierta, por favor.

Sus labios permanecían sellados en un sueño profundo, pero su pecho se alzaba y descendía con cada respiración, como si extrajera el oxígeno del aire con una desesperación que yo mismo sentía.

Sabía que no podía ocultarle más la verdad.

Ella merecía saberlo todo, por más doloroso que fuera.

Sabía que el camino hacia su perdón sería largo, si es que alguna vez llegaba. Cada mentira, cada verdad oculta, era una barrera más entre nosotros. Pero no me importaba cuántas veces tuviera que enfrentarme a su furia, su desconfianza o incluso su odio. Si mantenerla a salvo significaba que tendría que apartarla de mí para siempre, lo aceptaría. Porque, al final, su seguridad era lo único que

realmente importaba, incluso si eso significaba perderla para siempre.

Pero, por dentro, el verla alejándose, cómo sus ojos, que una vez me miraron con algo más que resentimiento, se apagaban para mí, era un dolor que no estaba seguro de poder soportar. Sin embargo, ese era un precio que estaba dispuesto a pagar, porque su vida, su bienestar, siempre estaría por encima de cualquier cosa, incluso de mi propio corazón.

Mis dedos tamborileaban nerviosos sobre el reposabrazos del sillón de cuero negro. Mi espalda, rígida, permanecía apoyada en el respaldo mientras mis ojos se fijaban en la figura que descansaba en mi enorme cama. Había girado el sillón hacia ella, incapaz de apartar la mirada.

Allí estaba, la mujer que, sin saberlo, se había convertido en el centro de mis pensamientos, plácidamente dormida, ajena a los demonios que me atormentaban en silencio.

Habían pasado horas desde que cayó inconsciente. Las visiones del valle Espejo la habían dejado por completo exhausta, robándole hasta la última gota de energía, drenándola hasta el límite.

La miré con una intensidad casi desesperada y me detuve en cada línea de su rostro, cada hebra de su cabello, como si necesitara grabar su imagen en lo más profundo de mi mente.

Pero la verdad era que ya la había memorizado.

Conocía cada curva, cada detalle, cada sombra que su cuerpo proyectaba en la penumbra.

La suave luz del atardecer se colaba a través de las cortinas y la envolvía en un resplandor dorado que acentuaba su fragilidad como mortal y, al mismo tiempo, su fuerza.

El peso de la verdad, esa que había mantenido oculta, me aplastaba con su carga implacable. Pero en ese instante todo lo demás se desvanecía.

Lo único que importaba era que ella estaba viva, allí, conmigo.

Recorrí la habitación con la mirada analizando cada rincón que alguna vez había sido un santuario de recuerdos. Aquel lugar, mi refugio, estaba sumido en una oscuridad perpetua; hacía siglos que un rayo de luz natural no penetraba sus gruesas cortinas, que, oscuras y pesadas, se aseguraban de mantener el mundo exterior a raya.

Allí dentro, la oscuridad era mi única compañía, y en esa penumbra, los retratos colgados de las paredes parecían perderse, diluirse en la nada, eclipsados por la enorme pintura que presidía sobre mi cama.

Nuestra cama.

Esa obra, la más imponente de todas, capturaba el día de nuestra boda con una precisión que resultaba casi dolorosa.

Ella estaba preciosa, como lo había sido todos los días de su vida, pero había algo en aquel día, algo especial que la hacía brillar aún más. Se había negado a vestir el tradicional blanco, insistiendo en llevar el azul, su color, el que la llamaba y que parecía ser una extensión de su propia esencia.

Ese día fue la calma antes de la tormenta.

La sonrisa en su rostro, la chispa de felicidad en sus ojos… todo eso estaba ahí, capturado en la pintura, inmortalizado en el lienzo,

congelado en el tiempo.

Todo lo que quería era mostrarle eso, revelarle la historia que escondía esta habitación, pero Pramvera, con sus misterios y sus poderes, se me había adelantado, desnudando la verdad ante sus ojos antes de que yo pudiera hacerlo.

Y sabía que me lo merecía.



49

Eda

Abrí los ojos de golpe.

Sentí la suavidad de las sábanas bajo mis manos, un contraste con el caos que se agitaba en mi interior.

Traté de incorporarme, pero cada movimiento parecía requerir un esfuerzo inmenso, como si el aire se negara a entrar en mis pulmones de forma normal. Respiré en jadeos descontrolados intentando recuperar el aliento.

Miré a mi alrededor, mi visión aún un poco borrosa, y lo vi a él, a Dalton, sentado en un sillón frente a la cama. Su mirada estaba fija en mí, intensa y preocupada.

Al notarme despierta, se levantó de un salto, sus movimientos rápidos pero calculados, midiendo cada paso para no alarmarme más de lo que ya lo estaba.

A medida que se acercaba, una oleada de pánico me invadió. Las imágenes de la visión que había experimentado volvieron a inundar mi mente, nítidas y abrumadoras, como si se negaran a dejarme escapar de su control. Cada fragmento de lo que había visto se superponía con la realidad, mezclando presente y pasado.

Extendí la mano frente a mí, como un instinto de autoprotección, y Dalton se detuvo en seco, respetando la distancia que imponía entre nosotros. Con un temblor en mi cuerpo, me levanté de la cama, mis pies apenas sentían el suelo bajo ellos.

Miré a mi alrededor, con los ojos muy abiertos, casi desorbitados, mientras intentaba procesar lo que veía. Todo lo que había presenciado en la visión, todos esos detalles que parecían tan irreales, ahora estaban ante mí, palpables y aterradores en su concreción.

Mis retratos. Estaban por toda la habitación.

Con paso vacilante, me acerqué a la pared de la derecha, como atraída por una fuerza inevitable. Las lágrimas empezaron a caer sin control y nublaron mi vista, pero seguí avanzando.

Llegué a uno de los dibujos y, con las manos aún temblorosas, lo toqué. Mi piel rozó el papel, y sentí la textura bajo mis dedos, una prueba irrefutable de su realidad.

Era como si temiera que, al contacto, el dibujo pudiera desvanecerse, que todo aquello no fuera más que otra ilusión. Pero el papel era firme, y los trazos de mi rostro, de mi cabello, estaban ahí, cada detalle capturado con una precisión escalofriante.

—Te conocí hace más de tres siglos… Hace trescientos treinta años.

Me giré hacia él, con las lágrimas saladas sobre mis mejillas. Mi mente era incapaz de hallar un punto de calma. Pero entre toda esa confusión y dolor, no sentía ni rastro de enfado; ese sentimiento estaba completamente ausente en mi interior.

—Necesito que me lo cuentes todo, Dalton. Con todo detalle. —Mi voz temblaba suplicante, tal vez la verdad pudiera ofrecerme algún tipo de refugio—. Quiero saber qué pasa por tu mente, qué está ocurriendo dentro de ti. Necesito entenderte, entender quién soy.

Él no se movió. Abrió la boca un instante, como si fuera a decir algo, pero la cerró de nuevo reflexionando. Finalmente, habló:

—Alexander y Misso han sido siempre mis pilares, mis compañeros inquebrantables en esta eterna existencia. Éramos los tres jinetes, imparables en nuestra misión. Cada imperio, cada fuerza que se alzaba contra nosotros, nos temía y aún nos teme. Más allá de nuestros roles como comandantes y líderes, somos una familia. Hemos compartido más tiempo juntos que con nuestros propios lazos de sangre, más tiempo que con cualquier otra persona. Porque esa es la naturaleza de la inmortalidad: te aparta de los mortales, pero te une de manera indisoluble a aquellos que comparten tu misma carga.

»Con ellos he compartido innumerables batallas y victorias, así como las noches más oscuras de guerra y soledad. Ellos han sido mi ancla, mi refugio en esta interminable vida. No hay secretos entre nosotros, ni miedos que no hayamos enfrentado codo a codo. Yo… me siento profundamente agradecido de haberlos elegido, y aún más de que la vida los haya escogido a ellos para acompañarme a mí, Eda. Su lealtad y camaradería han sido la roca sobre la cual he construido mi imperio.

Se detuvo y tragó saliva.

—Habían pasado sesenta y ocho años desde que el imperio pasó a ser mío, desde que Long entró en mi vida. —Se llevó la mano al cabello, acomodándoselo nerviosamente—. En aquellos tiempos… yo era joven y arrogante, estaba convencido de que dominaba el mundo. Mi vida giraba en torno a una obsesiva búsqueda de poder, que era lo único que en realidad me importaba. —Bajó la mano de nuevo—. Cada día seguía la misma rutina: despertar, comandar el ejército, entrenar a los nuevos reclutas y mostrar mi lado más oscuro para que me tomaran en serio. Esa era la única faceta de mí mismo que conocía y aceptaba. Pasaba horas, días enteros, encerrado en la biblioteca, buscando nuevas fuentes de poder, estudiando antiguas escrituras y estrategias, tratando de descubrir y controlar nuevas criaturas. Esa era mi vida, ese era mi propósito.

»Me llegaron rumores sobre un nuevo poder que emergía en Pramvera. Hablaban de una mujer con una magia extraordinaria, siempre acompañada por una pequeña ave azul que volaba a su lado como un fiel guardián. —Esbozó una media sonrisa—. Nadie sabía con certeza de dónde había venido. Algunos decían que había llegado desde las afueras de la ciudad, que había estado oculta durante años. Otros afirmaban que su magia era tan poderosa que había permanecido en secreto, a la espera del momento adecuado para revelarse, y estos rumores no tardaron en llegar a mis oídos, filtrándose por los pasillos del palacio. Y yo… yo necesitaba saber más, necesitaba conocerte. Así que ordené una audiencia. La necesidad de entender quién eras, de descubrir el origen de tu poder… —apretó los labios—, se convirtió en una obsesión.

«Su obsesión… fui su obsesión».

—Recuerdo aquel día. Aquella mañana fue diferente… desde el momento en que abrí los ojos, sentí que algo había cambiado. Había algo en la brisa, una frescura que nunca antes había notado. No era solo el aire; parecía que el mundo entero estuviera insinuando que ese día traería un poso diferente, importante. Y en el fondo de mi ser, supe que ese día no sería como cualquier otro —cogió aire y lo soltó lentamente— y no lo fue.

»La sala del trono siempre me había parecido aburrida, un lugar de formalidades y reverencias vacías. Todos temían entrar, mirarme desde abajo y saludarme. Pero ese día, cuando tú entraste, mi mundo cambió. En ese momento… —su voz se rompió—, no sabía cuánto cambiaría, pero lo hizo. Mi vida no volvió a ser la misma.

Seguía de pie delante de mí mientras me revelaba todo, confesándome lo que siempre había deseado saber.

—Tenías el mismo rostro, esos ojos profundos y el cabello blanco. Pero lo que de verdad me impactó fue tu personalidad. Estabas preciosa, como ahora. Nunca había visto algo tan increíble en mi vida… nunca había visto nada tan inmortal… —Dio un paso hacia mí —. No entraste sola. Un ave azul te seguía, volaba por encima de ti y luego se posó a tu lado. Era pequeña, pero sus plumas brillaban en todos los tonos de azul, como si estuvieran hechas de cristal. En ese momento, supe que estaba presenciando algo… fuera de lo común. La criatura más impresionante que había visto en mi vida acompañaba a la mujer más impresionante que jamás había conocido.

»Sentí que todo lo que había estado buscando, todo lo que había deseado, estaba justo frente a mí. —Palideció—. Joder, Eda, cuando tus ojos se encontraron con los míos supe… supe que mi vida, y tal

vez todo mi imperio, estaban a punto de cambiar de maneras que nunca hubiera imaginado.

Cerró los ojos y luego los abrió, la tristeza se reflejaba en su mirada.

—Todo el imperio conocía el poder de la llama idealis; siempre la veían arder en mi espalda, una marca visible de mi fuerza. Sin embargo, lo que nadie sabía, aparte de Misso y Alexander, era que la llama me otorgaba un don especial: la capacidad de leer los pensamientos de las personas, y ese secreto… me daba una ventaja crucial.

—¿Nadie…? —lo interrumpí—. ¿Nadie sabe de tu poder de vinculación?

—Nadie, Eda. Y ha sido la mejor decisión que he tomado, mantenerlo en secreto. A medida que los enemigos crecían en número, todos buscaban desesperadamente obtener más poder. Soñaban con capturar criaturas y presentármelas, creyendo que así se ganarían mi favor. Cada día, las búsquedas de la magia se volvían más intensas, casi frenéticas. En un imperio donde todos anhelaban el trono, la desconfianza se convirtió en lo único en lo que podía confiar.

Acortó un poco más la distancia entre nosotros.

—Cuando te vi por primera vez, supe que necesitaba entender quién eras realmente. No sabía nada de ti, así que me permití leer tus pensamientos…, quería ver qué había en esa cabeza tuya, qué secretos y miedos escondías. Y… al adentrarme en tu mente, Eda, tus pensamientos eran un laberinto de dolor, un sufrimiento tan profundo que parecía no tener fin.

Me llevé la mano al corazón y con los dedos arrugué el uniforme, sintiendo el peso en mi pecho.

—Vi la razón por la que habías venido a mí y la oscuridad que habitaba en tus planes… —Cerró los ojos, respiró hondo y luego los volvió a abrir—. Estabas aquí para matarme, pero no porque quisieras, sino porque te habían entrenado para hacerlo, te habían enseñado a ganarte mi confianza, a traicionarme… Pero yo iba diez pasos por delante.

»Solo podía captar fragmentos de tus pensamientos, pequeñas oleadas de tus emociones…, el miedo que tenías a fallarles. Sin embargo, no podía ver quién te había hecho así, quién era el verdadero enemigo en tu mente. Y me moría por saber quién estaba detrás de todo, quién quería acabar con todo un imperio, quién te había enviado a ti para hacerlo…

Esa vez fui yo la dio un paso para acercarme a él.

—Tu mente… era un campo de batalla, Eda, lleno de recuerdos dolorosos y manipulaciones. Vi cómo te habían moldeado, cómo te habían convertido en un arma contra mí. Vi el tormento que llevabas dentro, la lucha constante entre tus órdenes y tus verdaderos deseos. Habías… habías sido enviada a mí como una asesina…

Se encogió, como si en ese momento no fuera el hombre más poderoso del mundo.

—Pensé en acabar contigo, en matarte allí mismo, pero…

—¿Por qué no lo hiciste? —solté el pensamiento en voz alta.

—¿Por qué iba a hacerlo cuando solo eras un alma herida, enviada con una misión desesperada? —contestó dejándome sin palabras—. Yo… sentí una conexión inexplicable contigo. Vi el peso de tus cicatrices, no solo las físicas, sino también las emocionales, y supe

que matarte no resolvería nada. Quería ver hasta dónde podías llegar.

»Así que te mantuve cerca mientras te vigilaba e intentaba comprenderte. Día tras día, traté de descubrir más sobre tu pasado, sobre el ave fénix que te seguía como una sombra azul. Y en ese proceso, hallé algo más, que, aunque habías sido enviada para matarme, tú también estabas buscando algo. Una salida…, una forma de romper las cadenas que te ataban a un destino impuesto por otros. Y fue en ese momento cuando vi a la verdadera Kaiserin, cuando me di cuenta de que no eras solo una amenaza…, sino una oportunidad.

Di un paso más.

—Estuviste aquí en el palacio, te entrenaste junto con mis hombres. Aunque ya eras muy buena en la lucha, cada día me impresionabas más. Me dijiste que habías aprendido de tu padre, pero sabía muy bien que quien te había enseñado realmente sabía lo que hacía. —Apartó la mirada de mí por primera vez y la bajó al suelo—. Habían creado un arma para matar. Sin embargo, había algo que tu adiestramiento no pudo abarcar: el control de tus poderes. Eras joven y recién vinculada, y eso era algo que solo yo podía enseñarte. —Sonrió ligeramente, una sonrisa rota y vacía—. Disimulabas muy bien, pero tu misión seguía presente en tu mente: obtener información para acabar con un inmortal, encontrar mis puntos débiles. Cada golpe que lanzabas, cada movimiento que ejecutabas, era parte de un plan trazado con cuidado para cumplir con tu objetivo. Sin embargo, había momentos en los que percibía una grieta en tu armadura, y eso creaba otra en mi corazón.

No podía moverme, solo escucharlo.

—Poco a poco, te curaste, sanaste las heridas profundas de tu alma. Pasaron muchas cosas, innumerables experiencias que algún día te contaré con más detalle. Aunque he tenido siglos para asimilarlo, todavía me cuesta hablar de ello… —Volvió a mirarme, sus ojos cristalizados por las lágrimas que amenazaban con deslizarse por sus mejillas—. Vivimos momentos de sufrimiento y dolor. Crecimos juntos, no solo como individuos, sino como inmortales. —«Ambos lo éramos», pensé—. Recuerdo la primera vez que tu poder se manifestó plenamente: una llama azul tan pura que dejó a todos sin aliento. Tu fuego no se parecía a nada que hubiera visto antes. Entrenamos juntos, perfeccionando tus habilidades y explorando los límites de tu magia. Cada día te volvías más fuerte, más segura de ti misma. Y con cada avance, sentía cómo mi corazón se llenaba más de ti.

»Me confiaste todo lo que habías vivido, me contaste de dónde venías, dónde naciste —me confesó—. Tu hogar eran unas tierras oscuras de las que había oído hablar, donde solo reinaba la oscuridad. Me hablaste de un ejército de muertos que gobernaba aquel lugar, creado por seres de sombras. —Sus ojos seguían cristalinos, llenos de recuerdos—. Así que nos preparamos para cualquier guerra, porque sabía que tu decisión de quedarte aquí, de cambiar de bando, tendría grandes consecuencias. Sabías… tú sabías que vendrían a buscarte, porque eras especial y los habías traicionado. Los habías traicionado al elegirme a mí.

No podía dejar de escucharlo.

—Fue entonces cuando descubrimos el origen de las criaturas feéricas: provenían de Valdemar, del mismísimo bosque, donde nacían de la tierra en busca de un vínculo. —Abrí los ojos de golpe.

El bosque Lavender… junto a mi casa…, eso no podía ser—. Tu poder las despertó, a todas las especies, las llamó desde lo más profundo de la tierra, y empezaron a surgir en mayor número. A medida que explorábamos este fenómeno, descubrimos que tu poder actuaba como un faro que las atraía y las despertaba.

—Eso es imposible, Dalton. He vivido ahí toda mi vida, siempre mirando hacia el bosque, y nunca… —estaba confundida— nunca he visto nada, nunca he visto ninguna criatura…

Él continuó hablando:

—Las visiones de Misso y el vínculo con el hipogrifo os mantenían a todos los mortales sin saber qué se escondía detrás de esos densos árboles. Siempre os impedían avanzar más allá de sus límites…, como un guardián celoso que protegía el lugar donde nacían las criaturas.

—Pero ¿y qué hay de nosotros? ¿Qué hay de los reclutas? ¿Por qué solo los mortales de Valdemar pueden vincularse con las criaturas? —Necesitaba saber más.

—Nunca obtuve la explicación completa, nunca la he tenido. Solo sé que Valdemar se convirtió en su cuna, en su origen, y que solo aquellos mortales nacidos en la misma tierra que ellas podían establecer un vínculo con esas criaturas.

Se quedó en silencio unos segundos, y luego dio un paso que eliminó toda la distancia entre nosotros. Me tomó la cara entre las manos y, en ese momento, las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas.

Quise secárselas, que nunca tuviera que llorar.

—Nunca me había enamorado, ni siquiera sabía qué era el amor, ni creía en él. ¿Cómo podía hacerlo, sabiendo que cualquiera a quien

amara podía morir mientras que yo seguiría vivo, eterno e inmutable? —Sus labios temblaron—. Pero tu presencia, Eda, llenó un vacío que ni siquiera sabía que existía. Con cada momento que compartíamos, olvidabas el propósito con el que habías venido y te sumergías en un mundo nuevo, uno donde la amistad y la ausencia de miedo reinaban. Tu transformación me descolocó por completo. Me mostraste tu mejor versión, la más auténtica, y yo respondí haciendo lo mismo… Me enamoré de ti por completo, sin reservas. Me enamoré de la misma persona que había venido con la intención de acabar conmigo. Me enamoré de mi enemiga, de mi némesis.

«Su némesis, yo era su némesis…».

Nos miramos a los ojos, con lágrimas cayendo por nuestras mejillas. No me había dado cuenta de que los dos llorábamos.

—Nos casamos y gobernamos todo el imperio juntos, tú y yo. Durante muchos años, un siglo entero. Cien años compartiendo nuestras vidas, acostándonos en esta misma cama noche tras noche, luchando codo a codo. Pero la felicidad no podía durar para siempre. En tu sangre late un poder que anhela su propia tierra. Tu llama, tu fuego, pertenece a otro lugar.

—Las tierras Bankai —susurré—. ¿Quién estaba detrás de todo el plan de acabar contigo? ¿Quién era la persona que me entrenaba para hacerlo?

Soltó una risa nerviosa y sacudió la cabeza.

—Es impresionante cómo no recuerdas nada de tu pasado. No recuerdas tus miedos, ni las sombras que te perseguían, ni la oscuridad que te envolvía. —Dalton se estremeció—. Solo lo vi una vez, y fue lo más aterrador que he presenciado en mi vida. Me habías hablado de él, de un ente que cambiaba de forma, que podía

convertirse en quien quisiera, en lo que quisiera, adaptándose a cualquier cuerpo. Esa figura… no era humana, era una sombra, una presencia de la que emanaba puro mal. Solo lo vi una vez y entendí por qué estabas tan aterrada. Podía jugar con tu mente, transformarse en tus seres queridos, convertirse en ti mismo, distorsionando completamente tu realidad.

»Su capacidad para cambiar de forma y manipular lo que veías y sentías lo hacía imparable. No solo podía parecerse a cualquier persona, sino que también imitaba voces y gestos, te hacía cuestionar todo y a todos a tu alrededor. Te volvía loco, y te empujaba a dudar de lo que era real. Me di cuenta entonces de que enfrentarte a él no era solo una pelea física, sino una guerra mental constante y agotadora.

—Dioses… —susurré.

Había visto el poder de Dalton, cómo podía meterse en la mente de los demás, y su fuego…, su capacidad para anular y protegerte de cualquier poder resultaba fascinante. Pero lo que me aterraba de verdad era saber que había otros con el poder de cambiar de forma… Eso me hizo temblar.

—Tu último año de vida fue el más aterrador que jamás he vivido. Por primera vez, vi a los wendigos, esos monstruos de los que me habías hablado tantas veces, los mismos contra los que nos enseñaste a defendernos. —Yo… yo les había enseñado. Todo lo que el ejército sabía lo había aprendido de mí…—. Todo lo que sabíamos lo aprendimos de ti. Nos enfrentamos a ellos en la guerra de las Sombras Eternas, donde ambas tierras se enfrentaron. Luchábamos por la emperatriz, luchábamos por ti.

Paró un momento de hablar y luego dijo con voz entrecortada:

—No me asustaba lo que esos seres podían hacer ni su apariencia. Lo que realmente me aterrorizaba era cómo todos te miraban, cómo te deseaban. Querían capturarte, reclamaban lo que creían suyo, igual que ahora. Su obsesión contigo, su necesidad de poseerte, era lo que me hacía temblar… —Me apretó más la cara con sus manos, secándome las lágrimas con los dedos—. Esa última batalla fue una carnicería inhumana. Con cada ataque, con cada defensa, sentíamos la presión de sus ojos hambrientos. La guerra de las Sombras Eternas fue la más brutal que jamás hemos enfrentado. Sangre y vísceras cubrían el campo de batalla. Los wendigos nos rodeaban, sus dientes afilados desgarraban carne y sus garras ensangrentadas no perdonaban a nadie. Compañeros caían a nuestro alrededor, sus cuerpos destrozados en un abrir y cerrar de ojos. Cada muerte era un peso más sobre nuestras almas, pero no flaqueamos. Sabíamos que la lucha no era solo por nuestra supervivencia, sino por protegerte a ti, la clave de su poder y obsesión. Las hordas oscuras avanzaban sin cesar, una marea interminable de odio y hambre. Nos defendimos con furia y desesperación, conscientes de que, aunque esa batalla fuera la más jodida de nuestras vidas, no nos rendiríamos. No mientras aún tuviéramos aliento.

Más lágrimas y más lágrimas.

—No sobreviviste, Eda. —Morí…—. Moriste en el campo de batalla junto al fénix. Yo… no puedo expresar con palabras lo que sucedió ese día. No puedo. El dolor me consume cada vez que intento recordarlo. —Le creía—. El campo de batalla se convirtió en una pesadilla de la que no puedo despertar. Tus ojos, que alguna vez brillaron con amor, se apagaron frente a mí y, en ese instante, una parte de mí murió contigo.

Me llevé la mano a la boca mientras lloraba desconsolada, sentía con cada fibra de mi ser lo que me estaba diciendo.

—El dolor fue tan grande, tan devastador, que en ese momento solo quería morir allí contigo… Ver tu cuerpo sin vida en la nieve, tan fría…, me rompió en mil pedazos. En ese instante de desesperación absoluta, tomé una decisión impensable. Con un último esfuerzo, me adentré en la mente de cada ser de este mundo y borré todo rastro de tu existencia. Nadie recordaría que alguna vez exististe, solo Misso y Alexander lo harían. —Ahí estaba, su verdadero poder—. El proceso fue agotador y doloroso, como si cada fibra de mi ser se desgarrara mientras eliminaba tu memoria de cada mente. Una a una, todas se vaciaron de ti, olvidando que alguna vez fuiste parte de sus vidas, de este mundo. Borré todas las huellas de tu paso, cada recuerdo, cada momento compartido.

»Nadie en este imperio recuerda que hubo una emperatriz que gobernó con sabiduría y amor. Nadie sabe que vivimos cien años juntos, que compartimos nuestras vidas y nuestras almas. Eliminé cada fragmento de tu existencia, pero no pude borrarte de mi mente.

—¿Qué pasó, Dalton? ¿Qué ocurrió después? ¿Qué pasó con los ejércitos? ¿Y con él…?

—La guerra terminó y la oscuridad se desvaneció, porque tu muerte era su propósito. Fue como si tu partida marcara el final de una era. Ese ente…, nunca volvimos a enfrentarnos a él, y no surgió ninguna otra amenaza. Pero nada me daba miedo después de eso. Quería que vinieran a por mí, que me llevaran contigo. Deseaba que me mataran, porque no podía vivir sin ti. Cada segundo de mi vida

eterna se convirtió en un tormento, deseando la muerte porque ya no tenía sentido seguir sin ti.

»Misso y Alexander, los únicos que aún te recordaban, se convirtieron en mi ancla. Día tras día, me ayudaban a enfrentarme a la devastación de tu ausencia. Mientras el resto del mundo olvidaba que alguna vez exististe, ellos compartían mi dolor y comprendían el vacío que habías dejado. Ambos se esforzaban por mantenerme a flote, aunque sabían que mi corazón dejó de latir en el momento en que te perdí. Vivía atrapado en un ciclo interminable de recuerdos, donde cada sonrisa tuya, cada risa compartida, era un puñal en mi corazón. No podía escapar de la agonía de tu ausencia, ni quería hacerlo.

»Me encerré de nuevo en mis investigaciones, buscaba desesperadamente una solución en la historia del fénix. Y entonces la encontré. Leí sobre el poder del resurgir del ave fénix, ese ser inmortal que nunca muere, que renace de sus propias cenizas. Entendí que podrían pasar días, años, siglos o incluso milenios hasta que volvieras. No sabía si tendrías la misma apariencia, pero eso no me importaba. Lo que anhelaba era lo que había dentro: tu mente, tu alma.

»Me obsesioné con tu búsqueda y recorrí cada rincón del mundo, esperando ver algún signo de tu renacimiento, alguna señal de que habías vuelto a la vida. —Lo hizo, él me había buscado, durante todos esos años… él me había buscado—. Y al final… te encontré. Fue hace dieciséis años. Eras tan pequeña, tan humana. Había una paz en ti que me desconcertaba. Te veía correr por toda la granja, llena de vida y alegría. No podía creerlo; después de tantos siglos sin ti, finalmente te había encontrado.

—Dalton… —sollocé.

—Desde entonces, viajaba a menudo a la granja y te cuidaba en secreto durante todos esos años. Estuve presente en la muerte de tu madre y me aseguré de que a ti y a tu familia nunca os faltara nada. Siempre estuve allí, contigo, aunque tú no me veías. —Me quedé sin aliento entre sus manos—. Observaba con admiración cómo te entrenabas en secreto con las dagas, cómo leías los libros que tanto te gustaban una y otra vez en la pequeña biblioteca. Me llenaba de nostalgia verte sumergida en esas historias, perdiéndote en mundos de fantasía. Soñaba con el día en que pudiera enseñarte mi biblioteca, sabiendo que sería un tesoro incalculable para ti. Pensabas que estabas sola, pero nunca lo estuviste. Yo permanecí allí todo el tiempo, a tu lado. Verte crecer y convertirte en la persona que eres hoy ha sido la mayor satisfacción de mi existencia.

Mi mundo se detuvo. Él siempre había estado ahí, a mi lado, incluso en mis momentos más oscuros. Me conocía mejor que nadie, sabía cada detalle de mi vida, cada secreto que guardaba.

Me había amado mucho antes de que yo supiera quién era, mucho antes de que yo siquiera pudiera imaginarlo. Su amor había estado allí, inquebrantable, durante años.

—Cuando fuiste lo bastante mayor para enfrentarte a lo que corría por tus venas, sabía que necesitabas un equipo, el mejor equipo. Y sabía que tu hermano debía ser parte de él. —Él lo había orquestado todo—. Me aseguré de elegir a cada miembro cuidadosamente: Liral, con su increíble habilidad y el dolor que llevaba dentro, estaba destinada a ser una gran jinete; Elandra, con su enorme corazón, sería una aliada invaluable para ti; Calen, aunque aún tiene que madurar, sabe cómo trabajar en equipo y proteger a los suyos, y

Adriel… todos necesitamos un Adriel en nuestro equipo. —Soltó una risa suave que me hizo sonreír—. Cada uno de vosotros fue seleccionado con precisión porque quiero lo mejor para ti y para el imperio.

»Eras, eres y siempre serás la emperatriz de este imperio, te llames Kaiserin o Eda. Yo te elegiría a ti en cien mundos, en cualquier versión de la realidad. Te encontraría y te volvería a elegir. En cada vida, en cada universo, siempre serías mi elección.

«Me había negado a sentir algo, y al final he terminado sintiéndolo todo».

—He dibujado tu rostro todos los días durante doscientos treinta y dos años, Eda. No hubo un solo día en el que mi mano no tocara el papel. Te dibujé para no perderme. Por más cansado que estuviera, siempre encontraba las fuerzas para recordarte, para mantener viva tu imagen. Porque sabía que algún día volverías a mí. Porque eres el fénix, y ellos siempre resurgen de sus propias cenizas.

Me aproximé a su rostro, hasta casi rozar sus labios húmedos, y lo miré a esos ojos verdes como nunca antes lo había hecho.

—Quiero estar contigo, quiero besarte y decirte que no sé dónde estoy, pero es exactamente donde necesito estar. —Me acerqué más a sus labios, húmedos por las lágrimas—. Me encanta la intensidad. Por favor, hazme sentir que soy todo lo buscas.



50

Dalton Basilius

Ella era la cicatriz de mil guerras en mi interior.

La última vez que me dijo que me amaba fue esa misma mañana antes de perderla. Esas palabras en sus labios se me quedaron clavadas en el corazón como un hierro candente. Ahora, después de tantos años, después de tantos siglos de anhelo, volvía a oírlas.

Las lágrimas corrían por sus mejillas y me mojaban las manos, que sostenían su rostro.

Le había confesado que nunca había ido a la playa, y era verdad. Si me acercaba demasiado al mar, el azul profundo me recordaría a sus preciosos ojos. Me perdería en ellos, y mi mundo volvería a derrumbarse.

Pero eso ya no pasaría porque volvía a ser mía, toda su alma volvía a ser mía.

Porque siempre lo había sido.

No lo soportaba más; me iba a morir si no la besaba.

No me lo pensé. Estampé mis labios en los suyos con una furia desenfrenada, con un hambre insaciable.

La devoré como si mi vida dependiera de ello, la saboreé como siempre había soñado, como había deseado todos los días. Cada segundo era una explosión, una necesidad primitiva de poseer y ser poseído, de sentirla completamente mía.

Mis manos recorrían su espalda y la apretaban, ansiando sentir cada centímetro de su cuerpo contra el mío, y en respuesta, ella hundió su lengua en mi boca, haciéndome sentir jodidamente débil.

Nos derretimos juntos, el sabor salado de las lágrimas se mezclaba con el deseo en nuestros labios.

Sus manos se movieron a mi pecho, sintiendo cómo subía y bajaba con cada latido. Despacio, sus dedos comenzaron a explorar mis costados, descubriendo las dagas ocultas allí.

Con una precisión experta, las retiró una a una, dejándolas caer al suelo con un suave tintineo metálico.

Sus dedos juguetearon con la piel bajo el borde de mi uniforme, su roce era delicado, casi nervioso, tembloroso y, cuando llegó a la parte inferior, vaciló un momento antes de tirar de él hacia arriba.

—¿Te molestaba mi camiseta, señorita Eda? —intenté bromear, con ese humor que siempre aliviaba la tensión entre nosotros.

Ella arrugó un poco su nariz respingona, y sus mejillas se tiñeron de rojo.

—¿A ti… te molesta que lo haya hecho, emperador? —susurró sin apartar sus ojos de los míos.

Y yo temblé, temblé de puro deseo.

Sentía su toque electrizante mientras sus manos subían y acariciaban cada centímetro de mi piel con una lentitud que me volvía loco, tomándose su maldito tiempo. No sabía si después le permitiría ese lujo, pero por ahora, la dejaba hacer. Sus ojos se clavaron en mis abdominales, en mi pecho, y recorrieron cada condenada parte de mi cuerpo.

La manera en que me miraba…

—¿Puedo yo quitarte la tuya? —pregunté, mi voz baja.

Ella volvió a mirarme y se mordió el labio nerviosa.

Ese labio…, mi condena.

—No sé por qué no lo has hecho ya —me desafió, y me reí apretando la mandíbula.

—Querida mía, quiero ser un caballero contigo, un hombre respetable, pero con esa boca y ese tono… me cuesta mucho no arrancarte ese uniforme que ya está empezando a molestarme. —Casi rugí cuando le retiré de una la parte superior del uniforme para dejar al descubierto esas preciosas tetas…, esos pezones…

Negó con la cabeza.

—Hoy me toca a mí, Dalton Basilius.

Lentamente, sus dedos se deslizaron hacia los costados de mis caderas y encontraron las dos dagas que llevaba en la cintura.

—Esta vez me toca a mí verte sin este uniforme de cuero, y para eso tengo que quitarte cada una de las dagas que llevas escondidas. Y sé exactamente dónde están.

Antes de que pudiera procesar sus palabras, se agachó. Sus manos se deslizaron a lo largo de mis muslos y hallaron más dagas escondidas; las desató con precisión y las dejó caer al suelo, como todas las demás.

Sus ojos zafiro no rompieron el contacto en ningún momento.

Era la cosa más preciosa que había visto en este mundo.

—Eres espectacular, y viéndote ahí abajo, solo puedo pensar en hacerte cosas infames, indignas de una emperatriz —susurré suavemente, mientras colocaba mi dedo bajo su barbilla y la levantaba para que me mirara aún más—. Esa maldita boca tuya va a ser mi ruina.

Sus dedos bajaron por mi cintura hasta llegar a los pantalones. Me aferré a lo poco que me quedaba de autocontrol mientras los desabrochaba, sus manos rozando mi piel y encendiendo cada maldito nervio.

Me estaba derritiendo bajo su toque, estaba a su merced.

Tenía el miembro tan duro que me sorprendía que no hubiera rasgado las costuras del uniforme. Me sentía como un puto crío, sin control, perdido en el deseo.

Ella dictaba el ritmo, y yo…, maldita sea, yo era completamente suyo.

Cuando bajó mis pantalones, sus ojos se abrieron de par en par, fijos en mi miembro, que parecía a punto de estallar.

Dioses… No pretendía asustarla, era lo último que quería.

—Eda, no tienes por qué…

—Quiero hacerte sentir como tú me hiciste sentir ayer, Dalton —dijo, y el calor de su aliento rozó la punta e hizo que cada fibra de mi cuerpo se tensara. Joder, ya me estaba haciendo sentir mil cosas y ni siquiera me había tocado—. Enséñame cómo lo hacíamos en el pasado. Quiero aprenderlo de nuevo.

Las cosas que hacíamos en el pasado eran jodidamente inexplicables; era como estar en el cielo, incluso mejor que volar en

dragón. Pero ahora todo eso quedaba en un segundo plano. Lo que importaba era el presente, la oportunidad de mostrarle todo lo que tenía que aprender, de despertar a la diosa que llevaba dentro.

Llevé mi dedo de su barbilla a su oreja y le aparté el mechón blanco que le caía sobre el rostro.

—Solo con mirarte, con poder besarte, ya me haces sentir más placer del que merezco —dije sin aliento—. No creo que merezca más.

Sin decir una palabra más, con suavidad, con mucha suavidad, y sin apartar sus ojos de los míos, me la rodeó con su mano derecha.

Su boca se encontraba tan cerca que estaba perdiendo el control.

Eché la cabeza hacia atrás estirando la garganta, y un gruñido de placer escapó de mis labios mientras ella jugaba con su lengua alrededor de mi punta.

Estaba a punto de desmoronarme.

—Tú fuiste la última mujer que toqué. Desde entonces, no he vuelto a posar una mano sobre ninguna que no seas tú. He estado esperándote, esperando esto. —Mi pulgar rozó su labio carnoso cuando se separó unos segundos de mí.

—No esperes más, Dalton, ya no. —Su boca me envolvió de nuevo, su lengua recorriendo toda mi longitud con una habilidad que me dejó sin aliento. Al principio, la caricia fue suave, pero enseguida tomó confianza y empezó a mover los dedos, ejerciendo la presión justa mientras cerraba un poco el puño.

No necesitaba enseñarle nada.

—Joder, Eda, voy a desmayarme —gruñí, sintiendo cómo el fuego en mi espalda amenazaba con estallar, con arrasarlo todo.

Tenía que detener aquello antes de que se lo metiera una vez más en la boca; sabía que si lo hacía, sería mi perdición.

No quería acabar así.

Me avergonzaba sentirme tan vulnerable, tan al borde del colapso frente a ella. Sentir que en cualquier momento perdería el control por completo me asustaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—¿Lo estoy haciendo bien? —preguntó con una voz dulce, aunque no había nada de inocente en ella.

—Cualquier cosa que hagas está bien, Eda… —murmuré mientras movía su mano arriba y abajo, acompañando el movimiento con esa lengua que me volvía loco—. Eso que haces…, joder…

No podía soportarlo más, la necesitaba tanto que el deseo me quemaba por dentro. Si no estaba dentro de ella de alguna jodida manera, perdería la cordura.

Me sentía atrapado en esa batalla interna, luchando contra mis propios instintos mientras ella estaba ahí, tan cerca pero tan inalcanzable.

Sin previo aviso, me agaché y la levanté con firmeza de las caderas. Ella respondió rápidamente y entrelazó sus piernas alrededor de mi cintura.

—¡Oye! No he terminado, Su Alteza —protestó mientras entrelazaba las manos detrás de mi cuello.

—Por supuesto que has terminado —respondí, hundiéndome en el hueco de su clavícula, mientras mis manos se aferraban con fuerza a su culo—. Ahora me toca a mí, mi dulce emperatriz.

El deseo me estaba devorando, y no había vuelta atrás.

Arrastré mi boca por su cuello, saboreando cada centímetro de su piel, hasta que por fin llegué a sus labios y nos fundimos de nuevo.

La besé una y otra vez, sin descanso, como si en cada beso encontrara el aliento que necesitaba para vivir.

Con un movimiento, me acerqué al borde de la enorme cama y la recosté con cuidado, sin romper el contacto de nuestras bocas, que seguían unidas incluso mientras buscábamos el aire desesperadamente.

La suavidad de las sábanas acarició su piel mientras me inclinaba sobre ella, mis dedos rozando su cuello, moviéndose lentos hasta su clavícula.

Me cerní sobre su boca y disfruté del pequeño espacio de respiración que había entre nosotros, pero no posé mis labios en los suyos. Me quedé embobado mirándola, tal vez para asegurarme de que era real, para saber si ella se encontraba de verdad allí, conmigo.

—Dime que eres real, dímelo —le supliqué.

—Soy real, Dalton, estoy aquí… estoy aquí contigo y tú conmigo. Juntos —susurró acariciándome la mejilla con una ternura que me desarmó.

Con esas palabras, me arrodillé ante ella, mis ojos recorrieron su cuerpo mientras ella movía las caderas de forma inconsciente, buscando mi contacto ansiosa.

Sabía lo que quería, lo que ambos deseábamos.

Con cuidado, le desaté las botas, sin apartar mis ojos de su rostro, observando cada una de sus expresiones, grabándome en la memoria cada detalle, aunque ya los conocía de memoria.

Despacio, bajé sus pantalones y admiré la suavidad de su piel mientras lo hacía. Enrosqué mis dedos en su ropa interior y tiré de

ella con cuidado, como si desenvolviera el más preciado de los tesoros.

Cada vez que la veía, cada vez que entrenábamos juntos, cada vez que su aroma me llegaba a kilómetros de distancia, tenía que hacer un esfuerzo titánico para no arrancarle la ropa en ese mismo instante.

La disciplina que había cultivado a lo largo de los años era lo único que me mantenía bajo control, lo único que me impedía poner mis manos sobre ella cuando más lo deseaba.

Pero en ese instante, mientras mis dedos tiraban de su ropa interior, sabía que esa contención estaba a punto de desmoronarse.

Estaba del todo desnuda ante mí, y mi mirada recorría cada rincón de su cuerpo.

Un precioso rubor se extendió por sus mejillas, y su piel brillaba a la luz tenue de la habitación.

Cada curva, cada línea, me llamaba, invitándome a explorarla sin reservas. Era como si todo en ella estuviera hecho para mí y, por fin, nada me impedía tomar lo que siempre había sido mío.

—Te dibujaría así, abierta de piernas y… —murmuré mientras me acercaba más a su intimidad y sentía ese calor húmedo y delicioso —. Joder… Estás tan mojada…

Me hallaba más que listo para enterrarme entre sus piernas, como lo había hecho la noche anterior.

Mis manos, con la voracidad de un animal, se deslizaron hacia los lados de sus caderas y las apreté con fuerza, arrastrándola más hacia el borde de la cama.

Ella se estremeció de manera sublime en respuesta, sus dedos se enroscaron en las sábanas y levantó las caderas hacia mi boca,

ofreciéndose por completo.

—Siempre tan insaciable —gruñí, apretando mis dedos en sus muslos para mantenerla abierta, sin permitirle moverse ni un milímetro.

«Contrólate, Dalton», me decía mi propia conciencia, pero a la mierda con eso.

Me incliné y acerqué mi boca a su centro húmedo, inhalando su aroma y mis labios se posaron sobre su carne caliente, trazando un camino de besos ardientes hacia su núcleo.

No había nada más en el mundo que me importara en ese momento, solo el sabor de ella, la manera en que su cuerpo reaccionaba a cada uno de mis movimientos.

Ella arqueó la espalda al primer roce de mis labios y soltó un gemido, sus dedos se hundieron en mi cabello como si su vida dependiera de ello. Cuando finalmente llegué a su clítoris, lo besé con suavidad al principio, saboreando cada maldito segundo antes de aumentar el ritmo y dejarme llevar por el deseo que me consumía.

—Por todos los dioses… —gimoteó, y el sonido de su voz me enloqueció, empujándome a llevarla al límite, a hacerla gritar mi nombre.

Su cuerpo se arqueó aún más, se contorneaba y se retorcía bajo mi lengua y sus gemidos se volvieron más fuertes, resonando en la habitación como una sinfonía de placer.

Mis manos exploraron, acariciaron y apretaron sus muslos, al tiempo que aumentaba la presión justo donde sabía que la haría enloquecer.

Mientras mi lengua seguía el ritmo de sus jadeos, deslicé un dedo dentro de ella y sentí que se deshacía bajo mi tacto. Estaba tan apretada, tan jodidamente mojada, que la simple sensación podría haberme hecho llegar al clímax antes que ella, sin que nadie me tocara.

Solo su sabor… ese maldito y embriagador sabor…

Añadí un segundo dedo, percibiendo cómo su cuerpo se tensaba y se arqueaba bajo el mío.

No podía dejar de probarla, de saborearla, de perderme en su esencia. Ella era mi adicción, mi necesidad más básica y primitiva.

Con cada lametón, cada caricia, cada embestida de mis dedos, me acercaba más a la locura.

Pero era una locura que no quería evitar, me sumergía en ella con gusto.

Mientras mis dedos la penetraban rítmicamente, mi lengua jugaba con su clítoris, arrancándole gritos de placer. Podía sentir su cuerpo tensarse, cada músculo contraído, cada fibra de su ser al borde del éxtasis.

Seguí succionando con suavidad, acariciando con mi lengua en movimientos circulares, llevándola cada vez más cerca del abismo del placer. Y entonces, en un estallido de éxtasis, su cuerpo convulsionó, su espalda se arqueó y un gemido gutural escapó de sus labios entreabiertos. Su orgasmo la arrastró a un remolino de placer, haciéndola perderse en una tormenta furiosa que la dejó sin aliento.

En ese momento, no había nada más en el mundo que importara, solo ella y el éxtasis que la consumía.

Y yo estaba allí para ser testigo.

Levanté la cabeza de entre sus piernas solo para encontrármela mirándome. Era tan preciosa que me dolía el alma.

Con los labios húmedos e hinchados, me incorporé sobre su cuerpo.

—Soy el cabrón más afortunado de Pramvera —le dije, mientras ella pasaba sus dedos por mis abdominales, con una sonrisa que insinuaba que aún no estaba del todo satisfecha con lo que le había dado.

—Quiero sentirte dentro de mí, quiero que… —susurró levantando su pecho para acercarse al mío—. Te necesito…

Yo también la necesitaba, más de lo que podía admitir.

—¿Qué quieres, Eda? —le pregunté, aunque ya sabía la respuesta. Pero necesitaba oírlo de sus labios. Ella apartó el rostro con vergüenza. Mierda.

Le acaricié despacio la mejilla y la guie con suavidad para que volviera a mirarme.

—Nunca te avergüences, ni por mí, ni por nadie. Tú no, Eda. Eres una mujer poderosa, y una mujer poderosa nunca se avergüenza.

Sus dedos trazaron un sendero desde mi estómago en un ascenso lento hasta mi pecho, deslizándose por mi brazo hasta llegar a mis hombros, donde se detuvieron brevemente en mi clavícula. Un gemido se me escapó por lo bien que se sentía su roce, por la electricidad que dejaba a su paso.

—Muero por estar dentro de ti —confesé depositando un beso en la comisura de sus labios—. Pero necesito que estés segura de que es lo que quieres.

—Es lo que quiero.

Solté todo el aire contenido en mi pecho.

—No sé qué habría hecho si me hubieras dicho que no —dije mirándola con una sonrisa en la cara—. Aunque ya sabes, si no quieres, dímelo, ¿vale?

—Dalton Basilius. —Puso su dedo índice en mi boca para silenciarme—. No he estado más segura en mi vida.

No la merecía.

Era un monstruo.

La tomé por la cintura con una mano, mientras deslizaba la otra bajo su espalda. Con cuidado, la deposité sobre la almohada, su cabello blanco se esparció en un glorioso contraste contra las sábanas de seda negra de mi cama. Cuántas noches había soñado con aquel momento, verla así, tan dispuesta y entregada a mí.

Ella abrió sus piernas invitándome a entrar en ella, y sus ojos se dilataron, su respiración se aceleró.

—No me hagas…

—Intentaré no hacerte daño, cariño —le susurré mientras la besaba suavemente—. Perdóname.

Sus manos se aferraron a mi cuello mientras empujaba despacio mi punta contra su entrada. Sentí su calor, y por un momento pensé que estaba en el cielo.

No la merecía.

Poco a poco, la introduje en su interior, con movimientos lentos y cuidadosos, asegurándome de que se acostumbraba a cada centímetro.

Mis labios no se apartaron de los suyos, la colmé de besos y recorrí su mandíbula, su garganta, su cuello… Ella se arqueaba bajo mi cuerpo, sus uñas se clavaban en mi piel.

La besé con más fuerza, bebiendo de sus suspiros y gemidos, mientras seguía adentrándome en ella, hasta estar por completo enterrado. Sentí cómo sus paredes se ajustaban a mí de manera perfecta, como si estuviéramos hechos el uno para el otro.

Cada movimiento, cada sonido que escapaba de sus labios, me llevaba más al borde del placer y me hacía sentir que finalmente estaba donde siempre había pertenecido: dentro de ella, envuelto en su calidez, conectado de una manera tan profunda que no había vuelta atrás.

Era perfecta.

Era mía.

Apoyé mi frente contra la suya y me quedé inmóvil, como si quisiera fusionarme con su dolor para hacerlo mío.

Con cuidado, me sumergí en su mente a través de mi poder.

Su rostro se retorció en una mezcla de dolor y placer mientras se adaptaba a mí.

Era crucial aliviar su sufrimiento, aunque solo fuera por un instante. Así que permanecí allí, en silencio, envolviéndola con mi energía, mi poder, hasta que el dolor se desvaneció por completo.

Perdóname… Me hundí un poco más en ella.

—No pares, por favor —gimió.

Sentí su cuerpo temblar bajo el mío, sus piernas rodeándome, instándome a continuar. El calor y la presión de su interior eran casi insoportables, pero me contuve y me moví con una lentitud deliberada para que se acoplara por completo.

La besé de nuevo, mis labios acariciando los suyos mientras entraba y salía de ella con suavidad, tratando de mantener el control.

Pero entonces, ella arqueó su cuerpo y me empujó a moverme más rápido, incitándome con esa necesidad que ambos compartíamos.

En ese momento, toda mi determinación se quebró, se desmoronó por completo.

Apoyé mi mano en el cabezal de la cama y lo apreté con fuerza para liberar la brutalidad que estaba a punto de desatarse.

Comencé a entrar y salir de ella con más fuerza, más velocidad, cada embestida más salvaje que la anterior mientras sentía cómo su cuerpo respondía, igual de hambriento, igual de desesperado.

En sus pensamientos ya no había rastro de dolor, solo una necesidad feroz que coincidía con la mía.

El ritmo se volvió frenético, y apreté el cabezal aún más, mis dedos hundiéndose en la madera hasta que, con un crujido seco y violento, lo rompí en pedazos. Las astillas volaron por la habitación mientras la madera cedía bajo la presión de mi mano.

Ella gritó, un sonido que me hizo enloquecer todavía más, y sus uñas se clavaron en mi espalda y me empujaron aún más cerca de ella. Sus piernas se tensaron alrededor de mis caderas, su cuerpo se arqueó contra el mío mientras nos movíamos al unísono, cada embestida llevándonos al borde del abismo, acercándonos a esa explosión inevitable.

Eda cambió de posición de un tirón y se puso sobre mí con una mirada jodidamente morbosa, llena de lujuria.

Se movió despacio al principio, acomodándose sobre mi erección y sus caderas empezaron a moverse con una timidez que no duró mucho.

La guie con mis manos en su cintura, marcando el ritmo, enseñándole cómo quería que me cabalgara.

Pero en cuestión de segundos, esa timidez se desvaneció, y lo que comenzó como una caricia se convirtió en un movimiento salvaje, animal. Sus caderas se movían con una intensidad que solo podía describirse como desenfrenada, y yo respondí con la misma ferocidad, empujando hacia arriba para encontrarla en cada embestida, perdiéndonos completamente.

Ella siguió mis movimientos.

—Eso es, joder…, buena chica —gruñí.

Me incorporé y me llevé uno de sus pechos redondos y tensos a la boca, succionando suavemente. Sus pezones se endurecieron bajo mi lengua y sus dedos se enterraron en mi cabello.

La apreté contra mí, mis manos recorriendo su espalda, bajando hasta su precioso culo, y la besé hasta que el aire se volvió una necesidad.

Quería exprimir hasta la última gota de placer de su cuerpo, sentir cada estremecimiento, cada jadeo.

«Contrólate —volví a repetirme—. Contrólate, Dalton».

Echó la cabeza hacia atrás y su cabello se deslizó como una cascada. Me permití pasar mi lengua por todo su cuello, saboreando el sabor salado de su piel, mientras mis manos seguían guiándola.

Cada movimiento de sus caderas, cada contracción de sus músculos, nos acercaba más a la cima.

La presión en mi pecho aumentaba con cada embestida, cada gemido de ella envolviendo mis oídos como una sinfonía.

Y fue entonces cuando lo sentí: su olor cambió. Su cuerpo se tensó, y supe que estábamos al borde de lo que más temía si

hacíamos esto.

Los mechones blancos de su cabello comenzaron a brillar con un azul intenso, el color ascendiendo desde las puntas hasta las raíces.

No paré de embestirla, cada movimiento mío parecía alimentar ese brillo.

Eda tenía los ojos cerrados, pero yo podía ver claramente cómo su luz azul irradiaba desde su ser.

Me preparé para lo inevitable, sabiendo que estaba a punto de explotar. En ese instante, los postes de la cama que se elevaban hacia el techo comenzaron a arder con unas llamas azules que consumieron los velos que colgaban.

El fuego se propagó con rapidez, las llamas azules danzando salvajes a nuestro alrededor.

Sin pensarlo, reaccioné instintivamente. Convoqué mi propio fuego y las llamas negras se mezclaron con las azules, sofocando las suyas y protegiéndonos del desastre.

La habitación se llenó de esa luz intensa, el calor envolviéndonos mientras luchaba por mantener el control.

Mi emperatriz alcanzó un orgasmo devastador, su cuerpo temblando y sus gritos resonando en la habitación, mientras las últimas llamas se extinguían.

Sin perder un segundo, la cambié rápidamente de posición y la puse bajo mi cuerpo. Con cuidado, retiré mi miembro de su interior para asegurarme de no correrme dentro de ella, aún luchando contra el deseo que me quemaba por dentro.

El brillo azul de su cabello comenzó a desvanecerse poco a poco, y la habitación quedó en silencio. Solo el sonido de nuestras respiraciones pesadas llenaba el aire, mientras el calor de nuestro

encuentro se disipaba lentamente, dejándonos con la sensación de haber sobrevivido a una tormenta que solo nosotros podíamos desatar.

—¿Por qué? ¿Por qué mi pelo es azul? —Eda se miró el cabello y se pasó los dedos por entre los mechones mientras el brillo desaparecía y recuperaba su color original. Seguía agitada, con la respiración entrecortada, igual que yo.

Después de siglos de espera, finalmente la tenía de nuevo a mi lado, y no quería que se separara de mí nunca más.

Permanecí sobre ella, perdido en la contemplación de sus ojos, en cada detalle que hacía de Eda la mujer que amaba.

Mi atención se centró en esa diminuta peca justo debajo de su ojo, apenas perceptible a menos que te acercaras lo suficiente para apreciarla.

La había dibujado innumerables veces mientras intentaba capturar la esencia de sus ojos en el papel. Era una belleza incomparable, la mujer más radiante que jamás había pisado la tierra.

La necesitaba con una pasión que no podía expresar con palabras, en todas sus formas, en todas sus manifestaciones. Pero, al mismo tiempo, un nudo de amargura se formaba en mi pecho, porque sabía que, cuando descubriera la verdad, solo provocaría odio en su corazón.

Lo que había hecho en el pasado no merecía perdón, y estaba seguro de que ella nunca podría perdonarme.

Por eso estaba allí, en ese momento, aprovechando aquella última oportunidad de tenerla conmigo, de verla sonreírme sin sospechar la verdad. Porque no intuía siquiera la clase de monstruo que reposaba a su lado, ignoraba la oscuridad que ocultaba mi presencia.

Aquella era la única ocasión en la que podría absorber su esencia, grabar su imagen en mi memoria antes de que todo se desmoronara, antes de que el amor que veía en sus ojos se transformara en algo mucho más frío y distante.

—Es fascinante cómo tu color de pelo revela tanto sobre ti. Sabía perfectamente quién eras y qué poder llevabas dentro mucho antes de que tú misma lo supieras. —Le acaricié la mejilla—. No puedo esperar a ver cómo te vincularás con el ave fénix.

51

Kaiserin

Cuatrocientos sesenta y dos años atrás

El arte de la guerra se basa en el engaño.

Esa frase resonaba una y otra vez en su mente, como un eco persistente, como el sonido de una gota de agua cayendo incesantemente en un único punto. Era la misma que él le repetía en cada entrenamiento, una lección que ahora se había incrustado en su conciencia y que marcaba el ritmo de su desesperación.

Habían pasado ciento diecisiete días desde que la encadenaron. Cada una de sus manos estaba sujeta con gruesas cadenas de hierro a las frías paredes de la Sala de las Sombras. Sus brazos, extendidos hacia ambos lados, sostenían el peso de su cuerpo suspendido en un

equilibrio precario, mientras las sombras bailaban alrededor, al compás de la tenue luz que se filtraba por pequeños resquicios.

Su sangre seguía goteando, lenta y constante, desde sus labios, sus orejas y sus uñas, como ocurría todas las noches para marcar el compás inalterable de su tortura. Las cadenas, implacables y pesadas, mordían su piel con cada mínimo movimiento, un recordatorio cruel de dónde estaba y cuánto dolor le esperaba.

Cada noche él volvía.

Ella lo veía aparecer en la puerta, su figura recortada contra la luz. Durante un momento, se quedaba en el umbral, alto y oscuro, como una silueta extraída de las peores pesadillas, una presencia interminable que llenaba el espacio. Luego, daba un paso hacia ella, y su forma nebulosa comenzaba a solidificarse hasta volverse carne y hueso.

Cada noche, llegaba con una identidad distinta. A veces aparecía como un hombre joven, otras como una mujer de cabello rubio o moreno, siempre con un porte nuevo, diferente, cada detalle de su aspecto moldeado con precisión, como si lo esculpiera ante sus propios ojos. Pero ninguna de esas formas era la favorita de Kaiserin; ya no se transformaba en aquel rostro que ella recordaba tan bien, el que alguna vez significó algo más para ella.

Iron Shadow. Ese era su verdadero nombre.

Últimamente, él había empezado a presentarse con un rostro que ella no había visto antes. Su pelo negro caía sobre la frente, y a la luz de la luna sus ojos verdes brillaban con una intensidad perturbadora.

Parecía joven, fuerte y era, sin lugar a duda, el rostro más hermoso que ella había visto jamás. Sin embargo, el odio había

comenzado a crecer en su interior.

¿Qué pretendía esa vez? ¿A qué quería jugar con ese rostro tan perfecto?

—Día ciento diecisiete —anunció él con esa voz grave y cargada de sombras—. Espero que las próximas ocho horas de entrenamiento sean… productivas.

Se acercó despacio, como disfrutando cada paso, y cuando estuvo lo bastante cerca, inclinó su rostro hacia ella, oliendo el aire entre ellos. Luego su mirada descendió hacia la sangre que goteaba de sus labios y uñas. Una sonrisa despectiva asomó en su rostro.

—Te he dicho mil veces que no me gusta que sangres, Zafiro —gruñó, su tono cargado de un desprecio teatral—. Así que, ¿por qué no dejas de sangrar de una puta vez?

Kaiserin le sostuvo la mirada, sin desviarla ni un segundo; había aprendido a no ceder, a no bajar la vista. Sabía bien cuál era el castigo si lo hacía.

—¿Así que vas a seguir sin hablar? —preguntó él ladeando la cabeza con fingido interés—. Me gustas cuando estás callada, no lo voy a negar, pero esto empieza a aburrirme. ¿Cuatro días sin abrir la boca?

—Vete a la mierda, Iron.

Él soltó una carcajada, y sombras oscuras comenzaron a deslizarse desde su figura, envolviendo las cadenas que sujetaban a Kaiserin. Con una eficiencia gélida, las sombras liberaron los grilletes de sus muñecas, y las cadenas cayeron al suelo con un eco metálico. Ella se mantuvo erguida, asegurándose de apoyar firmes las piernas para no mostrar ni un ápice de debilidad.

—Esa maldita voz tuya… —bufó en tono burlón mientras una sonrisa oscura se asomaba en su rostro—. Pero tengo algo que decirte, Zafiro. Algo que quiero que hagas para mí.

Kaiserin lo miró con el rostro imperturbable, aunque un odio en ascenso comenzaba a arder en su interior.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó sin emoción.

Ella sabía que haría cualquier cosa por él, a pesar del dolor que le había causado durante milenios, a pesar del odio profundo que compartían. Por mucho que él deseara verla muerta, y por mucho que ella anhelara su destrucción, algo en su interior le decía que cumpliría cualquier orden que él le diera, sin importar el coste.

Desde el día en que nació hasta aquel en que dejara de renacer, su voluntad estaba atada a él, a ese vínculo retorcido y oscuro que los mantenía enredados, incapaces de liberarse uno del otro.

Iron Shadow sonrió aún más, sus labios curvándose en una expresión siniestra.

—Quiero que mates a la persona que tienes delante de ti.

Ella lo observó en silencio, sin parpadear. Sabía exactamente a quién se refería: quería que acabara con la vida del joven cuyo físico él había adoptado. En ese momento, comprendió el retorcido juego de Iron Shadow. Él estaba jugando a las máscaras, uno al que él siempre ganaba, un juego donde su crueldad era la única constante.

—¿Quién es él? —preguntó sin apenas mover los labios.

Iron Shadow sonrió con satisfacción, como si hubiera esperado esa pregunta toda la noche.

—Sabía que estarías dispuesta a hacerlo, Kaiserin. Lo sabía.

Cada palabra suya era como veneno. Ella sentía la sangre corriendo por su cara, su propio sufrimiento convertido en un

espectáculo para él.

—Pramvera… Ese imperio que me vuelve loco —prosiguió—. Quiero que desaparezca. Que mueran todos. ¿Sabes por qué? —Iron Shadow la miró con una mueca retorcida—. Porque me molestan, me ofenden… Cada día que existen, me ofenden. —Se llevó la mano a la cabeza fingiendo un dolor agudo—. Pero, sobre todo…, ese emperador. Él debe morir, Zafiro.

Su mente cansada vagó un instante. Pramvera… Ese nombre le resultaba familiar, como un eco lejano, una sombra en su memoria.

—Matar al emperador. Esa es mi orden —repitió ella, como una confirmación, asintiendo lentamente.

—Exacto. Matar, como te he enseñado en estos días. —Él se acercó hasta ella y le sostuvo la cabeza con ambas manos para obligarla a mirar directamente sus ojos—. Tú eres mi arma, Kaiserin. Lo sabes, ¿no?

Kaiserin asintió. No había dudas; ella era su arma.

—Eres poderosa. Solo tienes que dar ese paso para ser la mejor. Lo sabes también, ¿verdad?

—Lo sé —afirmó, su voz dura como el acero.

—Vas a matar a Dalton Basilius, este hombre que tienes delante —dijo, apretando sus manos contra sus mejillas con una fuerza casi cruel—. Míralo bien, Kaiserin, porque él será tu víctima. Y no solo él. Quiero que destruyas todo su imperio, a todos. Quiero que los elimines a todos, Zafiro.

Ella lo miró de arriba abajo estudiando cada rasgo. Era hermoso, ¿por qué debía quitarle la vida a aquel muchacho? Pero sabía bien la respuesta: si no acababa con él, Iron Shadow acabaría con ella.

—A todos, Iron. Los mataré a todos como me has enseñado.

Iron Shadow soltó su rostro, su sonrisa creciendo con una satisfacción oscura.

—Eso es. Muerte, muerte para todos. Quiero ver de lo que eres capaz.

El silencio cayó entre ellos y, en esos instantes, sus ojos brillaron con una locura latente, una crueldad profunda que transformó su semblante.

—Entonces, empecemos —murmuró mientras su euforia se transformaba en una ira fría, deformando su rostro perfecto en una máscara de maldad acumulada.



52

Eda

Abrí los ojos con cautela, dejando que la tenue luz del fuego negro de la chimenea acariciara mi piel.

La habitación estaba envuelta en penumbras, iluminada solo por las llamas que proyectaban sombras danzantes en las paredes. No sabía qué hora era, pero no necesitaba saberlo.

—Si sigues mostrándome tu cuerpo desnudo, me convertiré en un animal salvaje y enfermo. —La voz de Dalton me hizo desviar la mirada hacia lo poco que quedaba del cabezal de la cama.

Allí estaba él, de pie, apoyado de manera casual, con un cuaderno entreabierto y un lápiz que jugueteaba entre sus dedos.

Con una sonrisa pícara, me erguí en el colchón, permitiendo que la sábana se deslizara lentamente y dejara al descubierto mis pechos. Dalton carraspeó suavemente y se humedeció los labios, sus ojos oscuros recorriendo con detenimiento cada una de mis curvas.

Su mirada bajó por mi cuello, se detuvo un momento en mis pechos y luego continuó su camino por mi abdomen hasta mis piernas, apenas cubiertas por la tela.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, inclinando la cabeza mientras mi largo cabello suelto me caía sobre el hombro.

—Estoy inmortalizando en papel a la mujer más preciosa que jamás haya visto —respondió, y me apuntó con su lápiz—. Tengo que aprovechar cada detalle mientras la persona que ocupa todos mis pensamientos está justo aquí, frente a mí.

Me llevé la mano al pecho, adoptando una expresión de sorpresa fingida.

—¿Y quién es esa mujer tan especial, si se puede saber? —pregunté luchando por contener una carcajada.

—¿La mujer con la que estoy jodidamente obsesionado? —Levantó una ceja con picardía.

Asentí despacio mientras me mordía el labio inferior.

—No está aquí —respondió, y abrí la boca incrédula.

Su risa resonó en la habitación y nos envolvió en su calidez. Se acercó para abrazarme, pero lo aparté con una sonrisa, y ambos estallamos en carcajadas.

Luego, con una mirada hambrienta, comenzó a recorrer mi cuerpo con sus manos, cada caricia encendiéndome la piel.

Sentía que estaba en el paraíso, perdida bajo sus brazos, mientras su tacto me envolvía en una ola de deseo.

—Tú eres y siempre serás la causa de mi locura —dijo mientras sus manos se movían por mis caderas—. Cada pensamiento que tengo, cada latido de mi corazón, todo está dominado por ti. Me haces perder la puta razón.

Se puso encima de mí con suavidad, llenándome de besos que enviaban escalofríos de placer por todo mi cuerpo. Mis risas hacían eco en la habitación mientras sus labios jugueteaban con la sensibilidad de mi piel y me hacían cosquillas que me retorcían de alegría.

Dalton enterró su rostro en mi cuello, y la sábana se deslizó hasta dejarme completamente desnuda ante él.

Levantó la cabeza de mi clavícula para mirarme, como si cada minuto de las últimas horas solo hubiera servido para aumentar su deseo. La sonrisa que había en sus labios se desvaneció poco a poco, y su mandíbula se tensó, mostrando una seriedad que no encajaba del todo con la ternura de sus caricias.

—Dalton —le dije con un extraño temblor en la garganta—, ¿qué te pasa? ¿Qué es lo que está mal?

Con la mirada clavada en mis piernas, solo movía sus dedos sobre ellas en un gesto mecánico y distante. Seguía sin decir una palabra.

Desesperada por obtener alguna respuesta, toqué su brazo, pero no hubo reacción. Intenté mover su mano, pero era como intentar desplazar una estatua.

—Me estás asustando. ¿Qué pasa?

Él no se movió en absoluto.

—Dalton… —insistí en una búsqueda desesperada de su atención.

—¡Mírate, Eda! —casi rugió.

Bajé la mirada hacia mis muslos y entonces entendí a qué se refería.

Bajo la luz del fuego de la chimenea, vi los cardenales de un púrpura oscuro que se formaban en mis muslos y caderas. Eran

marcas dolorosas y vívidas que contrastaban fuertemente con la piel pálida.

—Dioses, Eda —susurró mientras deslizaba los dedos por los costados de mi torso—, te he destrozado, joder.

—¿Qué? No, Dalton…

—¿No? ¿No te has visto? Tu cuerpo está cubierto de moratones.

Intenté repasar en mi mente los momentos de pasión que compartimos, pero no había sentido ningún dolor. Solo me venían a la mente sus abrazos cálidos, sus besos que nunca me hicieron daño.

«Es imposible que…».

—Pero sí es posible, Eda. Yo te he hecho esto. Esto es culpa mía. Debería haberme controlado más. —Emitió un sonido bajo, de pura repulsión—. Debería…

—Estoy bien, ¿vale? —le dije, y puse mi mano en su tensa mandíbula, pero él seguía sin mirarme—. Eh, mírame.

Finalmente, levantó la vista hacia mí.

—No sé qué me ha pasado. Yo… no controlo mi fuerza a veces. Me pierdo cuando te toco, pierdo todo mi autocontrol y se me olvida que tu cuerpo sigue siendo frágil. —Su voz bajó hasta convertirse en un susurro cargado de culpa—. Se me olvida que eres humana.

Me incliné hacia delante para acercarme más a él, aunque sentí un leve dolor en mis costillas y en especial en la ingle. Cada movimiento aumentaba la sensación punzante.

Él lo notó y suspiró profundamente.

—Estoy bien, de verdad. Me siento bien por dentro, estoy feliz. Sobre todo, feliz… Lo que hemos vivido antes ha sido tan maravilloso que no tengo palabras para describirlo —acuné su mejilla en mi

mano—, y no he sentido ningún dolor. Es lo último que he sentido cuando…

—No has sentido ningún dolor porque yo lo he hecho desaparecer —me confesó con sinceridad—. Por eso ha sido maravilloso, porque he eliminado todo tu dolor.

Me quedé atónita asimilando sus palabras. Recordé cómo, cada vez que Dalton se hundía en mí, cualquier rastro de dolor se evaporaba al instante. Sabía que debería haber sentido el ardor, la presión, pero no había notado nada de eso.

—¿Por qué? —pregunté en un intento por entender.

—Porque lo último que quiero es hacerte más daño.

Me quedé callada, como siempre, pero esa vez decidí hablar.

—Lo pensé cuando te fuiste de la pequeña casa en Novadia —dije mientras quitaba mi mano de su mejilla y la bajaba a mi regazo, perdida en mis pensamientos—. Pensé en tu inmortalidad y en cómo podría afectarte en el sexo.

—¿Eso es lo que te preocupa? —preguntó Dalton, tomando mi mano apoyada en mi regazo—. ¿Que yo no lo haya disfrutado?

—Sé que no es lo mismo para un inmortal. No puedo evitar pensar que, para ti, puede que no haya sido suficiente. Que tal vez, con tu poder y resistencia, sientas que necesitas algo más, algo que yo no puedo darte.

—Eda…

Hablé antes de que él pudiera continuar, mi voz temblorosa pero decidida.

—Quiero que sepas que, aunque soy humana y frágil comparada contigo, cada momento ha sido increíble para mí. Y…

Dalton no me dejó terminar. Me tomó entre sus brazos con una fuerza gentil y me rodeó con ellos.

—Eda, escucha —dijo suavemente, su aliento haciéndome cosquillas en el oído mientras me mantenía cerca—. Para mí, cada instante contigo es más que suficiente. No necesito más, no quiero más. Todo lo que deseo está aquí.

Lágrimas de alivio y felicidad llenaron mis ojos mientras sus palabras se asentaban en mi corazón.

—Poder tocarte, besarte…, estar dentro de ti… —continuó apretándome con delicadeza entre sus brazos, y yo levanté la cabeza para mirarlo—. Ha sido el mejor día de toda mi existencia. Me siento tan afortunado de tenerte aquí conmigo, y ojalá pudieras leer mis pensamientos como yo leo los tuyos. Así verías lo bien que me he sentido, pero eso no quita que me sienta un ser horrible por haberte hecho estos moratones, por haberte causado todo esto. —Se separó un poco de mí y miró alrededor, sus ojos recorriendo la cama—. Han pasado demasiados siglos desde la última vez que toqué a una mujer… desde que te toqué. No he podido controlarme, me vuelves loco, Eda.

Miré alrededor y vi la que la cama estaba completamente destrozada. El piecero estaba quemado, como si hubiera sido consumido por el fuego.

Dioses…, todo estaba calcinado y quebrado, y yo ni siquiera me había dado cuenta.

Sabía que se había controlado y que había hecho todo lo posible para no hacerme daño. Pero había visto su fuerza bruta en acción, como cuando se apoyó en el cabezal de madera de la cama y lo partió en dos con facilidad.

—¿Qué ha…? —empecé a preguntar, pero no terminé la frase.

—Ha habido un pequeño incendio a tus espaldas, nada que no pueda controlar —respondió con una media sonrisa, tratando de restarle importancia.

—¿He sido yo?

Asintió ligeramente.

Me mordí el labio y un cosquilleo me recorrió el estómago. Había sido yo, y ni siquiera había sido consciente de lo que había hecho. Pero Dalton parecía tranquilo, casi como si estuviera acostumbrado a aquello.

—Ni siquiera te has inmutado —le reproché, con una mezcla de vergüenza e incredulidad.

—¿Debería alterarme porque prendes fuego a la habitación cada vez que tienes un orgasmo? —respondió con una sonrisa traviesa.

Lo empujé contra el colchón mientras me cubría la cara con las manos.

Estaba muerta de vergüenza.

—¡Dalton!

Él hizo una mueca fingida de dolor por mi empujón y luego soltó una carcajada.

—Ah, así que te da vergüenza que te diga que cuando te corres eres preciosa, que puedes calcinar todo el palacio y que tu cabello brilla con un azul fascinante, pero no te da ningún tipo de vergüenza bajarme los pantalones y… joder… solo de volverte a imaginar de rodillas besándome… —Ahora era él quien se tapaba la cara y estiraba el cuello hacia atrás.

Mi rostro cambió por completo y me quedé callada procesando sus palabras.

Mi cabello… ¡Lo había olvidado por completo!

—¡Me brillaba la melena, Dalton! —exclamé llevándome las manos a la cabeza—. ¡Cómo es posible que no me acordara!

Él volvió a reírse con fuerza y le di otro empujón.

—Son tus emociones, cada una de ellas construye una pequeña parte de tu poder interior —confesó—. El dolor físico, el psicológico, la tristeza, el amor, el éxtasis… Todas te moldean y están interconectadas.

—¿Todo el poder funciona de esta manera?

—Así es como funciona la magia. Cuanto más poderosa es la energía que llevas dentro, más tiempo y esfuerzo requiere dominarla. —Su tono cambió y se volvió más suave—. Estás preciosa cuando tu cabello cambia de blanco a azul, y más aún cuando sé que ese brillo es por mi culpa. —Me guiñó un ojo, y yo no pude evitar poner míos en blanco.

—Siempre tan arrogante, Su Alteza Imperial.

—¿Arrogante, dices? —Se acercó con una sonrisa traviesa y comenzó a hacerme cosquillas en los costados, consiguiendo que me riera hasta casi llorar.

—¡Para! ¡Para, por favor! —grité entre risas tratando de apartarme.

—Ruega más —dijo con un tono juguetón, mientras sus dedos se movían rápidamente y me arrancaban lágrimas de risa.

—¡Ay, para! Me haces daño —grité.

De inmediato, dejó de hacerme cosquillas y me miró con los ojos abiertos de par en par.

Había acabado encima de mí.

—Perdona, ¿estás bien? Olvidaba los moratones…

No le dejé terminar. Con un movimiento rápido, enganché mis piernas alrededor de su cintura y lo tumbé bocarriba en el colchón. Con un giro de cadera, me coloqué encima de él, completamente desnuda, inmovilizándolo con mi cuerpo.

—Oh, vamos, Dalton Basilius, me sorprende que pienses que unos simples moratones me pueden llegar a doler —me incliné sobre él, mis pechos sobre el suyo—. No quiero que después de haberme follado pienses que me tienes que tratar como si fuera débil. De eso, nada. Vamos a seguir entrenando de la misma forma que antes y, si me haces daño…, te lo devolveré. ¿Me has entendido?

Atrajo mi cabeza hacia él con sus grandes manos mordiéndose el labio.

—No sabes lo que me pones, pequeño demonio. Y voy a follarte toda la noche hasta la madrugada, porque tengo mucho mucho tiempo para ti.

Me incliné más sobre él, mis labios a escasos centímetros de los suyos.

—Entonces, empecemos. Quiero ver arder toda la habitación.



53

Eda

Dalton cumplió su promesa. Estuvo conmigo toda la noche, enredado en mis piernas, mientras mi cabello brillaba cada vez más. Mi fuego interior surgía en oleadas de placer, y el suyo se encontraba con el mío, apagándolo por completo.

La cama quedó casi en cenizas al final de la noche, el colchón en el suelo, la madera reducida a escombros y las sábanas calcinadas. El cuarto olía a humo y ceniza, pero nunca había estado tan llena. Mi cuerpo se hallaba exhausto, cubierto de sudor y moratones, pero en lugar de dolor, sentía un cansancio placentero.

Me acurruqué en su pecho, sintiendo su corazón latir firmemente bajo mi oído, y le conté sobre mi familia. Le hablé de Nolan, de Theo y su amor por los libros, y de la biblioteca, mi refugio secreto donde los días pasaban como sueños.

Dalton, en respuesta, comenzó a darme detalles de sus propios siglos vividos. Me habló sobre Alexander y sobre Misso.

Con cada historia, me dibujaba un cuadro de un mundo complicado, lleno de experiencias y aprendizajes que iban más allá de lo que podría imaginar. Pero lo que más me sorprendió fue cuando habló de mí, de mi pasado.

A medida que la noche se desvanecía, nos quedamos en silencio, nuestras respiraciones entrelazadas. Estaba completamente destrozada y agotada, pero también más conectada a él que nunca. Sentí que no solo había compartido mi cuerpo, sino también mi alma.

Nos habíamos fundido en uno.

Cuando el sol entró por las ventanas y me despertó, me giré hacia el otro lado de la cama y vi que Dalton no estaba ahí. Sentí una leve punzada de decepción, pero entonces noté una pequeña nota doblada con cuidado sobre su almohada. La tomé y, al abrirla, reconocí de inmediato su letra:

Eda:

He ido a dar mi vuelo matutino con Long. No te preocupes, solo necesitaba un poco de aire. Sé que estás dolorida y no quería volver a meterme entre tus piernas de buena mañana.

Tienes el desayuno preparado en las cocinas. Ah, y que sepas que estás preciosa cuando duermes.

DALTON BASILIUS

Aproveché el momento para levantarme de la cama. Mientras buscaba mi ropa, que estaba esparcida por el suelo de la habitación, mis ojos se detuvieron en la espada que Dalton me había dado. Una de sus dos espadas, apoyada contra un mueble. Sus palabras resonaron en mi mente: «Es tuya».

Volvería más tarde a por ella.

Caminé por los pasillos vacíos del palacio, sobre todo por el ala oeste, donde estaba mi nueva habitación, ya que la antigua había sido consumida por el fuego de Elandra.

Los corredores estaban en silencio y, mientras avanzaba, pensaba en cómo serían las noches de ahora en adelante. Me preguntaba si Dalton se uniría a mí, o si me pediría que pasáramos las noches juntos, o tal vez preferiría mantenerlo en secreto. ¿Querría él que alguien lo supiera? ¿O elegiría abstenerse de que alguien se enterara?

No tenía ni idea de qué pensaba al respecto, pero yo me moría de ganas de contárselo a Elandra. Estaba segura de que se emocionaría si le contaba todo lo que había pasado esa noche… bueno, en realidad, esa semana.

Entré en la habitación y comencé a desvestirme. La idea de que Camille viniera pasó fugazmente por mi mente, pero sabía que en este momento necesitaba estar sola.

Me quité la ropa y me acerqué al espejo, contemplando mi reflejo. Mi cuerpo estaba cubierto de moratones que iban del amarillo al morado, como un mapa de recuerdos.

Mis ojos recorrieron mi figura lentamente mientras observaba cada contusión y línea. Toqué con suavidad uno de los moratones del brazo y noté dolor, pero también una extraña satisfacción. Deslicé la

mirada por el abdomen, las piernas, cada rincón de mi piel, deteniéndome en cada marca.

Sabía que cuando me vinculara, si los dioses así lo deseaban, sería lo bastante fuerte para soportar el ritmo de Dalton, el vigor de su cuerpo, pero esa no era la única razón por la que ansiaba la inmortalidad. Quería estar a la altura de mi pelotón, sentir el poder fluyendo por mis venas.

Deseaba dejar de ser débil.

Los días en Novadia me habían revelado una verdad ineludible: no quería seguir siendo mortal. La mortalidad se había convertido en una carga, una limitación que no estaba dispuesta a aceptar. Quería dejarla atrás, olvidar la fragilidad y abrazar la fuerza y el poder.

El vínculo con Dalton representaba solo una parte de ello; la verdadera ambición era superar mis propias limitaciones, abandonar cualquier rastro de debilidad.

No me molesté en calentar el agua de los cubos; era verano y hacía calor, así que no me hizo falta. Cogí un uniforme nuevo, lo dejé al lado de la bañera y me sumergí en el agua, y en ese instante, los pensamientos empezaron a arremolinarse en mi mente.

El tiempo pasaba sin que me diera cuenta. Sentía como si el agua pudiera absorberme, llevarse las dudas y las inquietudes. Pero, al mismo tiempo, temía que la profundidad de mis pensamientos pudiera ahogarme.

Finalmente, decidí salir del baño. El agua se deslizaba por mi piel mientras me secaba con una toalla. Me vestí con cuidado, el tejido de cuero del uniforme acariciándome el cuerpo y, con el pelo aún mojado, me hice una trenza rápida.

Al abrir la puerta del dormitorio, me detuve en seco. Sentado en mi cama estaba Dalton, con sus facciones perfectas, siempre tan impecables, pero esa mañana, su rostro se veía… algo diferente. La usual serenidad había dado paso a una expresión seria, casi preocupada.

Me quedé allí, en la entrada, tomando aire despacio, observando cada detalle de su semblante. La forma en que sus cejas se fruncían ligeramente, la tensión en su mandíbula. Pero sus ojos… no había nada de verde en ellos. Era como si la oscuridad se hubiera apoderado de ellos. ¿Cómo podía ser?

—Pensaba que tardarías más en volver —dije al tiempo que me acercaba más a él para mirarlo mejor—. ¿Qué tal el paseo en dragón?

Había algo raro en él, algo que no encajaba. Quizá era por ese vínculo que habíamos creado, pero lo sentía diferente. Era una sensación extraña, como si su esencia hubiera cambiado de una manera que no podía definir.

—El paseo fue… interesante.

Dalton se levantó del colchón en completo silencio, se puso frente a mí y levantó una mano hacia mi rostro para posarla suavemente en mi mejilla. Todavía sin entender nada, apoyé mi mejilla en su mano.

—Creo que no te ha sentado muy bien eso de separarte de mí durante algunas horas —dije en tono irónico, esperando obtener alguna respuesta sarcástica. Pero no la hubo.

Su mano bajó de mi mejilla a mis brazos desnudos, sus dedos recorrieron los moratones y luego apretaron uno de ellos, tal vez esperando que me quejara del dolor.

No lo hice.

—Ya te he dicho que no me duele, de veras.

Dejó de presionar y pasó el dedo con cuidado por otros del brazo.

—Siempre llena de moratones, Kaiserin. Deberías tener más cuidado.

Kaiserin… Me acababa de llamar Kaiserin, y no de esa forma en que lo había hecho aquella vez en Novadia después de besarnos por primera vez.

En esta ocasión, lo había dicho como si realmente creyera que yo era… ella…

No gesticulé ni hice ningún cambio en mi rostro. Algo estaba pasando, algo iba muy mal.

Lo miré a los ojos en busca de alguna señal de reconocimiento, algún destello familiar, pero no había nada. Ni una mota de verde en ellos, solo un vacío oscuro que me devolvía la mirada. La duda se instaló en mi mente como un peso insoportable. ¿Cómo podía ser que esos ojos, siempre llenos de vida, ahora reflejaran solo oscuridad?

El nerviosismo me invadía, pero debía mantener la calma.

—Esta mañana no has dejado ninguna nota en la habitación, como siempre haces —mentí para ver su reacción—. He supuesto que habías dado un paseo porque no estabas a mi lado cuando me desperté —le dije con una media sonrisa.

—Lo siento, se me olvidó escribirla. —Me devolvió la sonrisa—. Te prometo que mañana lo haré.

Me quedé completamente paralizada, mi respiración se detuvo. Sentí como si el aire se hubiera evaporado a mi alrededor, dejándome aturdida y sin aliento. Mi cuerpo se volvió rígido, incapaz

de moverse, y mi mente se quedó en blanco. Pero me negaba a dejar que el hombre frente a mí, que sin duda no era Dalton, notara que había caído en mi trampa.

Debería haberme dado cuenta en el mismo momento en que lo vi ahí sentado. Después de lo que había pasado el día anterior, Dalton habría entrado corriendo al baño, ansioso por hablar conmigo, ansioso por besarme, habría escuchado el batir de alas de Long aterrizando en el valle y, sobre todo, me habría cautivado el color de sus ojos…

Se le había olvidado copiar ese detalle crucial del emperador.

Recordé las palabras que Dalton me dijo ayer sobre el verdadero enemigo: «No solo podía parecerse a cualquier persona, sino que también imitaba voces y gestos, te hacía cuestionar todo y a todos a tu alrededor».

Necesitaba salir de allí, necesitaba correr.

Aquel no era Dalton, no era mi Dalton.

Ese ser que tenía delante podía hacerme daño en cualquier momento y yo estaba completamente indefensa, sin llevar ni una sola daga en mi cuerpo. Mi espada estaba en la habitación de Dalton, relativamente cerca, pero en este momento inalcanzable. La idea de intentar llegar a ella me parecía inútil; sabía que no tendría tiempo.

Sentí que cada segundo contaba, cada palabra podía ser crucial. Necesitaba pensar rápido, ganar tiempo hasta que Dalton volviera.

—¿Qué te parece si salimos a dar un paseo? —sugerí intentando sonar casual—. Sé que acabas de estar fuera, pero hace un día precioso y necesito estirar las piernas antes de que se me atrofien.

Quizá, si lograba sacarlo de la habitación, podría idear un plan para alertar a alguien o, al menos, ganar unos minutos preciosos para pensar en mi siguiente movimiento.

—Justo te iba a ofrecer pasear, ¿te apetece ir a los jardines? —preguntó con esa sonrisa que empezaba a angustiarme.

Así que su idea era sacarme del palacio. Pues adelante. La mía también lo era.

Le devolví otra sonrisa, y las que hicieron falta con tal de que no supiera qué estaba pensando.

—Vayamos al puente de las luces frostfire. Me encanta cuando paseamos por ese lugar —le dije mientras lo apuntaba con el dedo de manera juguetona—. Ayer me lo prometiste y sabes que no me gusta que incumplas tus promesas, emperador.

—A mí tampoco me gusta que se incumplan las promesas —dijo tomando mi mano con una suavidad engañosa—. Vayamos a pasear.

En ese momento, abrí mi mente para tratar de comunicarme con el verdadero Dalton, porque las cosas estaban a punto de torcerse.



54

Dalton Basilius

Nunca me había sentido tan bien, tan feliz, tan pleno. Y ella era la causa de toda esa felicidad que habitaba en mí.

Desde el momento en que la conocí, se había convertido en el centro de mi universo, en la razón por la que cada día parecía valer la pena.

Cuando me levanté, Eda estaba dormida, con esos labios tan rojos que contrastaban de manera espectacular con su piel pálida y su cabello blanco. La imagen era tan perfecta que parecía sacada de un sueño.

Podría quedarme horas mirándola, días, meses e incluso años, y juro a los mismos dioses que tal vez crearon este mundo que jamás me cansaría de contemplarla. Era como si cada detalle de su rostro fuera una obra de arte que nunca dejaría de apreciar.

Le escribí una nota rápida y la puse en mi almohada para que, cuando despertara, no pensara que me había marchado porque me arrepentía de lo que había pasado entre nosotros. Para nada era así.

Cada momento con ella había sido una bendición, una reafirmación de todo lo que había llegado a sentir. Me había marchado porque necesitaba liberar toda esta energía que me estaba consumiendo por dentro.

La miré una vez más, intentando grabar en mi memoria la visión de su rostro sereno mientras dormía. Sus labios, su cuerpo, la suavidad de su piel me hacían desear acariciarla una vez más, pero sabía que, si empezaba, no sería capaz de controlarme.

La miré, luchando contra la urgencia de abalanzarme sobre ella como una bestia, deseando perderme de nuevo entre sus piernas.

Habíamos llamado la atención la noche anterior. Cada vez que Eda explotaba en puro fuego, alertábamos a la oscuridad, convirtiendo el palacio en el punto de mira de todos los wendigos. Eda era como un faro en la noche, imposible de ignorar para aquellos que acechaban en las sombras.

Me alejé de la cama con cuidado, dejando la nota en la almohada, y salí de la habitación echándole un último vistazo.

La amaba con una intensidad que a veces me asustaba. Pero también sabía que necesitaba despejar mi mente, enfocar esa energía en algo productivo, en protegerla a ella y a nuestro hogar.

La seguridad de Pramvera dependía de ello.

Montado sobre Long, sobrevolé las afueras de la ciudad.

El paisaje se desplegaba ante mis ojos: praderas verdes y colinas suavemente onduladas, iluminadas por la luz del sol de la mañana.

A medida que nos dirigíamos más al oeste del imperio, mis ojos escrutaban cada rincón del terreno, buscando cualquier indicio de peligro. Sabía que los wendigos podían estar acechando, atraídos por el poder que los llamaba desde el palacio.

Paramos a descansar cerca de un lago donde Long se metió hasta el fondo, pero por muy profundo que fuera, no le cubría ni las patas.

Miré a mi alrededor mientras tomaba nota del paisaje.

El verano estaba empezando, y los primeros indicios del cambio de estación eran evidentes. Podía percibir el aire lleno del aroma de las flores recién abiertas y el zumbido de insectos que trabajaban sin descanso. A pesar del calor que comenzaba a aumentar con la llegada del verano, yo no lo notaba. No importaba cuántos grados se alcanzasen, mi cuerpo siempre mantenía una temperatura constante, como un termostato natural en un punto intermedio entre los climas extremos.

Me senté en la orilla, sobre la hierba aún mojada por el rocío.

Aquel era el lugar donde no tenía que ser nadie. No era un emperador, no era un jinete, solo yo, Dalton.

Miré hacia la derecha y me imaginé a Eda junto a mí y, en ese momento, juré que la llevaría conmigo la próxima vez.

Levanté la vista hacia los árboles y ahí estaban, los miles de ojos que nos observaban a Long y a mí.

Se acercaban poco a poco, pero el olor a magia no pasaba desapercibido. Pude ver a los owls, búhos con un plumaje suave y de colores llamativos, al igual que sus ojos, que brillaban con los tonos del arcoíris. Sus grandes alas apenas hacían ruido al moverse entre las ramas.

También vi a tres grass, gatos con un pelaje que imitaba la hierba, verdes y lustrosos, moviendo sus colas. Se deslizaban en silencio entre los arbustos, expertos en camuflarse, pero su movimiento resultaba inconfundible.

Los más visibles, debido a sus pesados pasos que hacían crujir las ramas, eran una familia de tundras. Esas criaturas de roca tenían cuerpos robustos y pieles rugosas, como si estuvieran hechas del mismísimo suelo del bosque.

Long miró en su dirección y soltó un rugido bajo, una advertencia para que se alejaran. El dragón era muy territorial; no le gustaba que lo miraran, y menos cientos de ojos.

Los seres de baja magia no se movieron mucho ante la advertencia, así que Long, en un rápido movimiento con su larga cola escamada, pegó un latigazo al agua que hizo que medio lago se vaciara.

Las criaturas se dispersaron rápidamente. Los owls volaron hacia lo alto de los árboles, los grass se escabulleron entre la hierba alta, casi invisibles, como si se hubieran fundido con el entorno. Los tundras, aunque más lentos, comenzaron a retirarse.

Justo en ese momento de calma, perdí por completo la compostura al escuchar la voz de Eda en mi cabeza, interrumpiendo mis pensamientos.

Dalton, su dulce voz retumbó en mi mente, *Dalton, ¿estás ahí?*

Mi corazón dio un vuelco y mi mente se centró en ella. Aunque estaba a kilómetros de distancia, pude visualizarla con claridad en mi cabeza. Sentí sus emociones como punzadas dolorosas en mi cerebro, un sabor amargo en la lengua que reflejaba la angustia que estaba experimentando.

Mi cuerpo se conectó al suyo de manera instintiva.

Eda, estoy aquí. ¿Qué pasa?

Me levanté de golpe y Long me miró, sabiendo que algo iba mal.

En menos de dos segundos, ya estaba montado sobre él. El dragón, sin necesidad de recibir órdenes, comenzó a batir sus alas con fuerza, lo que agitó el lago y creó olas en su superficie.

Algo definitivamente estaba mal.

Long se lanzó al cielo, rompiendo todas las corrientes de aire, volando directo hacia el palacio.

Sentí un vacío en su mente, un silencio inquietante que me estremecía cada vez que pensaba en ella. No escuchaba nada de Eda, como si se hubiera apagado por completo. La angustia y el miedo se apoderaban de mi cuerpo y se hacían más intensos con cada segundo de silencio.

Apreté las escamas de Long con fuerza, y el dragón casi rugió al incrementar su velocidad.

La desesperación crecía dentro de mí.

Eda, como no me contestes ahora mismo, voy a convertir este imperio en cenizas.

Y entonces, la escuché susurrar en mi consciencia:

Necesito que me escuches atentamente y hagas todo lo que te diga en este momento, o en menos de cinco segundos estaré muerta.

Sentí como si el cielo se me cayera encima, como si mi corazón inmortal dejara de latir.

Fue la misma sensación que tuve cuando Kaiserin murió. Un pánico frío y paralizante se apoderó de mí, un miedo profundo y

visceral que me recordó que las cosas podían estar a punto de repetirse.

¿Qué está pasando?, insistí, ansioso por saber.

Lo primero que vas a hacer es traer a todos los jinetes de Novadia, ordenó sin dudar. *Lo segundo, dejarás de volar directo hacia aquí y aterrizarás de inmediato, estés donde estés, hasta que los escuadrones se hallen a tu misma altura, tarden lo que tarden. ¿Me estás escuchando, emperador?*

Las alas de Long comenzaron a aletear, preparándose para aterrizar como Eda había pedido. Sentí la tensión en sus músculos mientras descendía con precisión.

Antes de responderle, ya había extendido mi consciencia para entrar en la mente de cada uno de los soldados, de los jinetes y de los líderes de este imperio. Visualicé sus rostros, uno por uno, y les impartí la orden de volar hacia la ciudad de Pramvera, hacia el palacio.

El enlace mental con cada miembro del ejército me permitió sentir su reacción inmediata. Algunos estaban confundidos, otros preocupados, pero todos acataron la orden sin cuestionarla.

Long, con sus poderosas alas extendidas, hizo un giro elegante y comenzó a descender, el sonido de sus alas era como un trueno en el cielo.

La orden ya está dada, estoy aterrizando a unos veinte kilómetros del palacio.

No había tiempo para preguntas, solo para acatar las órdenes que ella me daba. Pero me estaba muriendo por dentro, quemándome, sin saber exactamente qué hacer y temiendo lo peor.

Pero confiaba en Eda.

Volví a escuchar su voz decidida, aunque sabía que el miedo la invadía. Lo sentía en mi propio cuerpo.

Me dirijo directamente hacia el puente de frostfire, y no estoy sola.

¿Quién está a tu lado?, la interrumpí.

Tú, Dalton. Estás tú, en carne y hueso. Hizo una pausa. *Se mueve como tú, tiene tu misma voz, tu mismo cuerpo, pero hay algo que no ha podido plagiar: el amor en tus ojos, Dalton. Porque lo único que veo en los suyos es odio, odio en su pura esencia.*

Ahora sí que sentía que mi corazón había explotado dentro de mí.

Un sudor frío comenzó a correr por mi frente y mi cuerpo entero se congeló en menos de una fracción de segundo. El pánico me envolvía implacable. Fue como volver a sentir que era… mortal.

Él había vuelto.

Él había vuelto a por ella.

La misma muerte.

Recordé el día en que Kaiserin murió. Fue como si el mundo se hubiera convertido en un lugar vacío y sin sentido. El dolor me había atravesado como una espada. Aquella sensación de impotencia, de no poder hacer nada para salvarla, me consumió durante siglos.

Me había prometido que nunca más permitiría que algo así sucediera, que protegería a aquellos que amaba a cualquier coste.

Había sido un necio al pensar que esa deuda se había saldado con la muerte de Kaiserin y, sobre todo, al creer que haciéndome pagar a mí con el mayor castigo posible sería suficiente. Ese mismo día, había matado dos almas: una con la muerte y otra con el sufrimiento. La pérdida de Kaiserin había destrozado mi corazón, y el

sufrimiento había erosionado mi espíritu hasta dejar una sombra de lo que alguna vez fui.

Los recuerdos me asaltaban, cada momento vivido con ella, cada risa compartida, cada promesa susurrada en la oscuridad de la noche. Todo eso me fue arrebatado de un plumazo. Y ahora me enfrentaba a la posibilidad de perderla otra vez, de ver cómo la historia se repetía ante mis ojos sin poder hacer nada para detenerlo.

Pero no iba a dejar que la historia se repitiera.

Esta vez no.

Eda era mi razón de ser, la luz que había devuelto la esperanza a mi vida. No dejaría que la muerte me la arrebatara, no mientras tuviera aliento en mi cuerpo y una espada en las manos.



55

Eda

Miré hacia mi izquierda, eligiendo estratégicamente esa posición porque, aunque no estaba armada, sabía que sería más fácil defenderme si mantenía mi mano derecha fuera de su alcance.

Sin embargo, la realidad era que no tenía ni una sola daga escondida en mi cuerpo, ni siquiera en las botas. Todas estaban en la habitación de Dalton, un error que, si salía viva de esta, me prometí no volver a cometer.

La misma oscuridad me devolvió la mirada o, mejor dicho, una sonrisa. Una tan falsa que resultaba casi doloroso contemplarla.

Se la devolví.

Era una lástima que la muerte no supiera sonreír de verdad; solo sabía imitar lo que no era, creyendo que con ese gesto me engañaría. Pero, tal como Dalton me había dicho el día anterior, siempre habíamos jugado con ventaja sobre el enemigo.

Me obligué a mantener la calma. Sabía que cualquier signo de debilidad podría ser mi sentencia.

Aproveché el momento para observar cada detalle, cada movimiento, con la misma precisión que había aprendido durante los entrenamientos.

Kaiden nos había enseñado mucho, no solo a golpear y a defendernos de un enemigo que ataca sin pensar, sino a enfrentarnos a aquellos que planean, que estudian cada paso antes de darlo.

Cada mañana y tarde, sus instrucciones se impartían en nuestras mentes, no solo como gritos de un instructor exigente, sino como valiosas lecciones de supervivencia. Nos había preparado para lo inesperado, para un enemigo astuto que sabe cómo manipular y engañar. Pero ¿habría previsto que aquello ocurriría?

Miré a ese ser que se hacía pasar por el emperador.

No llevaba armas. Ninguna. Un error garrafal por su parte a la hora de hacerse pasar por él. Dalton siempre iba armado, con su espada al cinto después de montar en Long, y con dagas estratégicamente ocultas o a la vista, preparadas para cualquier situación.

Yo conocía muy bien el cuerpo de mi enemigo. Era idéntico al de Dalton: la misma altura, la misma musculatura, los mismos puntos vulnerables que ya había memorizado.

Y esa era una maldición en sí misma, una cruel ironía.

Tener que atacar a alguien que se parecía tanto a la persona que amaba, que compartía sus facciones y sus gestos, pero que no era él… El impostor usaba su apariencia como un arma. Saber que tendría que herir, quizá matar, a alguien que se parecía tanto a

Dalton… era como luchar contra una sombra de lo que más quería, un enemigo que había tomado su forma para manipularme y romperme desde dentro.

No soy yo, concéntrate, Eda. La voz de Dalton era cortante y clara, como una orden. *Si tienes que hacer daño, hazlo. Si tienes que matar, no dudes ni un segundo*.

Lo observé mientras avanzábamos despacio hacia el puente. Llevábamos más de quince minutos sumidos en un silencio absoluto.

Lo noté inquietantemente tranquilo, demasiado tranquilo.

No había desviado su mirada hacia el cielo ni una sola vez, como si no esperara en absoluto el regreso de Long y el verdadero Dalton. Y eso… eso me llenaba de angustia.

Su voz rompió el silencio, profunda y sin necesidad de girarse hacia mí.

—Tiene que ser agotador sentir miles de ojos clavados en ti, oídos que no solo escuchan, sino que te persiguen sin descanso, ¿verdad?

Casi me detuve en seco, el sendero de hierba bajo mis pies pareció volverse más resbaladizo, pero no lo hice. No le di ese poder.

—¿De qué estás hablando? —pregunté tratando de mantener la voz firme, pero sin insistir demasiado, no quería parecer interesada.

Esa vez sí se giró hacia mí, y la sangre se me heló en las venas. Su sonrisa era vacía, sin vida, y su mirada, más fría que el hielo.

—¿No los ves?

—No sé de qué hablas —respondí con rapidez y el ceño fruncido mientras intentaba mantener el ritmo, sin apartar la vista del puente que se veía a lo lejos. Tenía que seguir caminando, tenía que llegar hasta allí, ese era el objetivo.

—Siempre te lo he dicho, deberías prestar más atención a tu entorno. Si lo hicieras, te darías cuenta de que el aire siempre sopla a tu favor, que las hojas se apartan del suelo antes de que tus pies las pisen. —Hizo una pausa, señalando los árboles que flanqueaban el camino—. Y si realmente observaras, sabrías que las criaturas del bosque no te quitan los ojos de encima. Qué ironía, ¿no? La vida misma te está mirando.

Forcé una sonrisa e intenté a la vez no dejarme llevar por el pánico que comenzaba a apoderarse de mí.

Miré hacia los árboles, pero sin perder de vista al demente que tenía a mi lado.

—No veo nada, Dalton. No sé de qué estás hablando —dije, y me encogí de hombros con una sonrisa forzada.

Continué caminando hasta que me di cuenta de que él no me seguía. Me detuve y giré la cabeza. Se había quedado parado en medio del sendero, con esa sonrisa inquietante y la cabeza ladeada, como si estuviera disfrutando de algún chiste privado.

Mantuve la calma exterior, pero por dentro… estaba aterrorizada. Cada fibra de mi ser gritaba de miedo, pero no podía permitirme flaquear. No ahora.

—¿A dónde estamos yendo? —preguntó.

Nos alejábamos cada vez más del palacio, de la ciudad, de la gente. Cada paso nos llevaba más lejos de todo lo que me resultaba seguro.

Volvió a hablar:

—Te conozco lo suficiente como para saber cuándo estás nerviosa. Siempre te tocas la nariz —dijo mientras imitaba mi gesto con una sonrisa burlona—, como si te picara, como si ocultaras algo. Como si

estuvieras mintiendo. Sabes que a mí no me puedes engañar, ¿verdad? Lo sabes de sobra y aun así lo intentas.

Su sonrisa se ensanchó, cada vez más, hasta convertirse en una mueca diabólica.

Lo sabía. Lo sabía. Lo sabía.

—¿Te has levantado con el pie izquierdo hoy, emperador? —Solté una risa seca, tanto que me arañó la garganta. Pero su expresión no cambió; ese gesto aterrador no desapareció ni un milímetro, lo que hizo que todos los pelos de mi cuerpo se erizaran alerta.

Dio un paso hacia mí. Y luego otro.

Me preparé para lo peor, cada músculo de mi cuerpo tenso, listo para cualquier cosa que pudiera venir.

Dalton…, supliqué en mi mente, ansiando desesperadamente sentir su presencia, su guía.

—Sigues igual de preciosa y vaya… eso es sorprendente, muy sorprendente. —Su tono era suave, casi cariñoso, pero la maldad que emanaba de sus palabras me hizo estremecer—. Estás tan hermosa como la última vez que te vi, aunque, por desgracia, esa vez estabas… muerta.

Me quedé paralizada, con la sensación de no poder tomar aire. Notaba el cuerpo entumecido y la mente espesa, como si de repente esa duda ínfima que aún quedaba en mi interior se hubiese desvanecido por completo.

Se estaba destapando. No le importaba en absoluto que yo supiera quién era en realidad.

Chasqueó la lengua, disfrutando del miedo que se reflejaba en mis ojos.

—No sabes lo impactante que fue para mí verte así, tan quieta, sin vida. Fue fascinante, en cierto modo, ver cómo la vida se apagaba en tus ojos. Aunque parece ser que no moriste, ¿eh? Tú y tu querido emperador me mentisteis durante años. —Levantó las manos y empezó a aplaudir despacio, el sonido de sus palmas al chocar era tan irónico como aterrador—. Felicitaciones a los dos, mis más sinceras felicitaciones por esta magistral ocultación de poder. Aunque —su sonrisa se ensanchó aún más, si es que era posible—, parece que se os ha acabado el juego del escondite. Qué pena, ¿verdad?

Mis piernas querían moverse, escapar de allí, pero era como si estuvieran ancladas al suelo, incapaces de obedecerme. Cada palabra que salía de su boca, cada gesto que hacía, me recordaba que no me enfrentaba a un simple enemigo. Aquel ser… era diferente, un monstruo que parecía disfrutar del miedo que generaba, como si el terror fuera su sustento.

Pero ¿quién era realmente? ¿Qué clase de poder poseía? ¿Qué horrores sería capaz de desatar?

Entendía que en otra vida había terminado conmigo. Pero lo que más me aterraba era su convicción de que yo no había muerto, de que aún era Kaiserin, la mujer que alguna vez había sido. Sin embargo, yo no recordaba nada de esa vida pasada, ni de los momentos que había compartido con ese monstruo.

Dalton, por todos los dioses, volví a llamarlo, esa vez con más urgencia. Pero no hubo respuesta. Nada.

—¿Quién eres? ¿Qué es lo que quieres? —logré murmurar.

Necesitaba ganar tiempo.

Él inclinó la cabeza, como si estuviera considerando mi pregunta, pero el brillo en sus ojos mostraba que ya tenía la respuesta clara.

—No te hagas la tonta, Kaiserin —dijo avanzando un paso más—. ¿O es que los siglos te han hecho olvidar a tu amo? —Su tono goteaba veneno, cada palabra como un latigazo—. ¿O acaso quieres que te lo recuerde? Lo bien que nos lo pasábamos juntos, ¿eh?

Amo… mi amo…

¿Quién había sido ese ser en mi pasado? ¿Qué clase de relación habíamos tenido? ¿Qué cosas me había hecho?

Pero, por más que lo intentara, no podía moverme. Estaba atrapada en mi propio cuerpo, incapaz siquiera de pestañear, mientras él continuaba acercándose y disfrutaba de mi impotencia.

—Oh, Kaiserin, ¿de verdad no me recuerdas? —Su voz era un cántico retorcido, lleno de una oscura satisfacción—. ¿Tan profundo se han enterrado tus recuerdos que ni siquiera puedes reconocer a quien te moldeó, a quien te enseñó lo que es el verdadero poder?

«Quien me enseñó lo que es el verdadero poder…».

—Lo que quiero… —continuó, sus ojos brillando con malicia—. Lo que siempre he querido. Lo que me perteneció entonces y me pertenece ahora. Tú, mi Zafiro, eres mía. Y vine a reclamar lo que es mío por derecho.

Entonces algo extraño comenzó a ocurrir.

Desde sus dedos, unas sombras oscuras, como enredaderas vivas, empezaron a surgir lentamente. Eran negras como la noche, un humo denso y enmarañado que se retorcía como si tuviera vida propia. Esas sombras parecían alimentarse de la oscuridad misma, creciendo y expandiéndose, en busca de algo… buscándome a mí.

No esperé un segundo más. Sin pensarlo, di un giro brusco sobre mis talones y corrí hacia el puente, impulsada por un instinto de supervivencia que no sabía que tenía.

Cada paso sonaba en mis oídos como un tambor de guerra mientras mis pies se hundían en la tierra blanda. Corría como si mi vida dependiera de ello, porque lo hacía. Mis piernas se movían con una velocidad que nunca antes había alcanzado, parecía que el mismo diablo me estuviera pisando los talones.

Pero no era solo el diablo, era la muerte.

Podía sentir la oscuridad detrás de mí, persiguiéndome con un hambre insaciable. Las sombras se acercaban cada vez más, se estiraban hacia mí, como si pudieran alargar sus dedos y atraparme en cualquier momento.

Giré la cabeza un instante, solo para verlo: el rostro de Dalton, pero distorsionado por una maldad que no le pertenecía. Sus ojos, negros como pozos sin fondo.

—Vaya, cómo disfruto este juego… No tienes ni idea de cuánto —ronroneó, su voz oscura y burlona en la distancia—. Corre, pequeño Zafiro, corre mientras puedas, porque cuando te alcance… —dejó la frase en el aire.

Tenía que llegar al círculo de arenisca luminis, el único lugar donde podría tener una oportunidad contra esa criatura.

Costase lo que costase, tenía que llegar allí.

Esa circunferencia, hecha de pequeñas piedras brillantes, era mi única esperanza. Dalton lo había creado para nuestros entrenamientos, para contener la magia y evitar que se desbordara, para mantener el mundo a salvo de cualquier poder que pudiera escapar de mis manos.

En ese momento, era mi única salvación.

Mientras avanzaba, con el corazón desbocado y el aire quemándome los pulmones, rezaba fervientemente para que el

círculo siguiera intacto, tal y como lo habíamos dejado. Si lograba entrar en él, si conseguía llegar antes de que las sombras me atraparan, y él se metía ahí conmigo… Entonces sus poderes, esas oscuras enredaderas que parecían querer devorarme, quedarían contenidos.

No podrían salir de la arenisca, no podrían hacer daño a nadie más… solo a mí.

Cada músculo de mi cuerpo gritaba de dolor, pero no podía detenerme. La idea de que ese ser se introdujera conmigo en el círculo resultaba aterradora, pero era mi única opción. Dentro de la arenisca luminis, su poder quedaría confinado, y aunque eso significara que yo también estaría atrapada, constituía un riesgo que estaba dispuesta a correr.

Debía evitar a toda costa que esa oscuridad desatada alcanzara la ciudad, que pusiera en peligro a más personas.

Ya casi… Estaba tan cerca que podía ver el brillo de la arenisca asomar bajo la hierba crecida, un destello de esperanza en medio del caos. Pero, de repente, justo a unos metros de mi objetivo, sentí un tirón violento en los tobillos.

Fue tan repentino y brutal que me arrancó un grito de sorpresa.

Las sombras, oscuras y serpenteantes, parecían tener vida propia, y antes de que pudiera reaccionar, me encontré cayendo de bruces contra el suelo.

El impacto fue duro y la fría tierra se pegó a mi piel mientras las sombras se enroscaban alrededor de mis piernas, como serpientes hambrientas y tiraban de mí hacia atrás, alejándome de mi única esperanza de salvación.

Intenté zafarme, pataleando desesperada, pero cada movimiento parecía solo enredarme más en su agarre mortal.

Grité con todas mis fuerzas, un grito desgarrado que parecía perderse en el vacío que me rodeaba.

Sentía cómo las sombras me arrastraban hacia atrás y me separaban del camino, de la esperanza de escapar.

Mis dedos se clavaban en la tierra, arañando el suelo en un intento inútil de detener el avance implacable.

Las sombras, frías y ásperas, se apretaban más y más alrededor de mis piernas y, cada vez que intentaba moverme, se volvían más rígidas, más opresivas.

El ser oscuro se acercaba lentamente, disfrutando de mi agonía con una sonrisa.

¡Dalton, ¿dónde estás?!, grité en mi consciencia, con la desesperación deslizándose por mi garganta como un nudo. *¡Dalton, por favor!*, imploré, pero el vacío de la respuesta me hizo comprender que no habría rescate, no esa vez.

Y entonces sentí que algo cambiaba dentro de mí.

No era el calor reconfortante del fuego que tantas veces había experimentado, sino una ira fría y densa, que comenzó a enroscarse en mi interior.

Era una furia que no se expresaba con llamas, sino con una oscuridad que amenazaba con consumirlo todo.

Era ira por sentirme impotente, por ser una presa fácil.

La rabia crecía y se hinchaba dentro de mí como una tormenta que rugía sin control.

Mis puños se apretaron hasta que sentí mis uñas perforar la piel de mis palmas. Cada respiración se hacía más profunda, más

desesperada, el calor subía por mi garganta, haciendo que mi cuerpo temblara con la energía contenida.

Pero… nada pasó.

No hubo fuego, no hubo liberación de poder. Solo estaba yo, atrapada en las garras de aquellas sombras, tan impotente como siempre.

El cosquilleo que esperaba, el ardor que tanto necesitaba sentir en mis venas, nunca llegó. Solo estaba la misma sensación de vacío, una ausencia que me golpeaba con la fuerza de una verdad amarga.

Las sombras seguían enredadas en mis piernas, y aunque mi corazón latía con la furia de un animal enjaulado, la ira que hervía dentro de mí se sintió inútil.

Sabía que estaba sola, atrapada, y que la única opción que me quedaba era la desesperación de intentar salvarme a mí misma. Sentía cómo la oscuridad se cernía sobre mí, cómo la muerte, en la forma de aquel ser monstruoso, se acercaba despacio, recreándose en cada paso que daba, acortando la distancia entre nosotros.

Cada metro que había corrido él lo había caminado con calma, como si el tiempo estuviera de su lado. Mis fuerzas empezaban a flaquear, pero no podía permitirme detenerme.

Dejé de mirarlo, de prestar atención a su avance letal y me concentré en lo único que importaba: llegar al círculo de arenisca luminis.

Mis manos, temblorosas, se clavaron en la tierra húmeda.

Aquellas oscuras enredaderas de humo envolvían mis piernas para arrastrarme hacia su amo. La fuerza de esas sombras era inhumana, aplastante, pero me negué a rendirme.

Con cada tirón que ellas daban, yo hundía mis uñas más profundamente en la tierra, luchando contra el dolor y el miedo.

Sentía cómo las sombras se apretaban alrededor de mi cuerpo, pero con un último esfuerzo, desesperado y frenético, estiré mi mano derecha hacia delante para alcanzar la brillante arenisca que brillaba débilmente entre la hierba.

Al fin, mis dedos rozaron la arenisca luminis. En el instante en que la toqué, un viento súbito y potente se levantó y sopló la mágica arena hacia mí.

Cuando la arenisca entró en contacto con mi piel, las sombras reaccionaron con un grito agónico, como si un fuego invisible las quemara. Retrocedieron, contorsionándose y arrastrándose de vuelta hacia su amo en un intento desesperado de escapar del dolor que parecía provocarles la arenisca.

—Todo lo que te he enseñado, todo ese poder que posees… ¿y no eres capaz de utilizarlo contra mí? ¿Qué pasa, Kaiserin? ¿Te doy lástima?

Me levanté con esfuerzo, disimulando el temblor en mis manos, y con un movimiento calculado me metí dentro del círculo de arenisca luminis.

Me quedé plantada a unos centímetros del perímetro, justo detrás de esa barrera que, aunque invisible, sentía como un escudo a mi alrededor.

La tensión en el aire era casi sofocante, y sin embargo, dentro de mí, algo comenzó a despertar.

No era miedo lo que notaba en ese momento, sino una determinación feroz.

Él estaba a unos metros de mí, lo bastante cerca como para que pudiera sentir la presión de su oscuridad, pero no lo suficiente como para alcanzarme físicamente.

Respiré hondo, concentrándome en cada inhalación como si fuera la última. Sabía lo que estaba en juego; si él cruzaba ese límite, todo se reduciría a ese círculo de arena brillante. Un espacio donde nuestras vidas se medirían en segundos, en instintos.

Solo uno de nosotros saldría de allí con vida y, en el fondo de mi ser, una certeza se aferraba a mí: no sería yo.

—Últimamente has estado jugando demasiado con el fuego, ¿no? —dijo, su tono burlón mientras sus ojos me recorrían de pies a cabeza—. Llamando mi atención de forma constante. Que si fuego por aquí… —Señaló a un lado—. Que si fuego por allá… —Apuntó hacia el otro—. Como si fueras una novata, sin idea de lo que haces… —Ladeó la cabeza y se acercó un paso más—. Y ahora que te veo de cerca…, que te huelo…, que te siento… Es como si no fueras la misma.

Di un paso hacia atrás mientras intentaba disimular mi nerviosismo. «Eso es —pensé—, acércate más, entra en el círculo…».

—¿Dónde está tu fénix? —continuó, esa vez alzando la vista al cielo—. Ese pajarraco siempre pegado a ti, susurrándote en la cabeza… Pero ahora, nada, ni rastro de ella. Hace siglos que no la veo… ¿Dónde está, Kaiserin? ¿Por qué no viene a salvarte de mí? ¿Dónde la tienes escondida? —Se encogió de hombros, su sonrisa retorcida y maliciosa volvió a aparecer.

—No soy quien tú crees, maldito enfermo —escupí con los puños apretados.

—¿Ah, no, Zafiro? —Inclinó la cabeza con un aire casi infantil, pero su sonrisa no desaparecía.

Y entonces lo escuché, el sonido de unas alas que se batían con una fuerza que partía el aire en dos, acercándose a una velocidad vertiginosa.

Eran las mismas que había oído aquel primer día en Pramvera, esas que me llenaron de temor. Pero ahora ese sonido no me traía miedo, sino esperanza.

Una esperanza que se encendía en mi interior como una chispa.

El monstruo frente a mí también las escuchó. Pero no alzó la vista al cielo. No. Su mirada seguía clavada en mí, en mi cuerpo.

Y fue entonces cuando lo vi.

Desde mis pies, un fuego azul comenzó a subir, enroscándose a mi alrededor como una enredadera mágica que ascendía por mis piernas en espirales de luz.

Ese fuego no quemaba, no dolía; en cambio, se sentía como un abrazo cálido, envolviendo mi piel. Subía y subía, trepaba por mis muslos, rodeaba mi cintura, hasta que envolvió mis brazos, mis manos y mis dedos, como una parte más de mí.

Mi cabello, sin que yo lo controlara, comenzó a elevarse lentamente, como si una corriente invisible lo atrajera hacia arriba, y un brillo azul oscuro, casi etéreo, surgió de sus hebras, similar al que había aparecido la noche anterior.

El monstruo, ese ser que había tomado el rostro de Dalton, extendió sus manos hacia mí y lanzó las sombras en forma de látigos negros, que serpentearon en mi dirección con una rapidez y letalidad aterradoras. Pero, tal como había anticipado, las sombras no pudieron cruzar el límite del círculo de arenisca luminis.

Al llegar a la barrera invisible, se detuvieron en seco, como si hubieran chocado contra una pared de vidrio que ni el más oscuro de los poderes podía atravesar.

Las sombras se agitaban furiosas por no poder alcanzarme y se golpeaban una y otra vez contra el escudo invisible, generando un sonido sordo y ominoso.

Yo permanecía inmóvil en el centro del círculo, con los pies firmemente plantados en la tierra.

Mis ojos no se apartaron de él ni por un segundo.

No había miedo en mí, solo una creciente furia que me incendiaba por dentro. Podía sentirla arder en mi pecho, en mis venas, más intensa y poderosa que nunca.

Era una rabia pura que pedía ser liberada.

Y mientras las sombras seguían estrellándose inútilmente contra la barrera, las alas que oía en la distancia se acercaban más, su batir cada vez más fuerte.

Las sombras no podían alcanzarme. No podían hacerme daño.

Y cuando finalmente las alas estuvieron lo bastante cerca como para sentir el viento que creaban, supe que mi poder, mi fuego azul, estaba listo para ser desatado.

Y en ese instante todo estalló.



56

Eda

Un fuego negro, tan intenso y profundo como el carbón, se alzó a mi alrededor y me envolvió como un escudo indestructible.

Era un fuego vivo, vibrante, que latía con una energía casi inmortal; su luz oscura devoraba todo a su paso, convirtiendo la realidad en un abismo sin fin.

Las llamas danzaban en un torbellino furioso y me rodeaban en un capullo que repelía cualquier amenaza, como si el mismo infierno se hubiera desatado en torno a mí.

Y entonces sentí el impacto.

Unas patas enormes se estrellaron contra la tierra a mi espalda, con una fuerza tan brutal que hizo temblar el suelo bajo mis pies. Las hojas de los árboles cayeron como una lluvia espectral, y la tierra misma crujió bajo el peso de la criatura.

Me giré despacio para enfrentarme a lo que sabía que estaba allí.

El dragón había llegado.

Pero no era la majestuosa criatura que me había dejado acariciar su piel. No, esa vez era una bestia descomunal, una encarnación del terror puro.

Sus escamas eran negras como el vacío, destellando con un brillo mortal que reflejaba la luz de las llamas a su alrededor. Sus ojos, dos pozos ardientes de fuego y furia, parecían capaces de consumir el alma de cualquiera que se atreviera a mirarlos.

Cada exhalación suya era un rugido contenido, y sus colmillos, afilados como espadas, asomaban de una boca que podría devorar mundos enteros.

Long.

Sobre su lomo, imponente y terrible, estaba Dalton Basilius, el emperador de Pramvera, el último jinete de dragón.

Aquel no era el hombre que una vez vi junto al lago, el que me había asustado con su mirada fría. Sino el emperador en toda su gloria oscura, el ser que desataba su poder sin reservas para protegerme, para destruir a cualquiera que osara amenazarme.

—Da un paso más hacia ella y juro que te quemaré hasta los huesos, Iron Shadow —amenazó Dalton, su voz sonando detrás de mí—. Y no solo eso, tu maldita mente quedará reducida a la nada antes de que tu cuerpo se desintegre.

Iron Shadow… Así que ese era su verdadero nombre, y Dalton lo sabía…

Con un solo movimiento, el emperador bajó del dragón.

—Oh, vaya, mira quién ha venido… Mi viejo vecino, el emperador… —Iron Shadow soltó una risa seca cargada de veneno—. Han pasado tantos años desde la última vez que te vi, Basilius. ¿Cómo estás?

Me giré bruscamente y mis ojos recorrieron el espacio en busca de alguna señal de su presencia, pero no había nada visible. Las sombras ya no se deslizaban como antes, pero el fuego negro y la barrera que nos separaba creaban un muro impenetrable, impidiendo que pudiera verlo.

Dalton se acercó a mí con la espada envainada en sus manos. Cada paso que daba hacia mí hacía que mi estómago se revolviera de ansiedad. Tenía que asentar en mi cabeza que era realmente él, no ese ser oscuro que quería acabar conmigo.

Lo miré fijamente buscando la verdad en sus ojos. Eran verdes, intensos, no negros como los del impostor.

Era él. Mi emperador.

¿Por qué no me has contestado? ¿Por qué no me has hablado?, pensé.

Eda, eras tú la que no me estaba respondiendo. Me has vuelto loco cuando no lo hacías… Pensé que…. Me miró de arriba a abajo y se detuvo en mi fuego, en mi pelo que seguía flotando con vida propia. Su mirada lo decía todo: había temido lo peor.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo y, por un momento, una chispa de orgullo pareció brillar en su mirada.

Se giró hacia el frente y bajó la barrera y, de manera instintiva, di un paso atrás al ver lo que se desplegaba ante nosotros.

Wendigos emergían de entre los árboles, se acercaban, sus cuerpos deformes avanzaban lentamente hacia nosotros. Aún estaban lejos, pero su presencia era inconfundible, caminaban con una determinación aterradora.

—Si crees que esos wendigos van a llegar hasta aquí, me subestimas más de lo que creía. —Dalton se giró hacia el dragón y

luego volvió a mirarlo—. Y también lo subestimas a él.

El dragón rugió, un sonido que sonó como un trueno y que sacudió el aire a nuestro alrededor.

Iron chasqueó la lengua y habló:

—Aquí, en tus tierras, hay muchos muertos enterrados. Despertarlos es demasiado fácil, ¿sabes? Cuanto más me acerco, más cadáveres mortales puedo convertir en mis criaturas. —Levantó su mano derecha y, en ese instante, Dalton se posicionó frente a mí, pero Iron, con un gesto despreocupado, solo se miró las uñas, como si nada de lo que sucedía le importara.

Era él… Él era quien los despertaba, los hacía abrir los ojos sin ni siquiera tocarlos. ¿Qué clase de poder tenía?

—Me encantaría matarte, Dalton Basilius —dijo mientras deslizaba su mirada de sus dedos a Dalton—. Matarte, tomar tu lugar… Y ese dragón tuyo… sería un desafío, pero estoy seguro de que a mis wendigos les encantaría devorarlo. —Entonces, su atención se posó en mí, y sentí cómo el aire a mi alrededor se volvía pesado—. En cuanto a ella…, me la llevaría muy muy lejos de aquí, al lugar donde realmente pertenece, junto a quien de verdad debería estar la llama azul. Conmigo.

Me llevaría al territorio Bankai…, al lugar al que la llama Kaiserin pertenecía…, ese al que yo una vez también pertenecí…

—Ella no es quien tú crees, Iron —rugió Dalton, su fuego temblando mientras el dragón volvía a rugir hacia Iron, obligándolo a retroceder un paso—. Y no olvides a quién le estás hablando.

Iron me observó de nuevo, su mirada evaluadora recorriendo el fuego que me envolvía en una espiral protectora.

—No es quien yo creo… —murmuró ladeando más la cabeza, y se acercó para olerme con una intensidad perturbadora. Entonces, de repente, sus ojos se abrieron de par en par y una sonrisa torcida, casi enferma, se extendió por su rostro—. Ella es mortal… ¡Una débil y frágil mortal…! —La sonrisa desapareció de golpe, sus ojos llenos de una rabia inhumana—. Entonces ¿quién eres? No, mejor aún…, ¿qué eres tú?

«¿Qué soy yo?», me pregunté a mí misma por primera vez.

Era mortal, sí, pero de mi interior surgía fuego, y no cualquiera. Era mágico, único, algo que solo yo parecía ser capaz de invocar. Como si, a pesar de ser mortal, la magia corriera por mis venas, una fuerza imparable que exigía salir, desbordarse.

Dalton no respondió. Permanecía en silencio respirando pesadamente. Lo miré y sus ojos no estaban en mí, sino fijos en Iron Shadow.

Había algo en su mirada. Cada músculo de su cuerpo se hallaba rígido, como si su mente estuviera atrapada. Era como si esperase el momento exacto para atacar, pero sin saber cuándo llegaría.

Mientras seguía observando a Dalton inmóvil, Iron continuó hablando:

—Vaya, vaya, así que era verdad. La resurrección tras la muerte de un fénix… —Me giré bruscamente hacia la sombra, mis ojos clavándose en él—. El mismo cuerpo, el mismo poder…

—¿Qué sabes del fénix? —solté con rapidez, casi sin pensar, y su sonrisa se ensanchó.

—Oh, Zafiro…, sé muchas cosas. Aunque parece que el hombre que tienes a tu lado —señaló a Dalton con un gesto casual— sabe muchas más que yo, ¿no es así, Basilius?

Dalton seguía sin hablar, pero sus puños estaban apretados, tan tensos que podía ver los nudillos blancos. Algo no andaba bien. El silencio que caía sobre él, el temblor casi imperceptible de su cuerpo… no era solo rabia, sino algo más.

Algo oscuro y profundo.

No podía dejar que el momento se alargara. Salté para hablar:

—Lo sé todo.

Iron alzó una ceja, su mirada se deslizó despacio hacia Dalton.

—¿Todo? —preguntó, su voz cargada de una malicia inquietante —. ¿Lo sabe todo, Basilius?

Y entonces la sentí, una punzada en el pecho.

Algo no encajaba. Las palabras de Iron tenían un veneno oculto, una verdad que yo aún no conocía, pero que empezaba a sospechar. Un miedo frío se instaló en mi estómago.

¿Dalton me había ocultado algo? O tal vez eso era lo que Iron quería que pensara… Era un manipulador, un maestro del engaño, y retorcía la realidad con cada palabra.

Dalton, ¿qué está pasando?, le pregunté, pero no respondió.

Permanecía en silencio, su mirada fija en Iron, como si estuviera atrapado en una batalla mental de la que no podía escapar.

Los wendigos se acercaban, pero ellos ya no me preocupaban, ni a Dalton tampoco. Había algo más grande, más aterrador. Los monstruos que se arrastraban hacia nosotros palidecían en comparación con lo que teníamos frente a nosotros: su creador, el verdadero arquitecto de aquella pesadilla.

—Esto se está poniendo muy muy interesante. —Soltó otra de esas risas enfermizas, llenas de burla y maldad—. Creo que voy a

esperar un poco antes de hacer con ella lo que debe hacerse… Es el ciclo del fénix, ¿verdad?

—Tú no te la vas a llevar a ninguna parte, ni ahora ni nunca —rugió Dalton, su voz vibrando con una furia contenida mientras daba un paso adelante y se colocaba frente a mí, casi tapándome por completo de la mirada de Iron.

El fuego a su alrededor ardió más y más, las llamas rugiendo al compás de su ira.

—¿El ciclo del fénix? —repetí confundida—. ¿Qué significa eso?

No me di cuenta de que el fuego que me rodeaba empezaba a desvanecerse lentamente, apagándose casi por completo. Mi cabello, que antes brillaba con ese azul vibrante, ahora caía sobre mis hombros en su tono blanco habitual.

El azul había desaparecido.

«Esto es lo que quiere…», pensé, sintiendo cómo mi rabia se desvanecía, reemplazada por dudas, por inseguridades. Iron estaba consiguiendo lo que deseaba, me desarmaba sin levantar un solo dedo, dejándome vulnerable.

Iron continuó:

—El ciclo del fénix…

—Eso no va a pasar —contestó Dalton con una dureza que nunca antes había escuchado en su voz.

—Tiene que pasar, emperador, y tú lo sabes. —Iron entrelazó los dedos frente a él, como si ya estuviera planeando su próximo movimiento.

Verlos cara a cara, separados solo por las llamas negras, me estremeció. Eran como dos reflejos opuestos.

Iron parecía el reflejo de Dalton en un espejo del mismo infierno, su maldad tan tangible… Mientras que Dalton albergaba algo que Iron nunca tendría: humanidad.

Di un paso hacia atrás aturdida, y de repente sentí el suave y cálido aliento del dragón acariciando mi nuca.

—La resiliencia del fénix: destrucción, vida, muerte —continuó Iron con una voz casi cantarina—. Creo que conoces bien la última parte, Basilius, sabes cómo funciona, ¿verdad?

—¿Qué está diciendo, Dalton? —susurré detrás de él con el corazón acelerado.

No lo escuches, Eda…, me suplicó Dalton, su voz quebrada por el peso de la verdad que intentaba ocultar.

Una carcajada de Iron retumbó en el bosque, una burla cruel que hizo que mi sangre se revolviera de rabia.

—No sabe nada… —Iron me miró directamente con una sonrisa retorcida—. Está claro, ¿cómo ibas a saberlo? ¿No te has visto los ojos cuando lo miras? Ese amor… esa devoción que veo en ellos… ¿De verdad crees que todo es lo que parece?

La duda se instaló en mi pecho, pesada y dolorosa. Algo me decía que había más, algo que Dalton no quería que supiera. Y esa revelación podría destrozarlo todo.

¿Destrucción, vida y muerte…? Esas palabras se repetían en mi cabeza una y otra vez. ¿Qué significaba eso? ¿A qué se refería Iron? El ciclo… ¿Qué ciclo?

Súbete al dragón, súbete a Long y vete, Eda. No era una sugerencia, era una orden. Y la forma en que lo dijo no dejaba espacio para dudas; no había lugar para la desobediencia, no si mi vida estaba en juego.

Di un paso hacia atrás.

Ahora.

Y no lo pensé dos veces.

Giré sobre mis talones y corrí sin mirar atrás, sin mirar a Dalton ni a Iron. Mis pies no dudaron mientras iba hacia Long, que tenía una de sus enormes patas metida dentro del círculo de arenisca que le ofrecía protección.

No mires atrás. Otra orden.

Corrí hacia su pata extendida y, sin pensarlo, comencé a escalar sus duras escamas. Al principio, me resbalaba con sus garras, como siempre, las escamas eran irregulares y complicadas de agarrar, pero ya había hecho eso antes. Aunque no era fácil, tenía práctica.

Mis dedos se enganchaban entre los pequeños huecos de las escamas, y aunque cada músculo de mi cuerpo se tensaba y me exigía más, sabía cómo hacerlo.

Antes de que terminara de escalar hacia su lomo, Long ya había desplegado sus enormes alas, el sonido de sus membranas cortando el aire era un rugido que ahogaba cualquier otra cosa.

Sentí cómo se levantaba del suelo, sus patas separándose de la hierba, y supe que íbamos a escapar. No había vuelta atrás.

Con un último esfuerzo, me encaramé sobre su lomo y me aferré a sus escamas para no caer. Long volaba rápido y, aunque el viento amenazaba con tirarme, sabía que no lo haría.

Long nunca me dejaría caer, eso lo tenía claro. Y Dalton también lo sabía.

Quería mirar hacia atrás, quería ver lo que dejaba allí, pero algo en mi cabeza me lo impedía, como si una fuerza invisible no me

dejara girar la cabeza. Estaba atrapada en mi propia visión, solo podía mirar hacia delante.

«¿Qué me está pasando?». Intenté moverme, girarme, pero no podía.

El dragón se elevó a los cielos, sus enormes alas batiendo con fuerza, y cuando lo hizo, vi algo en el horizonte.

Mi corazón dio un vuelco cuando los distinguí.

El ejercito volaba sobre el inmenso valle Espejo, un paisaje interminable de kilómetros y kilómetros de terreno salvaje.

El zeng, con su cuerpo negro como la noche, se movía con una agilidad imposible para su tamaño, desapareciendo y apareciendo de nuevo a metros de distancia con cada paso, como si la misma tierra no pudiera retenerlo.

A su lado corría el caballo de la muerte, el nightmare.

Eran sombras, eran fuego.

Volaban hipogrifos y mantícoras sobre el cielo, surcando las nubes con sus alas gigantes, pero el zeng, el nightmare y la bestia desplazadora eran las dueñas absolutas de la tierra.

Todo el ejército se dirigía hacia allí.

No eran solo soldados; sino criaturas legendarias, fuerzas implacables de destrucción que venían a por nosotros. Y mientras Long ascendía cada vez más alto, volábamos directos hacia ellos. El viento frío me golpeaba la cara, mi respiración se aceleraba, y, a pesar de ello, mis ojos seguían fijos en el caos que se aproximaba, sabiendo que la batalla era inevitable.

Quería girarme, ver a Dalton, pero mi cuerpo no respondía. Era como si una fuerza invisible me lo impidiera, como si algo más fuerte que mi voluntad me mantuviera fija mirando hacia delante.

El dragón voló con más fuerza, con más furia, como si supiera lo que se avecinaba.

Pero entonces lo sentí.

Long giró bruscamente hacia el lado derecho, pero ya era demasiado tarde.

Una lanza oscura me atravesó el estómago.

Sentí el impacto primero, el frío metal rompiendo la piel, los músculos, desgarrando mis entrañas. Y luego la vi. La punta de la lanza emergió por delante de mí, manchada de sangre. Estaba afilada, brillante, cubierta de sombras que parecían devorar la luz.

El mundo pareció detenerse mientras el filo de esa maldita cosa se hundía más profundo en mí.

El miedo fue instantáneo, como un golpe seco que me cortó la respiración. El dolor era un relámpago, intenso, desgarrador. Pero duró solo unos segundos. Luego nada. De repente no sentía nada.

«¿Por qué? ¿Por qué no lo siento?».

Me toqué el estómago con los dedos, palpé el agujero en mi cuerpo, la sangre que fluía, pero no había dolor. Sabía que no estaba bien, sabía que eso no podía acabar de otra forma.

Mis piernas se aflojaron y perdieron la fuerza que las mantenía aferradas al lomo de Long. Todo comenzó a volverse borroso.

Mis ojos se fueron cerrando poco a poco mientras me deslizaba por el lomo del dragón. No había equilibrio que mantener, solo un deslizamiento hacia el vacío.

Y así fue. Caí. Caí en picado desde las nubes, mi cuerpo girando en el aire, con la lanza aún clavada en el estómago.

Aquel era mi fin.

Y en ese momento lo comprendí. El ciclo, la destrucción. No era solo morir, sino algo más profundo. Era despojarme del alma, arrancar toda debilidad, borrar lo que quedaba de mi humanidad. Era destruirme por completo hasta no dejar rastro.

Destruir mi mortalidad.

Sentí el aire cortando mi piel mientras caía, pero no abrí los ojos. No lo necesitaba. Sabía lo que estaba pasando. Sabía que ya había muerto antes de llegar al suelo.

¿Para qué abrirlos si yo, Eda, ya había muerto?



57

Eda

Algo frenó mi caída.

Cuando abrí los ojos, lo primero que vi fue oscuridad, pero algo más apareció frente a mí… Un polvo azul, brillante, salía de la lanza aún incrustada en mi estómago.

No era fuego, era luz, una luz pura que comenzaba a iluminar la oscuridad que me rodeaba. Salía de mí.

El destello lo invadía todo, desvaneciendo la sombra que envolvía la lanza. Me di cuenta de que estaba entre las garras de Long, su enorme cuerpo protegiéndome, pero mi mente seguía atrapada en esa escena. No sabía si estaba gritando o en silencio, no tenía control sobre nada. Solo podía ver esa luz azul que danzaba y envolvía la lanza de sombras, como si luchara contra ella, como si estuviera destinada a salvarme.

La luz comenzó a juntarse, formando una esfera que flotaba justo encima de mi estómago, suspendida en el aire sobre mí. No podía apartar la mirada, hipnotizada por su resplandor.

Era el fuego fatuo.

Ese que me había perseguido, que me había llamado durante tanto tiempo, ahora estaba ahí. Había salido de mí, de mi interior.

El fuego fatuo iluminaba todo dentro de las garras de Long. Sus escamas reflejaban destellos azulados mientras sus enormes manos permanecían firmemente cerradas alrededor de mí para protegerme de la caída, pero lo bastante suaves para no hacerme daño.

Las garras del dragón, fuertes como la roca, temblaban un poco ante la energía que emanaba de la luz, como si sintieran el poder que surgía de lo más profundo de mí.

La lanza que me atravesaba comenzó a desvanecerse.

Al principio, solo pequeñas partículas de sombras se desprendían y se desintegraban en el aire como polvo. Poco a poco, la lanza parecía perder su solidez, descomponiéndose en fragmentos oscuros que se evaporaban en la luz del fuego fatuo. Las sombras que la componían se disolvían, como si la luz las destruyese desde dentro, hasta que, por fin, la lanza desapareció por completo y dejó solo la sensación de vacío y el resplandor azul flotando sobre mí.

Con cuidado, levanté mis manos, solo un poco, temblando ante lo que estaba a punto de hacer.

Mis dedos se acercaron lentamente al fuego fatuo y, por primera vez, lo toqué.

Sentí su energía envolviéndome, pero no había miedo, no había dolor. Sabía, en lo más profundo de mí, que aquel fuego no me quemaría.

Era una parte de mí.

Al tocarlo, una calidez desconocida se extendió por mis manos y viajó despacio por mis brazos. Era como si sostuviera algo sagrado, algo poderoso pero tranquilo.

Unas lágrimas empezaron a caer suavemente por mis mejillas, cada una era un reflejo de las emociones acumuladas que había liberado al sentir esa conexión con algo tan puro.

Mis manos temblaban mientras atraía el fuego hacia mi pecho, rodeándolo con mis dedos, con una suavidad que no reconocía en mí misma.

Ese fuego, que siempre me había llamado desde la distancia, estaba ahora allí, brillando en mis manos, pero no me dañaba.

Sentía su energía fluir a través de mí, como si completara algo que había estado roto, como si sanara partes de mi alma que ni siquiera sabía que estaban heridas.

Lo acerqué más y más a mi corazón, y en ese momento comprendí que el fuego fatuo no era un peligro, era una parte de mí que había estado esperando aquel momento para regresar a donde pertenecía.

Y entonces lo vi, el fuego se desvaneció poco a poco, y allí, sobre mí, lo sentí. Un suave roce, como plumas delicadas acariciando mi piel.

El fénix.

Era ella, el ave fénix, quien descansaba en mi regazo.

La envolví con las manos, sosteniéndola con una ternura que nunca había sentido. Era pequeña, mucho más de lo que había imaginado, y parecía… dormida. Pero su color era un azul profundo, demasiado azul, como si su misma esencia emanara luz.

Mis párpados comenzaron a cerrarse lentamente, mientras una sensación de calma me invadía. Sentí cómo el control sobre mi cuerpo se desvanecía, cada músculo relajándose, entregándose a la oscuridad.

No podía moverme, pero no importaba. Lo único que importaba era que, incluso cuando todo se volvía negro, mis brazos seguían protegiendo al fénix en un abrazo que no quise romper.

No vas a morir, susurró una voz femenina en mi cabeza. *Hoy no.*



58

Eda

Me encontraba en un desierto de nieve. El gélido manto comenzaba a filtrarse a través de mi uniforme, envolviendo mi piel en un frío punzante.

Miré a mi alrededor, el paisaje era desolador. Todo estaba lleno de cadáveres. Criaturas que alguna vez habían sido poderosas ahora yacían inmóviles sobre la nieve, y entre ellas… mantícoras e hipogrifos muertos, sus cuerpos bañados en sangre que manchaba el blanco puro del suelo.

Di una vuelta sobre mí misma, intentando comprender dónde estaba. Todo lo que veía era destrucción. Criaturas muertas, jinetes caídos y wendigos cubiertos de una sangre negra.

«¿Qué hago aquí?», pensé confundida. Yo no debería estar allí.

Pero lo estaba.

Y lo peor era que ya había visto aquello antes… Era la guerra de las Sombras Eternas.

No había nadie vivo y el silencio se extendía como una mortaja. Hasta que lo vi.

Dalton apareció caminando hacia mí. Sus pasos eran pesados, y sus ojos… estaban llenos de una furia desbordada. Su cuerpo se hallaba cubierto de sangre, su cabello goteaba ese líquido negro, espeso y viscoso que le cubría desde la cabeza hasta los pies.

Y en su mano… sostenía una espada, manchada de muerte.

Pero no me veía. Aunque estaba justo frente a él, no podía verme, porque yo en realidad no estaba allí, no de verdad.

Lo observé mientras pasaba a mi lado, mi mirada fija en cada detalle de su expresión. «¿A dónde va?», pensé, hasta que lo comprendí.

Se dirigía hacia una mujer, una figura que estaba de pie, algo más adelante, sola entre los cadáveres.

Esa mujer… era yo.

—¡Dalton! —gritó mi doble sollozando—. Dalton, ¡todo está perdido, hemos perdido! —Se llevaba una mano al corazón, su voz quebrada por el dolor.

Era Kaiserin.

Él no mostró ninguna emoción. Su rostro seguía imperturbable mientras avanzaba hacia ella, sus pasos llenos de ira. Ella se dio cuenta de su mirada, de la furia que nacía de él.

—¿Dalton? —dijo su nombre buscando su atención, pero él no respondió. No dejó de caminar hacia ella.

Cuando estuvo frente a ella, con un rápido y brusco movimiento, la empujó por el hombro y la obligó a arrodillarse sobre la nieve. Ella

no ofreció resistencia, solo lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Esto termina aquí —dijo él, su voz tan fría como el viento helado que nos rodeaba, más helada de lo que jamás había escuchado.

—Dalton, ¡entra en mi mente, entra en mi cabeza y escúchame! —gritó ella desesperada cuando él levantó la espada y el fuego se encendió a su espalda—. ¡Soy yo, Dalton!

Pero no la escuchaba, no la veía. Su mirada era dura, su decisión irrevocable.

Kaiserin no hizo ningún esfuerzo por luchar contra él. Permaneció arrodillada, con las lágrimas cayendo por su rostro. Y cuando él levantó la espada, ella simplemente cerró los ojos y aceptó lo inevitable.

El mundo se detuvo cuando la espada descendió y atravesó el aire hasta clavarse profundamente en su corazón.

El filo cortó el silencio, y me atravesó a mí también.

Dalton había matado a Kaiserin. Dalton… me había matado.

Agradecimientos

Con estos agradecimientos, me siento en la obligación y el orgullo de empezar por vosotros, lectores. Habéis sido quienes verdaderamente habéis dado vida a este libro.

Este proyecto tuvo un inicio muy humilde. Hace dos años, empezó siendo simplemente una carpeta en Pinterest, una de esas ideas que quedan olvidadas entre muchas otras. Sin embargo, algo cambió en septiembre del año pasado. Me metí en esa carpeta y descubrí algo especial, algo que me pedía ser contado.

Sentí una chispa, un impulso. Y así, lo intenté.

Durante meses, me sentaba en secreto frente a mi escritorio. Me daba vergüenza reconocer a las personas de mi entorno que estaba escribiendo un libro.

El 12 de febrero de 2024, decidí dar un salto de fe y creé una cuenta anónima en TikTok, sin saber muy bien qué esperar. Comencé a compartir pequeños fragmentos, ideas, imágenes de lo que había sido mi mundo secreto. Lo que pasó después fue más de lo que jamás imaginé: la comunidad creció, y no solo eso, sino que floreció. De repente, cientos de personas estaban entusiasmadas, ansiosas por leer *Imperio de fuego azul*. Y fue entonces cuando comprendí que esta historia no solo me pertenecía a mí, sino también a vosotros.

Vosotros, lectores, me habéis hecho querer levantarme y ponerme a escribir cada día.

Este es el primer libro que he escrito en mi vida, y antes de esto nunca había creado nada parecido. Sin embargo, escribir me ha hecho sentir tan bien que estoy segura de que no voy a parar. Seguiré entrando en mundos que no existen, explorando y trastocando todo a mi manera.

Gracias a mis chicas de Velaris, Lucía, Janna y Nerea. Me habéis hecho sentir que nunca estoy sola, ni al leer ni al escribir. Compartir esta pasión con vosotras me ha dado fuerzas y compañía en cada página. Sé que también sentís lo que yo al crear, y estoy segura de que seréis unas escritoras fantásticas.

Gracias también a mis chicas del grupo de Telegram «Imperio de Fuego Azul», por estar siempre pendientes, enviarme mensajes cada día y por chillar al leer este libro al igual que yo chillo cuando lo escribo. Gracias.

Quiero agradecer a @xcarroteenx esta maravillosa portada, la publicidad y todo lo que tenga que ver con los diseños de este libro. Me has salvado más de lo que te puedas imaginar, siempre tan dispuesta a ayudarme y a contestarme a todos los mensajes, aunque allí donde vives sea de madrugada, y te estaré eternamente agradecida.

Mamá, sé que parecemos como el perro y el gato, siempre enfrentadas ante los ojos de los demás, como si no pudiéramos estar de acuerdo en nada. Pero cuando estamos a solas, nos vemos la una en la otra. Porque, en el fondo, somos iguales. Reconozco en mí ese lado oscuro, quizá frío y distante, pero también sé que llevo

dentro tu chispa, esa luz que te hace ver el mundo con esperanza y optimismo.

Tú me enseñaste a valorar los pequeños momentos, a encontrar belleza donde otros solo ven rutina.

Me enseñaste lo increíble que es leer, y lo aún más maravilloso que es hablar sobre lo que uno ha leído. Porque si hay alguien con quien he compartido mis lecturas, mis pensamientos…, esa has sido tú. Me has demostrado que la pasión por las películas antiguas, por las historias de amor, por esos momentos de frikismo, todos esos pequeños gustos que me definen, los heredé de ti.

Y eso me reconforta, me hace sentir que una parte de ti vive en mí, en cada página que leo y en cada historia que escribo.

Toni, a ti también te debo mucho. Gracias por soportar mis momentos difíciles con mamá, por estar ahí en medio de nuestros roces, por ser el equilibrio cuando nos cuesta encontrarlo. Gracias por hacerla tan feliz. Sé que a veces te volvemos loco con nuestras bromas y discusiones, pero también que esos momentos te llenan de vida y te arrancan sonrisas aunque intentes ocultarlas. Gracias, sobre todo, por cuidar de una niña que un día no conocías, pero que hoy ha encontrado en ti a un padre.

Y papá… Sé que probablemente nunca leas esto, porque leer no es lo tuyo, pero no puedo dejar de agradecerte el apoyarme en cada paso que doy. También soy como tú, lo sé, una persona que imagina, que sueña a lo grande, que crea algo de la nada. He heredado de ti esa capacidad para ver el potencial en los pequeños proyectos, para dar vida a ideas que parecen insignificantes a primera vista. Gracias por estar a mi lado cuando te dije que quería

ser escritora, por no dudar ni un segundo en respaldar mis sueños, y por ayudarme a que, poco a poco, los vaya haciendo realidad.

Y, por último, gracias a mi querido Levi Ackerman, ese compañero de cuatro patas que siempre ha permanecido junto a mi escritorio haciéndome compañía. Has estado conmigo en cada palabra, en cada página, robándome bolígrafos, mordisqueando papeles y presionando las teclas con tus pequeñas patas como si quisieras aportar algo a la historia. Has sido la mejor compañía que una escritora podría desear, siempre presente, siempre cerca.

Y a ti, Veighar, aunque llegaste más tarde a la familia, has encontrado tu lugar en mi corazón. Siempre estás ahí, observándome con esos profundos ojos azules desde la esquina del cuarto de estudio, como si entendieras cada pensamiento que pasa por mi mente.

A los dos, Levi y Veighar, gracias por ser mi refugio en los momentos de inspiración y de bloqueo, por estar ahí en las noches largas de escritura y en las mañanas tranquilas. Os quiero, mis gatos, sois parte de esta historia tanto como yo.

Sangre de fénix.
Corazón de dragón.



Cada cuatro años, un enigmático barco proveniente del imperio maldito de Pramvera llega a Valdemar demandando que cinco mortales sean llevados a sus desconocidas tierras.

Eda es la bibliotecaria de un pequeño pueblo y siempre ha encontrado refugio en las páginas de los libros antiguos y en las historias sobre los temibles demonios y bestias que custodian Pramvera.

Cuando Eda y su hermano son reclutados y se embarcan hacia Pramvera, ambos se sumergen en el corazón de un misterio que desafía el tejido mismo de su realidad. Allí Dalton Basilius, último jinete y temido emperador, gobierna junto a su imponente dragón.

Sin embargo, el imperio no está desprovisto de compañía: unos seres antiguos y poderosos habitan en este territorio aguardando el momento para encontrarse con sus jinetes.

«La ira más peligrosa es la que se oculta detrás de un buen corazón».

Lucía Cerezo vive en Valencia. Tras leer a autoras como Sarah J. Maas y Jennifer L. Armentrout, se propuso escribir su primera novela, *Imperio de fuego azul*, y enseguida obtuvo un gran reconocimiento entre las lectoras del género.

La autora continúa la historia de Eda en *Imperio en llamas*, el segundo libro de la saga Fénix y Dragón, con la que ha logrado posicionarse como una de las voces más potentes del romantasy en España.

De este modo, Lucía Cerezo da el pistoletazo de salida a la carrera fulgurante de una voz narrativa que entra en el panorama nacional como un vendaval.



Primera edición: mayo de 2025

© 2025, Lucía Cerezo
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Alinne Castrejón Hernández
Ilustración de portada: Shutterstock y Freepik

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-8222-0

Compuesto en Comptex & Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
YouTube: penguinlibros

Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Imperio de fuego azul
1. Eda
2. Eda
3. Eda
4. Eda
5. Eda
6. Eda
7. Eda
8. Dalton Basilius
9. Dalton Basilius
10. Eda
11. Eda
12. Eda
13. Eda
14. Dalton Basilius
15. Dalton Basilius
16. Eda
17. Eda
18. Eda
19. Dalton Basilius
20. Eda
21. Eda
22. Eda
23. Eda
24. Eda
25. Eda
26. Eda
27. Eda
28. Eda
29. Eda

30. Dalton Basilius
31. Eda
32. Eda
33. Eda
34. Eda
35. Eda
36. Eda
37. Eda
38. Eda
39. Eda
40. Eda
41. Eda
42. Eda
43. Eda
44. Eda
45. Eda
46. Eda
47. Dalton Basilius
48. Dalton Basilius
49. Eda
50. Dalton Basilius
51. Kaiserin
52. Eda
53. Eda
54. Dalton Basilius
55. Eda
56. Eda
57. Eda
58. Eda
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Lucía Cerezo
Créditos